

Títulos en la misma colección:

2015. Agier, Michel.
*Zonas de frontera. La antropología
frente a la trampa identitaria*
Rosario: UNR Editora
ISBN: 978-987-702-133-2

2016. Bret, Bernard et al. (comps.)
Justicia e injusticias espaciales
Rosario: UNR Editora
ISBN: 978-987-702-165-3

2017. Salamanca Villamizar, C.; Astudillo Pizarro, F.
Recursos, vínculos y territorios
Rosario: UNR Editora
ISBN: 978-087-702-253-7

2019. Salamanca Villamizar, C.; Colombo, P.
La violencia en el espacio
Rosario: UNR Editora
ISBN: 978-987-702-354-1

2020. Paquot, Thierry; Younès, Chris (comps.)
*Espacio y lugar en el pensamiento occidental
de PLATÓN a NIETZSCHE*
Rosario: UNR Editora
ISBN: 978-987-702-374-9

Durante largo tiempo, las nociones de casa, vivienda y hogar han permanecido enlazadas a las ideas de cobijo y refugio. En Occidente estas concepciones de la vivienda parecen persistir y configurar un sentido más o menos homogéneo del hábitat doméstico como un contenedor para la vida familiar. Este libro pone entre paréntesis esta suposición e intenta alejarse de ella para concentrarse en las complejidades de los habitares contemporáneos, sus sentidos, apropiaciones, experiencias, conflictos, multiplicidades y diferencias.

Habitar(es) en el siglo 21 está atravesado por tres ejes problemático-conceptuales: *materialidades*, *velocidades* y *compartires* que se desarrollan a partir de contribuciones elaboradas desde diferentes perspectivas y posicionamientos teóricos. En la primera parte, se muestran las formas relacionales que definen las *materialidades* de la vivienda y las lógicas materiales del habitar. Se formulan interrogantes acerca de las formas en que las materialidades, las prácticas cotidianas y las formas políticas se entrelazan y promueven nuevas constelaciones y espacios alternativos. En la segunda parte, se problematizan las aproximaciones binarias de unos espacios interiores representados como inmóviles y otros, exteriores, dinámicos y atravesados por las velocidades. Los estudios que aquí se presentan dan cuenta tanto de las posibilidades de habitar el movimiento como de un hábitat móvil de una forma tal que el binomio quietud-velocidad muestra enlaces complejos y múltiples. Finalmente, los casos analizados en la sección *compartires* abordan modos de relaciones en torno a la vivienda divergentes a los convencionales y, deteniéndose en las dinámicas permanentes de reconfiguración, negociación, resignificación, invitan a reconocer la complejidad de las relaciones de hospitalidad y cohabitación.



Julieta Barada - Emilia Mosso - Diego Roldán
COORDINADORES

habitar(es) en el siglo 21
MATERIALIDADES, VELOCIDADES, COMPARTIRES



ESPACIOS, POLÍTICAS, SOCIEDADES
COLECCIÓN

habitar(es) en el siglo 21

MATERIALIDADES, VELOCIDADES, COMPARTIRES

Julieta Barada - Emilia Mosso - Diego Roldán
COORDINADORES
Carlos Salamanca Villamizar
EDITOR

El Programa *Espacios, Políticas, Sociedades* del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Nacional de Rosario se propone hacer aportes metodológicos y conceptuales a las discusiones contemporáneas acerca de las políticas del espacio, los espacios de la política, la justicia espacial y, en general, la dimensión espacial de las dinámicas sociales. Integrado por investigadores formados, asociados y en formación, el Programa está abierto a la integración de distintas disciplinas de las ciencias sociales, las humanidades, la arquitectura, la geografía y el urbanismo.

habitar(es) en el siglo 21

MATERIALIDADES, VELOCIDADES, COMPARTIRES

habitar(es) en el siglo 21

MATERIALIDADES, VELOCIDADES, COMPARTIRES

Julieta Barada - Emilia Mosso - Diego Roldán
COORDINADORES

Carlos Salamanca Villamizar
EDITOR

Julieta Barada, Emilia Mosso y Diego Roldán (Coordinadores)

Barada, Julieta

Habitar(es) en el siglo XXI : materialidades, velocidades, compartires / Julieta Barada ; Emilia Mosso ; Diego Roldán ; coordinación general de Julieta Barada ; Emilia Mosso ; Diego Roldán ; editado por Carlos Salamanca Villamizar. - 1a ed. - Rosario : UNR Editora, 2021.

404 p. ; 23 x 16 cm. - (Espacios, Políticas, Sociedades ; 6)

ISBN 978-987-702-495-1

1. Antropología Social. I. Mosso, Emilia, coord. II. Roldán, Diego, coord. III. Salamanca Villamizar, Carlos, ed. IV. Título.

CDD 301.09

Título original:

Habitar[es] en el siglo 21

Primera Edición en español:

2021, Colección "Espacios, Políticas, Sociedades", UNR Editora, Universidad Nacional de Rosario.

ISBN: 978-987-702-495-1

Coordinadores: Julieta Barada, Emilia Mosso y Diego Roldán.

Editor: Carlos Salamanca Villamizar.

Imagen de Tapa: Kemal Sanli - IG: nkemalsanli.

Editor de la versión en español: Carlos Arturo Salamanca Villamizar.

Todos los capítulos incluidos en esta publicación, a excepción de la introducción, el epílogo y las traducciones, han sido sometidos a evaluación académica.



Asociación de Universidades
GRUPO MONTEVIDEO



Libro
Universitario
Argentino



CENTRO DE ESTUDIOS
INTERDISCIPLINARIOS



UNR Editora

Editorial de la Universidad Nacional de Rosario

Secretaría de Extensión Universitaria

Urquiza 2050 - S2000AOB / Rosario, República Argentina



Universidad
Nacional
de Rosario

ÍNDICE

Agradecimientos	
Carlos Salamanca Villamizar.....	9

Reflexiones sobre Habitar(es) del siglo 21

Perspectivas analíticas y problemáticas contemporáneas

Julietta Barada, Emilia Mosso, Diego Roldán y Carlos Salamanca Villamizar	11
---	----

Parte 1. Materialidades

1. <i>Producción de viviendas y configuración colectiva de casas: vida doméstica y luchas por el bienestar en el Movimiento Tupac Amaru de Jujuy</i>	
Virginia Manzano.....	41

2. <i>El hábitat popular y la dinámica urbana de la ciudad de El Alto (Bolivia): un estudio sobre su desarrollo urbano desigual</i>	
Mariela Paula Díaz	75

3. <i>Aspectos materiales de la informalidad: el caso de las favelas de Río de Janeiro</i>	
Rafael Soares Gonçalves.....	115

4. <i>Demolición y contrarrevolución: la renovación urbana en la región parisina</i>	
Stefan Kipfer.....	139

Parte 2. Velocidades

1. <i>Desplazamientos múltiples. La casa en los tiempos y espacios del pastoreo altoandino</i>	
Jorge Tomasi.....	187

2. <i>Una conurbación vista desde la terraza. Urbanización, turismo y cotidianeidad en La Serena-Coquimbo, Chile</i>	
Rodrigo Hidalgo Dattwyler, Miguel González Rodríguez, Sebastián Ponce Olmos y Carlos Vergara Constela	221

3. <i>Cuerpos nómades, habitares y velocidades. Reflexiones a partir de las experiencias de personas que eligen el viaje como modo de vida</i>	
Laura Mercedes Oyhantcabal y Javier Muñoz Pérez.....	249

4. <i>Del campamento al camping. Una precariedad deseada</i>	
Olivier Sirost.....	269

Parte 3. Compartires

1. *El espacio doméstico en la pandemia. Habitar en los primeros tiempos de aislamiento obligatorio por COVID-19 en el Gran Buenos Aires, 2020*

Juliana Marcús, Martín Boy, Joaquín Benítez, Martina Berardo, Magdalena Felice, Agustina Márquez, María Agustina Peralta y Diego Vázquez 289

2. *Habitar en una pieza de hotel-pensión. Experiencias cotidianas y el atravesamiento del COVID-19 en un barrio de la ciudad de Buenos Aires*

María de la Paz Toscani..... 313

3. *Hacer y desbacer el hogar: Cuidado y violencia en asentamientos informales en Viña del Mar, Chile*

Ignacia Ossul-Vermehren 343

4. *Ser recibido en una familia de acogida: Del alojamiento-prueba a la cobabitación-trampolín para los inmigrantes*

Marjorie Gerbier-Aublanc y Evangeline Masson Diez 375

A modo de epílogo

Vivir en un mundo precario. De los campamentos a las ciudades del instante

Michel Agier..... 387

Quiénes participan en esta obra 399

Agradecimientos

Desde la Colección Editorial del Programa “Espacios, Políticas y Sociedades”, agradecemos a las coordinadoras y el coordinador de este volumen, Emilia Mosso, Julieta Barada y Diego Roldán que participaron en la construcción de este proyecto desde sus primeros borradores y que, durante aquellos meses de incertidumbre, trabajo y cuidado domésticos, sentimientos de esperanza y de distopía mantuvieron, entre el 2020 y 2021, el compromiso con la elaboración de este volumen. Emilia, Julieta y Diego, asumieron además con entusiasmo la elaboración del texto introductorio que, como ya es habitual, es nuestra contribución desde el Programa a las discusiones que proponemos en esta Colección.

Agradecemos también a los autores y autoras que aceptaron la invitación a participar con contribuciones inéditas y que pensaron y escribieron, en relaciones de colaboración, muchas veces enfrentando el desafío de la distancia. A todas y todos, muchas gracias. Muchas gracias también a quienes nos autorizaron a traducir y publicar sus textos. Nuestro reconocimiento asimismo para Kemal Sanli quien nos autorizó a utilizar su imagen en la tapa y para Ángel Acevedo quien hizo el diseño y la diagramación.

Agradecemos a Dario Maiorana que, como director del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Nacional de Rosario apoya esta Colección y las iniciativas del Programa. Finalmente, gracias a Nadia Amalevi y Nicolás Manzi de UNR Editora por su apoyo editorial a la colección Espacios, Políticas, Sociedades.

Carlos Salamanca Villamizar
Buenos Aires, 26 de julio de 2021

Julieta Barada, Emilia Mosso y Diego Roldán (Coordinadores)

Reflexiones sobre Habitar(es) del siglo 21

Perspectivas analíticas y problemáticas contemporáneas

Julieta Barada, Emilia Mosso, Diego Roldán y Carlos Salamanca Villamizar

La idea original del sexto número de esta colección editorial fue acordada en febrero de 2020, en una reunión colectiva del Programa Espacios, Políticas, Sociedades en Rosario. Para una colección editorial centrada en el tema del espacio, “la vivienda” evidenciaba todo el potencial de permitirnos abordar cuestiones centrales del (que)hacer espacial y diversas prácticas sociales vinculadas a la construcción y el ejercicio del habitar en general. A medida que fuimos definiendo el marco general de la publicación, preferimos la noción de *habitar(es)*, en plural, reconociendo desde el inicio nuestro interés por pensar la diversidad de espacialidades y prácticas sociales que se articulan en torno al habitar. La partícula *(es)*, unida pero separada, da cuenta de ese carácter plural al mismo tiempo que evidencia cómo las nociones mismas están en definición, en tren de ser o devenir.

En términos generales, este volumen refrenda la apuesta que hemos mantenido a lo largo de seis años de trabajo editorial, como lo es el de producir y sistematizar un corpus de temáticas sobre el espacio con perspectiva interdisciplinaria y una diversidad que diera cuenta de sus múltiples aristas. De distintas maneras, este libro recoge, a su vez, discusiones ya planteadas en publicaciones anteriores. Entre otros, las fisuras y los cuestionamientos a aquella política “de los propietarios” (Schmitt, 2008), garante de las delimitaciones y de los “órdenes espaciales de la tierra” así como de las soberanías que le están asociadas y que “dan lugar a la confrontación amigo/enemigo” (Agier, 2015: 17); los órdenes espaciales raciales en territorios y ciudades y otras tensiones en torno a las justicias e injusticias espaciales (Bret et al., 2016); la pregunta sobre el agua (sus diversas escalas de despliegue y articulación, sus múltiples naturalezas, sus trayectorias inscritas en la larga duración) y la necesidad de reflexiones transversales que permitan abordar la manera poli-escalar y multi-situada en que se disputan, y dirimen las tensiones en torno al agua y a los bienes comunes en general (Salamanca Villamizar y Astudillo Pizarro, 2017); las agendas políticas autoritarias y su materialización en proyectos urbanos y de vivienda que se despliegan en políticas de inclusión y exclusión (Salamanca Villamizar y Colombo,

2019), los sistemas de pensamiento que son origen, fundamento y base de legitimidad de las maneras en que reconocemos, utilizamos, transformamos e imaginamos nuestros territorios (Paquot y Younès, 2020).

A diferencia de los cinco volúmenes precedentes, *Habitar(es)* fue pensado y diseñado en su totalidad de manera inédita, desde la idea general, el título y su estructura, hasta los capítulos que lo componen. Para esto, sobre la base de un texto general que planteaba la problemática que nos interesaba desarrollar, invitamos a autores y grupos de investigación en distintos países sudamericanos (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Uruguay) y en función de temas, espacios y problemáticas los convocamos a sumarse al proyecto con contribuciones que fueron sometidas a un proceso de evaluación académica y luego a un trabajo de edición. En una etapa posterior, retomamos el espíritu de reflexiones globales propio de nuestra colección y decidimos incluir reflexiones de otros contextos geográficos (Francia, principalmente) en razón del diálogo que esta colección editorial ha mantenido con la academia de ese país. Estas otras contribuciones fueron incluidas cerrando cada parte con un triple objetivo. Primero, incorporar problemáticas que considerábamos centrales en las discusiones contemporáneas sobre el habitar pero que por una razón u otra habían quedado ausentes. Segundo, poner en diálogo las discusiones planteadas desde América Latina con otras problemáticas vinculadas a la materia desde contextos distintos. Tercero, abrir puntos de articulación entre *Habitar(es)* y otros volúmenes precedentes o futuros en temáticas que nos interesa profundizar y trabajar transversalmente. Por su parte, el volumen se conforma a partir de una lógica multiescalar. Por un lado, considerando la diversidad de contextos nacionales, lo que habilita corridos que van desde las costas chilenas a las favelas cariocas. Luego, esta variedad de contextos se replica a escala nacional incorporando discusiones que van desde las tierras altas del norte argentino a la capital del país, Buenos Aires. Y finalmente, es en la propia ciudad de Buenos Aires que se observa la complejidad del habitar, desde las viviendas de clase media a los hoteles-pensión, poniendo así en relación grupos sociales, prácticas y problemáticas que, en principio, parecen no tocarse.

La elaboración del libro en su conjunto se sitúa en un contexto marcado por la pandemia del COVID-19 y las medidas de Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO en adelante). La pandemia y las medidas de ASPO vinieron a desestabilizar ideas relativamente arraigadas y consolidadas acerca de la vivienda, el hábitat y las prácticas del habitar y fue con este mundo inestable como trasfondo que este proyecto fue imaginado y concretado. Convirtiendo espacios de protección en lugares amenazantes, transformando las viviendas en campos de negociación permanente, poniendo en evidencia las tareas de reproducción y cuidado hasta hace poco invisibi-

lizadas y borronando las fronteras entre lo público y lo privado. La pandemia y sus consecuencias vinieron a obligarnos a pensar el paradigma y los presupuestos con los que pensamos la vivienda como lugar y medio de reproducción y el habitar como práctica del (con)vivir. Es preciso subrayar, sin embargo, que “la pandemia” tuvo y tiene sus ritmos, su cadencia, sus geografías y que, en función de esto, la vivienda se fue transformando a escalas, formas y ritmos distintos. Para dimensionar el reto que significa repensar la vivienda y el habitar en esos términos, evoquemos aquí su centralidad en los campos de la educación, el trabajo y la imaginación política, así como en el ascenso y el ocaso de las grandes narrativas modernas. *Style and Epoch* y *Vers Une Architecture de Ginzburg* y Le Corbusier, desde Rusia y Francia, respectivamente, publicados ambos con un año de diferencia, dan cuenta de la centralidad de la vivienda en el pensamiento político durante la primera mitad del siglo XX. Hoy en día, la vivienda parece estar nuevamente en el centro de diversas discusiones, aunque paradójicamente lo sea a partir de la impugnación de su estabilidad.

Queremos proponer tres elementos para delinear las particularidades transversales de nuestra época con respecto a la vivienda y a las prácticas del habitar que aquí se desarrollan. Primero, la llamada crisis de las hipotecas que, a pesar de tener sus epicentros en Estados Unidos, España y Grecia —países del llamado norte global—, puso en evidencia la captura de la vivienda por parte del capital financiero y de los actores especulativos al mismo tiempo que develaba la ausencia de mecanismos que permitieran proteger el derecho a la vivienda de millones de personas en todo el mundo. La llamada crisis de las hipotecas también y, sobre todo, mostró la fragilidad de las condiciones en las cuales se vive y se habita hoy en las ciudades contemporáneas. La multiplicación de las herramientas de especulación e inversión frente a las viviendas, la transformación de la vivienda en instrumento de captura del capital a través del sistema de deuda o en dispositivo de especulación financiera dio como paradójico resultado, procesos exorbitantes de acumulación de capital, al mismo tiempo que crecía el número de viviendas vacías y familias sin techo. Estos procesos, propios del neoliberalismo, se producen en todas nuestras geografías con distintos grados de intensidad. Pero al mismo tiempo, tal combinación reubicó la vivienda en el centro de los discursos y las prácticas reivindicativas y en las luchas en contra de su mercantilización y el derecho a un hábitat digno con potentes articulaciones con otras demandas ciudadanas que se oponen al meta-relato neoliberal.

Segundo, la discusión sobre el Antropoceno y el Capitaloceno permitió cuestionar y redefinir la idea de naturaleza así como el origen de su degradación a gran escala al visibilizar, con la contundencia de las evidencias, que los modelos de producción capitalista y, particularmente el modelo extractivo, han producido un quie-

bre irreversible en la historia ambiental global con consecuencias de escalas inéditas y que, para muchas comunidades expuestas a situaciones previas de injusticia espacial, condicionan sus posibilidades mismas de existencia. Este planteamiento pone en relación dinámicas como la desregulación de los marcos legales frente a la expansión a gran escala de industrias como las mineras con el debilitamiento de los cuerpos y la enfermedad de las comunidades expuestas a los pasivos ambientales. Hoy podemos concordar que fue sobre la estabilidad de la división Naturaleza/Cultura que fue edificado el pensamiento acerca de la manera en que se producen y organizan los territorios y que es ese paradigma el que hoy está en crisis al evidenciarse que la naturaleza está lejos de ser ese depósito ilimitado de recursos. Estamos pues en mora todavía de revisar con toda contundencia nuestras reflexiones sobre las ciudades, la vivienda, el habitar y los habitares, en plural y sus articulaciones. Si la naturaleza ya no es lo que era, si sus fronteras con el mundo de lo humano no son tan estables, ¿de qué manera pensar el habitar, el con-vivir? ¿Cómo proponer unas reflexiones sobre el habitar que incorporen los desafíos socio-ambientales, y las injusticias espaciales que ponen en evidencia ya no solo catástrofes y desastres sino una degradación indiscriminada y sin precedentes? ¿De qué manera un pensamiento sobre la vivienda puede cuestionar la división del mundo entre zonas de explotación, de sacrificio y de acumulación y la estabilidad de esa separación?

Tercero, los volúmenes de migración que antes de la pandemia tocaron su punto más alto en la historia con millones de refugiados, desplazados y migrantes en todo el mundo y el movimiento simultáneo hacia nuevas formas de nacionalismo, exclusión y fronteras cerradas, develó las múltiples aristas de ese vivir a la intemperie, de la fragilidad de millones de personas que en todo el mundo se ven obligadas a migrar: precariedades ciudadanas que se imbrican con precariedades laborales a las que se suman la precariedad en el acceso a la vivienda, abren numerosos interrogantes en el contexto de pandemia. Pues las medidas de aislamiento en escalas más amplias dejaron en suspenso a millones de personas circunscribiendo, por una parte, la movilidad entre países, ciudades y barrios y, al mismo tiempo, limitando la circulación a todas las escalas. Estas cuestiones pusieron en evidencia la centralidad de la movilidad en nuestras prácticas del habitar. Por su reflejo en negativo, las experiencias sociales de las medidas de aislamiento han enseñado con particular claridad que, aunque central, la vivienda es un nodo más en una red multi-situada de relaciones que hacen a nuestras subjetividades individuales y colectivas: descubiertos como seres de movimiento o sujetos en tránsito permanente, con nuestras movilidades restringidas, hoy vemos limitados también los múltiples procesos de constitución de nuestras subjetividades. Y mientras la quietud nos muestra la sobrecarga material,

funcional y de significados puestos todos en la vivienda, allá afuera, a la intemperie, se conjugan por su ausencia las privaciones de un habitar incompleto y carente, en riesgo para miles de personas. Finalmente, la pandemia puso en evidencia con particular claridad cómo la precariedad de amplios sectores de población, expuestos al contagio, la enfermedad y la muerte, implica, por efectos del contagio real o latente, a otros sectores de población cuyos privilegios estaban garantizados por un sistema cuya estabilidad estaba avalada por la eficacia de la separación.

Insertas en los vericuetos de la especulación financiera, viejas en sus presupuestos frente a las más recientes concepciones acerca de la naturaleza y la evidencia de la relación co-constituyente que mantenemos con ella, alejadas de un mundo en el que la movilidad a todas las escalas se ha mostrado como un elemento central en la construcción de lo social, la vivienda y las prácticas del habitar merecen ser repensadas.

Con este objetivo, *Habitar(es) en el siglo 21* propone tres secciones problemáticas, materialidades, velocidades y compartires, que ordenan las trece contribuciones que se incluyen en este volumen. La manera en que han sido dispuestas es solo un modo de ordenar la labor. No obstante, como veremos, es posible encontrar puntos en común e hilos conductores que entrelazan a las pesquisas en tanto conjunto de habitares en sus tres aristas. A continuación, presentaremos brevemente sus discusiones, abriendo al diálogo entre los diferentes capítulos que conforman cada parte. Estas relaciones y reflexiones procuran establecer una instancia introductoria de cruce, generando una primera serie de interrogantes.

Materialidades

Además de un habitáculo, unrefugio y un interior, la vivienda puede pensarse como un objeto (Harman, 2016). La mayor parte de la reflexión occidental ha concebido la vivienda como una exterioridad cuya metáfora biológica ha sido la del caparazón (Bachelard, 1965). En este marco, la vivienda aparece como una materialidad construida para interponer una barrera capaz de amortiguar las interacciones entre lo humano y su entorno, entre el ambiente y la sociedad, entre la naturaleza y la cultura. Así, la vivienda aparenta establecer un límite y una demarcación más o menos firme y contundente entre el interior y el exterior, entre lo doméstico y la calle, entre lo público y lo privado, entre el oikos y el ágora, entre lo visible y lo velado. La eficacia de esa frontera descansa sobre la materialidad y la forma que asegurarían la impermeabilidad e impenetrabilidad de la vivienda. El hábitat puede ser encajado con mayor o menor elegancia en alguno de estos binarios. Sin embargo, efectuar esa operación es otorgar a la cuestión una solución demasiado sencilla y rápida. Hasta

cierto punto es evacuar las preguntas y los problemas en favor de las respuestas y las soluciones.

Resulta estimulante poner en duda esa eficacia separadora y desestabilizar esos binomios para mostrar las complejas articulaciones del interior y el exterior, lo material y lo simbólico, la naturaleza y la cultura y los modos de habitar y las relaciones con y del ambiente (Ingold, 2000). Reflexionar sobre estas conexiones es un primer paso en el camino de observar cómo las materialidades están integradas a la cultura y, a su vez, la cultura está organizada a través de las materialidades (Appadurai, 1991). Desde esta perspectiva, la vivienda dista mucho de ser un espacio blindado y cerrado. Por el contrario, tanto la vivienda como el hábitat exhiben sus pliegues e intersticios que enlazan lo humano con el ambiente, con los materiales y los diversos objetos no humanos con los que la vivienda está formada y a través de los cuales es habitada (Miller, 2010).

Históricamente, las materialidades han sido la parte inmóvil del hábitat, aquello que permanece inerte y fijo respecto a las formas de habitar (Barad, 2007). Las variaciones de lo material tan solo responden a las intervenciones tecnológicas, al trabajo y al uso humano. Entonces, el suelo y las construcciones forman aquello que permanece, que atraviesa el tiempo sin modificarse demasiado para nuestra percepción sobre el espacio y los lugares (Tuan, 2007). Sin embargo, quizá convendría preguntarnos cuánto más de las materialidades podríamos aprender a través de reflexionar acerca de las sutiles y silenciosas alteraciones y observar cómo esos cambios se entretajan con las prácticas que definen el habitar. En este sentido, las cohabitaciones y los desplazamientos, tanto sean deseadas como forzadas, se encuentran enlazadas a las formas y las materialidades de las viviendas, a las relaciones y las prácticas del habitar y a las diferentes modalidades de apropiación del espacio.

La vida cotidiana está conectada con una serie de prácticas sociales que dependen del sentido, las tecnologías y las materialidades (Latour, 2010). El habitar constituye una práctica socio-espacial que es posible porque descansa sobre materialidades e infraestructuras, conocimientos y habilidades, sentidos y aspiraciones, cuerpos y experiencias (De Certeau, 1999). En ese tejido relacional, las disposiciones espaciales y los conjuntos materiales pueden convertirse en condiciones necesarias, aunque no suficientes, para la producción, el sostenimiento y la reproducción de las prácticas del habitar. La disposición espacial favorece cierto tipo de intercambios y entrelazamientos entre los agentes humanos y no humanos.

La vivienda y el hogar no forman una isla, sino una combinación de microcosmos que se sostienen en una compleja red de interdependencias. La materialidad aparentemente infranqueable de las paredes se desarticula ante las conexiones nece-

sarias para reproducir cotidianamente la existencia. En contrapunto con las visiones que se concentran en los muros y hacen a un lado las aberturas, la vivienda conforma una unidad diseñada para promover instancias de encuentro. La infraestructura, como forma de habitación y construcción de la ciudad, es una de esas instancias indivisibles de las materialidades que permite compartir el espacio. En estos encuentros se registran prácticas de intercambio colectivo y de producción social de las condiciones de habitación. Los materiales y el espacio construido pueden funcionar como agencias propiciadoras y/o inhibidoras de la producción de las experiencias colectivas del lugar.

La noción de umbral conforma el acceso y la articulación entre la práctica del habitar y su contexto. Las prácticas sociales no pueden funcionar de modo segmentado y aislado respecto a los marcos más generales de las relaciones colectivas, en los que operan y son operativizadas. El interior y el exterior no están más que artificial y eventualmente separados. En la actualidad, la localización y la naturaleza de los umbrales y los dinteles se ha multiplicado; las viviendas son lugares cada vez más porosos y relacionados con el exterior. Pero esas conexiones tienen una materialidad doble: ingresan a la vivienda por canales que poseen núcleos exteriores y se conectan con objetos del interior, acoplándose, a su vez, con las relaciones socioculturales a los que se integran (Latour, 2009). Esas porosidades de la vivienda se patentizan en los servicios, los intercambios de energía y la expulsión de materias de desecho o no deseadas (Morton, 2019).

Las cualidades y la resistencia de los materiales de construcción emergen como síntomas de desigualdades. Sin embargo, en ocasiones, esas materialidades, también, expresan diferencias. El acceso a los servicios y a los equipamientos colectivos suele mostrar de manera más unívoca la desigualdad del hábitat. En contextos asimétricos, la construcción de la vivienda y el hábitat puede convertirse en prácticas y espacios de posibilidades. Una serie de redes sociales se produce y extiende de manera informal para compartir recursos, tiempo, servicios, conocimientos, información y apoyo sobre la base de un trabajo colectivo y solidario. Esta cultura de lo común busca hacer que los sujetos consigan afrontar y resolver los problemas cotidianos de un modo sostenible, implicado y creativo. En ocasiones estas tácticas de lo informal generan alternativas y amortiguan los efectos del proceso de mercantilización de los recursos y bienes esenciales, pero, también, pueden contribuir a la producción de otro tipo de mercados infiltrados por las lógicas del cálculo y el beneficio (Gago, 2014).

Una zona muy importante de la arquitectura y la planificación urbana despliega su actividad bajo la suposición de que existe una separación radical entre cultura

y naturaleza. A esta división se sobreimprime la distinción entre las prácticas de producción del hábitat clasificadas como formales e informales. Ambas separaciones jerarquizan y ponderan lo humano y lo formal por encima de lo no humano y lo informal. Esta concepción olvida que las agencias humanas trabajan de forma conjunta e inescindible con lo natural y los materiales no humanos (Latour, 2017). Además, esta perspectiva omite que la producción informal del espacio y el hábitat contribuye a la existencia de la formalidad. La informalidad es un modo de producción de lo urbano profundamente arraigado en prácticas concretas y contextualizadas de la construcción de ciudades y la formación de lugares (Roy, 2005).

La noción de ensamblaje puede resultar útil para intentar disolver estas distinciones entre lo humano y lo no humano, entre lo formal y lo informal. Los ensamblajes permiten reconsiderar el carácter profundamente material del mundo y sus multiplicidades (Harman, 2015). La materialidad del espacio habitado como creación puramente humana y el carácter formal del hábitat como la representación hegemónica del espacio hacen a un lado la materialidad, la heterogeneidad y la incertidumbre. Dentro de los ensamblajes, los actores existen a partir y a través de los efectos de sus coproducciones. Neigel Thrift (2006) ha enfatizado que, sin la agencia de los objetos, la acción de los sujetos sería imposible.

Con frecuencia, la informalidad es presentada como un fenómeno marginal y/o residual dentro de la formación de espacialidades. En este sentido, lo formal subraya la representación normativa del mundo. Lo formal tiende a mostrar la representación del espacio bajo un punto de vista independiente o autónomo respecto a las prácticas que lo han producido. Así, lo formal es una representación purificada que sirve para legitimar ciertas prácticas, teorías y jerarquías hegemónicas (Roy, 2013). La informalidad, en cambio, puede comprenderse fuera de esos esquemas dicotómicos y excluyentes. Eludir la tentación de pensar en un mundo con entes purificados permite aceptar la multiplicidad y la hibridez y reinscribir la informalidad en el flujo permanente de la vida urbana. Adoptar el punto de vista de la materialidad abona el cuestionamiento de los supuestos en los que se basa la división entre formal e informal y que presenta a los objetos materiales como inertes, manipulables y fácilmente trasladables de un lado a otro de distintas fronteras dicotómicas. La materialidad del ensamblaje está en constante movimiento, ya que las relaciones entre humanos y no humanos se reconfiguran de manera contingente. Cualquier conjunto purificado como formal se ve intersectado por las energías que irrumpen y lo perturban desde su propio interior (McFarlane, 2012). La informalidad emerge cuando los planes formales, los procedimientos, las normas, las cartografías cenitales y las imágenes oficiales se reorganizan y negocian constantemente a través de

ensamblajes, en un incesante encuentro de los actores entre sí y con los objetos, los acontecimientos imprevisibles y los lugares imaginarios (Scott, 1998).

Algunos de estos señalamientos difusos pueden fungir como prolegómeno a otros que los completan y precisan en los capítulos que componen esta primera sección dedicada a pensar las materialidades. La producción de viviendas y la construcción colectiva de casas a partir de la acción de un movimiento social organiza la reflexión de Virginia Manzano que se enfoca sobre el norte argentino (Provincia de Jujuy). La primera tensión que recorre el estudio pone en relación a la vivienda, propicia para pensar la intervención del Estado en la producción de vivienda social, y la casa, marcada por la autoproducción y la adquisición. Una tríada de preguntas orienta su pesquisa: cómo un movimiento social genera viviendas; qué tipo de materialidades poseen esas viviendas y cuáles son los sentidos simbólicos y morales que se adhieren a esas formas y materialidades. Para el movimiento Tupac Amaru, esta producción implicó el aprendizaje de las técnicas de construcción por parte de sus integrantes. Una mayoría de mujeres pusieron sus cuerpos y saberes para afrontar el proceso constructivo. A partir de estas prácticas, se abrió una disputa con los roles hegemónicos de género. El trabajo en la construcción reinscribió las relaciones de género de mujeres que trabajaban como albañiles, productoras de materiales, pinturas, etc., mientras los varones observaban estas actividades no sin cierto recelo. Las construcciones evidencian el proceso físico del trabajo, pero también narran el establecimiento de lazos entre las personas y con instancias simbólicas como el orgullo de un colectivo históricamente discriminado socialmente y segregado espacialmente. Los procesos de preparación del terreno, la selección de los materiales y la colocación de los mismos fueron momentos clave en el trabajo de producción de la vivienda material y simbólica. Las trabajadoras aprendieron técnicas constructivas y consolidaron sus conocimientos sobre oficios, se nutrieron de habilidades organizativas y adquirieron esquemas y comportamientos morales. Asimismo, una dimensión afectiva de la vivienda producida de forma colectiva envolvió al movimiento.

Mariela Díaz, por su parte, construye un mapa macroeconómico para ingresar al espacio social y material de El Alto, Bolivia. Las estructuras neoliberales marcan el modo de producción y puesta en mercado de las tierras y la formación de loteos. La brecha de rentabilidad y la precariedad de las construcciones son algunas de las huellas de ese proceso. La autoconstrucción resulta protagónica en la producción de viviendas y la dotación de servicios. Como modo de producción de lo urbano, la informalidad nutre las relaciones de asociación y colaboración entre los vecinos. La presencia intermitente y la acción discontinua del Estado sobre el territorio componen el telón de fondo del proceso de una urbanización que a lo largo del capítulo

se revela desigual y diferenciado. Díaz muestra y analiza cómo una multiplicidad de sentidos (sociales, culturales, religiosos) y una experiencia de la migración y la multi-territorialidad atraviesan y se inscriben en las materialidades de los barrios de El Alto. En este contexto, el sentido práctico de los constructores y ciertas formas del trabajo asalariado de albañiles contratados coexisten con relaciones de reciprocidad y trabajos que intersectan lo comunitario y lo doméstico. Las formas arquitectónicas de los cholets resultan clave para la reflexión sobre las prácticas del habitar, la producción de la diferenciación social y su concreción a través del espacio, los materiales, los modos de construcción y las formas arquitectónicas. Por último, cabe mencionar las aproximaciones a las materialidades, encuentros y ritmos cotidianos que se articulan en uno de los mercados más importantes de América Latina, ubicado en esos contextos urbanos marcados por la informalidad.

Rafael Soares Gonçalves explora las favelas de Rio de Janeiro, Brasil, para repensar la informalidad. Desde una perspectiva multidisciplinar que combina la historia, la antropología y los estudios del derecho, la investigación se aleja de los puntos de vista que establecen la apreciación dicotómica en torno a la informalidad. Por un lado, los que buscan abordar a la informalidad como un fenómeno anti-urbano y residual y, por otro, los que sindicán a lo informal como una aventajada forma de producir ciudad. Los ejemplos sobre los servicios, las infraestructuras y las materialidades que se ponen en juego en la construcción cotidiana y permanentemente abierta de las favelas plantean un desafío a estas valoraciones polares. Allí, la informalidad emerge como un componente urbano innegable y se configura como una forma de producción de la ciudad capaz de generar una serie de funciones urbanas para resolver problemas colectivos de las poblaciones residentes. A pesar de su funcionalidad, no se trata necesariamente de la mejor de las soluciones posibles sino de una respuesta práctica, concreta y verificable frente a las problemáticas urgentes en las grandes metrópolis brasileñas, como por ejemplo, el acceso al agua. El abordaje de Soares Gonçalves remarca el papel y la función de la informalidad como un recurso a la hora de promover ciertos proyectos y producir determinadas prácticas basadas en las materialidades que funcionan a través de un entramado de relaciones y efectos movilizadores por la informalidad. Al recorrer estas páginas, puede comprobarse que la ciudad no es tan sólo un lugar habitado, sino que se produce de forma paralela y abierta mientras es habitado.

Cierra esta primera parte, un trabajo concentrado en la demolición-desaparición de las materialidades y en su reconfiguración a través de nuevos proyectos. Stefan Kipfer ofrece un análisis riguroso y provocador de la renovación urbana en la región parisina. El desarrollo del caso busca profundizar la comprensión del actual

urbanismo neocolonial combinando los aportes teórico-políticos de Frantz Fanon y Henri Lefebvre. Las demoliciones, rehabilitaciones y reurbanizaciones de grandes conjuntos urbanos de viviendas colectivas marcaron todo el territorio urbano europeo. Estos procesos se inscribieron en las estrategias del Estado para disolver los programas de bienestar, promover las inversiones inmobiliarias y gentrificar determinados espacios urbanos. El análisis de Kipfer evidencia cómo en el caso parisino estos proyectos se encuentran racializados y exhiben marcas neocoloniales. Si bien estas inscripciones de la estrategia urbana no cancelan todo el significado de la renovación, resultan un componente estratégico para la reestructuración capitalista y colonial del espacio. Informan de los proyectos en curso para reorganizar los modos de intervención estatal de forma autoritaria y violenta. Finalmente, proponen un modelo de intervención espacial que apela al slogan de la mezcla social como un simulacro del derecho a la ciudad y una forma velada de asegurar la persistencia de la desigualdad y las jerarquías sociales en la ciudad.

En términos generales, los capítulos reunidos en esta sección muestran cómo el hábitat funciona como el punto de intersección entre las luchas locales por la vivienda y las fuerzas globales de extracción, violencia y desplazamiento. Ese punto de convergencia exhibe el avance de la expansión neocolonial y extractivista del capital en el siglo XXI sobre los territorios y las formas de habitar alternativas. A pesar de que los regímenes de explotación global se conectan y atraviesan los espacios presuntamente íntimos de los hogares, estas mismas fuerzas, también, configuran a la vivienda como un dispositivo capaz de reinscribirse en nuevas relaciones humanas y no humanas descentradas del deseo fetichizado de la propiedad y redefinidas por las expectativas de nuevas formas de vida sociocultural y de relaciones humanas y no humanas sostenidas por la colaboración, la solidaridad y la coexistencia.

Velocidades

Las movilidades residenciales de nuestras sociedades contemporáneas han sido a menudo eje de discusión académica. Así, además de los clásicos temas asociados a la historia y la geografía de los viajes, las exploraciones y entonces, la vinculación entre diferentes grupos, lugares e ideas a través del desplazamiento, la contemporaneidad ha abierto un nuevo campo de discusiones y temas asociados a la movilidad concebida como práctica social (Zusman et al., 2007), como aquella práctica que implica “la reiteración de comportamientos que definen un patrón (pauta o modelo) de desplazamiento en un contexto social, espacial y temporalmente determinado” (Gutiérrez, 2009: 7). En este sentido, la reiteración de las dinámicas urbanas asociadas a los desplazamientos cotidianos y sus transportes, así como los

tiempos de tránsito y uso de los espacios públicos y su accesibilidad, pero también las relaciones económicas, políticas, sociales y productivas a través de las que se articulan diferentes locaciones más o menos lejanas geográficamente, sus bienes, sus personas y sus ideas, de modos casi instantáneos, son problemáticas que no sólo han sido foco de estudio desde diferentes disciplinas, sino también se han constituido como características de nuestras sociedades actuales. Así pues, en términos de Urry (2000), estaríamos viviendo en una sociedad móvil. Sin embargo, ¿acaso no ha sido siempre así?

La movilidad de distintos grupos sociales ha sido foco de atención tanto en los análisis sobre sociedades pre como post capitalistas. Sin embargo, es en esta doble presencia que se plantea una diferenciación sustancial sobre la que esta sección del libro busca problematizar. Mientras que en las sociedades no occidentales la movilidad, asociada las más de las veces a modos de habitar nómades, ha sido caracterizada como rasgo de su primitivismo; los viajes y movimientos de las sociedades desde la industrialización estuvieron vinculados a la idea de la exploración, de la circulación de bienes e ideas, por fuera de la domesticidad. Atravesadas por un interés en el conocimiento de la alteridad en el marco de la construcción de las identidades nacionales y entonces, de ciertos parámetros más o menos universales para la “civilización”, estas jornadas de viaje estuvieron orientadas más a la construcción de un mundo “de afuera” que a un interés por las propias dinámicas del habitar.

En este marco, y ante una globalidad que aparentaría incrementar su velocidad en cada momento, la vivienda en Occidente continúa constituyéndose, muchas veces, como aquel lugar que se contrapone a las dinámicas -a las velocidades-, del “exterior”, de aquellos flujos que conforman lo público, lo global. En otras palabras, mientras que la movilidad y sus velocidades son constitutivas de las prácticas económicas, políticas, culturales, sociales que se ejercen en los espacios de lo público, la vivienda, la casa, el hogar, permanecerían en buena parte del imaginario colectivo como aquellos sitios en los cuales esos tiempos se detienen en pos de una cierta estabilidad física y emocional (Barada y Daich Varela, 2020). Resulta relevante en este sentido el concepto de “movi-estabilidad”, desarrollado por Pinson y Thomann (2001), que propone la idea de la movilidad asociada a la persecución de la estabilidad en el ámbito residencial. El hogar es aquel sitio al que “se vuelve”, luego de haber estado en movimiento. En palabras de Bourdieu, “como punto de pasaje y de encuentro obligado entre los dos espacios, definidos con respecto a movimientos del cuerpo y a trayectos socialmente calificados, el umbral [de la casa] es el lugar donde el mundo se da vuelta” (Bourdieu, 2007:435, en cursiva en el original).

Esta aparente oposición entre lugares y prácticas que parecieran pertenecer

al campo de lo fijo y otros que se relacionan con estos desde el movimiento, desde el flujo, remite a la propuesta que Milton Santos (2002) elaboró para la comprensión del espacio de un modo relacional. Lo que cabe aquí preguntarnos para el abordaje de distintos modos de habitar es si basta con comprender y problematizar esas relaciones entre objetos y acciones o si en efecto debemos cuestionar su propia entidad. De esta manera, estamos confrontados a, al menos, tres absolutos que aquí relativizaremos en relación con las propias discusiones que nos plantean los capítulos que conforman esta sección. El primero es que la vivienda, la casa, el hogar, se constituye como un sitio fijo y estable. El segundo, se desprende de la aparente “instantaneidad” del movimiento, en función de la necesidad de concebir desplazamientos cada vez más veloces, y entonces, la existencia de movilidades más o menos “aceptadas”. Si bien estas ideas han sido discutidas en sí mismas, sus trayectorias han estado frecuentemente ligadas a la mirada sobre casos y sitios “exóticos”, ajenos a las lógicas del capitalismo occidental. Como este libro busca demostrar, estos absolutos se cuestionan en el seno mismo de nuestras sociedades, lo que conlleva a comprender la multiescalaridad del problema. En este sentido, el tercer absoluto vincula los dos primeros y cuestiona la existencia de la dicotomía en sí misma y entonces, vuelve sobre la gran pregunta que se plantea este libro acerca de la multiplicidad de formas de habitar que existen y coexisten en este siglo XXI en el que la globalidad pareciera, las más de las veces, aplanar las diferencias y neutralizar las impugnaciones de las desigualdades.

¿El hogar es fijo y estable? Una respuesta afirmativa a esta pregunta supone, a la vez, al menos dos afirmaciones que Occidente ha ido construyendo a lo largo de su historia, pero que, paradójicamente, también se encuentran en cuestionamiento desde sus propios principios. La primera es la idea de la vivienda única. Tal como observamos en relación con la sección anterior, esto se desprende de su materialidad, su objetualidad, y, como veremos en la siguiente sección, de los lazos sociales que la construyen. No es novedoso plantear que la noción de familia, y específicamente la de la familia nuclear, motivada por los Estados modernos conlleva a la concepción de la co-residencia de un grupo fijo de personas cuyas relaciones y prácticas están mutuamente moldeadas por un espacio, también único, en el que habitan. La oposición evidente a este esquema se ha presentado a partir del estudio de los modos de habitar de las sociedades no-occidentales, asociados a la movilidad y entonces a la existencia de una multiplicidad de residencias para una misma unidad doméstica, conformada por distintas formas de familias extensas y sus movilidades asociadas como modo de vida, tal como podremos observar en el trabajo de Jorge Tomasi en esta sección, enfocado en la movilidad de los pastores andinos. ¿Pero qué ocurre

entonces con la movilidad residencial tan central en los estudios de las sociedades capitalistas, en torno a la existencia de una segunda, o tercera vivienda en las clases medias y altas urbanas -a las que refiere, como veremos, el trabajo de Rodrigo Hidalgo et al. en esta sección-?, ¿Cómo pensar la movilidad habitual entre diferentes residencias próximas de distintos miembros de la familia, incluso nuclear, que se da en buena parte de los barrios populares de las grandes urbes latinoamericanas, o lógicas como aquellas de familias con padres y madres divorciados, cuyos hijos habitan cotidianamente en más de una residencia?. Entonces, si la vivienda no puede definirse, necesariamente, como un único lugar, ¿cómo se define la dinámica entre sus distintos lugares? ¿Cuáles son sus temporalidades?

Aquí entonces la segunda afirmación occidental sobre la permanencia de la vivienda: su espacio es fijo, y entonces, permanente. En esta clave es que existen casas que, en efecto, se mueven y trasladan, tal como estudió Waterson (2012) en su trabajo en el sudeste asiático, o como bien puede observarse en la minga de tiradura de casa en Chiloe (Chile), para la cual el traslado de una vivienda es una práctica que, en efecto, refuerza vínculos comunitarios. Sin embargo, más allá de casos específicos, es esta premisa occidental sobre la permanencia la que conllevó muchas veces al análisis de estas viviendas móviles o a aquellas asociadas a una movilidad permanente de sus grupos sociales, como construcciones precarias, poco estables. En este sentido, desde las tiendas de campaña, hasta las viviendas de adobe en el área andina o los llamados “ranchos” de diferentes grupos indígenas en la región chaqueña, se constituyeron en objetos que debían ser erradicados en pos de la estabilidad de sus poblaciones en sus territorios y entonces, de su “civilización”. Ahora bien, ¿Cómo Occidente ha concebido esa “precariedad” o temporalidad de las viviendas para sí? Los debates entorno a esta aparente precariedad se iluminan en esta sección al ponerse en diálogo con el trabajo de Olivier Sirost sobre la trayectoria del camping en Francia y los distintos vínculos que esta práctica ha tenido con diferentes grupos sociales y sus respectivas búsquedas en torno a la naturaleza. Aquí emergen entonces, no sólo los desarrollos industriales y la búsqueda del confort en la industria del campamentismo, sino también nos encontramos ante desafíos, muchas veces utópicos, que la propia disciplina arquitectónica se ha planteado ante la imposibilidad de resolver esta aparente premisa de sostener un hábitat fijo en nuestras sociedades móviles. Así, en el marco del pensamiento posmoderno es que se presenta la “Walking City” Archigram (1964), y el devenir de las llamadas “arquitecturas efímeras” desde las exposiciones universales del siglo XIX, hasta las viviendas que procuran lógicas de ensamblaje y desarme como parte de su misma concepción. Finalmente, cabe preguntarse acerca de los modos en que en este mundo contemporáneo se

construye un habitar (¿temporario?) en los campamentos de refugiados que proliferan en diferentes partes del globo como parte de la crisis migratoria a la que nos referimos al comienzo de esta introducción, y que aborda el trabajo de Michel Agier que cierra este volumen.

El segundo absoluto que planteamos nos permite volver sobre la idea de la movilidad como práctica social, lo que conlleva a considerar entonces, ¿Cuál es la velocidad del movimiento? Partimos mencionando las experiencias exploratorias, de conquista y comerciales como aquellas prácticas de viaje primigenias de Occidente, claramente atravesadas por el deseo de vinculación entre lugares, y entonces, “la llegada” como un evento en sí mismo que de hecho ha sido retratado por la historia, desde las impresiones de Humboldt (Wulf, 2016) hasta el análisis histórico-cultural de Sahlins (2008 [1977]) con eje en la potencia del “descubrimiento”. Ahora bien, ¿qué ocurre con esas jornadas de viaje en las que, evidentemente, se constituían formas de habitar en el trayecto mismo? La mirada sobre grupos sociales no occidentales nuevamente vuelve a iluminarnos en este sentido y en efecto, nos encontramos ante una diversidad de formas de vida que han concebido la movilidad no sólo como un medio para alcanzar la vinculación entre puntos fijos sino más bien, como un modo en sí de habitar, de construir relaciones sociales, desde grupos de parientes a alianzas matrimoniales, así como de aprovechar el territorio a partir de la periodicidad de los ritmos de vida o las temporadas de abundancia y escasez. El caso del pastoreo vuelve a ser significativo en este sentido, tal como lo referirá el texto de Tomasi, puesto que la movilidad asociada —aunque no solamente, como indicará el propio autor, a los desplazamientos de las haciendas, es constitutiva del habitar. Como ha planteado Khazanov (1994) el pastoreo es, ante todo, un “modo de vida”. En este marco, es necesario relativizar la aparente independencia de este tipo de movilidades de cara a los vínculos que estas mismas sociedades tienen con los Estados y el sistema capitalista, de forma tal que estas movilidades adquieren, muchas veces, otras dinámicas en relación con estos vínculos. En otras palabras, podemos pensar cuantas movilidades han sido motivadas, incluso, por los propios sistemas que han intentado erradicarlas.

Por otra parte, es preciso reconocer que el capitalismo ha generado sus propios esquemas de movilidad residencial, tanto aquellos que se asocian con las dinámicas aceleradas de los impulsos inmobiliarios como con el desarrollo de ciertos nodos residenciales periurbanos y entonces, genera también la consecuente planificación urbana que procura mitigar los tiempos asociados a los traslados de manera tal que la alternancia entre vivir en uno u otro sitio sea más o menos instantánea. Podríamos interrogarnos sobre qué ocurre con los tiempos inherentes a esos viajes y

a esos traslados cada vez más frecuentes en el mundo del ocio, pero también de los negocios o las relaciones políticas. ¿Existen personas que viven en aparente “tránsito”? ¿Qué ocurre con los tiempos de habitar en los aeropuertos, terminales, hoteles o simplemente oficinas donde las personas expenden la mayor parte de sus días y, sus vidas? Paradójicamente, las dinámicas de aquellos que procuran “romper” con esas formas de vida alienadas por el capitalismo, buscan en la movilidad permanente un modo de vida “alternativo”, tal como sucede con los llamados “neo-nomadismos” que muchos jóvenes urbanos tanto en Latinoamérica como en Europa elijen como modo de vida, a los que refiere el trabajo de Mercedes Oyhantcabal y Javier Muñiz Pérez en esta sección.

Esta última referencia es significativa para preguntarnos, en efecto, sobre la problemática de las movilidades residenciales o, más bien, la movilidad como modo de vida, en las sociedades contemporáneas. ¿De qué hablamos, de hecho, cuando hablamos de neo-nomadismos? ¿A qué grupo de personas nos referimos y en todo caso, qué otros “nomadismos” o movilidades cotidianas en torno a la residencia parecieran estar en el pasado? La acción de los Estados en pos de la sedentarización de los grupos nómades o semi-nómades ha sido una constante a escala global y en efecto su propia existencia se ha concebido como para-estatal en la clave que lo han planteado Deleuze y Guattari (1986). En esta línea es que podemos pensar que el propio Occidente muchas veces no sólo ignora su persistencia, sino que en pos de avalar sus propias movilidades es que se definen categorías como “neo” para su validación. He aquí, nuevamente, el problema de la velocidad al que hace referencia esta sección. Tal como lo han planteado Zusman, Hevilla y Molina (1996), se trata entonces de una aceleración de los vínculos entre los lugares, tal que se vuelven casi instantáneos. En efecto, es imposible no considerarla en el marco de la coyuntura actual a escala global, en que esa instantaneidad ha dejado de ser metáfora ante una significativa aceleración de la virtualidad y la posibilidad de “movilidad” que esta brinda, y que, en efecto, ejercemos entrando a una reunión en París para, segundos más tarde, realizar la tarea escolar de nuestros hijos en un establecimiento a la vuelta de nuestras casas, desde el mismo lugar. En este marco, es que la movilidad residencial de veraneo o fin de semana, se define más por la velocidad de los emprendimientos inmobiliarios y la propia del capital y las tecnologías, que por el tiempo real que se emplea en el traslado físico de las personas entre una y otra residencia, aun superando los esfuerzos de las infraestructuras viales y de transporte. Al mismo tiempo, la movilidad de los grupos campesino-indígenas esta permeada por el rol que estos ocupan en el sistema económico-productivo de los Estados.

Finalmente, nos enfrentamos entonces al tercer absoluto, construido desde

las preguntas que nos deja este primer análisis de la aparente dicotomía entre la movilidad y la residencia y que se irán reformulando y abriendo a través de los capítulos que conforman esta sección. En efecto, ¿Es acaso posible aislar la movilidad del análisis de los modos de habitar? ¿De qué manera los objetos, las viviendas, participan activamente de esas movilidades? ¿En qué formas ese movimiento constitutivo de diversas formas del hábitat dialoga con otras redes escalares, desde los flujos del capital global hasta las relaciones familiares? Si como hemos visto, la casa nunca es estable, tal vez debamos trascender esta mirada sobre la noción de refugio, de locus, para concebirla, en la clave que Doreen Massey (2004) lo ha hecho para definir al lugar, como un sitio cuya singularidad está construida a través de relaciones multiescalares entre agentes humanos y no humanos en constante movimiento. Esta sección se conforma a partir de cuatro textos, que hemos mencionado y que abordan diferentes “velocidades” en el habitar.

Primero, el trabajo de Jorge Tomasi nos convoca a una mirada novedosa sobre las movilidades pastoriles en las tierras altas de Jujuy, Argentina, que procura trascender los análisis más “clásicos” sobre sociedades pastoriles estrechamente vinculados a la comprensión de sus aspectos productivos. A partir de un extenso trabajo etnográfico llevado a cabo durante más de diez años en la localidad de Susques, para Tomasi, la movilidad de los pastores y sus haciendas es un modo de vida que, además, está en constante transformación en relación con las relaciones que históricamente, pero particularmente, en las últimas décadas, estos grupos han tenido con los Estados y con distintos mercados productivos y laborales. En este marco, y como plantea el propio autor, se trata de “desplazamientos” que reordenan las relaciones sociales y, a su vez, se reordenan en ellas. Finalmente, este trabajo se centra en el problema mismo de la relación entre las personas, su movilidad y sus arquitecturas, considerando especialmente el rol de los objetos en la movilidad.

Por su parte, el capítulo de Rodrigo Hidalgo, Miguel González Rodríguez, Sebastián Ponce Olmos y Carlos Vergara Constela aborda los procesos de conurbanización de las ciudades de La Serena y Coquimbo en Chile, en relación con la localización de segundas residencias para los sectores sociales medios y altos de Santiago de Chile. El análisis histórico de estos procesos contempla distintas velocidades en la formación de estas urbanizaciones vinculando, por un lado, los flujos de capital y por el otro, las distintas relaciones que se establecen, en términos técnicos, con la naturaleza. El abordaje del trabajo ofrece la interacción entre distintos instrumentos gráficos y estadísticos que permiten analizar la multiescalaridad tanto geográfica como histórica de estos procesos, contemplando la estacionalidad de las poblaciones y sus dinámicas cotidianas.

El tercer capítulo de esta sección, cuyos autores son Mercedes Oyhantcabal y Javier Muñoz Pérez, aborda la experiencia de aquellos que, en los términos de los autores, “eligen el viaje como modo de vida”. A partir de un análisis que se centra en la perspectiva fenomenológica de Merleau Ponty y la conceptualización del nomadismo de Deleuze y Guattari, los autores recorren las experiencias espaciotemporales de las personas que viven “viajando”. Desde una perspectiva que articula un trabajo etnográfico con el análisis teórico conceptual, este capítulo nos invita a problematizar, justamente, las nociones del “viajero” y el “nómade” reconociendo los distintos lugares, relaciones y tiempos -velocidades- que se construyen desde y en el habitar. Asimismo, nos convoca a discutir, en la clave de lo planteado precedentemente, cómo estas “otras formas de vida” dialogan, tensionan, y también discuten las velocidades y dinámicas del mundo capitalista, desde la perspectiva de quienes, al menos pretenden, ejercer la idea de haber “escapado” de él. Finalmente, este trabajo invita a interpelar el rol de los cuerpos en el espacio, desde la corporalidad de la noción de desplazamiento, y cómo esta puede ser, en todo caso, constitutiva, (¿en su totalidad?) del propio espacio habitado.

Cierra esta parte un artículo elaborado por Olivier Sirost, y traducido al español para integrar este volumen. En cierto modo, su texto permite releer muchas de las discusiones que emergen de los precedentes en función de una problematización que va al seno de los debates sobre las formas de vida capitalistas y la tensión siempre abierta entre la naturaleza y cultura que en muchas aristas reproduce aquella de “barbarie” y civilización. El trabajo de Sirost reconstruye una historia del camping, como emergente de los intereses y búsquedas de las clases medias urbanas francesas desde los inicios del siglo XX y a la vez lo inserta en el marco de una arqueología más extensa sobre la significancia de las exploraciones y los vínculos con aquellos lugares más o menos exóticos por parte de occidente. Desde allí, este trabajo problematiza el diálogo entre las sociedades occidentales y la movilidad como modo de vida, tensionando las nociones de lo temporario y lo precario.

La articulación entre estas diferentes perspectivas y casos de estudio que estos textos presentan nos permite profundizar muchas de las preguntas que aquí se plantearon y que sólo procuran contribuir a debates más amplios y evidentemente transdisciplinarios. En este sentido, todos los casos aquí abordados parten de una premisa común que, evidentemente, deja por fuera otras: aquella de considerar a estos desplazamientos en el habitar como prácticas “deseadas”. En los cuatro capítulos el desplazamiento es constitutivo de modos de vida que, si bien se definen en el marco de relaciones más amplias, y muchas veces estas están atravesadas por ejercicios de poderes asimétricos, en ningún caso la movilidad asociada al habitar está definida

por el ejercicio de la coerción. Lamentablemente, estas lógicas no escapan a las múltiples formas en las que los habitares contemporáneos se desarrollan y entonces, queda pendiente para este volumen la inclusión de los desplazamientos forzados de maneras más o menos directas por cuestiones que pueden ir de la violencia al mercado de trabajo, del cambio climático a las catástrofes así como las migraciones en situaciones de vulnerabilidad y la temporalidad de muchos hábitats que, lejos de constituirse como formas que enriquecen la comprensión de nuestras diversidades, se constituyen en deudas y responsabilidades que deben asumirse también desde el campo académico.

Compartires

Hemos mencionado que entre los diversos significantes del término vivienda emerge históricamente como dominante aquel referido al cobijo y al refugio, acondicionado para el residir de las personas, solas o en familia. Sin embargo, no siempre la vivienda ofrece un amparo satisfactorio en relación a las necesidades de quienes la habitan (Giglia, 2012). En este marco, la concepción más clásica de vivienda, como protección y resguardo, conferida desde una mirada más bien espacial, presenta un desafío en la actualidad al momento de afrontar problemáticas domésticas y cotidianas. Uno de los tantos problemas da por supuesto un imaginario común de vivienda reducido a las funciones básicas de reproducción como dormir, descansar, comer, recrear, trabajar, originada en gran parte por el debate arquitectónico moderno de inicios del siglo XX, y tiene entre sus argumentos centrales, pensar el hábitat doméstico o residencial desde una visión funcionalista, más bien morfológica, definiendo a la vivienda como un espacio de habitación estático, un “objeto de fuerte geometría” (Bachelard, 1965). Sin embargo, ¿es la vivienda el objeto espacial que define el modo de vida? o ¿son las relaciones sociales entabladas entre las personas las que definen a esta?

Entre los diversos pliegues e intersticios que enlazan las prácticas sociales con el ambiente, los materiales y los modos de habitar; entre habitar el movimiento como modo de vida, móvil y dinámico, esta sección introduce un último quiebre en torno a la concepción dominante de la vivienda, para situarla, en su lugar, en un marco de interacciones, disputas y confrontaciones sociales que tienen al ámbito doméstico como escenario, medio y significante central. Dicho desafío nos invita a reflexionar sobre la vivienda como una relación social dada en un espacio-temporal preciso; o como un “sistema de relaciones -relaciones entre habitaciones- los artefactos físicos y habitantes –la gente que los usa-” (Pradilla, 1983:45). La vivienda se constituye en un objeto ‘vivo’ que, al igual que sus habitantes, es moldeado por la sociedad en la

cual se encuentra inserto (Pezeu Massabuau, 1992). Este posicionamiento implica, por un lado, cuestionar los históricos mecanismos de reproducción social anclados a los modos de vida domésticos convencionales. Pensar hoy en día en la vivienda como en un objeto meramente reproductor y contenedor de la familia occidental resulta exiguo. Por otro lado, invita a comprender la(s) viviendas como relaciones sociales que lejos de ser homogéneas, se presentan como heterogéneas y que responden a necesidades materiales, históricas y culturales acontecidas en un momento y lugar preciso del devenir histórico. En síntesis, se trata de una relación dialéctica entre la vivienda y los modos de vida y cómo estos se definen recíprocamente.

Compartires, entonces, son las relaciones; fluidas, móviles, espontáneas y heterogéneas. Compartires son también los espacios domésticos, reconfigurándose y resignificándose día a día por estas relaciones. Compartires son las negociaciones y acuerdos que desde y en el espacio, se entretejen. Compartires son los múltiples modos, las múltiples formas, del habitar contemporáneo. Porque habitar es más que la relación con la casa que habitamos; porque habitar se basa en la presencia en un lugar; porque habitar es la relación de un sujeto, individual o colectivo, con un lugar y con sus semejantes (Giglia, 2012).

Situarnos desde este lugar supone una lectura transversal que incita a pensar en otros modos de habitar los espacios domésticos en Latinoamérica, que pretendemos más dinámicos, divergentes y efímeros. Co-habitaciones transitorias y espontáneas, diversos tipos de familia, habitantes solitarios, mujeres en lucha, transeúntes en busca de un hogar, el hogar en la calle, la acogida y hospitalidad, son solo algunos ejemplos. En tanto infinitud de imaginarios se presenten, infinitud de concepciones de vivienda debiese existir. Entonces, ante la clásica pregunta *¿qué es una vivienda?* el interrogante se reconfigura por *¿qué, cuáles, dónde y cómo son la(s) vivienda(s)?*, o bien, *¿qué, cuáles, dónde y cómo son la(s) relacion(es)?*

Como ya mencionamos en esta introducción, la pandemia mundial COVID-19 indujo un quiebre abrupto en nuestras vidas, modificando rutinas, cotidaneidades y relaciones laborales, económicas, culturales, entre otras. Como proceso inédito, nos sumerge en una 'nueva normalidad', en un 'quedarse en casa'. Prácticas que anteriormente se realizaban en el 'afuera' pasaron abruptamente al 'adentro', a nuestra intimidad, a nuestra esfera privada. Más que nunca, tener una casa, un hogar, resulta una condición necesaria e indispensable en el día-día. En este contexto, compartir los espacios, convivirlos, co-habitarlos, resignificarlos, da lugar a una experiencia cotidiana repleta de incertidumbres y desafíos. Frente a estos cambios, el habitar se concibe desparejo y desigual para el conjunto de la sociedad, en cuanto las injusticias socio-espaciales preexistentes se agudizan en profundidad. En este marco de

pluralidades, compartires agrupa cuatro capítulos que dan cuenta de algunos modos latentes de habitar el ámbito doméstico contemporáneo. Para ello, la sección reúne trabajos elaborados en Argentina, Chile y Francia, que invitan a pensar y abrir multiplicidades de formas de co-habitar, disputar y confrontar la(s) viviendas.

En el primer capítulo de esta parte se abordan los desafíos recientes vivenciados en los modos de experimentar, significar y compartir el espacio doméstico en el contexto de la pandemia Covid 19. Desde un enfoque sociocultural, Juliana Marcús, Martín Boy, Joaquín Benítez, Martina Berardo, Magdalena Felice, Agustina Márquez, María Agustina Peralta y Diego Vázquez, analizan las transformaciones producidas al interior de la vivienda en el Gran Buenos Aires, Argentina, en relación a las restricciones atribuidas durante el inicio del ASPO en el país. Más específicamente, las y los autores identifican cómo, frente al vaciamiento originado en el espacio público, la vivienda adquiere relevancia al convertirse en el principal espacio de reproducción de la vida cotidiana. El trabajo pone énfasis en los modos de experimentar y vivir el habitar doméstico y las prácticas, en las percepciones y valoraciones de las y los habitantes y en las disputas materiales y simbólicas que emergen de esta condición. Del mismo modo, la investigación avanza en comprender cómo la vivienda adquiere usos y funciones divergentes durante el proceso de aislamiento y expone las desigualdades sociales persistentes en torno a la división de las tareas del hogar de acuerdo al género. Frente a la espontaneidad del confinamiento, la investigación presenta resultados originales producidos a través de encuestas online, entrevistas telefónicas y registros fotográficos, que dan cuenta de la readaptación de los espacios domésticos y semi-públicos al resignificar sus usos, prácticas y valoraciones.

En su capítulo sobre experiencias domésticas cotidianas y habitar precario, María de la Paz Toscani analiza un particular modo de convivencia: el habitar doméstico en piezas de hoteles-pensión. Para esto, la autora aborda experiencias habitacionales de sectores empobrecidos en el barrio de Constitución en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, en la última década. El trabajo contribuye, por un lado, al estudio de una problemática habitacional vinculada a una peculiar forma de hábitat popular; por el otro, establece una correlación entre esta problemática y su agravamiento como consecuencia de la pandemia COVID-19 y las medidas de distanciamiento y aislamiento social, preventivo y obligatorio dispuestas en el país. Por medio de entrevistas semi-estructuradas y de técnicas etnográficas como la observación participante, la investigación establece un diálogo desde una escala intra-doméstica que abarca experiencias, testimonios y cotidaneidades de las y los habitantes entre sí y en sus propias esferas privadas y semi-públicas; y alcanza una escala macro vinculada al ámbito barrial. Las experiencias de cohabitación de las y

los habitantes de los hoteles pensión son contempladas desde el estudio de la habitabilidad, ofreciendo resultados de las percepciones, modos y prácticas cotidianas que implican convivencias en espacios reducidos, precarios en cuanto al acceso a servicios y equipamientos, y amenazados por potenciales desalojos. Esta perspectiva de abordaje otorga un tono particular al observar un modo de habitar contemporáneo atravesado por tensiones, conflictos y costumbres habitacionales divergentes.

Desde el campo de la teoría feminista, Ignacia Ossul-Vermehren problematiza la relación entre vivienda y género en asentamientos empobrecidos en Chile. Mediante una aproximación etnográfica y participativa, la autora presenta datos empíricos producidos en los asentamientos Manuel Bustos y Felipe Camiroaga, en Viña del Mar, Región de Valparaíso, atendiendo especialmente a dos estrategias socio-espaciales experimentadas por mujeres en contextos de violencia doméstica. Por un lado, la práctica de ‘Cuidado en solidaridad’, como estrategia colectiva de crianza y, por el otro, la práctica de ‘Creación de espacios seguros’, como estrategia de generación de nuevos espacios de resguardo para las habitantes y sus hijas e hijos, construidos por las mismas mujeres con el objetivo de huir de la violencia de género. Ambas prácticas entablan un diálogo constante, a lo largo del texto, con las nociones de ‘hacer’ y ‘deshacer’ el hogar y denotan, a su vez, a la violencia y al cuidado como a dos partes constitutivas del mismo. A esta propuesta se añade información inédita recopilada en el transcurso de la pandemia COVID-19 y se aporta material reciente sobre cómo el contexto de aislamiento exacerba las desigualdades de género, extremando situaciones de violencia y afectando la cotidianeidad de las mujeres y sus familias. En esta línea, el trabajo entabla un novedoso diálogo teórico y espacial con las voces y los relatos de las mujeres entrevistadas y presenta, también, material cartográfico de relevancia elaborado por la propia autora a partir de los testimonios recopilados durante la investigación.

Las trayectorias habitacionales de inmigrantes y refugiados y refugiadas son abordadas en el último capítulo de esta sección, que corresponde a las autoras francesas Marjorie Gerbier-Aublanc y Évangeline Masson Diez, la investigación indaga en las experiencias cotidianas vivenciadas por inmigrantes en Île-de-France, región parisina. Más específicamente, se abordan las experiencias domésticas que hacen el habitar, transitar y apropiar(se) de un hogar, aunque este sea temporal. Para esto, se exhiben las convivencias generadas en el marco de los programas contemporáneos de acogida, en cuanto se profundiza en el establecimiento de vínculos, amistades, expectativas, oportunidades y tensiones entre anfitriones y solicitantes de asilo en hogares de particulares con quienes co-habitan. A través de encuestas socio-etnográficas realizadas entre los años 2017-2018, las autoras examinan las percepciones,

lazos y disputas experimentadas en las trayectorias sociales de las y los inmigrantes, acentuando el efecto trampolín que estas pueden tener sobre las y los mismos. Asimismo, interrogan sobre las consecuencias que la pandemia COVID-19 genera sobre las prácticas y experiencias domésticas, investigadas previamente. Apropiarse de un hogar y co-habitarlo, en este marco, constituye un vínculo lento y paulatino que implica relaciones, a veces, limitadas en términos prácticos, simbólicos y espaciales y, a la vez, resulta una posibilidad de dejar la calle para vivir en una casa.

Cada uno de los estudios referidos en esta sección esboza sus propios modos de afrontar las problemáticas investigadas, no obstante, tensiones y reflexiones similares se presentan a lo largo del libro. Las prácticas domésticas abordadas desde las experiencias, percepciones y expectativas de y entre los sujetos emergen como uno de los principales elementos que ensamblan a los capítulos. Las co-habitaciones desenvueltas en el marco de eventos inesperados forman parte de ello. Transitar un desalojo, la búsqueda de un asilo temporal, la huida de un hogar en el marco de una situación violenta o de una pandemia mundial, constituyen prácticas inherentes a las desigualdades existentes. Como contrapartida a estos condicionantes, la generación de lazos y redes entre quienes comparten las viviendas, a partir del contacto indirecto entre vecino/as, entre las mujeres y sus familias, entre anfitriones y huéspedes, o entre habitantes de un mismo lugar, dan cuenta de las fortalezas aún vigentes con las que contamos como sociedad. Los hábitos y costumbres desenvueltos en un mismo grupo familiar, en el encuentro de dos culturas, en la búsqueda de un nuevo hogar, o en los espacios compartidos e íntimos, denotan formas de apropiación que en cuanto aparecen como específicas se reproducen mundialmente, sin importar su contexto geográfico, como vimos en las investigaciones.

La pandemia COVID-19 constituye otro de los elementos transversales abordados en todos capítulos. Ya sea a modo de interrogante o bien reconociendo las especificidades producidas en este marco, las investigaciones expuestas esbozan diferencias significativas respecto a las condiciones habitacionales previas a su aparición. Al ser la pandemia un proceso reciente que atenta con el cotidiano anterior y redefine diariamente el cotidiano actual, las y los autores logran dar cuenta cómo la misma imprime otro u otros modos, diferentes, de relacionarse, de habitar y de compartir. En este contexto la vivienda se resignifica hacia el adentro. Los usos y costumbres domésticas, más convencionales, se entrelazan a usos recreativos, deportivos y laborales. En torno a ello, se recrean prácticas, rutinas y costumbres sociales. En el transcurso del aislamiento social, la vivienda representa el espacio de resguardo a la cercanía física con otras personas y también frente al contagio; como si la casa fuese una barrera sanitaria con el exterior (a lo que se refieren Marcús et al. en esta sec-

ción). La vivienda también se resignifica hacia el afuera. Los espacios de uso común se adaptan, se comparten, se disputan. Los exteriores se redescubren y cobran otros usos, más sociales y/o culturales pero distantes a la vez; como si los lazos sociales se acercasen y los espacios físicos se alejasen. Las brechas existentes en torno al género y las tareas de cuidado del hogar se acrecientan. Las actividades domésticas se tornan aún más inequitativas entre mujeres y convivientes (como refieren los trabajos de Marcús et al. y Ossul-Vermehren en esta sección). Y a su vez, las prácticas de solidaridad entre mujeres, se vuelven más fuertes. Las relaciones de hospitalidad entre inquilino/as y dueños, entre anfitriones y refugiado/as también se redescubren. En algunos casos se tornan más asimétricas, tensas y contradictorias; en otros, se fortalecen, avicinan y arraigan entre los encuentros de rutinas, hábitos y costumbres como se problematiza en los trabajos de Toscani y Gerbier-Aublainc y Masson Diez.

El escenario de pandemia no solo afecta las realidades cotidianas, también hace lo propio con los modos de observar estas realidades. Como cuestión intrínseca implica un desafío para las y los investigadores; pues requiere de una revisión profunda en los métodos de investigar y afrontar el trabajo de campo. El hecho de no poder transitar el territorio diariamente hace necesarias, aunque forzosamente, reformulaciones prácticas, epistemológicas y conceptuales. Como técnica ‘sacada del armario’, la etnografía de patchwork, o etnografía de retazos (Günel, Varma y Watanabe, 2020), constituye una técnica de investigación que logra dar cuenta de los cambios acontecidos en este marco, en donde ‘hogar’ y ‘campo’ se recombinan (Günel, Varma y Watanabe, 2020). Así, las cuatro investigaciones de esta sección denotan procesos y protocolos etnográficos diseñados recientemente, con herramientas y técnicas diferentes a las utilizadas de modo convencional; como, por ejemplo, las entrevistas telefónicas, encuestas online y video-llamadas.

Una tarea pendiente, aunque inagotable, compete al abordaje de otros a modos de co-habitar los espacios domésticos que han quedado fuera de nuestro recorte. Residir en una cárcel, un orfanato, un hogar de ancianos, un hospital; habitar la calle, un campo de refugiados, una toma de viviendas, o un alojamiento temporal o turístico; son problemáticas actuales igual de significativas y que ameritarían ser revisadas a la luz de las reflexiones que aquí se proponen. Las convivencias en condiciones climáticas disímiles, en contextos geográficos diferentes, con relaciones de clase desiguales, establecen condicionantes a cada una de estas situaciones. Mencionarlas, al menos, constituye una invitación a contemplarlas en un futuro, esperemos no muy lejano.

En su contribución que hemos incluido a modo de epílogo, Michel Agier nos interroga acerca de la posibilidad de dejar atrás aquella “marginalidad que hace

desorden” basándose en su experiencia etnográfica en movimiento y que va desde el barrio Liberdade en Salvador de Bahía en Brasil, a los campamentos de refugiados en diferentes partes del mundo. Puesta en diálogo con las reflexiones que aquí hemos presentado y que se desarrollan a lo largo de los capítulos que siguen, ese “desorden” es el de movimientos sociales reivindicando su existencia a través de la edificación de sus lugares de vida; es el de las formas populares de construir casas, calles, barrios y cañerías de agua. Y, del mismo modo, ese “desorden” es el de personas, familias o sociedades que se mueven en constelaciones de lugares en los que el habitar es una práctica multi-localizada en redes de necesidades materiales, de afectos, del buscar y del construir otras formas de existencia. Y ese “desorden” es también el de familias diversas y el de las cohabitaciones instantáneas y dinámicas. Cuando todo esto deviene “desorden” y es luego acallado, ignorado e incluso sancionado y prohibido, deviene marginal, externo y ajeno, una anomalía que debe ser corregida, normatizada, regularizada, disciplinada. Como también hemos desarrollado y lo veremos a lo largo del libro, eso otro ya convertido en ajeno y marginal es disciplinado sobre la base del ignorar, retomando a Agier, aquello que de universal es compartido: una co-construcción de lo público y lo común, la evidencia de que los habitares se glosan en prácticas diversas y plurales.

Asumir los habitares como relaciones sociales, como prácticas plurales del ser y existir implica y demanda, entonces, abrir un campo de disputa que ponga en evidencia los regímenes de arbitrariedad a través de los cuales lo otro deviene “otro”, marginalidad o desorden. Los ensamblajes, conexiones y articulaciones contemporáneos evidencian que las posibilidades del habitar múltiple y diverso no se juegan ya en las disputas en torno a una línea móvil de contraposición de heteronomías con autonomías. Se trata, como veremos, de conexiones más complejas que involucran a múltiples escalas, subjetividades, sociedades, Estados y mercados.

Así, hoy son urgentes perspectivas y ámbitos de indagación capaces de visualizar las prácticas sociales implicadas y la lucha por desarrollar un conocimiento preciso de aquellos modos de producción contemporáneos del habitar que al desplegarse excluyen, que al pretenderse centro producen margen, que para ser, niegan. Los trabajos que hacen a este libro apuntan a esa dirección por su revés. Reconociendo en todos sus términos la pluralidad de las formas del habitar y en tanto lucha por concebir ciudades y territorios justos, capaces de revertir las desigualdades territoriales existentes; en tanto lucha por viviendas dignas, capaces de dar respuestas a las necesidades habitacionales de todas y todos los habitantes; en tanto lucha por un mundo abierto con prácticas de hospitalidad y de acogida; en tanto lucha por relaciones justas, capaces de revertir las desigualdades existentes y estructurales.

Referencias

- Appadurai, A (ed.) (1991), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Mexico: Grijalbo.
- Bachelard, G (1965), *La Poética del Espacio*. México: FCE.
- Barad, K (2007), *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Durham: Duke University Press.
- Barada, J y Daich Varela L (2020), "Vivienda". En: Benedetti A (comp.) *Palabras clave para el estudio de las fronteras*. Buenos Aires: Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Bourdieu, P (2007 [1980]), *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- De Certeau, M (1999), *La invención de lo cotidiano*. 2. Cocinar. México: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G y Guattari, F (1986 [1980]), *Nomadology: The war machine*. New York: Semiotext(e).
- Gago, V (2014), *La Razón Neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Giglia, A (2012), *El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación*. México: División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Günel, G; Varma S; Watanabe C, (2020), "A Manifesto for Patchwork Ethnography". *Sociedad de Antropología Cultural*, consultado el 24 de junio de 2021, <https://culanth.org/fieldsights/a-manifesto-for-patchwork-ethnography>
- Gutiérrez, A (2009), "Movilidad o inmovilidad: ¿Qué es la movilidad? Aprendiendo a delimitar los deseos". Ponencia presentada en: XV CLAPTU. Buenos Aires.
- Harman, G (2016), *El objeto cuádruple*. Madrid: Anthropos.
- Harman, G (2015), "La teoría del ensamblaje", en *Hacia un realismo especulativo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Ingold, T (2000), *The perception of environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge: London & NY.
- Khazanov, F (1994), *Nomads and the outside world*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
- Latour, B (2009), "Sphere and Network. Two ways to reinterpret globalization". En *Harvard Design Magazine* (30) pp. 138-144.
- Latour, B (2017), *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latour, B y Hermant, E (2010), París. *Ciudad invisible*. Mexico, UAEM.
- Massey, D (2004), "Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización". *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57: 77-84.

- McFarlane, C (2011), "Assemblage and critical urbanism", *City*, 15(2), 204-224, DOI: 10.1080/13604813.2011.568715.
- McFarlane, C (2012), "Rethinking Informality: Politics, Crisis, and the City", *Planning Theory & Practice*, 13:1, 89-108, DOI: 10.1080/14649357.2012.649951.
- Miller, D (2010), *Stuff*. Cambridge: Polity Press.
- Morton, T (2019), *Ecología Oscura. Sobre la coexistencia futura*. Buenos Aires: Paidós.
- Pezeu-Massabuau, J (1988), *La vivienda como espacio social*. México: FCE.
- Pinson, D y Thomann, S (2001), *La maison en ses territoires. De la villa à la ville diffuse*. Paris: L'Harmattan.
- Pradilla Cobos, E (1983), *El problema de la vivienda en América Latina*. Ecuador: Centro de Investigaciones CUIDAD.
- Roy, A (2005), "Urban Informality: Toward an Epistemology of Planning" *Journal of the American Planning Association*, 71:2, 147-158, DOI: 10.1080/01944360508976689
- Roy, A (2013), *Las metrópolis del siglo XXI: nuevas geografías de la teoría*. Andamios 10(22): 149-182.
- Sahlins, M (2008 [1977]), *Islas de Historia. La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Santos, M (2002), *La Naturaleza del Espacio*. Madrid: Ariel.
- Scott, J C (1998), *Seeing like a state. How certain schemes to improve the human condition have failed*. New Haven: Yale University Press.
- Thrift, N (2006), "Space", *Theory, Culture & Society*, 23(2-3), 139-146. <https://doi.org/10.1177/0263276406063780>
- Tuan Yi, F (2007), *Topolifilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Barcelona: Melusina.
- Urry, J (2000), *Sociology beyond Societies. Mobilities for the twenty-first century*. London y New York: Routledge.
- Wulf, A (2016), *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander Von Humboldt*. Buenos Aires: Taurus.
- Zusman, P Hevilla, C y Molina M (2006), "La geografía de los tiempos lentos". En: Nogué J. y Romero J. (eds). *Las otras geografías*. Valencia: Tirant Lo Blanc.
- Zusman, P Lois, C y Castro H (eds.) (2007), *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*. Buenos Aires: Prometeo.



PARTE 1

Materialidades

Virginia MANZANO

Mariela Paula DIAZ

Rafael Soares GONÇALVES

Stefan KIPFER



Producción de viviendas y configuración colectiva de casas: vida doméstica y luchas por el bienestar en el Movimiento Tupac Amaru de Jujuy

Virginia Manzano

Introducción

La Organización Barrial Tupac Amaru se conformó en el año 1999 en la provincia de Jujuy como parte de la estrategia gremial de la Asociación de Trabajadores del Estado, enrolada en la Central de los Trabajadores de la Argentina, con el objetivo de sindicalizar a personas desocupadas a partir de sus lugares de residencia. Milagro Sala, en ese tiempo Secretaria Gremial de dicha asociación sindical, se abocó a agrupar a desocupados en barrios populares mediante la puesta en funcionamiento de “copas de leche”¹ (Manzano, 2015). A partir de 2004, esta organización se masificó aceleradamente cuando los gobiernos kirchneristas² (2003-2015) lanzaron el Programa Federal de Emergencia Habitacional dependiente del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios, cuyos lineamientos proponían incorporar a población desempleada en cooperativas de trabajo para la construcción de viviendas.

¹ “Copa de leche”, en primer lugar, es la denominación que tomó en la Organización Barrial Túpac Amaru la provisión auto-gestionada de alimentos dirigida a personas desocupadas que se llevaba a cabo en pequeños espacios cedidos por casas familiares localizadas en barrios populares. Entre las organizaciones de desocupados ese tipo de iniciativa también se nominó como “merendero”, en tanto que “comedor comunitario” refiere a la asistencia en una de las comidas centrales, generalmente el almuerzo. La provisión de alimentos a familias desocupadas requirió de una intensa labor colectiva, en el caso de la Tupac Amaru, sus integrantes se dedicaron a la recaudación de dinero y la coordinación de tareas para comprar y procesar alimentos, leche y yerba para preparar mate-cocido, bollitos dulces y refuerzos con porciones de empanadas o arroz con caballa pocos días a la semana. En segundo lugar, las copas de leche también constituyen una instancia de socialización, especialmente de mujeres y jóvenes. Eran encuentros dados a la comunicación y contención emocional así como a la creación de compromisos con categorías específicas de la población barrial, centralmente niños/as y ancianos, a través de la comensalidad. Finalmente, las copas de leche se estabilizaron e instituyeron como grupo básico de vinculación con el movimiento, compuesto por una cantidad variable de personas bajo la regulación de la figura

A lo largo de diez años, miembros de la Organización Tupac Amaru, mujeres y varones, construyeron en distintas zonas de la provincia 8000 viviendas, equipamiento comunitario y una red de servicios sociales, educativos, sanitarios y recreativos (Manzano, 2016). En ese marco, se distingue un barrio de 3000 viviendas en la zona de Alto Comedero, área próxima a la capital provincial. Allí, conjuntamente con las viviendas, se construyeron puestos de salud, un Centro Modelo Integral de Rehabilitación (CEMIR), canchas de rugby, fútbol y básquet, las escuelas primaria Bartolina Sisa y secundaria Olga Arédez, un moderno centro cultural con salas de teatro y cine, y el símil del Templo de Kalasasaya³ que representa el centro político y ceremonial, a cuyos pies se emplaza un parque acuático y otro con réplicas de animales prehistóricos. Además, se desarrollaron diversos emprendimientos para lograr el autoabastecimiento de materiales de obra, entre ellos, una bloquera para producir caños de hormigón y bloques, una metalúrgica para elaborar las aberturas (puertas y ventanas), una fábrica textil y otra de muebles. En el área céntrica de San Salvador de Jujuy funcionaba la sede central de la organización y frente a ella el Instituto Terciario donde se dictaban las carreras de enfermería, agente sanitario, economía social, turismo y diseño de indumentaria.

Las publicaciones en ciencias sociales abordaron diversas dimensiones cifradas en la experiencia de la Organización Barrial Tupac Amaru, sin embargo, han puesto menor atención en la vivienda, siendo el objeto central de producción y circulación que definió decisivamente la vida del movimiento y su relevancia social.

de delegados/as. Por medio de esos grupos se compartía información, se organizaba la participación en los eventos públicos, se recaudaba una cuota mensual de dinero para el acceso a servicios de salud y sepelios, y se registraba información sobre cada familia atendiendo a variables como el empleo u otras formas de sustento de la vida (programas sociales, jubilaciones y pensiones, entre otras).

² Los gobiernos del presidente Néstor Kirchner (2003-2007) y de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011 y 2011-2015) son reconocidos como parte de los llamados “gobiernos progresistas” del Cono Sur de América Latina. Con ese adjetivo se califica a gobiernos que surgieron tras intensas movilizaciones populares contra programas neoliberales, los cuales, más allá de sus acentuadas diferencias, se caracterizaron por aplicar políticas de redistribución del ingreso orientadas a revertir situaciones de pobreza y exclusión social producto de ajustes estructurales; por la recuperación de áreas del Estado privatizadas; y por la conformación de nuevos bloques regionales relativamente autónomos de la injerencia de Estados Unidos.

³ El templo de Kalasasaya está ubicado en el sitio de Tiwanaku, a setenta kilómetros hacia el oeste de la ciudad de La Paz, Bolivia. Su nombre proviene del aymara cuya traducción al español significaría “piedras paradas”. En la reproducción de Alto Comedero sobresalen La Puerta del Sol y la Puerta de la Luna, las cuales indican que Kalasasaya fue un templo dedicado a marcar diversos eventos de carácter astronómico, especialmente las distintas estaciones del año, según los/as arqueólogos/as, sus esquinas y entrada demarcan los solsticios y equinoccios con una gran precisión.

La mayor parte de los estudios se abocó a reconstruir los vínculos de la Organización Barrial Tupac Amaru con el Estado y las consecuencias de esa relación en el sistema provincial y local de gobierno, asimismo, se ponderó la distribución de recursos en la formación de mecanismos de representación política de sectores definidos como empobrecidos o informales (Rodríguez Blanco, 2011; Battezzati, 2012; Tabbush y Caminotti, 2015). De manera tal que solamente dos tesis de doctorado tratan con cierto detalle la cuestión de la producción de viviendas, una de ellas se detiene en la descripción de la producción cooperativa, atendiendo a los procesos de trabajo y al sistema de adjudicación (Gómez, 2018). La otra, trata a la Tupac Amaru como un fragmento condensador del modo en que se cimientan, estructuran y desplazan las desigualdades históricas en la sociedad jujeña, apuntando cómo las normatividades se transmutan en jerarquías espaciales (Gaona, 2015).

En función de esos avances, mi contribución en este capítulo parte de la experiencia de la Organización Barrial Tupac Amaru para analizar el proceso vívido de producción de viviendas, la constitución de la vida doméstica bajo relaciones de mutualidad y regulaciones colectivas y la inscripción de las viviendas en una genealogía histórica de demandas provinciales y nacionales por mejoras en la redistribución de la riqueza y el acceso al bienestar. De este modo, la distinción conceptual, histórica y práctica entre vivienda y casa es un núcleo que cobra una relevancia central.

La literatura académica ha venido insistiendo que casa y vivienda refieren a aspectos distintos de los espacios domésticos, aunque suelen usarse como sinónimos. En la visión de investigadores como Ballent y Liernur (2014), la casa es un término tradicional y de uso extendido que alude a una relación humana con los espacios destinados a las funciones de reproducción de la vida cotidiana, lo cual coloca el énfasis en protección, albergue y cobijo. En tanto que vivienda es un término más moderno, acuñado en el siglo XX y de aplicación más restringida puesto que se relaciona con la provisión de unidades por parte de poderes estatales y públicos. Mientras que la casa alude a una forma de relacionarse con el mundo a través del conjunto de operaciones que se denominan como habitar, la vivienda remite al espacio doméstico masivo convertido en tópico de gobierno, en ítem de una agenda estatal, vinculado a propuestas de especialistas y técnicos, y a valores de mercado. Para los mismos autores, la incorporación de la vivienda popular en las agendas estatales a partir del siglo XIX constituye un punto de inflexión que separa el imperio de la casa de la primacía de la vivienda (Ballent y Liernur, 2014).

El estudio etnográfico de Barada en un pueblo de la puna jujeña señala, en un sentido similar la distinción que advierten Ballent y Liernur, cómo los pobladores emplean el término vivienda para designar exclusivamente a las viviendas produci-

das por el Estado en el universo material del pueblo, en tanto que se refieren con el término casa a otro tipo de construcciones (Barada, 2016). No obstante, la propia etnografía abre la posibilidad de analizar la categoría nativa casa de pueblo, a partir de la cual la distinción absoluta entre casa y vivienda se vuelve más porosa debido a su relación con las dinámicas poblacionales, laborales y estatales que se manifiestan en el espacio. Partiendo de la casa como una construcción física, social y simbólica que tiene lugar en la articulación de estas dimensiones en la vida cotidiana de la familia, la categoría nativa casa de pueblo remite a las formas de producción, las técnicas y los espacios que indican cambios en las arquitecturas domésticas, a las transformaciones en los patrones de asentamiento de poblaciones dedicadas al pastoreo, a la extensión de la economía monetarizada mediante los empleos asalariados en la minería y a las actividades de regulación social y moral de las agencias estatales (Barada, 2016).

La casa como perspectiva de análisis también cobró relevancia en estudios antropológicos sobre parentesco, familia, prácticas económicas y de gobierno en entornos populares (Marcelin, 1999; Motta, 2014; Pina-Cabral, 2014; Pina-Cabral y Pietrafesa, 2014; Araujo, 2017; L'Estoile y Neiburg, 2020). Para Marcelin la casa no es un bien individual ni tampoco una cosa, un bien familiar o una ideología acabada; desde su punto de vista, la casa es una práctica, una construcción estratégica en la producción de domesticidad. Más que una entidad aislada y vuelta sobre sí misma, la casa solo cobra existencia en el contexto de una red de unidades domésticas, que es pensada y vivida en interrelación con otras casas que participan de su construcción, tanto en sentido simbólico como concreto, y hacen parte de una configuración (Marcelin, 1999). En otros casos la idea de configuración se presenta con un sentido más conceptual, el manejo de las casas permitiría dar cuenta de la circulación y el intercambio de dinero, objetos y personas en su inserción en múltiples relaciones que envuelven moralidades, afectos, obligaciones mutuas, cuidados y concepciones temporales sobre el pasado y el futuro (Motta, 2015; Araujo, 2017).

Como se advierte, los análisis que recuperan la distinción entre vivienda y casa formulan asuntos nodales que versan sobre las tensiones entre la domesticidad y el orden de regulación técnica y moral que conllevan las prácticas estatales. Por su parte, la perspectiva conceptual de las casas da cuenta de la centralidad de lazos sociales de interdependencia fundados en obligaciones mutuas, aunque tiende a descuidar en cierto modo el lenguaje de derechos que también hace parte de la experiencia doméstica de los sectores populares en su imbricación con proyectos colectivos. Por todo ello, retomaré el conjunto de estas propuestas para reconocer la especificidad de la experiencia de quienes integran la Organización Barrial Tupac

Amaru, mostrando cómo, en este caso, la producción de vivienda y la construcción de vida doméstica eran reguladas por la dinámica del movimiento social, siendo parte de un campo afectivo de creación de sentidos colectivos de subjetividad y de disputa histórica por la redistribución de la riqueza y el derecho al bienestar.



Imagen 1 Vista del barrio desde el Templo de Kalasasaya - Virginia Manzano

Trayectoria de esta investigación

Este capítulo se basa en una investigación etnográfica que se compone de tres estadias de trabajo de campo en Jujuy⁴. En el año 2014, una colega oriunda de Buenos Aires, quien en virtud de su militancia en el campo de Derechos Humanos se había incorporado al área de educación terciaria de la Organización Barrial Tupac Amaru, habilitó mi ingreso a la vida del movimiento, por eso mismo, mis primeras conexiones fueron con mujeres que se desempeñaban como auxiliares de limpieza

⁴ La investigación y las estadias de trabajo de campo fueron posibles por subsidios otorgados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires a través de la programación UBACYT y de la Agencia Nacional de Investigación Científica y Tecnológica a través del FONCYT.

en el Instituto Terciario, quienes también residían en el barrio construido en Alto Comedero y habían integrado las primeras cooperativas de trabajo. A la par, conocí a Daniela y Miri, egresadas de la carrera de técnico agente sanitario, quienes tenían a su cargo el área de atención primaria en salud, ellas fueron fundamentales para adentrarme en las dinámicas del barrio, ya que las acompañé cotidianamente en algunas de sus actividades principales, tales como la “visita domiciliaria”. Este tipo de visita representa una estrategia clave y clásica de promoción y prevención en salud que propician los programas de atención primaria que se suceden en América Latina desde la década de 1970. En el caso de la Tupac Amaru, cada agente sanitaria tenía asignado un sector del barrio para controlar el estado de salud de 260 familias a lo largo del año. Para ello, cada mañana emprendían recorridos domiciliarios que comprendían un número promedio de 15 viviendas por día, mediante el diálogo con las familias residentes registraban información sobre los siguientes ítems: cantidad de miembros de la familia, edades y cumplimiento del calendario de vacunación; controles ginecológicos y de embarazo; “familias en riesgo” ponderando variables tales como “violencia familiar”, “alcoholismo y drogadicción”, “deserción escolar” y “adolescentes que no estudian ni trabajan”, entre otras; infraestructura de la vivienda; basura por vivienda ocupada; y animales domésticos (vacuna antirrábica, desparasitados y castrados).

El verano de 2016 representó una inflexión en la vida de los integrantes de la Tupac Amaru, así como en mi propio trabajo antropológico. Tras el proceso electoral de 2015, cambiaron las coaliciones gobernantes tanto a escala provincial como nacional, en ese nuevo contexto Milagro Sala y otros seis integrantes de la organización Tupac Amaru, cuatro de ellas mujeres, fueron encarcelados/as acusados/as de resistencia a la autoridad e instigación al delito, asociación ilícita, extorsión y fraude a la administración pública⁵. En junio de 2016, durante mi segunda estadía de campo, tuve la oportunidad de conocer y acompañar cotidianamente a personas que se mantenían apegadas al movimiento a pesar de la represión como Luci, Kari y Azu que eran maestras y auxiliares en la escuela primaria, además de residir en el Barrio de la Tupac Amaru. También conocí a Hugo, Beto y Juan, presidentes de cooperativas y responsables de área dentro del movimiento, con quienes me volví a encontrar en 2017 en Buenos Aires, cuando organicé un seminario sobre la Organización Barrial Tupac Amaru en mi universidad. En 2018, buena parte de mi trabajo consistió en visitar a las mujeres prisioneras en el penal de Alto Comedero y a Milagro Sala en la localidad de El Carmen donde cumplía en aquel momento prisión domiciliaria.

⁵ La descripción de las estrategias represivas y el rol que asumí perito de parte a pedido de la defensa de militantes de la Organización Barrial Tupac Amaru puede consultarse en Manzano 2020.

Los materiales que sustentan el análisis de este capítulo provienen de registros de campo y entrevistas en profundidad. Los nombres son ficticios para preservar el anonimato, excepto en los casos de Milagro Sala y las mujeres prisioneras por el estado público de su condición. Otras perspectivas que aparecerán a lo largo del escrito son parte de entrevistas y conversaciones con profesionales del Instituto de Vivienda y Urbanismo de Jujuy (IVUJ), transeúntes y personas reconocidas en el campo político, cultural y sindical de Jujuy.

La producción colectiva de viviendas como experiencia vivida

La Organización Barrial Tupac Amaru comenzó a tornarse prominente en la provincia de Jujuy a partir del año 2004, en estrecha conexión con la implementación del Programa Federal de Emergencia Habitacional dependiente del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios. Este programa, de acuerdo con sus lineamientos normativos, se proponía solucionar la emergencia habitacional y laboral, organizando a los beneficiarios de políticas de transferencia condicionada de ingresos⁶ en cooperativas de trabajo, cada una de las cuales estaría integrada por dieciséis miembros quienes asumían la tarea de construir cuatro viviendas en el lapso de seis meses (Cravino y Mutuberria Lazarini, 2012; Gómez, 2018). Esta iniciativa también era parte de las respuestas gubernamentales hacia la movilización de los desocupados, por eso mismo, contemplaba dos modalidades de implementación, una de ellas a través de gobiernos municipales y la otra, desde organizaciones sociales (Cravino y Mutuberria Lazarini, 2012). A partir de 2008, pasó a denominarse Programa Federal de Integración Socio-comunitaria, autorizando a las cooperativas a participar de la construcción de infraestructura urbana para el mejoramiento del hábitat y la consolidación de barrios populares (Cravino y Mutuberria Lazarini, 2012; Gómez, 2018).

En ese nuevo marco, integrantes de la Organización Barrial Tupac Amaru se formaron gradualmente en un saber-hacer para atender requerimientos normativos, técnicos y administrativos: conformación de cooperativas, aprendizajes de oficios del rubro de la construcción y tratamiento de materiales, elaboración de certificados de avance de obra, apertura de cuentas bancarias, entre otras. Por su parte, las viviendas se adecuaron a una tipología de base preestablecida a nivel nacional, cuentan con

⁶ Estas políticas, financiadas por organismos internacionales de crédito, ofrecían una suma de dinero muy por debajo de salarios mínimos regionales a jefes de hogar desocupados a cambio de tareas comunitarias o productivas en proyectos de duración temporal. En el caso de Argentina, se convirtieron en la principal respuesta del Estado ante la movilización de los desocupados y en los barrios populares fueron reconocidas bajo la denominación de planes. Un estudio pormenorizado de este tema se encuentra en Manzano 2013.

una superficie de 54 metros cuadrados (43 metros era el mínimo exigido por el programa) y se componen de dos dormitorios, comedor, cocina, baño y lavadero. Además, intervinieron en la adjudicación de las viviendas construidas, contorneando colectivamente los criterios generales para la selección de beneficiarios establecidos por las normativas oficiales.

Las cooperativas de trabajo inscriptas en el Programa de Emergencia Habitacional eran una pieza fundamental para las políticas de redistribución del ingreso que impulsaron los gobiernos kirchneristas, lo cual tuvo implicancias específicas para el caso de Jujuy. Durante mi primera estadía de trabajo de campo en 2014 compartí el tecito, casi todas las tardes, con las auxiliares de limpieza del Instituto Terciario de la Tupac Amaru en su descanso entre labores. La mayoría de ellas se había movilizado a fines de las década de 1990 ante el problema del desempleo, así, se incorporaron tempranamente a la Organización Barrial Tupac Amaru e integraron las primeras cooperativas de construcción de viviendas, aunque con el transcurso de los años, especialmente debido a dolencias corporales -tema sobre el que volveré más adelante- fueron trasladadas desde las obras a tareas de limpieza. A lo largo de nuestra primera charla sostuvieron:

-Hilda: “Las cooperativas fueron buenas porque se movió todo, somos mucho entonces movemos todos los comercios”.

-Adela: “Del ‘91 al 2002 vino el desempleo, después vinieron los planes y en el 2003 las cooperativas”⁷.

El trabajo en cooperativas producía “movimientos” que pueden pensarse en al menos dos direcciones complementarias. Una de ellas consistía en poner en movimiento al propio movimiento, es decir, fortalecer la organización colectiva en tanto que los excedentes generados por quienes construían vivienda también permitían construir infraestructura comunitaria e inscribir la vida en un dispositivo asociado con el bienestar. La otra dirección se relaciona con la vitalización de los circuitos redistributivos y el flujo de consumo a escala provincial. En tal sentido, el estudio pormenorizado de Elizabeth Gómez sostiene que “a partir, mediante y por” la Tupac Amaru se organizaron las relaciones sociales de producción y reproducción social que hacen al sustento material de gran parte de la población provincial (Gómez, 2018). Las cooperativas generaron excedente productivo mediante la intensificación de los ritmos laborales para acortar los tiempos estipulados por el Estado para la construcción de viviendas, asimismo, se reorganizó el proceso de trabajo por sistema de cuadrilla en función de tareas específicas y oficios -pintura, machimbre, elec-

⁷ Registro de campo N° 1, 6/10/2014.

tricidad, plomería, etc.- con el consecuente aumento en el nivel de productividad (Gómez, 2018).

La centralidad de las cooperativas de vivienda se recortaba, como sostuvo Adela, en una cronología histórica cuyo trasfondo era el desempleo, pero también en aquellos momentos en los cuales se interrumpían los flujos de dinero para las obras en construcción provistos por el gobierno nacional. La discontinuidad en la paga y la cancelación temporal de las obras era un problema extendido dentro de este esquema de política. Tal como advierte la bibliografía especializada, los programas de producción masiva de vivienda tuvieron un efecto profundo tanto en la vitalización como en la desaceleración de los circuitos económicos debido, entre otras cuestiones, al dispositivo burocrático para la presentación y cancelación de los certificados de avance de obra, la escasez o el aumento del precio de insumos de acuerdo con el funcionamiento oligopólico del mercado materiales -especialmente el de cemento y cerámico rojo-, la desactualización del monto asignado por unidad de vivienda a las cooperativas, que siempre fue significativamente menor al fijado para empresas constructoras privadas, y el funcionamiento especulativo del mercado del suelo (Varela y Fernández Wagner, 2012, Cravino y Mutuberría Lazarini, 2012).

Las dificultades que afrontaban las cooperativas a nivel nacional tenían un peso diferencial para el caso de la Tupac Amaru, ya que la construcción de vivienda no solo fortalecía al movimiento sino también al circuito redistributivo y de consumo provincial. Con relación a esto, debe tenerse en cuenta que esta organización pasó a ocupar un lugar prominente en la estructura del empleo de Jujuy con la creación de 5000 puestos laborales, ubicándose detrás del sector público provincial que registraba 48673 hacia el año 2006 y del Ingenio Ledesma con 5086 en el año 2007 (Aramayo, 2009)⁸. Al calendario del cobro salarial del empleo público, que en San Salvador de Jujuy se difunde a través de la radio, la televisión y la prensa gráfica, se sumaba el comentario social extendido acerca del día en que cobraban “los tupaqueros”. Tal como pude observar en mis estadías de trabajo de campo, el día que percibían su paga los miembros de la Tupac Amaru se convertía en una señal para que se montaran a lo largo de la calle donde estaba emplazada la sede central de la organización puestos de venta de comida, bebidas, DVDs y juguetes infantiles, además, se colmaban bares de la antigua terminal de ómnibus, kioscos para recargar teléfonos celulares, comercios de electrodomésticos y supermercados.

⁸ En términos históricos, se trata de una provincia en la cual el Estado se ha transformado en el principal generador de empleo desde la década del '60, conteniendo la fuerza de trabajo expulsada del sector privado, especialmente a causa de la mecanización de los ingenios azucareros, tendencia que se profundiza durante la década de 1990 con la privatización del sector minero (Aramayo 2009, Gómez 2018).

A partir de 2016, estos flujos se interrumpieron abruptamente tras el recambio de las alianzas gobernantes, seguido del encarcelamiento de los/las principales referentes de la organización y de la imputación penal de gran parte de presidentes/as de cooperativas. De ahí en adelante, se cancelaron las etapas de construcción de nuevas viviendas, hecho que trajo aparejado el vaciamiento de las demás áreas de la organización. Así, durante mis estadias de trabajo de campo de 2016 y 2018, quienes habían sido parte de las cooperativas o ejercían funciones en otro tipo de servicios procuraban otros modos de ganarse su sustento como changas en el rubro de la construcción, tareas en servicio doméstico o venta de alimentos y ropa en puestos callejeros.

La producción masiva de vivienda ubicó a la Organización Barrial Tupac Amaru en un campo específico de economía política pero también fue parte de un proceso con-constitutivo de ciudad, casas y personas. El 11 de marzo de 2018 visité a las mujeres prisioneras de la Tupac Amaru. Después de cumplir con los distintos controles estipulados para ingresar como visita al Penal de Alto Comedero, me encontré con Mirta Aizama quien me esperaba con una sonrisa serena y me ofreció la bienvenida. Caminamos hacia un quincho donde las demás mujeres prisioneras aguardaban por sus familias y otras simplemente permanecían sentadas en soledad alrededor de mesas equidistantes entre sí. Gladys Díaz, otra de las mujeres presas de la Tupac Amaru, esperaba en la mesa paralela a la de Mirta, cuando nos vio decidió venir hacia nuestro encuentro. Durante nuestra charla, ambas establecieron una intensa camaradería y recordaron, sonrieron y rememoraron con alegría situaciones asociadas con los momentos iniciales de construcción colectiva de viviendas. El relato suele iniciarse, en tanto narrativa ciertamente estandarizada entre integrantes de la Organización Barrial Tupac Amaru, con el viaje de Milagro Sala hacia Buenos Aires en 2004 para entrevistarse con la entonces ministra de Desarrollo Social, Alicia Kirchner, con el propósito de reclamar el aumento en el número de planes para desocupados, según Gladys: “Ahí ellos le dicen: ‘No te vamos a dar planes, te vamos a dar proyectos de construcción de viviendas. Vos sabes construir ¿no?’, y la Flaca dijo: ‘sí, sí’”.

Las dos rieron cuando rememoraron ese acto de atrevimiento que se transformó en toda una hazaña, ya que la construcción de las primeras 148 viviendas en cuatro meses forma parte de un reto colectivo de gran intensidad. Primero, debieron crear e inscribir oficialmente las cooperativas, encerrándose días enteros en la antigua sede de la organización para cumplimentar la carga de planillas con la información solicitada y la documentación correspondiente a cada expediente, que rehacían constantemente porque recibían alguna objeción formal: “...siempre había algo mal, que la firma no estaba, que la firma iba en otro lugar, que no se ponía así, pero lo

sacamos adelante”, afirmaba Mirta. En paralelo a las tramitaciones administrativas, ocuparon y prepararon el terreno para construir las viviendas en el área de Alto Comedero. Al respecto Mirta comentaba:

“... el gobernador nos dio el terreno, era feísimo, bajo, lleno de yuyos, nos lo dio pensando que no íbamos a poder hacer nada, tuvimos que limpiarlo, lo hicimos en un día con un sacrificio enorme y vinieron todas las copas de leche a ayudar”.

Tras el replanteo del suelo, el esfuerzo se concentró en aprender a construir, fueron maestros mayores de obra quienes inicialmente entrenaron a cooperativistas en técnicas básicas de construcción, así recordaba Gladys entre risas:

“Un día yo estaba contenta porque había terminado de colocar cerámicos y uno de ellos me dijo que estaban torcidos, había que sacar todo y hacerlo de vuelta, pero cuidar que no se rompa ningún cerámico porque los teníamos contado y no teníamos más plata para comprar”.

Al trabajo diurno, se sumaban las guardias nocturnas para custodiar el predio y los materiales, en ese sentido, Mirta consideraba: “... también era un sacrificio porque había que quedarse de noche ahí, sin luz, ni nada, como serenos a cuidar”, en tanto que Gladys agregó: “era también cuidar que no se lleven los materiales entre cooperativas porque cada una tenía sus materiales contados y si les faltaba capaz que se llevaban el de otra”. A lo largo de esa conversación, Mirta destacó el carácter esforzado de toda la tarea:

“... fue mucho esfuerzo como trabajamos (girando sus manos hacia arriba para mostrar sus palmas), así lastimadas teníamos las manos, me sangraba por el fino (se refiere al revoque fino)”.

Los términos que emergieron en la conversación con Mirta y Gladys son sumamente similares a aquellos que vertebraron gran parte de mis encuentros con integrantes de la Organización Barrial Tupac Amaru durante mis estancias de trabajo de campo en Jujuy. Las viviendas forman parte de una experiencia activa y vívida y en su cualidad de agentes morales testimonian esfuerzo, sacrificio, alegría, orgullo y saberes aprendidos en un campo de mutualidad afectiva y de inter-reconocimiento subjetivo.

Tal como lo expresaran Mirta y Gladys, lucha y sacrificio indican aspectos centrales de la experiencia vital de quienes participaron desde los primeros momentos

en la construcción de viviendas. Durante mi primera estadía de trabajo de campo en 2014, Elba me presentó a Prese y Silvia:

-Elba: "Ellas también están conmigo desde el principio de la obra, fue un trabajo duro al principio".

-Silvia: "Yo me empecé a cansar en la quinta etapa, empezó a dolerme el cuerpo"⁹.

En ese encuentro, Elba, Prese y Silvia dispusieron sus cuerpos para recrear aquellos movimientos que actualizaban el sentido del esfuerzo implicado en la producción de viviendas, por ejemplo amar un pastón en forma manual lo cual conllevaba cargar carretillas y ubicarse en ronda con palas para remover el material de manera continua para evitar que fraguara. Esa experiencia memorizada corporalmente, aparecía encarnada y testificada en dolencias corporales: lastimaduras en las manos, golpes, cortaduras o molestias en cintura y espalda. Al respecto, situaciones como las de Luci eran muy frecuentes:

"Me agarró lumbalgia en la cadera entonces dejé de trabajar en la obra y Milagro me dio una capacitación para venir tres veces por semana a la escuela para apoyo escolar"¹⁰.

La construcción de viviendas, entonces, en la medida que transformaba un área urbana también transformaba los cuerpos, aspecto que era parcialmente regulado por el propio movimiento en tanto que usualmente trasladaba a las personas hacia otras tareas cuando manifestaban dolencias, agotamiento o simplemente el paso de la edad: "Vinimos para acá porque decían que ya estábamos muy grandes para la obra", comentaban las auxiliares de limpieza del Instituto Terciario.

La producción de viviendas también reconocía a las personas en experiencias de alegría y orgullo. Luci, de 37 años de edad en 2016, comentaba del siguiente modo el trabajo en las cooperativas:

"Surgió el trabajo en el río y se le dio prioridad a los delegados de copa de leche que quisieran trabajar. Yo ya me sentía fortalecida con [frente a] la situación que estaba viviendo: la depresión, sentirme mamá sola que va a criar a una hija, entonces entré a trabajar al río. Mi papá me decía '¿cómo va a ir al río mamita?, es feo', pero con miedo me apoyó. Me fui al río, era juntar piedras y hacer mojones, después venía la máquina y recogía eso. Muy lindo ir a trabajar ahí, siempre nos respetaban, podíamos jugar en el río entre

⁹ Registro de campo N° 5, 10/10/2014.

¹⁰ Registro de campo N° 6, 13/06/2016.



Imagen 2 Muestra La Construcción de un Milagro, 2017. Fotografía: Silvana Lanchez

compañeros, nos alzábamos y jugábamos en el río. Después Milagro hace una reunión y nos da una mala noticia que se habían terminado las obras del río, nos dijo que no nos pongamos mal porque si queríamos podíamos venir a obra, podíamos venir al barrio a trabajar en cooperativa, algunos dijeron que sí y otros que no, porque el río era diferente a venir a hacer casa, yo dije que sí. Entré a trabajar a cooperativa, cuando entré a trabajar a cooperativa nos dividieron: ‘la gente del río vaya a pintar’, era la cuarta etapa y nos trajeron a pintar. Me largué a pintar las viviendas, nos daban las viviendas a pintar por día. Cuando terminó esa etapa teníamos que ir a replantar, preparar la tierra y armar para comenzar otra etapa. Otro grupo hacia la base y levantado de pared, después venía otro grupo dintel, otro machimbrado, otros ventana, entonces me gustó. Aprendí a construir casa, a levantar paredes. Yo no sabía hasta que vino un compañero y una presidenta y me enseñó, así que empezamos a trabajar, a levantar paredes. Yo me veía contenta y mi papá sufría porque decía: ‘¿cómo vas a estar haciendo cosa de hombres?’, pero yo me sentía contenida y le decía: ‘papá aprendí ya a levantar paredes’, y yo chocha [feliz] porque sabía levantar paredes”¹¹.

¹¹ Entrevista a Luci, Kari y Azu, 14/06/2016.

El testimonio de Luci indica un proceso simultáneo de co-construcción de viviendas, infraestructuras, aprendizajes y afectividades. Las obras en construcción se convirtieron en contextos centrales para la comunicación afectiva y la reconstitución personal. De acuerdo con distintos testimonios se compartía la comida, se charlaba, se escuchaban problemas de los demás, se aconsejaba y recibía consejo, se celebraban cumpleaños y se jugaba. Por ello, las viviendas o las obras daban cuenta del proceso físico de trabajo pero también de la constitución relacional de personas. Al respecto, Patricia, la directora de la escuela Bartolina Sisa, me recomendó:

“Tenés que hablar con algunas docentes de la escuela porque ellas empezaron en obra y después siguieron estudiando, les costaba pero Milagro decía que no tenían que dejar, se recibieron y ahora trabajan como maestras”¹².

Por su parte Daniela, quien fuera coordinadora de las agentes sanitarias del puesto de salud de Alto Comedero me comentaba en una oportunidad:

“Yo trabajaba en obra y estudiaba en el terciario la carrera de agente sanitario, los primeros cinco agentes que nos recibimos todos trabajábamos en obra, después se sumaron otros egresados del terciario y formamos el primer grupo de doce. Yo quería dejar porque era mucho sacrificio, salía a las cinco de la tarde de la obra y me iba al Instituto. Entonces dejé de ir, mis compañeras me venían a buscar y una profesora, la Eva, me dijo: ‘si pensás que no vas a poder, ya está, dejá’. Es como que ella me desafió y volví”¹³.

La obra, entonces, era un lenguaje agenciado para mostrar cambios en las trayectorias de vida: culminar procesos de escolarización y formación educativa, lograr tareas de mayor prestigio dentro de la organización, formar una familia, acceder a una vivienda y reconocerse en nuevas identidades sexuales y en otras maneras de ejercer las relaciones de género, dando lugar, por ejemplo, al área de diversidad. El trabajo en obras se constituyó en una afronta relativamente abierta a estereotipos que asociaban la construcción de vivienda a lo masculino, “un trabajo de hombres” como le dijera su padre a Luci. Con relación a ello, Kari comentaba:

“... antes se decía que las mujeres entraban a las cooperativas se volvían locas, que se metían con otros hombres, ese era el rumor siempre. El papá de mi nena no tenía trabajo, pero era de ese pensamiento, él changeaba nomás, entonces yo me decidí y me metí igual en obra”¹⁴.

¹² Registro de campo N° 6, 13/06/2016.

¹³ Registro de campo N° 5, 10/10/2014.

¹⁴ Entrevista a Luci, Kari y Azu, 14/06/2016.

Otras autoras han profundizado la política de género en el movimiento Tupac Amaru, sosteniendo que los varones en las “copas de leche” aprenden modos de sensibilidad usualmente ligados a la feminidad, como la solidaridad comunitaria, mientras que las mujeres experimentan actividades identificadas con lo masculino, como es el trabajo en las obras de construcción de viviendas (Tabbush y Caminotti, 2015).

Las viviendas también creaban un profundo sentimiento de orgullo en tanto las personas se reconocían a sí mismas en los productos que habían contribuido a producir colectivamente: levantar paredes, construir íntegramente una casa, colocar pisos de cerámico, pintar, entre otras. Era usual que se detallaran con precisión los materiales utilizados y sus mixturas: colores de la tierra combinados con tonos pasteles en las paredes, cerámicos en el piso de color blanco con pintas marrones, o machimbre en el cielorraso. El sentimiento de orgullo también era creado en función de la producción simultánea de vivienda y ciudad. En una oportunidad, Kela señaló hacia el barrio mientras esperábamos en una esquina próxima y pronunció:

“... cuando vinimos esto era un yuyal y mirá lo que es ahora. Hace poco inauguramos el correo. Nos estaría faltando solamente un hospital para estar completos porque la escuela nueva ya está en construcción”¹⁵.

La extensión de la capa asfáltica sobre las avenidas principales, las máquinas regadoras y aplanadoras de las calles internas, la escuela, el correo, los puestos de salud y el centro cultural eran indicadores de creación de vida urbana. A la vez, la cantidad de viviendas construidas y su disposición espacial había borrado intersticios que antes separaban a Alto Comedero de Palapalá.

La co-construcción de viviendas y personas se ponía también de relieve cuando se acentuaban los aprendizajes logrados y su contribución para redefinir trayectorias de vida, en tal sentido Luci afirmaba:

“Aprendí a hacer fino, a preparar la mezcla, a preparar machimbrado, a colocar cerámico, lo único que no aprendí porque no llegué a trabajar ahí fue plomería y electricidad, aparte porque me daba mucho miedo, pero si aprendí lo otro y yo estaba contenta y orgullosa por aprender a hacer todo eso”¹⁶.

El aprendizaje, en tanto dimensión crucial del vínculo de las personas con la Tupac Amaru, se fundaba en los conocimientos logrados en distintas áreas del movimiento, siendo particularmente destacada la experiencia en la producción de

¹⁵ Registro de campo N° 3, 8/10/2014.

¹⁶ Entrevista a Luci, Kari y Azu, 14/06/2016.

viviendas. En el caso de las obras de construcción, el aprendizaje se remitía a las pacientes explicaciones brindadas entre compañeros/as, presidentes de cooperativas o a la observación directa en las jornadas de trabajo. El aprendizaje de oficios permitía fortalecer parcialmente las propias trayectorias laborales, por ello era muy común el intento de moverse hacia el sector privado de la construcción, especialmente ante demoras en la paga (Manzano, 2015).

Los conocimientos aprendidos también se valoraban en la circulación de objetos, dinero, cuidados y saberes que ponía en relación a las viviendas, lo cual profundizaré desde un enfoque de configuración de casas en el próximo apartado. Los saberes aprendidos colaboraban para mejorar y refaccionar viviendas de familiares que habitaban en otros barrios populares de Jujuy, así lo expresaba Luci:

“Acá nos enseñaron a trabajar, no es que viene Milagro y me regala, a mí me enseñaron a trabajar en la obra, y en la casa de mi mami hicimos con mi hermano todos los arreglos y no necesitamos albañil. Esta enfermita mi mami, le salió cáncer en los pulmones, y no tiene que tener humedad, entonces le arreglamos la casa”¹⁷.

El aprendizaje refería al entrenamiento en nuevos oficios pero también a la culminación de la escolarización formal en las escuelas inscriptas en el movimiento, tanto en los niveles primarios, secundarios como terciario, a la adquisición de habilidades organizativas así como a comportamientos marcadamente morales, por ejemplo, modos de ser con los demás, de reclamar ante quienes ejercían el poder, o de disponer el cuerpo de un modo menos desigual (Manzano, 2016).

La vivienda se producía en una relacionalidad co-constitutiva de personas, ciudad y movimiento social, por eso mismo era un agente moral, un bien socialmente producido que se reconocía en experiencias de esfuerzo y sacrificio. La vivienda emergía también como agente moral en un campo de disputa en torno a los modos de asignación, es decir, a los mecanismos de redistribución. Con relación a esto, Mirta detallaba:

“Se había dicho que era para los presidentes de cooperativa, los delegados y los de las cooperativas, pero ¿cuál es el que más necesidad tiene?, se había dicho que el que más necesidad tiene es el que alquila o que tiene muchos hijos y fue así que fuimos decidiendo. Nosotros nos sacrificamos por nuestras casas, por eso me da bronca cuando dicen les dan las casas”¹⁸.

¹⁷ Entrevista a Luci, Kari y Azu, 14/06/2016.

¹⁸ Registro de campo N° 2 -visita a la cárcel-, 11/03/2018.

Las normativas del Programa de Emergencia Habitacional estipulaban que la nómina de adjudicatarios podía ser elevada tanto por gobiernos municipales como por organizaciones sociales a los institutos de vivienda provinciales, estableciendo que los miembros de las cooperativas tendrían prioridad para integrar ese tipo de listados (Cravino y Mutuberría Lazarini, 2012). Entre las variables a considerar se ponderaba la condición a jefes/as de familias numerosas, la carencia de otras propiedades, la acreditación de bajos ingresos económicos así como otras variables ad hoc a ser contempladas por las áreas sociales de gobierno (Cravino y Mutuberría Lazarini, 2012). Teniendo en cuenta que estos requisitos eran comunes a la mayor parte de los integrantes de las cooperativas, no todos podrían acceder a la vivienda al mismo tiempo. Esto generaba un número superior de candidatos que de viviendas disponibles. En función de ello, como expresan los testimonios citados, se delimitaron ciertas variables a ponderar colectivamente para la asignación, priorizando entre quienes trabajaban en las cooperativas la condición de inquilinos, la cantidad de hijos y la antigüedad en el movimiento.

La vivienda como bien socialmente producido a través del sacrificio, el esfuerzo y el trabajo era una dimensión especialmente realzada en un contexto conflictivo en torno a proyectos políticos de redistribución de la riqueza. En octubre de 2014, cuando visité el IVUJ, conversé con uno de sus profesionales acerca del sistema de recupero de la inversión en vivienda social quien desplegó un conocimiento sumamente preciso sobre ese tema pero manifestó disconformidad con aquello que calificaba como prácticas de prepotencia de la Organización Barrial Tupac Amaru. Cuando se refirió a esto último, señaló hacía un grupo de personas que se encontraba en actitud de espera sobre uno de los ingresos al edificio del IVUJ, algunos varones “mascando coca”, vistiendo gorritas de visera, y mujeres con niños pequeños sentadas sobre el suelo, sentenciando:

-C: “Ahí los tenés”.

-V: “¿Ellos pertenecen a la Tupac Amaru?”

-C: “Son lo que se creó desde la Tupac, si no son, fueron, es a lo que dio lugar. Vienen a reclamar a finanzas el pago. Ya hay una generación que tuvo a otra generación que se acostumbraron a que le den, a no trabajar. Ellos dicen que trabajan, si trabajaran no estarían sentados ahí”¹⁹.

Esas visiones sociales, como la que expresaba el profesional del IVUJ, niegan el carácter activo de los sectores populares, en este caso el carácter activo en la

¹⁹ Registro de campo N° 4, 9/10/2014.

producción de sus propias viviendas y ciudad. Estas apreciaciones, como abordaré al cierre de este capítulo, guardan relación con el lugar que asume la vivienda en las luchas por la redistribución del ingreso y el acceso al bienestar en un campo de fuerzas históricamente constituido.

Las iniciativas de la Organización Barrial Tupac Amaru estuvieron constreñidas por la economía política de la producción masiva de vivienda, lo cual se tradujo en ritmos impuestos por cámaras de materiales de construcción, empresas constructoras y agentes inmobiliarios, así como por regulaciones técnicas fijadas de manera centralizada por el gobierno nacional. A la vez, los términos de las políticas estatales concebían a la vivienda popular como pieza clave para la redistribución del ingreso, sea a través de la creación de fuentes laborales en cooperativas como de la asignación de las unidades habitacionales a beneficiarios en situación de vulnerabilidad social (Varela y Fernández Wagner, 2012; Ballent y Liernur, 2014). Esos parámetros impuestos fueron contorneados desde una experiencia vívida que expresa la co-constitución de viviendas, personas, movimiento social y ciudad. Quienes integraron desde sus comienzos la Organización Barrial Tupac Amaru, aún en contextos extremadamente represivos pautados por la cárcel y la persecución jurídica, se (re)conocían en sus cuerpos, historias, afectos y en los bienes colectivamente producidos.

La experiencia doméstica: mutualidad intersubjetiva y regulaciones colectivas

En el mes de marzo de 2018 visité a Milagro Sala en la localidad de El Carmen, donde cumplía prisión domiciliaria. De regreso hacia San Salvador de Jujuy, Sole -una integrante de la Organización Barrial Tupac Amaru- me ofreció que viajara con ella en su auto, y cuando en el trayecto bordeamos Alto Comedero afirmó:

“El barrio ahora es un barrio más, es peligroso, se drogan, entran de otros barrios a drogarse, los chiquitos, los Tupaqueritos, están ahí tirados. Antes era distinto, cuando Milagro decía que iba a visitar el barrio, a veces para elegir la mejor fachada (ríe recordando la anécdota), no sabés lo que era, se sentía el ruido de las podadoras, las cortadoras de pasto, todo prolijo, los pibes peinados y bañados hasta los perros almidonados”²⁰.

Las escenas que rememoraba Sole, en un tono picaresco y trágico a la vez, daban cuenta de la experiencia doméstica y del habitar en el barrio construido por la Organización Barrial Tupac Amaru, la cual propongo analizar bajo la categoría analítica de configuración de casas, para mostrar que las mismas cobran existencia

²⁰ Registro de campo N° 1, 10/03/2018.

como tales a través de relaciones de mutualidad (Marcelin, 1999; Pina-Cabral, 2014; Pina-Cabral y Pietrafesa, 2014; Motta, 2014). A la par, quienes enfocan esta cuestión desde una perspectiva del gobierno de las casas refieren a una compleja trama de relaciones de poder y afectividad entre sus habitantes, poniendo de relieve asuntos relativos a la autonomía, libertad, dominación, alianza y conflicto (L'Estoile y Neiburg, 2020).

En nuestro caso, no todos los integrantes del movimiento Tupac Amaru residían en el barrio construido en Alto Comedero y, a la inversa, no todos los habitantes de barrio eran militantes activos de la Organización Barrial Tupac Amaru. De todas maneras, una vez que las familias se instalaban en la vivienda adjudicada junto con el pago de una cuota mensual al IVUJ debían ordenar su vida diaria bajo una serie de regulaciones colectivas sobre el uso del espacio, el cuidado de los cuerpos y la moderación de las conductas. Por medio de actos que seguían una secuencia ritualizada se procedía a la entrega de las viviendas:

“Yo era el presidente de una cooperativa y teníamos que repartir las viviendas, lo hacíamos en una asamblea, entre todos decidíamos quién tiene más necesidad, quien la necesitaba, quien la merecía. Después ella (refiriéndose a Milagro) dejaba que nosotros, que la habíamos construido para el compañero, la entregáramos cuando estaba lista, con machimbre, instalaciones, solo había que llevar los muebles. La gente lloraba, nos abrazada, era una alegría. Hacíamos de abogados cuándo nos decían tal cosa y de psicólogos porque una vez que entregábamos teníamos que volver a pasar por las casas porque los compañeros lloraban”²¹.

El relato acerca de la entrega de viviendas, así como filmaciones que registran esos momentos, evocan instancias profundamente emotivas jalonadas de llantos, aplausos y sonidos de algarabía en la medida que el grupo que iba recorriendo el barrio se detenía frente a una vivienda, se leía a el nombre del adjudicatario/a y se le entregaba la llave correspondiente. Con relación a ello, Luci describía el momento en el cual le entregaron su vivienda de la siguiente manera:

“Cuando vinimos acá era de gente, con la sonrisa y la ansiedad porque no sabíamos qué casa nos iba a tocar, decíamos: ‘que me toque la de la esquina, la del medio, que me toque un buen vecino’. Cuando la iban asignando los presidentes de cooperativa decían: ‘si ustedes pidieron casa es porque la necesitan y la tienen que vivir’, te entregaban la llave y todos contentos. Decían,

²¹ Entrevista junto a Juan en Buenos Aires, 14/05/2017.

por ejemplo: 'Aldana, Carlos, la vivienda del lote 34', así iban nombrando y la gente contenta, los hijos, los maridos, era una alegría. Había gente que se quedaba ese día, otros cerraban hasta traer sus cosas, la gente lloraba, eran las seis o siete de la tarde y seguían repartiendo, no importaba la hora. Yo entré a las ocho de la noche, yo aplaudía y no pasaba nada porque fui la última en la lista, justo la casa de la esquina. Yo vine sola, no caía en que me iban a dar mi vivienda, solita vine a recibir casa. Me traje mi cosas, un día me quedaba otro día me iba. Las entregas de vivienda eran muy lindas"²².

A partir de la entrega de la vivienda, esa nueva casa cobraba existencia en una configuración que la unía con otras en distintas tramas de relaciones sociales. Por un lado, se unía a otras casas situadas en diferentes barrios populares de San Salvador a través de la circulación de personas, objetos, dinero, saberes y cuidados. Quienes accedían a las viviendas a través de la Tupac Amaru eran generalmente hijos/as de familias en las cuales distintas generaciones se encontraban en co-habitación. Al respecto, se valoraba que la Tupac Amaru en comparación con los organismos públicos asignara viviendas a personas con poca cantidad de hijos o solas:

"Yo ya me había anotada en la cuarta etapa y dije no me van a dar nada porque estoy con mi hijita sola, no me van a dar, pero yo necesitaba porque en mi casa vivía mi familia, mi hermano que tenía su mujer y su hijo, mi hermana que estaba con su novio, y aparte la vivienda era chiquita, ahí en Malvinas, y en el comedor armamos pieza. Pero yo decía, van a priorizar a los que tienen más hijos, cuatro o cinco, yo tengo una única nena. Un día me llaman los delegados y me dicen que se les va a dar casa porque hay casa para todos"²³.

"Ella (refiriéndose a Milagro Sala) no se fijaba, a todos le daba, porque en el IVUJ vos tenés que tener recibo de sueldo estable y familia, la prioridad es la familia. Ella en cambio decía no, si vos no vas a estar solo siempre, entonces cuando tengas familia ya tenés donde estar"²⁴.

Era común que las casas situadas en barrios populares jujeños de las que provenían los nuevos habitantes del barrio y donde continuaban habitando sus parientes, ya se hubieran transformado por la acción de la Organización Barrial Tu-

²² Entrevista a Luci, Kari y Azu, 14/06/2016.

²³ Registro de campo N° 6, 13/06/2016.

²⁴ Entrevista a Juan y Beto en Buenos Aires, 14/05/2017.

pac Amaru, fundamentalmente por la disposición de esos espacios para poner en funcionamiento “copas de leche”. En otras palabras, las casas construidas en Alto Comedero no estaban cerradas sobre sí mismas, puesto que eran parte de una relación con las casas de origen situadas en otros barrios populares. Esta relación se mantenía viva a través de la colaboración en “copas de leche”, la puesta en práctica de saberes aprendidos en oficios para refaccionar y mejorar esas viviendas, o las visitas de parientes al nuevo barrio para hacer un uso compartido de la infraestructura comunitaria como piletas, quinchos y asadores, servicios de salud, centro cultural, polideportivos o parques.

A la par, el contexto de co-habitación configuraba a las casas en nuevas relaciones de mutualidad y conflicto. Por lo general, quienes residían en el barrio se vinculaban a través de lazos plurales inscriptos en la Organización Barrial Tupac Amaru: trabajo, educación, recreación, membresía política, entre otros. En este sentido, Kari comentaba:

“Hicimos grupito con ellas [refiriéndose a Kari y Azu], íbamos a la casa de una o de la otra, siempre nos contábamos las cosas que hacíamos, teníamos tierra íbamos ayudar a hacer jardicintos en la casa de la otra, íbamos a ayudar a limpiar la casa de la otra. Yo conocía a la gente que venía a vivir de las copas de leche, de las obras y ya nos íbamos integrando”²⁵.

La relación establecida a partir de la co-habitación puede interpretarse bajo la categoría analítica de vecinalidad, se trata de un término elaborado por antropólogos africanistas para reformular la teoría estructural-funcionalistas de los grupos de descendencia y linaje (Pina-Cabral, 2014). La misma fue retomada para renovar la perspectiva mutualista de las relaciones sociales en los espacios de residencia, entendiendo a estos últimos como espacios de existencia que son constitutivos de las personas, crean un lugar de vida y tienen implicancias para la acción política y social (Pina-Cabral y Pietrafesa, 2014).

La experiencia de habitar era parte de relaciones de mutualidad intersubjetiva pero también de regulaciones que el movimiento ejercía de modo colectivo en tanto alentaba formas de ajustar comportamientos en torno al cuidado del espacio y de sí mismos en el marco de una lucha más profunda por trastocar ordenamientos jerárquicos basados en distinciones de clase social y étnica. Vivir en el barrio implicaba, entre otras cuestiones, respetar la escala cromática del sector en el que se ubicaba la casa asignada, renovar la pintura de las fachadas periódicamente, mantener la

²⁵ Entrevista a Luci, Kari y Azu, 14/06/2016.

limpieza y cuidar de jardines y plantas. Los sonidos en el barrio también eran objeto de regulación y de apreciación pública; los cánticos y la algarabía de las manifestaciones que protagonizaba la Tupac Amaru contrastaban con el relativo silencio en la vida cotidiana del barrio. Por otra parte, el exceso de ruido, como escuchar música a alto volumen o peleas entre parientes, solía ser objeto de intervención por quienes ejercían tareas de seguridad, según Vanesa, una joven residente en el barrio:

“Si teníamos problemas llamábamos a la seguridad, que siempre estaba, salvo que sea algo grave, pero si había problemas como poner música alta de madrugada pasaba la seguridad y preguntaba qué estaba pasando”²⁶.

Habitar el barrio de la Tupac Amaru implicaba el acceso a espacios comunes asociados con el bienestar: atención médica, escuelas, centros deportivos, culturales y recreativos. Al mismo tiempo, participar de regulaciones que se ejercían no sin tensiones sobre el cuidado de sí y el control de la higiene urbana. Las agentes sanitarias formadas en la escuela terciaria de la organización asumían un papel cardinal en estos procesos, especialmente a través de una actividad medular de su tarea diaria como era la “visita domiciliaria”.

El 13 de octubre de 2014, bajo un sol extremadamente agobiante, me sumé a las visitas domiciliarias previstas en el recorrido de Miri. Nos alejamos bastante del puesto de salud, mientras caminábamos espantamos numerosos perros que se nos aproximaban, algunos amenazantes, también saludamos a las personas sentadas en los patios delanteros de las viviendas que encontrábamos a nuestro paso. Nos detuvimos en una esquina luego de bordear un extenso paredón que llevaba inscripta la siguiente prescripción y calificación: “*No tirar basura, no seamos sucios*”.

La primera vivienda que visitamos estaba habitada por una mujer y sus hijos, ese encuentro se prolongó por una hora, ya que Miri procuraba convencer a la mujer sobre la importancia de una consulta ginecológica en el hospital tras interpretar los resultados de un estudio clínico de hacía meses atrás. Entre tanto, observaba y controlaba el cumplimiento del calendario de vacunas de los niños. La mujer encontró la oportunidad para relatar aspectos dramáticos de su propia vida, como golpes físicos que le propició su hermano, que precipitaron la salida de la casa de su madre junto con sus tres hijos para alojarse durante un largo tiempo en la terminal de ómnibus de San Salvador de Jujuy. Miri completó certificados de derivación para la aplicación de vacunas faltantes y para gestionar con urgencia el turno en el hospital, al mismo tiempo, aconsejaba a esa familia que durante la noche encontraran un momento

²⁶ Registro de campo N° 3, 9/06/2016.



Imagen 3. Mantenimiento de Rosales. Fotografía de la autora

para estar juntos, contarse sus problemas y ayudarse entre sí, dirigiéndose al hijo varón recomendaba: “papito, vos que sos jovencito ayuda a tu mami, cuida a tus hermanitas si ella tiene que ir al hospital”.

Tras despedirnos, continuamos el recorrido, en la tercera vivienda, una joven respondía evasivamente a los requerimientos de Miri, rehusándose a proporcionar mayor información y documentación sanitaria puesto que aducía que tanto sus hijos como ella se controlaban en centros de salud asociados al empleo de su pareja. De la cuarta vivienda, salió a nuestro encuentro un hombre, quien momentos antes noté que nos observaba mientras recogía residuos esparcidos sobre su vereda. En ese caso, Miri extendió una orden para que él se vacunara contra el tétano, ya que trabajaba en el área de mantenimiento eléctrico de la escuela Bartolina Sisa. Esa familia encontró en la visita la ocasión propicia para solicitar información acerca de los servicios en la sede central, como fonoaudiología, o acerca de los horarios de revisión médica para que sus parientes pudiesen ingresar al parque acuático. Por su parte, Miri consultó si el perrito de la casa estaba castrado y vacunado: “No, dijo el hombre, quiero hacerlo cría”. Ante ello, recomendó que lo vacunara señalando hacía el paredón de la esquina donde se había montado un pequeño vacunatorio para animales. El veterinario convocaba a los habitantes del barrio con el siguiente

slogan: “el mejor corte de ruta a la tragedia de la rabia, la vacuna antirrábica”, haciendo sonar la sirena de un megáfono. De ese modo, a la vez que instaba a cumplir con normas urbanas vinculadas con el cuidado de animales, procuraba establecer complicidad con un barrio cuya historia se remontaba a la lucha del movimiento de desocupados, siendo el corte de ruta la modalidad central de protesta. “Vacúnelo que está ahí el veterinario”, volvió a recomendar Miri.

En la séptima vivienda moraba una joven con niños muy pequeños y su pareja, a ella se le ofreció practicar el test del virus del papiloma humano (HPV). Dicho test era parte de una de las principales campañas en ese período, auspiciada por el Ministerio de Salud de la Nación para prevenir y detectar cáncer de cuello de útero. Miri extrajo de su mochila un folleto explicativo que indicaba cómo recolectar la muestra, un tubo colector y un cepillo de auto-toma. La joven accedió y se fue hacia el interior de su vivienda para tomar la muestra, mientras aguardábamos, Miri tocó mi hombro para señalarme con satisfacción que el hombre de la casa previa cruzaba la calle con su perrito en dirección hacia el veterinario. Una vez que recibimos la muestra, Miri aconsejó a la joven que no demorara el trámite de inscripción de los niños en la escuela cercana para el ciclo lectivo 2015.

El recorrido sanitario de ese día se extendió a cuatro viviendas más, de manera similar a las situaciones que presenté previamente, junto con la verificación del calendario de vacunación, el control del estado de salud y la promoción de campañas de prevención, también se recomendaban modos de comportarse y proceder con los demás: entre parientes, con niños/as, con animales o hacia distintas áreas del movimiento poniendo en circulación diferente tipo de información. En este punto, las agentes sanitarias estaban comprometidas con la producción de un sujeto más activo en el cuidado de sí por ello manifestaban cierto desagrado por la pasividad que creían interpretar en algunas conductas.

Paralelamente al área de salud, otras actividades también se orientaban a incentivar el compromiso de las personas con el cuidado de sí mismas. La exigencia de higiene y prolijidad se aplicaba sobre los espacios pero también sobre los cuerpos que daban vida a esos espacios. Se instaba a la limpieza y el planchado de la vestimenta, al uso de perfumes sobre axilas y a la salud bucal. En una conversación con Milagro Sala en la casa donde cumplía prisión domiciliaria ella me comentó: “Yo siempre le decía a los compañeros que por más que sean pobres no podían estar sin dientes, que tenían que estar limpios, así siempre jodíamos en las reuniones”²⁷. Kari y Luci recreaban en sus diálogos algunas de esas situaciones:

²⁷ Registro de campo N° 1, 10/03/2018.

“Te acordás cuando la Milagro le dijo a X que tenía olor a transpiración y lo mandó a comprarse un desodorante. Él se fue, compró un desodorante, y volvió para joder a la Milagro, quería que ella lo oliera. La Flaca jodía, le decía salí de acá y ella se mataba de risa y todos nos matábamos de risa”²⁸.

La gran actividad que desplegaba el servicio de odontología indicaba la centralidad concedida a que personas pobres pudieran exhibir su dentadura completa, Beto y Juan comentaban:

-Beto: “en una asamblea, ella (refiriéndose a Milagro) los hacía subir al escenario y decía: ‘¿cómo un encargado puede estar vestido así, la camisa sin planchar, qué ejemplo vas a dar?’ Vayan, compren una plancha en la feria como yo, pero la ropa, no importa que seas pobre, tiene que estar planchada y prolija. También con los dientes, el que no se había arreglado los dientes no cobraba hasta que se lo arreglara, porque no había excusas se podían hacer los dientes gratis. Vos veías que cuando se acercaban los días de cobro pedían permiso en la cooperativa para ir a arreglarse los dientes”.

-Juan: “Es como que ella quería que no nos sintiéramos menos. Yo andaba en cosas malas, en la calle, tirado, robando y después verme de traje, porque a veces nos hacía poner traje para las fiestas, mis amigos me veían que salía y no entendían nada. Aparte porque tenía que hablar con los ingenieros, los arquitectos, y eso de ver que les podía hablar, que te respetaban, eso que me dio ella, esa oportunidad, es invaluable”²⁹.

El cuidado de sí a través del cuidado de los cuerpos guardaba relación con un programa moral que apuntaba a la reconstitución de las personas para que se afirmasen en un campo de relaciones de fuerzas sociales. Con relación a esto, como precisaré al cierre de este capítulo, los integrantes de la Tupac Amaru debían afirmarse como sujetos en lugares clave en la disputa contra ciertos órdenes de dominación. En ese intento deliberado por reconstituir a las personas se intervenía de manera activa sobre la crianza y los comportamientos de niñas, niños y jóvenes mediante el funcionamiento del centro cultural, escuelas y campos de deporte. En una ocasión, observando el barrio desde el extremo superior del templo de Kalasasaya detuve mi mirada en las canchas de básquet, fútbol y rugby, recordando que al pasar cerca de ellas había leído un cartel en el sector de tribunas que decía: “Si al deporte, no a la

²⁸ Entrevista a Luci, Kari y Azu, 14/06/2016.

²⁹ Entrevista a Beto y Juan en Buenos Aires, 14/05/2017.

droga”. El centro cultural, donde se brindaban talleres de danzas árabes, cerámica, música hip hop, folclore, apoyo escolar e informática, era otro marco de contención para jóvenes y niños/as a quienes se los denominaba “Tupaqueritos”. En la carátula impresa de un libro de visitas que se encontraba en la biblioteca se podía leer: “Para ser tupaquerito hay que ser: el mejor deportista. El mejor artista. El mejor alumno. El mejor hijo”. Este modo de compromiso y de creación de persona se solía ejercer y premiar en instancias públicas, como pruebas de matemática, olimpiadas de filosofía, concursos de baile o competencias deportivas. Este aspecto de obligación que conllevaba la constitución de sujeto se ponderaba en sintonía con el derecho al bienestar, en gran parte efectivizado por la acción de la propia Tupac Amaru.

Como parte de la vida común, las familias que habitaban el barrio también debían contribuir con trabajo y alimentos a los grandes eventos impulsados por la Organización Barrial Tupac Amaru que fueron instalándose en el cronograma oficial de las festividades de Jujuy: Día Reyes y Día del Niño o rituales propiciatorios en el Templo de Kalasasaya como la celebración de la Pachamama o el Inti Raymi. El volumen de esas contribuciones fue creciendo a lo largo de los años en tanto que la preeminencia social que ganaba la organización también se manifestaba en el fortalecimiento de fiestas y rituales.

Los trabajos antropológicos que abordan el gobierno de las casas han señalado acertadamente que las mismas han sido de modo recurrente objeto de gobierno mediante regulaciones sanitarias, urbanísticas y de reforma moral de sus habitantes. Ante ello proponen una aproximación desde la categoría griega de “oikos” para dar cuenta de las interrelaciones entre personas y cosas desde una noción polisémica de gobierno (L’Estoile y Neiburg, 2020). En este sentido, la particularidad de la experiencia de la Organización Tupac Amaru radica en regulaciones del habitar orientadas a crear sentidos colectivos de la subjetividad en el marco de disputas históricas en torno a la redistribución del ingreso y el derecho al bienestar.

A modo de cierre: viviendas y casas en las luchas por la redistribución de la riqueza y el bienestar en Jujuy

La construcción masiva de viviendas y las prácticas de regulación del uso de espacios, cuerpos y conductas en la experiencia del habitar, ponían de relieve el intento deliberado de creación de determinado tipo de persona sobre la base del cultivo de virtudes morales (Lazar, 2013a). Esta apuesta a la constitución de subjetividades se relaciona con las luchas por la redistribución y el acceso al bienestar en un campo de fuerzas históricamente constituido. Los miembros de la Tupac Amaru se sabían depositarios de imágenes sociales que los definen como vagos, violentos,



Imagen 4. Muestra fotográfica “La Construcción de un Milagro”, 201. Fotografía: Silvana Lanchez

ignorantes, corruptos, indios y cochinos. Esto se relaciona, en parte, con el desafío que representó este movimiento para el ordenamiento jerárquico, étnico y social de la provincia, tornándose en punto de ataque de fuerzas sociales hegemónicas.

En el caso de San Salvador de Jujuy, fundada en 1593, los españoles organizaron el territorio entre los ríos Grande y Xibi Xibi sobre la base de la cuadrícula de damero. A comienzos del Siglo XX la ciudad se expande con el aumento de la población y con mejoras en las vías de comunicación como la llegada del ferrocarril en 1901 y la construcción de puentes sobre los cursos de agua (García Moritán, 1997). Ambos ríos constituyen puntos naturales y simbólicos a partir de los cuales se ordena la división social del espacio: hacia el norte del río Grande se fueron instalando los sectores sociales más privilegiados, hacia el sur del río Xibi Xibi los sectores más empobrecidos y marcados socialmente sobre la base de su procedencia étnica (Bergesio, Golovanevsky y Marcoleri, 2009). La manera de gestionar la ciudad valoriza la tradición histórica que confiere derechos a algunos habitantes asociados al mundo blanco y masculino, como contraparte, se ejerció un intenso control sobre familias pobres, indios, mujeres y sujetos “ociosos” (Bergesio, Golovanevsky y Marcoleri, 2009). Estas normatividades se transmutaron en jerarquías espaciales puesto

que simbólicamente la ciudad se piensa a sí misma en términos hegemónicos desde el territorio conformado por la cuadrícula colonial (Gaona, 2015). Este modelo normalizado fue puesto en cuestionamiento cuando la Organización Barrial Tupac Amaru hizo irrumpir como fuerza colectiva a sujetos marcados en términos de clase, etnia y sexualidades (Gaona, 2015).

Más allá del proceso colonial, la experiencia de trabajo en los ingenios azucareros fue central para la etnificación de las categorías laborales y sociales y su despliegue práctico en el trabajo y en la vida cotidiana (Karasik, 2005). En ese marco, las luchas obreras en los ingenios y las disposiciones que emergieron con el Estatuto del Peón Rural, que intentaron consolidarse durante los primeros gobiernos peronistas, se propusieron intervenir en clave de derechos sociales sobre el reclutamiento para el trabajo bajo sujeción de endeudamiento así como sobre las condiciones de vida en los lotes en tanto unidades productivas y residenciales en las zonas azucareras (Rutledge, 1987; Karasik, 2005). Los estudios llaman la atención sobre la movilidad residencial de la población provincial para asentarse temporariamente, de acuerdo a los ritmos de la zafra, en el área de los ingenios azucareros. En los lotes se mantenía el agrupamiento de residencia en función de la territorialidad del reclutamiento, lo cual también formó parte de políticas explícitas de las empresas para optimizar el control de la fuerza de trabajo. En ese contexto, las identificaciones étnicas se vieron reforzadas por la cohabitación y el trabajo, generando tanto afinidades como hostilidades y estigmatizaciones, las cuales se sumaban a la tensión entre residentes permanentes (caseño) y braceros temporarios -contratado, cosechero o zafrero- (Karasik, 2005). Los lotes se desestructuraron como núcleo de residencia hacia la década del setenta, cuando se practicaron cambios tecnológicos para contener la conflictividad obrera (Karasik, 2005). La relación trabajo y vivienda ha sido en este caso el eje de luchas sindicales para disputar sobre las condiciones de producción y reproducción de los trabajadores.

En el caso de las principales ciudades de la provincia, especialmente en San Salvador de Jujuy, los gobiernos peronistas (1946-1955) y el desarrollista (1958-1962) retomaron la cuestión del hábitat que venía formulándose como problema social en clave de higiene y salubridad urbana desde la primera mitad del siglo XX, generando una intensa dinámica de construcción masiva de vivienda y de obras de infraestructura (Jerez, 2013). Estos gobiernos recuperaron diagnósticos previos sobre los materiales de las viviendas, especialmente aquellos empleados en techos y pisos, e incentivaron a partir de la obra pública el uso del cemento en reemplazo del adobe, algo que pudo ser imaginado con la extensión del ferrocarril y la mejora en las rutas (Jerez, 2013). Las viviendas estuvieron en el centro de luchas redistributivas, cuya agudeza quedaba de relieve frente al cumplimiento de normativas

que disponían la expropiación de tierras -fundamentalmente en manos de ingenios azucareros- para recuperar suelo para planes de vivienda destinados a trabajadores asalariados (Jerez, 2013).

De acuerdo con este hilo de historicidad, algunos sostienen que la Organización Barrial Tupac Amaru se inscribe en la tradición combativa de la provincia que reclama mayor inclusión en el sistema social mediante la ampliación de márgenes de ciudadanía, reconfiguración de la distribución de la riqueza y reclamo de interlocución política con poderes nacionales (Gaona, 2015). En términos conceptuales, podemos suponer que estas reclamaciones emulan parcialmente la noción de derechos sociales sistematizada hace ya tiempo por Thomas Marshall (1997), que remite a un mínimo de bienestar económico y de seguridad así como al derecho a participar del patrimonio social conforme a los estándares corrientes de una sociedad dada. Para Marshall, la ciudadanía define un estatus que se otorga a quienes son miembros de pleno derecho en una comunidad -que el autor equipara a la nación-, así, todos aquellos que poseen ese estatus son iguales en lo que refiere a deberes y derechos (Marshall, 1997). Los estudios antropológicos sobre ciudadanía difieren con la noción liberal que define a la ciudadanía como estatus, es decir, como la propiedad individual de una serie de derechos y responsabilidades *vis-à-vis* al Estado (Lazar, 2013a; Pérez, 2015). De modo que proponen atender a la ciudadanía como práctica de construcción de membresía y como proyecto ético de producción de determinado tipo de personas y de subjetividades (Lazar, 2013a y b).

En esta última clave analítica se pueden considerar la experiencia vívida de producción de vivienda y las regulaciones sobre la vida doméstica que dieron forma a sentidos colectivos de la subjetividad en la lucha por la redistribución del ingreso y el bienestar. Una de las consignas más populares era: “¿Quiénes somos?: Tupac Amaru. ¿Qué queremos?: Trabajo, educación y salud. Vamos por más!”. En esa dirección, los puestos laborales en cooperativas y las viviendas construidas eran parte de la producción colectiva de una trama de bienestar que reorientó las trayectorias de vida de los sectores populares de la provincia, especialmente entre las generaciones más jóvenes. Al respecto, Raúl Noro, pareja de Milagro Sala, sostenía:

“Los cholos en Jujuy están molestos por el ascenso rápido, los cholos se esforzaron mucho para ser blancos, quieren ser blancos e invirtieron para ser blancos y Milagro le viene a recordar lo que eran. Tienen miedo que les quieran sacar los lugares a los que llegaron, abogados, profesionales y dicen: ‘yo me rompí el alma toda la vida para ser blanco y ahora a estos de la Tupac le dan todo sin esfuerzo’”³⁰.

³⁰ Registro de Campo 1, 10/03/2018.

Con relación a ello, el desborde del barrio construido y la ocupación permanente de la cuadrícula colonial muestran los contornos más agudos de las luchas por el bienestar que protagonizó la Organización Barrial Tupac Amaru. En efecto, el movimiento de personas, objetos y papeles identificados con la Tupac Amaru conectaba entre sí diferentes lugares: el barrio con el centro, la ciudad capital de Jujuy con el resto de la provincia donde el movimiento crecía a través de la construcción de nuevos barrios, la provincia con la nación, el templo de Kalasasaya con el denominado espacio andino, con visitas de Evo Morales -entonces presidente del Estado Plurinacional de Bolivia- al barrio de la Tupac Amaru y de integrantes de la Tupac Amaru a Bolivia.

El desborde del barrio también se expresaba en la ocupación de las calles centrales durante el calendario festivo. Los miembros de la Tupac Amaru desfilaban el Día del Estudiante y del Trabajador y se destacaban en Día Reyes y Día del Niño cuando propiciaban una masiva redistribución de comida y regalos. En el año 2013, comenzaron a organizar la marcha anual del orgullo LGBTIQ. Más allá del calendario festivo, ocupaban cotidianamente el espacio central de San Salvador de Jujuy para consumir distinta clase de bienes y para acceder a espacios prestigiosos de la ciudad como restaurantes tradicionales y distinguidos, lo cual desafió los lugares históricamente asignados a otros grupos sociales. En una entrevista, Manuel reflexionaba sobre aquello que está cifrado en la categoría jujeñidad:

“La jujeñidad, algunos diputados hablan en nombre de la jujeñidad, pero qué es la jujeñidad, es acá entre estas calles [señala con sus manos dibujando una figura y haciendo alusión al casco urbano desde la mesa del bar a la cual estábamos sentados, frente a la plaza central de la ciudad], donde se celebra lo indígena como folklórico, como llorando como esa canción jujeñito. Ni hablar de la Patria Grande, todo empezaría después de la independencia, lo otro es solo un lamento. Y nosotros jodimos ahí. Nos metimos en el centro, los tupaqueros, los negritos, entraban al bar tal a tomar algo donde estaba la jujeñidad. Acá en el centro hicimos todos los rituales indígenas, porque el Carnaval es en la Quebrada, allá todos bailan, salen por las calles, pero no en la capital y nosotros empezamos a hacer el carnaval en la capital, salimos desfilando desde el puente, al lado del galpón y bailamos por el carnaval. A eso suma que Milagro se casó por los rituales andinos. Aparte con la diversidad sexual, desfilamos con carrozas. Al poder económico jodimos, al negocio con los constructores porque construimos nosotros casas. Ahora volvieron”³¹.

³¹ Entrevista a Manuel, diputado provincial e integrante de la Tupac Amaru, 13/3/2018.

Las disputas por la redistribución de la riqueza y el bienestar se sostuvieron en la construcción de viviendas, en la vida doméstica en el barrio y también con la ocupación activa de la centralidad urbana. Es posible pensar que los barrios auto-construidos en periferias son parte constitutiva de las relaciones de jerarquía espacial y de la forma en que las mismas son producidas y usadas. Los pobres son regulados a través de las actividades que se esperan de ellos en las ciudades tales como la venta ambulante, los puestos en ferias populares o manifestaciones de protesta. Por esa razón, el protagonismo activo de aquellos calificados como pobres e indios en la redistribución, el consumo de bienes de mercado, las celebraciones, y el ejercicio de sexualidades diversas trastocaban y desestabilizaban ese ordenamiento social.

El barrio construido por la Tupac Amaru no era concebido como un simple conjunto de viviendas diseñado bajo un programa técnico y racional para ofrecer solución al déficit habitacional de los “sectores populares”, despojado de historia, vida y luchas. Por un lado, el barrio formó parte de una genealogía histórica de demandas provinciales y nacionales por mejoras en la redistribución de la riqueza y el acceso al bienestar. Por otro, el barrio se incorporaba dentro de una larga temporalidad de reconocimiento étnico, a los pies del Templo de Kalasasaya se practicaban rituales propiciatorios de los pueblos andinos que se convertían en ocasiones para repasar trayectorias familiares y hallar sus puntos de contacto con el mundo indígena. El barrio también emergía en memorias corporales que daban cuenta de la co-constitución de viviendas, ciudad y personas. Si la categoría de vecino había pervivido en centros urbanos jujeños como legado colonial y como soporte de un orden espacial y social de jerarquías de clase, étnicas y sexuales, la categoría tupaqueros pueden ser mejor comprendida como un conjunto de prácticas de creación de comunidad y como proyecto de construcción de personas a través del cultivo de virtudes morales que emergen en la lucha histórica por la redistribución y el bienestar.

Referencias

- Aramayo, C (2009), *Jujuy en el bicentenario. Contexto e historia de luchas*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Araujo Silva, M (2017), “Obras, casas e contas: uma etnografia de problemas domésticos de trabalhadores urbanos no Rio de Janeiro”, Tesis doctoral, Programa de Pós-Graduação em Sociologia, Universidade do Estado do Rio de Janeiro.
- Ballent, A y Liernur, J (2014), *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Barada, J (2016), “La construcción de una casa de pueblo. Formas de producción, técnicas y espacios a partir de un caso en la Puna argentina (Coranzulí, Jujuy)”, *Estudios Sociales del NOA*, 18: 31-60.
- Battezzati, S (2012), “La Tupac Amaru: intermediación de intereses de los sectores populares informales en la provincia de Jujuy”, *Desarrollo Económico*, 52 (205): 147-171.
- Bergesio, L; Golovanevsky, L y Marcoleri, M. L (2009), *Construcción social de la ciudad. San Salvador de Jujuy desde el barrio Alto Comedero, Jujuy*. San Salvador de Jujuy: Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.
- Cravino, M. C y Mutuberría Lazarini, V (2012), “Del piquete a la cooperativa de vivienda. La cooperativa como herramienta política y de trabajo autogestivo para la producción de viviendas”. En Cravino, M.C (Ed.), *Construyendo barrios. Transformaciones socioterritoriales a partir de los programas federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, pp. 309-349. Buenos Aires: Editorial CICCUS.
- Gaona, M (2015), “Experiencia, ciudad e identidad en torno a la organización barrial Tupac Amaru de San Salvador de Jujuy”, Tesis Doctoral, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- García Moritán, M (1997), Campo Verde. *Un proyecto urbano basado en la auto-organización. Un sueño hecho realidad*. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Gómez, E (2018), “Las organizaciones de trabajadores desocupados en la provincia de Jujuy. Su formación y desarrollo”, Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Jerez, M (2013), *El problema de la vivienda en Jujuy durante los gobiernos populares (1946-1962)*. San Salvador de Jujuy: Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.
- Karasik, G (2005), “Etnicidad, cultura y clases sociales. Procesos de formación histórica de la conciencia colectiva en Jujuy, 1985-2003”, Tesis doctoral, Universidad Nacional de Tucumán.

- Lazar, S (2013a), "Introduction". En Lazar, S. (Ed.), *The Anthropology of Citizenship: A Reader*, pp. 1-22. Boston and Oxford: Blackwells.
- Lazar, S (2013b), "Citizenship, political agency and technologies of the self in Argentinean trade unions", *Critique of Anthropology*, 33(1): 110-128.
- L'Estoile, B y Neiburg, F (2020), "Governing the house: an ethnographic approach", *Etnográfica*, 24 (3): 655-664.
- Manzano, V (2013), *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Manzano, V (2015), "Lugar, trabajo y Bienestar: La Organización Barrial Tupac Amaru en clave de política relacional", *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 19: 1-35.
- Manzano, V (2016), "Tramas de bienestar, membresía y sujetos políticos: La Organización Tupac Amaru en el norte argentino", *Revista Ensamblajes en sociedad, política y cultura*, 4-5: 50-67
- Manzano, V (2020), "La criminalización de la vida política popular: dimensiones éticas y epistemológicas de una pericia antropológica en el caso de la organización barrial Tupac Amaru", *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 29: 14-25
- Marcelin, L. H (1999), "A linguagem da casa entre os negros no reconcavo baiano", *Mana*, 5(2): 31-60
- Marshall, T (1997), "Ciudadanía y Clase social", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 79: 297-344.
- Motta, E (2014) "Houses and economy in the favela", *Vibrant*, 11(1): 118-158.
- Pérez, M (2015), "Ciudadanía urbana y derecho a la ciudad: Hacia una política del habitar". En Gasic Klett, I, Narváez León, A y Quiróz Rojas, R (Eds.), *Reapropiaciones de Henri Lefebvre: Crítica, espacio y sociedad urbana*, pp. 10-39. Santiago de Chile: Triángulo Editorial.
- Pina-Cabral, J (2014), "Agnatas, vizinhos e amigos: variantes da vicinalidade em África, Europa e América", *Revista de Antropologia*, USP 57(2): 23-46.
- Pina-Cabral, J. de y Pietrafesa de Godoi, E (2014), "Vicinalidades e Casas Partíveis". *Revista de Antropologia*, USP 57(2): 11-21.
- Rodríguez Blanco, M (2011), "Participación ciudadana no institucionalizada, protesta y democracia en Argentina", *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 40: 89-103.
- Rutledge, I (1987). *Cambio agrario e integración. El Desarrollo del Capitalismo en Jujuy, 1550-1960*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA; Proyecto Ecira; CICSO.
- Tabbush, C y Caminotti, M (2015), "Igualdad de Género y movimientos sociales en

la Argentina posneoliberal: La Organización Barrial Tupac Amaru”, *Perfiles Latinoamericanos*, 23(46): 147-171.

Varela, O y Fernández Wagner, R (2012), “El retorno del Estado. Los programas federales de vivienda en el AMBA”. En Cravino, M. C (Ed.), *Construyendo barrios. Transformaciones socioterritoriales a partir de los programas federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, pp. 15-48. Buenos Aires: Editorial CICCUS.

El hábitat popular y la dinámica urbana de la ciudad de El Alto (Bolivia): un estudio sobre su desarrollo urbano desigual¹

Mariela Paula Diaz

“La historia e incluso la apariencia externa de El Alto puede dividirse en un antes y después del 2003, tanto por el proceder de la población como porque esta insurrección abrió por fin los ojos de muchas instancias públicas nacionales y extranjeras a las necesidades inmediatas y a la vez al potencial nacional de esta joven ciudad...”

Albó, 2006:347

Introducción

Los estudios urbanos en general, y especialmente en América Latina, se han centrado históricamente en el hábitat popular informal y precario, y su vinculación con los procesos de urbanización y migración. La temática de la migración y su distribución en las ciudades fue una problemática analizada por los teóricos clásicos de la Primera Escuela de Chicago (Ecología Urbana) en los Estados Unidos hacia principios del siglo XX bajo una mirada asimilacionista. En América Latina, la teoría de la modernización explicaba que el desarrollo industrial en las periferias y la subsiguiente migración campo-ciudad contenían el pasaje de un tipo de sociedad arcaico, tradicional y rural a otro urbano, moderno e industrial que funcionaba como el gran mecanismo integrador y modernizador (Camarero, 2000). En cambio, ciertos autores, inscriptos dentro de la corriente de la Teoría de la Urbanización Dependiente (TUD)², resaltaban la presencia de ciertos rasgos específicos y estructurales de la urbanización latinoamericana. Estos rasgos no se consideraban una repetición del proceso atravesado por los países centrales o un mero reflejo de un proceso de modernización sino la expresión de la agudización de las contradicciones sociales inherentes a su modo de desarrollo determinado por su dependencia dentro del sistema capitalista mundial (Castells, 1974; Jaramillo, 2012).

¹ Este capítulo presenta resultados de la tesis doctoral, defendida y aprobada en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA en el año 2014.

² Como señaló Katz (2018), la teoría de la dependencia de los años '60, que comenzó a resurgir en la actualidad, no es homogénea. Por el contrario, existen distintas vertientes internas.

A partir del estudio de la ciudad de El Alto (Bolivia), referente de la cultura aymara, se pretende indagar la conformación material de las arquitecturas domésticas e infraestructuras, en un diálogo continuo con las prácticas de los hogares de migrantes, considerando sus múltiples trayectorias, pertenencias y modos de habitar los territorios. En este sentido, profundizar el abordaje de los rasgos específicos de la urbanización latinoamericana, en el marco de las transformaciones sociourbanas que trajo consigo la globalización neoliberal y posneoliberal implica, simultáneamente, reflexionar sobre las características propias de los países andinos. Particularmente Bolivia, Perú y Ecuador muestran importantes diferencias con respecto a otras áreas del continente por el peso del pasado colonial, el impulso de una urbanización tardía, la importancia de las culturas indígenas, sus particulares relaciones entre ciudad y campo y los altos niveles de informalidad laboral en el marco de una mayor debilidad del desarrollo industrial durante el siglo XX (Adad Torrico, 2004). Generalmente, estos rasgos fueron examinados en una escala macro y se centran en la configuración territorial (hábitat). En cambio, aquí serán abordados a un nivel multiescalar (urbano y barrial) con el fin de indagar las posibles diferenciaciones según la localización centro y periferia, presentando las vinculaciones existentes entre la dinámica urbana y laboral. Cabe señalar que se relevaron investigaciones que analizan fragmentariamente la temática de la vivienda/hábitat y del mercado de trabajo en la ciudad, siendo escasos los estudios que indagan esta relación desde un anclaje socioterritorial y desde la perspectiva de la dinámica urbana.

Como planteó Cravino (2012), las preguntas planteadas por las teorías urbanas clásicas permanecen vigentes y merecen nuevas respuestas acorde a las transformaciones que trajo consigo la globalización. Por este motivo, los estudios que surgieron hacia finales del siglo XX sobre las urbanizaciones cerradas y las nuevas centralidades en las periferias urbanas latinoamericanas como parte del pasaje -de lo que los geógrafos y arquitectos denominan- de la “ciudad compacta” a la “ciudad difusa y fragmentada” (Malizia, Boldrini y Paolasso, 2018) son de gran utilidad, pero no explican la realidad de todas las urbes de nuestra región.

³ La oleada masiva de migrantes de origen rural hacia La Paz ocurrió a partir de la Revolución de 1952, momento en que se sucedieron un conjunto de transformaciones sociales tales como: la Reforma Agraria de 1953, la eliminación del pongueaje y la Reforma Urbana de 1954. Además, se produjo una transformación socioterritorial de relevancia -a escala macro- que dio lugar a una división social del espacio con un carácter segregacionista: el desplazamiento de las clases medias y altas hacia la zona sur de la ciudad de La Paz, y su retirada de los espacios públicos del centro donde se concentraron las funciones de gestión, comercio, finanzas y servicios de la ciudad; intensificándose la ocupación de las laderas de dicha ciudad (principalmente) y de El Alto (secundariamente) por parte de los sectores populares aymaras. De este modo, se modificó el primer patrón de división social del espacio desde la colonia (Adad, 2004).

Por consiguiente, esta investigación pretende ser un aporte e insumo para futuras investigaciones sobre las ciudades andinas de nuestro continente. Como señaló Hubert Mazurek (2009), la sociología boliviana se ocupó muy poco de estudiar las transformaciones socioterritoriales en el marco del proceso de urbanización, y específicamente El Alto es una de las ciudades con menos estudios sobre su realidad (Durán Chuquinia *et al.*, 2007). Esto pese a ser la segunda ciudad más poblada del país luego de Santa Cruz y, a su vez, un símbolo de la lucha aymara contra los poderes coloniales y, con posterioridad, contra los gobiernos neoliberales.

Cabe señalar que el crecimiento de la población urbana alteña fue vertiginoso específicamente hacia mediados de la década de 1980 cuando se llevaron a cabo un conjunto de medidas de corte neoliberal que provocaron las migraciones internas de los considerados “víctimas” del modelo impuesto hacia el eje central del país (La Paz- Cochabamba y Santa Cruz). De este modo, se profundizó el proceso de urbanización del país iniciado masivamente con la Revolución de 1952, momento en que se sucedieron un conjunto de transformaciones sociales con un impacto a nivel territorial³, entre las cuales se subraya la posibilidad de asentamiento de la población indígena en las ciudades que hasta ese momento tenía prohibida la entrada a ciertas calles céntricas y plazas de La Paz (Dunkerley, 2003).

Este crecimiento ocurrió de manera informal y por fuera de todo tipo de planificación estatal, situación que se enmarca en el proceso más general de urbanización de Bolivia. Según la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (Adad Torrico, 2004), junto con Ecuador, Paraguay y Nicaragua se caracterizaron por una transición urbana moderada. Por ejemplo, Bolivia hasta principios de la década del ‘50 del siglo XX se caracterizaba por un predominio rural e indio campesino (el 73,8% de la población era rural) cuyo peso, aunque menor, continúa hasta la actualidad (según Censo 2012, el 32,7% de la población es rural).

En la actualidad, esta ciudad es descrita por investigadores de Bolivia como el enclave más pobre de la región metropolitana de La Paz y un espacio “racializado” (el otro étnico, aymara, de origen rural) y segregado que posee una baja provisión de infraestructura básica en relación con La Paz (Guaygua, 2011; Arbona, 2008). No obstante, sólo se encuentran afirmaciones incipientes, con escasa evidencia empírica sistematizada sobre la presencia de una diferenciación/desigualdad socioespacial y de un proceso de segregación residencial en la periferia en el marco de un desarrollo urbano desigual (y combinado) según localización.

En este marco general, las preguntas de índole teórica disparadoras son las siguientes: ¿El lugar de origen (la condición migratoria y pertenencia indígena) de la población puede explicar las estrategias de acceso al hábitat y laborales, o las mis-

mas dependen a su vez de otros determinantes de índole estructural? ¿Qué impacto tienen las estrategias, las prácticas residenciales y las distintas lógicas existentes en la configuración material del hábitat latinoamericano? ¿Qué vinculaciones pueden establecerse entre la dinámica urbana y laboral? ¿Puede entenderse la dinámica urbana sin el componente rural de la población?

Este capítulo se plantea dar respuestas a estas preguntas a partir del estudio sobre los orígenes y la conformación de dos barrios de la ciudad de El Alto (Bolivia): uno céntrico y antiguo, 16 de Julio (tercera sección), y el otro periférico de reciente formación, El Porvenir I⁴. Estos barrios poseen distintos niveles de consolidación urbana en relación con la calidad de la vivienda y la provisión de los servicios públicos domiciliarios, la infraestructura urbana y los equipamientos comunitarios. Estos dos barrios alteños- que definen un tipo de hábitat popular particular- expresan el proceso de urbanización del país y las distintas etapas del crecimiento de El Alto que fueron parte de la formación metropolitana de la ciudad de La Paz. En este análisis se adopta como periodo de estudio los años 1985-2012.

En cuanto al recorte temporal propuesto es importante destacar que la globalización neoliberal en Bolivia tuvo un punto de inflexión hacia mediados de la década de 1980 cuando se aplicó el Decreto No. 21060⁵ de estabilización monetaria y reforma estructural bajo la presidencia de Víctor Paz Estenssoro del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). Estas medidas tuvieron su impacto también a nivel socioterritorial al provocar las migraciones de los mineros, operarios fabriles y de la población rural del altiplano norte, profundizándose así el proceso de metropolización y de suburbanización de La Paz iniciado en la década de 1950. Cabe agregar que las divisiones barriales de El Alto reflejan las migraciones internas que se sucedieron en esta década: la población campesina del altiplano se encuentra especialmente en la zona norte, los mineros y fabriles en la zona sur. El periodo neoliberal se extendió hasta la llegada a la presidencia de Evo Morales del Movimiento al Socialismo (MAS) en 2006. Esto último fue antecedido de un ciclo de rebeliones populares aymaras (2000-2005) con epicentro en la ciudad de El Alto, que inauguró una etapa llamada posneoliberal que rigió hasta el golpe de Estado del año 2019. Respecto al debate sobre si los gobiernos posneoliberales lograron menguar o no la dependencia, aquí

⁴ De ahora en más El Porvenir.

⁵ Este decreto configuró un programa de ajuste estructural ante un escenario hiperinflacionario que tenía dos objetivos: la estabilidad monetaria y la reforma estructural. Esta última consistía en pasar de una economía estatista y cerrada a otra abierta y sustentada en el mercado (Arze Vargas, 2009). Esta política se aplicó luego en el conjunto de América Latina siguiendo los lineamientos del Consenso de Washington de la década de 1990.

se sostiene que más allá de las diferencias entre el accionar del Estado la dependencia estructural al capital trasnacional se mantiene.

De esta manera, se intenta poner de manifiesto las estrategias de acceso al hábitat y de (re)apropiación del territorio urbano por parte de los migrantes aymaras (de origen rural), así como las lógicas de funcionamiento de los diversos actores/lógicas sociales que construyen/producen ciudad: el Gobierno Municipal, la población residente en los barrios y los loteadores informales⁶. Al mismo tiempo, se indaga sobre el tipo de inserción en el mercado de trabajo de los hogares de migrantes en ambos barrios y la relación actual con sus comunidades rurales de origen con el fin de entender la dinámica urbana.

A continuación, se realizará la presentación metodológica de la investigación; luego de un breve esbozo histórico de la conformación de El Alto-La Paz se plasmarán las características sociodemográficas y laborales de los hogares de migrantes de los barrios alteños bajo estudio. Posteriormente, se analizará la problemática que hace referencia a la producción social del hábitat (PSH) y a las distintas estrategias de acceso a la ciudad en contextos urbanos de desarrollo desigual y en el marco de dinámicas rururbanas particulares. Finalmente, se destacan las reflexiones finales.

Metodología multimétodo

Para el desarrollo de esta investigación se adoptó una estrategia metodológica multimétodo, que combina componentes cualitativos y cuantitativos, incorporando datos de fuentes primarias y secundarias. Los datos cuantitativos primarios son resultado de una encuesta a miembros de cincuenta hogares (en total 100 hogares que representan un total de 298 habitantes) en cada uno de los barrios que definen situaciones diferentes en la relación centro-periferia de la ciudad.

La misma relevó las características sociodemográficas y laborales de los miembros del hogar; las características de la vivienda y del vecindario respecto a la dotación de servicios públicos domiciliarios y de mantenimiento urbano, de infraestructura urbana y de equipamientos comunitarios; la relación que mantienen con sus comunidades de origen y las opiniones sobre los problemas principales del barrio. Para la implementación de la encuesta se utilizó un muestreo estratégico (no pro-

⁶ Las siguientes lógicas de producción de ciudad interactúan de manera contradictoria y compleja: la lógica de la ganancia: donde la ciudad es objeto y soporte de negocios; la lógica de la necesidad: impulsada por aquellos grupos y sectores que no logran procurar sus condiciones de reproducción social en el ámbito de la dinámica mercantil; y la lógica de lo público: donde el Estado actúa, a través de regulaciones y políticas, proveyendo el sustento para el despliegue de las otras lógicas (Pirez, 2016; Herzer *et al.*, 2008).

babilístico) donde el procedimiento de selección muestral concluye cuando se llega a la saturación teórica. En este sentido, cada lugar en el que se aplicó la encuesta representa un tipo de hábitat característico de dicha ciudad.

Se considera crucial la realización de una encuesta propia para reconstruir las características de los barrios bajo estudio ya que los Censos Nacionales de Población y Vivienda de Bolivia tienen una menor escala de desagregación de los datos en comparación con la de otros países latinoamericanos como, por ejemplo, la Argentina. En este caso, los datos censales se encontraban solamente para la ciudad o el Municipio altoño, no se hallaban por manzana o radios censales. Además, como en todo censo se presentan subregistros debido a que las dinámicas sociales/urbanas no son plausibles de analizar con esta metodología. De este modo, los datos producidos cualitativamente permitieron captar estas dinámicas.

Estos últimos provienen de la observación no participante y de las entrevistas semiestructuradas en profundidad a informantes-clave y a los residentes migrantes de ambos barrios. Los entrevistados se encuentran a lo largo de este trabajo con nombres ficticios para resguardar su anonimato. Para la realización de las entrevistas en los barrios bajo estudio se eligieron a hombres y mujeres de dieciocho años y más, y en total se entrevistaron a veinticuatro personas (doce personas en cada barrio) en base a los hogares integrados en la muestra estratégica (no probabilística). Esto último fue combinado, en algunos casos, con la técnica bola de nieve a partir de las referencias aportadas por los sujetos a los que ya se había accedido. Previamente, en forma exploratoria, entre los años 2010 y 2011, se realizaron entrevistas a migrantes del barrio periférico, a investigadores sobre El Alto y a miembros de la Federación de Juntas Vecinales (FEJUVE) de esta ciudad, para elaborar un prediagnóstico sobre la población bajo estudio.

El barrio céntrico 16 de julio se encuentra dividido en tres secciones. Se eligió la tercera sección ya que según la bibliografía consultada era el lugar donde antiguamente se habían radicado, en mayor medida, los migrantes del campo. Es importante señalar que el acceso a la información es desigual según barrio. En primer lugar, en el barrio 16 de Julio se pudieron encontrar una mayor cantidad de investigaciones sobre su origen y conformación, aunque la dimensión respecto a la producción social del hábitat (PSH) no se encuentra abordada. Por el contrario, respecto a El Porvenir sólo se hallaron exiguas publicaciones sobre el Distrito 7 donde se asienta⁷. Por lo tanto, la utilización de una encuesta no fue suficiente para saldar este problema.

⁷ El Alto se compone de 14 distritos municipales. Cada uno integra dentro de sí a un conjunto de barrios.

En el barrio antiguo 16 de Julio, las entrevistas llevadas a cabo a los informantes-clave (como fueron los presidentes de la Junta Vecinal del barrio, y el subalcalde del Distrito 6 del que forma parte), permitieron actualizar la información disponible. En cambio, en El Porvenir, las entrevistas realizadas a los vecinos, a las autoridades de la Junta Vecinal, a los funcionarios de la Subalcaldía, entre otros, fueron cruciales para reconstruir la historia de su origen y de su expansión.

Breve reconstrucción histórica: el punto de partida

La conformación de El Alto fue parte del proceso de metropolización y consolidación urbana de La Paz. Por lo tanto, se configuró como apéndice del proceso de urbanización de dicha ciudad y se le asignó funciones de acuerdo con las necesidades urbanas de ésta. De esta manera, para principios del siglo XX, la infraestructura y los equipamientos urbanos se construyeron cerca de la red interregional y ferroviaria existente en la zona de la Ceja (actualmente presentada como el centro cívico y comercial de la ciudad de El Alto)⁸. Esto se debió, en parte, a los limitantes de relieve que presenta el valle donde se ubica la ciudad de La Paz, convertida en la sede de gobierno post guerra civil entre liberales y conservadores (en 1899). Esta última al estar situada en un valle cerrado y accidentado tiene restringidas posibilidades de expansión que le impide construir en cualquier zona. Al contrario, El Alto presenta un relieve plano sin accidentes geográficos relevantes- aunque fragmentado por la presencia del Aeropuerto Internacional de 600 has-. Solamente posee dos límites: uno físico (la cordillera), y otro político-administrativo (los municipios vecinos). Los municipios de El Alto y La Paz junto con los municipios de Achocalla, Viacha, Laja, Pucarani, Mecapaca y Palca conforman la Región Metropolitana de La Paz (RMLP), englobando así un territorio de mayor interdependencia social y económica.

No obstante, El Alto por ubicarse a unos 4.050 metros sobre el nivel del mar, el clima hostil propio de la puna y la carencia de los componentes colectivos básicos del hábitat, se estructuraba como un foco secundario o alternativo de recepción de migrantes. En el contexto de la Revolución de 1952 (momento en que se instauró el llamado Capitalismo de Estado), se consolidó como un barrio periférico de la ciudad de La Paz y cumplía la función de “dormitorio obrero”, mientras La Paz se organizaba como la fuente laboral de sus habitantes. Luego, durante los años 1980, pero con mayor énfasis en la década de 1990, dejó de ser meramente un lugar de residencia;

⁸ Por ejemplo, en 1912, se instaló la empresa de Navegación del Lago Titicaca y del Ferrocarril de La Paz-Guaqui en la Ceja de El Alto; en los años '20 se construyó la pista de aterrizaje, se fundó la Escuela de Aviación y se estableció la oficina de Lloyd Aéreo Boliviano (LAB) así como el Club de Golf en el mismo año (1925); en 1933 se construyeron los primeros galpones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos.

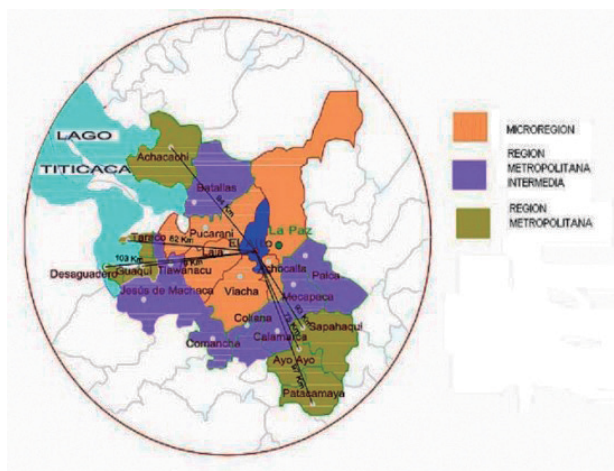


Imagen 1. La ciudad de El Alto y los Municipios limítrofes, 2008. Fuente: GAMEA.

se convirtió en una ciudad mercado y en una ciudad manufacturera e industrial. En la actualidad, según el censo de 2012, la densidad poblacional de El Alto superó ampliamente a la de La Paz (2.484 habitantes/Km² y 395 habitantes/Km²), pasando a ocupar el primer y el segundo lugar respectivamente en el contexto mayor de su Región Metropolitana.

En síntesis, en las décadas del 1940 y 1950, los sectores populares y migrantes pobres del campo se asentaron principalmente en las laderas de la hoyada de La Paz e incipientemente se fue poblando la zona norte de El Alto (hacia la Ceja y los barrios 16 de Julio y Alto Lima). Cabe señalar que hacia mediados de los años 80, el impacto de la dolarización en el costo de la vivienda, en el precio de la tierra urbana y en el conjunto del mercado inmobiliario “empujó” a los sectores populares a desarrollar su estrategia de autoconstrucción hacia los suelos más baratos de la periferia con menor densidad poblacional y edilicia en comparación a La Paz. Por este motivo, en la década de 1980, el desborde poblacional de las laderas de La Paz se dirigió también a esta zona norte alteña y se convirtió en el primer polo de atracción de las nuevas migraciones internas que se produjeron en el país producto de la aplicación de las medidas neoliberales plasmadas en el Decreto No. 21060/1985. Específicamente, los relocados mineros y fabriles⁹, a causa del cierre de las empresas

⁹ La relocalización minera por el cierre de las empresas mineras del Estado ocurrió también en un contexto de desplome del precio del estaño. De este modo, la COMIBOL despidió a más de 30.000 obreros. Lo mismo sucedió en el sector fabril que por la liberalización de la economía no pudo competir con los productos importados, los cuales se vieron favorecidos en materia arancelaria.

estatales en el marco de la política de reducción de gasto estatal, y el desplazamiento de los pobladores rurales del Altiplano Norte debido a diversos factores, entre ellos: las sequías en tierras bajas e inundaciones en zonas montañosas por efecto del Niño en los años 1982-83, y la crisis agraria del año 1985 relacionada con la apertura económica y el problema estructural del minifundio. Al mismo tiempo, aumentó la migración boliviana hacia los países del Cono Sur, especialmente hacia la Argentina. En este contexto más general, en marzo de 1985, El Alto se transformó en Municipio autónomo, y en septiembre de 1988 fue reconocido por el Congreso Nacional su estatus de ciudad, declarada en emergencia por este elevado crecimiento demográfico y las deficiencias en materia de servicios básicos.

En síntesis, su elevada tasa de crecimiento en este período se vincula con las transformaciones económicas y políticas que trajo consigo la aplicación de las medidas neoliberales plasmadas en el Decreto No. 21060 que dio impulso a la urbanización del país. No obstante, se encuentran otros elementos señalados por Nuñez Villalba (2011) tales como: la construcción de la autopista La Paz- El Alto en los años 1970 bajo el gobierno de facto de Hugo Banzer que fortaleció la conexión vial entre ambas, así como la alta tasa de natalidad de la población y el elevado índice de fecundidad (aproximadamente 4,2 hijos por mujer).

Por último, cabe señalar que las medidas neoliberales pudieron ser implementadas luego de haber previamente derrotado las tres últimas jornadas de lucha en la década de 1980, protagonizadas por la Central Obrera Boliviana (COB) y hegemónizada por los trabajadores mineros, con el apoyo de la FEJUVE (Federación de Juntas Vecinales) de El Alto¹⁰. Esto demuestra que las luchas sociales no son un factor subjetivo externo al proceso de urbanización ni a las transformaciones socio-territoriales, por el contrario, hay una relación dialéctica o de mutua interacción entre ambos elementos (objetivos y subjetivos) (Harvey, 2012).

Presentación de los barrios El Porvenir y 16 de Julio

Actualmente, El Alto es considerada una “ciudad aymara” que es uno de los rasgos que permanece pese al proceso de urbanización y metropolización. Se describe como una ciudad joven y de migrantes por su reciente conformación y por la composición de su población. En este nivel de desagregación de los datos, dicha descripción puede ser considerada correcta. Por el contrario, cuando se combinan

¹⁰ La primera fueron las jornadas de huelga general de marzo de 1985; la segunda, la huelga general en septiembre de 1985 en rechazo al Decreto 21060 y, por último, la Marcha por la Vida y la Dignidad en agosto de 1986 aplastada en el cerco militar en Calamarca, cerrándose así el ciclo de resistencia minera (García Linera, 2008).

diferentes escalas de análisis, a nivel urbano y barrial, se puede demostrar la distribución espacial desigual de la cultura aymara, de la población migrante y de la estructura poblacional joven. Además, posee una estructura territorial difusa en la periferia (de baja consolidación urbana) y compacta en las zonas céntricas de consolidación “relativa”. Esta caracterización general está vinculada con su proceso histórico de conformación.

En primer lugar, el loteamiento informal donde subyace la lógica de la ganancia fue la causa principal que dio origen a los barrios alteños. Esto último, a su vez, representa lo sucedido en diversas ciudades de la región latinoamericana y muestra ciertas particularidades de los países andinos. Para fines del siglo XIX y principios del siglo XX, gran parte del territorio alteño estaba concentrado en manos de latifundistas. En el altiplano norte, donde se asienta El Alto, a diferencia de otras regiones de Bolivia, las haciendas se erigieron sobre los territorios de las comunidades indígenas (ayllus) donde cada familia cultivaba su tierra y existían lugares de uso común para sembrar, es decir, se presentaba la combinación de una tenencia (posesión) privada o familiar de espacios de tierra cultivable y la propiedad comunal (Albo, 2006; Ballivián, 2009).

Las comunidades indígenas que se hallaban en El Alto pertenecían fundamentalmente al pueblo aymara. Posteriormente, sobre la base de dichas haciendas se asentaron la mayoría de los barrios alteños. Las iniciativas de loteamientos de terrenos de los grandes propietarios iniciadas en los años cuarenta se aceleraron post-Revolución de 1952 y dieron lugar a un conjunto de barrios informales dispersos, sin dotación de servicios y criterios urbanísticos, ni puntos de articulación urbana. De este modo, se estimaba que servicios tales como agua, energía eléctrica, alcantarillado, etc., serían provistos luego de una primera fase de parcelación especulativa y la -simultánea, segunda fase de edificación. Este proceso de loteamiento barato e informal permitió el asentamiento de los sectores populares quienes auto-construyeron como una estrategia de acceso a la vivienda propia.

En síntesis, esta extensión de las periferias (sin infraestructura ni servicios públicos básicos) expresa las estrategias de los loteadores o la lógica de los fraccionadores informales (o submercado informal del loteo) que será siempre la de minimizar los costos de fraccionamiento con el fin de maximizar las ganancias (Abramo, 2012). Al mismo tiempo, esta dinámica urbana provocó la emergencia de las juntas vecinales, organizaciones territoriales de base (a nivel barrial) y de auto-organización de la población para buscar solucionar sus necesidades básicas urbanas, que a partir de la Ley de Participación Popular (1994) se integraron a la estructura de la gestión municipal alteña¹¹.

En lo referido a los casos de estudio, se detalla que el barrio 16 de Julio se ubica al norte de la ciudad y se encuentra en el Distrito 6, considerado como uno de los más céntricos y poblados. Es además uno de los barrios alteños más antiguos que surgió luego de la guerra del Chaco (1932-1935)¹². Cabe mencionar que el primer impulso migratorio hacia la ciudad de La Paz sucedió también en esta década como consecuencia de la guerra mencionada debido a que luego de la derrota muchos excombatientes (campesinos aymaras y quechuas) se asentaron en el sector Oeste de dicha ciudad, formando los barrios Fabriles y Villa Victoria.

En esos primeros tiempos, se situaba la hacienda Yunguyo de la Parroquia de San Pedro, asentada sobre la comunidad rural Yunguyo. En 1944, el latifundista y loteador de ese entonces, Jorge Rodríguez Balanza, subdividió el latifundio y creó tres barrios sin ninguna dotación de servicios públicos básicos: 16 de Julio, nombre que conmemora la fecha de su fundación, Villa Ballivián y Los Andes. En la actualidad es una de las áreas con mayor consolidación urbana, aunque relativa¹³, ya que posee deficiencias estructurales por resolver, característica propia de las urbanizaciones periféricas que cuentan con una baja provisión de valores de uso colectivo (Jaramillo y Cuervo, 1993). Aquí prevalece una mezcla de usos de suelo urbano: residencial, comercial e industrial (manufacturero).

Cabe aclarar que no sólo los grandes terratenientes vendieron parcelas sin servicios e infraestructuras y por fuera de todo tipo de planificación estatal, sino también los campesinos acomodados o de ingresos medios. En la década de 1950, por presión popular y la presencia de milicias obreras y campesinas, la Reforma Agraria se concretó en El Alto con la expropiación de la hacienda El Tejar, que ocupaba toda la zona de la Ceja, y bajo el lema “la tierra es de quien la trabaja”, se entregaron pequeñas parcelas a los campesinos.

Siguiendo a Arbona *et al.* (2011), paradójicamente, esta reforma facilitó la fragmentación territorial que generó un libre mercado de terrenos. Es así como una minoría de campesinos acomodados compró a bajo precio las parcelas de sus ex

¹¹ Pese al debate presente sobre si sus dirigentes representan al conjunto de los vecinos del barrio o, por el contrario, ciertos intereses particulares partidarios (García Linera, 2005; Mamani Ramírez, 2004; Sandoval y Sostres, 1989); se destaca el hecho de que las mismas a principios de la década del 2000 articularon exigencias de tipo político-reivindicativo, lo que generó la caída presidencial de Sánchez de Lozada y luego de Carlos Mesa, dando lugar al quiebre del ciclo neoliberal.

¹² En la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay por la posesión del Chaco Boreal, una aplastante mayoría de los soldados de infantería estaba compuesta por campesinos quechuas y aymaras. Se estima que dejó un saldo de 65.000 muertos. Asimismo, esta derrota fue una más de las que redujeron la superficie del país a la mitad de lo heredado por la independencia (Dunkerley, 2003).

¹³ Su consolidación urbana es también “relativa” debido a que la misma es medida en “relación” a los barrios periféricos insertos en una ciudad que posee un alto porcentaje de población con NBI.

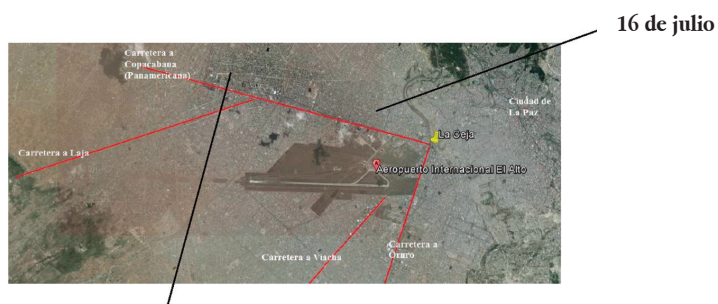
comunarios para luego lotearlas de manera informal y precaria, dando origen así a nuevos barrios. Por lo tanto, la figura del loteador no es antagónica a la de los terratenientes (o hacendados) ni a la de los campesinos acomodados en tanto cumplieron en diversas oportunidades ese rol.

Este último proceso ejemplifica la formación del barrio El Porvenir, fundado el 2 de febrero de 1999, que se localiza en el sector noroeste de la periferia de la ciudad de El Alto en el Distrito 7.

Este territorio hasta la Revolución de 1952 formaba parte de una hacienda que integraba dentro de sí a la comunidad rural San Roque. En este caso fue un ex comunario de San Roque (o pequeño productor medio) el loteador de los terrenos gracias a las reformas descritas sucedidas a partir de la Revolución de la década de 1950. Como ocurrió en otras zonas de la ciudad, el nombre de este barrio se debe a la propuesta del loteador y aparentemente no tendría un significado para sus pobladores¹⁴. La creación del barrio El Porvenir se ubica especialmente en este momento de expansión urbana de El Alto que aconteció a partir de mediados de los años ochenta cuando se convierte en ciudad. En consecuencia, la mancha urbana alteña creció sin ningún tipo de planificación estatal, y especialmente se desarrolló de manera concéntrica a partir de La Ceja hacia el norte, oeste y el sur alrededor de los siguientes tres ejes de expansión: hacia la carretera a Copacabana, a Vicha y a Oruro (Imagen 2). Esto sucedió a pesar de las pocas urbanizaciones creadas por los planes estatales de vivienda durante los gobiernos de facto (1964-1982) y democráticos (1982-1987), focalizados en una minoría, es decir, especialmente en los asalariados formales, aportantes del sistema. Se estima que sólo el 15% de las viviendas alteñas fueron construidas con una participación directa y/o indirecta del Estado. Pese a esto, la forma urbana alteña rectangular expresa la adopción del planeamiento territorial colonial presente en las Leyes de Indias.

Actualmente, este territorio -en claro contraste con el Distrito 6- es definido como el segundo más extenso de El Alto y el menos poblado (Imágenes 3 y 4). De este modo, conforma un área periférica en proceso de expansión producto de la extensión continua del territorio en el marco de los distintos momentos históricos del proceso de urbanización señalado (Alvarado *et al.*, 2011).

¹⁴ Sin embargo, en otros barrios de la ciudad generalmente sus nombres guardan relación con personajes de la historia oficial o en todo caso con fechas históricas o festividades religiosas.



El Porvenir

Imagen 2. Las principales carreteras de la ciudad de El Alto. Fuente: elaboración propia.



Imagen 3. La forma urbana de El Porvenir Fuente: Google Earth (2020).



Imagen 4. La forma urbana de 16 de Julio Fuente: Google Earth (2020).

En cuanto a la composición social, en ambos barrios predomina la familia nuclear con el núcleo conyugal primario completo. En el periférico, se concentran los hogares con adultos nacidos en el campo (94%) que se autoidentifican con el pueblo indígena aymara. En este sentido, se remarca la cohesión de las familias migrantes según pertenencia indígena y comunidad rural de origen. En cambio, en el barrio 16 de Julio los hogares cuentan en mayor medida con adultos nacidos en las ciudades de El Alto o La Paz (60%), donde el 53,5% se autoidentifica con ese pueblo y un 20% con ningún pueblo indígena o nación¹⁵. Aunque es probable que un número importante sean hijos o nietos de migrantes. Esta suposición se deduce del relato histórico y se desprende de los mismos datos: en el grupo poblacional de 65 años y más, el 50% provenía de las comunidades rurales y el otro 50% de las ciudades de La Paz o El Alto, lo que denota que en sus orígenes recibió un contingente de población rural. Esto se enmarca en el proceso de expansión urbana de El Alto que dio lugar a la constitución de este barrio como el primer destino de la población migrante.

Mientras, El Porvenir aglutina la población aymara migrante del campo, luego de haber atravesado varias etapas migratorias previas desde su salida de la comunidad de origen. Igualmente, posee una estructura poblacional más joven que el barrio céntrico (el 55% del total de los miembros del hogar tiene menos de 20 años; en 16 de Julio alcanza al 37,6%). En resumen, estos datos enfrentan la imagen homogénea de la ciudad El Alto.

Al mismo tiempo, la situación laboral de los hogares, si bien en un nivel de análisis general muestra la composición obrera y popular alteña, pone en tensión la representación de esta ciudad como un cinturón de pobreza uniforme. En primer lugar, en El Porvenir y 16 de Julio predominan los trabajadores por cuenta propia sin empleados a su cargo y los obreros/empleados, cuestión que destaca la composición socioeconómica de El Alto. El cuentapropismo, ligado a la actividad manufacturera que se extendió notablemente a partir de 1985 pero con mayor énfasis en la década de los años noventa¹⁶, se configura en mayor medida como microemprendimiento¹⁷

¹⁵ La nueva Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia (2009) reconoce la existencia de 36 naciones, es decir, los distintos pueblos indígenas no son denominadas etnias.

¹⁶ Según un informe del GAMEA (2004), el 80% de los establecimientos económicos existentes entre El Alto y La Paz se encuentran ubicados en la primera ciudad, cuando hasta los años noventa ocurría a la inversa. Esto se debe a varias cuestiones, entre ellas: la disponibilidad de superficie plana a bajo precio, la mano de obra barata y su proximidad a las carreteras de vinculación nacional e internacional. Por consiguiente, el movimiento pendular entre ambas ciudades se mantiene, pero El Alto dejó de ser meramente el clásico dormitorio obrero.

¹⁷ Hacia el año 2003, el Primer Censo a Establecimientos Económicos de la ciudad de El Alto contabilizó 5.045 unidades económicas manufactureras, de las cuales el 90,6% eran microempresas que emplean entre uno y cuatro trabajadores, generalmente familiares. Predomina el trabajo no asalariado (70,3% de las mismas).

que suele utilizar un espacio dentro de la vivienda para el desarrollo de sus actividades (es denominada por los/as intelectuales y organismos públicos de Bolivia como “vivienda productiva”). No obstante, se presentan distintos tipos de viviendas productivas según grado de consolidación urbana (Tabla 1).

Luego de esta descripción se comprende por qué más del 90% de los principales sostenes del hogar de ambos barrios (el 93,8% de El Porvenir, y en 16 de Julio el 97,7%) son informales desde la definición legal (según tenencia de aportes jubilatorios). Esto denota un problema estructural de El Alto en forma particular y de Bolivia en general. En este país, hacia el año 2010 aproximadamente el 90% de la población económicamente activa (asalariados y cuentapropistas no calificados) eran informales desde esta perspectiva (Tornarolli *et al.*, 2012; Portes y Haler, 2004)¹⁸.

Cabe aclarar que la informalidad laboral es un rasgo predominante de las urbes de América Latina; pese a que desde la década del 2000 (bajo los gobiernos posneoliberales latinoamericanos) ocurrió un fuerte crecimiento económico y de creación de empleo, la reducción de la incidencia de la informalidad laboral fue moderada. Aunque es destacable la notoria heterogeneidad de situaciones que presentan los países que componen la región.

Es necesario recordar que si bien pueda darse en forma conjunta, los elementos constitutivos de la informalidad y la precariedad no son idénticos ya que el trabajo precario puede estar presente en actividades económicas informales y formales, y la informalidad en empresas privadas o en las mismas instituciones estatales (Neffa, 2010). En otras palabras, existen distintas modalidades de trabajo precario, el empleo no registrado es sólo una de ellas. En este caso, un indicador de precariedad laboral adicional de las actividades informales puede ser la inestabilidad en el empleo. Diversas investigaciones distinguen actividades informales consolidadas (estables) y no consolidadas (inestables) (Guayguay Escobar, 2008; Rojas y Rossell, 2006). En este sentido, la inestabilidad laboral es analizada como un indicador adicional de precariedad y de empobrecimiento de estas categorías ocupacionales que se vincula con los menores ingresos y disponibilidad de capital (en el caso de los cuentapropistas). En El Porvenir predomina la inestabilidad de los empleos informales (54,2%), mientras en el barrio 16 de Julio, la estabilidad (57,5%) (Cuadro 1). En la Tabla 1 se expone el carácter de las actividades informales según barrio reconstruido a partir de las entrevistas realizadas.

¹⁸ En el caso de los cuentapropistas se adopta el nivel educativo -no calificado- como indicador de informalidad (desde la perspectiva legal) ya que los datos oficiales no registran lo referente a la protección social.

Cuadro 1: Calidad de la ocupación de los principales sostenes del hogar (activos). Total de hogares de El Porvenir y 16 de Julio. Año 2012. En porcentajes.

Nombre del Barrio	Calidad de la Ocupación		Total
	Permanente	Temporario	
El Porvenir	45,8	54,2	100(48)
16 de Julio	57,5	42,5	100(40)

Fuente: Elaboración propia según encuesta realizada en el año 2012

Tabla 1: Carácter de las actividades informales según barrio.

El Porvenir	16 de Julio
Inestabilidad	Estabilidad
• Obrero temporal • Viviendas Productivas: fabricación de productos textiles y perfil comercial no consolidado (kioscos, librerías) con poca demanda • Venta “deambulante” en las ferias	• Comerciante consolidado y obrero bajo relación de dependencia • Viviendas productivas: perfil comercial consolidado (restaurantes, carnicerías) y fabricación de productos de madera • Venta en puestos pagos en las ferias

Fuente: elaboración propia.

En síntesis, en El Porvenir se concentran los hogares de migrantes que constituyen la fracción más empobrecida de los sectores populares y trabajadores alteños, dando cuenta de una compleja estratificación social según localización y composición socioeconómica de los hogares.

Características materiales del hábitat: estrategias familiares y comunitarias

El estudio de toda dinámica urbana implica una doble dimensión: la referente al habitar y al hábitat. La primera se refiere a los diversos modos de residir en la ciudad y las estrategias de apropiación urbana que se ponen de manifiesto mediante las prácticas cotidianas que permiten satisfacer necesidades sociales (Lefebvre, 1978). Cabe aclarar que las diversas expresiones de apropiación urbana forman parte de las estrategias familiares de reproducción en circunstancias estructurales que las condicionan (Dureau, 2004; Di Virgilio, 2007). En esta perspectiva de análisis, los rasgos particulares que aluden al hábitat popular de las urbanizaciones latinoamericanas son indicadores no sólo de configuración territorial sino también de la dimensión del habitar. Por consiguiente, estas dos dimensiones no deben estudiarse de manera

dicotómica sino en su relación dialéctica. Es así como las características del hábitat condicionan las posibilidades de apropiación y de habitar de una población pero, a su vez, éstas pueden dar como resultado un tipo de hábitat particular.

Cabe señalar que el hábitat de las urbes populares latinoamericanas está sumamente vinculado a un conjunto de prácticas sociales (de consumo y de producción)¹⁹ y además a la presencia de formas productivas mercantiles simples (en circuitos no capitalistas). Estas prácticas se rigen por la lógica de la necesidad (Pírez, 2016; Jaramillo *et al.*, 1993 y Topalov, 1979), la cual mantiene una relación contradictoria con la lógica de la ganancia y la del Estado. Como ejemplos, se pueden nombrar a la autoconstrucción y la PSH. Esta última, a diferencia de la autoconstrucción, no descansa en unidades individuales o familiares sino en agentes colectivos en tanto reúne a varias familias u organizaciones (Díaz, 2016; Rodríguez *et al.*, 2007; Pelli *et al.*, 1994)²⁰. Independientemente de que por definición, la lógica de la necesidad se encuentre por fuera de la relación capitalista de explotación, es decir por fuera de la relación salarial y mercantil, el capitalismo domina la sociedad y todas las formas sociales que le son extrañas son integradas a su propio funcionamiento.

Por este motivo, la autoconstrucción y la PSH presentan esta condición fuertemente contradictoria ya que, por un lado, demuestran la capacidad de los sectores populares de “construir ciudad”. Pero, por el otro, ponen en evidencia los límites en el acceso al suelo urbano formal socialmente construido pero apropiado privadamente (y entonces mercantilizado). Desde esta perspectiva estructural, estas prácticas a su vez poseen un rol perjudicial en el salario del trabajador y en las precarias condiciones urbanas, habitacionales y de vida en las cuales se insertan. Por lo tanto, no pueden ser consideradas en forma idealizada porque en parte manifiestan, en forma simultánea, tanto la lucha por el derecho a la ciudad como su negación.

La configuración territorial o el hábitat hace referencia a las oportunidades diferenciales que ofrece la ciudad en función de la distribución espacial desigual de los servicios públicos domiciliarios, infraestructura, equipamientos comunitarios, entre otros; condición que posibilita la existencia de rentas diferenciales en el suelo urbano y atenta contra la justicia espacial, elemento esencial del derecho a

¹⁹ Siguiendo a Topalov (1970), son formas de socialización del consumo (no mercantilizadas). Esta forma de socialización es de consumo ya que apunta a la manera en que una sociedad satisface sus necesidades. No es mercantil ya que esa satisfacción de las necesidades implica una producción cuyo fin es el suministro de un valor de uso. Igualmente posee valor de cambio, aunque sea potencial, al estar inserto en una sociedad mercantilizada.

²⁰ Entre los sectores populares, la autoproducción (asociada al control del proceso productivo) y la autoconstrucción ocurren frecuentemente de forma conjunta. En este sentido, tampoco hay una relación laboral de explotación capitalista moderna.

la ciudad²¹. Por lo tanto, las condiciones del hábitat incluyen las características de la vivienda y del contexto urbano (vecindario). Es así como una situación definida por tierras sin condiciones urbano-ambientales para ser usadas como residenciales alude a una precariedad de la vivienda y de los componentes colectivos del hábitat que indican un problema de salud pública (Salazar Antequera, 2001), además de identificar un bajo nivel de consolidación urbana²². Esta cuestión puede caracterizar tanto a la construcción del espacio urbano dominial formal como informal (Clichevsky, 2003).

Según esta autora, la informalidad urbana comprende dos formas de transgresiones: respecto a los aspectos dominiales que se basa en la falta de títulos de propiedad (o contratos de alquiler o anticrético), y comprende también a los ocupantes de hecho, por cesión o préstamo; y en relación con el proceso de urbanización ya nombrado. En este estudio, se propone abordar la informalidad urbana desde la primera “transgresión” (dominial), y la segunda transgresión como indicador de precariedad de la vivienda y del barrio. Por su parte, el estudio de la informalidad urbana y de la precariedad del hábitat puede convertirse (aunque no necesariamente) en un indicador de segregación residencial de la población que habita en un territorio determinado. Por lo tanto, las condiciones del hábitat popular pueden definirse por diversas vinculaciones entre la informalidad y la precariedad. Asimismo, lejos de una visión lineal o economicista, como señalaron Herzer *et al.* (2008), los sectores populares pueden participar simultáneamente en actividades formales o informales del mercado de trabajo y el de tierra/vivienda.

Recuperando a Jaramillo y Cuervo (1993), las urbanizaciones periféricas o ciudades latinoamericanas presentan desigualdades estructurales tales como: la agudeza de la informalidad y precariedad urbana y laboral, la deficiente provisión de valores de uso colectivo, una intensa segregación residencial, y la denominada isla de ruralidad²⁴ que dan lugar a un desarrollo urbano desigual y combinado (Smith,

²¹ Las rentas diferenciales que expresan los niveles de constructibilidad, asociados a las características topológicas y topográficas del terreno y a los costos de localización en relación con su centralidad y accesibilidad, desempeñan un papel en la estructura habitacional segregada de las ciudades (Coulomb, 2012).

²² Siguiendo a Yujnovsky (1984), la vivienda se define como una configuración de servicios urbanos (servicios habitacionales) que incluyen también a otras viviendas y al conjunto de los equipamientos, servicios e infraestructuras urbanos. Se propone, de este modo, una comprensión integral de la vivienda como hábitat.

²³ El contrato anticrético consiste en la entrega de un inmueble a un acreedor para que lo ocupe por un tiempo determinado. Cumplido el plazo, el acreedor debe restituir el bien a cambio de la devolución del monto de dinero entregado al inicio de contrato. Esta modalidad es usada mayoritariamente por los sectores medios y altos en Bolivia.

²⁴ Se opta por la denominación “territorio rururbano” asociado a las prácticas cotidianas híbridas que dan lugar a un tipo de hábitat donde ocurre una mixtura de usos del suelo.

2006; Katz, 2016). Vale aclarar que esta última noción puede ser utilizada para analizar distintos ámbitos de la sociedad (como el económico y el cultural), pero en este capítulo se limita al estudio de lo “urbano”, es decir, como herramienta teórica que permita distinguir los tipos de hábitat según localización²⁵. De este planteamiento se desprende que las áreas céntricas de mayor consolidación y las áreas periféricas no forman parte de una “ciudad dual” sino que son producto del mismo proceso histórico. Además, esta conceptualización se contrapone a la visión finalista (y dualista) de un proceso de urbanización absoluto y sin contradicción que motiva la desaparición de las áreas rurales (Pradilla-Cobos, 1986).

Respecto a la noción de segregación residencial, como señaló Rodríguez (2014) carece de una definición precisa, pese a ser objeto de estudio desde hace más de un siglo, primero en los países centrales (Estados Unidos y Europa) y luego en América Latina (desde la década de los años 90). Aquí es conceptualizada como expresión de la división social del espacio (Schteingart 2001) y del desarrollo urbano desigual señalado.

Primero, se presenta una definición clásica/geográfica de la segregación, asociada a la Escuela Ecológica de Chicago (Siglo XX) y vigente en la actualidad, definida como la constatación empírica de que ciertos grupos sociales de similares características tienden agruparse en el espacio (Castells, 1974; Massey y Denton, 1988). Se considera que esta definición operativa posee una utilidad metodológica cuando la investigación se plantea medir u operacionalizar el término segregación. Por este motivo, desde esta perspectiva, la segregación residencial conlleva un contexto de relativa homogeneidad espacial/urbana (configurando un tipo de hábitat), socioeconómica y/o cultural. Los estudios latinoamericanos se focalizaron en la dimensión económica del proceso de segregación residencial. En cambio, aquí se considera crucial analizar la estructura de clase y étnica de manera conjunta y no dicotómica²⁶. Esta noción no es sólo un dato empírico geográfico sino una relación social de poder, donde se encuentran los segregados y los que segregan (Rodríguez, 2014; Duhau, 2013).

A continuación se detallan las estrategias de acceso al hábitat y las prácticas cotidianas de los hogares que generan un tipo de hábitat y una materialidad parti-

²⁵ Desde una primera aproximación se muestra un desarrollo urbano desigual entre las áreas céntricas y periféricas. Pese a esto, este desarrollo urbano no sólo es desigual sino también es combinado en tanto puede ocurrir una mixtura entre lo más desarrollado de la técnica con una situación de precariedad en un mismo territorio a nivel macro (urbano) y micro (barrial).

²⁶ Siguiendo a Quijano (2000) y a Margulis (1999), la idea de “raza” es un elemento de colonialidad presente en la estratificación social de América Latina que explica la existencia de una racialización de las relaciones de clase.

cular, y por último se presenta un indicador de precariedad urbana con el fin de repensar la condición de segregación residencial del barrio periférico en un contexto de desarrollo urbano desigual.

Situación dominial, indicadores de autoconstrucción y modos de habitar

Como ocurre en la ciudad de El Alto, el tipo de vivienda que predomina en ambos barrios es la “casa” y los propietarios de la vivienda (el 90% de los hogares de El Porvenir y el 58% de los hogares del barrio 16 de Julio). Sin embargo, en el barrio antiguo, los que migraron hace más de 30 años pudieron acceder a un terreno propio en el contexto de su configuración como área periférica de La Paz.

En la actualidad existe un porcentaje significativo de inquilinos (el 24% de los hogares) que se deriva de su consolidación urbana “relativa”. En ambos barrios el tipo de inserción en el mercado de vivienda/ tierra que impera es el formal, representando el 76% y el 71% respectivamente. Es decir, esta inserción formal actual, en contraste con sus orígenes, se debe a una política concreta del gobierno local de regularización de la situación dominial de la población de la ciudad, base sobre el cual la Alcaldía ejerce su “derecho” de cobro del impuesto al inmueble²⁷.

Por lo tanto, la problemática del barrio periférico es fundamentalmente la cuestión de la precariedad de su hábitat: de la vivienda en sí misma y del entorno urbano. Se adopta para estudiar esta cuestión un planteo que propone, en primer término, analizar los principales elementos/ la materialidad de la vivienda sin perder de vista la totalidad o el marco más general de las condiciones urbano-ambientales de cada barrio.

Con respecto a los materiales de construcción utilizados, en la encuesta se relevaron las categorías presentes en el Censo Nacional de Población y Vivienda (2012), es decir, los predominantes en pisos, paredes y techos. Pese a que los indicadores censales son de gran utilidad poseen varios límites a la hora de analizar la precariedad urbana, entre ellos: no arrojan datos significativos porque no permiten dar cuenta del estado de esos materiales, la escala de la desagregación de los datos y especialmente la ausencia de las valoraciones, los discursos y las prácticas subyacentes que ciertos materiales poseen en contextos particulares. Por ende, se complementa este análisis con los datos cualitativos contruidos; además sólo se incluye el “piso de tierra” como indicador relevante de la precariedad, y el material más utilizado en las paredes de las viviendas ya que puede transformarse en un indicador

²⁷ En el barrio periférico, el presidente de la Junta Vecinal también fue funcionario de la Alcaldía de El Alto. Esta situación benefició la implementación de esta política.

de autoconstrucción familiar. Esta estrategia familiar muestra tanto las dificultades para proveer de vivienda a toda la población a través de la producción capitalista de vivienda como las limitaciones del Estado latinoamericano frente al problema estructural del hábitat popular.

En El Porvenir es el adobe/tapial (64%) el material más utilizado en las paredes, mientras en el barrio 16 de Julio es el ladrillo, bloque de cemento u hormigón (66%) (Imágenes 5 y 6). Aunque en este último persisten viviendas de adobe, indicio del predominio de la autoconstrucción familiar de origen rural en los inicios de su consolidación urbana (1950-1980).



Imagen 5. Barrio 16 de Julio, 2013. Fuente: fotografía de la autora.



Imagen 6. Barrio El Porvenir, 2013. Fuente: fotografía de la autora.

El adobe/tapial prevalecía en El Alto según los censos 1992 y 2001 (89,4% y 77,1% respectivamente), para ocupar en el 2012 el segundo puesto (45,5%), luego del ladrillo/bloque de cemento/hormigón (53,8%). El adobe es analizado como indicador de la práctica de la autoconstrucción que configura especialmente (aunque no únicamente) la estrategia de los hogares de migrantes para acceder a la vivienda propia. Al mismo tiempo, se destaca que los materiales más utilizados en los techos de las viviendas en ambos barrios de la ciudad son la calamina o la plancha metálica (con el 98% en El Porvenir y el 88% en 16 de Julio). Esto representa una característica alteña ya que según el Censo de 2012 el 92% de los hogares construyen con estos materiales. Cabe señalar que las viviendas autoconstruidas alteñas reproducen ciertas prácticas de las comunidades rurales aymaras aledañas no solo respecto a la utilización del adobe sino en relación con el “ritual” del techado tal como se lo denomina en Bolivia.

“En relación con el ritual de conclusión de la casa se llama techado. Siempre está acompañado de la visita de la familia, se lleva alcohol, coca y flores para challar el techado de la casa. Pese a que no esté concluido del todo, como por ejemplo la fachada o la obra fina de los cuartos. Pero el techado es la conclusión final de la casa y es lo que se festeja en compañía de la parentela”²⁸.

²⁸ Testimonio de Miguel Canaza, antropólogo y docente de la Universidad Mayor de San Andrés, La Paz (Bolivia).

En la actualidad, en El Porvenir predominan los hogares (de migrantes) que auto-construyeron su vivienda (88%), mientras en el barrio 16 de Julio aquellos hogares (de migrantes y no migrantes) que no la auto-construyeron (64,3%). En este último, el 46% de los hogares de migrantes auto-construyeron en contraste con el 27% de los hogares de no migrantes. Por consiguiente, lo que sucede en el barrio periférico no sólo es expresión de un saber práctico (colectivo y familiar) preexistente en su vida rural comunitaria sino también un indicador económico de los menores ingresos presentes en el hogar. Por ejemplo, un entrevistado²⁹, señaló que su vivienda la auto-construyó solo con adobe porque “... es más caliente y más económico, yo no tengo plata para comprar ladrillo”.

No obstante, la explicación de este proceso constructivo no pretende agotarse en estos discursos ni elementos señalados. Como se detalla en el apartado siguiente puede vincularse también con los fuertes vínculos y movimientos circulares existentes con sus comunidades rurales de origen, cuestión que refuerza la cohesión migratoria señalada.

Esta explicación ligada a la economía del hogar adquiere relevancia cuando se analiza de dónde provino la ayuda para llevar a cabo la autoconstrucción de la vivienda. En El Porvenir principalmente de familiares y miembros del hogar. De hecho, durante el trabajo de campo se observó cómo las mujeres, los días de semana por la mañana, giraban los bloques de adobe en los predios comunes del barrio para su secado. Esta imagen ilustra la relación dialéctica o la interacción continua entre las materialidades, las prácticas y las relaciones sociales; en tanto en este proceso constructivo particular se genera una cierta manera de habitar los territorios donde las mujeres cumplen un papel protagónico. En cambio, en el barrio 16 de Julio, los hogares de migrantes afirmaron haber contratado albañiles y solo una minoría se refirió a la ayuda familiar. Esta última situación puede estar vinculada con la dinámica rururbana producida hacia los inicios de su consolidación.

En resumen, la autoconstrucción de los hogares de migrantes que se concentran en la periferia implica una estrategia de acceso al hábitat (y a la ciudad) que da como resultado un modelo de hábitat particular: viviendas con paredes de adobe, con su patio adelante donde se halla generalmente una huerta, un único grifo de agua potable y corrales para sus animales de consumo familiar. Al mismo tiempo, los predios comunes sin construir fuera del lote de la vivienda se transforman en una extensión de ésta, donde pastorean a sus animales y siembran todo tipo de verduras,

²⁹ Antonio, 58 años, residente del barrio El Porvenir de la ciudad de El Alto (Bolivia). Entrevista realizada en el marco del trabajo de campo doctoral entre los años 2010 y 2013.

lo que da lugar a una apropiación urbana específica con una connotación rururbana (Imágenes 7, 8, 9 y 10). En otras palabras, se desarrollan un conjunto de prácticas cotidianas híbridas, actividades de índole rural llevadas a cabo por mujeres migrantes aymaras en un ámbito urbano.



Imagen 7. Sembradío en vivienda periférica, 2011. Fuente: Fotografía de la autora.



Imagen 8. Corral en vivienda periférica, 2011. Fuente: Fotografía de la autora.



Imagen 9. Ganado porcino en espacios vacantes periféricos, 2013. Fuente: Fotografía de la autora.



Imagen 10. Sembradíos en espacios vacantes periféricos, 2013. Fuente: Fotografía de la autora.

Estas prácticas se derivan de la menor consolidación urbana existente en la periferia y, del mismo modo, se vinculan con las estrategias de acceso al hábitat de los hogares de migrantes. Estas actividades rurales pueden estudiarse como prácticas sociales de producción y consumo (no mercantiles y bajo la lógica de la necesidad)

que son cruciales en las estrategias de reproducción de los hogares con escasos recursos debido a una inserción laboral informal e inestable. Por ejemplo, una de las familias entrevistadas posee aves de corral en su casa, las cuales son utilizadas para el consumo familiar. En sus palabras: "... huevea y eso nos ayuda, sale casi un boliviano cada huevo, es muy caro"³⁰.

En contraste, el barrio 16 de Julio se configura como una zona netamente comercial y a partir de la observación se puede afirmar que este tipo de prácticas rururbanas se encuentran ausentes aún así en las viviendas que fueron autoconstruidas en los distintos momentos del proceso de urbanización. En este barrio, como en el resto de las áreas céntricas de El Alto, se encuentran comúnmente viviendas de ladrillo en altura, así como los *cholets*³¹ que identifican a la burguesía chola aymara emergente (Imágenes 11 y 12).



Imagen 11. Panorámica de los barrios céntricos. Fuente: Fotografía realizada por la autora en el 2017.

³⁰ Alejandra, 28 años, residente del barrio El Porvenir. Entrevista realizada en el marco del trabajo de campo doctoral entre los años 2010 y 2013.

³¹ Los cholets representan un tipo de vivienda productiva de la burguesía chola emergente- de origen rural-, y configuran una novedosa arquitectura alteña con una estética particular, andina y aymara. En general es un edificio de cuatro pisos, donde los tres primeros están dedicados a distintos tipos de actividades económicas (locales comerciales a la calle, salón de fiesta y departamentos para alquilar) y por último se encuentra el chalet donde residen los propietarios.



Imagen 12. El cholet alteño. Fuente: Fotografía realizada por la autora en el 2017.

En todo caso, como se mostró en la Tabla 1, en el barrio 16 de Julio predominan las viviendas productivas con un perfil comercial de mayor consolidación. Al mismo tiempo, se presenta una apropiación urbana específica: la calle se convierte en un mercado. De hecho, se encuentra la Feria 16 de Julio, con sus distintivas carpas de colores, que es la más grande de Bolivia y la segunda mayor de Sudamérica (Imagen 13).



Imagen 13. Feria 16 de Julio. Fuente: Fotografía realizada por la autora en el 2017.

En esta actividad se halla también una importante participación de mujeres que se relaciona con la construcción del mercado como un espacio tradicionalmente femenino en la vida de las ciudades andinas. En cambio, en El Porvenir no se encuentran ferias o mercados, sólo pequeños almacenes que generalmente se hallan dentro del predio de la vivienda (configurando así las denominadas viviendas productivas, en este caso de menor consolidación), que constituyen una estrategia laboral adicional o de reproducción familiar frente a la inestabilidad laboral predominante.

Como es usual en la ciudad de El Alto, las familias de El Porvenir se dirigen a las ferias³², a las que se encuentran en los puntos focales primarios -la Feria 16 de Julio y la de la Ceja-, y a las que responden a los puntos focales secundarios que se localizan más cerca del barrio. Sobre esta cuestión de la vida cotidiana, una entrevistada planteó: "... no hay mercaditos, hay que ir a las ferias en movilidad se tarda quince minutos para comprar verduras, para los quehaceres, así señorita"³³. Por ende, hay una diferenciación socioespacial según localización centro-periferia de la denominada ciudad mercado alteña. Es importante destacar que la presencia

³² Las ferias son sectores informales (productores mercantiles simples en circuitos no capitalistas) que proveen bienes y servicios en forma mercantilizada y a precios inferiores que una empresa capitalista formal (Jaramillo y Cuervo, 1993).

³³ Yolanda, 42 años, residente del barrio El Porvenir. Entrevista realizada en el marco del trabajo de campo doctoral entre los años 2010 y 2013.

de ferias en los barrios alteños es un símbolo de consolidación y de jerarquía de los mismos (Cárdenas *et al.* 2010). Esta ausencia en El Porvenir es un indicador más de su baja consolidación urbana.

Precariedad urbana y estrategias colectivas

Como se ha explicitado, para poder analizar la precariedad de la vivienda - y la condición de segregación residencial- se utiliza el material más utilizado en los pisos como indicador. En ambos barrios predomina el cemento o ladrillo fijo (el 64% de las viviendas de El Porvenir y el 66% en el barrio céntrico). No obstante, en el barrio periférico sigue persistiendo un porcentaje significativo de pisos de tierra (22%), que supera al presentado por la ciudad de El Alto en su conjunto³⁴. De este modo, retomando la noción teórica amplia de vivienda, se elaboró una tipología de vivienda precaria que incluye además la cobertura de los servicios públicos domiciliarios a partir de los datos que arrojó la encuesta de elaboración propia. Esta agrupa a aquellos hogares que cumplieron al menos una de estas condiciones: sin red de gas domiciliario, sin red de agua potable, sin baño, con piso de tierra, con baño (pero sin arrastre de agua), con red de agua potable domiciliario pero con distribución por cañería sólo en el patio o en el baño de la casa (Cuadro 2).

Cuadro 2. Tipología de vivienda. Total de hogares de los barrios El Porvenir y 16 de Julio. Año 2012. En porcentajes.

Tipo de vivienda	Nombre del Barrio	
	El Porvenir	16 de Julio
Vivienda precaria	100	58
Vivienda no precaria	0	42
Total	100(50)	100 (50)

Fuente: Elaboración propia según Encuesta realizada en el año 2012.

Antes de describir la situación de cada uno de los barrios, cabe aclarar que bajo el periodo de la globalización posneoliberal se desarrollaron políticas que denotaron un cierto componente “nacionalista” y “neodesarrollista” del considerado capitalismo andino (García Linera, 2006), aunque la asociación con el capital trasnacional se salvaguardó, como la nacionalización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) y del servicio de agua potable y alcantarillado sanitario. La prime-

³⁴ Según el Censo 2012, ocupa el tercer lugar con 17,1%, luego del cemento (57,6%), y el machimbre o parquet (18,8%).

ra fue una de las demandas más importantes de las jornadas de protesta de octubre de 2003 y de mayo-junio de 2005 que tuvieron su epicentro en la ciudad de El Alto. Entre enero y marzo de 2005 (durante la presidencia de Carlos Mesa) se desarrolló “la segunda guerra del agua”³⁵ donde El Alto volvió a ser la protagonista de la lucha por la recuperación nacional de los recursos naturales “entregados” en el período neoliberal, al exigir la inmediata expulsión de la empresa transnacional Aguas del Illimani. Pese a los avances que ocurrieron en cuanto a la cobertura de los servicios públicos domiciliarios post levantamiento aymara de octubre de 2003, luego del desarrollo de esta investigación, se deduce que los mismos se siguen concentrando en las áreas céntricas de mayor densidad poblacional y edilicia, dejando al margen a las áreas periféricas de la ciudad³⁶.

En El Porvenir, la totalidad de las viviendas de los hogares encuestados son precarias, ya que se parte de una situación estructural homogénea, caracterizada por la ausencia de red gas natural a domicilio³⁷, la distribución de agua por cañería se encuentra sólo en el patio de la casa, y las viviendas que tienen baño no tienen arrastre de agua. Esta situación se ve agravada por poseer un contexto urbano con bajas inversiones en obras públicas, infraestructura, equipamientos y problemas agudos en la accesibilidad. Por ejemplo, el alumbrado público y las aceras son escasas; posee calles de tierra motivo por el cual no ingresa el transporte público al barrio que, a su vez, presta un servicio deficiente especialmente en los horarios nocturnos (a partir de las 20 hs.); cuenta con las matrices de alcantarillado sanitario pero hasta la actualidad no cumplen su función. En lo referido al equipamiento comunitario cuenta con su escuela, su sede social y una iglesia que por los problemas que surgieron con los vecinos mantiene sus puertas cerradas. También carece de un centro de salud, el más cercano se encuentra en la zona de San Roque a veinte minutos en movilidad. La recolección de residuos, un servicio de mantenimiento urbano esencial, es deficiente ya que actualmente sólo se gestiona por la carretera principal a Copacabana, y una vez por semana o cada dos semanas ingresa al barrio. Es así cómo se observaron

³⁵ La primera se produjo en el año 2000 en Cochabamba, donde se conformó la Coordinadora del Agua y la Vida, y se logró expulsar a la transnacional Bechtel-Aguas del Tunari, visibilizando, de esta manera, la problemática acuífera a nivel nacional (Mamani Ramírez, 2004).

³⁶ Cabe mencionar que los distritos periféricos reciben menos recursos del Programa Operativo Anual (POA) que se referencian en el Plan de Desarrollo Municipal.

³⁷ Según información brindada por una autoridad de la empresa YPFB nacionalizada, hacia el año 2012 no se había realizado la instalación de red de gas domiciliario en los distritos más periféricos alteños. Esta situación impacta negativamente en la economía familiar. Según el ex director de Planificación de la Alcaldía de El Alto (2011), la garrafa tenía un costo de 21,50 bolivianos (3,12 dólares) y una familia tipo necesitaba entre dos y tres por mes. Mientras el servicio de gas domiciliario por mes poseía un costo de, aproximadamente, 30 bolivianos (4,35 dólares) en forma mensual.

calles desbordadas de basura y el río contaminado por la deficiencia del servicio, siendo un foco de enfermedades infecciosas.

Respecto al acceso a los equipamientos colectivos, El Porvenir está atravesando, desde fines del siglo XX, las experiencias de PSH que en el barrio 16 de Julio sucedieron en los inicios de su crecimiento (1950-1980)³⁸. Por ejemplo, las familias tuvieron participación en la construcción de la única escuela pública existente, llamada Simón Bolívar y fundada en el año 2004, a través del trabajo comunal de los habitantes organizados en su Junta Vecinal. Es interesante destacar que su construcción tiene un vínculo estrecho con la edificación de la iglesia, la que generó importantes problemas a nivel de las autoridades vecinales. Entre ellos, surgieron dudas alrededor de la gestión realizada por la jerarquía eclesiástica y la Junta Vecinal (de ese momento) en cuanto al destino de los terrenos originalmente propuestos para el emplazamiento de la escuela. Bajo las nuevas autoridades de la Junta Vecinal que emergieron luego de este conflicto, los vecinos se apropiaron de parte del terreno que estaba dentro de la muralla de la iglesia, y construyeron con el trabajo comunitario y los materiales brindados por la Alcaldía una cancha de fútbol. Esto último no sólo hace referencia a la disputa que existió con las autoridades eclesiásticas y al interior de las juntas vecinales, sino que además es un símbolo de reapropiación del territorio.

Luego, con el Proyecto PROPAIS³⁹ bajo el contexto neoliberal se recibió financiamiento para finalizar la construcción de la escuela. Cabe señalar que este Programa impulsó la utilización de mano de obra compuesta en su mayoría por los habitantes del barrio, a quienes se les brindó empleo temporal (e informal) y, una minoría fueron albañiles de las empresas locales contratadas para la gestión. Esto ilustra cómo la lógica política del gobierno local se puede amalgamar con la lógica de la rentabilidad generando precariedad laboral (Díaz, 2016).

De esta manera, el hábitat del barrio periférico se define por la supremacía de la formalidad urbana (respecto a la situación dominial) y una situación homogénea en cuanto a la precariedad de la vivienda y del entorno urbano. En otras palabras, la homogeneidad sociourbana interna (es decir su situación de segregación residencial

³⁸ Según las entrevistas realizadas, los habitantes del barrio 16 de Julio organizados en su Junta Vecinal colaboraron mediante el trabajo comunal en la edificación de la Escuela y de la Iglesia Santa María de Los Ángeles, fundada en la década de 1950. Seguramente hubo más prácticas de producción social del hábitat en este barrio en sus inicios, aunque, los materiales consultados no aclaran sobre este punto.

³⁹ Este proyecto se creó en el año 2004 bajo la presidencia de Carlos Mesa para la ejecución de pequeños proyectos de infraestructura vecinal, comunal y de equipamiento a través de entidades gubernamentales y no gubernamentales. Contó con recursos provenientes de los organismos internacionales de cooperación tanto de carácter bilateral como multilateral. Con este programa se construyeron aulas para la escuela, canchas de fútbol y una batería de baño.

según la definición operativa) con una fuerte predominancia de hogares de migrantes, trae consigo oportunidades desiguales de acceso a los servicios públicos, a las infraestructuras urbanas y a los equipamientos comunitarios.

En el barrio 16 de Julio también se halla una preeminencia de la formalidad urbana pero con una heterogeneidad de situaciones ya que coexiste en un mismo territorio lo precario (que es lo que prevalece sin distinción migratoria) y lo no precario; aunque en un entorno urbano de mayor consolidación “relativa”. Es decir, ostenta una mayor cobertura de cada uno de los servicios públicos básicos⁴⁰ en parte gracias al Programa estatal de Mejoramiento de Barrios (PMB) llevado a cabo bajo la gestión de Evo Morales, y la instalación de la red de gas domiciliaria que comenzó en el año 2004⁴¹. Aún así manifiesta rasgos de precariedad como un sistema de alcantarillado sanitario y de agua potable obsoleto e inadecuado a la cantidad de población que presenta el barrio y una carencia de alcantarillado pluvial (al igual que el resto de los barrios alteños).

La desigualdad socioespacial de los dos barrios estudiados (e incluso en el mismo barrio céntrico) es una muestra del desarrollo urbano desigual y combinado y de las oportunidades diferenciales de acceso a los bienes materiales de la ciudad. En síntesis, como analizaron Ramírez Corzo y Riofrío (2006) para el caso de las barriadas populares de Lima (Perú), se destacan los límites de la regularización dominial ante la inexistencia de una política urbana integral por parte del Estado. Es así como continúa una lógica “viviendista” (Coulomb, 2012) que no ataca el problema principal, en este caso, el déficit cualitativo.

Dinámica urbana -rural: prácticas plurilocales

En este escenario sociourbano desigual, cabe preguntarse por la relación de los hogares de migrantes de ambos barrios de la ciudad con sus comunidades rurales de origen. También, cómo ésta se articula con la posición de los principales sostenes del hogar en el mercado de trabajo y con la apropiación que hacen de sus lugares de residencia respecto a los usos del suelo urbano. Esto último tiene la intención de revelar una asociación entre dichas variables que no pretende agotar la explicación de este fenómeno.

La situación laboral de inestabilidad es, igualmente, uno de los factores más

⁴⁰ La recolección de residuos es diaria, el servicio de transporte funciona las 24hs., posee sus escuelas y clínicas de salud, entre otros equipamientos. Asimismo, en el 2013 gracias al PMB se cambió el enlosetado y empedrado por cemento rígido.

⁴¹ Post jornada de lucha de octubre de 2003, el Gobierno de Carlos Mesa definió como parte de su política la ampliación del uso y consumo masivo del gas natural en el mercado interno para lo cual emitió, el 5 de julio de 2004, el Decreto Supremo N° 27612.

importantes que explican los diferentes grados (según barrio) de interrelación de los migrantes con sus comunidades rurales; a través de sus movimientos pendulares y sus pluri o multilocalidad urbano-rural que, en muchos casos, indican una “doble (o pluri) residencia”. Se comprende a la plurilocalidad como una práctica que produce un tipo de movilidad circular y define un tipo de trayectoria residencial dado que los hogares poseen viviendas en un “aquí” y en un “allá”, intereses y responsabilidades- económicas, políticas y/o sociales- en los dos lugares, teniendo en cuenta sus distintas escalas territoriales (Díaz, 2020). En otras palabras, paradójicamente, esta inestabilidad/precariedad laboral de los hogares habilita/facilita la persistencia de ciertas dinámicas y estrategias de reproducción familiar comunitaria.

En El Porvenir, el 87,2% del total de los hogares con adultos nacidos en el campo regresan durante el año a sus comunidades de origen y, en el barrio 16 de Julio, el 50% de los mismos; en ambos casos para los momentos de la cosecha y la siembra⁴². Entonces, los migrantes del barrio periférico mantienen un hilo de continuidad con sus comunidades de origen no sólo en lo que respecta a los usos del suelo y sus prácticas sino fundamentalmente en la mayor intensidad de retornos constantes, manifestando en numerosos casos la presencia de la plurilocalidad.

Cabe aclarar que las comunidades rurales en Bolivia tienen la particularidad de comprender la propiedad colectiva de la tierra y solo su posesión familiar, además de contar con una específica organización social, económica y política. Esta última situación genera ciertas obligaciones como, por ejemplo, la participación en los momentos de cosecha y siembra, el ejercicio de cargos públicos, entre otras. En todo caso, su no cumplimiento pondría en riesgo la posesión de la parcela (además del prestigio comunitario).

En el barrio antiguo, entre los migrantes que regresan a sus comunidades, se encuentra una heterogeneidad de situaciones. No obstante, predominan aquellas familias que utilizan los productos agrícolas para potenciar o complementar su situación económica, dando cuenta de esa lógica mercantil simple presente entre los sectores populares. En sus palabras:

“Vamos a las comunidades de mi mamá y de mi papá, traemos papitas, cosechamos, vamos dos veces al año (...). Traemos la papa para comer, para vender, para comercializarlo, tenemos una pensión (un restaurante), para cocinar, para vender...”⁴³.

⁴² A partir de las entrevistas realizadas se pueden nombrar los siguientes factores para volver o no a la comunidad: la distancia o el tiempo de viaje, los conflictos familiares en torno a la subdivisión de las parcelas, y la aparición de los surcofundios (terrenos más pequeños aún que los minifundios debido a la constante subdivisión familiar de la parcela).

⁴³ Nelson, 32 años, residente del barrio 16 de Julio. Entrevista realizada en el marco del trabajo de campo doctoral entre los años 2010 y 2013.

En El Porvenir, las familias tienen la necesidad de esos productos para subsistir en la ciudad o como estrategia de reproducción mínima de las familias empobrecidas dada su inserción en empleos informales no consolidados (inestables). Ante la escasez de recursos económicos, mediante relaciones no mercantiles, se proveen de bienes para el consumo familiar. De este modo, los productos que reciben de la comunidad rural igualmente constituyen prácticas sociales de consumo -no mercantiles-utilizadas para la reproducción de los miembros del hogar. La siguiente cita es una muestra:

“Yo vuelvo a Los Andes, a veces sola, con mi esposo, a veces con mis hijos, a veces todos, a escarbar papa, me traigo papa, habas para comer para mis hijos. Yo ahorita tengo cinco hijos, cada dos meses, un mes, a veces de dos semanas yo voy a traer mi papita. Al pueblo de mi esposo no vamos, lejos es, al año una vez para semana santa. (...) Sí, tengo tierra en Los Andes, recién estamos terminando de repartir la tierra, dos están allá en el campo, y dos estamos acá en El Alto”⁴⁴.

Es así como una parte importante de la reproducción social se lleva a cabo en los intersticios o en el “subsuelo” del modo de producción capitalista dominante. Pese a esto, la problemática de la segregación residencial de los sectores populares es funcional a la acumulación capitalista periférica que se basa en un régimen de salarios bajos que gira alrededor de un proceso de reproducción social que no descansa solamente en la relación salarial propiamente dicha. Por consiguiente, se manifiestan las “contra-tendencias” al proceso de descampenización ya que los movimientos pendulares campo-ciudad generan una “re-campenización” continua que posee una intensidad desigual según localización. Esto se debe en parte a la dinámica urbana de la ciudad de El Alto y a las trayectorias migratorias de los hogares.

Conclusiones

Esta investigación cuestiona el discurso académico y oficial hegemónico sobre la presunta homogeneidad de la ciudad de El Alto. Los sectores populares no conforman un estrato social homogéneo, se encuentra una desigualdad en su interior vinculada con su inserción informal no consolidada. Además, la población aymara migrante (de origen rural) tampoco se distribuye en forma homogénea en la ciudad, sino que se concentra en la periferia presentando una fuerte cohesión y empobrecimiento. De este modo, en el barrio 16 de Julio la composición de la

⁴⁴ Nancy, 39 años, residente del barrio El Porvenir. Entrevista realizada en el marco del trabajo de campo doctoral entre los años 2010 y 2013.

población es netamente local (alteña o paceña), aunque pueda ocurrir que haya un porcentaje considerable que sean hijos o nietos de migrantes.

Al mismo tiempo, se pudo demostrar que la condición de segregación y precariedad residencial de la población del barrio periférico está asociada a la condición migratoria e indígena de los adultos del hogar y a un tipo de inserción laboral del considerado principal sostén del hogar. Esta situación no se encuentra directamente vinculada con el tipo de inserción en el mercado de vivienda/ tierra (formal/informal). De hecho, se demostró que la mera política de regularización de la situación dominial no produce la ansiada mejora del hábitat.

A pesar de considerar a la vivienda y al hábitat adecuado como un derecho humano en la Nueva Constitución Política del Estado de 2009 se carece de un Plan Nacional de Vivienda que apunte al déficit cualitativo, especialmente de las áreas periféricas, que es el principal problema de Bolivia. Es pertinente el desarrollo no sólo de políticas urbanas integrales por parte del Estado que prioricen el déficit cualitativo de la vivienda (y del hábitat) sino también de políticas que se enfoquen en una reestructuración del mercado laboral que combata las altas tasas de informalidad laboral reinante en un país con limitados recursos públicos. Esta cuestión abre la posibilidad de repensar no sólo la ciudad informal en América Latina sino también la relación entre la formalidad y la precariedad urbana.

Las desiguales situaciones de los barrios -respecto a la calidad de la vivienda, la cobertura de los equipamientos comunitarios, de infraestructura y de servicios públicos; en relación con la dinámica urbana, laboral, migratoria; y a las prácticas cotidianas de la población-responden a los distintos momentos de crecimiento urbano alteño que se vinculan con su antigüedad. Cabe preguntarse si esta desigualdad es un ejemplo del rol segregador (implícito) de las políticas públicas que se adaptan a esta dinámica urbana ya que, pese a las mejoras realizadas, las inversiones se siguen concentrando en los barrios de mayor densidad poblacional. Fundamentalmente, el desarrollo urbano del barrio (periférico) depende del trabajo de los vecinos (en el marco de disputas diversas) que dan sustento a la demanda por el “derecho a la ciudad”. Esta noción implica una multiplicidad de derechos incluso la reapropiación, mediante un control democrático y colectivo, de los procesos de urbanización y de la relación con la naturaleza (Harvey, 2012).

En el barrio periférico los migrantes aymaras despliegan múltiples estrategias de reproducción material de la familia en su vida cotidiana que recrea un paisaje rururbano en una ciudad que los relega a empleos no sólo informales sino inestables. Igualmente, se halló una intensidad desigual respecto a la relación de los migrantes con sus comunidades de origen. Es decir, los movimientos pendulares

campo-ciudad dependen de la localización y principalmente del tipo de inserción laboral de los hogares de migrantes. Este hallazgo puede ser el puntapié para analizar el proceso complejo y contradictorio de des(campesinización)-re(campesinización) constante tan propio de la región andina que contradice la visión acerca de un proceso de urbanización absoluto y sin contradicciones. Finalmente, cabe mencionar que, bajo la presidencia de Evo Morales, en el transcurso de los años posteriores a este estudio, se avanzó en la instalación de la red de gas domiciliario en El Alto y La Paz que se vio frenada con el golpe cívico militar del año 2019. Además, ocurrió la construcción del teleférico (2014), una nueva infraestructura de transporte que tuvo un impacto en la movilidad cotidiana y en el paisaje urbano. Estas cuestiones quedan pendientes para futuros abordajes.

Referencias

- Adad Torrico, A (2004), *La Paz: Proceso Urbano, Centro histórico y Espacio Social*. La Paz: Universidad Privada Franz Tamayo.
- Abramo, P (2012), "Producción de las ciudades latinoamericanas: informalidad mercado del suelo." En Cravino, M. C. (comp.), *Repensando la ciudad informal en América Latina*, pp. 199-232. Buenos Aires: UNGS.
- Albó, X (2006). El Alto: la vorágine de una ciudad única. *Journal of Latin American Antropology*, 11 (2): 329-350.
- Arbona, J. M (2008), "Eso es ser pobre e indio en este país. Repercusiones urbanas e implicaciones sociales de la discriminación y la exclusión: lecciones de El Alto, Bolivia." En M. Zabala Arguelles (Comp.), *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*, pp. 349-370). Bogotá: CLACSO.
- Ballivián, D (2009). *Estructura agraria boliviana*. La Paz: Plural ediciones.
- Arbona, J. M (2011), Ciudadanía política Callejera: articulación de múltiples espacios y tiempos políticos en La Ceja de El Alto. En Cielo, C. y Antequera Durán, N. (ed.). *La ciudad móvil: continuidades y articulaciones entre espacios urbanos y ajenos en Bolivia*. La Paz: PIEB.
- Cárdenas, R. et al. (2010), *Arquitectura emergente en El Alto. El fenómeno estético como integración cultural*. La Paz: PIEB-GMEAFAM Bolivia.
- Castells, M (1974). *La Cuestión Urbana*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Clichevsky, N. (2003), Pobreza y acceso al suelo urbano. Algunas interrogantes sobre las políticas de regularización en América Latina. *Revista Serie Medio Ambiente y Desarrollo* (75): 1-84.
- Coulomb, R (2012). Las políticas habitacionales de los estados latinoamericanos. *Seminario Taller Internacional Teorías sobre la ciudad*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Di Virgilio, M. M. (2008), Trayectorias residenciales en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina: los componentes de la movilidad residencial. *Cuadernos IPPUR*, 22 (2): 37-66.
- Díaz, M. (2016), La dinámica urbana y laboral de la ciudad de El Alto (Bolivia): entre el mercado y la producción social del hábitat. *Revista Población y Sociedad*, 23 (1): 45-77.
- Díaz, M. (2020), La movilidad de familias bolivianas en la Villa 20 (CABA, Argentina): problematizando la noción de plurilocalidad. *Revista Urbano*, 23 (41): 152-165.
- Dunkerley, J. (2003), *Rebelión en las venas*. La Paz: Plural editores.
- Durán, J.; Arias, K. y Rodríguez, M. (2007), *Casa aunque en la punta del cerro. Vivienda y desarrollo de la ciudad de El Alto*. La Paz: Fundación PIEB.

- García Linera, A. (2005), *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia. Estructura de movilización, repertorios culturales y acción política*. La Paz: Plural.
- Garfias, S. y Mazurek, H. (2005), *El Alto, desde una perspectiva poblacional*. La Paz: CODEPO-IRD.
- García Linera, A (2006), El “capitalismo andino amazónico”. Recuperado de <http://www.lemondediplomatique.cl/El-capitalismo-andinoamazonico.html>.
- García Linera, Á. (2008), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO.
- Guaygua, G. y Escobar de Pabón, S. (2008), *Estrategias familiares de trabajo e inserción laboral de los hogares*. Buenos Aires: Colección CLACSO-CROP.
- Harvey, D. (2012), *Rebel Cities. From the right to the city to the urban revolution*. Londres-Nueva York: Verso.
- Jaramillo, S. y Cuervo, L. (1993), *La urbanización Latinoamericana*. Colombia: Escala.
- Jaramillo, S. (2012), Reflexiones sobre la informalidad fundiaria como peculiaridad de los mercados del suelo en las ciudades de América Latina. En M. C. Cravino (Comp.), *Repensando la ciudad informal en América Latina*, pp. 149-197. Buenos Aires: UNGS.
- Katz, C. (2016), El subdesarrollo en los marxistas clásicos. *Revista Archivos del movimiento obrero y la izquierda*, 9 (5): 119-138.
- Mamani Ramírez, P. (2004), *El rugir de las multitudes. La fuerza de los levantamientos indígenas en Bolivia/Qullasuyu*. La Paz: Ediciones Yachaywasi.
- Massey D. y Denton, N. (1998), *The dimensions of residential segregation*. Social Forces, 67(2): 281-315.
- Mazurek, H. (2009), Lo urbano: la cristalización de lo social y de lo espacial. En F. Wanderley (Coord.), *Estudios Urbanos. En la encrucijada de la interdisciplinariedad*, pp. 27-56, La Paz: CIDES-UMSA.
- Neffa, J. C. (2010), Naturaleza y significación del trabajo/empleo precario. En M. Busso y P. Pérez (Coords), *La corrosión del trabajo. Estudios sobre la informalidad y la -precariedad laboral*, pp. 17-50. Buenos Aires: CEIL PIETTE- CONICET.
- Pelli, V. S. et al. (1994), *Reflexiones sobre la autoconstrucción del hábitat popular en América Latina. República de El Salvador*. Programa de Ciencia y Tecnología para el desarrollo (Red Cyted) XIV.B - Viviendo y construyendo. Autoconstrucción progresiva y participativa.
- Pirez, P. (2016), Las heterogéneas formas de producción y consumo de la urbanización latinoamericana. *Revista Quid* 16, (6): 131- 167.
- Portes, A. y Haler, W. (2004), *La economía informal*. Chile: CEPAL.

- Pradilla Cobos, E. (1986), Los límites del concepto proceso de urbanización. *Diseño UAM* 4 (1):24-35.
- Quispe Vilca, M. (2004), *De ch'usamarka a jach'amarka. Pequeñas historias contadas desde el alma misma de El Alto*. La Paz: Plural editores.
- Rojas, B. y Rossell, P. (2006), *Destino incierto: esperanzas y realidades laborales de la juventud alteña*. La Paz: CEDLA.
- Rodríguez, M. C.; Di Virgilio, M. M et al. (2007), *Producción social del hábitat y políticas en el Área Metropolitana de Buenos Aires: Historia con desencuentros*. Buenos Aires: IIGG-Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.
- Ramírez-Corzo, D. y Riofrio, G. (2006), *Formalización de la propiedad y mejoramiento de barrios: bien legal, bien marginal*. Lima: Desco-Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo/Programa Urbano.
- Rosell, P. y Rojas, B. (2006), *Destino incierto: esperanzas y realidades laborales de la juventud alteña*. La Paz: CEDLA.
- Salazar Antequera, G. (2001), *La vivienda social en Bolivia*. La Paz: Vamy Ediciones.
- Sandoval, G. y Sostres, F. (1989), *La ciudad prometida. Pobladores y organizaciones sociales en El Alto*. La Paz: ILDIS-SYSTEMA.
- Schteingart, M. (2001), *La división social del espacio*. Perfiles Latinoamericanos, (19): 13-31
- Smith, N. (2006). *La geografía del desarrollo desigual*. En B. Dunn y H. Radice (Org.), *100 years of permanent revolution: Results and prospects*, pp. 1-11. Londres: Pluto Press.
- Topalov, Ch. (1979), *La urbanización capitalista*. México: Edicol.
- Tornarolli, L. et al. (2012), *Exploring trends in labor informality in Latin America, 1990-2010*. Documentos de Trabajo CEDLAS, 159: 1-55.
- Yujnovsky, O. (1984), *Claves políticas del problema habitacional argentino 1955-81*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Aspectos materiales de la informalidad: el caso de las favelas de Río de Janeiro¹

Rafael Soares Gonçalves

Introducción

Los recursos disponibles en la ciudad no son distribuidos de forma equitativa. Los servicios colectivos como el agua, la electricidad y el transporte se entienden cada vez más como productos de mercado y no como un derecho de todos. La instalación y distribución de tales recursos son elementos intrínsecos de la propia urbanización y necesarios para la reproducción social de sus habitantes. Las formas de acceso, distribución y regulación de estos recursos están en el centro del proceso de producción del espacio urbano y directamente relacionadas con la noción de derecho a la ciudad (Lefebvre, 2001). Ese derecho presupone el acceso a los recursos urbanos, así como la capacidad de los habitantes de la ciudad de participar activamente en la producción de la ciudad como obra colectiva. En un contexto de privatizaciones generalizadas, es necesario concebir los recursos urbanos como bienes comunes y comprender las lógicas que determinan su regulación y uso (Ostrom, 1990).

La reflexión sobre la producción social del espacio nos permite entender que la ubicación privilegiada de un determinado lugar puede configurarse como un recurso en sí mismo, permitiendo un acceso potencial a otros recursos diferenciales. La configuración del espacio desempeña, de esta forma, un papel instrumental y político. El recurso procedente de un lugar concreto de la ciudad se traduce obviamente en términos económicos y es directamente apropiado, por ejemplo, por el mercado inmobiliario, que extrae su valor añadido de un lugar determinado. Así, los costos económicos de la vivienda son directamente proporcionales a su ubicación, lo que garantiza a los habitantes el acceso a los recursos urbanos. Como sostiene Kowarick (1975), en una sociedad de clases la oportunidad de obtener recursos escasos no se distribuye al azar.

En este contexto, el presente artículo pretende analizar el papel de la informalidad urbana en este proceso de configuración y acceso a los recursos urbanos

¹ Traducción del portugués por Marcos Burgos.

y, en última instancia, en la influencia de la informalidad en la producción del propio espacio urbano. La informalidad no debe entenderse necesariamente como algo irregular, ilegal, marginal o fuera del alcance del Estado, tal como lo estipulan los teóricos de la marginalidad (Harrington, 1963; Villar *et al.*, 1970 y Lewis, 1972)². Existe una larga literatura crítica de la asociación de la informalidad con la marginalidad (Nélisse y Moulin, 1994; Roy y AlSayyad, 2003; Jacquot *et al.*, 2016; Bautes *et al.*, 2016; Boudreau *et al.*, 2016; Macfarlane, 2016; Lussault, 2016; Gonçalves *et al.*, 2018 y Banks *et al.*, 2020). Estos estudios resignifican el papel mismo del Estado, que no está en absoluto ausente de los espacios informales y, en muchos casos, ha sido uno de los principales actores en el proceso de desarrollo y consolidación de estas áreas. Así, como subraya Haid (2017, 290), la informalidad debe ser analizada también y necesariamente como producción del Estado.

Del mismo modo, no hay una clara demarcación entre lo formal y lo informal. Según Jacquot y otros (2016), por ejemplo, el término informal no debe entenderse como un término negativo respecto a lo formal, lo que implica que no tiene forma y, por lo tanto, no tiene regla. Según Jacquot *et al.* (2016), lo informal parece mezclarse con lo formal, produciendo una variedad de regímenes de planificación y organización social de la ciudad según el grado de prácticas no estándar que contengan. En el mismo sentido, Banks *et al.* (2020, 224) subrayan la importancia de estudiar la informalidad no por sus lagunas en relación con lo que sería formal, sino por la capacidad de sus actores de seleccionar, en la propia informalidad, lo que puede serles ventajoso. Así pues, entender la informalidad como un lugar estratégico para el análisis crítico de los diferentes actores cuestiona las comprensiones dualistas -formales e informales- de esta realidad, además de permitir el intercambio continuo, fluido y variable entre lo formal y lo informal.

La informalidad también podría caracterizarse como un modo de producción espacial, una forma de planificación y ejercicio del poder y la regulación. No es necesariamente una organización extralegal (Roy, 2009b, 84), sino una que dialoga con las prácticas que el propio Estado despliega en sus márgenes (Das y Poole, 2004). Rolnik (2015, 217) corrobora parcialmente este pensamiento cuando sostiene que las categorías de posesión presentes en las zonas informales suelen ser parcialmente formales, reconocidas o legales, y generan zonas grises y distintas combinaciones de legalidad y formalidad. En la misma dirección, Lussault también indica que los espacios informales no carecen de orden y regulación (Lussault, 2016: 32). Esta imprecisión de categorías, como afirman Jacquot *et al.* (2016), se deriva principalmente de

² Existe una vasta y pionera literatura sobre las favelas de Río que critica las teorías de la marginalidad: Machado, 1967; Conn, 1969; Leeds y Leeds, 1978; Perlman, 1981 y Valladares, 2000.

las prácticas informales de los agentes públicos, que encarnan la regla e impregnan de su lógica al gobierno de la ciudad.

Defendemos aquí que la informalidad no es, por lo tanto, el gran problema urbano, locus por excelencia de la pobreza y la marginalidad. Tampoco defendemos que la informalidad sea la solución de la planificación urbana o un conjunto de prácticas necesariamente insurgentes. Este tipo de reflexión puede conducir a una generalización a veces superficial de tales prácticas. Ciertamente existen prácticas clientelistas y violentas, así como la apropiación privada de los recursos locales, en algunos casos mediadas por grupos mafiosos de todo tipo (Benmergui y Gonçalves, 2019), sabiendo, por supuesto, que tal realidad no es en absoluto una prerrogativa de los espacios considerados informales, ya que también se manifiestan en las llamadas áreas formales. Por lo tanto, debemos alejarnos de una comprensión dualista del concepto de informalidad urbana que la consideraría como un problema o como una solución. Por otro lado, debemos admitir que la informalidad es una realidad urbana y como defendemos aquí, tiene una función social.

En trabajos anteriores analizamos (Gonçalves, 2018) que las intervenciones públicas en las favelas de Río hasta finales de la década de 1970 se basaban en una especie de “tolerancia precaria” que admitía intervenciones esporádicas en estas zonas sin reconocerlas realmente. Esta tolerancia buscaba mantener los aspectos provisionales y precarios de las favelas que afectaban directamente a las cuestiones materiales de estos espacios. Aunque la precaria tenencia de la tierra de las favelas ha llevado históricamente a la estigmatización de sus habitantes (Santos, 1977), también ha desalentado el interés de los grandes grupos inmobiliarios por invertir en estas zonas. Así, la informalidad permitió el acceso a la ciudad a un gran contingente de población, que nunca pudo acceder a la vivienda, a menudo en los distritos centrales, a través del mercado inmobiliario formal o de las políticas públicas de vivienda social, que históricamente priorizan la producción de viviendas en zonas alejadas y aisladas, donde precisamente el acceso a ciertos recursos urbanos se ve comprometido. Como sostiene MacFarlane (2016, 66), las prácticas cotidianas, consideradas informales, pueden constituir en sí mismas recursos útiles que los individuos utilizan para llevar a cabo algunos de sus proyectos (MacFarlane, 2016, 66).

Aunque evitamos los discursos simplistas que necesariamente promueven la informalidad como la solución urbana para nuestras ciudades, este artículo es sin embargo provocador, ya que trata de entender cómo la informalidad puede significar, en ciertos contextos urbanos, un recurso en sí mismo, asegurando a sus residentes el acceso a diferentes recursos urbanos. Intentaremos analizar la informalidad como proceso y mostrar cómo impacta en los aspectos materiales reales de las fa-

velas. Las espacialidades diarias de los barrios informales, como subraya Macfarlane (2011, 659), reflejan el proceso de aumento de la vivienda a través de un proceso de sucesivas yuxtaposiciones de materiales e intenciones de sus habitantes.

Esta interpretación está en sintonía con la noción defendida por Carvalho (2015, 316) de los servicios de apilamiento. Al analizar la construcción de una capilla en la favela de Borel de Río de Janeiro, la autora observa que este espacio concentra y refleja una superposición de la presencia del Estado a través de servicios que a menudo ya no existen, pero que aún marcan el espacio y la memoria de los residentes. Para Carvalho (2015, 316), la noción de apilamiento sería un proceso de acumulación de prácticas sociales en el espacio. Sin embargo, la materialidad de las construcciones en las favelas obedece a una planificación, en la que interactúan los materiales y las intenciones de los diferentes actores locales, modulados por temporalidades variables y superpuestas. La imprevisibilidad de la vida gana contornos en lo construido y en lo que, por alguna razón, aún queda por construir. La producción del espacio urbano es a veces estable, a veces precaria, lo que pone de relieve, en la materialidad de estos lugares, continuidades y discontinuidades en la vida cotidiana de sus habitantes.

A partir de los diversos trabajos de investigación que hemos realizado en los últimos años en las favelas de Río de Janeiro y de una relectura de un artículo publicado anteriormente (Gonçalves, 2017), intentamos aquí analizar el despliegue material de las prácticas informales. La primera parte de este artículo se centra en cómo la informalidad permite prácticas de construcción más flexibles, modulando la vivienda según las necesidades de la familia a través de la autoconstrucción. El artículo analiza más adelante cómo la gestión informal de ciertos servicios colectivos puede a veces dar lugar a formas elaboradas de organización colectiva, más adaptadas a las demandas locales. En la última sección se abordará la delimitación oficial de las zonas de favelas mediante el estudio de la aplicación de medidas de exención de impuestos para los permisos comerciales en esas zonas. Si, por un lado, dicha legislación refuerza las representaciones negativas de las favelas y reproduce la comprensión de la favela como algo supuestamente transitorio, por otro lado, beneficia directamente a los que viven en las favelas con la exención de impuestos. Como veremos en los tres casos enumerados, los residentes adaptan sus prácticas informales a sus necesidades, lo que pone en tela de juicio la función social que ejerce la informalidad para garantizar a una parte considerable de la población de Río de Janeiro el acceso a la ciudad y sus recursos.

La autoconstrucción informal como recurso urbano

En Brasil, la autoconstrucción está directamente asociada a una de las facetas del desarrollo urbano. Maricato, citando a Francisco de Oliveira, explica que la autoconstrucción de viviendas ilegales provocó una reducción de los salarios. Según la autora, este aspecto revela que la modernización y el desarrollo capitalista serían tributarios de un modo de producción premoderno, o incluso precapitalista (autoconstrucción de viviendas) en una parte de la ciudad (Maricato, 2015, 26-27). La afirmación de que la autoconstrucción es un elemento específico del desarrollo urbano en los países en desarrollo no tiene en cuenta el hecho de que esta lógica también se ha manifestado en otros contextos. Es interesante observar que las diferentes formas de ocupación de la periferia de las ciudades europeas en los primeros decenios del siglo XX no fueron muy diferentes de las periferias brasileñas y latinoamericanas. En varias ciudades europeas también es posible percibir una situación precaria del suelo, diversas formas de negociaciones políticas para la consolidación de barrios periféricos y un amplio proceso de autoconstrucción de viviendas, como lo demuestran, por ejemplo, las obras de Vorms (2012) en Madrid, Fourcaut (2000) en París o Bartolini (2001) en Roma.

Desde el decenio de 1960, autores como Mar (1962), Mangin (1967) y Turner (1972) han considerado que la ocupación de zonas informales no es un obstáculo para la aculturación urbana ni siquiera una barrera para la movilidad socioeconómica, como sostienen los teóricos de la marginalidad. Según Turner (1972, 269), a menos que estas áreas estén cuidadosamente calificadas, es imposible proporcionar definiciones generales, como las asociadas a la cultura de la pobreza (Lewis, 1972). Sería un error, como sostiene Lussault, considerar a priori que los barrios informales son socialmente homogéneos (Lussault, 2016, 31). Dado que la ocupación de tierras se consideró históricamente ilegal, las viviendas construidas simplemente no tenían una existencia oficial y, en consecuencia, las autoridades no trataban a estos residentes como a los demás habitantes de la ciudad.

En este contexto, las movilizaciones políticas en las favelas de Río se han centrado, desde principios del siglo XX, en la lucha por la permanencia de sus habitantes. El objetivo principal de estas manifestaciones era la consolidación de las favelas en la ciudad. Las primeras asociaciones de residentes, que comenzaron a institucionalizarse en el decenio de 1920, se basaban en la cuestión de la instalación local de diversas mejoras (Gonçalves, 2018). La lucha por la vivienda estaba más relacionada con el mejoramiento local que con la lucha por la formulación de políticas públicas para la provisión de viviendas sociales, es decir, la ubicación era parte de la estrategia de inserción en la ciudad. No bastaba con luchar por una vivienda, sino por la vivienda y el lugar que ellos mismos construían.

Sin embargo, la mejora de las casas mediante la autoconstrucción gradual se vio comprometida históricamente por una política deliberada de “congelación urbana” (Gonçalves, 2012), que consistía en prohibir la mejora de las casas para mantener exactamente el aspecto precario y provisional de las construcciones, de modo que pudieran ser erradicadas en cualquier momento. Esto se manifestó, incluso, con la prohibición expresa de construir casas en mampostería (Gonçalves, 2018). Sólo en los años 1980, cuando se consolidaron finalmente las políticas de urbanización de las favelas, se generalizaron las construcciones más sólidas, estimuladas por la garantía de que sus viviendas ya no serían desalojadas³. Podemos utilizar la reflexión de Korling (2020, 25) para el caso de la ciudad africana de Niamey, cuando afirma que la estabilidad material en espacios considerados informales ofrece una importante sensación de seguridad, incluso con la ausencia de títulos de propiedad. En el caso de Río de Janeiro, la movilización política desde entonces ha priorizado la lucha por las mejoras y, más recientemente, contra la violencia policial en detrimento de las luchas por los títulos y, en última instancia, la formalización de estos lugares.

La descripción censal de las favelas nos permite entender la evolución material de sus construcciones. El censo de 1950 describió las casas de las favelas como “típicas chozas o cabañas de aspecto rústico, construidas principalmente con láminas de hojalata, y latas, tablas o materiales similares chapados en zinc” (Guimarães, 1953, 259). Esta descripción se reprodujo en el censo de 1960, mientras que el censo de 1970 actualizó los materiales de construcción de las viviendas. En lugar de las “láminas de hojalata y zinc” de los censos de 1950 y 1960, el censo de 1970 describe chozas con el uso principalmente de “láminas de metal, madera sin revestir, material de embalaje usado” (IBGE, 1970). Los aspectos materiales de construcción de las viviendas dejaron gradualmente de ser considerados como elementos diferenciadores de estos espacios y fueron excluidos de la definición de favelas a partir del censo de 1980. Esto probablemente refleja el aumento progresivo de las construcciones de mampostería en las favelas. A partir de entonces, las definiciones de las zonas de favelas se centrarán más en la descripción del espacio que en las unidades de vivienda, destacando siempre las supuestas carencias de las favelas en relación con el resto de la ciudad (Gonçalves, 2020).

En el contexto de una investigación realizada en 2012 sobre la relación entre los habitantes de una pequeña favela de la Zona Sur de Río de Janeiro y el Parque

³ Del informe del Instituto de Pesquisa de Mercado/IPEME (1957), Gonçalves (2018) muestra que muchas más favelas periféricas ya tenían un número importante de casas construidas en mampostería. La política pública de control de edificios variaba según el barrio en el que se encontraban las favelas, es decir, el control era mucho más rígido en las favelas situadas en los barrios más céntricos y nobles de la ciudad.

Nacional de Tijuca, pudimos seguir la lógica de la organización de la construcción de una casa familiar en esta favela. La historia de esta construcción aporta elementos interesantes para comprender esta acumulación de prácticas sociales en el espacio construido. La familia en cuestión era tradicional y muy conocida en la favela. La casa tiene un buen acabado interior y todavía mantiene una hermosa vista de los árboles, lo cual es raro en las favelas, que se han vuelto densamente pobladas en los últimos años, y en las que muchos edificios ya tienen varios pisos.

El uso de casas y habitaciones de alquiler se ha generalizado en la mencionada favela, sobre todo para satisfacer la gran demanda de estudiantes becados por una prestigiosa universidad cercana de la ciudad. Vivir en esta favela les ofrece no sólo la proximidad de la universidad, sino también el privilegio de vivir en la Zona Sur, cerca de la playa y de diversos recursos urbanos, como el transporte, el equipamiento sanitario, una gran oferta de trabajo y de ocio. Incluso con la presencia del tráfico de drogas y con el aumento de esta actividad en los últimos años, la favela todavía no se considera un mercado de drogas importante, especialmente cuando se compara con otras favelas del barrio.

Reanudamos el contacto con esta familia en julio de 2020 para ponernos al día sobre los avances en la construcción de la casa. María (nombre ficticio) nos dijo que su padre compró la tierra con “una choza” alrededor de 1960. Vivió en esta choza hasta principios de los años 1980. Sólo el baño y la cocina tenían partes de mampostería, el resto de la casa era de madera. Cuando llovía, podía ver el barro bajo las tablas de alguna manera, sin contar el viento que pasaba entre los huecos de las paredes. Su descripción de la casa se asemejaba a las definiciones del censo de 1970 mencionado anteriormente. María también nos dijo que sólo construyeron la casa en mampostería desde principios de la década de 1980, “después de Brizola”⁴. Nos dijo que la casa, como muchas de la favela, fue construida por el *mutirão* (Proyecto de Ayuda Comunitaria) con la participación de familiares y vecinos. Aún siendo la presidenta de la asociación de residentes, la madre de María fue presidenta de la asociación de residentes en los años 1980 y sólo se les permitió erigir un segundo piso en la favela, ya que estaban prohibidas las construcciones de mayor altura. Sin embargo, desde principios del decenio de 1990 este control ya no existía. Su padre decidió continuar la construcción de la casa con cuatro pisos (sótano, dos pisos y la losa).

⁴ Leonel Brizola gobernó el estado de Río de Janeiro por primera vez entre 1983 y 1987 y aplicó una serie de políticas destinadas a la urbanización y a la reducción de la violencia policial en las favelas. A pesar de las intervenciones concomitantes de otras entidades federales en las favelas, el gobierno de Brizola se asoció más fuertemente a las demandas populares, especialmente de las favelas. Las políticas de urbanización dieron a los residentes seguridad para invertir en la mejora de sus hogares.

Después de la muerte del padre de María en 2010 (su madre había muerto unos años antes), María y sus cuatro hermanos decidieron compartir la casa. Dos hermanas renunciaron a sus derechos porque ya tenían una casa. Una de las hermanas se hizo cargo del sótano y lo vendió. María cedió el primer piso - donde ya vivía con su familia, ya que cuidó de su padre en su vejez- a su hermano, que tenía dificultades para subir las escaleras. Se quedó con el segundo piso de la casa, que aún no había sido terminado internamente. Como se suponía que debía terminar el trabajo, se le dio el derecho de usar la losa del tercer piso. María decidió cerrar la escalera interna de la casa y reconstruyó un acceso a través del patio trasero, creando una entrada exclusiva a su casa en el segundo piso. Como creyó que la estructura de toda la construcción podría dañarse si se construyese un piso más en la losa, decidió hacer un área abierta para asados con una pequeña habitación para alquilar, pero sin una nueva losa. Después de algunos años de construcción intermitente, la pareja se mudó a un barrio lejano debido a las demandas de trabajo y los temores con el aumento de los conflictos entre la policía y el tráfico de drogas. Continúan usando la casa ocasionalmente, pero el trabajo de construcción se ha paralizado por el momento.

Podemos ver que toda construcción está puntuada por la disponibilidad de recursos financieros y nuevas necesidades que pueden variar con el tiempo. No se trata exactamente de hacer una etnografía de la lógica y las estrategias de construcción en las favelas. Muchos autores como Cavalcanti (2009) ya se han dedicado a ello. La autora afirma que desde el comienzo de los proyectos de urbanización de las favelas a principios del decenio de 1980 se ha producido un auge de la construcción en las favelas con un fuerte aumento del mercado inmobiliario informal. Argumenta que la autoconstrucción de viviendas es un hecho social total, es decir, es una clave analítica para entender la realidad social actual de estos espacios. En términos jurídicos, Conn (1969), Santos (1977), Franco (2012) y Magalhães (2013) han hecho importantes contribuciones a la comprensión de las formas de gestión jurídica en las favelas de Río. Como se puede observar en las obras citadas, las prácticas informales son complejas, menos institucionalizadas y más adaptadas a las necesidades de los residentes.

En el caso mencionado, las prácticas informales permitieron compartir la propiedad, concedieron la posibilidad de obtener ingresos adicionales a la familia para el alquiler y, por último, ampliaron la oferta de viviendas más asequibles en zonas privilegiadas de la ciudad. Podemos, por supuesto, cuestionar la gestión de estas áreas a lo largo del tiempo. La expansión del mercado inmobiliario informal en los últimos años ha traído consigo una dinámica bastante distinta de los mutirões

citados por María, lo que a veces provoca una concentración de los bienes inmuebles en manos de ciertos grupos privilegiados, a menudo con relaciones ambiguas con los grupos mafiosos locales (Benmergui y Gonçalves, 2019). De la misma manera, el control ejercido por la asociación de residentes sobre el número de pisos ya no se observa, como nos describió María. Si la construcción vertical de viviendas mantiene la oferta de viviendas relativamente más accesible, por otro lado, provoca una intensa densificación del entorno construido, lo que puede tener repercusiones en la salud de los residentes, como se observó durante el debate sobre la pandemia de coronavirus en las favelas. Finalmente, el proceso de construcción de la casa de María y, más ampliamente, la propia lógica de autoconstrucción de la vivienda, dialoga con la reflexión de Macfarlane (2011, 651) sobre la espacialidad de la vivienda, cuando afirma que la ciudad no es sólo el lugar habitado, sino que se produce mientras está habitada.



Imagen 1. Nuevo piso de favela, Rio de Janeiro, febrero 2015, Fotografía del autor

Redes informales de acceso a los servicios comunitarios

La informalidad se convierte, según Roy (2009a, 826), en un modo de subjetividad, una forma inteligente de operar en las ciudades con pocos recursos. Además de un conjunto de acero y cemento, la infraestructura debe ser entendida como un campo de acción y consolidación de las redes sociales. Las ofertas de servicios alternativos suelen desarrollarse en los intersticios del servicio del operador oficial o incluso en la denegación del servicio de ciertos grupos, ya sea por cuestiones

económicas o porque están asociadas con la ilegalidad. A pesar de cierto grado de normalización mediante la reproducción de comportamientos similares, las prácticas informales de prestación de servicios colectivos siguen siendo heterogéneas y a menudo todavía artesanales (Jaglin y Zérah, 2010, 16).

Alain (2011, 380) subraya la importancia de una nueva reflexión sobre la economía informal, una reflexión que permita verla más allá de una mera práctica desorganizada como se describe clásicamente. El autor trata de comprender las prácticas informales en el ámbito de la gestión adaptativa e integrada, según el pensamiento de los ecologistas canadienses Crawford Stanley Holling y Carl Walters, que se basa en el concepto central de la resiliencia. Guha-khasnobis, Kanbur y Ostrow (2006, 2), a su vez, informan de que la idea de trabajar con arreglos oficiosos desde la perspectiva de los regímenes de propiedad común surgió durante el decenio de 1990. Además, en términos de discurso político, la asociación de la informalidad con el caos y la desestructuración ha sido una fuerza poderosa para todo tipo de intervenciones que han conducido repetidamente a resultados desastrosos (Guha-khasnobis *et al.*, 2006, 7).

Describiremos brevemente la experiencia reciente de acceso al agua en la favela de Formiga, situada en la parte norte de la ciudad⁵. El problema de suministro de agua en Río de Janeiro es antiguo y la población siempre ha sufrido la falta de un sistema de calidad, especialmente la población más pobre. El agua es un elemento central de la vida y la lucha por obtenerla forma parte de la vida cotidiana de los habitantes de las favelas de Río. Dada la prohibición de conectar las casas de las favelas a la red pública hasta el decenio de 1980 por estar situadas en zonas consideradas ilegales, la movilización de las comunidades de las favelas se ha centrado históricamente en la instalación de fuentes de agua (Gonçalves *et al.*, 2015). Estas fuentes de agua se convirtieron en lugares centrales en las favelas donde los residentes venían a buscar agua varias veces al día y donde las lavanderas pasaban el día trabajando. La instalación de fuentes de agua fue una forma de que los poderes públicos prestaran un servicio colectivo sin reconocer oficialmente estos espacios, configurando lo que anteriormente hemos llamado la política de tolerancia precaria de las favelas (Gonçalves, 2018).

Además de las formas de acceso al agua descritas anteriormente, en las favelas ya existían varios sistemas cooperativos de recogida y distribución de agua en el

⁵ En 2014 y 2015, entrevistamos a varios residentes de esta favela y seguimos las reuniones mensuales y las diversas actividades realizadas por la Sociedade da Água Bela Vista. Esta favela tiene docenas de sociedades de agua, que recogen el agua del Parque Nacional de Tijuca y la distribuyen a sus miembros. La Compañía Bela Vista tiene quince miembros y existe desde 1949.

período de posguerra, como se afirma en Leeds y Leeds (1978a, 115). En las favelas situadas en torno a la Serra da Carioca, muchos sistemas de recogida de agua en la Floresta de Tijuca fueron instalados por los propios residentes (Silva, Gonçalves y Sánchez, 2018). En cuanto a la falta de agua, organizaron las llamadas Sociedades del Agua, que son “grupos de personas que se reunían alrededor de un manantial, cuya agua dividían, cuidando de ella y del suministro a los miembros” (Pandolfi y Grynszpan, 2003, 13).

En el caso de la favela de Formiga, como había numerosos manantiales en la colina, los residentes los buscaban en el bosque y quien los encontraba primero adquiría el derecho a utilizarlos. Existen numerosas sociedades de agua, con un número variado de miembros y un mayor o menor grado de organización interna. Colectivamente, estas sociedades recogen agua en el bosque, construyen un depósito y desde allí el agua se distribuye a las diferentes casas de los miembros⁶. También son responsables del mantenimiento de estas redes alternativas de distribución de agua. Aunque también hemos observado algunos casos de recolección privada de manantiales en el parque de Tijuca e incluso la comercialización del servicio de abastecimiento en la favela, la gran mayoría de las redes existentes son individuales o son redes asociativas colectivas en el formato de sociedades del agua.

Un ejemplo es la Sociedade de água Bela Vista, creada ya en 1949. Los residentes se reunieron y adquirieron todo el equipo necesario para la construcción del embalse y la red⁷. Esta sociedad, junto con varias otras de la favela de Formiga, sigue funcionando hoy en día y suministra agua a varias casas, incluso después de que la red oficial de suministro de agua fuera instalada por la Compañía Estatal de Agua y Alcantarillado (CEDAE) durante el decenio de 1980. En los años 2014 y 2015 participamos en diversas actividades de la sociedad, como reuniones mensuales, limpieza anual del embalse, actividades periódicas de mantenimiento de la red de agua y la barbacoa de fin de año. Las reuniones tienen lugar cada segundo domingo del mes, a las 8 de la mañana. La presencia de los miembros está estrictamente controlada por la suscripción obligatoria al libro de actas. El libro también informa de las cuentas de la sociedad, con las cantidades recaudadas y los gastos con la compra de materiales para llevar a cabo el trabajo de mantenimiento de la red. En caso de ausencia de uno de los miembros sin una razón válida, se puede imponer una multa⁸. Además, los

⁶ Los residentes usan el término “sociedad” pero son más como asociaciones sin fines de lucro.

⁷ Entrevista con el señor Francisco, residente en el Morro da Formiga y miembro más antiguo de la Sociedade Bela Vista (agosto de 2015).

⁸ Las razones válidas para la ausencia son la enfermedad o el trabajo. Los miembros deben notificar su ausencia con antelación.

miembros deben estar preparados para participar personalmente en la labor de mantenimiento de la red, así como en el lavado anual del depósito durante la reunión de octubre. El mantenimiento de la red colectiva comprende las tuberías, que conectan la fuente de la sociedad en el bosque con el depósito de la sociedad, ya situado cerca de las casas de la favela⁹. El mantenimiento de las tuberías que conectan cada casa con el depósito es responsabilidad de cada miembro.

Las reuniones de la sociedad son un espacio mayoritariamente masculino, pero también participamos en reuniones con mujeres. Ninguna de las reuniones a las que asistimos contaron con la participación de los 15 miembros. Además de participar en la reunión mensual y de colaborar en el trabajo colectivo de mantenimiento del sistema de agua, cada miembro debe pagar una cuota, que en 2015 ascendía a los 5 reales. Siempre existe la amenaza de cortar el “pico”¹⁰ (el acceso de la tubería del miembro al depósito de la sociedad) para aquellos que no cumplen con estas obligaciones, pero nunca presenciamos el corte y nos parece que esta amenaza es otro recurso para forzar la participación sin ser una amenaza concreta. La Sociedad Bela Vista no acepta más de 15 miembros. Sin embargo, es posible vender un pico. Fuimos testigos en una de las reuniones de la admisión de un nuevo miembro que compró el derecho a usar la tubería de agua de otro miembro a un costo de 2,500 reales. De esta manera, puedes vender tu acceso al agua sin vender tu casa o viceversa. Sólo conduce la tubería desde el depósito hasta el nuevo hogar. Esta realidad aporta particularidades al paisaje de la favela, ya que es común ver un enredo de tuberías que cortan la favela, muchas incluso aéreas como cables de electricidad.

El saldo de las contribuciones mensuales se utiliza al final del año para un asado. De esta manera, la caja de la sociedad se vacía cada año. Durante las reuniones a las que asistimos, notamos una creciente preocupación por la escasez de agua. Durante el largo período de sequía de 2014/2015, los residentes destacaron la importancia de utilizar el agua con moderación, controlar el consumo y vigilar estrictamente el desperdicio de agua por parte de los miembros. Observamos un notable esfuerzo colectivo para gestionar un recurso escaso ante la disminución de las precipitaciones durante estos años, lo que habla de la crítica de Ostrow (1990) a la tragedia de los comunes (Hardin, 1968).

La organización de los participantes de la sociedad del agua de Bela Vista demuestra un alto nivel de conocimientos técnicos en la construcción de la red, así como una organización compleja para su gestión. Por lo tanto, se trata de un esfuer-

⁹ La fuente de la sociedad Bela Vista no está lejos de la favela. Sólo se tarda unos diez minutos de caminata desde la reserva de la sociedad. Se encuentra en la parte alta de la favela, al principio del bosque.

¹⁰ “Bico” en portugués.

zo colectivo para el suministro de agua, cuyo costo se limita al mantenimiento de la red, sin ninguna mercantilización del servicio. La informalidad aquí ha permitido el acceso a recursos que históricamente han sido negados o precariamente ofrecidos a los residentes de las favelas. Cabe destacar el esfuerzo de los residentes por mantener el buen funcionamiento de estas redes alternativas, incluso después de que las casas se conecten a la red pública. La CEDAE (Compañía Estatal de Aguas y Desagües) construye embalses en la cima de las colinas, lo que requiere la instalación de bombas para elevar el agua de la red pública a estos embalses. El mantenimiento realizado por el CEDAE o, a veces, por el propio Ayuntamiento es extremadamente deficiente. Los residentes nos han dicho que reparar la bomba de agua puede llevar días, incluso semanas, lo que afecta al suministro de agua de las casas. La precariedad del acceso al agua se ha citado a menudo como uno de los mayores desafíos para prevenir el coronavirus, como lo es el exigir medidas de limpieza con acceso intermitente al agua. Así, ser miembro de una sociedad de agua es la garantía de que no haya escasez de agua.

Además de este aspecto concreto, observamos que el fuerte compromiso de los residentes con el mantenimiento del funcionamiento de la sociedad revela la importancia de estas redes informales como una organización de prácticas sociales. Las reuniones mensuales, las tareas de mantenimiento de la red, el lavado de los depósitos o las barbacoas de fin de año marcan la vida cotidiana de los residentes. La materialidad de las tuberías de agua acumula prácticas sociales y no sólo el agua corre a través de ellas, también memoria y saberes locales. Los residentes nos han revelado la dificultad y la angustia de no poder involucrar a sus hijos en la gestión de las sociedades del agua. Algunos de ellos admitieron que sus hijos probablemente no sabían por dónde pasaban las tuberías de agua. Explicaron que, tras la llegada del agua de la CEDAE en la década de 1980, las generaciones más jóvenes ya no comprendían la dificultad de instalar una red de agua. Las redes informales de agua en la Favela da Formiga reflejan la importancia de la materialidad en la constitución de la vida cotidiana y las prácticas sociales locales. Como señala Macfarlane (2011, 660), la producción de viviendas y su espacialidad enfatiza la relación entre los aspectos materiales y la agencia de los residentes en la producción de la ciudad. La lucha por proporcionarse/abastecerse/hacerse a este recurso ha forjado la sociabilidad local, las redes vecinales e incluso la lógica de la planificación de las favelas. Como sostiene Korling (2020, 25), la materialidad de la infraestructura no sólo desempeña un papel central en la producción del espacio urbano, sino también en la mediación de las subjetividades políticas.



Imagen 2. Lavado anual del depósito de aguas, Río de Janeiro, octubre de 2014. Fotografía del autor

Definición espacial de los lugares informales

La política de zonificación tiene como objetivo definir usos y funciones específicas para los diferentes espacios urbanos. Sin embargo, como sostiene Melé (2011, 19), las categorías introducidas por las calificaciones jurídicas no provienen del espacio y sus cualidades, sino de las categorías de acción y del propio derecho como sistema de calificación. Este sistema de calificación se basa, a su vez, en las decisiones de los órganos administrativos para definir los límites, los usos y el contenido de la zonificación. Si la zonificación termina por conformar los espacios, las prácticas sociales a menudo se resisten y subvierten las funciones definidas por la zonificación. Sobre la base de una investigación realizada en 2013 acerca de la regulación del comercio en las favelas de Río de Janeiro, en esta última parte del artículo se aborda la cuestión de la concesión de exenciones de licencias para establecimientos comerciales en las zonas de favelas, lo que conlleva la dificultad material de demarcar los límites entre lo formal y lo informal. La calificación legal de las favelas como espacio informal puede paradójicamente asegurar recursos para los residentes de las favelas.

Aunque considerado ilegal y sujeto a políticas de urbanización, el gobierno del entonces Estado de Guanabara promulgó el Decreto 1.668 de 8 de mayo de 1963, que fue el primer intento de regular las actividades comerciales dentro de las favelas. Se constata aquí la paradoja del intento de los poderes públicos de formalizar esas actividades sin reconocer los espacios donde se llevaron a cabo. En el preámbulo de este decreto se lee:

“A medida que las comunidades de las favelas crecían, se establecieron en su interior diferentes lugares para la venta de productos o servicios que, al igual que la vivienda, contradecían o ignoraban las leyes y ordenanzas a las que debían someterse. Estas biroskas —el nombre dado a las cantinas, botequines, tabernas, construidas en las favelas— presentan diferentes formas de comercio, totalmente en desacuerdo con las normas y posturas del Estado. La inspección no se lleva a cabo en tales actividades porque se teme dar legitimidad a los servicios instalados de manera irregular. Es como si no existieran. Sin embargo, miles de biroskas sirven a una gran parte de la población y compiten con el comercio legalizado. Su movimiento de venta representa una parte considerable de las operaciones de este tipo y se practica, sin ninguna razón válida, con exención tácita de impuestos. Por otro lado, la gente que trabaja en ellos no tiene ninguna garantía”.

Al tiempo que subrayaban la importancia económica de estas actividades y la posibilidad de obtener considerables contribuciones fiscales mediante la tributación de estas actividades, las autoridades trataron de evitar todo reconocimiento oficial de las mismas, lo que llevó a una compleja maniobra jurídica, como lo demuestra la siguiente conclusión en el preámbulo del citado decreto:

“Es cierto que, sin admitir la regularidad de dicho comercio, el Estado no puede ignorarlo. Puede y debe, en beneficio de la población, especialmente de quienes la utilizan directamente, orientar, inspeccionar y gravar los actos de comercio que atañen a aproximadamente un tercio de la población del Estado”.

Con el fin de conciliar la recaudación de impuestos por parte de los poderes públicos y la negativa a reconocer legalmente este comercio, el artículo 1.1 del decreto mencionado emprendió un verdadero “bricolaje jurídico”, ya que establecía que toda licencia comercial concedida a los comerciantes sería “sobre una base precaria por tratarse de una favela”. Así, la imposición de una calificación jurídica de una determinada zona como zona de favelas constituía una realidad jurídica sui generis, ya que la propia informalidad se oficializaba con repercusiones concretas en las prácticas sociales y políticas de esas zonas, reafirmando una vez más la noción de precariedad vinculada a las favelas. Esta situación precaria de las licencias municipales para actividades económicas continúa increíblemente hasta el día de hoy, como demostraremos más adelante, a través de la evolución de la legislación sobre el comercio en favelas.

El Decreto Municipal n° 15.214, de 25 de octubre de 1996, reglamentó nuevamente el comercio en las favelas y determinó que, en esos espacios, “el Permiso de Autorización Especial se otorgará siempre en forma precaria y podrá ser revocado o cancelado en cualquier momento por razones de conveniencia y oportunidad o en caso de funcionamiento en contravención de la legislación vigente” (Artículo 6). Además de subrayar el poder discrecional del municipio, este decreto reforzó el mismo carácter precario y provisional de los permisos comerciales en las favelas. La Ley Municipal n° 2960, de 30 de diciembre de 1999, definió a su vez que la licencia de establecimiento y funcionamiento de actividades económicas en las favelas se concederá de forma precaria, al igual que el artículo 21 del Decreto Municipal n° 18.989, de 25 de septiembre de 2000, en el que se especifica que se concederá un permiso especial siempre que se considere precario un determinado tipo de licencia debido a la naturaleza de la ocupación -como las favelas, por ejemplo- o de la actividad.

Algunos años más tarde, el Decreto n° 25.536 del 12 de julio de 2005 definió los procedimientos y autorizó la aplicación de la exención de la Tasa de Licencia de Establecimiento relativa al ejercicio de actividades económicas en las favelas. El artículo 2 del citado decreto establece que, tras analizar los documentos exigidos por la ley, las Inspecciones Regionales de Concesión de Licencias e Inspección deben conceder la Licencia de Autorización Especial con exención de la Tasa de Licencia de Establecimiento para las propiedades situadas en las favelas. El único párrafo de este artículo establecía que:

“Cuando exista incertidumbre sobre la ubicación de un establecimiento en una zona de favelas, antes de la decisión sobre la concesión de que se trate en el caput (parágrafo inicial del artículo de una ley), la Coordinación de Licencias y Supervisión consultará con el órgano competente de la Secretaría Municipal de Urbanismo para obtener la información correspondiente”.

Más recientemente, el Decreto n° 35.388, de 3 de abril de 2012, modificó el Decreto n° 29.881, de 18 de septiembre de 2008, y estableció que todas las licencias en favelas se efectuarán mediante el otorgamiento de una Licencia de Autorización Especial, debido a la precariedad de la ocupación. También estableció, en el artículo 38, que el permiso concedido en los barrios de favela no implica el reconocimiento de la regularidad del establecimiento en cuanto a las normas aplicables a su funcionamiento, la ubicación del inmueble o las condiciones del edificio. Como puede observarse, se mantuvo el mismo “bricolaje legal”. Los poderes públicos, como lo demuestra la legislación mencionada, regulan las actividades económicas, actuando en el ámbito de la informalidad.

Nuestra investigación sobre el comercio en favelas tenía por objeto comprender los obstáculos para la formalización de ciertas actividades económicas en las favelas a través de la condición de Micro Emprendedores Individuales (MEI). Los MEI son autónomos que se formalizan como personas jurídicas, pueden emitir facturas hasta un cierto valor/año y tienen un régimen fiscal extremadamente ventajoso. Aunque algunos MEIs en favelas pueden emitir facturas, observamos que el elemento predominante para constituir un MEI es el acceso a los derechos jubilatorios a un costo extremadamente bajo. Para constituirse como MEI, es necesario obtener una licencia municipal de actividades económicas, que, como se ha dicho, exentas los residentes en las zonas de favelas.

Cabe señalar que la legislación comercial mencionada anteriormente no utiliza la zonificación de las Zonas de Especial Interés Social (ZEIS)¹¹, que están delimitadas en el espacio cuando fueron creadas por la municipalidad. El uso impreciso de zonas de favelas a veces necesita ser mejor pensado en términos espaciales, es decir, indicado de manera más objetiva cada vez que se aplica. Estos son obviamente espacios con contornos muy variados. Algunos de los micro-emprendedores que entrevistamos, que consideraban que su establecimiento estaba situado en zonas de favelas, se sorprendieron con la información del municipio a petición suya de que la dirección investigada “no estaba situada en una favela”. En algunos casos, en un lado de una calle en particular se consideraba una zona de favela, mientras que el otro no lo era. Muchas de esas zonas no se consideran favelas en la zonificación oficial, pero cuando los inspectores de la ciudad las visitaron se comprobó que no presentaban ninguna distinción morfológica o socioeconómica con respecto a las zonas consideradas como favelas.

Aunque los límites mencionados formales entre las favelas y los barrios formales se identifican más fácilmente en las zonas más ricas de la ciudad, esta situación difiere considerablemente en las favelas más periféricas. En estos espacios, la materialidad de los edificios y las prácticas sociales son similares entre las favelas y los barrios adyacentes, y a menudo las áreas de las favelas tienden a extenderse a zonas que antes se consideraban formales. La exención fiscal de las licencias se refiere únicamente a las actividades comerciales en los espacios de favelas. Así, paradójicamente, para los microemprendedores individuales, el hecho de estar ubicados en

¹¹ Las Zonas Especiales de Interés Social (ZEIS), también llamadas Áreas Especiales de Interés Social (AEIS), son zonas delimitadas en el territorio de una ciudad, para asentamientos de viviendas de población de bajos ingresos (existentes o nuevos). Deben estar previstos en el Plan Director de la ciudad y demarcados por su propia legislación. Como permiten una flexibilidad en la legislación urbanística de las zonas así demarcadas, las favelas que son objeto de políticas de urbanización suelen registrarse como AEIS para iniciar las obras públicas.

una favela les daría la exención de obtener la licencia municipal, que no obtendrían en un barrio considerado formal.

Algunos interlocutores nos dijeron que sólo se dieron cuenta de que estaban en un barrio oficialmente formal cuando recibieron la negativa del ayuntamiento a conceder la exención de la licencia, ya que, por la zonificación, estaban oficialmente en un barrio oficial. Aunque está espacializada, la informalidad es dinámica y debe considerarse como una práctica y no como espacios rígidamente delimitados. Estas prácticas, por supuesto, no sólo tienen lugar en espacios específicos, sino que también producen lugares específicos (MacFarlane, 2016, 71 y Boudreau *et al.*, 2016, 10). Como lo analizan Boudreau y Davis (2017, 158), los espacios informales ya no deben entenderse como objetos esenciales, sino que deben entenderse en el contexto de procesos relacionales que articulan actores, espacios y temporalidades.

En el caso de las licencias comerciales en las favelas, observamos, por lo tanto, la dificultad de aprehender el dinamismo de la producción espacial a través de estas prácticas informales. Como señala Lussault (2016, 28), la informalidad no es un subsistema marginal dentro del sistema urbano, sino más bien un modo normal de producción, organización y funcionamiento del mundo contemporáneo. La informalidad, añade el autor, permite dar respuestas adecuadas y (relativamente) satisfactorias a las necesidades de muchas personas, y no sólo de las más desfavorecidas (Lussault, 2016, 28).



Imagen 3. Conjunto de Favelas del Alemão, julio de 2013. Fotografía del autor

Conclusión

La informalidad, como tratamos de demostrar brevemente en este artículo, tiene una función social y puede ser un elemento importante en el acceso a los recursos urbanos. La yuxtaposición de los materiales e intenciones de los autores, mediada por temporalidades variables, conforman el espacio. En el caso de las favelas de Río, la informalidad puede permitir el acceso a zonas privilegiadas de la ciudad, lo que no sería posible mediante políticas de mercado o estatales. También permite una lógica más funcional adaptada a las necesidades de los residentes y es, indirecta y paradójicamente, un recurso para que los residentes accedan a la ciudad. Las campañas internacionales para combatir las favelas¹² pueden estimular tanto la erradicación como la “inclusión”, mediante la regularización de las tierras, a través del mercado de esas zonas. Lo que buscamos reforzar aquí es que las favelas no pueden ser entendidas como algo a ser eliminado o suplantado como una simple etapa de una supuesta evolución urbana. Las favelas son parte de la historia de la ciudad de Río de Janeiro y ciertamente de su futuro. Las políticas públicas en estos espacios son tan necesarias como urgentes, pero deben partir de una reflexión más detallada sobre las prácticas que compensan sobre el terreno la falta de infraestructuras y de un marco jurídico que garantice el derecho a la ciudad.

La informalidad en sí misma no es el elemento para combatir y las políticas públicas pueden mejorar las condiciones de vida en estos barrios. Los esfuerzos por formalizar las actividades económicas o la regularización de tierras deben comprender la complejidad de la informalidad. Nos basamos en la reflexión de Turner (1972, 274), argumentando que las políticas públicas relativas a los espacios informales deben tener un corte heterodoxo, es decir, que dichas políticas no deben suprimir lo que la población hace por iniciativa propia ni suplantarlo. En cambio, deberían promover un diálogo crítico con esas iniciativas, basado en el inmenso recurso que representan.

¹² Véase, por ejemplo, la campaña Cities without slums, que cuenta con el apoyo de las Naciones Unidas. Véase: <http://www.citiesalliance.org/cws-action-plan>

Referencias

- Allain, S (2011), "Introduction". *Natures Sciences Sociétés*, 19: 379-381.
- Banks, N.; Lombard, M. y Mitlin, D (2020), "Urban Informality as a Site of Critical Analysis", *The Journal of Development Studies*, 56: 223-238.
- Bartolini, F (2001), *Roma borghese: la casa e i ceti medi tra le due guerre*. Roma: GLF Editori Laterza.
- Basudeb, G-K; Kanbur R. y Ostrow E., (2006), "Beyond informality and formality." En Basudeb, G-K; Kanbur R. y Ostrow E. *Linking the Formal and Informal Economy: Concepts and Policies*pp. 1-18, New York: Oxford University Press.
- Bautès, N.; Morelle, M. y Feltran, G (2016), "Espaces urbains et informalité politique au Brésil." *Revue Confins*, 28.
- Benmergui, L. y Gonçalves, R. S (2019), "Urbanismo Miliciano in Rio de Janeiro", *NACLA Report on the Americas*, v. 51, nº4, 2019, p.379-385.
- Boudreau, J-A y Davis, D (2017), "Introduction: A processual approach to informalization", *Current Sociology Monograph*, 65: 155-161.
- Boudreau J.-A.; Lesemann F. y Martin, C. (2016), "Présentation: l'État en processus d'informalisation." *Lien social et Politiques*, 76: 3-23.
- Carvalho, M (2015), "A transformação da política na favela: desconstruindo a "ausência do Estado", *Revista Antropolítica*, Nº38, p.299-319.
- Cavalcanti, M (2009), "Do barraco à casa. Tempo, espaço e valor(es) em uma favela consolidada." *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 24(69): 69-80.
- Collectif Inverses (Morelle M.; Jacquot S.; Tadie J.; Bautès N.; Bénit-Gbaffou C.; Maccaglia F.; Riveleis J.y Sierra, A.) (2016), "L'informalité politique, en ville. 8 chercheurs et 9 villes face aux modes de gouvernement urbain." *Espace Politique*, 29.
- Conn, S (1969), *The squatters' rights of favelados*. CIDOC (Centro Intercultural de documentacion). Cuernavaca.
- Cunha, M.-I. da (2006), "Formalidade e informalidade. Questões e perspectivas". *Etnográfica*, X(2): 219-231.
- Das, V. y Poole, D. (Org) (2004), *Anthropology in the margins of the state*. Santa Fe New Mexico: School of American Research Press.
- Fairbanks R-P (2011), "The Politics of Urban Informality in Philadelphia's Recovery House Movement". *Urban Studies*, 48: 2555–2570.
- Fourcaut, A (2000), *La banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France dans l'entre- deux-guerres*. Éditions Créaphis: Paris.
- Franco, C (2012) *Controvérsias: entre o "direito de moradia" em favelas e o direito de propriedade imobiliária na cidade do Rio: o "direito de laje em questão"*. Rio de Janeiro: Topbooks.

- Gonçalves, R (2012), Da política da ‘contenção’ à remoção: aspectos jurídicos das Favelas Cariocas. In Mello M., Silva L., Simões S., (ed), *Favelas Cariocas: ontem e hoje*, pp. 253-278, Rio de Janeiro: Editora Garamond.
- Gonçalves, R S (2017), “L’informalité comme une ressource urbaine ? Le cas des favelas de Rio de Janeiro” *EchoGeo*, 9: 1-16.
- Gonçalves R. S. (2018), *Las favelas de Rio de Janeiro. Historia y derecho*. Bogotá: Ediciones Javeriana.
- Gonçalves, R. S (2020) “Censos e favelas cariocas: evolução de um conceito censitário”, *Anais do Museu Paulista*. 28: 1-30.
- Gonçalves, R. S., Soares Gonçalves R., Pessanha M. et Mororó, G (2015), “Pelo Direito de Permanecer: mobilização política e o acesso a serviços de água e luz nas favelas cariocas no período pós-Estado Novo.” *Libertas*, 15: 1-22.
- Guimarães, A. P (1953), “As favelas do Distrito Federal”. *Revista Brasileira de Estatística*, 55: 250-278.
- Haid, C (2017), “The Janus face of urban governance: State, informality and ambiguity in Berlin”, *Current Sociology Monograph*, 65: 289–301.
- Hardin, G (1968), “The Tragedy of the Commons”, *Science*, 3859: 1243-1248.
- Harrington, M (1963), *La Cultura de la pobreza en los Estados Unidos*. Fondo de Cultura económica: Mexico.
- IBGE. (1970), *VIII Recenseamento Geral. Instruções para delimitação dos setores censitários*. Rio de Janeiro: IBGE.
- IPEME (Instituto de Pesquisas e Estudos de Mercado). (1957), *Favelas e favelados do DF*. Rio de Janeiro: Ipeme.
- Jacquot, S.; Sierra, A. y Tadie, J. (2016), “Informalité politique, pouvoirs et envers des espaces urbains” *Espace Politique*, 29.
- Jaglin, S. y Zérah, M-H. (2010), “Eau des villes: repenser des services en mutation. Introduction,” *Revue Tiers Monde*, 203: 7-22.
- Korling, G (2020), “Bricks, Documents and Pipes: Material Politics and Urban Development in Niamey”, *City & Society*, 32: 23-46.
- Kowarick, L (1975), *O capitalismo e marginalidade na América Latina*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Kowaric, L (1979), *A espoliação urbana*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Larson, J-E (2002), “Informality, Illegality, and Inequality”. *Yale Law & Policy Review*, 20(1): 137-182.
- Leeds, A. y Leeds, E(1978), *A sociologia do Brasil urbano*. Rio de Janeiro: Zahar editores.
- Lefebvre, H (2001), *O Direito à Cidade*. São Paulo: Centauro Editora.

- Lewis, O (1972), *La cultura de la pobreza*. Barcelona: Anagrama.
- Lussault, M (2016), "Présentation du dossier Urbanités informelles. Introduction", *Tous urbains*, 15: 28-33.
- Lautier, B (2006) "Discussion (suite) notes d'un sociologue sur l'usage de la notion de 'marge' dans les sciences sociales du développement" *Revue Tiers Monde*. 1: 17-20.
- MacFarlane, C (2011), "The city as assemblage: dwelling and urban space, Environment and Planning", *Society and Space*, 29: 649-671.
- MacFarlane, C (2016), "Repenser l'informalité : la politique, les crises et la ville." *Lien social et Politiques*. 76: 44-76.
- Magalhães, A (2013), *O direito das favelas*. Rio de Janeiro: Letra Capital.
- Maricato, E (2015), *Para entender a crise urbana*. São Paulo: Expressão Popular.
- Mangin, W (1967), "Latin American Squatter Settlements: A Problem and a Solution. Latin", *American Research Review*, 3: 65-98.
- Mar, J. M (1962), "Migration and urbanization: the barriada of Lima - an example of integration in urban life". En: Hauser, P (org.), *Urbanization in Latin America*, pp.170-189, New York: Unesco..
- Melé, P (2011), *Transactions territoriales. Patrimoine, environnement et actions collectives au Mexique*. Tours: Presses Universitaires François-Rabelais.
- Nélisse, C; Herscovici A. y Moulin M (1994) "Les formes de l'informel". *Lien social et Politiques*, 32, 5-13.
- Ostrom, E (1990), *Governing the commons: the evolution of institutions for collective action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Perlman, J (1981), *O mito da marginalidade. Favelas e Política no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Reimers, C (2015), "El fenómeno de la informalidad en periferias urbanas de los Estados Unidos de América". *Módulo Arquitectura CUC*, 14: 33-53.
- Rolnik R (2015) *Guerra dos lugares. A colonização da terra e da moradia na era das finanças*. São Paulo, Boitempo.
- Roy, A. y AlSayyad, N. (org) (2003), *Urban Informality: Transnational Perspectives from the Middle East, Latin America and South Asia*. Lexington books: Berkeley.
- Roy, A., (2009), "The 21st-Century Metropolis: New Geographies of Theory." *Regional Studies* 43(6): 819-830.
- Roy, A., (2009), "Why India cannot plan its cities: informality, insurgence and the idiom of urbanization." *Planning Theory*, 8: 76-87.
- Santos, B (1977), "The Law of the Oppressed: The Construction and Reproduction of Legality in Pasargada." *Law and Society Review*, 12: 5-126.
- Silva, J. V., Gonçalves, R. S. y Sanchez, C (2018), "As sociedades de água: a educação

ambiental comunitária em uma favela do Rio de Janeiro”, *Ensino, Saúde e Ambiente*, 11(3): 167-185.

Silva, L. A. M (1967), “A política da favela.” *Cadernos Brasileiros*, IX(41): 35-47.

Sullivan, E. y Olmedo, C (2015), “Informality on the urban periphery: Housing conditions and self- help strategies in Texas informal subdivisions”. *Urban Studies*, 52(6): 1037-1053.

Turner, J (1972), “Colonização de terras devolutas nos países em desenvolvimento”.

En Moynihan D. *O desafio urbano*, p. 262-275, São Paulo: Editora Cultrix,

Valladares, L (2000). A Gênese da Favela carioca. A produção anterior às ciências sociais. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 15(44): 5-34.

Villar, O. M.; Lafoy, P. de la P.; Uribe-Echevarría, F (1970) *La Marginalidad Urbana: Origen, proceso y modo. Resultados de una encuesta en poblaciones marginales del Gran Santiago*. Buenos Aires: DESAL.

Vorms, C (2012), *Bâisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*. Paris: Éditions Créaphis.

Demolición y contrarrevolución: la renovación urbana en la región parisina¹

Stefan Kipfer

“Ese sonido da miedo. Me recuerda a la guerra de Argelia, cuando el ejército bombardeó nuestras casas”

Habitante de la Cité des 4000, La Courneuve (citado en Abdallah 2001, 160)

“Se trata de proyectos dirigidos a las [zonas] más sensibles de la comuna, en particular Les Indes”

Urbanista, Sartrouville, entrevista 7

Un domingo por la tarde, a principios de junio de 2010, tomé el tren RER a Sartrouville en las periferias del oeste de París. Continué a pie hasta la *cité* Les Indes y, cuarenta y cinco minutos después, llegué justo a tiempo para presenciar la espectacular implosión de las tres torres de viviendas centrales. Intensamente difundida por los equipos de televisión, la implosión parecía una operación paramilitar. Los residentes del vecindario que observaban el evento desde diferentes lugares fueron separados del lugar de la implosión por barreras y varias docenas de oficiales de policía de la Compañía de Seguridad Republicana (CRS, por sus siglas en francés). Cuando se les preguntó sobre sus sentimientos acerca de la implosión, los testigos -tanto los residentes de larga data como los adolescentes, en su mayoría de ascendencia africana- expresaron una combinación de tristeza (relacionada con la pérdida de sus hogares y sus recuerdos) y desconfianza (hacia los políticos y sus promesas de enfrentar la segregación). El sentimiento de resignación de los residentes no resultó sorprendente. En 1991, cuando los residentes salieron a la calle después de que un guardia de seguridad de un supermercado cercano disparara a Djamel Chettouh, la ciudad de Les Indes se había unido a la lista de ciudades “infames” que simbolizaban la presunta necesidad de la intervención del Estado para restablecer el orden e impedir la formación de “guetos” en Francia.

¹ Este artículo fue publicado originalmente en la revista *Période* <http://revueperiode.net/demolition-et-contre-revolution-la-renovation-urbaine-dans-la-region-parisienne/>. Traducción Diego Roldán, Revisión Técnica Carlos Salamanca Villamizar.

Como nos recuerda el famoso documental militante titulado *Minguettes 1983 - ¿Paz social o pacificación?* (1983), la espectacular demolición de viviendas sociales ya había empezado a formar parte del repertorio pacificador de intervenciones estatales para “hacer desaparecer las zonas de disturbios sociales” y “mejorar el entorno” de las grandes urbanizaciones a partir de la década de 1980 (Abdallah, 2001, 161). En *Les Minguettes*, una ciudad de la periferia de Lyon, los entrevistados de Mogniss Abdallah insistieron en que la demolición selectiva de las torres no constituía una necesidad arquitectónica. Fue una intervención concertada dentro de una situación política definida por “enfrentamientos entre jóvenes y la policía” (en su mayoría procedentes de familias de inmigrantes magrebies) en la que los residentes ocupaban apartamentos abandonados, incursiones provocadoras de las fuerzas policiales y las respuestas de los residentes: manifestaciones, disturbios y huelgas de hambre. La película muestra que la demolición formaba parte de un *continuum* de violencia estatal que dio lugar a las mayores movilizaciones de masas antirracistas en la Francia postcolonial: la Marcha por la Igualdad y contra el Racismo en 1983 (y sus marchas posteriores en 1984 y 1985) (Abdallah, 2008, L’Agence IM’média, 2013).

Estos dos ejemplos sugieren que la política urbana francesa representa, en gran medida, una intervención contra las amenazas políticas que emanan de los movimientos sociales (Bachmann y le Guennec, 2002; Dikeç, 2007; Tissot, 2007; Butler y Noisette, 1977). Sin embargo, algunos investigadores destacan diferentes amenazas políticas en sus análisis sobre esta cuestión. Los investigadores que han prestado más atención a las políticas urbanas desde finales de la década de 1970 han puesto de relieve el papel del Estado en la respuesta a los movimientos antirracistas que surgen en las grandes zonas urbanas. Según ellos, la política urbana es una respuesta al desafío de la descolonización (en particular la guerra de independencia de Argelia), así como una estrategia de contención de las poblaciones vinculadas a las colonias francesas (Abdallah, 2005; 2012; Bouamama 1993; 2009; Bouamama y otros 1994). En el contexto francés, esta interpretación de la política urbana como parte de una contrarrevolución colonial (Khiari 2008) no concuerda automáticamente con quienes sugieren, inspirándose en Henri Lefebvre, que la gentrificación del centro de París y sus periferias industriales adyacentes es una contrarrevolución urbana: una respuesta al fracaso de la revolución urbana de mayo de 1968, que reinventa con la ayuda de una nueva *intelligentsia* urbana con sensibilidades progresistas, “lefebvrianas”, una estrategia de la clase dominante considerablemente más antigua para frenar la intransigencia y el carácter potencialmente revolucionario del París popular (Garnier, 2010; 2012; también Hazan 2002, 2011; Clerval 2013). Sin embargo, utilizando el léxico de la revolución, ambos grupos de analistas sugieren que

las nociones de despolitización, “pospolítica” o control social ya no son adecuadas en contextos como el de la Francia imperial, donde la posibilidad de una revolución históricamente ha ocupado un lugar importante. Más concretamente, podría argumentarse que las dos vías contrarrevolucionarias de la pacificación convergen en una historia más larga de París entendida como una guerra contra la insurgencia civil (Hazan, 2003).

Al situarse en el marco de los debates franceses², este capítulo reconstruye el significado político del programa de demolición, renovación, reconstrucción y reurbanización de los grandes conjuntos habitacionales franceses supervisado por la Agencia Nacional de Renovación Urbana (ANRU) entre 2003 y 2014 (y recientemente renovado hasta 2020). Gracias a este programa, las demoliciones de viviendas sociales ya no se realizan de forma esporádica, como ocurrió en Minguettes en 1983, sino de forma coordinada a nivel nacional. Sin embargo, siguen vinculando la reurbanización al objetivo sociopolítico de mezclar las poblaciones residentes. Este capítulo se centra en dieciocho proyectos de renovación urbana ubicados en trece municipios de la región de París³. Esta concentración geográfica es lógica dada la importancia estratégica de París para el Estado francés. Este enfoque también facilita la comprensión de la reurbanización de grandes conjuntos habitacionales en toda su diversidad, dada la importancia de las viviendas de alquiler poco costoso en la región. Los

² Esta investigación contó con el apoyo logístico y financiero del Centro de estudios en Ciencias Políticas (París), el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de París VIII (Saint-Denis) y la Facultad de Estudios Ambientales de la Universidad de York. Partes de esta investigación se presentaron por primera vez en estas universidades, así como en la conferencia anual de la Asociación de Geógrafos Americanos en Seattle (2011). La investigación para este artículo también se basó en mi colaboración conceptual de larga data con Kanishka Goonewardena, y también se ha publicado un breve esbozo comparativo de esta investigación (Kipfer y Goonewardena, 2014). Por su inestimable apoyo, también quisiera agradecer personalmente a Houria Bouteldja, Félix Boggio Éwanjé-Épée, Anne Clerval, Mustafa Dikec, Patrick Le Galès, Liette Gilbert, Claire Hancock, Roger Keil, Sadri Khiari, Stella Magliani-Belkacem, Mohamed Ragoubi, Matthieu Renault, Christian Schmid, Lukacs Stanek, Sylvie Tissot, Karen Wirsig y Anna Zalik.

³ Esta investigación se basa en trabajo de campo, en fuentes documentales primarias (documentos legislativos, artículos de periódicos y convenios entre los municipios y la ANRU) y en 15 entrevistas no estructuradas, realizadas entre 2008 y 2012, con planificadores urbanos, políticos y activistas. Los espacios estudiados son los siguientes: Cité des 3000 (Aulnay-Sous-Bois), Croix-Petit (Cergy), Cités des Bosquets y Forestière (Clichy-Sous-Bois/Montfermeil), Cité des 4000 (La Courneuve), Le Luth y Les Grésillons (Gennevilliers), Val Fourré (Mantes-la-Jolie), Bel Air et Grands Pêchers (Montreuil), Goutte d'Or/Château Rouge (París), La Coudraie (Poissy), Francs-Moisins, Saint-Rémy, Floréal-La Saussaie, Pierre Sémard (Saint Denis), Les Lochères (Sarcelles), Les Indes (Sartrouville). Los participantes en las entrevistas fueron reclutados contactando con los municipios y utilizando la técnica de bola de nieve. Se les formularon las mismas preguntas, que se centraron en los objetivos de la reurbanización, el significado de la mezcla social, los efectos iniciales de la reurbanización y el papel del conflicto en el proceso de planificación.

proyectos están posicionados de manera diferente con respecto a los mercados del suelo y de trabajo de la región: en las ciudades nuevas (Cergy), en las periferias alejadas (en la cuenca occidental de la industria automovilística desde Mantes-la-Jolie y Poissy hasta Sartrouville, Sarcelles, Aulnay-sous-Bois, Clichy-sous-Bois y Montfermeil), en las periferias cercanas al norte y al este de París (Gennevilliers, Saint-Denis, Montreuil, La Courneuve), y en el centro de París (Goutte d'Or/Château Rouge en el distrito 18). Desde el pequeño enclave que es La Coudraie en Poissy hasta el vasto proyecto de Sarcelles, estos grandes conjuntos varían tanto en su morfología como en el peso sociopolítico que tienen dentro de los municipios donde están emplazados. Ya se trate de ciudades del antiguo “cinturón rojo” (Saint-Denis, Gennevilliers, La Courneuve), de centros simbólicos de la política anticolonial (Goutte d'Or) o de los epicentros de las revueltas de 2005 (Clichy-sous-Bois/Montfermeil), encarnan historias políticas distintas. Además, estaban dirigidos por diferentes fuerzas: la derecha burguesa (Mantes, Montfermeil, Sartrouville), las mayorías alternas de derecha e izquierda (Aulnay, Poissy), los socialistas (Cergy, Clichy-sous-Bois, Sarcelles), los comunistas (Gennevilliers, La Courneuve, Saint-Denis), o las coaliciones de izquierda (París, Montreuil).

Complementando el trabajo empírico con una amplia gama de investigaciones publicadas en Francia demostraré la pertinencia y las limitaciones de las principales corrientes teóricas angloamericanas que se han aplicado a casos equivalentes de renovación urbana y planificación de la mezcla social (Bridge *et al.*, 2011; Arthurson, 2012). Con algunas importantes salvedades, es ciertamente posible interpretar los proyectos de la ANRU en la región de París como casos de gentrificación estatal (Hackworth y Smith 2001), re-escalamiento del Estado (Brenner, 2004) y como casos de violencia simbólica vinculada a la “estigmatización territorial” (Wacquant, 2008). Sin embargo, estas interpretaciones son insuficientes por al menos dos razones. Subestiman el papel de la renovación urbana como respuesta y anticipación específicamente política a las movilizaciones subalternas, como lo demuestra el trabajo de Clerval (2013) sobre la gentrificación de París. Además, hacen un tratamiento débil, cuando no insuficiente, de las dimensiones racializadas, étnicamente absolutistas y, en algunos casos, neocoloniales de la mezcla social. Con el fin de elaborar las bases conceptuales que fundamentan este argumento, la primera parte del capítulo construye un marco analítico basado en una articulación de las tradiciones marxista y anticolonial (expresados por Henri Lefebvre y Frantz Fanon) que complementa una literatura rica y heterodoxa que ha sacado a la luz varios aspectos neocoloniales de las intervenciones del Estado francés desde 1962. A partir de esta base, demostraré entonces que la renovación urbana en la región de París vincula actualmente

al Estado, la clase, la raza y el género mediante la articulación de formas de contrarrevolución urbana y colonial. No sólo acentúa la valoración de la tierra, sino que también contribuye a reajustar y reorganizar las relaciones de dominación territorial de múltiples maneras; racializadas, neocoloniales y potencialmente hegemónicas. Concluyo comentando las implicaciones más amplias de este análisis para la investigación urbana comparativa y el Estado poscolonial.



Imagen 1. *Mezcla comercial*. Goutte D'Or, París, 2012. Fotografía del autor.

El Estado, el capital y el neocolonialismo en la producción del espacio

“Es en las ciudades donde la frontera nacional, aquella que opone a nacionales y extranjeros, interfiere con otras fronteras de identidad y donde los conflictos en Europa se vuelven étnicos”

Galissot, 1995, 309.

En *De l'État*, Lefebvre considera al Estado moderno como una condensación contradictoria de relaciones sociales que, aunque jerárquicas y centralizadas, también adquieren dimensiones más difusas en la vida cotidiana. Contrariamente a las teorías económicas, como la teoría de la dependencia, enfatiza la centralidad de la formación del Estado moderno en el desarrollo dual del capitalismo y el imperialismo. La capacidad continua del Estado para imponer las “cadenas de equivalencia” (1976, 179) necesarias para la generalización del intercambio de mercancías es esencial para este desarrollo dual. Por una parte, esto significa facilitar la acumulación primitiva: la reestructuración agrícola, la destrucción-integración de las ciudades pre-capitalistas, las transformaciones en las relaciones rurales-urbanas y el saqueo colonial (Lefebvre, 1976: 306-60; 1977: 87-156). Este punto de partida nos ayuda a comprender el argumento más conocido de Lefebvre sobre el papel del Estado en la producción de un espacio abstracto (homogéneo, fragmentado y jerárquico): una planificación que coordina los flujos de capital (en un mundo fragmentado de propiedad privada) mientras organiza la dominación a través de relaciones territoriales jerárquicas (Lefebvre, 1991). Este énfasis en el papel del Estado en la organización de las relaciones entre los espacios dominantes (centrales) y dominados (periféricos) pone claramente de relieve el hecho de que la dominación y la acumulación son dimensiones estrechamente relacionadas del espacio estatal. Por otro lado, esto también nos ayuda a entender que la forma de lo urbano (centralidad/diferencia) está en sí misma marcada por las relaciones políticas entre los espacios centrales y periféricos (Lefebvre, 2003). Estas relaciones territoriales no sólo pueden ser coercitivas y conflictivas, sino que también pueden incluir compromisos territoriales (Schmid, 2003), lo que explica el carácter potencialmente hegemónico de la producción de espacio (Lefebvre, 1991: 10-11).

La atención que presta Lefebvre al papel del Estado en la organización de las jerarquías territoriales nos permite abordar el problema de la escala estatal de una manera algo diferente a las propuestas por Neil Brenner (2004) y Manu Goswami (2004). Al designar la organización de las relaciones territoriales de dominación como una forma de “colonización”, Lefebvre sugirió que es posible analizarla a múl-

tiples escalas para arrojar luz sobre las relaciones geopolíticas entre las naciones y las macro-regiones, entre las formas de desarrollo desigual entre las regiones dentro de los conjuntos nacionales y las relaciones territoriales entre las ciudades y las regiones urbanas (Lefebvre, 1978: 170-86). El uso del término “colonización” no es puramente metafórico (Kipfer y Goonewardena, 2013; Ross, 1995). Bajo las presiones intelectuales de las políticas de descolonización de las décadas de 1960 y 1970, el enfoque de Lefebvre en *De l'État* plantea la comparabilidad de la organización espacial de las (neo)colonias con la organización territorial de las “colonias” interiores respecto al propio núcleo metropolitano. La “colonización” es un fenómeno en el que se superponen y entrelazan, por una parte, la brecha histórica entre las realidades coloniales y poscoloniales y, por otra, la distinción espacial entre colonia e imperio. En cuanto a la “colonización” dentro de las zonas urbanas, Lefebvre señala que la planificación urbana y los proyectos de construcción de ciudades, como la haussmanización del siglo XIX y el funcionalismo del siglo XX, tienden un puente entre el centro imperial y el territorio colonial. Se pueden estudiar bajo una perspectiva comparada no sólo Burdeos y Lyon, sino también París y Argel. Esta concepción de la “colonización” a través de las escalas (transcalar) ayuda a explicar la comprensión de Lefebvre de la revolución urbana como una convergencia de las luchas contra el capitalismo neoimperial, una convergencia que ha asustado durante mucho tiempo a los arquitectos militares y civiles de las estrategias contrarrevolucionarias opuestas al comunismo y a la liberación del Tercer Mundo (Leroux, 2013).

En la medida que las ideas de Lefebvre sobre la “colonización” surgieron de las observaciones -y las ilusiones- sobre la convergencia de las luchas de los trabajadores, los estudiantes y los inmigrantes en una Francia neocapitalista, y de los habitantes de los barrios marginales y los guetos de América, puedo ampliar sus análisis postulando que las intervenciones urbanas posfordistas -incluida la planificación de la diversidad y la mezcla social- fueron en parte una respuesta a las luchas “largas” y “globales” de “1968”. En parte mediante estrategias de reforma urbana -en las que participó Lefebvre (Stanek, 2014: xi-xii)-, y en parte también mediante una reorganización de las jerarquías territoriales a lo largo de las líneas neocoloniales. Para desarrollar plenamente este pensamiento -que Lefebvre no desplegó, aunque tuvo muchas oportunidades de hacerlo en la década de 1980 (Kipfer, 2014)-, debo ajustar la perspectiva de Lefebvre a través de un punto de vista fanoniano. Tal perspectiva insiste en que a través de esta “modalidad jerárquica sistematizada” de la “colonización”, el racismo es la modalidad “más visible” y “cotidiana” (Fanon, 1975, 33). Esta reorientación es filosóficamente plausible ya que, a pesar de sus diferencias, Lefebvre y Fanon compartían una perspectiva dialéctica humanista y radical (Kipfer, 2007).

Es útil recordar que para Fanon, el racismo como una experiencia vivida de alienación (1967) adopta una forma particularmente cristalizada, imitando las relaciones de casta a través de varias formas de organización espacial: segregación espacial en la ciudad colonial, relaciones entre la ciudad y el campo en los territorios coloniales, y relaciones internacionales en un contexto imperial (Fanon, 2004; 1965). Para Fanon, estas formas espaciales son coproducidas por los estados coloniales e imperiales: bloques de fuerzas sociales e instituciones estructuralmente violentas que proveen a los agentes estatales -soldados, policías, planificadores- que personifican las líneas divisorias entre el colonizado y el colonizador. Desde este punto de vista, las relaciones multiescalares de las jerarquías entre los territorios pueden denominarse propiamente “coloniales” sólo en la medida en que estén codeterminadas al menos por jerarquías racializadas, neocoloniales o de otro tipo. A su vez, las reivindicaciones del derecho a la ciudad/derecho a ser diferente sólo pueden interferir con la “colonización” si modifican las formas espaciales de racialización como la segregación y otras formas de confinamiento corporal.

Las obras de Lefebvre y Fanon se basaron sobre todo en la experiencia del modernismo colonial y neocapitalista. Puedo concretar sus argumentos con la ayuda de las tradiciones marxistas de izquierda y weberianas de investigación sobre la historia política francesa que evitan centrarse en el Estado-nación para poner de relieve las dimensiones imperiales de las prácticas del Estado francés, ciertamente previas a 1962 (fecha de la independencia de Argelia), pero también posteriores (Elsenhans, 1974; Sayyad, 1991, 1999; Gallissot, 2006, Gallissot *et al.* 1994; Cooper, 2005; Wilder, 2003; Rosenberg, 2006; Le Cour Grandmaison, 2005, 2009). Estos caminos teóricos son igualmente válidos para la política urbana, la arquitectura y la planificación, que no pueden entenderse sin referencia a las instituciones, las ideologías y el personal vinculados por los lazos imperiales. Aunque esto se ha ignorado en gran medida por la literatura de este campo (Harvey, 2003; Benevolo, 1993; Hazan, 2002), la reconstrucción haussmaniana de París durante el Segundo Imperio y la Tercera República tuvo lugar en parte a través de un período de resurgimiento del colonialismo imperial francés completamente capitalista (Mooers, 1991). “Hausmann” no sólo era un producto de exportación que facilitaba la reorganización de las relaciones de propiedad, la infraestructura, las relaciones espaciales y los principios de planificación de la ciudad en otros lugares, incluidas las ciudades coloniales” (Celik, 1997; Picard, 1996). El París de Hausmann (y su precursor, la represión de la revolución de 1848) se basó en la experiencia militar, incluida la doctrina del mariscal Bugeaud sobre la guerra contra los civiles, desarrollada a su vez durante la conquista de Argelia (Bugeaud, 1997; Le Cour Grandmaison, 2005, 310-332).

Durante el siglo XX, fuimos testigos del desarrollo de lo que Lefebvre llama un “modelo (neo)colonial”: una forma de colonización a través del aislamiento y la cuadrícula jerárquica de las unidades territoriales, incluyendo la arquitectura funcionalista, la zonificación y los planes maestros (1978). Este modelo fue influenciado por las experiencias coloniales del neo-capitalismo temprano y tardío. Varios componentes del nuevo imperio, entre ellos Rabat, Casablanca, Marrakech y Argel, fueron espacios de experimentación clave para los planificadores urbanos (como Henri Prost) que fueron reconocidos como las primeras figuras del modernismo francés en el período de entreguerras (Abu-Lughod, 1980; Wright, 1991; Rabinow, 1989; Hakimi, 2005; Celik, 1997). A partir de una situación marcada por la Batalla de Argel (1957) y la Batalla de París (1961) (Einaudi, 1991), la planificación de la posguerra bajo la Quinta República gaullista fue moldeada por la política colonial tardía. Las políticas de seguridad, vigilancia e inmigración de la posguerra se vieron influenciadas por los estatutos de ciudadanía colonial y se desarrollaron con el apoyo de los administradores coloniales antes de ser adaptadas y generalizadas en todo el imperio después de 1962 (Blanchard, 2011). La planificación urbana de la posguerra también se desarrolló en parte a través de las redes imperiales. La planificación regional en París en la década de 1960 fue moldeada por tecnócratas gaullistas que hicieron un último e inútil intento de modernizar la administración francesa en Argelia con los diversos componentes del Plan de Constantine (Elsenhans, 1974; Fredenucci, 2003b; Deluz-Labruyère, 2004; Leroux, 2014). Específicamente, las formas de vivienda en las que y a través de las cuales se mantenía bajo control a los trabajadores inmigrantes -barriada, tugurios, albergues y ciudades transitorias- estaban regidas en parte por personal de bajo rango que regresaba de las colonias (Sayyad 1991; 1995).

¿Qué ocurre en el período que comienza en la década de 1970? El abandono selectivo del funcionalismo, del dirigismo y de la producción de viviendas sociales estandarizadas y masivas no fue, por supuesto, una reproducción mecánica del pasado colonial francés. La transición a las políticas urbanas, la mezcla social, la “gobernanza” descentralizada y el neoliberalismo desenfrenado de los años 1970 y 1980 se caracterizó por una compleja combinación de respuestas a las luchas políticas (“1968”, las luchas radicales contra la renovación urbana en los años 1970 y la segunda izquierda), así como por contradicciones estructurales (la crisis del fordismo, el estancamiento de la tecnocracia gaullista) que no pueden reducirse al pasado y el presente del imperio francés. Sin embargo, las investigaciones han demostrado que algunos elementos de las políticas urbanas han influido en las relaciones territoriales neocoloniales reinventándolas, adaptándolas y renovándolas selectivamente. Los elementos fundamentales de esas políticas urbanas -la mezcla social, la policía, la

arquitectura y la planificación urbanística- respondieron en parte a la integración, a veces “desestabilizadora” y a veces efectivamente politizadora, de los inmigrantes, en particular los no blancos, en viviendas sociales durante la década de 1970. Lo hicieron renovando los repertorios de acciones dirigidas a la gestión de los sujetos coloniales en los años 1950 y 1960. La demostración de que la política urbana francesa está lejos de ser ciega a la “raza” (*colour-blind*) no depende de que se demuestre que el parque de viviendas francés se asemeja a los guetos de estilo estadounidense -o que la política francesa está cada vez más determinada por los discursos de seguridad de estilo estadounidense, como sugiere Loïc Wacquant (1991, 2008). Las fuentes de racialización del espacio y la segregación de clases en Francia son endógenas y resultan en parte de una recomposición neocolonial de prácticas y mentalidades codificadas por el Estado (Kipfer, 2012; Tevanian, 2003; Tissot, 2007b).

La renovación urbana en la práctica: gentrificación, reescalamiento del Estado y gestión neocolonial

“[Esto] no significa que los problemas de representación basados en suposiciones “raciales” o “étnicas” hayan quedado atrás. Al contrario. Han seguido adelante. En mi opinión, la noción de “mezcla social”, que ahora está de moda, es un buen ejemplo de ello... Para las ciudades que ya cuentan con muchas viviendas sociales, la interpretación de la noción de “mezcla social” es muy diferente: se trata de modificar la composición sociológica de su parque de viviendas sociales, es decir, de diversificar la población, que ahora es predominantemente pobre, acogiendo a las clases medias. En esta lógica, “mezcla social” se convierte en un eufemismo para no decir “mezcla étnica”. Esta lógica está ligada consciente o inconscientemente a la noción de “umbral de tolerancia” que llevó al alcalde comunista de Vitry sur Seine a derribar una casa de obreros donde se habían instalado trabajadores malienses... ¡en 1980! Como traducción concreta de la “mezcla social”, las familias pobres ya no son realojadas en zonas de viviendas sociales. La “mezcla social” se convierte incluso en una nueva justificación de la discriminación contra las familias que no son realojadas. Por suerte, estas son principalmente familias de inmigrantes. Veo otro significado implícito de “mezcla social”: que los residentes pobres imitan las normas de estilo de vida de las clases medias. En efecto, estamos en un proceso de despersonalización de las culturas populares...”

Abdallah, 2005.

“Es la misma lógica que Haussmann.... Creamos espacios para que la policía avance más rápido”

Animador, Haut-Montreuil, Entrevista 14.

En agosto de 2003, el gobierno de Jacques Chirac aprobó la *Ley de orientación y programación para la ciudad y la renovación urbana* (Gobierno de Francia 2003). Conocida como la Ley Borloo, en honor al ministro que la introdujo, esta ley creó un organismo, la Agencia Nacional de Renovación Urbana, para supervisar y coordinar la financiación de los proyectos de reconstrucción de grandes conjuntos de viviendas en los municipios situados en las Zonas Urbanas Sensibles (ZUS). El Organismo de Renovación Urbana, establecido mediante acuerdos con las autoridades locales, recibió el mandato oficial de promover la mezcla social y el desarrollo sostenible mediante la demolición, rehabilitación, reconstrucción y acondicionamiento físico de grandes conjuntos habitacionales, incluyendo viviendas de alquiler y propiedad de vivienda vacías en los sitios reurbanizados. La Ley Borloo sustituyó a la Política de Grandes Proyectos de la Ciudad de 1998, que coordinaba la reurbanización local a mayor escala nacional que la anterior Política de Grandes Proyectos Urbanos (1991) y la Política Experimental del Suburbio ‘89 (1983). Al igual que sus predecesores inmediatos, la Ley Borloo eliminó el “tabú” de la demolición (Driant 2012) como estrategia para lograr objetivos sociopolíticos mediante la planificación y el diseño urbanos (Baudin y Genestier, 2006; Kirszbaum, 2013). La insistencia en la demolición de las viviendas sociales resultó la respuesta acertada a la *Ley de Solidaridad y Renovación Urbana* (SRU), introducida por los socialistas en 2000, que tenía por objeto redistribuir la vivienda social en todo el territorio obligando a todos los municipios, salvo los más pequeños, a incluir al menos un 20% de viviendas sociales (Desponds, 2010, 49).

La Ley Borloo consolidó el alejamiento de Francia del modelo de unidades aisladas y jerárquicas (Lefebvre) que dominó las estrategias urbanas entre los años cincuenta y setenta. *El Programa Nacional de Renovación Urbana* (PNRU, por sus siglas en francés), coordinado por la ANRU, confirmó el auge y la importancia central de la rehabilitación del parque de viviendas sociales en el marco de la política urbana postfuncionalista francesa (Tranb, 2005; Kirszbaum, 2004). Desde la década de 1980 hasta finales de la de 1990, la demolición/reconstrucción de viviendas sociales y la renovación de su diseño arquitectónico fue un importante elemento simbólico de las estrategias más amplias de las políticas urbanas localizadas, aunque fue algo secundario, experimental y *ad hoc*. Esas estrategias dirigían una serie de políticas (educación, capacitación para el mercado laboral, policía comunitaria, otras políti-

cas sociales) sobre un conjunto de esferas “sensibles” definidas por una vertiginosa serie de indicadores que cambian con frecuencia (desde la pobreza y el desempleo hasta la ciudadanía, como en el caso de la designación de ZUS). Como resultado de la superposición de las reformas de descentralización durante las décadas de 1980 y 1990, estas políticas localizadas se aplicaron mediante una red cada vez más compleja de acuerdos intergubernamentales. Dada su perspectiva nacional y sus sesgos hacia la planificación de desarrollos inmobiliarios (más que orientada a las políticas sociales), hacia la demolición (más que la reconstrucción) y hacia los ensayos conscientes securitarios de reurbanizar y separar el espacio privado del espacio público mal definido, la Ley Borloo se consideró una recentralización parcial de las políticas francesas (Epstein 2012a; Viviano 2005) y un ejemplo de los cambios neoliberales y revanchistas de los años 1990 (Dikec 2007, 120-24)⁴. Como mostraré, los proyectos de la ANRU también reinventan las formas (neo)coloniales de intervención estatal de los años 1950 y 1960.

¿“Mejoramiento” = gentrificación?

El “mejoramiento” es un objetivo importante y global de la renovación urbana. En consonancia con la estrategia de clases hacia la vivienda de alquiler abierta y la propiedad privada de la vivienda iniciada en 1977 (Lambert, 2015), el “mejoramiento” incluye estrategias de valoración del suelo para facilitar el desarrollo residencial por el mercado -gentrificación en el sentido clásico del término. La dinámica inmobiliaria -y los promotores inmobiliarios- desempeñan aquí un papel comparativamente más relevante, aunque también más limitado y a menudo indirecto (Lévrier y Noyé, 2012, 188-199; Kirszbaum, 2008, 31-2). Las estrategias para explotar las brechas de renta son más evidentes en los lugares más próximos a los límites de gentrificación existentes. Este es el caso en el distrito 18, donde los responsables del poder político aceptan las presiones inmobiliarias como una condición contextual inevitable (Entrevista 8; Clerval, 2013, 92-112). Este es también el caso en La Courneuve (Belmessous, 2007, 147) o en Les Francs-Moisins (Saint-Denis), cerca del Canal Saint-Denis, frente a los barrios comerciales junto al enorme Estadio de Francia, “...donde incluso un edificio podrido vale su peso en oro” (planificador urbano, Entrevista 4). También se observa en zonas más lejanas que están conectadas

⁴ Es poco probable que el nuevo programa de renovación urbana presentado por el gobierno holandés (la Ley de Programación para la Ciudad y la Cohesión Urbana aprobada en febrero de 2014) reoriente los proyectos de reconstrucción, aunque la reconstrucción física se reintegre más explícitamente en una visión más amplia y supuestamente social de la política urbana. De hecho, el PNRU2, la versión socialista, es más austera. Con una menor asignación de recursos, se centra en un número menor de sectores definidos únicamente por las altas tasas de pobreza (Gobierno de Francia 2014).

a la red de transporte regional y que ya están rodeadas de barrios de clase media y de puestos de trabajo de oficina (nueva ciudad de Cergy) (Epstein, 2008), o en las que una elevada tasa de vacantes se consideró una oportunidad para financiar una gran proporción de la renovación urbana con inversiones lucrativas, como La Coudraie en Poissy (entrevista 11).

El peso de la renovación urbana estimulada por la valorización del suelo es muy desigual. En las grandes urbanizaciones aisladas y muy grandes, así como en los municipios con una proporción muy elevada de viviendas sociales y de residentes de la clase trabajadora en situación precaria o desempleados, la urbanización de terrenos privados se limita a menudo a una o dos propiedades de alquiler vacías (proporcionadas por la Asociación de Tierras para Vivienda, una organización sin fines de lucro financiada por el impuesto sobre la renta) o a pequeños enclaves de propiedad privada. Es el caso de *Les Indes* (Sartrouville), *La Cité des 3000* (Aulnay-sous-Bois) o *Val Fourré* (Mantes-la-Jolie), situados a cincuenta kilómetros de París y donde, según los urbanistas, “los promotores no vienen como en *Nanterre*” (que linda con *La Défense*) (urbanistas, entrevista 9). En estos casos, la renovación urbana orientada por la valorización del suelo se comprende mejor como una forma de construir fortificaciones estratégicas, que podrían garantizar la base para futuras fases de desarrollo por parte del mercado. En esos contextos, la conectividad a las redes de transporte de alta velocidad (especialmente los del proyecto Grand Paris Express) tiene el potencial de amplificar aún más la valorización financiera de la tierra⁵.

Sin embargo, la “valorización” no se reduce a la gentrificación residencial. El fenómeno también implica, en términos más generales, a formas de mejorar el carácter de las viviendas sociales o de proporcionar infraestructura, seguridad o condiciones simbólicas para la futura inversión privada. Particularmente en las periferias industriales con un pasado político “rojo” en las periferias del norte y el este -Saint-Denis, Gennevilliers, Montreuil- la renovación urbana forma parte de las estrategias de toda la ciudad o intercomunales para cambiar la base económica atrayendo empresas (así como nuevos trabajadores) y nuevos residentes (Bacqué y Fol, 1997; Tissot, 2007; Masclat, 2006). Además, en la mayoría de los casos, gran parte de la “valorización” asociada a las viviendas HLM (viviendas para sectores con bajos ingresos) en grandes proyectos tiene lugar en el sector de la vivienda social, que es institucionalmente complejo y sigue siendo menos residual que estos sectores en Gran

⁵ Estas nuevas conexiones de transporte incluyen el tranvía (en Sarcelles, Sartrouville, Haut-Montreuil, Saint-Denis, Gennevilliers, La Courneuve) y el metro automático Grand Paris Express (en Clichy-sous-Bois y Montfermeil). Véase Kipfer, Boudreau, Hamel y Noubouwo, de próxima publicación; y Rigouste 2012, pág. 175-6.

Bretaña y América del Norte. Las nuevas unidades construidas por los organismos de HLM suelen pertenecer a las categorías “menos sociales”: las que requieren menos subsidios o permiten la propiedad de viviendas sociales (Comité de Evaluación, 2008)⁶. En estos casos, la residencialización imita o anticipa la propiedad privada al encerrar los edificios o el espacio público. En los raros casos en que los esfuerzos de renovación urbana se sitúan en las periferias con muy pocas viviendas sociales -el distrito 18 de París, Bajo Montreuil, cerca de París-, las nuevas unidades de vivienda suelen desplazar a las viviendas sociales de hecho, es decir, a las unidades de alquiler privadas que albergan más residentes de bajos ingresos que las unidades de HLM. En estos casos, la renovación tiene por objeto aclarar las múltiples y complejas reivindicaciones de propiedad a fin de atraer a los comerciantes exteriores y la inversión residencial. Estos casos demuestran el papel multidimensional y a veces ambiguo del Estado en los procesos de gentrificación en París (Clerval, 2013, 43-60, 173-207).

¿Recentralizar la intervención estatal? Reescalamiento y relaciones de poder locales

La reurbanización de grandes conjuntos habitacionales señala una recentralización selectiva de la política urbana francesa (que, desde el comienzo de las reformas de descentralización de la década de 1980, había empezado a convertirse en un milhojas de relaciones informales y contractuales superpuestas, que se cruzan a través de las relaciones intraestatales). La capacidad de la ANRU para ejercer influencia financiera y mantener la competencia entre los municipios por los contratos le otorgó la facultad de armonizar y normalizar los proyectos locales (Epstein 2012a, 238-56, 304-34). Este enfoque homogéneo de “apostar por el hormigón” ha conducido a los municipios progresistas a demoler de forma más agresiva y a dar prioridad a la reconstrucción del entorno construido frente a las políticas sociales, tal y como indican los políticos y planificadores urbanos (entrevistas 1, 4, 5, 11, 13). El enfoque estandarizado de la ANRU se ve facilitado por un consenso de múltiples interesados sobre los supuestos y principios básicos de la reurbanización: la idea de que la mezcla social es necesaria dada la patología de la pobreza concentrada (los “guetos”) y las “disfunciones” de la planificación urbana de la posguerra. Los planificadores urbanos y los políticos municipales que tienden hacia la izquierda expresan

⁶ La renovación urbana en Clichy-sous-Bois y Montfermeil se centra en los condominios degradados, lo que ilustra aún más la complejidad institucional de la vivienda de la clase trabajadora. Construida por especuladores inexpertos que se beneficiaron de préstamos a bajo interés en el marco del programa Logements économiques et familiaux (Logéco) [Alojamientos económicos y familia] en la década de 1950, esta forma de vivienda sirvió de hecho como vivienda social de alquiler para hogares precarios (Le Garrec, 2014).

su enfoque de una manera filosófica diferente: como proyectos para producir comunidades socialmente cohesionadas en una región urbana más igualitaria y multipolar (entrevista 1), o como una forma de aprovechar la “mezcla social” existente en los sectores multiculturales y populares (entrevistas 6, 8), más que como proyectos para maximizar las demoliciones, facilitar la inversión privada y reemplazar las poblaciones residentes, o subordinar todos los aspectos de la planificación al imperativo de la “seguridad”. Pero estas calificaciones siguen siendo variaciones dentro de un consenso de múltiples interesados sobre los imperativos de la “mezcla” a través de la reconstrucción (Epstein, 2012b).

Si el reescalamiento centralizador (reescalamiento hacia arriba) de las estrategias estatales en Francia es posible gracias a un consenso nacional, también es selectivo y desigual. La reescalada centralizada y la tendencia a la convergencia de los niveles de escala (convergencia escalar tendencial) está mediada por las relaciones de poder locales. Dado que los alcaldes y los organismos de HLM siguen siendo actores clave en la aplicación de los contratos de la ANRU, las políticas locales son importantes. Esto es más evidente en las comunas en las que las mayorías electorales han alternado entre la derecha y la izquierda (Aulnay-Sous-Bois, Poissy) o diferentes formaciones de izquierda (Montreuil). También es cierto que la renovación precedió a la ANRU -en casi todos los casos estudiados- o que sirvieron de verdaderos “laboratorios” para las políticas nacionales posteriores, como fue el caso de La Courneuve y Mantes-la-Jolie (entrevista 10). Si las estrategias nacionales de construcción de grandes conjuntos habitacionales se desarrollaron inicialmente mediante experimentos locales diferenciados (Le Goullon, 2014), la política nacional de reurbanización de esas denominadas “ciudades” también fueron refractadas por las historias políticas locales.

Es posible identificar dos ejes de diferenciación. En primer lugar, el compromiso de reconstruir (o desarrollar) las viviendas sociales en los municipios socialistas o comunistas reformistas, como Saint-Denis, Sarcelles o Nanterre, contrasta con las estrategias que buscan reducir el parque de viviendas sociales en municipios de derecha como Mantes-la-Jolie y Sartrouville (entrevistas 4, 9). En segundo lugar, los compromisos locales con los imperativos “republicanos” de mezclar a los residentes actuales con otros en los sitios reurbanizados y más allá varían (Kirszbaum, 1999, 2013). Esto se debe en parte a que los alcaldes con lealtades políticas más izquierdistas se inclinan más por culturalizar los problemas sociales de manera etno-racial (Belmessous 2007, 154). Sin embargo, los defensores de la dispersión étnica, así como sus oponentes conceptuales, los defensores de un modo de gestión comunitaria o multicultural de facto (en Mantes, París y Sarcelles), tienen colores políticos variados, que se harán evidentes con lo que sigue.



Imagen 2. Demolición de Mantes, 2010, Fotografía del autor.

La recomposición y renovación social como conquista: clase, raza y dinámicas neocoloniales

“Están blanqueando la ciudad”

Activista, Foro social de los barrios populares, entrevista 3

“A partir de mañana, vamos a limpiar en Karcher⁷ la cité”

*Presidente Sarkozy durante su visita a la Cité des 4000, La Courneuve,
19 de junio de 2005 (Hugues, 2009)*

⁷ En la frase, Karcher hace referencia a la marca de equipos de limpieza industrial y domésticos.

Loïc Wacquant (2008, 163-198) subraya que los argumentos derivados del determinismo ambiental y que justifican las políticas urbanas suelen basarse en la “estigmatización territorial”: suposiciones muy cargadas y reforzadas institucionalmente sobre “problemas” que supuestamente están arraigados en las características físicas y culturales de determinados lugares. Wacquant observa este proceso, a la manera de Bourdieu, como un ejercicio de violencia simbólica por parte del Estado. En el contexto francés, la estigmatización territorial es política de Estado: se proyecta a través de la red de objetivos y mapas a través de los cuales el Estado francés canaliza las políticas urbanas y, por lo tanto, concibe el espacio sobre la base de supuestos relacionados con el determinismo ambiental (Tranb, 2005). A nivel local, el estigma territorial muestra su peso a través de la frecuencia con que los responsables políticos y los planificadores urbanos evocan la necesidad de “cambiar la imagen” de una determinada ciudad o municipio para transformarla en un barrio o una ciudad “normal”. Como dijo un urbanista con larga experiencia en el suburbio “rojo” de Gennevilliers, desde el comienzo de los esfuerzos de reconstrucción, “el tema era cambiar la imagen de Luth”⁸, “salir de la imagen del suburbio rojo” (entrevista 5). ¿Por qué se hizo eso? Para revalorizar el territorio, para el desarrollo económico y diversificar la situación de la ocupación de la vivienda, y así volver a una ciudad “tradicional”, una ciudad “europea” (entrevista 5). Así pues, surge un estigma territorial en contraste con las presuntas normas. Como señalan los urbanistas, activistas y políticos, estas normas pueden presentarse bajo una cobertura variable, en cuanto a las formas del entorno construido (diseño de la calle, apertura), la zonificación (presencia de comercios locales), el atractivo para los nuevos residentes, la tenencia de la vivienda y la composición social (tasas medias de vivienda social o de inmigrantes), y los espacios públicos sin incivildades (entrevistas 3, 4, 8, 9, 11, 12; ANRUa, b, d).

Wacquant tiene razón en que los estigmas territoriales son comparativamente diversos: no reflejan necesariamente la cultura de pobreza racista propia de los Estados Unidos. Señala correctamente la importancia de la “juventud” como categoría de estigmatización en Francia (2008, 188-190). Como indicaré más adelante, la movilización de esta categoría para justificar una verdadera “reconquista” de los barrios estigmatizados y de sus residentes degradados por ser calificados como “chusma” o “salvajes” de diversas maneras por los políticos no es un signo de la ausencia de racialización en Francia, sino más bien de su especificidad comparativa. Si bien Wac-

⁸ Se refiere al Luth o Laúd, instrumento de cuerda de origen árabe e introducido en Europa a través de la península ibérica. En palabras del urbanista, “cambiar la imagen de Luth” quiere decir borrar las expresiones árabes o extranjeras mediante procesos de reconstrucción urbana (Nota del revisor).

quant opera con una cierta concepción estilizada del gueto afroamericano (Gilbert, 2010), también subestima las dimensiones étnicamente absolutistas y racializadas de la reorganización territorial en Francia⁹. Además, pasa por alto el hecho de que estas dimensiones del urbanismo francés son en gran medida internas; no son simplemente una función del neoliberalismo americano importado y de las prácticas policiales de “tolerancia cero”. Estas dimensiones están arraigadas en las prácticas institucionales del Estado francés, así como en los imaginarios e ideologías del miedo que rearticulan no sólo la historia de la lucha de clases en Francia, sino también varias capas del pasado colonial del país (Tevanian, 2013, 155-157; Tissot, 2007; Kipfer, 2012)¹⁰. En este contexto, la dinámica actual de la segregación física, el confinamiento corporal y la humillación diaria pueden entenderse en parte tomando prestados los términos de las anteriores oleadas de anticolonialismo francófono (Lapeyronnie, 2008). Esto pone de relieve la necesidad de imbuir y redirigir una crítica lefebvriana de la organización espacial jerárquica en y hacia una perspectiva fanoniana para analizar las dimensiones neocoloniales de la mezcla social a través del rediseño urbano.

En el nivel más básico, el racismo opera anónimamente a través de los efectos estructurales y silenciosos de las estrategias estatales. Los proyectos de la ANRU no sólo se desarrollaron para las Zonas Urbanas Sensibles, que se codificaron estadísticamente como zonas con concentraciones de inmigrantes y sus descendientes nacidos en Francia muy superiores a los promedios nacionales o regionales, llegando al 64% en la región metropolitana de París (ONZUS, 2011)¹¹. La ANRU también se dirige a los sectores de las zonas urbanas sensibles en los que las proporciones de inmigrantes, sin ciudadanía, desempleados o personas de bajos ingresos son parti-

⁹ En su cuidadosa comparación de las prácticas de asignación de viviendas sociales en Marsella y Birmingham, Valérie Sala Pala pone de relieve las fronteras fluidas entre los marcos estatales de toma de decisiones étnicamente absolutistas y explícitamente racistas en estos dos contextos (2013, 170).

¹⁰ Además de los clásicos de la literatura antirracista y descolonial en lengua francesa, es importante la literatura actual sobre los orígenes y las transformaciones históricas del racismo francés. Una pequeña serie de autores contemporáneos ha mostrado tanto la comparabilidad transatlántica del racismo francés como las formas específicas en que el racismo se ha politizado comparativamente en la Francia colonial y postcolonial. Véase la obra de Pap Ndyae, Sadri Khiari, Nacira Guénif-Souilamas, Houria Bouteldja, Carole Renaud-Paligot, Pierre Tevanian, Sylvie Tissot, Didier Fassin, Olivier Le Cour Grandmaison, Didier Lapeyronnie, Stéphane Beaud y Valérie Sala Pala.

¹¹ Sin embargo, es importante señalar que la clara mayoría de los inmigrantes y sus descendientes en Francia no viven en las ZUS (ONZUS, 2011; Préteceille 2009). Por consiguiente, la geografía residencial de la racialización en Francia no debe reducirse a la experiencia de vivir en una gran ciudad fordista segregada o en zonas estigmatizadas de bajos ingresos que se remontan al siglo XVIII o XIX. Esta geografía se extiende a las viviendas privadas de alquiler y al mercado inmobiliario privado, donde los inmigrantes no blancos tienden a residir como minorías (Lambert 2015; Belmessous y otros, 2006). En otras palabras, la microsegregación racializada no es sólo el resultado de la reurbanización de grandes urbanizaciones; como forma espacial, precede o coexiste con estas reurbanizaciones.

cularmente elevadas (Lelévrier, 2010a, 132; Lelévrier y Noyé, 2012, 186-7). La condición de inmigrante ilegal o ciudadano mide indirectamente la composición étnica y racial y puede subestimarla. Los proyectos de la ANRU que visité se centran en zonas que no son homogéneas en cuanto a clase y raza, sino que están dominadas por diversas “mezclas” de personas no blancas. Los planificadores urbanos de Montreuil reconocieron que la concentración de la reurbanización en zonas con altas tasas de pobreza y desempleo afectaba de manera desproporcionada a los residentes de origen inmigrante (entrevistas 13, 14). En las periferias del siglo XIX como Bajo-Montreuil y Château Rouge, los planificadores urbanos y los políticos saben que la reurbanización tiene efectos específicos en los trabajadores indocumentados (que no reúnen los requisitos para obtener una nueva vivienda) (entrevista 12) o en las empresas “étnicas” (africanas). En el distrito 18, los funcionarios no consideran que estas tiendas sean comercios de proximidad en buena y debida forma, a pesar de que proporcionan a los residentes, y no sólo a los visitantes de las tiendas, tantos productos como los se venden en las tiendas (más típicamente “francesas”) que los planificadores quieren atraer (panaderías, vinerías, florerías) (entrevista 8, ANRUa).

En Francia, la mezcla social, como una categoría de política pública notoriamente vaga, suele codificarse en términos étnicos o raciales (Belmessous 2006; Kirszbaum 2008). Los planificadores urbanos de los municipios tanto de derecha como de izquierda dudan si el objetivo oficial de la mezcla social se refiere no sólo a una mezcla de títulos de propiedad, niveles de ingresos y situación laboral, sino también a una verdadera mezcla étnica o “racial” (entrevistas 7, 13). Esta renuencia puede explicarse en parte como una forma de evitar las sanciones legales (los ataques por motivos étnicos o raciales pueden ser objeto de enjuiciamiento) y como una forma de invisibilizar las fracturas racializadas de la república igualitaria (lo que también ayuda a explicar la negativa a recopilar datos oficiales sobre la etnia y la raza). Sin embargo, se está rompiendo el silencio oficial -estadístico y legal- sobre la etnia y la raza (Kirszbaum, 2013). Los documentos oficiales a veces se refieren al “peso” de la población inmigrante como un problema que debe ser corregido por la reconstrucción (ANRUd, Portes, 2007). En Poissy, un urbanista está convencido de que la interpretación etno-racial del mestizaje social “juega claramente un papel, incluso es bastante explícita en los discursos del [ex] alcalde” (entrevista 11). Por su parte, un urbanista de Montreuil lo expresa en la Rue de París, calle definida por los residentes y comerciantes africanos:

“Tenemos un ambiente general en la Rue de París que es bastante repulsivo. En general, es un tejido de periferias, siempre ha sido un distrito de inmigración. Y hoy en día, es el barrio con mayor proporción de inmigrantes [...]

Da una mala imagen [...] es bastante difícil mezclar altos ejecutivos de traje y corbata con inmigrantes que viven en un hostel” (entrevista 12).

En este caso, la concentración residencial y comercial a lo largo de líneas étnicas inmutables -no sólo en términos de dilapidación y variado estatus de propiedad- obstaculiza el objetivo de mezclar el sector atrayendo inversiones inmobiliarias y nuevos residentes.

Ya sea explícita o codificada, la dimensión étnicamente esencialista o racializada de la mezcla social aparece de manera más concreta en dos prácticas estatales: la asignación de unidades de vivienda social en el proceso de reubicación y las estrategias de seguridad. Mis investigaciones confirman que las comisiones que asignan nuevas viviendas decidiendo su ubicación mediante el proceso de reubicación a menudo defienden un punto de vista contra la concentración de “problemas sociales” en edificios o sectores que discriminan efectivamente a los residentes de bajos ingresos, las familias monoparentales y los residentes de origen no europeo (Tanter y Toubon, 1999; Simon, 2003; Tissot, 2005; Sala Pala, 2013). Los planificadores urbanos de municipios de distintas tendencias políticas confirman el sesgo de estas comisiones (así como algunos de sus miembros más influyentes: el alcalde o las organizaciones de vivienda de bajos ingresos) contra la creación de nuevos “guetos” o la concentración de “familias numerosas” en viviendas sociales reconstruidas (entrevistas 5, 6, 7). Un animador que trabaja en las urbanizaciones Bel Air y Grands Pêchers en Montreuil es franco:

“Los criterios étnicos están prohibidos... pero sabemos que se utilizan... en un barrio donde hay muchos malienses, pondremos menos malienses... lo sabemos porque hay gente al interior que nos lo cuenta. No está escrito” (Entrevista 14).

En Saint-Denis, donde la presencia de inmigrantes no blancos ha sido un factor clave en las decisiones de renovación y demolición de viviendas sociales desde los años 1980 (David, 2014, 324-6), el director del proyecto de renovación urbana testifica que “en Francia, realmente tenemos un tabú al respecto [la mezcla étnica]”, pero el propietario “será hipervigilante para no reconstituir un pueblo dentro de una caja de escalera” (Entrevista 4).

La “seguridad” es otra fuente importante de justificación -y una microestrategia esencial- para la reurbanización de las urbanizaciones, algunas de las cuales, en particular Les Indes en Sartrouville, son descritas por los promotores como zonas en las que no entra la policía. Una de las prioridades transversales es hacer que las

grandes urbanizaciones sean “abiertas”, “legibles”, “accesibles” y “permeables” a los servicios de emergencia, en particular a la policía, a la que, por ley, se debe consultar antes de que se ultimen los planes de reurbanización (ANRUe, entrevistas 7, 11; Le Parisien, 2009; Garnier, 2011, 26-33). Los supuestos que subyacen a las caracterizaciones de “inseguro” o “sensible” de estos espacios no son socialmente neutrales. Se codifican en términos de clase, raza y género para describir, por ejemplo, las formas indisciplinadas en que los jóvenes desempleados o subempleados se apropian de los espacios públicos. Aunque no se puede reducir a una imagen “racial” homogénea, el espectro de los hombres jóvenes que deambulan se centra típicamente en grupos de jóvenes adolescentes de origen africano (que también pueden incluir empíricamente a proletarios blancos precarizados) (Abdallah, 2012; Khiari, 2008, 194-198; Rigouste, 2012, 12). En la Cité Grand Pêcheurs du Haut-Montreuil, un animador del proyecto de renovación considera que la imagen de inseguridad utilizada para justificar la reurbanización hizo hincapié en la capacidad de una docena de jóvenes para ocupar el espacio público (entrevista 14). En el caso de Sarcelles, los urbanistas indican que el diseño es un instrumento para contrarrestar “la ocupación de los corredores [de entrada]” y las “incivildades” (entrevista 6). La residencialización incluye medidas para “normalizar” el carácter residencial de los proyectos mediante la reducción del espacio público, el cierre de las entradas y la delimitación del espacio privado respecto del espacio público mediante cerramientos y otros marcadores de separación. En estos casos, la normatividad que subyace a esta prevención situacional sigue siendo poco clara, refiriéndose a una ciudad, o a un París al estilo de Haussmann (Lelévrier, 2010a, 96).

Como indican estos ejemplos de reordenamiento del espacio público, estas estrategias para rediseñar el entorno construido y la mezcla social tienen dimensiones políticas explícitas de raza, género y clase. A menudo se supone que la mezcla social facilita el control paternalista al disciplinar a las “poblaciones problemáticas” subordinándolas a modelos de conducta: los nuevos residentes. Este paternalismo está marcado por la clase así como por las dimensiones raciales, tratando a los residentes como ciudadanos de segunda clase. Se espera que “si se pone a un desempleado en un piso en el que la mayoría de los inquilinos trabajan, [el desempleado] se sumará a esa situación espontáneamente” [la de trabajar] (Gilles Poux, alcalde de La Courneuve; citado en Belmessous, 2007, 146) o que las personas “demasiado agobiadas por problemas sociales, problemas familiares” como “familias monoparentales” o “personas con mínimos ingresos” “pueden tener un poco más de responsabilidad hacia la comunidad” una vez que se encuentran en una situación de mezcla social en su edificio (alcalde del distrito de París, entrevista 8). Aquí, los residentes son considerados incapaces de tomar los asuntos en sus propias manos sin la presencia de vecinos socialmente respetables y “responsables”.

La demolición y la recomposición social tienen a veces por objeto debilitar o impedir la resistencia política colectiva. Como menciona un activista del Foro Social de los Barrios Populares, con una perspectiva histórica:

“En algunos barrios se han organizado luchas contra la violencia policial, la doble condena... contra la discriminación en la vivienda... Estas luchas se están reprimiendo... Y la mejor manera de reprimir estas luchas es disolverlas, es la mejor manera de asegurar que no se extiendan más allá de los barrios. Ese es uno de los objetivos de la renovación urbana. Creemos que sí... Están destruyendo las luchas que han tenido lugar en estos barrios. Están destruyendo recuerdos... están destruyendo familias... es violento, no hay otra palabra para ello” (Entrevista 3).

En proyectos con un historial de levantamientos y disturbios (Val-Fourré, Mantes y Francs-Moisins, así como Saint-Denis después de 1991, por ejemplo), las demoliciones en el pasado tendían a dirigirse a las partes de las ciudades más susceptibles de sufrir disturbios políticos. En la ciudad de Val-Fourré, los urbanistas recuerdan que “las primeras acciones fueron demoliciones de viviendas, y esto estaba relacionado con los disturbios que tuvieron lugar en 1991; destruyeron los edificios frente a una pista de patinaje donde se produjeron los disturbios” (entrevista 9). En Sartrouville, los recuerdos de los disturbios de 1991 ayudan a explicar los esfuerzos de reurbanización que se están realizando actualmente en la ciudad más “sensible” de la ciudad: Les Indes. En el caso de Poissy, donde los residentes de La Coudraie se movilizaron rápidamente para detener la demolición completa de su barrio, la mezcla social no sólo tiene como objetivo romper la actual concentración de residentes franco-marroquíes. En palabras de un planificador urbano, la renovación a través de la mezcla tiene como objetivo garantizar que “no se mantenga el bolsón de resistencia” (entrevista 11).



Imagen 3. Demolición y espectáculo militar en Les Indes, 2010, Fotografía del autor

La mezcla social como proyecto neocolonial

La reorganización física y social de los grandes conjuntos es, por lo tanto, un ejercicio polifacético -en particular, étnico y racializado- para reorganizar territorialmente las relaciones de dominación. Dada mi perspectiva del análisis inspirada por Lefebvre y Fanon, debo hacer la pregunta: ¿de qué manera las dimensiones racializadas de la reorganización territorial pueden ser llamadas neocoloniales en el sentido de la historia concreta del término? Hay al menos dos maneras de responder a esta pregunta. Aunque la mezcla social sólo se desarrolló plenamente como categoría de política pública cuando los inmigrantes (de las colonias y del sur de Europa) empezaron a acceder en gran número a viviendas de bajo alquiler (de la década de 1970 al de 1980), la mezcla social en la vivienda social tiene raíces históricas más profundas. En las décadas de 1950 y 1960, municipios como Nanterre, Gennevilliers y Argenteuil comenzaron a experimentar con “cuotas” y “umbrales de tolerancia”. Se trataba de esfuerzos por limitar la concentración espacial de los inmigrantes (especialmente de los inmigrantes árabes y las cabilas de Argelia) para no provocar protestas entre los residentes locales. Según esta lógica racista, los inmigrantes son responsables de la hostilidad de los franceses “nativos”, que a su vez se da por sentada. El término “familias numerosas” ya se utilizaba como término clave para referirse a los inmigrantes, en particular a los procedentes de las colonias (de Rudder, 1991; de Barros, 2005; Blanc-Chaléard, 2012; Blanchard, 2012; Masclet, 2006). En las versiones de izquierda de esta historia, las comunas rojas, como Gennevilliers o Saint-Denis, querían redistribuir las viviendas sociales (especialmente las ciudades de tránsito para los inmigrantes y las viviendas sociales más subvencionadas) en toda la región de París. En lugar de tratar a los inmigrantes y a los trabajadores precarizados como parte integrante de sus comunidades, estas administraciones comunistas los trataron como una carga financiera para los estados de bienestar locales y, con el surgimiento del Frente Nacional en la década de 1980, como una carga electoral (Masclet, 2006, 2005; Tissot, 2005; Stovall, 2003; David, 2014).

Los imperativos actuales de mezcla (deconstrucción de las ciudades y dispersión de sus residentes) apelan así a las estrategias coloniales tardías, así como a las primeras estrategias neocoloniales. Esto también es cierto para otros aspectos neocoloniales de los proyectos de la ANRU: la policía y la contrainsurgencia. Como revelan tanto los documentos oficiales como los planificadores urbanos, los proyectos de renovación suelen presentarse en lenguaje militar, como reconquistas de zonas oficialmente denominadas “sensibles” en términos de seguridad (entrevista 12, ANRUc, d). Este lenguaje no es insignificante, sino que forma parte de una tradición de pacificación y contrainsurgencia que siempre ha tratado a los migrantes de las

colonias como riesgos políticos. De hecho, las estrategias para gestionar (o disolver) zonas de altas concentraciones de asentamientos de migrantes (en los barrios de tugurios, albergues, ciudades de tránsito y urbanizaciones de los años 1950) se basaron en el personal, las tácticas y las clasificaciones de la población de las colonias, en particular de Argelia (De Barros, 2005; De Barros, 2012; Hmed, 2007; Viet, 1999; Blanc, 1983; Ewane, 2012; Cohen y David, 2012). Después de 1962, estas prácticas coloniales se adaptaron y difundieron para controlar y “civilizar” a los migrantes a través de muchos brazos del Estado, que ocasionalmente acudían a trabajar con funcionarios de los organismos de HLM: los responsables de la seguridad social, la inmigración, la ciudadanía, la planificación regional, la ingeniería civil, la policía, la seguridad interior y la defensa (De Barros, 2007; Blanchard, 2011; Math, 2000; Frenuccu, 2003a-b; Sacriste, 2012; Laurens, 2009; Spire, 2005; Hajjat, 2012; Rigouste, 2012, 21-49; Belmessous, 2014; David, 2014). Estas estrategias también respondieron a las movilizaciones de los migrantes en el trabajo y en los barrios de tugurios y ciudades de tránsito antes y después de 1968 (Viet, 1999; Hmed, 2008b; Pitti, 2008; Hervo, 2012¹²).

La relación entre la política colonial tardía, las estrategias de los primeros estados poscoloniales y las actuales iniciativas de seguridad se entiende mejor como una recomposición, una compleja articulación de líneas de continuidad y discontinuidad. Los actuales proyectos de reurbanización (especialmente los que se están llevando a cabo en ciudades con historias recientes de disturbios como Clichy-Sous-Bois, Villiers-le-Bel y Grenoble) se han convertido en lugares de experimentación no sólo para el diseño urbano seguro, sino también para la elaboración de perfiles raciales y agresivos de unidades policiales altamente móviles y autónomas (Brigadas

¹² El distrito de Goutte D'Or/Château Rouge ilustra por qué es importante hacer hincapié en la clase neocolonial y la dinámica de género de los proyectos de renovación actuales. De hecho, Goutte D'Or no sólo tiene una explosiva historia de clase trabajadora, que se remonta al siglo XIX (notoriamente capturada, aunque parcialmente, en La taberna de Emile Zola). También tiene una historia particularmente antirracista y anticolonial que ha dado forma al vecindario. En esta perspectiva, la importancia de este distrito, más conocido como Barbès, debido al bulevar situado en su límite occidental, va mucho más allá de su pequeño tamaño. El motín que estalló allí en 1955 coincidió con la declaración del estado de emergencia en Argelia. Fue contrarrestada por una represión estatal concertada, que incluyó asesinatos y torturas, y culminó en la masacre de 1961 (Taalba s.f.). Después de 1968, este barrio de inmigrantes predominantemente magrebí fue el escenario de famosas movilizaciones contra la violencia y los asesinatos racistas (1971) y llegó a acoger el establecimiento institucional de movimientos, entre ellos el Movimiento de Trabajadores Árabes (MTA) (Kawtari s.f.). En los dos últimos decenios, algunas partes del barrio se han poblado en gran medida de africanos negros, y el barrio se ha convertido en el centro de grandes movilizaciones de migrantes indocumentados y de un movimiento de okupas nacido dentro de sus muros. La importancia política de la desestructuración de Goutte D'Or/Château Rouge no puede entenderse adecuadamente sin tener en cuenta -además de conceptualizar- esta historia específica de resistencia descolonial y antirracista.

contra el Delito, BAC por sus siglas en francés) y métodos paramilitares de contrain-surgencia destinados a mantener a los residentes bajo control e impedir el desarrollo de vínculos entre la resistencia local y las dinámicas de movilización más amplias (Rigouste, 2012; Belmessous, 2010). Los métodos de contrainsurgencia, que se utilizan en la guerra urbana en zonas de conflicto no europeas, se basan en las doctrinas de seguridad del Estado expurgados de su anticomunismo de la Guerra Fría, pero que continúan tratando a los no blancos como amenazas internas (Rigouste 2011). Además, las prácticas hipermasculinizadas localizadas en las unidades de BAC para provocar, expulsar y humillar a los habitantes vuelven a desplegar formas neocoloniales de vigilancia que se asemejan, en efecto, a los regímenes excepcionales (Rigouste 2012, 137-171; Blanchard, 2011). Por lo tanto, es posible comprender por qué las unidades móviles de policía se perciben a menudo como fuerzas de ocupación que perpetúan una forma cuasi colonial de desprecio del Estado (*la bogra*)¹³ (Belmessous, 2010, 124; Abdallah, 2012, 12). Y es comprensible que las demoliciones espectaculares con dinamita puedan evocar recuerdos de la guerra colonial entre los residentes de más edad (Abdallah 2005, 160) -o de Gaza, el Sahel y el África occidental entre los residentes más jóvenes. Las observaciones de Fanon aún se mantienen vigentes: en un contexto (neo)colonial, las jerarquías territoriales están organizadas en parte a través de las agudas líneas divisorias raciales trazadas por las fuerzas policiales o militares.

¡Cuidado con las apariencias! Las contradicciones de las estrategias estatales

“Con la renovación urbana, el gueto está siendo reconstruido, pero más limpio. Hemos destruido muchas cosas aquí, y cada vez los problemas [de drogas, okupas] han cambiado”.

Yazid Sabeg, Presidente del Comité de Evaluación y Supervisión del Organismo Nacional de Renovación Urbana (2012)

“Se ha destruido mucho aquí, y una y otra vez? cada vez los problemas [de las drogas, de la ocupación ilegal] se han desplazado”.

Abdel, habitante de la Cité des 4000, La Courneuve (Le Monde, 2012)

¹³ Término de raíz árabe que posee una connotación de estigma social negativo y en general es empleado por agentes del poder político estatal. En Argelia, a fines de los años 1980 la utilización de este término discriminatorio y las asimetrías e injusticias sociales que supone generó importantes movilizaciones sociales. (Nota del traductor).

Los proyectos de renovación urbana ayudan a derribar las viviendas estigmatizadas tanto física como socialmente. Esto se logra en gran medida no mediante su completa destrucción y reubicaciones masivas, sino reduciendo la oferta de las viviendas sociales más subvencionadas, fomentando la tenencia diferenciada (con adiciones selectivas de unidades privadas y subvencionadas) y, en algunos casos, descentralizando la construcción. Sin embargo, los informes de evaluación y los entrevistados indican que el PNRU no mejora las condiciones económicas de los residentes (Jerónimo, 2012), ni conduce a la integración social, la armonía política o la equiparación territorial de los “problemas sociales”. Más bien, el PNRU produce fragmentación social, segregación finamente cincelada y movilidades residenciales diferenciadas en los sitios reurbanizados y más allá (Lelévrier, 2010a-b; Lelévrier y Noyé, 2012; Epstein, 2012b; Oblet y Villechaise, 2012; Faure, 2006; Comité de Evaluación, 2008). En palabras de un animador, la reconstrucción alienta a “quienes tenían recursos, ya sea en términos de redes o en términos financieros” a que se vayan y así “pervierte la poca mezcla social que existía al principio”. (entrevista 14). Según un planificador urbano, los proyectos conducen a “una cierta forma de clasificación social [...] entre los que pueden acceder a lo nuevo [menos pobres] y los que son realojados en lo viejo” (entrevista 4). Entre los hogares de bajos ingresos segregados, las familias numerosas o monoparentales y los hogares con antecedentes de inmigración están sobrerrepresentados (Lelévrier, 2010, 46; Lelévrier y Noyé, 2012, 207).

¿Por qué esta combinación de resegregación y movilidad socialmente segmentada? En primer lugar, el sesgo hacia las viviendas sociales o privadas “mejoradas” -más pequeñas y más caras-, así como la dificultad de atraer a nuevos residentes a determinados lugares y el imperativo de mantener el valor de las propiedades en los mercados de suelo capitalistas reales o simulados, todo ello milita en contra de la proximidad espacial. En segundo lugar, el alto valor de la propiedad y la resistencia mixta (racial o de clase) en otras áreas bloquean la distribución espacial dispersa de las viviendas “más sociales” [más subvencionadas], como lo indican los promotores inmobiliarios de las comunas de izquierda y de derecha (entrevistas, 4, 9; Bacqué et al., 2010; Belmessous, 2006). En tercer lugar, la residencialización influida por la seguridad -vallar los nuevos edificios, las entradas, los patios de recreo y las zonas de estacionamiento- socava el espacio público donde la “mezcla” podría tener lugar de hecho. Llamada “bunkerización” por algunos (Belmessous, 2010), el diseño securitario refuerza la cultura del miedo y la tendencia de los residentes y recién llegados a evitar a los demás tanto en el vecindario como en el sistema escolar (entrevistas, 9, 13, 14). Como se sabe por la historia de los grandes conjuntos franceses (que también trataron de evitar las concentraciones de proletarios aunque ahora se

consideran mezclas no “apropiadas”), la idea de la ciudad europea como máquina de integración social por proximidad física no resiste a un escrutinio más riguroso (Chamboredon y Lemaire, 1970; Bernard, 2009).

El PNRU ilustra la forma en que los análisis de políticas desarrollados a nivel local deben evitar dar por sentadas las intenciones de las políticas públicas, así como la eficacia del discurso oficial y su circulación autorreferencial entre los encargados de la formulación de políticas. De las perspectivas dialécticas marxistas y anticoloniales de Lefebvre y Fanon sobre el Estado y la política colonial se desprende que es mejor prestar atención a las grietas en las estrategias estatales así como a las contradicciones potenciales entre las concepciones de los planificadores, los políticos y las prácticas espaciales cotidianas. En el caso francés, esa sensibilidad a las contradicciones de la intervención estatal es necesaria para comprender también cómo difieren los encargados de formular políticas locales en sus interpretaciones del objetivo del Estado central de promover la integración social republicana mediante la mezcla social (es decir, una integración que sea por lo menos etno-racializada de/por rebote) (Kirsbaum, 1999; 2013).

Algunos municipios -Poissy, Sartrouville- se han comprometido a dismantlar las concentraciones existentes de residentes no europeos y la imagen de “repliegue comunitario” asociada a las *cités*. Según los urbanistas, estos municipios pretenden dispersar un número importante de residentes actuales y se niegan a construir lugares de oración y mezquitas en los sitios de reconstrucción (entrevistas 7, 11). Otros, en cambio, no presentan tales objeciones a la organización de la comunidad. En Mantes-la-Jolie, un político de izquierda argumenta que:

“...para [la derecha racista que actúa aquí], el objetivo no es mezclar [...] Aquí estamos en una lógica de gestión étnica [...] todos en casa, un modelo más bien comunitario reforzado por las prácticas comerciales, una estrategia de rodeo del Val-Fourré [...] que conduce efectivamente a una concentración étnica adicional” (entrevista 10).

Para el gobierno municipal derechista de Mantes, “la restauración de mezquitas [en el sitio reconstruido de Val-Fourré es un medio] de comprar la paz social” (entrevista 9) y de prolongar las relaciones clientelares con grupos de habitantes étnicamente esenciales, sin necesariamente dispersarlos (entrevista 10; véase también Kirsbaum, 1999, 106). En consecuencia, la mezcla social tiende a clasificar a los residentes actuales en función de sus ingresos, como en el caso de los que pueden mudarse a viviendas de nueva construcción en terrenos reurbanizados (Zappi, 2015). Mientras tanto, con el París socialista, el apoyo a una sala de oración islámica en Châ-

teau Rouge permitió a la ciudad diferenciarse de la derecha populista y fascista (que también se había movilizado allí contra las oraciones musulmanas en la calle). Según el alcalde del distrito, el proyecto de renovación aprueba simbólicamente la mezcla “popular y multicultural” del distrito, incluso si trata de diluir y ordenar el carácter africano de los espacios comerciales, residenciales y públicos (entrevista 8). Estos dos casos demuestran que el republicanismo aparentemente ciego a la “raza” puede existir efectivamente con prácticas estatales comunitarias o multiculturalistas¹⁴.

¿Demolición como proyecto hegemónico? Violencia estructural, resistencia e integración

“La experiencia francesa nos muestra que los movimientos urbanos no sobreviven si sólo hacen demandas económicas. Si no superan el nivel de exigencias en materia de consumo colectivo, desaparecerán”
Castells, 1983, 96.

Los residentes se resistieron a diversas expresiones de la violencia estructural y simbólica plasmada en los proyectos de reconstrucción: la demarcación y la mercantilización de las viviendas sociales, la pérdida de una vivienda y sus recuerdos asociados, el temor a perder los barrios y las redes de apoyo. Esta resistencia fue desigual y multifacética, pero nos recuerda una línea de análisis vital en nuestra tradición lefebvriano-fanoniana: el énfasis en la resistencia cotidiana y la acción colectiva como forma de apropiación del espacio (y el tiempo) (Kipfer, 2007). En nuestro caso, la resistencia a la reurbanización de la vivienda social se ha basado en repertorios de acción para la reapropiación del espacio en las ciudades, que son complejos en cuanto al género y tienen profundas raíces históricas (Bouamama, 2009; Lapeyronnie, 2008; Da Silva, 2004). En forma de acciones directas o difusas, esto puede haber significado negarse a abandonar las unidades, lanzar cócteles molotov en los terrenos de edificación (entrevista 4), o establecer campamentos post-desalojo (Muhammad, 2011). La renovación parece haber aumentado la participación en los disturbios de 2005,

¹⁴ Las estrategias explícitas de organización comunitaria para gestionar las viviendas de los trabajadores migrantes tienen una larga historia en el caso de la AFTAM (Association pour la formation technique de base de travailleurs africains et malgaches) [Asociación para la formación técnica básica de los trabajadores africanos y malgaches]. A diferencia de las ciudades de tránsito, esta asociación privada, que se creó originalmente en 1962 para albergar a la primera generación de trabajadores de África occidental, no tenía como objetivo la dispersión y, por tanto, la asimilación de los trabajadores de las colonias. Hoy en día, los albergues de trabajadores de la AFTAM siguen funcionando según los marcadores étnico-raciales, a pesar del imperativo nacional de la mezcla social (Béguin, 2014).

que fueron más intensos en las zonas donde la ANRU estaba llevando a cabo proyectos (Epstein, 2008, 287-92; Lagrange, 2008, 382). Sin embargo, lo más frecuente es que la oposición organizada haya adoptado la forma de lo que Castells denominó sindicalismo urbano: asociaciones de inquilinos que hacen demandas parciales -sin demoliciones innecesarias, sin reconstrucción, con una reubicación más fácil- para defender la integridad de las cités contra la mezcla “desde arriba”. Como indican los materiales de la campaña y las entrevistas con los urbanistas, esas reivindicaciones fueron formuladas por asociaciones específicas de los barrios o activas a nivel departamental, algunas de ellas con estrechos vínculos con la infraestructura política de los barrios “rojos” (Confederación Nacional de la Vivienda) (Entrevistas 4, 5, 6, 11; Colectivo Viviendas Colectivas de Val D’Oise 2007; Yvelines en lutte 2007).

Las movilizaciones contra los planes iniciales de demoler *La Coudraie* en Poissy y demoler parcialmente la *Cité Rouge* en Gennevilliers estuvieron en el centro de un intento por vincular los movimientos de resistencia local a una red más amplia (La Coordinación Anti-Demolición de los Barrios Populares), así como a una organización nacional de barrios obreros estigmatizados (el Foro Social de los Barrios Populares). Organizadas con la ayuda de activistas de movimientos de reivindicación social de larga data -los defensores del derecho a la vivienda social (HLM) para el primer caso, y el Movimiento de la Inmigración y la Periferia (*Mouvement de l’immi-*



Imagen 4. Demolición y Reconstrucción Gennevilliers Cite Rouge, 2012. Fotografía del autor

gration et de la banlieue, MIB), antirracista, en el segundo -estas dos coaliciones han tratado de superar la escala barrial. De las entrevistas con activistas de ambos movimientos y del material de la campaña se desprende claramente que estos grupos han desarrollado duras críticas a la demolición, percibida como limpieza o purificación social, así como a la especulación con el suelo. También analizaron las demoliciones y la renovación urbana como ataques a las periferias como entornos de vida de larga duración y zonas de resistencia para los inmigrantes de la clase trabajadora (entrevistas 3, 15; CAQP, 2008; FSQP, 2008a-b; Kipfer, 2009). En conjunto, estos esfuerzos de resistencia en red articulaban las preocupaciones del sindicalismo urbano con las tradiciones del antirracismo encarnadas a través de un complejo arreglo de movimientos autónomos (Boubeker y Hajjat, 2008) y asociaciones (Withold de Wenden y Leveau, 2001).

En Poissy y Gennevilliers, la oposición ha tenido un impacto directo en los esfuerzos de reconstrucción, al detener las demoliciones completas o reducir el número de unidades demolidas, mejorando las condiciones del proceso de reubicación y la calidad de las unidades reconstruidas (entrevistas 5, 11). En Sartrouville, la resistencia anticipada limitó el alcance de las demoliciones (entrevista 7). En efecto, no cabe duda de que la oposición -tanto la existente como la potencial- explica, en parte, por qué la demolición en la región de París, a diferencia de varios casos en otros países, es casi siempre parcial (habiendo sido total sólo en Croix-Petit en Clergy). No obstante, ha sido difícil sostener una oposición colectiva más allá de las reivindicaciones parciales y específicas dirigidas a proyectos individuales. ¿Por qué ha sido así? Estructuralmente, es difícil para las asociaciones y los residentes (en crisis permanente), que sufren una precariedad cotidiana (Abdallah, 2005), oponerse a una reurbanización concertada en toto. Además, la reubicación separa e individualiza a los residentes que deben abandonar sus hogares o asegurarse de que se mantienen en buenas condiciones con las organizaciones de HLM (Deboulet, 2006). Una vez atomizados, se dividen más fácilmente en ganadores y perdedores (Oblet y Villechaise, 2012). Además, la reconstrucción tiende a modificar el equilibrio de poder a favor de los nuevos residentes, especialmente cuando llegan en gran número. En la Goutte D'Or, por ejemplo, los gentrificadores se han transformado en una fuerza política eficaz que apoya la recomposición social "calmando" al vecindario y controlando los parámetros de diversidad en el espacio público y la vida comercial (Bacqué y Fijalkow, 2011, 127-31).

Esas condiciones de fragmentación subalterna (Clerval, 2013, 208-228) facilitan la capacidad de los políticos y planificadores para manejar la oposición con una mezcla de coerción, control e integración. En el suburbio "rojo" de Gennevi-

lliers, la alcaldía ha reactivado su larga relación paternalista con las asociaciones de votantes e inquilinos para convencer a los activistas de permanecer en la familia política (“la mairie-poule”) (entrevista 5). En Saint-Denis, Sarcelles y Montreuil, las consultas parecían estar bien afinadas, desmoralizando a los residentes (entrevista 14) o aumentando la capacidad de los promotores para seleccionar ellos mismos a unos pocos representantes “fiables” de los inquilinos (entrevista 6). En La Courdraie, Poissy, un líder de la comunidad de inquilinos se unió al equipo del alcalde después de ayudar a derrotar a la antigua mayoría de derecha en las elecciones de 2008 (entrevista 11). Y en Mantes-la-Jolie, un político de la oposición sostuvo que “la reestructuración urbana [representaba] un conjunto de mercados” para que el ex alcalde Bédier “siguiera una política clientelar”, “una forma de hacer carrera fuera de las licitaciones” (entrevista 11). Los proyectos de la ANRU demuestran así no sólo las contradicciones de la acción del Estado. También dan testimonio del papel de la planificación urbana en el desarrollo de una pasividad política subalterna y, por lo tanto, de la construcción de la hegemonía (Lefebvre 2003, 184-86). Lo han hecho en parte renovando los repertorios políticos paternalistas, para los cuales los trabajadores y los residentes (neo)colonizados son incapaces de una acción colectiva histórica (Memmi, 1985, 114).



Imagen 5. *Reconstrucción Sarcelles*, Foto del autor

Conclusión

“En todas las regiones del mundo, las luchas por el control y el empleo en las ciudades son actualmente intensas. La idea de que la urbanización conduce a la integración social ya no es muy prometedora, ni siquiera como mito popular. Los espacios y objetos del espacio urbano están cada vez más manipulados para reivindicaciones particularistas y para consolidar las zonas de desconexión. Los ideales de intercambio social aparecen necesariamente distantes y abstractos [...] Por lo tanto, las proximidades territoriales y culturales no facilitan la colaboración ni la negociación”.
Simone 2010 314-5.

En este capítulo, he puesto en primer plano los aspectos específicamente políticos de la renovación urbana de la región de París. Desde una perspectiva inspirada en Henri Lefebvre, Frantz Fanon y la investigación francesa sobre las intervenciones estatales neocoloniales, sugerí que estos proyectos no pueden entenderse adecuadamente como ejemplos de neoliberalismo urbano (véase también Morel, Journal y Sala Pala, 2011). No pueden entenderse sólo como intentos de reprogramar el desarrollo económico del Estado para facilitar la acumulación mediante la valorización de la tierra y el desarrollo económico. Vuelven a desplegar las relaciones territoriales opresivas. En parte como respuesta o anticipación a las trayectorias de luchas locales y nacionales, los proyectos de renovación urbana intentan reorganizar las relaciones sociales de clase y raza mediante relaciones espaciales de proximidad física e integración funcional. En la medida en que la mezcla social y la planificación post-funcionalista redistribuyen los repertorios estatales desarrollados al comienzo y durante las luchas anticoloniales de mayo de 1968 y el antirracismo de los años 1980, representan estrategias contrarrevolucionarias de “recolonización” no sólo en el sentido metafórico del término, sino también en su sentido racializado y específicamente neocolonial. Por supuesto, los efectos políticos de los proyectos de renovación urbana son contradictorios: a menudo conducen a la microsegregación en lugar de la integración social (por no hablar de la paz social). Sin embargo, al desestructurar la composición social y física de las grandes urbanizaciones, estos proyectos acentúan una descomposición y recomposición socio-espacial más amplia de los grupos subordinados, especialmente de los residentes no blancos (Lambert, 2015, 28-32). Por lo tanto, plantean preguntas más amplias sobre el futuro de las reivindicaciones del derecho a la ciudad. ¿Pueden las “periferias” seguir siendo bastiones de la movilización popular que conducen a formas más amplias de convergencia

política, como suponen tanto Lefebvre como los actuales activistas antirracistas? Y, dado el compromiso del Estado con la mezcla social desde arriba, ¿cómo puede la desegregación seguir siendo un medio de transformación emancipadora, tal como la concibieron tanto Lefebvre como Fanon, según sus enfoques humanistas radicales?

Como indica la cita de AbdouMaliq Simone, la reurbanización de las urbanizaciones de París no es un hecho aislado. Los proyectos de rehabilitación o erradicación de tugurios, la reconstrucción de viviendas sociales, la gentrificación o las operaciones militares urbicadas en otras partes del mundo, a pesar de sus diferencias, también demuestran que las estrategias estatales de desegregación impuestas por la fuerza y la dispersión de los espacios subordinados no traen consigo la emancipación, sino nuevas formas de dominación política en una era de intensificación de la violencia y la polarización socioeconómicas (Kipfer y Goonewardena, 2007, 2014). Mi énfasis en el peso político de la reurbanización de París refleja en parte el papel de la historia revolucionaria de Francia y las colonias en relación con la politización de las estrategias espaciales del Estado, un papel que nos recuerda el significado específicamente contrarrevolucionario de la pacificación en este contexto imperial. Sin embargo, sería engañoso considerar que las estrategias espaciales de los estados sólo se derivan de un “modelo” francés. Esto no sólo se debe al hecho de que el republicanismo francés es contradictorio y está atravesado por trayectorias subnacionales y desiguales de luchas e intervención estatal (Amiriaux 2010). También hay que ver que la política urbana francesa se sitúa en una relación simbólica e institucional con otros contextos imperiales actuales. Se ha desarrollado en parte como respuesta a la amenaza percibida del “gueto” americano (y sus supuestos equivalentes británicos, Brixton y Toxeth). Al mismo tiempo, se sigue exportando como modelo, sirviendo tanto como anti-modelo (“el peligro de las periferias”) como referencia positiva para proyectos de paz en contextos históricamente menos insubordinados en Europa y América del Norte (Saberri, de próxima publicación; Ronneberger y Tsianos, 2009). Lejos de ser un caso único, París es un punto de partida crucial para la investigación comparativa.

Basado en Lefebvre y Fanon, mi análisis de las estrategias del estado neocolonial atestigua el papel de la política urbana en la organización del poder como consentimiento y coacción. Esto tiene varias implicancias para la investigación. Permítanme destacar una: la necesidad de desarrollar la investigación sobre los aspectos poscoloniales del capitalismo contemporáneo, en particular el estado. Es bien sabido que el término poscolonial se utilizó en referencia a las realidades concretas de la formación de los estados postindustriales (Alavi, 1971) varios años antes de que se le llamara un enfoque deconstruccionista (o postestructuralista) específico del

(neo)colonialismo. Este capítulo señala la necesidad de revitalizar la investigación, no sólo sobre los estados (post)coloniales del Sur (Elsenhans, 1984; Goswami, 2004; Amin-Khan, 2012;), sino también sobre las dimensiones neocoloniales de la forma y el espacio estatal en el Norte imperial, un aspecto inexplorado de la teoría estatal euroamericana. Esas investigaciones pueden contribuir a un cambio materialista en la investigación poscolonial, incluida la investigación francesa sobre el Estado imperial en la que me he basado, y que ayuda a informar las posiciones marxistas y dialécticas en los recientes debates poscoloniales franceses. Para evitar el “conjunto colonial”, centrar la atención en el papel del Estado en la organización territorial jerárquica ayuda a mostrar que las realidades poscoloniales son recomposiciones -modificaciones y reinenciones- de un pasado colonial que interactúa con varios otros aspectos de la totalidad, específicos de la clase y el género (Khiari, 2008). A su vez, esa perspectiva puede ayudar a iluminar en qué medida el análisis de Nicos Poulantzas -según el cual los grupos subalternos pueden estar presentes en el Estado a través de “efectos remotos”, como amenazas reales o potenciales (2013, 208)- deben estar informados por la teoría decolonial.

Referencias

- Abdallah Mogniss, H (2012), *Rengainez – on arrive! Chroniques des luttes contre les crimes racistes ou sécuritaires contre la bagra policière et judiciaire des années 1970 à aujourd'hui*. Paris : Libertia.
- Abdallah Mogniss, H (2008), “1983 : La marche pour l'égalité”. Recuperado de <http://indigenes-republique.fr/1983-la-marche-pour-legalite-2/>
- Abdallah Mogniss, H (2005), “Face au ‘banlieue-show’ à la française. Pour un renouveau de l'action collective dans les quartiers d'habitat social”. Recuperado de <http://fsqp.fr/Face-au-Banlieue-show-a-la.html> consulté le 17 décembre 2014.
- Abdallah Mogniss, H (2001), “Banlieue Show – oder das Politikspektakel der Sprengung abgewirtschafteter cités”. En Jochen Becker (ed.) *bigness. Size does matter. Image/Politik. Städtisches Handeln*, pp. 155-63. Berlin : b_books.
- Abu-Lughod, J (1980), *Rabat: Urban Apartheid in Morocco*. Princeton: Princeton University Press.
- L'Agence IM'média (2013; 1983), <https://www.youtube.com/watch?v=zw1v6htOQGo>.
- Alavi, H (1972), “The State in Post-Colonial Societies: Pakistan and Bangladesh” *New Left Review* 74(1)
- Amiraux V (2010), “Crisis and new challenges? French republicanism featuring multiculturalism”. En Alessandro Silj (ed.) *European Multiculturalism Revisited* , pp. 65-104. London: Zed Books.
- Amin-Khan, T (2012), *The Post-Colonial State in the Era of Capitalist Globalization*. London : Routledge.
- ANRUa (Agencia Nacional de Renovación Urbana), (2007) *Convention ANRU ZUS Goutte Goutte d'Or Paris 18eme arrondissement*.
- ANRUB (2007), *Montreuil Bel Air et Grands Pêchers Projet de Rénovation Urbaine et Sociale Convention Pluriannuelle 2007-2012*.
- ANRUc (2005), *Convention de la Rénovation Urbaine La Courneuve Quartiers Ouest, Quartiers Nord, Centre Ville*.
- ANRUd (2004), *Clichy-Sous-Bois Montfermeil Convention parternariale pour la mise en œuvre du projet de renovation urbaine de Clichy-Sous-Bois – Montfermeil*.
- ANRUe (2006), *Le Plateau – Cité des Indes. Dossier de convention financière*.
- Arthurson, K (2012), *Social Mix and the City*. Collingwood: CSIRO Publishing.
- Bachmann C. y Le Guennec, N (2002), *Violences Urbaines*. Paris : Hachettes.
- Bacqué Marie-Hélène et Yankel Fijalkow (2011), “Social Mix as the aim of a controlled gentrification process: the example of the Goutte d'Or district in Paris”. En Gary Bridge, Tim Butler, y Loretta Lees (eds.) *Mixed Communities: Gentrification by Stealth?*, pp. 115-131, Bristol: Policy Press..

- Bacqué M-H., Fijalkow, Y., Flamand, A. y Vermeersch, S (2010), “‘Comment nous sommes devenus HLM’ Les opérations de mixité sociale à Paris dans les années 2000.” *Espaces et Sociétés* 140-141(1-2): 93-109.
- Baudin G. y Philippe G. (2006), “Faut-il vraiment démolir les grands ensembles?”, *Espaces et Sociétés* 2-3: 207-222
- Béguin H (2014), “Des ‘Africains Noirs’ à la ‘mixité sociale’. Usages paradoxaux des catégories ethniques dans les foyers de travailleurs migrants (AFTAM)”. En Fabien Desage, Christine Morel Journel, Valérie Sala Pala (dirs.) *Le peuplement comme politique*, pp. 17-34, Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Belmessous F (2014), “Catégorisation et discrimination des Algériens dans les politiques du logement à Lyon” En Fabien Desage, Christine Morel Journel, Valérie Sala Pala (dirs.) *Le peuplement comme politique*, pp. 133-153, Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Belmessous, F. et al. (eds.) (2006), *Les minorisés de la République: la discrimination au logement des jeunes générations d'origine immigrée*. Paris: La Dispute.
- Belmessous, H (2010), *Opération Banlieues: Comment l'Etat prépare la guerre urbaine dans les cités françaises*. Paris: La Découverte.
- Belmessous, H (2007), *Maire de Banlieues: La politique à l'épreuve du réel*. Paris: Editions du Sextant.
- Belmessous, H (2006), *Mixité sociale: une imposture*. Nantes: Atalante.
- Benevolo, L (1993), *The European City*. Oxford: Blackwell.
- Bernard, M (2009), *Sarcellopolis*. Paris: Finitude.
- Blanc, M (1983), “Le logement des travailleurs immigrés en France : après le taudis, le foyer, et aujourd'hui le H.L.M.”. *Espaces et Sociétés* (42): 129-140.
- Blanc-Chaléard, M-C (2012), “Les quotas d'étranger en HLM: un héritage de la guerre d'Algérie? Les Canibouts à Nanterre (1959-1968)”, *Métropolitiques* 16 mars http://www.metropolitiques.eu/spip.php?page=print%id_article=301;
- Blanchard, E (2012), “La police et les ‘médiinas algériennes’ en métropole” *Métropolitiques* 8 février http://www.metropolitiques.eu/spip.php?page=print&id_article=279
- Blanchard, E (2011), *La Police Parisienne et les Algériens (1944-1962)*. Paris: Nouveau Monde.
- Bouamama, S. (2009), *Les classes et quartiers populaires : pauperisation, ethnicisation, et discrimination*. Paris: Editions du Cygne.
- Bouamama, S. (1993), *De la galère à la citoyenneté : Les jeunes, la cite, la société* (Paris : Desclée de Brouwer)
- Bouamama S., H Sad-Saoud et M Djerdoubi (1994), *Contribution à la mémoire des banlieues*. Paris: Volga.

- Boubeker, A. y Hajjat, A (eds.) (2008), *Histoire politique des immigrations (post) coloniales*. Paris: Amsterdam.
- Brenner, N. (2004), *New State Spaces*. Oxford: Oxford University Press.
- Bridge, G.; Butler, T. y Lees, L. (eds.) (2008) *Mixed Communities: Gentrification by Stealth*. Bristol: Policy Press.
- Bugeaud M. (1997), *La Guerre des rues et des maisons*. Paris: Jean-Paul Rocher.
- Butler R. y Noisette, P (1977), *De la cité ouvrière au grand ensemble : la politique capitaliste du logement sociale 1875-1975*. Paris: François Maspéro.
- Castells, M (1983), "The Rise and the Fall of the Grands Ensembles", *The City and the Grassroots*, pp. 75-96. Berkeley: University of California Press.
- Çelik, Z (1997), *Urban Forms and Colonial Confrontations: Algiers under French Rule*. Berkeley: University of California Press.
- Chamboredon, J-C. y Lemaire, M (1970) "Proximité spatiale et distance sociale. Les grands ensembles et leur peuplement" *Revue française de sociologie* 11(1): 3-33
- Clerval, A (2013), *Paris sans le peuple: la gentrification de la capitale*. Paris: La Découverte.
- Cohen M. y David, D (2012), "Les cités de transit : le traitement urbain de la pauvreté à l'heure de la décolonisation" *Métropolitiques* 29 febrero.
- Collectif Logement Val D'Oise 95 Est (2007), *No title*. Octubre 14, 2007. Recuperado de Antidemolition.Blogspot.Com/Search/Label/Ville%20Sarcelles. Consultado en mayo de 2010.
- Comité d'évaluation de de suivi de l'ANRU (2008), *Rénovation urbaine 2004-2008*. Paris: La documentation française.
- Cooper, F (2005), *Colonialism in Question : Theory, Knowledge, History*. Berkeley: University of California Press.
- Coordination anti-démolition des quartiers populaires (CAQP) (2008), "Manifeste de la Coordination anti-démolition des logements HLM : Démolitions violentes et non concertées des quartiers : non!!!". Recuperado de <http://marseille2008.novox.org/spip.php?article49&lang=fr> consulté en 2008.
- Da Silva M (2004), "Quand les femmes des quartiers sortent de l'ombre" *Le Monde Diplomatique* Septiembre, 8-9.
- David C (2014), "Faire du logement social des 'immigrés' un problème de peuplement. Configuration politico-administratives et usages des catégories ethno-raciales (St-Denis)". En Fabien Desage, Christine Morel Journel, Valérie Sala Pala dir. *Le peuplement comme politique*, pp. 307-327. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- De Barros, F (2012), "'Bidonvilles' : from colonial policy to the Algerian War" *Métropolitiques* 21 de marzo.

- De Barros, F (2007), “Contours d’un réseau administratif “algérien” et construction d’une compétence en “affaires musulmanes”. Les conseillers techniques pour les affaires musulmanes en métropole (1952-1965)” *Politix* 76: 97-117.
- De Barros, F (2005), “Des ‘franco-musulmans aux ‘immigrés’ : l’importation de classification coloniale dans les politiques du logement en France”, *Actes de la recherche en sciences sociales* 159(4): 26-53.
- De Rudder, V (1991), “‘Seuil de tolérance’ et cohabitation pluriethnique”. En Ta-guieff, P-A. (ed.) *Face au racisme tome 2: analyses, hypothèses, perspectives*, pp. 154-166. Paris : La Découverte.
- Deboulet, A (2006), “Le résident vulnérable. Questions autour de la démolition”, *Mouvements* 47-48: 4-5.
- Deluz-Labruyère, J (2004), “Les grands ensembles ou l’impuissance de l’utopie : L’exemple d’Alger” En Dufaut, F. y Fourcaut, A. (eds.) *Le monde des grands ensembles*, pp. 183-198. Paris: Créaphis.
- Desponds D (2010), “Effets paradoxaux de la loi Solidarité et renouvellement urbain (SRU) et profil des acquéreurs de biens immobiliers en Ile-de-France”. *Espaces et sociétés*, 140-41(1-2): 37-58.
- Dikeç, M (2007), *Badlands of the Republic: Space, Politics, and Urban Policy*. London: Blackwell.
- Driant, J (2012), “Défaire les grands ensembles”. En Jacques Donzelot (ed.) *A quoi sert la rénovation urbaine*, pp. 13-24, Paris: Presses Universitaires de France.
- Einaudi, J-L (1991), *La bataille de Paris*. 17 Octobre 1961.Paris : Seuil.
- Elsenhans, H (1984), *Abhängiger Kapitalismus oder bürokratische Entwicklungsgesellschaft: Versuch über den Staat in der Dritten Welt*. Frankfurt: Campus.
- Elsenhans, H (1974), *Frankreichs Algerienkrieg 1954-1962: Entkolonisierungsversuch einer kapitalistischen Metropole. Zum Zusammenbruch der Kolonialreiche*. Munich: Carl Hanser.
- Epstein, R (2012a), *La rénovation urbaine : démolition-reconstruction de l’Etat*. Paris: Les Presses Sciences Po.
- Epstein, R. (2012b), “ANRU : Mission Accomplie?”. En Jacques Donzelot (ed.) *A quoi sert la rénovation urbaine*, pp. 51-97, Paris: Presses Universitaires de France.
- Epstein, R. (2008), *Gouverner à distance: la rénovation urbaine, démolition-reconstruction de l’appareil d’Etat*. Thèse de Doctorat, Ecole Normale Supérieure de Cachan.
- Ewane, E. (2012), “ La guerre d’Algérie à Lyon : la bataille pour le contrôle de l’habitat” *Métropolitiques* 22 de febrero..
- Fanon, F. (2004), *The Wretched of the Earth*. New York: Grove Press.

- Fanon, F (1975), "Racisme et culture", *Pour la révolution africaine*. Paris: François Maspéro.
- Fanon, F (1967), *Black Skin White Masks*. New York: Grove Press.
- Fanon, F (1965), *A Dying Colonialism*. Grove: New York.
- Faure, S (2006), "De quelques effets sociaux des démolitions d'immeubles d'un grand ensemble HLM à Saint-Etienne", *Espaces et Sociétés* 2-3: 191-206.
- Fredenucci J-C (2003a), "L'émergent colonial des ingénieurs des Pont et Chaussées dans l'urbanisme des années 1950-1970", *Vingtième Siècle* 79(3): 79-91.
- Fredenucci, J-C (2003b), "'L'urbanisme d'Etat': nouvelles pratiques, nouvelles acteurs" *Ethnologie française* 37: 13-20
- Forum Social des Quartiers Populaires (FASQP) (2008a), *Quartiers en lutte*. Paris: Publication hors série du Forum des Quartiers Populaires et de la Coordination anti-démolition des quartiers populaires.
- Forum Social des Quartiers Populaires (FASQP) (2008b), "Logement : J'y suis! J'y reste" *Le Journal 3*. Recuperado de <http://www.fsqp.fr/> consultado el 17 de décembre 2014.
- Gallissot, R (2006), *La République Française et Les Indigènes: Algérie colonisé, Algérie algérienne*. Paris: Les Editions de l'Atelier.
- Gallissot, R (1995), "Maghreb-Europe. La ville bourgeoise, la ville coloniale et l'urbanisation prolétaire: ségrégation nationale et ségrégation sociale". En Gallissot, R. y Moulin, B. (eds.) *Les quartiers de la ségrégation : Tiers monde ou quart monde?*, pp. 309-320, Paris: Karthala.
- Gallissot, R.; Boumaza, N. y Clément, G (1994), *Ces Migrants qui font le prolétariat*. Paris: Méridiens Klincksieck.
- Garnier, J-P (2011), *Un espace indéfendable: L'aménagement urbain à l'heure sécuritaire*. Paris: Le monde à l'envers.
- Garnier, J-P (2010), *Une violence éminemment contemporaine*. Agone: Marseille.
- Gilbert, M (2010), "Place, Space and Agency: Beyond the Homogenous Ghetto". *Urban Geography* 31(2): 148-152.
- Goswami, M. (2004), *Producing India : From Colonial Economy to National Space* Chicago: Chicago University Press
- Gouvernement de France (2014), *Loi de programmation pour la ville et la cohésion urbaine*. Recuperado de <http://www.legifrance.gouv.fr/affichTexte.do?cidTexte=-JORFTEXT000028636804&categorieLien=id>
- Gouvernement de France (2003), *La Loi d'orientation et de programmation pour la ville et la rénovation urbaine*. Recuperado de <http://www.legifrance.gouv.fr/affichTexte.do?cidTexte=JORFTEXT000000428979>

- Hackworth, J. y Smith, N (2001), "The Changing State of Gentrification", *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie* 92(4): 464-477
- Hakimi Z (2005), "Le développement de "l'urbanisme de plan à Alger durant la période coloniale". En Hélène Vacher (ed.) *Villes coloniales aux XIX-XX siècles*, pp. 59-81, Paris: Maisonneuve et Larose.
- Hajjat A (2012), *Les frontières de l'identité nationale*. Paris: La Découverte.
- Hart G (2006), "Denaturalizing Dispossession: Critical Ethnography in the Age of Resurgent Imperialism" *Antipode* 38(5): 977-1004.
- Harvey, D (2003), *Paris, Capital of Modernity*. New York: Routledge.
- Hazan, E (2011), *Paris sous tension*. Paris: La Fabrique.
- Hazan, E (2003), *Chronique de la guerre civile*. Paris: La Fabrique.
- Hazan, E (2002), *L'Invention de Paris*. Paris: Seuil.
- Hervo, M (2012), *Nanterre en guerre d'Algérie. Chroniques du Bidonville: 1959-62*. Paris: Actes du Sud.
- Hmed, C (2008), "Des mouvements sociaux 'sur une tête d'épingle' : le rôle de l'espace physique dans le processus contestataire à partir de l'exemple des mobilisations dans les foyers de travailleurs migrants", *Politix* 145-165.
- Hmed, C (2007), "'Tenir ses hommes' La gestion des étrangers isolés dans les foyers Sonacotra après la guerre d'Algérie" *Politix* 76 : 11-30
- Hugues, B (2009), "D'Argenteuil à Bobigny, les visites de Sarkozy en banlieue", *Le Figaro* 24 novembre <http://www.lefigaro.fr/politique/2009/11/24/01002-20091124ARTFIG00435-d-argenteuil-a-bobigny-les-visites-de-sarkozy-en-banlieue-.php>. Consultado el 27 novembre 2014.
- Jérôme, B (2012), "La Cour des comptes dresse un bilan sévère de dix ans de rénovation urbaine" *Le Monde* 18 juillet.
- Kawtari T (s.f.), "Années 70, L'âge d'or de Barbès", http://fsqp.fr/IMG/pdf/BARBES__AGE_D_OR.pdf consultado el 17 diciembre de 2014.
- Khiari, S (2008), *La contre-révolution coloniale en France : de de Gaulle à Sarkozy*. Paris: La Fabrique.
- Kipfer, S (2014), "Lefebvre's Metamorphosis: 1989-2006-2014", *Society and Space* open site <http://societyandspace.com/material/discussion-forum/forum-on-henri-lefebvre-dissolving-city-planetary-metamorphosis/stefan-kipfer-lefebvres-metamorphosis-1989-2006-2014/>
- Kipfer, S (2012), "Ghetto or Not Ghetto: Quelques remarques sur la 'race', l'espace et l'Etat à Paris". En Boggio Ewanjé-Epée, F. y Magliani-Belkacem, S. (eds). *Race et Capitalisme*, pp. 125-146. Paris: Syllepse.

- Kipfer, S (2009), "Tackling Urban Apartheid: The Social Forum of Popular Neighbourhoods in Paris". *International Journal for Urban and Regional Research* 33(4): 1058-1066.
- Kipfer, S (2007), "Space and Fanon: Colonization, urbanization and liberation from the colonial to the global city". *Environment and Planning D: Society and Space* 2(4).
- Kipfer, S; Boudreau, J-A; Hamel, P y Noubouwo, A. (2016), "Grand Paris: the bumpy road towards metropolitan governance » dans Roger Keil, Pierre Hamel, Julie-Anne Boudreau eds *Governing Cities Through Regions: Canadian and European Perspectives*, pp. 27-40, Waterloo: Wilfrid Laurier Press.
- Kipfer, S. y Goonewardena K (2014), "Henri Lefebvre and 'colonization': From reinterpretation to research". En Stanek, L.; Schmid, C. y Moravánsky, A. (eds.) *Urban Revolution Now: Henri Lefebvre in Social Research and Architecture*, pp. 93-112, Farnham: Ashgate.
- Kipfer, S. y Goonewardena K (2013), "Urban Marxism and the post-colonial question: Henri Lefebvre and 'colonization'". *Historical Materialism* 21(2): 76-117.
- Kirszbaum, T (2013), "La rénovation urbaine comme politique de peuplement : Les Etats-Unis et la France entre classe et 'race'" *Métropoles* 13.
- Kirszbaum T (2008), *Mixité sociale dans l'habitat*. Paris: La documentation française.
- Kirszbaum T (2004), "Discours et pratiques de l'intégration des immigrés : la période des grands projets de la ville" *Les annals de la recherche urbaine* 97(12): 51-58
- Kirszbaum T (1999), "Les Immigrés dans les politiques de l'habitat : variations locales sur le thème de la diversité" *Sociétés Contemporaines* 33-34: 87-110.
- Lagrange, H (2008), "Émeutes, ségrégation et aliénation" *Revue française de science politique* 58:3 377-401.
- Lambert, A (2015), *Tous Propriétaires: L'envers du décor pavillonnaire*. Paris: Seuil.
- Lapeyronnie D (2008), *Ghetto urban*. Paris: Laffont.
- Laurens, S. (2009), *Une politisation feutrée: les hauts fonctionnaires et l'immigration en France (1962-1981)*. Paris: Belin
- Le Cour Grandmaison, O (2009), *Coloniser exterminer: Sur la guerre et L'Etat colonial*. Paris: Fayard.
- Le Cour Grandmaison Olivier (2005), *La République impériale: Politique et racisme d'Etat*. Paris: Fayard.
- Le Garrec, S (2014), "Bulles spéculatives et copropriétés en difficulté : Les leçons de l'histoire du grand ensemble de Clichy-Montfermeil". En Belmessous, F.; Bonneval, L.; Coudray de Lille, L y Ortat, N. (eds.) *Logement et politique(s) : un couple encore d'actualité*, pp. 73-84, Paris: L'Harmattan.

- Le Goullon, G (2014), *Les grands ensembles en France : Genèse d'une politique politique 1945-1962*. Paris: Editions du comité de travaux historiques et scientifiques.
- Le Monde (2010), "Histoire du quartier (3): L'espoir éphémère des années 80" 23 de julio.
- Le Parisien (2009), "Les Tours des Indes seront démolies en 2010" 19 mayo.
- Lefebvre, H (2003), *The urban revolution*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Lefebvre H (1991), *The production of space*, New York: Blackwell Publishing.
- Lefebvre, H (1978), *De l'état IV*. Paris: Union générale des éditions.
- Lefebvre, H (1977), *De l'état III*. Le mode de production étatique. Paris: Union générale des éditions.
- Lefebvre H (1976), *De l'état II*. Paris: Union générale des éditions.
- Lelevrier, C (2010a), *Action publique et trajectoires résidentielles : un autre regard sur la politique de la ville*. Habilitation: Université de Paris-Est
- Lelevrier, C (2010b), "La mixité dans la rénovation urbaine : dispersion ou re-concentration." *Espaces et sociétés* 140-41.1-2: 59-74.
- Lelevrier, C y Noyé, N. (2012), "La fin des grands ensembles?". En Donzelot, J. (ed.) *A quoi sert la rénovation urbaine*, pp. 185-221, Paris: Presses Universitaires Françaises.
- Leroux, D (2013), « Promouvoir une armée révolutionnaire pendant la guerre d'Algérie » *Vingtième Siècle* 120
- Math, A (2000), *Les allocations familiales et l'Algérie coloniale : A l'origine du FAS et de son financement par les régimes de prestations familiales*. Paris: GISTI. <http://www.gisti.org/doc/presse/1998/math/allocations.html>
- Masclat, O (2006), *La Gauche et les Cités: Enquête sur un rendez-vous manqué Deuxième Edition*. Paris: La Dispute.
- Masclat, O (2005), "Du bastion au ghetto: le communisme municipal en butte à l'immigration". *Actes de la recherche en sciences sociales* 4: 10-25.
- Memmi, A (1985), *Portrait du colonisé; portrait du colonisateur* (Paris: Gallimard)
- Mooers, C (1991), *The Making of Bourgeois Europe: Absolutism, Revolution and the Rise of Capitalism in England, France and Germany* (London: Verso)
- Morel, J, Sala Pala, C. y V. (2011), "Le peuplement, catégorie montante des politiques urbaines néolibérales? Le cas de Saint-Etienne" *Métropoles* 10.
- Muhammad, M (2011), "Le combat des réfugiés de la Tour Balzac" <http://www.foulexpress.com/2011/11/le-combat-des-refugies-de-la-tour-balzac/> Consulté en novembre 2011.
- ONZUS (*Observatoire national des zones urbaines sensibles*) (2011), *Rapport 2011*

ONZUS (*Observatoire national des zones urbaines sensibles*) (2009), *Rapport 2009*
Oblet, T y Villechaise, A (2012), "Les leçons de la rénovation urbaine". En Donzelot, J. (ed.) *A quoi sert la rénovation urbaine*, pp. 119-162, Paris: Presses Universitaires de France.

Picard, A (1996), "Colonie de peuplement et aménagement du territoire en Algérie (1830-1880)" En Saussol, A. y Zitomersky, J. (eds.) *Colonies, territoires, sociétés: L'enjeu français*, pp. 135-165, Paris: Harmattan.

Pitti, L (2008), "Travailleurs de France: voilà votre nom: les mobilisations des ouvriers étrangers dans les usines et le foyers durant les années 1970". En Boubeker, A. y Hajjat, A. (eds.) *Histoire politique des immigrations (post)coloniales*, pp. 95-111, Paris: Amsterdam.

Portes, T (2007), "A 50 ans Sarcelles rêve d'une nouvelle jeunesse" *Le Figaro*.

Poulantzas, N (2013), *L'Etat, le pouvoir et le socialisme*. Paris: Les prairies ordinaires.

Préteceille, Edmond (2009), "La ségrégation ethno-raciale a-t-elle augmenté dans la métropole parisienne?" *Revue Française de Sociologie* 50(3): 489-519.

Rabinow, P (1989), *French Modern*. Cambridge: MIT Press.

Rigouste, M (2012), *La domination policière: une violence industrielle*. Paris: La Fabrique.

Rigouste, M (2011), *L'ennemi intérieur*. Paris: La Découverte.

Ronneberger, K y Tsianos, V. (2009), "Panische Räume : Das Ghetto und die 'Parallelgesellschaft'". En Hess, S.; Binder, J. y Moster, J. (eds.) *No Integration? Kulturwissenschaftliche Beiträge zur Integrationsdebatte in Europa*. Berlin: Transcript.

Rosenberg, C. (2006), *Policing Paris: The Origins of Modern Immigration Control between the Wars*. Ithaca: Cornell University Press.

Ross, K (1995), *Fast Cars, Clean Bodies: Decolonization and the Reordering of French Culture*. Cambridge UK: MIT Press.

Sabeg, Y (2012), "Avec la rénovation urbaine, on refait du ghetto, mais en plus propre" [Interview] *Le Monde* 17 de marzo.

Saberi, Parastou (forthcoming) "On the spatial dimension of pacification: The politics of space and the politique des races in French colonial pacification strategies." En Anti-Security Collective (eds.) *Pacification*. Ottawa: Red Quill Books.

Sacriste, F (2012), "Surveiller et moderniser. Les camps de 'regroupement' de ruraux pendant la guerre d'indépendance algérienne." *Métropolitiques* 15 Febrero

Sala Pala, V (2013), *Discriminations Ethniques : Les politiques du logement social en France et au Royaume-Uni*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.

Sayad, A (1999), *La Double Absence*. Paris: Seuil.

Sayad, A (1995), *Un Nanterre algérien, terre de bidonvilles*. Paris: Autrement.

- Sayad, A (1991), *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*. Paris: Editions Universitaires.
- Schmid, C (2003), "Raum und Regulation. Henri Lefebvre und der Regulationsansatz". En Brand, U. y Raza, W. (eds.) *Fit für den Postfordismus? Theoretisch-politische Perspektiven des Regulationsansatzes*, pp. 217-42, Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Simon, P (2003), "Le logement social en France et la gestion des 'populations à risques'" *Homme et Migration* 1246: 76-91;
- Simone, A (2010), *City Life from Jakarta to Dakar: Movements at the Crossroads* (London: Routledge).
- Spire, A (2005), "L'héritage du passé colonial" *Étrangers à la carte: l'administration de l'immigration en France (1945-1975)*. Paris: Grasset.
- Stanek, L (2014), "Introduction : A Manuscript found in Saragossa: Toward an Architecture" En Henri Lefebvre *Toward an Architecture of Enjoyment*, pp. xi-lx, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Stovall, T (2003), "From Red Belt to Black Belt: Race, Class and Urban Marginality in Twentieth-Century Paris" En Peabody, S. y Stovall, T. (eds.) *The Color of Liberty: Histories of Race in France*, pp. 353-369., Durham y London: Duke University Press.
- Taalba, Farid s.f. "Emeutes à Barbès en 1955 : Chronique d'une vieille habitude". http://fsqp.fr/IMG/pdf/BARBES_1955.pdf consultado el 17 de diciembre 2014.
- Tanter, Annick y Toubon, J-C (1999) "Mixité sociale et politique de peuplement" *Sociétés contemporaines* 33-34: 59-87.
- Tévanian, P (2003), *Le ministère de la peur : réflexions sur le nouvel ordre sécuritaire*. Paris: L'esprit frappeur.
- Tissot, S (2007a), *L'Etat et les quartiers : genèse d'une catégorie de l'action publique*. Paris: Seuil.
- Tissot, S (2007b), "The role of race and class in urban marginality" *City* 11:3, 364-369
- Tissot, S (2005), "Une discussion informelle? Usages du concept de mixité sociale dans la gestion des attributions du logement HLM" *Actes de la recherche en sciences sociales* 159: 54-69.
- Tranb, J (2005), "La rénovation urbaine, ou comment en finir avec les quartiers d'habitat social" *Esprit* 311: 36-44.
- Viet, V (1999) "Les politiques du logement des immigrés (1945-1990)" *Vingtième Siècle* 64: 91-104.
- Viviano, M (2005), "Le financement de la politique de rénovation urbaine". *Revue du Trésor* 85(2): 75-79.
- Wacquant, L (2008), *Urban Outcasts : A comparative sociology of Advanced Marginality*, Cambridge U.K.: Polity.

- Wacquant, L (1999), *Les prisons de la misère*, Paris : Raisons d'Agir.
- Wilder, G (2003), "Unthinking French History : Colonial Studies Beyond National Identity". En Burton, A. (ed.) *After the Imperial Turn : Thinking with and through the Nation*, pp. 127-143. Durham: Duke University Press.
- Withold de Wenden, C. y Leveau, R (2001), *La bourgeoisie : Les trois âges de la vie associative issue de l'immigration*. Paris: Babélio.
- Wright, G (1991), *The politics of design in French colonial urbanism*. Chicago: Chicago U. Press.
- Yvelines En Luttés (2007), www.yvelines-en-lutte.info/spip.php?article66. 27 de enero. Consultado en mayo 2010.
- Zappi, S (2015). "Au Val-Fourré, une mixité sociale, mais pas ethnique" *Le Monde* 1º abril.

PARTE 2

Velocidades

Jorge TOMASI

Rodrigo Hidalgo DATT WYLER *et. al*

Laura Mercedes OYHANTCACAL *et. al*

Olivier SIROST



Desplazamientos múltiples

La casa en los tiempos y espacios del pastoreo altoandino

Jorge Tomasi

Introducción

La movilidad se constituye como el rasgo central en la definición del pastoreo como actividad productiva, y desde allí se han caracterizado sus particularidades a través de distintos casos a nivel global, marcando tanto las diferencias como los rasgos compartidos que se pueden reconocer (Galaty y Johnson, 1990; Khazanov, 1994). En el pastoreo altoandino¹ esta movilidad, estacional, se ha definido en relación con el aprovechamiento de los recursos diferenciales. En todo caso, centrar la mirada solo en los recorridos de las unidades domésticas con sus rebaños a lo largo del año implica dejar fuera del análisis un mundo de desplazamientos en un contexto donde la movilidad se constituye en sí misma como una forma de concebir el espacio. Entonces, ¿la movilidad se reduce realmente al manejo de los rebaños? Más aún, ¿Los recorridos de las personas sólo implican desplazamientos espaciales? Finalmente, ¿El desplazamiento es un habitar en sí mismo?

El campo de la arquitectura doméstica asociada al pastoreo ha tenido aportes importantes en las últimas décadas, pero se sigue reconociendo una desatención sobre la temática. Vale la pena preguntarse si este recorte en las investigaciones está asociado con la dificultad que se presenta a la hora de pensar lo arquitectónico en el marco de la movilidad. Dicho de otro modo, estos sesgos podrían emerger de una supuesta oposición entre lo fijo y lo móvil dentro de estas prácticas, particularmente cuando las arquitecturas no pueden transportarse, como sí ocurre, por ejemplo, con

¹ Al hablar de pastoreo altoandino nos estaremos refiriendo a las prácticas de crianza de animales a través de la movilidad que se desarrollan con ciertas características compartidas en la punta y los valles de altura en un heterogéneo espacio andino que involucra, a grandes rasgos, parte de los actuales territorios de Perú, Bolivia y el norte de Chile y Argentina. Cabe resaltar, en todo caso, que más allá del “aire de familia” en las prácticas pastoriles dentro de esta área, existen variaciones sustanciales en las movilidades, lógicas de asentamiento, conformaciones de los rebaños, regímenes de derechos territoriales, articulaciones con los estados nacionales, entre otras dimensiones.

las tiendas portátiles de los pastores de Mauritania (Boulay, 2007). Por el contrario, las arquitecturas del pastoreo (sensu Göbel, 2002) en el área andina están asociadas con construcciones fijas y estables a lo largo del tiempo, que participan en la definición de los recorridos, y no de arquitecturas que se transportan, como ocurre con las tiendas, en los desplazamientos de las unidades domésticas.

La búsqueda de este trabajo será pensar en la actualidad de estas arquitecturas domésticas en la intersección de un conjunto amplio de desplazamientos, a partir del trabajo realizado en la localidad de Susques (Provincia de Jujuy, Argentina). El desplazamiento como categoría permite ampliar conceptualmente el universo de la movilidad incluyendo y trascendiendo los cambios de posición en el espacio, para adentrarse también en aquellos cambios de las posiciones relativas dentro del campo social, en los vínculos entre las personas humanas y no humanas, entre los sujetos y los objetos. En cierto modo el desplazamiento implica un reordenamiento de las relaciones, muchas veces espacializadas, dentro del devenir de lo social, en el transitar los flujos de la vida. El desplazamiento implica entonces movimientos sociales en el espacio, pero también en el tiempo, poniendo el foco en la historicidad de las relaciones.

En efecto, este artículo explorará distintos desplazamientos que atraviesan la constitución misma de la definición de *casa*², en su materialidad y espacialidad, en el marco de las dinámicas del pastoreo altoandino. Estos desplazamientos mostrarán a las personas y las casas dentro relaciones móviles, cambiantes, que cruzan tiempos y espacios. Un primer desplazamiento se orienta al modo en que la casa se constituye como tal desde las inestables relaciones con otras personas humanas y no humanas; donde la protección y el peligro son ambos indisociables de la condición de lo doméstico. Esto permitirá discutir de la idea que el cobijo es una condición inherente a la casa, para considerarlo más bien como un eventual emergente, nunca permanente, de estas relaciones.

Un segundo desplazamiento acercará a las arquitecturas domésticas en la movilidad pastoril, considerando los distintos asentamientos que se recorren dentro de un ciclo anual. A partir de esto se analizará si estas arquitecturas además de una localización en términos espaciales no se constituyen como momentos dentro de un devenir histórico. Si esto fuera así, la movilidad pastoril no solo implicaría un desplazamiento espacial, sino también temporal de las personas.

² A lo largo del texto se utilizará la cursiva para los términos o expresiones nativas, o para aquellas que adquieran localmente un sentido específico. En este sentido, cuando se haga referencia a la casa en relación con su concepción en Susques, se escribirá en cursiva, algo que no ocurrirá cuando se mencione la casa en términos conceptuales más amplios.

El tercer desplazamiento mostrará cómo estas movilidades de los “tiempos lentos”, en términos de Zusman, Hevilla y Molina (2006), se articulan y tensionan con otras propias de los flujos del capitalismo global. A partir de la articulación que los pastores establecen con estas otras dinámicas, se observa un cambio en las velocidades de los desplazamientos con implicancias en las formas de habitar y sus arquitecturas. La movilidad incorpora nuevos lugares, nuevas arquitecturas y nuevas relaciones (Barada, 2018).

Finalmente, el cuarto desplazamiento expondrá la discusión sobre la vigencia y perspectivas futuras del pastoreo y las prácticas asociadas. Lejos de la desaparición del pastoreo, muchas veces decretada en el marco de las supuestas modernidades, es posible pensar en las múltiples formas en que las personas desafían, tergiversando desde nuevas prácticas, las políticas que proponen su sedentarización, desplazándose de los lugares que se espera que ocupen. De esta manera, el habitar encuentra otras formas, tan similares como diferentes a las que históricamente establecidas. En rigor, la flexibilidad para responder a nuevas realidades es uno de los rasgos que define al pastoreo como práctica social, y su persistencia muestra otras formas posibles de habitar el mundo. En este marco, de alguna manera, este cuarto desplazamiento, en rigor, integrará los tres precedentes desde las intersecciones de sus trayectorias espaciales y temporales.

Acerca de la metodología y el caso de estudio

El material con el que se trabajará surge del trabajo de campo etnográfico realizado entre el 2003 y el 2010 en la localidad de Susques, en el marco de una investigación centrada en las espacialidades y arquitecturas del pastoreo (Tomasi, 2011). Este trabajo de campo será revisitado, diez años más tarde, con nuevas preguntas, dentro de realidades sociales indefectiblemente cambiantes, que desafían los lugares comunes. En cierto modo, este artículo se constituye como una oportunidad para revisar viejas afirmaciones y enfoques a la luz de nuevos problemas.

Hablar de Susques implica referirse, por un lado, a un poblado de unos 2000 habitantes, ubicado sobre la RN 52 a 120 km al oeste de Purmamarca y a 155 km al este del límite con Chile, y que es la cabecera de una Comisión Municipal (CM); por el otro, a una comunidad que además del poblado incluye un área rural de unas 120 mil hectáreas sobre las que tiene los derechos bajo un régimen de propiedad comunitaria³ y donde unas 100 unidades domésticas tienen sus territorios de pas-

³ El territorio de la Comunidad Aborigen “Pórtico de los Andes” de Susques no es coincidente con el área de gobierno de la Comisión Municipal de Susques, en tanto esta última incluye a otras comunidades como Olaroz Chico o Huáncar, entre otras.

toreo⁴. En términos históricos, Susques tiene la particularidad de formar parte de un área, conocida como Puna de Atacama, que recién se incorporó en el año 1900, luego de haber estado bajo control boliviano primero y chileno luego (Benedetti, 2005). La incorporación se dio como parte del Territorio Nacional de Los Andes que se disolvería en 1943, siendo dividido su territorio entre las provincias de Catamarca, Salta y Jujuy, con toda el área de Susques dentro de esta última (Benedetti, 2005).

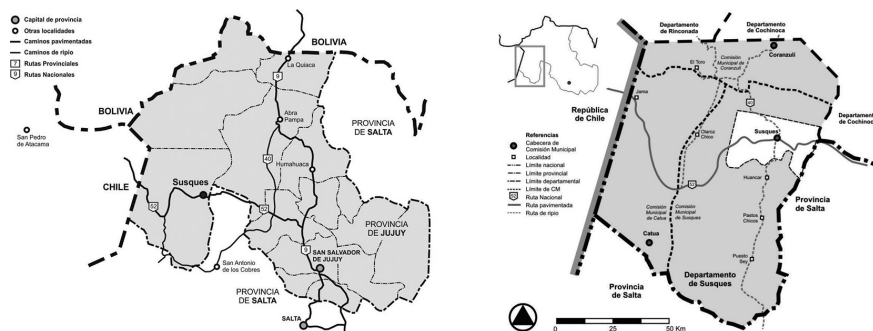


Imagen 1. Ubicación de Susques en la provincia de Jujuy y en el departamento del mismo nombre, con la indicación del territorio comunitario. Fuente: elaboración del autor

Arquitecturas, pastores y movilidades

El pastoreo se define como una forma de producción basada en la crianza de ganado a través de la movilidad de personas y animales, en pos del aprovechamiento de distintos recursos. En todo caso, como distintos autores han propuesto, el pastoreo, en el marco de estas prácticas móviles, se constituye como un modo de vida (Khazanov, 1994), lo que lleva a una mirada donde los desplazamientos incluyen, aunque exceden, los recorridos espaciales con los rebaños. Los estudios sobre el pastoreo de algún modo han logrado consolidar un campo a partir del establecimiento de ciertos rasgos que serían compartidos, y entonces definitorios, de las prácticas pastoriles a nivel global, dentro de los cuales es posible identificar múltiples variaciones. Estos rasgos compartidos incluyen la centralidad de las unidades domésticas en el manejo de los rebaños, la articulación comunitaria en torno a ciertas tareas, el establecimiento de relaciones de complementariedad con otros grupos o la flexibilidad para modificar sus prácticas productivas frente a contextos cambiantes (Galaty y Johnson 1990, Khazanov 1994), una cuestión central a los efectos de este trabajo.

En este marco de estudios sobre diversos aspectos del pastoreo, las miradas

⁴ Los territorios de pastoreo domésticos son conocidos en el área como pastoreos.

que reconocen en las arquitecturas, como parte del habitar, han sido ciertamente muy limitadas, centradas en los intereses de autores/as específicos/as. De hecho, las dos principales compilaciones sobre el pastoreo, prácticamente ignoran la temática, más allá de algunas menciones aisladas (Galaty y Johnson, 1990; Khazanov, 1994). Es posible esbozar dos razones para la comprensión de estas ausencias. Por un lado, los estudios sobre el pastoreo han tendido a centrarse en los flujos y los recorridos, más que en los elementos fijos, como las arquitecturas, que en cierto modo vendrían a contradecir los sentidos de la movilidad, salvo en los casos en los que esas arquitecturas también se desplazan junto con las personas y animales (Boulay, 2007). Por el otro, las principales disciplinas que se han concentrado en el estudio del pastoreo han sido la Antropología y la Geografía. Ambas han tenido, con sus particularidades, una cierta distancia con la arquitectura como objeto de estudio (Humphrey, 1988)⁵. Los estudios sobre el pastoreo serían, entonces, herederos de esos sesgos disciplinares sobre la arquitectura.

En este marco, la movilidad constante de los pastores ha llevado a una cierta expectativa sobre construcciones domésticas de un carácter más bien efímero, para usos en tiempos reducidos, ajenas a las arquitecturas con un carácter permanente. Sin embargo, particularmente los estudios sobre el pastoreo altoandino han mostrado cómo la alta movilidad estacional de los grupos domésticos puede estar asociada con la existencia de múltiples de espacios de residencia con construcciones estables a lo largo del tiempo. Esto lleva a las dinámicas de un habitar multilocalizado, tal que las familias están presentes en distintos lugares a lo largo del año, dentro de lo que se constituye como un único espacio doméstico, disperso pero articulado por los desplazamientos.

Este habitar pastoril en el contexto altoandino se ha caracterizado por estrategias de aprovechamiento de distintos pisos ecológicos o de microvariaciones ambientales a través de movilidades circulares entre distintos asentamientos (Nuñez y Dillehay, 1995; Göbel, 2002; Tomasi, 2013a). Esto implica que los grupos domésticos tienden a estar en determinados lugares en cada momento del año dentro de un ciclo estacional. Dentro de estos aspectos compartidos, también se presentan importantes variaciones respecto a la cantidad de asentamientos, las distancias que se recorren, la intensidad de la movilidad y las características de los territorios de pastoreo. En todo caso, lo usual es que cada grupo doméstico tenga un asentamiento principal, de mayores dimensiones, y una serie de asentamientos secundarios, sin

⁵ En el caso de la Geografía, la arquitectura sí tuvo un rol central en las agendas de la Geografía Humana y la Antropogeografía en la primera mitad del siglo XX, aunque estas indagaciones no tuvieron una continuidad en las décadas posteriores (Tomasi, 2012).

que esto implique necesariamente que se pasa más tiempo durante el año en uno u otro. Tal como propondremos, este conjunto de lugares dispersos es habitado en forma simultánea, sea con la presencia física de las personas o no.

En el caso de Susques, concretamente, cada una de las 100 unidades domésticas pastoriles controla un territorio discreto sobre el que tiene derechos exclusivos transmisibles por herencia donde manejan sus rebaños mixtos, de llamas, cabras y ovejas. Esto es diferente de lo que ocurre en otras comunidades andinas, donde los derechos territoriales, o al menos parte de estos, son otorgados a alguna institución comunitaria (pe. Palacios Ríos, 1977), o donde los territorios no son continuos, sino que tienen una conformación de islas distantes (pe. Nielsen, 1996), lo que implica rasgos diferentes tanto en las movilidades como en los asentamientos. Dentro de su territorio de pastoreo, en Susques, cada familia cuenta con una cierta cantidad de asentamientos, que, sintéticamente, incluyen una casa principal en el campo, conocida como domicilio, y una cantidad de variable de puestos o estancias en los cerros. De alguna manera, la movilidad anual puede sintetizarse como un recorrido circular entre el campo, las áreas más bajas y abiertas, donde se suele permanecer durante el período de lluvias en el verano, y los cerros donde las familias se instalan durante los meses más fríos.

Estas lógicas están lejos de haberse mantenido estáticas a lo largo del tiempo, y particularmente desde la segunda mitad del siglo XX el rol del pueblo de Susques fue ganando trascendencia (Tomasi, 2013b), de la mano con el proceso de incorporación del área a las dinámicas del estado argentino y sus políticas tendientes a la sedentarización de la población (Barada, 2018). La casa en el pueblo, entonces, se ha incorporado a un habitar cotidiano, dentro de nuevas formas de movilidad de la población.

En este marco, las arquitecturas domésticas, casas y estancias, se definen como tales desde un habitar en movimiento, disperso y simultáneo, en la intersección de una multiplicidad de desplazamientos. Muchos de estos desplazamientos están vinculados directamente con una movilidad espacial, mientras que otros se dan en torno a las diversas relaciones entre los sujetos y los objetos en un devenir, pero que en todo caso tienen sus implicancias desde la espacialidad y la materialidad.

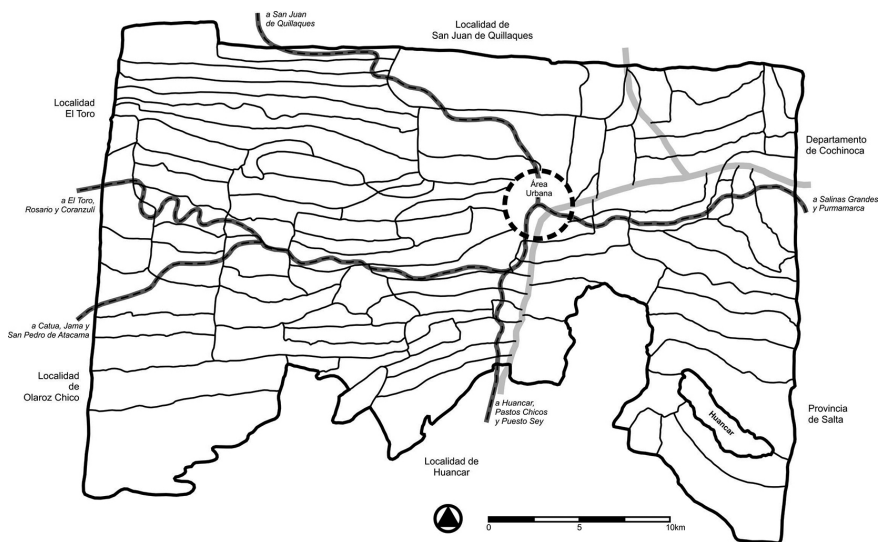


Imagen 2. El territorio de la Comunidad de Susques con sus distintos pastoreos y el área urbana del pueblo. Fuente: elaboración del autor.

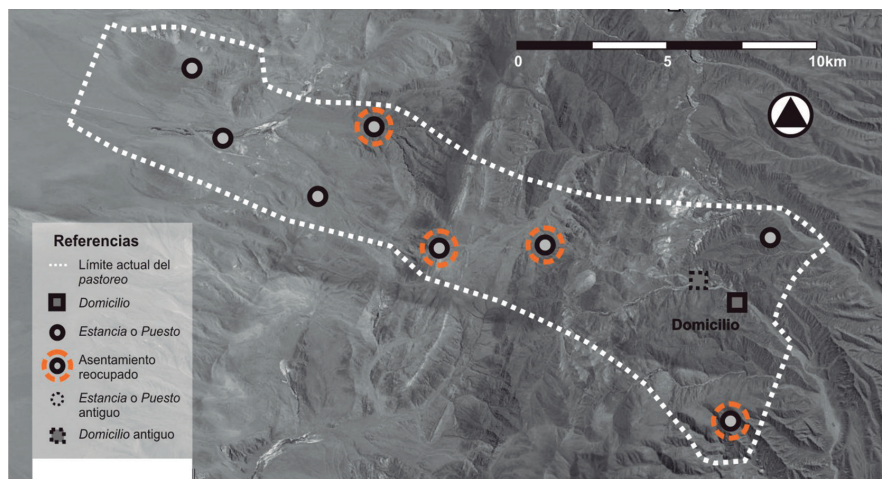


Imagen 3. El domicilio y las estancias en un pastoreo de Susques. Fuente: elaboración del autor.

Desplazamientos y pastoreo

La noción de desplazamiento en términos estrictamente físicos se refiere a un cambio de posición en el espacio, en base a un movimiento desde un punto a otro en un lapso de tiempo. Esta primera idea se vincula de un modo directo con el universo de las movilidades pastoriles y sus recorridos estacionales, aunque incorporando la dimensión temporal a una práctica que ha tendido a ser definida mayormente en términos espaciales. Sin embargo, el concepto de desplazamiento ha sido considerado en otras disciplinas, por ejemplo, en la psicología, para referirse a un mecanismo por el cual los sentimientos se mueven desde un objeto a otro.

Al hablar de desplazamientos en este trabajo vamos a aproximarnos a un cambio de posiciones relativas que no será siempre espacial en un sentido estricto. Esto no implicará que haremos uso meramente metafórico del término puesto que estos otros desplazamientos sí tendrán implicancias en las espacialidades. Esto se refiere a aquellos movimientos en el campo social que implican un cambio en la forma en que se establecen las relaciones entre las personas humanas y no humanas, entre los sujetos y los objetos, entendidos como entidades con capacidad de agencia. Puesto en estos términos, las condiciones de existencia de una casa como tal no son un *a priori*, algo inherente al hecho físico, sino que son un emergente de las relaciones entre las personas, y entre éstas y la casa misma, que colabora en el modelado de estos vínculos. Estas relaciones no son estáticas en el tiempo, aunque pueden ser estables, sino que los distintos agentes presentan diferentes desplazamientos que implican reconfiguraciones en sus condiciones de existencia. En este marco, a largo de las próximas páginas se considerarán los cuatro desplazamientos en torno al habitar la casa, los pastoreos y sus lugares.

1. Relaciones inestables

En el marco del habitar multilocalizado del pastoreo altoandino, cada uno de los lugares del grupo doméstico tiene sus significaciones particulares, incluyendo, como veremos, a los diferentes puestos o estancias. En este marco, el domicilio, la casa de campo, en el área de Susques tiene una relevancia particular, en términos arquitectónicos, pero también sociales. Por un lado, es la construcción más importante por la complejidad de su infraestructura y las dimensiones que tienen; por el otro, por las implicancias que tiene en la definición de un grupo doméstico como tal en el concierto más amplio de la comunidad. De hecho, las características de estos *domicilios* no se pueden comprender por fuera de lo segundo, puesto que no son necesariamente los asentamientos donde las personas y los rebaños pasan la mayor parte del tiempo a lo largo del año. En cambio, los domicilios sí son reconocidos

por el conjunto de la comunidad como el lugar de una cierta familia, tal que cada topónimo está directamente vinculado con el apellido de ese grupo doméstico: el domicilio está vinculado con la definición colectiva de ese grupo doméstico como tal. En esta línea, es en el *domicilio* donde se realizan las principales celebraciones anuales, como la *señalada*⁶ o el carnaval⁷, cuando cada familia recibe a personas que forman parte de sus redes de parentesco más amplias.

La importancia del domicilio es indisociable de su conformación a través de sus acumulaciones de tiempos, construcciones y prácticas, de sus rugosidades (Santos, 2006). Cada una de las construcciones que lo definen se ha ido sumando a lo largo del tiempo, vinculada con distintas personas o familias nucleares en diferentes generaciones, que han aportado tanto a la continuidad como la transformación de las espacialidades. En términos arquitectónicos, el domicilio se conforma a través de una serie de recintos que se distribuyen en torno a un patio, o eventualmente más de uno, que actúa como un espacio organizador de esa totalidad. Cada uno de estos recintos, individualmente, es conocido como casa. Dicho de otra manera, el domicilio es una casa y a su vez es una suma de casas en torno a un patio. Estas casas son una parte dentro de una totalidad más amplia que contribuyen a conformar, pero a su vez son una totalidad en sí misma.

Las unidades domésticas pastoriles en el área se definen como familias extensas, involucrando hasta tres generaciones en vertical e integrando a diferentes familias nucleares, sujeto a los ciclos de vida de estas unidades domésticas a lo largo del tiempo⁸. Cuando los hijos e hijas forman sus parejas, se constituyen como familias nucleares dentro de la misma unidad doméstica y tiene sus propios animales, aunque dentro del mismo rebaño que sus padres y sus hermanos y hermanas⁹. La conformación de esa nueva familia, nuclear, dentro de la familia, extensa, implica la

⁶ La señalada es la ceremonia y práctica anual que las unidades domésticas desarrollan para la marcación de los animales del rebaño.

⁷ En el contexto pastoril altoandino, con sus variaciones, el carnaval históricamente ha implicado recorridos por los asentamientos en el campo, vinculando las casas de las distintas familias.

⁸ A hablar de unidad doméstica se hará referencia a un grupo de personas que las más de las veces presentan lazos de parentesco entre sí y que comparten el manejo de un único rebaño. En este sentido, todas las unidades domésticas ingresan dentro de los que se define localmente como familia, lo que no implica que todos aquellos colectivos que son familia en Susques se correspondan con unidades domésticas. En otros términos, en una familia pueden reconocerse más de una unidad doméstica, que también internamente se considera familia.

⁹ El rebaño de una unidad doméstica, su hacienda, si bien se maneja en forma unificada, no se conforma necesariamente con animales que tienen el mismo dueño/a. Por un lado, cada miembro tiene sus propios animales que de hecho fueron recibiendo en suerte desde su infancia y luego multiplicaron; por el otro, incluso personas externas pueden tener animales dentro del rebaño ya sea al partir o al cuidado (Bugallo y Tomás, 2012).

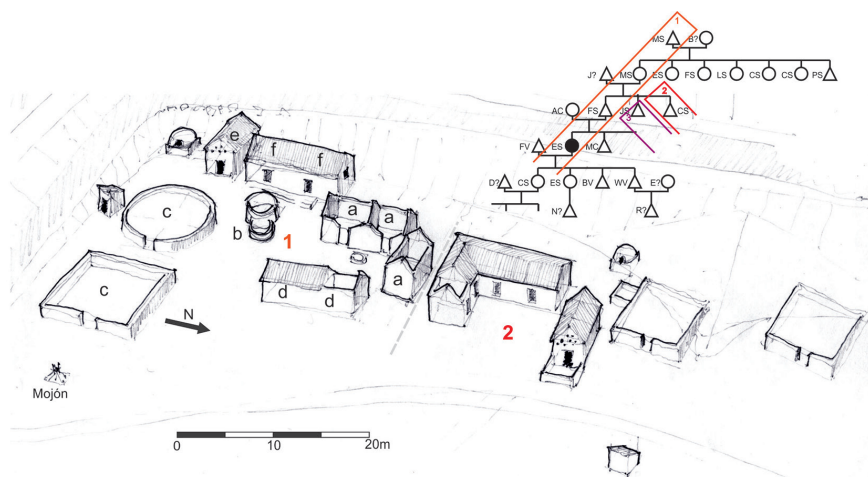


Imagen 4. Croquis de dos domicilios emparentados y su relación con una línea de descendencia. Fuente: elaboración del autor.

construcción de, al menos, una nueva casa dentro de la *casa*. Una familia se integra en la familia, y una *casa* se integra en la *casa*, implicando desplazamientos en las relaciones y los espacios y reconfigurando al mismo tiempo los vínculos existentes.

Dentro del ciclo de vida de la unidad doméstica se dan fisiones periódicas a lo largo del tiempo, en las que esas familias nucleares se escinden. En ese momento, pueden constituirse como unidades domésticas autónomas, lo que implica que comienzan a manejar su propio rebaño en forma independiente. Excede a los objetivos de este trabajo el análisis de las particularidades de las normas de herencia locales, aunque sí es relevante observar que, aunque un/a hijo o hija reciba parte o la totalidad del pastoreo y el *domicilio*, esto que implica que van a ser propietarios de todas las casas que lo componen. Los demás hijos e hijas van a seguir teniendo sus *casas* dentro del *domicilio*, aquellas que hicieron, y entonces en ese domicilio se entrecruzan distintas relaciones dentro de la construcción de una determinada línea de descendencia. El fallecimiento de quienes construyeron casas en el domicilio también tiene sus implicancias. Esas casas no son vueltas a utilizar, ni tampoco son demolidas para aprovechar los materiales en otra construcción. Con el tiempo pierden su techo, o se lo retira, y de allí el nombre de casas mochas (Rivet y Tomasi, 2016). Sin embargo, los muros persisten, y entonces esa casa sigue conformando el domicilio, delimitando el patio, del mismo modo en que esos abuelos/as ya fallecidos siguen formando parte de la construcción de la noción de familia.

La *casa*, con sus *casas*, es entonces una construcción siempre en proceso, dentro de una definición cambiante a la que aportan las distintas generaciones. Definirla en un permanente proceso no implica pensarla como un hecho inacabado, en tanto no existe un estadio terminado a alcanzar, que emerge de la conformación de los grupos domésticos en el tiempo, pero a la vez contribuye a su definición como tales.

El proceso sostenido de sedentarización de la población que se inició con la incorporación a la Argentina, y que se consolidó a partir de la década de 1970 (Tomasi, 2013b), sin dudas tuvo implicancias importantes en las formas cotidianas de habitar, pero no implicó necesariamente un cambio radical en sus concepciones. Para muchos de los miembros de las unidades domésticas pastoriles, la casa en el pueblo pasó a ser el asentamiento donde pasan la mayor parte del tiempo, e incluso en algunos casos es el lugar al que se trasladaron algunas de las celebraciones anuales como el carnaval o las fiestas patronales de algunos santos y vírgenes de devoción doméstica. La casa en el pueblo también ha estado atravesada por los procesos continuos de construcción en el tiempo, referidos para los domicilios, aunque con las evidentes restricciones que imponen las dimensiones de los terrenos urbanos. En todo caso, como ha mostrado el trabajo de Barada (2018) en Coranzulí, al norte de Susques, en el marco de estas restricciones de los lotes, muchas de las familias tienen múltiples casas (o departamentos o viviendas), dentro del mismo espacio urbano del pueblo, lo que implica una redefinición del habitar multilocalizado. De alguna manera, en lo urbano, se reactúan las lógicas de los domicilios en su relación con las conformaciones familiares (Barada, 2018).

Una nueva *casa*, como parte de la casa, tanto en el pueblo como en el campo, está vinculada entonces con el establecimiento y reforzamiento de lazos dentro del grupo doméstico. En este sentido, todo el proceso de construcción está atravesado por una serie de instancias rituales, orientadas a la búsqueda de protección de esa nueva casa y de sus habitantes (Bugallo, 1999). Estas comienzan con las *chayas* en las esquinas antes de colocar las primeras piedras y terminan con la *flechada*, cuando opera un cambio ontológico en la casa. En el momento en que la construcción está terminada, cuando se completó el techado, los miembros de la familia, junto con quienes colaboraron en la obra, se juntan en la nueva casa. Entre las maderas de las tijeras del techo se cuelga un huevo, que tradicionalmente era de suri y hoy suele ser de gallina, atado con las lanas de ciertos colores, como formando una red. Todos/as los/as participantes se sientan contra las paredes y en ronda empiezan a arrojar las flechas de madera que también tienen las lanas de colores atadas. En cada intento buscan darle al huevo y romperlo, tal que la clara y la yema caigan en el *juiri*, una boca abierta en el piso de tierra, como las que se realizan para las ofrendas en el mes

de agosto y en otras instancias rituales. La *flechada* debe hacerse porque *hay que matar la casa* antes de habitarla. En efecto, la casa tiene la capacidad de provocar daño, y *matarla* es una condición necesaria para habitarla, dotándola, al mismo tiempo, de una nueva vida. Las lanas que envuelven el huevo y que están en las flechas tienen los mismos colores que las que se usan en la *señalada*, cuando se marca la *hacienda*¹⁰, y son también las mismas lanas que envuelven el mojón en la entrada de los corrales donde se concentra el sentido del territorio de pastoreo (Tomasi, 2011). Al igual que la *hacienda* y el territorio, la casa es apropiada en el sentido que se vuelve parte de la familia, y desde ese momento puede ser habitada. A través de la flechada opera una transformación en la existencia de la casa, pero a su vez se genera un desplazamiento en los vínculos entre las personas humanas y no humanas, reconfigurándose sus relaciones y posiciones. Esto se refiere a las nuevas relaciones entre las personas humanas en tanto una pareja se está conformando dentro de la familia extensa. Al mismo tiempo, una nueva casa implica una transformación espacial y material en el domicilio, con nuevas relaciones con las otras casas que lo componen. Finalmente, la casa se ve transformada y emergen nuevas relaciones con las personas humanas.

La *casa* es protección y cobijo, pero también un riesgo en tanto tiene la potencialidad de dañar a las personas. En este sentido, la condición de cobijo que se ha tendido a asociar a los espacios domésticos no es inherente a estos, sino que necesariamente emerge o no de las relaciones, y los movimientos, que se construyen y modelan entre las personas, humanas y no humanas.

Además de no ser inherente la condición de cobijo de una casa tampoco es permanente y de hecho tiende a ser inestable. Las relaciones, y entonces la condición de la casa, deben sostenerse a través de un conjunto de prácticas a lo largo del tiempo en pos de su estabilización. Los riesgos de que el *mal* entre a una *casa*, y dañe a las personas, son constantes. De hecho, *algunas casas en el campo* en Susques se volvieron inhabitables y fueron abandonadas, justamente porque *el mal loquea* a las personas. Esto está muy lejos de ser metafórico, sino que se refiere a daños concretos que la casa puede generar a la familia, por lo que las relaciones con ésta deben ser reguladas.

Esto lleva a una revisión, presente en los debates contemporáneos, sobre los sentidos de lo doméstico, incluyendo a las arquitecturas, respecto a ciertas concepciones, muchas veces de raigambre fenomenológica, que han tendido a asociaciones esencialistas con las ideas de protección, cuidado, refugio y armonía. En el marco de

¹⁰ El término *hacienda*, del mismo modo que *tropa*, hace referencia al rebaño de una familia..

las geografías humanistas, para Tuan, el hogar, pero también la casa, son “un lugar que ofrece seguridad, familiaridad y alimento” (2004, 164. Traducción propia). Estas concepciones, que son indisociables de aquellas referidas al concepto de lugar, emergen del establecimiento de ciertos rasgos primigenios de bienestar y con una condición de la casa como un ámbito uterino y maternal.

De la mano de las revisiones de las geografías feministas, el hogar, también la casa, dejó de ser aquel espacio de armonía y afecto para concebirse como uno de “pertenencia y alienación, intimidad y violencia, deseo y miedo” (Blunt y Varley, 2004, 3). Las discusiones han puesto en tensión las ideas esencializadas que vinculaban a la casa con lo femenino, lo privado, las emociones, la reproducción, las tradiciones, lo local y lo estático, en oposición a los espacios del trabajo asociados con lo masculino, lo público, lo racional, la producción, la modernidad, lo global y el cambio (Blunt y Dowling 2006). La casa también puede ser, y suele serlo, un espacio de riesgos y violencias, tanto por las relaciones que se establecen entre las personas humanas, como también por los vínculos que se producen con la casa misma, algo que muestra el caso de Susques. Tal como lo propusieron Blunt y Dowling, “el hogar y cómo se manifiesta materialmente [la casa] es continuamente creado y recreado a través de las prácticas cotidianas” (2006, 23). En efecto, son las prácticas cotidianas que llevan a desplazamientos en las relaciones entre los sujetos, con cambios en las posiciones relativos de estos/as, las que reconfiguran la condición misma de la casa.

2. Lugares, movimientos y tiempos

El *domicilio*, en efecto, es una construcción compleja que resulta de una acumulación de intervenciones a lo largo del tiempo, asociadas con distintos momentos dentro del establecimiento de una línea de descendencia. Si bien no existe una correspondencia entre conformación espacial y configuración del grupo doméstico, sí se reconoce una indudable relación, tal que la *casa* contribuye a la producción y fortalecimiento de ciertos vínculos, en su materialidad, incluyendo aquellos con los antepasados. El recorrer el *domicilio*, además de los desplazamientos espaciales, implica desplazamientos temporales a través de las *casas* de distintas personas en el tiempo dentro de la construcción de una línea de descendencia. En este sentido, esas casas no expresan simplemente relaciones que existen. Por el contrario, participan de la definición de los vínculos, reforzando ciertas relaciones e invisibilizando otras. Los antepasados, y entonces sus *casas mochas* en el domicilio, tienen un rol central en la afirmación de los derechos de las personas sobre los lugares en relación con la pertenencia a estas líneas de descendencia, algo que, como se verá, también se puede reconocer desde una mirada territorial.

Tal como se adelantó, el territorio de Susques se organiza en un número variable en torno a los 100 *pastoreos*, los territorios domésticos¹¹. Estos están bajo control y uso exclusivo por parte de los distintos grupos domésticos, con derechos que son transferibles a través de la herencia a las nuevas generaciones. Cada uno de estos *pastoreos*, tienen un promedio de 1300 hectáreas, aunque con una gran disparidad en las dimensiones, en relación con las características ambientales, pero particularmente por los procesos de fisión y fusión que han tenido a lo largo del tiempo. En todo caso, más allá de sus dimensiones, se espera que los *pastoreos* tengan una cierta heterogeneidad ambiental que permita un acceso a una variedad de pasturas para los animales y otros recursos para las personas. De esta manera, los *pastoreos* suelen tener áreas de campo, los espacios más abiertos, a menor altitud, con agua permanente y muchas veces con acceso vehicular, y de *cerro*, los sectores más *entreverados*, con peñas y quebradas que brindan reparo, y a mayor altitud. Como se verá, la movilidad estacional implica desplazamientos circulares a lo largo del año entre el *campo* y los *cerros*, respondiendo a las lógicas de la complementariedad entre espacios.

Lejos de las construcciones que han definido a la Puna como un espacio vacío, estos *pastoreos* pueden definirse, retomando a Nogué, como un “hervidero de lugares ‘vivididos’, llenos de significado para el ser humano” (1989, 68). Los territorios domésticos se establecen en base a bordes más o menos establecidos y consensuados (Tomasi, 2014), pero particularmente a través de la apropiación de *lugares* significativos, en torno a ciertas historias, objetos, recursos o topografías. De hecho, es interesante observar que *lugar*, además de ser un concepto importante de la Geografía, es una categoría nativa. Las personas habitan, relatan y rememoran *sus lugares*, que en definitiva son los *lugares* de sus antepasados, actualizados en las presencias actuales. Los territorios se conforman en sus rugosidades, en las acumulaciones y superposiciones en el espacio (Santos, 2006), que se han dado a lo largo del tiempo. La idea de rugosidad permite pensar respecto a cómo estas superposiciones y acumulaciones de objetos y prácticas en el espacio no implica necesariamente una negación de aquello que viene del pasado, sino que sus texturas se imprimen y por lo tanto contribuyen a modelar las nuevas dinámicas. Los tiempos de los *lugares* se suman, acumulan y transforman a través de las prácticas y las intervenciones a lo largo del tiempo. Los *lugares* del *domicilio* y de las estancias¹² o puestos son particu-

¹¹ Lo más apropiado sería decir que los territorios domésticos se integran en el territorio comunitario, en tanto los primeros, de acuerdo al relato sobre el origen de Susques, son preexistentes (Tomasi, 2011).

¹² El término “estancia” es recurrente dentro del pastoreo altoandino, aunque siempre tiene implicancias espaciales, en los distintos lugares puede designar un tipo de asentamiento, principal o secundario, o bien el territorio de pastoreo doméstico, por lo que su significado no es unívoco (Tomasi, 2011).

larmente significativos en relación con los procesos de apropiación de los territorios domésticos.

Hemos planteado ya que el domicilio es el principal asentamiento de las unidades domésticas en el campo por sus dimensiones y por sus implicancias sociales tanto hacia el interior como hacia el resto de la comunidad. Sin embargo, no es el lugar donde las familias pasan la mayor parte del año, sino que el habitar pastoril se desarrolla a lo largo del año en el conjunto de estancias distribuidas en el territorio. Si bien no existe una sincronización entre los grupos domésticos, sí existe una práctica compartida en la que cada grupo tiende a estar en el domicilio durante los meses de verano, la época de lluvias, mientras que, de marzo a diciembre, se van recorriendo las distintas estancias. Estas dinámicas presentan rasgos comunes con otras comunidades pastoriles en el área andina, tal como ha sido referido para el caso de Paratía, Perú (Flores Ochoa, 1967), Chichillapi, Perú (Palacios Ríos, 1977), o en Cerrillos, Bolivia (Nielsen, 1996).

Cada grupo tiene una cantidad de puestos que oscila entre 1 y 8, con un promedio de alrededor de 5, aunque no necesariamente todos están en uso todos los años, lo que es coincidente con lo observado en otras investigaciones en la región (Yacobaccio *et al.*, 1998; Göbel, 2002). Los puestos se distribuyen en todo el pastoreo a distancias que pueden estar entre los 15 minutos a un día de caminata con los rebaños. El caso de Susques muestra una intensidad de desplazamientos muy importante con grupos domésticos que presentan más de 10 cambios de asentamiento a lo largo del año, involucrando al domicilio y a las estancias. Estos movimientos, que involucran a las personas junto con los rebaños, no siempre son circulares entre las estancias puesto que pueden implicar el regreso a alguna de ellas en distintos momentos, mientras que las permanencias pueden variar entre los 15 días y en algunos casos hasta más de 3 meses. En este sentido, pensar en un habitar multilocalizado implica observar no solo la existencia de una diversidad de lugares de residencia, vinculados desde la movilidad, sino más bien la simultaneidad de las experiencias del habitar cotidiano, espacialmente dispersas.

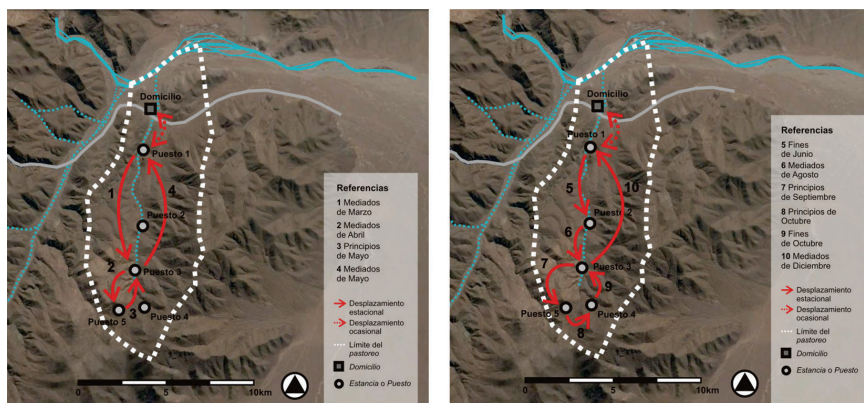


Imagen 5. Esquema de la movilidad estacional de un grupo doméstico. Fuente: elaboración del autor.

A diferencia de los *domicilios*, que se conforman a partir de múltiples casas en torno a un patio, las estancias suelen ser mucho más reducidas y, de alguna manera, las principales construcciones son aquellas destinadas a la *bacienda*. Tal es así, que cada *estancia* se conforma con dos o tres corrales, además de una *kancha* o *fueguero* externo y un recinto techado, aunque este último no siempre está presente. Es en el *fueguero* donde se despliega la vida cotidiana mientras las personas están en el puesto. Eventualmente en algunos casos puede haber una construcción adicional techada. Una de las características centrales de las estancias es que suelen incorporar accidentes topográficos, como peñas, aleros, pequeñas quebradas o la pendiente del terreno, como parte de la construcción.

Mientras que los *domicilios* suman nuevas construcciones en forma permanente a lo largo del tiempo, las *estancias* no suelen ser modificadas más allá de las necesarias reparaciones antes de utilizarlas. En este sentido, las *estancias*, y los *lugares*, donde se ubican, están muy vinculadas con momentos dentro de la línea de descendencia, y particularmente con aquellos abuelos que las construyeron. Los *lugares* de las *estancias* no solo son recorridos a partir de los desplazamientos espaciales, sino también cuando se los nombra y rememora en distintos momentos cotidianos y especiales, como las *señaladas*. Cuando se los nombra, en definitiva, se está haciendo presente a aquellos abuelos que los construyeron.

Las estrategias de movilidad de los grupos pastoriles se definen en base a una serie de variables que son consideradas en forma simultánea e involucran aspectos productivos, ambientales, sociales y, también, las prácticas de apropiación territorial (Tomasí, 2013a). Desde lo productivo, la movilidad entre las



Imagen 6. Vista de una de las estancias en los alrededores de Susques. Fuente: elaboración del autor.

distintas *haciendas* está vinculada con el manejo de las pasturas disponibles en todo el territorio en términos de controlar el uso de los recursos, aprovechando algunos y reservando otros. Cuando los animales son conducidos hacia un determinado sector se está habilitando el consumo de esas pasturas, dejando otras para el momento en que sean necesarias. Por otra parte, cada uno de los lugares presenta ciertas condiciones ambientales más o menos ventajosas para que las personas y los animales los habiten en determinados momentos del año. De hecho, la topografía entrecerrada de los *cerros*, donde se encuentran las estancias, hace que sean más reparados, con sectores donde se generan microclimas. Esta es una diferencia importante frente al espacio abierto de los domicilios y por esta razón las familias se mueven hacia sus lugares en los cerros durante toda la temporada invernal.

La intensidad de los desplazamientos tiene razones que van más allá de lo que se podría considerar como estrictamente productivo y que ingresa en las estrategias de control sobre los territorios domésticos. De la mano con los procesos de institucionalización, con una mayor injerencia estatal de la región, desde las primeras décadas del siglo XX, los pastoreos comenzaron a tener bordes cada vez más consolidados para la división entre linderos, reemplazando una definición que históricamente había sido mucho más porosa (Tomasi, 2014). Sin embargo, esta no es la única forma en la que desde las territorialidades locales se definen las estrategias de control y apropiación del espacio. Mientras que los pastoreos, por un lado, se definen como un territorio en zona; por el otro, se conforman como territorios en red (*sensu* Haesbaert, 2005), en relación con el control sobre una serie de lugares y los constantes desplazamientos entre estos. La apropiación de un *pastoreo* emerge del

habitar, pero de un habitar que se define a través de presencias y desplazamientos, desde una vida que se concibe desde el movimiento. El uso de las distintas *estancias* dentro del pastoreo a lo largo del año está vinculado con las estrategias productivas para el manejo y reproducción de los rebaños, pero también con las formas de apropiación del espacio desde una territorialidad en red. Al estar en un determinado *lugar* se afirman los derechos del grupo doméstico. En este sentido, se habitan los *pastoreos* desde el estar en las *estancias*, y se habitan también en el desplazamiento, entendiendo que se trata de mucho más que un mecanismo para moverse de un punto a otro. Por el contrario, el desplazamiento es una práctica que sí misma está cargada de sentido.

Tal como se ha propuesto más arriba, cada una de las *estancias* fueron construidas en determinados momentos, en distintas generaciones, y se constituyen entonces como los *lugares* de los *abuelos*. El habitar esos *lugares* a lo largo del año se vincula entonces también con la construcción de lazos que vinculan a las personas hoy con una determinada historia de la que son parte, mientras que estos lazos actúan como una forma de afirmación de los derechos, y de pertenencia sobre el territorio. En este marco, los constantes recorridos dentro del *pastoreo* desde ya implican un desplazamiento espacial, pero también temporal, con cambios en las posiciones relativas dentro de las líneas de descendencia. Al estar en los múltiples *lugares* de los *abuelos* se están relacionando, y habitando, distintos tiempos dentro de la historia del grupo doméstico, presente en las rugosidades del territorio, en las acumulaciones y superposiciones de objetos y experiencias espaciales. Ciertamente, es posible observar paralelos entre las implicancias temporales de recorrer el *domicilio*, habitando las distintas *casas*, con aquellas de los desplazamientos dentro del pastoreo, con las presencias en los múltiples lugares, en ambos casos como formas en las que se sostienen las pertenencias de las personas dentro del devenir histórico de las construcciones familiares.

3. *Tiempos rápidos y tiempos lentos*

La movilidad es el rasgo característico de las dinámicas pastoriles, y en efecto en el caso de Susques adquiere una intensidad particularmente importante en relación con la cantidad de desplazamientos de los grupos domésticos entre las distintas estancias. Estos desplazamientos están vinculados tanto con el manejo concreto de la hacienda como con las referidas estrategias de apropiación de los territorios de pastoreos, y por cierto se integran en un conjunto de movilidades mucho más amplio que se constituye como una forma de vida. Todas estas movilidades ingresan dentro de lo que Zusman, Hevilla y Molina (2006) han denominado como “geografías de los

tiempos lentos”, aquellas formas de producción del espacio que se presentan como alternativas a aquellas propias del capitalismo, y entonces tienden a ser objetadas y sancionadas. Las sociedades pastoriles, producto de esta constante movilidad y sus múltiples lugares de residencia, son vistas como un problema por los distintos estados nacionales en relación con las dificultades que presentan para sus prácticas de control y la tendencia a vulnerar las fronteras nacionales (Turner, 2009). En relación con esto, los distintos estados han desplegado diversas políticas explícitas para su sedentarización y por la restricción de las movilidades, algo que de hecho el estado argentino también ha buscado en Susques, y en toda el área puneña y cordillera.

Mientras que estas movilidades son rechazadas, otras, aquellas de los “tiempos rápidos” son aceptadas e incluso alentadas en la medida que emergen de las dinámicas capitalistas y contribuyen a su reproducción, incluyendo los intercambios globales de mercancías o las prácticas turísticas. Los “tiempos rápidos” conllevan una densidad diferente en los movimientos, en tanto se constituyen más como un medio para alcanzar un destino que como una práctica espacial significativa en sí misma. En este sentido, se asocia con una creciente aceleración en los desplazamientos dentro de una determinada concepción comprimida del tiempo y el espacio. En distintos lugares, los diferenciales en los ritmos y velocidades se expresan espacial y socialmente en tensiones y conflictos diversos, que, muchas veces implican intersecciones complejas en las trayectorias.

En las primeras décadas del siglo XX, luego de la anexión a la Argentina, se abrió el primer camino vehicular que vinculaba Susques con San Antonio de los Cobres, entonces capital del Territorio de Los Andes, y luego lo conectaría también con Coranzulí hacia el norte. Recién en la década de 1970 comenzarían los trabajos, en parte a manos de la misma comunidad, orientados a la construcción de camino hacia el este para llegar a San Salvador de Jujuy y que se proyectaría hacia la cordillera para el cruce con Chile a través de Jama. En 1991 se concretaría la apertura del Paso de Jama, aunque las obras de pavimentación definitiva de la Ruta Nacional 52, desde Purmamarca hasta Jama, pasando por Susques, llevarían algunos años más. En todo caso, la apertura de este paso internacional implicó la conformación de un corredor bioceánico que vinculó el puerto de Iquique, en Chile, con Paraguay y las zonas industriales en el sur de Brasil. Las relaciones cordilleranas entre las comunidades de la Puna de Atacama y las de los Oasis en San Pedro de Atacama tenían una larga historia en torno a los viajes de intercambio (Göbel, 1998). Sin embargo, este corredor estuvo vinculado con otras dinámicas sociales y económicas, en una escala que excedía, al menos inicialmente, a las distintas comunidades locales.

Hasta el 2011, cuando finalmente se inauguró el complejo fronterizo en

Jama, la estructura aduanera para el transporte de cargas funcionó en el pueblo de Susques, lo que tuvo implicancias muy importantes en su espacio urbano (Tomasi y Benedetti, 2013)¹³. De alguna manera, en Susques era posible observar la intersección entre estas trayectorias de velocidades y tiempos diferenciales, aquellas propias de un corredor de escala continental, e incluso global, con las asociadas al pastoreo en una escala local y regional. Los primeros años de esta investigación, en el año 2003, coincidieron con la intensificación de la movilidad comercial en este corredor. De hecho, sus puntos de partida estuvieron atravesados por una mirada centrada en los contrastes que se podían observar en ese espacio urbano entre las dinámicas locales del pastoreo y el “impacto” de lo global, expresado en las decenas de camiones estacionados en las pequeñas calles de un pueblo como Susques que, a su vez, creció vertiginosamente en esos años (Tomasi 2013b). Las tensiones entre ambas dinámicas, puestas en términos antagónicos, son reconocibles en distintas dimensiones de lo social. Sin embargo, al mismo tiempo, se presenta la posibilidad de observar las diversas intersecciones complejas que se presentan en los ritmos, velocidades y espacialidades diferenciales entre las prácticas pastoriles y los intercambios en un corredor comercial continental. En otros términos, sin negar la conflictividad, se trata de observar los desplazamientos en las prácticas de las personas en esta nueva realidad, que han implicado un cambio en las prácticas con la incorporación de otras dinámicas y procesos de aceleración y desaceleración en sus movibilidades, en las relaciones de Susques con el “mundo de afuera”, pero también al interior de la comunidad.

Una de las externalidades que se proponían como positivas en relación con la apertura del Paso de Jama y la consolidación y pavimentación de la Ruta Nacional 52 estaba vinculada con una mejora de la conectividad de algunos de los poblados de la región, particularmente Susques. Aunque en efecto la nueva ruta implicó nuevas conectividades, los planteos sobre la accesibilidad surgían de ideas muy extendidas respecto a un supuesto aislamiento de las comunidades puneñas. Este aislamiento, en realidad, solo podría eventualmente observarse en relación con los vínculos con los grandes centros urbanos, puesto que estas comunidades puneñas históricamente han estado articuladas con diversos grupos en tierras altas y bajas dentro de sus estrategias de complementariedad (Karasik, 1984; Göbel, 1998). Este es un rasgo común entre las sociedades pastoriles especializadas que requieren de la construcción de vínculos con grupos diversos, particularmente agrícolas, para la obtención

¹³ Hace algunos años se cambió de la traza de la Ruta Nacional 40 en las provincias de Jujuy y Salta, en relación con la conformación de un corredor minero, lo que implicó que atravesara el pueblo de Susques en sentido norte sur, es decir perpendicular a la Ruta Nacional 52. Si bien la intensidad del tránsito de vehículos es muy diferente, este nuevo tramo vial también tuvo implicancias en el poblado.



Imágenes 7 y 8. Edificio donde funcionó la aduana en Susques hasta el 2011, y los camiones estacionados en las calles del pueblo.. Fuente: fotografías del autor

de bienes que no se producen localmente. En el caso de Susques esto implicaba la realización de viajes de intercambio, generalmente a cargo de los varones, hacia lugares más o menos lejanos como los Valles Calchaquíes, la Quebrada de Humahuaca, el sur de Bolivia y, particularmente, los oasis en torno a San Pedro de Atacama. En este último caso, una región con la que Susques había estado integrada hasta su anexión a la Argentina y donde se sostenían múltiples vínculos de parentesco en los distintos *ayllus* atacameños (Göbel, 1998). Estos viajes se sostuvieron hasta la década de 1970 cuando los cambios en las relaciones sociales y económicas regionales y particularmente el endurecimiento de los controles en la frontera con Chile, incluyendo la militarización en el contexto de las dictaduras en ambos países, llevaron a un descenso abrupto de estas formas de complementariedad horizontal.

La paulatina apertura de distintas vías de comunicación vehicular a lo largo del siglo XX permitió a su vez el acceso a otros mercados de producción de bienes, aunque en condiciones muy diferentes a las propias del intercambio a través de las caravanas. La apertura y pavimentación de la Ruta Nacional 52 llevó a una profundización de estos procesos. Las relaciones de la región con los grandes centros urbanos y sus circuitos de comercialización se ampliaron, con un mayor acceso a productos de origen industrializados, desde alimentos hasta materiales de construcción. En todo caso, esto no implicó necesariamente un reemplazo de los productos locales. Al mismo tiempo, de la mano con los cambios en la accesibilidad, emergieron nuevos desplazamientos con mayor velocidad de la población local hacia el “afuera” en relación con la relación de trámites, participación en ferias, compra de productos o actividades laborales, que incluso pueden implicar nuevos espacios de residencia en los centros urbanos. En este sentido, al domicilio y las estancias en el pastoreo, y la casa en el pueblo, en muchas familias se ha sumado también una residencia en un centro urbano, también dentro de las lógicas de un habitar multilocalizado articulado a través de los nuevos desplazamientos. Esto de hecho también ha sido observado en otras localidades puneñas como Rinconada o Coranzulí, en relación con las articulaciones con Abra Pampa (Barada, 2018).

A su vez, los tiempos y velocidades asociadas a este corredor, y la instalación durante 20 años de su infraestructura en el pueblo, tuvieron incidencias disruptivas en las dinámicas locales. En particular, se potenció un proceso preexistente de urbanización de la población y un crecimiento muy acelerado del espacio urbano, transformando profundamente las lógicas de asentamiento pastoril. Al mismo tiempo, las dinámicas del corredor se incorporaron de distintas maneras en las prácticas locales, incluyendo al pastoreo, creándose nuevos desplazamientos y conectividades. El pastoreo, de hecho, es una práctica que se caracteriza por su alta flexibilidad en relación

con la capacidad de introducir cambios en las formas de producción, incorporando elementos diversos en realidades cambiantes para el sostenimiento de la actividad (Khazanov, 1994).

En este sentido, de la mano con la apertura del corredor, emergieron nuevas conectividades particularmente en la articulación entre el espacio del pueblo y el campo. A través de nuevos medios de transporte público, vehículos particulares o incluso el mismo transporte pesado que recorre la Ruta Nacional 52 desde o hacia Chile, se incrementaron, y aceleraron, las vinculaciones desde el pueblo hacia el campo, al menos en ciertos sectores. Al incrementarse las velocidades en los desplazamientos, la *casa en el campo* y la *casa en el pueblo* comenzaron a estar más cerca. De esta manera, se favoreció el desarrollo de nuevas dinámicas pastoriles, en las que el pueblo pasó a formar parte de un modo más cotidiano. Incluso aquellos miembros de la unidad doméstica que por el cuidado de los hijos e hijas o por motivos laborales tienen que habitar en el pueblo tienen la posibilidad de participar en forma temporaria de las actividades en el campo. Las personas pueden residir en el pueblo y dirigirse al *domicilio* o las *estancias* durante los fines de semana, o realizar visitas rápidas para asistir a quienes sí están en forma permanente en el área rural. Esto incluye la posibilidad de transportar mercadería, agua potable e incluso forraje para los animales, lo que puede implicar un cambio importante en las formas de manejo de los rebaños. En este marco, las aceleraciones en las movilidades que implicaron una profundización de los procesos de sedentarización de la población, al mismo tiempo generaron las condiciones para el surgimiento de nuevos desplazamientos que han desarrollado otras formas para el sostenimiento de las prácticas pastoriles. Es necesario observar que estos cambios no se han dado en forma homogénea para todas las unidades domésticas, lo que ha generado asimetrías entre aquellos pastores más cercanos a la traza de ruta 52, o de la 40, y los más alejados.

4. El fin del pastoreo o el desplazamiento de las prácticas

La apertura del Paso de Jama y la pavimentación de la Ruta Nacional 52 que vinculó Susques tanto con San Salvador de Jujuy, a través de Purmamarca, y con la frontera con Chile, colaboró significativamente en el crecimiento del espacio del pueblo de Susques, con un aumento muy importante de la población urbana. Si para 1980, de acuerdo al Censo Nacional de Población, el pueblo de Susques tenía una población de 470 habitantes, ésta había subido a 670 en 1991, 1140 en el 2001 y 1611 en el 2010, lo que implicó un salto poblacional de un 70% entre 1991 y el 2001. Esto ocurrió en detrimento de la población rural, puesto que, si en 1980 la población del pueblo de Susques representaba aproximadamente el 20% del total

del departamento de Susques, en el 2010 este número ya alcanzaba un 42%¹⁴. Esto también podemos observarlo en términos del espacio urbano en base a los relevamientos históricos y propios en el pueblo. En base al plano realizado por Bolsi y Gutiérrez (1974), a finales de la década de 1960, se puede reconocer que el poblado tenía una superficie total de unas 4 hectáreas, con una muy baja densidad, mientras para finales de la década de 2010, ya tenía alrededor de 26 hectáreas, además de una nueva urbanización en el área de Unquillar, un poco más alejada del pueblo.

De la mano con este cambio tan importante en el pueblo de Susques, con nuevas dinámicas sociales y económicas propias de la vida urbana, durante buena parte del trabajo de campo se multiplicaban las expresiones, particularmente desde las personas de mayor edad, respecto al fin del pastoreo, que nadie quería ya trabajar en el campo, que las *haciendas quedarían botadas* y que los pastoreos quedarían vacíos. El cambio en las dinámicas de la relación entre lo urbano y lo rural en la región sin dudas implicaron cambios muy importantes en las prácticas pastoriles que tuvieron como consecuencia un descenso de la cantidad de miembros de las unidades domésticas que se dedican en forma permanente al manejo de los rebaños, una reducción en sus tamaños y también en los niveles de movilidad entre las estancias. Al mismo tiempo, como se adelantó más arriba, nuevas dinámicas emergieron que, en base a la aceleración de otros desplazamientos, contribuyeron a sostener nuevas formas pastoriles.

La apertura del Paso de Jama implicó la intensificación de un proceso de crecimiento del espacio del pueblo, de la mano con un cambio en su rol social y la relación con los pastoreos, que, a desarrollarse desde el momento de la anexión, a comienzos del siglo XX, de la mano con políticas orientadas a la sedentarización de la población pastoril y la definición del pueblo como un ámbito de residencia permanente, con una importante condición de centro institucional. La condición de los pueblos en el marco de las movilidades pastoriles altoandinas, ha sido revisada en la literatura; entre otros, Flores Ochoa (1977) planteó que la ausencia de centros poblados era uno de sus rasgos distintivos. Sin embargo, como marcó Webster (1973), a partir del caso de Q'ero en Perú, el centro poblado se puede constituir como la expresión focal de una comunidad que habitualmente se encuentra dispersa. En este sentido, independientemente que estos pueblos no tengan muchas veces una población permanente, en los desplazamientos hacia allí desde el campo en ciertos

¹⁴ La comparación se realiza con la población total del departamento, que considera áreas urbanas y rurales, puesto que es la información disponible producto de la definición de las áreas censales. En todo caso, todos los datos estadísticos deben ser relativizados por la misma condición móvil de la población de Susques y la dispersión de los asentamientos en el campo que lleva a una subvaloración de la residencia rural. De todas maneras, la magnitud del crecimiento de la población urbana no deja de ser elocuente.

eventos específicos anuales, se estarían reafirmando y fortaleciendo los lazos entre distintas unidades domésticas en una escala comunitaria.

Las descripciones del pueblo de Susques de finales del siglo XIX y comienzos del XX, en torno al momento de la incorporación de la Puna de Atacama a la Argentina, reflejan en efecto la existencia de un pequeño caserío que no tenía una población permanente. De acuerdo a Bertrand, en Susques vivían “como 300 indios repartidos en estancias que solo se reúnen para las festividades religiosas en la capilla o iglesia del lugar” (1885, 275), mientras que Cerri, primer Gobernador del Territorio de Los Andes, observó que Susques tenía “unas 30 casitas y dos capillas, un cementerio y un oratorio en la cumbre de un cerro. Reúne una o dos veces por año cerca de 400 habitantes con ocasión de feria o fiesta religiosa” (1993 [1903], 56). La población de Susques residía en forma permanente en sus domicilios y estancias en el campo¹⁵, mientras que se acercaba al pueblo, que consistía en algunas casas en torno a la capilla, en ciertos momentos a lo largo del año para celebraciones específicas o reuniones comunitarias.



Imagen 9. Fotografía de Susques tomada por Daniel Cerri. Fuente: Cerri, D (1993 [1903]), *El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva* por su primer Gobernador el General Daniel Cerri. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.

¹⁵ A modo de ejemplo, se puede observar que, en el Censo de Población de los Territorios Nacionales realizado en 1920, además de censarse Susques, también se incluyeron dos parajes rurales, que hasta el día de hoy son agrupaciones de domicilios y no pueblos: Casa Quemada y Ojo de Agua. En el primero de los casos con 31 personas y el segundo con 28, lo que da una idea aproximada de la cantidad de personas que podrían formar parte de las unidades domésticas en el campo a comienzos del siglo XX.

Estas lógicas de asentamiento de la población, sumadas a las condiciones ambientales de la región, llevaron a una construcción sobre la Puna centradas en las ausencias y los vacíos. En este sentido, las descripciones sobre la región giraron en torno del concepto de “despoblado” y la afirmación de un supuesto aislamiento y atraso de la población local (Tomasi, 2015). Estas caracterizaciones son indisociables de las movilidades asociadas con el pastoreo, que es recurrentemente menospreciado en relación con el “progreso” de la región. La minería, en cambio, sí se proponía como la única alternativa productiva que se consideraba viable, un discurso que ha tenido una notable persistencia.

Las políticas desplegadas por el estado argentino tendieron a modificar esta construcción sobre el territorio puneño a través de diversos dispositivos que incluyeron la instalación de diversas instituciones en los pueblos, la apertura de vías de comunicación, el servicio militar obligatorio y el sistema educativo. En concreto, sería la escolaridad la que tendría con el tiempo el mayor impacto en las movilidades y las formas de habitar de la comunidad. En tanto los niños y niñas debían asistir obligatoriamente, parte de la unidad doméstica debió comenzar a instalarse en el pueblo, mermando su capacidad de trabajo para el manejo de la hacienda. Ciertamente, este fue un proceso que estuvo lejos de ser inmediato, tal como fue observado por distintos viajeros que recorrieron la región. Para mediados del siglo XX la asistencia a la escuela aún era más bien reducida. Sería recién en la década de 1970 cuando la obligatoriedad se volvió efectiva y los principales cambios en términos urbanos y en las conformaciones de *las casas en el pueblo* comenzaron a observarse.



Imagen 10. Vista general del pueblo de Susques en el año 2006. Fuente: fotografía del autor.

En efecto, las arquitecturas domésticas en el pueblo tuvieron transformaciones muy importantes en relación con el crecimiento de la residencia estable en espacio urbano. Las descripciones de las casas en el pueblo durante buena parte del siglo XX muestran que éstas se conformaban a partir de un recinto y que se alineaban, orientadas hacia el este, en los alrededores de la capilla (Cerri, 1993 [1903]). Esta *casa* única daba respuesta a las necesidades de las familias en los momentos puntuales en que se acercaban al pueblo para celebraciones o reuniones, mientras que el *domicilio* era la principal residencia. A partir de la década de 1970, las *casas* de las distintas familias comenzaron a sumar nuevas *casas*, retomando la organización de los *domicilios*, aunque con los condicionantes de las dimensiones de los terrenos urbanos.

En tanto parte de los miembros de las unidades domésticas comenzaron a tener una residencia permanente, las casas se fueron multiplicando con diferentes usos y sentidos en torno a los patios. La vida en el pueblo, por otra parte, implicó una redefinición de la privacidad en lo doméstico en relación con el espacio público urbano, y las *casas* adoptaron conformaciones a partir de espacios de ingreso, zaguanes, que regulan el acceso al patio desde la calle (Tomasi, 2011). A partir de los primeros años del siglo XXI, nuevas espacialidades emergieron, vinculadas tanto con las conformaciones arquitectónicas de los grandes centros urbanos como con los procesos de institucionalización estatal, y a la lógica de las casas, con sus casas en torno a un patio, se sumaron los departamentos, con una conformación compacta, y las viviendas, aquellas arquitecturas domésticas producidas por el estado (Tomasi, 2011; Barada, 2018). Tal como lo ha mostrado Barada (2018), a partir del caso de Coranzulí, los *departamentos* y *viviendas* no reemplazaron a las casas, ni tampoco se trata de experiencias espaciales independientes: los *departamentos* pueden integrarse a las *casas*, o nuevas *casas* se van sumando en el tiempo a las viviendas transformando sus espacialidades.

Los *domicilios*, por otra parte, no han perdido su centralidad en estos habitares multilocalizados, más allá de la importancia que la *casa en el pueblo* tenga en la actualidad. Por el contrario, siguen siendo una referencia ineludible para la definición de las unidades domésticas en su historia y en su articulación como parte de Susques en términos de una comunidad amplia. En este sentido, los desplazamientos en las prácticas hacia el pueblo no han sido totalizadores, sino que se estructuraron nuevas relaciones y nuevos roles. Los *domicilios* siguen sumando nuevas casas dentro de sus lógicas de construcción continua, eventualmente con otros materiales, en torno a nuevas formas de habitar. De esta manera, los tiempos de la historia familiar se siguen ordenando en la construcción de los *domicilios*. De



esta manera, la regulación de las relaciones entre las personas vivas y fallecidas, en los términos planteados al comienzo de este texto, siguen operando en forma sostenida desde el campo. Los patios, entonces, persisten en su integración de los momentos de la genealogía construida desde la casa misma. Las personas, independientemente de dónde residan, se dirigen al campo para el desarrollo de ciertas acciones rituales, particularmente las *señaladas*, en las que opera una reactualización de los vínculos entre los y las miembros, humanos y no humanos, de grupos domésticos. En cierto modo, el domicilio sigue siendo el articulador y estabilizador de este conjunto de relaciones complejas, en pos de su constitución como un cobijo, un espacio de protección.

En paralelo, la vida en el pueblo con rasgos permanentes emergió de la mano con políticas explícitas orientadas a la sedentarización de la población, vinculadas con un rechazo hacia el pastoreo como actividad productiva y como forma de vida. El establecimiento de una experiencia urbana estable es indisociable de un modelo civilizatorio que buscaba convertir a la población puneña en ciudadanos de un país que se definía desde ciertos rasgos que negaban cualquier forma de disidencia. La desaparición del pastoreo, y de sus múltiples desplazamientos, se constituyó como parte de este proyecto tanto en la Puna como en toda el área cordillerana incluyendo

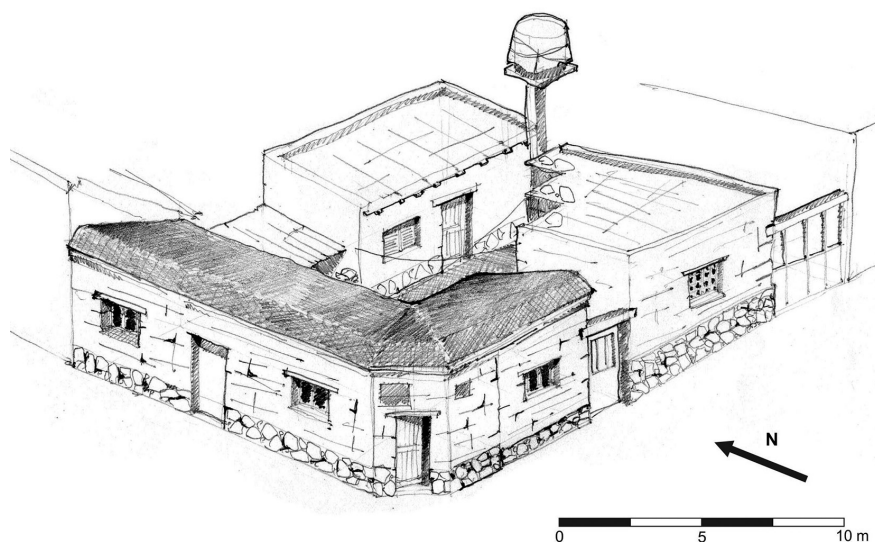


Imagen 11. Croquis de una casa en el pueblo, incluyendo sus distintas casas y un pequeño departamento en la parte derecha. Fuente: elaboración del autor.

Cuyo y la Patagonia (p.e. Zusman, Hevilla y Molina, 2006). Indudablemente, estas políticas tuvieron un impacto sobre las dinámicas pastoriles en tanto la disminución de la cantidad de personas que residen en forma estable en el campo limitó la capacidad de las unidades domésticas para el manejo de la *hacienda*, lo que redujo también el tamaño de los rebaños y las movilidades entre las diferentes estancias. Como se ha señalado, los discursos sobre el fin del pastoreo también se hicieron presentes dentro de la comunidad de Susques, con la preocupación de muchos pobladores respecto al abandono de los *pastoreos*. En todo caso, la eficacia de las políticas sobre la región debe observarse en detalle, en tanto sus efectos no necesariamente se dieron en los términos esperados por el estado.

La flexibilidad de los grupos pastoriles, y sus desplazamientos, han favorecido el desarrollo de respuestas novedosas a las cambiantes realidades sociales, a partir de la transformación de sus prácticas, pero también de la alteración/tergiversación de las políticas que se les ha buscado imponer. Pese a tener sus propias dinámicas, en la actualidad, el pueblo no necesariamente se presenta en contradicción con el campo, sino que se han desarrollado ciertas formas de complementariedad. El hecho que la mayoría de los miembros de las unidades domésticas residan en el pueblo, no ha implicado que dejaran de pertenecer a éstas, e incluso que participen de las prácticas pastoriles. Aunque no lo hagan desde la cotidianeidad del manejo de los rebaños, sí participan con presencias temporarias y con el apoyo hacia quienes residen en el campo, transportando mercadería, agua o forrajes para los animales. Mientras que las movilidades entre las *estancias* en efecto se han reducido en muchos casos, otros desplazamientos, de mayor velocidad, han surgido entre el campo y el pueblo, integrando de un modo más rápido ambos espacios. Muchas personas que trabajan y viven en el pueblo se trasladan a las estancias durante los fines de semana, mientras que en las vacaciones escolares los niños y niñas suelen encontrarse en el campo. En cierto modo, los desplazamientos en las prácticas de las personas llevaron a que el pueblo se integre de nuevas maneras al mundo pastoril, en lugar de erradicarlo, y en parte contribuya hoy en día a su sostenibilidad en el tiempo. Se dice recurrentemente en Susques que *la hacienda siempre está*, como una forma de expresar el pastoreo y los rebaños se constituyen como un espacio de seguridad frente a los riesgos, ambientales, pero también sociales, de una realidad que es siempre inestable. Ante cualquier cambio en las dinámicas sociales, el campo es siempre un lugar al que las unidades domésticas pueden volver.

Consideraciones finales

El pastoreo es una forma de vida, basada en prácticas móviles que atraviesan distintas dimensiones de la vida social de las personas que incluyen, aunque exceden, lo estrictamente productivo en torno al manejo cotidiano de los rebaños. En este marco, la movilidad no se limita al medio por el cual se alcanza a un determinado destino en una fracción de tiempo, sino que es una práctica espacial significativa, y significativa, a través de la cual se construyen y modelan lugares y relaciones entre las personas. En esta producción de lugares desde la movilidad se despliega un habitar multilocalizado que, en el caso de Susques, se conforma a partir de un *domicilio*, en tanto principal asentamiento de las unidades domésticas, y un conjunto de *estancias* dentro de los bordes de los *pastoreos*. A estos lugares en las últimas décadas se ha sumado *la casa en el pueblo*, en el marco de los cambios en las dinámicas de la vida urbana, integrada en el habitar de los grupos domésticos en relación con nuevos desplazamientos y relaciones. Esta incorporación de *la casa en el pueblo* como parte de este habitar en movimiento, no ha implicado un reemplazo del *domicilio*, ni una superposición en sus sentidos. Por el contrario, mientras que la casa en el pueblo concentra buena parte de las dinámicas de la vida cotidiana, con sus propios recorridos espaciales, el domicilio persiste como aquel lugar en el que se concentran las relaciones entre distintos agentes, humanos y no humanos, regulando estos vínculos, tan propiciatorios como riesgosos para las personas.

La noción de desplazamiento, en los términos propuestos, se presenta como una forma de dar cuenta de un conjunto de movimientos espaciales o espacialmente relevantes que implican cambios en estas relaciones entre las personas y sus lugares. Estos desplazamientos incluyen los movimientos espaciales de las personas con sus rebaños entre las distintas *estancias* y el *domicilio*, emplazados en lugares con una alta significación para los grupos domésticos, siguiendo un ciclo anual estable, en el marco de las estrategias de manejo de los recursos disponibles. Los nuevos desplazamientos, con nuevas velocidades, que han emergido en las intersecciones con las movilidades de los “tiempos rápidos” han generado una suerte de compresión espacial, acercando el mundo del campo con el del pueblo. Estas movilidades también han transformado el modo en que Susques se relaciona con el “mundo del afuera”. Mientras que se han restringido los viajes de intercambio en una escala regional dentro de las formas locales de complementariedad, se han generado nuevas relaciones, en general asimétricas, con los grandes centros urbanos.

Los movimientos entre las *estancias* implican un desplazamiento espacial, pero también temporal, no sólo en relación con el tiempo vinculado al recorrido. La presencia en cada uno de los *lugares* implica una articulación con los tiempos de

los *abuelos* que las construyeron, desplazándose en las historias familiares. De esta manera se vinculan los diferentes momentos dentro de un devenir y se afirman los derechos sobre estos *lugares* desde la presencia y desde la pertenencia a una línea de descendencia. Los recorridos por las rugosidades del territorio presentan rasgos compartidos con la conformación de los *domicilios*, y en cierto modo también con *las casas en el pueblo*, donde la suma de *casas* implica una puesta en relación de los tiempos de múltiples personas vivas y fallecidas. Los desplazamientos implican cambios en las relaciones entre los sujetos y los objetos, en las materialidades, como aquellos que operan en la necesidad de estabilizar las relaciones entre las personas y la *casa* a través de la *flechada* en la inauguración, pero también en distintas acciones a lo largo del tiempo.

En esta línea, una mirada sobre el campo luego de un trabajo prolongado y a su vez revisitado un tiempo más tarde, inevitablemente invita a repensar algunas de aquellas afirmaciones, particularmente las relativas a los cambios en el marco de relaciones de poder asimétricas entre los grupos pastoriles y distintos actores. Las acciones de estos actores, particularmente el estado, sin dudas implicaron transformaciones en las dinámicas locales y las formas de manejo de los rebaños, entre otras dimensiones. Sin embargo, la realidad ha estado lejos de una transformación drástica, de un quiebre, en los términos esperados tal vez por el estado y supuestos desde la propia investigación. A partir de su flexibilidad, los grupos pastoriles en Susques han operado activamente, reordenando sus formas de habitar, siempre desde la movilidad, respondiendo a contextos cambiantes, como, por cierto, lo han hecho históricamente. De esta manera, en definitiva, desafían las agendas externas, incluyendo las que construimos desde los espacios académicos.

Referencias

- Barada, J (2018), *Entre casas, departamentos y viviendas. La producción de arquitectura doméstica en un pueblo puneño*. Coranzulí, Jujuy, Argentina. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Benedetti, A (2005), "Un territorio andino para un país pampeano. Geografía histórica del Territorio de Los Andes (1900-1943)", *Tesis doctoral*, Universidad Buenos Aires.
- Bertrand, A (1885), *Memoria sobre las cordilleras del Desierto de Atacama i regiones limítrofes presentada al Señor Ministro del Interior*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Blunt, A y R Dowling (2006), *Home*. Londres: Routledge.
- Blunt, A y A Varley (2004), "Introduction. Geographies of home". *Cultural geographies*, 11: 3-6.
- Bolsi, A y R Gutiérrez (1974), "Susques: Notas sobre la evolución de un pueblo puneño". *Documentos de Arquitectura Nacional* 2, 14-29.
- Boulay, S (2007), "The role of architecture in society: structuring of the family unit among moorish pastoral nomads of Mauritania". *Nomadic People* 11(1): 49-67.
- Bugallo, L (1999), "La maison fléchée: conception de l'habitat sur le haut-plateau argentin". En Erny, P (editor) *Cultures et habitats. Douze contributions á une ethnologie de la maison*, 61-76. París: L' Harmattan.
- Bugallo, L y J Tomasi (2012), "Crianzas mutuas. El trato a los animales desde las concepciones de los pastores puneños (Jujuy, Argentina)". *Revista Española de Antropología Americana*, 42(1): 205-224.
- Cerri, D (1993 [1903]), *El Territorio de Los Andes. Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador el General Daniel Cerri*. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Flores Ochoa, J (1967), *Los Pastores de Paratia. Una introducción a su estudio*. Cuzco.
- Flores Ochoa, J (1977), "Pastores de Alpacas de los Andes" En: Flores Ochoa, J (editor) *Pastores de Puna. Uywamichiq punarunakuna*, 15-52. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Galaty, J y D. L. Johnson (1990), "Introduction: Pastoral Systems in Global Perspective". En Galaty, J y D. L. Johnson (editors) *The World of Pastoralism. Herding Systems in Comparative Perspective*, 1-31. Nueva York: The Guilford Press.
- Göbel, B (1998), "Salir de viaje: Producción pastoril e intercambio económico en el noroeste argentino". En *50 años de Estudios Americanistas en la Universidad de Bonn. Nuevas contribuciones a la arqueología, etnohistoria, etnolingüística y etnografía de las Américas*, 867-891. Bonn: Universidad de Bonn.

- Göbel, B (2002), "La arquitectura del pastoreo: Uso del espacio y sistema de asentamientos en la Puna de Atacama (Susques)". *Estudios Atacameños*, 23: 53-76.
- Haesbaert, R (2005), "Da desterritorializacão a multiterritorialidade". En *Anais do X Encontro de Geógrafos da América Latina*. San Pablo: Universidade de São Paulo.
- Humphrey, C (1988), "No Place Like Home in Anthropology: The Neglect of Architecture". *Anthropology Today* 4 (1): 16-18.
- Karasik, G (1984), "Intercambio tradicional en la puna jujeña", *Runa* 14: 56-78.
- Khazanov, A (1994), *Nomads and the outside world*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
- Nielsen, A (1996), "Competencia Territorial y Riqueza Pastoril en una Comunidad del Sur de los Andes Centrales (Dto. Potosí, Bolivia)". *Zooarqueología de Camélidos* 2: 53-74.
- Nogué, J (1989), "Espacio, lugar y región: hacia una nueva perspectiva geográfica regional". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 9: 63-79.
- Núñez, L y T Dillehay (1995 [1979]), *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e interacción económica*. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Palacios Ríos, F (1977), "...hiwasaha uywa, uka uywaha hiwasaru uyusitu: Los pastores aymara de Chichillapi", *Tesis de Maestría*, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Rivet, C y J Tomasi (2016), "Casitas y Casas Mochas. Los antiguos y los abuelos en sus arquitecturas (Coranzulí y Susques, provincia de Jujuy, Argentina)". En Bugallo, L y M Vilca (editores) *Wak'as, diablos y muertos: alteridades significantes en el mundo andino*, 373-411. San Salvador de Jujuy: Ediunju.
- Santos, M (2006), *A Natureza do Espaço*. San Pablo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Tomasi, J (2011), "Geografías del pastoreo. Territorios, movilidades y espacio doméstico en Susques (provincia de Jujuy)". Tesis de doctorado en Geografía. Universidad de Buenos Aires.
- Tomasi, J (2012), "Lo cotidiano, lo social y lo ritual en la práctica del construir. Aproximaciones desde la arquitectura puneña (Susques, provincia de Jujuy, Argentina)". Apuntes. *Revista de estudios sobre Patrimonio Cultural*, 25(2): 8-21.
- Tomasi, J (2013a), "Espacialidades pastoriles en las tierras altoandinas. Asentamientos y movilidades en Susques, Puna de Atacama (Jujuy, Argentina)". *Revista de Geografía Norte Grande*, 55: 67-87.
- Tomasi, J (2013b), "Materialidades urbanas en tensión. El pueblo de Susques desde comienzos del siglo XX". *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas* 42: 121-137.

Tomasi, J (2014), “Territorios de pastoreo y derechos de acceso a los recursos. El caso de Susques (provincia de Jujuy)”. En *Investigaciones del Instituto Interdisciplinario Tilcara*, 245-269. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Tomasi, J (2015), “‘Una expresión del atraso’. La arquitectura de la Puna de Atacama en las descripciones de viajeros, científicos y funcionarios a comienzos del siglo XX”. *Estudios Sociales del NOA - Nueva Serie*, 15: 83-112.

Tomasi, J y A Benedetti (2013), “Territorialidades multiescalares. El Paso de Jama y el eje de capricornio, vistos desde un pueblo de pastores puneños (Susques, Jujuy, Argentina)”. En M.A. Nicoletti y P. Nuñez (editoras) *Araucanía - Norpatagonia: la territorialidad en debate. Perspectivas ambientales, culturales, sociales, políticas y económicas*, 14-32. San Carlos de Bariloche: IIDyPCa, Universidad Nacional de Río Negro.

Tuan, Y (2004), “Home”. En Harrison, S. Pile, S. y N. Thrift (editores), *Patterned ground: entanglements of nature and culture*, 164-165. Reaktion Books, Londres.

Turner, M (2009), “Pastoralism”. En Gregory, R. Johnston, G. Pratt, M. Watts y S. Whatmore (editores) *The dictionary of Human Geography*, Derek, 521-522. West Sussex: Wiley-Blackwell.

Webster, S (1973), “Native Pastoralism in the South Andes”. *Ethnology* 12 (2): 115-133.

Yacobaccio, H. D., C. M. Madero y M. P. Malmierca (1998), *Etnoarqueología de pastores surandinos*. Buenos Aires: Grupo de Zooarqueología de Camélidos.

Zusman, P, C. Hevilla y M. Molina (2006), “Geografías de los tiempos lentos”. En Nogué, J y J. Romero (editores) *Las otras geografías*, 255-268. Valencia: Tirant lo Blanch.

Una conurbación vista desde la terraza: Urbanización, turismo y cotidianidad en La Serena-Coquimbo, Chile¹

Rodrigo Hidalgo Dattwyler

Miguel González Rodríguez

Sebastián Ponce Olmos

Carlos Vergara Constela

Introducción

Las ciudades de La Serena y Coquimbo -hoy conurbadas- están emplazadas en las geoformas que dan existencia a los diferentes procesos de transformación espacial que el ser humano ha producido por medio del desarrollo técnico, cuestión evidenciada en los cambios temporales que las sociedades ejercen en el territorio (Santos, 2000). Evidentemente, la urbanización capitalista ha tenido como obstáculo a la naturaleza (Harvey, 2012; Smith, 2020), donde, específicamente la geomorfología existente es uno de ellos; generando síntesis que da materialidad a la forma urbana.

El término conurbación expresa la faceta técnica de la urbanización producto de la primera revolución industrial. Acuñado por el biólogo británico Patrick Guedes (1915) a inicios del siglo XX, da cuenta de la fusión de las plantas físicas de ciudades con origen distinto. Esa vinculación era producto del desarrollo de los medios de transporte, especialmente, en esos años, del ferrocarril.

La conurbación La Serena-Coquimbo es el principal núcleo urbano del norte chico chileno. Son dos ciudades con origen distinto, pero relacionadas a causa de su proximidad y condiciones del medio natural. La Serena es una de las primeras ciudades que se fundan en el proceso de conquista y colonización en Chile en el siglo XVI (Orellana, *et al.*, 2016; Ampuero, 1997; Concha, 1871). Y Coquimbo, por condiciones de la bahía, se transformó en punto de salida y entrada vía marítima desde esos años, aunque su consolidación como asentamiento urbano y portuario es posterior (Cerdeña, 2009). En efecto, la conurbación como tal se comenzó a producir de modo físico funcional con la construcción del ferrocarril en la segunda mitad del

¹ Esta investigación se enmarca en el proyecto FONDECYT Regular 1191555 “La producción de vivienda subsidiada en ciudades fluviales, marinas y lacustres en Chile: integración y sostenibilidad 2000 – 2017”.

siglo XIX y se consolidó con el paso de la carretera panamericana un siglo después (Orellana, 2020).

Los núcleos urbanos se poblaron de manera densa a partir de esos años. Los actuales patrones de urbanización muestran la implosión playera-turística de edificios en altura y la explosión hacia los valles con residencia permanente de baja densidad. Aplicamos esta metáfora de la Física acuñada por Lefebvre (1972) para expresar cómo las fuerzas capitalistas centraron en lo urbano la reproducción de las inversiones para aumentar rentabilidad y liquidez.

Claramente existen distintas velocidades de urbanización, por clase social y por actividad y/o función predominante de la conurbación La Serena-Coquimbo, tanto de sus relaciones internas o externas, o dicho en otras palabras de sus escalas local, regional, nacional y global. Entendiendo que la producción del espacio implica asumir la tensión dialéctica entre movilidades y ritmos definidos por las rugosidades de la superficie terrestre, y por los efectos de la técnica en búsqueda de la superación de estos, nuestro capítulo se adentra en una descripción informada del proceso de urbanización actual de la conurbación en relación a la dinámica turística, enfatizando los ritmos materiales de la producción de vivienda y de la cotidianeidad.

Para estos efectos, ocupamos herramientas metodológicas cuantitativas y cualitativas. Para analizar componentes básicos del proceso de urbanización: conjugamos un análisis entre la estadística censal de crecimiento poblacional desde 1865 hasta 2017, la variación del parque habitacional en las últimas décadas y la concentración de segunda residencia, con la observación respecto a las dinámicas cotidianas en estos espacios, la localización de infraestructura pública, equipamiento urbano, servicios y forma que adquieren los flujos. Para esto, ocupamos diferentes herramientas representacionales tales como gráficos, infografías, fotografías, tablas y cartografías. A su vez, para dar cuenta de la dinámica turística se analizaron estadísticas oficiales vinculadas a este rubro económico, cuestión que fue tensionada con observación permanente sobre dimensiones de la ritualidad urbana (ritmos, movimientos, sentidos, usos) que ha adquirido la conurbación.

Naturaleza y breve historia urbana de la conurbación La Serena-Coquimbo

El turismo de montaña o mar, de “intereses especiales” (Espinosa, Llanca-mán y Sandoval, 2014) o masivos, se presenta sobre esta zona. Esta conurbación se emplaza sobre la costa, espacio caracterizado por una condición geomorfológica de terrazas fluviales, marinas y humedales. Su combinación de clima desértico y costero con la presencia de valles que nacen en la cordillera y desembocan en el océano es relevante para comprender su atractivo. Precisamente es en las terrazas, el espacio

donde se ha extendido el proceso de urbanización de ambas ciudades, suturando ambas tramas urbanas (Véliz, 1990).

En un clásico estudio, Paskoff (1970) distinguió cinco terrazas fluviales y marinas, las cuales se emplazan desde la bahía costera hasta el cerro Grande, punto de referencia ubicado hacia el oriente de la conurbación (Imagen No. 1). Con respecto a las terrazas marinas, estas son identificadas -de mar a cordillera- como terraza baja, segunda terraza media, primera terraza media, terraza alta y terraza superior. Si nos ubicamos en la ciudad de La Serena, la terraza baja corresponde al borde costero y la zona de playas. Esta misma, en Coquimbo, se extiende 2 kilómetros hacia el oriente, donde se produce un escarpe que limita con las terrazas medias. Ésta posee un mal drenaje debido a que el nivel freático se encuentra a un kilómetro de profundidad (Sarricolea, 2004). Justamente, en la parte sur de la primera terraza litoral se ubica la Quebrada de Peñuelas, una microcuenca derivada del río Elqui. En la desembocadura de este cuerpo de agua, se encuentra playa Changa la cual posee un uso dado por pescadores artesanales desde tiempos ancestrales (Orellana y Díaz, 2016). En la actualidad, el estero que se forma en la quebrada se encuentra modificado por la Ruta 5 Norte (Rivera *et al.*, 2009; Cerasa y Martínez, 2007; Luna y Mena, 2006).

En Coquimbo, la segunda terraza media se ubica en torno a los 20 metros sobre el nivel del litoral, con una anchura de prácticamente 3/4 de kilómetro. Por su parte, en La Serena se extiende unos 3 kilómetros hacia el sur, hasta la Av. Cuatro Esquinas, elevándose sobre los 36 metros de la línea Litoral. Estas terrazas atraviesan el río Elqui, desplegándose desde el norte de Punta Teatinos hasta el sur hasta la Quebrada de Peñuelas. La primera terraza media, la alta y la superior se localizan en una pendiente que asciende hasta los 150 metros, confundándose con dunas que desaparecen al norte del río Elqui (Sarricolea, 2004:32).

Paskoff (1970) también observó cuatro niveles de terrazas fluviales y la formación de un valle. La terraza superior de río se observa claramente a unos 8 kilómetros antes de la desembocadura. La tercera terraza se encuentra en la ribera norte del río y forma un relleno ancho que va entre 200 y 400 metros. Por su parte, las terrazas baja y media se encuentran tanto al norte como al sur del río. En la ciudad de La Serena estas terrazas fluviales se unen a las terrazas marinas, encontrándose en la desembocadura del río Elqui, conjugándose a un sistema de dunas.

La urbanización de La Serena y Coquimbo se emplaza sobre estas geoformas. Si bien las terrazas cercanas a la costa se encuentran en un nivel de urbanización bastante consolidado, a la altura de la terraza media aún existe abundante vegetación y fauna, la cual se mezcla con asentamientos humanos. Por ejemplo, en el oriente de la terraza superior, compuesta por quebradas y suelos húmedos usados para la

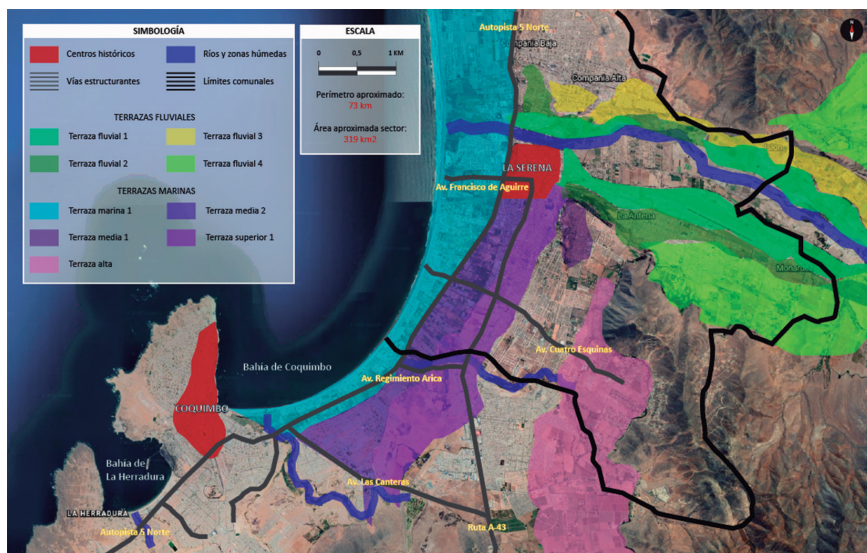


Imagen 1. Terrazas, centros históricos, trama urbana y vialidad estructural. Fuente: elaboración de los autores.

agricultura, ha sido un espacio progresivamente colonizado por proyectos de vivienda social subsidiada y de conjuntos privados de élite (Napadensky y Orellana, 2019; Ortiz *et al.*, 2002).

La conurbación La Serena-Coquimbo desde el Plan Serena hasta la actualidad

El proceso de conurbación de ambas ciudades se ha producido en las últimas tres décadas, a propósito de la presión inmobiliaria sobre suelos de uso agrícola en abandono. La planificación de estas ciudades durante la época desarrollista o de industrialización por sustitución de importaciones (mediados de siglo XX) se trazó bajo el Plan Serena, el cual fue desplegado en el contexto del Plan de Fomento y Urbanización de las Provincias de Chile (Gobierno de Chile, 1951). Este plan adscribía funciones a ambos núcleos: a La Serena la ubicaba como centro político-administrativo, mientras que a Coquimbo como espacio portuario de intercambio interregional de mercancías.

El espacio que separaba a ambas ciudades fue planificado para el desarrollo agrícola enfocado al abastecimiento interno. A través de técnicas de irrigación y aprovechando las características húmedas, se adaptaron los suelos para la formación de unidades y parcelas productivas (Napadensky y Orellana, 2019; González Videla,

1975). A la par, se produjo un sistema de parques con el fin de establecer barreras naturales ante la desertificación (Torrent, 2004). Esto puede ser considerado como un proceso de producción de naturaleza, con el fin de generar condiciones para la habitación humana del territorio, ya sea mediante la mejora de condiciones climáticas como para la producción alimentaria. Sin embargo, a fines del siglo XX esta planificación territorial fue absorbida por intereses inmobiliarios que buscaron sacar provecho del atractivo litoral y desde ahí produjeron un tipo de naturaleza basado en la amenidad y la contemplación del paisaje.

Es relevante dar cuenta que el Plan Serena desarrolló una gran cantidad de conjuntos urbanos planificados (viviendas con equipamiento y espacios públicos) y renovación urbana de tipología colonial en el centro histórico de la ciudad de La Serena, mientras que Coquimbo, se fue poblando con características mucho más populares, en base a la autoconstrucción en los cerros y terrazas (Orellana, 2020; Cortés, 2017; Inostroza y Shulze, 2014). Sin embargo, no deberíamos quedarnos con esta imagen que opone a La Serena y Coquimbo en una lógica dicotómica elite-popular. El desarrollo urbano de La Serena da cuenta de un carácter notable de fragmentación, el cual da existencia a variados núcleos: la playa, el centro histórico y las poblaciones populares ubicadas al norte del Río Elqui. Entre estas zonas, la conexión ha sido más bien débil.

Por su parte, el poblamiento de Coquimbo durante el siglo XX ha tendido a ser mucho más denso, en torno a la zona portuaria y los cerros aledaños al centro de la ciudad. Desde la década de 1960 comenzó a expandirse hacia el norte (Tierras Blancas y Las Canteras), espacios de carácter industrial que se conjugaron con vivienda destinada para los sectores populares y de autoconstrucción (Orellana, 2020; Orellana *et al.*, 2016). La consolidación de esta zona detonó en que desde la década de 1990 se construyesen proyectos de vivienda subsidiada destinada a clases medias y populares, generando un nuevo polo residencial en esta ciudad, que ha ido afianzando la conurbación por la vía de la segunda y tercera terraza.

El gráfico (Imagen 2) es elocuente con respecto al crecimiento poblacional en las últimas décadas, cuestión que se relaciona a los impactos en urbanización que ha definido la actividad minera (Daher, 2015; Rehner y Rodríguez, 2016). La localización de toda esta población ha ido configurando la conurbación entre ambas comunas. Existe una conurbación costera asociada al turismo -nuestro foco de interés-, pero también por las terrazas medias y superiores podemos dar cuenta de este proceso, a través de la creación de vivienda subsidiada y/o privada en diversas tipologías (condominios cerrados, parcelas de agrado, edificación en altura) (Hidalgo *et al.* 2009).

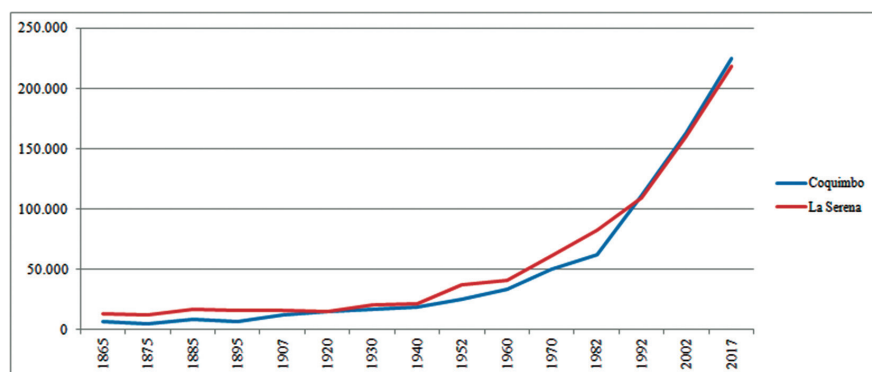


Imagen 2. Población de La Serena y Coquimbo (1865-2017). Fuente: elaboración de los autores en base a censos históricos de población y vivienda².

Tal como han mostrado Orellana *et al.* (2016), desde la década de 1990 los cambios en el territorio se aceleraron debido a la ocupación de dunas y terrazas fluviales del sector norte y este del río Elqui, a partir de vivienda subsidiada enfocada para los sectores medios, en áreas definidas como potenciales zonas de inundación. En esta misma época, las terrazas medias experimentaron una urbanización intensiva debido a los proyectos inmobiliarios privados que modificaron el territorio.

En el sur de la ciudad de La Serena, se ha producido una fuerte urbanización en la terraza media superior y alta, en los sectores Universidad y San Joaquín. Asimismo, en el valle lacustre formado por el río Elqui se ha construido vivienda subsidiada para clases populares (distritos censales La Florida y La Antena). Cabe destacar que, en la terraza superior, próxima al cerro Grande, desde 2010 se ha empezado a urbanizar mediante parcelas de agrado en suelos que eran usados para la agricultura o espacios caracterizados por su vegetación (Orellana, 2020; Sarricolea, 2004; Ortiz *et al.*, 2002).

En Coquimbo, en el sector Las Canteras se ha producido un acelerado proceso de urbanización de viviendas de segunda residencia, que en período estival experimenta mayor afluencia y dinamismo debido al poblamiento temporal veraniego. Las últimas dos zonas de expansión urbana de Coquimbo se orientan hacia el sur de la ciudad. En la primera, en la línea de costa de bahía La Herradura, se constata la producción de edificación en altura cuya inversión se sostiene en un discurso de naturaleza con vistas al mar y las amenidades del sitio. La segunda corresponde al

² URL: <https://www.inec.cl/estadisticas/sociales/censos-de-poblacion-y-vivienda/poblacion-y-vivienda>. Consultado: 19/5/2021.

suroriente de la conurbación, desde San Juan a El Sauce-Rinconada. En este espacio se han producido diversos conjuntos habitacionales que van desde parcelas amplias, condominios privados hasta vivienda subsidiada para clases populares, pasando por edificaciones en altura orientadas principalmente a las clases medias (Orellana, 2020).

Ahora bien, esta forma de expansión urbana ha tenido un soporte en la producción de infraestructura vial. Basado en justificaciones sociales y económicas como argumentos, las obras públicas son esenciales para la captura de renta por parte de los desarrollos inmobiliarios. En el caso de la conurbación La Serena-Coquimbo, las infraestructuras de carácter nacional, regional y local dibujan sus expansiones o constricciones a lo largo del tiempo.

Las condiciones del medio natural que hemos descrito dan una perspectiva que es difícil de omitir complejizando la comprensión de los ejes que explican la movilidad, su potenciamiento y las actividades económicas que se abocan a la construcción de imágenes públicas y discursos, cuestiones que se entremezclan con una naturaleza compleja del lugar de emplazamiento de las ciudades en estudio.

Por ejemplo, en el caso de las vías comunicantes con Santiago, una de las obras importantes de las últimas décadas ha sido la construcción de la doble vía/calzada de la Ruta 5, materializada hacia la primera década de este siglo. El desarrollo de la infraestructura vial de escala nacional se inserta en el imaginario de la carretera panamericana -la cual uniría a Alaska con la Tierra del Fuego-, difundida hacia mediados del siglo pasado. Desde la década de 1990 y en el marco de la transición chilena a la democracia, variadas infraestructuras son puestas en régimen de concesión, en una clara señal de apertura económica y favorecimiento de la inversión privada (Hidalgo, Santana y Alvarado, 2016).

La ruta 5 atraviesa la conurbación, convirtiéndose también en un escollo para movilidad intra-metropolitana. Ella recibe un flujo vehicular de viajes y cargas entre Santiago y las ciudades del Norte Grande chileno. Pero es más, esa ruta está emplazada en la zona inundable del contacto tierra-mar, la que ha recibido rellenos de material sólido desde tiempos prehispánicos (Orellana, 2020). Esa ruta fragmenta el espacio conurbado, cuestión que se suma al fraccionamiento que hemos señalado, asociado a las terrazas geomorfológicas que dan soporte a la urbanización, las cuales adquieren la forma de cuencas andinas o subandinas (Elqui y Limarí) que desembocan en el Océano Pacífico, y que encajonan la conurbación.

Esta red vial delimitada por la geología y geomorfología de una conurbación enclavada en un clima costero semi-desértico, da a lugar unos condicionamientos que otorgan valor y también restricciones a la urbanización (dialéctica condiciones del sistema natural y desarrollo de infraestructura). La apertura o reforzamiento de

determinadas obras públicas que favorecen la accesibilidad y conectividad suman efectos en la actividad turística, que valora los elementos descritos (ver Imagen 1). Esos aspectos, en el caso de la conurbación, tienen relación con las playas y costaneras, lugares clave para construir la imagen de una metrópoli que alberga el turismo y ocio, con potencial futuro para convertirse en destino de los jubilados/as de la minería y sus servicios asociados.

Sobre el problema de la vivienda (turística)

La conurbación La Serena-Coquimbo se caracteriza por tener una base económico-productiva articulada en la minería y en la agricultura de exportación o agroindustria, donde la reinversión del excedente de capital proveniente de ambas actividades extractivas ha definido la intensidad de la urbanización. En este proceso, la financiarización y los circuitos globales de capitalización de las economías con fuerte raigambre extractiva como la chilena, son elementos clave para comprenderlo (Singer, 1988; Santos, 1994; Silveira, 2011).

Si bien esta ha sido una clásica lógica para acelerar la reproducción y acumulación de capital, un debate de actual relevancia ha sido conocer cuáles son las implicancias de la economía minera en la producción del espacio (Rehner y Rodríguez, 2016). Para Vergara-Perucich (2018) esto se fundamenta en una lógica de implosión/explosión urbana a escala nacional, detonada desde determinadas comunas de Santiago de Chile -zona de implosión, materializada en clásicos barrios financieros con altos edificios, hoteles y sedes de grandes empresas- y explosionada por todas las huellas de urbanización que trazan los núcleos de extracción de minerales, celulosa o alimentos, diseminados por las regiones del norte y sur del país.

“Para el caso latinoamericano, por cierto, el momento de implosión/explosión se asociará a la implementación del modelo neoliberal, caracterizado por la profundización de un modelo económico extractivista de materias primas, socialmente apropiado por una élite político-económica dominante y con metas políticas a corto plazo, que apunta al crecimiento anual medido por el producto interno bruto y el empleo” (2018:73-74).

Sin embargo, esta lógica también tiene una expresión metropolitana definida por una densificación de las zonas centrales y un crecimiento fragmentado y diseminado por periferias extendidas. Para Rehner y Rodríguez (2016), las ciudades del norte de Chile dan cuenta de un notable aumento de población durante las últimas décadas asociado a los auges del ciclo minero del cobre. Su expresión paisajística-morfológica permite apreciar un mayor énfasis en la densificación de la línea de costa que en la expansión de la mancha urbana.

La Serena-Coquimbo es una excepción a esta regla, detonándose también un incremento de la extensión de la superficie urbana, a través de la producción de nuevas viviendas para población que tiende a asentarse en la zona (Daher, 2015; Orellana, Díaz y Fierro, 2016; Orellana, 2020). Este crecimiento no necesariamente significa ser sinónimo de mejor calidad de vida o mayor apropiación de bienes sociales. Más allá del notable incremento de la cantidad de población y el parque de viviendas, Atienza, Arias-Loyola y Lufin (2020) definen estos espacios como la “puerta trasera del desarrollo”, destacando que los excedentes de la actividad minera no han significado un menor empobrecimiento de la población, relación también demostrada por Daher (2015).

Esto es importante destacar, debido a que en Chile, la producción residencial se materializa mediante una segmentación de mercado para acceder a la vivienda formal. Uno de estos mecanismos es a través del subsidio a la oferta, el cual permite el desarrollo inmobiliario de conjuntos de viviendas para las familias beneficiarias de subsidios (Alvarado, 2019). Otro mecanismo, enfocado para la demanda con mayor capacidad de solvencia y/o endeudamiento, es de compra directa de viviendas de un mayor estándar constructivo en suelos mejor localizados y más apetecidos para dinamizar otros circuitos económicos relacionados, tales como el turístico y el de alquiler en general.

De todas maneras, es necesario recalcar que el acceso a la vivienda en Chile no solo está definido por la formalidad. La informalidad habitacional es de larga data siendo el mecanismo clásico de las clases populares para acceder a la vivienda. Según el Catastro de Campamentos de 2019, la cuarta Región de Coquimbo alcanzó los 25 campamentos compuestos por poco más de 1.000 hogares, siendo la comuna homónima -Coquimbo- la que concentra una mayor cantidad de estos asentamientos, con 6 campamentos que involucran 376 hogares (MINVU, 2020). El más importante es el Campamento Los Changos, cercano al área central, ubicado en Alto Coquimbo, el cual concentra 182 hogares. Los campamentos han crecido de forma considerable en los últimos años, problemática que se ha visto potenciada por los efectos económicos de la actual pandemia sanitaria. De todas formas, el parque de viviendas crece por varios carriles. La vivienda de segunda residencia ha experimentado un dinamismo aún mayor, indicador inefable del carácter turístico de algunas localizaciones de la conurbación.

El turismo residencial y la metropolización

Las zonas o regiones turísticas, por definición, son ancla para reinversión de capital en producción de espacios que alberguen la función residencial por tempo-

rada (Mantecón, 2008; Pontes, García-Martín y Moreno-Muñoz, 2020). De hecho, en las ciudades que poseen una base económica relacionada con los servicios a la producción y el comercio en general, cuentan con una infraestructura que posibilita un rápido crecimiento del sector turismo en caso de localizarse a amenidades naturales, tales como playas, lagos o espacios atractivos menos urbanizados. El desarrollo del turismo en Chile también se ha producido de manera segmentada por el mercado. Según la capacidad de pago, los lugares que son promocionados y demandados por distinciones socioeconómicas dan lugar a una verdadera geografía social del habitar turístico.

La cuarta Región de Coquimbo, por ejemplo, posee condiciones climáticas muy gratas durante todo el año y extensas playas ubicadas en el entorno inmediato de la conurbación, lugar que, como veremos más adelante, está siendo objeto de presión inmobiliaria, constituyéndose como un nicho de renta enfocado en la producción de segundas residencias. Hiernaux (2010) las ha definido como producto de un proceso de ocupación temporal para fines de ocio, distante del lugar habitual de residencia, pudiendo ser propia o rentada durante un periodo restringido, siendo verdaderos complementos de la residencia principal, aspiración para familias mejor acomodadas y símbolo de estatus social.

En general, muchas de las interpretaciones destacan que la masificación del fenómeno turístico está dada por el peso que tienen las grandes ciudades o áreas metropolitanas sobre los espacios rurales y periurbanos con atractivos naturales y culturales, accesibles en distancias y tiempos de viaje (Callizo, 2001). Por ejemplo, Figueroa (2004) se refiere a estas segundas residencias como de proximidad, pero no en espacios de la periferia inmediata, sino en zonas próximas -entre 1 y 4 horas de viaje- para usarlas como viviendas de fin de semana. Esto no necesariamente ocurre en el caso de La Serena-Coquimbo, la cual es una conurbación que está en proceso de metropolización, por lo que cumple varias funciones residenciales asociadas a población asentada y población flotante vinculada a estudiantes universitarios, trabajadores mineros y turismo. Si bien esta zona aún tiene “aire de pueblo”, ya constituye uno de los cinco núcleos urbanos más densos del país.

El turismo residencial ha sido estudiado con mayor detención en la Europa Mediterránea, Para Aledo, Mazón y Mantecón (2007),

“este desarrollo ha dado origen a una nueva fórmula urbana: las urbanizaciones turístico-residenciales formadas por agrupaciones de chalets, adosados y bungalows, que conforman una unidad urbanística separada de los cascos urbanos tradicionales. Tanto a nivel social como urbanístico, estos nuevos complejos urbanos están escasamente relacionados o conectados con los asentamientos tradicionales” (2007:4).

Estos autores entregan un indicador sorprendente: durante el año 2000, la costa litoral de Alicante (España), absorbió el 90% de la inversión inmobiliaria extranjera en la Comunidad Valenciana, mediante la compra de 30.000 viviendas turísticas, con una facturación aproximada de 3.700 millones de euros de la época. Esta oferta ocasionó que en el año 2001, en los municipios del litoral alicantino el porcentaje de viviendas secundarias y vacías -de función claramente turística- alcanzara el 62.9% del total de la zona, mientras que en España el mismo porcentaje no superaba un tercio del total (Aledo, Mazón y Mantecón, 2007).

En América Central y del Sur, determinadas zonas se han sumado a esta fórmula (Janoshka, 2011; García-Martín y Moreno-Muñoz, 2020) exhibiendo la transformación de espacios en función de los requerimientos de la demanda turística, cuestión que ha significado la detonación de procesos de segregación, fragmentación y/o desplazamiento de habitantes. Tal como ha mostrado Segeur (2015), la bahía de Coquimbo, actualmente, está experimentando algunos de estos procesos, a propósito de la presión inmobiliaria para el desarrollo de viviendas que puedan integrarse a los circuitos económicos del turismo.

La conurbación costera

Desde la década de los noventa en adelante, los predios agrícolas que separaban a Coquimbo y La Serena comenzaron a sufrir una brutal transformación en pos de consolidar la imagen-objetivo turística definida para esta última con especial énfasis, pero en general, para toda la costa de la cuarta región y del país. El paisaje costero comenzó a transformarse progresivamente pasando de terrenos agrícolas en desusos y humedales a la construcción de nuevas edificaciones orientadas a ser ocupadas principalmente como residencias de veraneo (Napadensky y Orellana, 2019; Segeur, 2015, Hidalgo *et al.*, 2009).

En la Imagen 3, vemos la cantidad de pernoctaciones en la conurbación y en la cuarta Región de Chile. Estas cantidades, las cuales obviamente ascienden de manera notable en el periodo estival, constituyen aproximadamente el 5% del total nacional. Claramente, ambas comunas constituyen un polo turístico relevante para el país, erigiéndose como una de las zonas que más población atraen en temporada estival.

La gran cantidad de turistas que arriban a ambas comunas pernoctan de diferentes maneras: campings, arriendos de departamentos o de habitaciones, cabañas, hoteles, hostales, etc. Quizás la modalidad más relevante en términos del impacto urbano para la conurbación es a través del arriendo, compra de viviendas -principalmente en la zona costera- u hotelería, las cuales se presentan en la clásica tipología de edificación en altura. Si bien no podemos establecer que La Serena-Coquimbo es

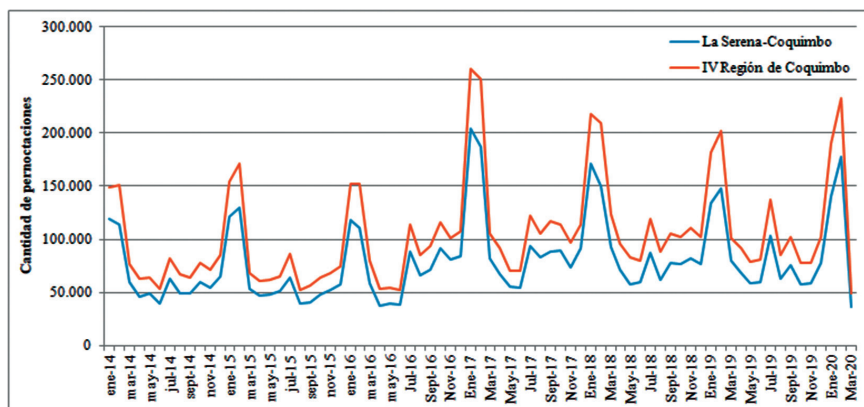


Imagen 3. Cantidad de pernотaciones en establecimientos de alojamiento turístico (2014-2020). Fuente: elaboración de los autores en base a Encuesta Mensual de Alojamiento Turístico³.

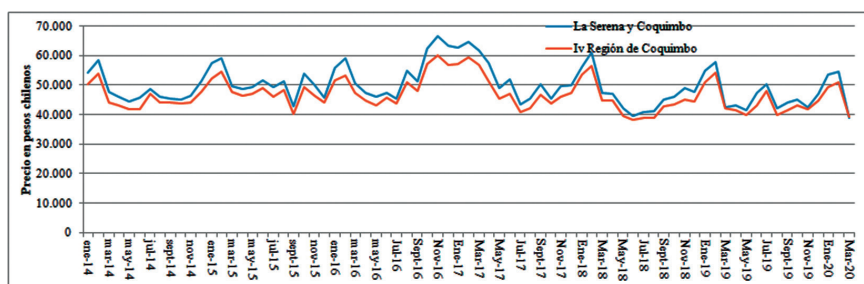


Imagen 4. Tarifa promedio "ADR"⁴ (2014-2020). Fuente: elaboración de los autores en base a Encuesta Mensual de Alojamiento Turístico⁵.

un polo turístico netamente de elite, sí vemos que el costo económico de la pernотación resulta, por lo menos, más alto que el promedio regional.

Ahora bien, el gráfico (Imagen 3) no logra dar cuenta de la trazabilidad del aumento del turismo en las últimas décadas, el auge de La Serena-Coquimbo ha crecido sostenidamente desde la década de los noventa a la actualidad, atrayendo a turistas procedentes de las principales capitales regionales de Chile (sobre todo Santiago) y

³ <http://www.ine.gov.cl/estadisticas/economia/comercio-servicios-y-turismo/actividad-del-turismo>

⁴ Corresponde a la sigla en inglés "Average Daily Rate" (ADR). Este indicador da cuenta del ingreso económico promedio por vivienda turística ocupada por día.

⁵ <http://www.ine.gov.cl/estadisticas/economia/comercio-servicios-y-turismo/actividad-del-turismo>

de la ciudad de San Juan, Argentina. Esta intensificación de flujos ha sido soportada por un aumento notable del parque de viviendas. Tal como podemos ver en la Tabla (Imagen 5), prácticamente se ha cuadruplicado en un periodo de aproximadamente 40 años. Como sabemos, esto tiene su explicación en los vaivenes de los ciclos del cobre, donde esta implosión de producción inmobiliaria en la zona costera se ha interpretado como una reinversión de los capitales cupríferos en el mercado de la vivienda (Daher, 2016; Rehner y Rodríguez, 2018). Esta reinversión ha estado localizada especialmente en la zona costera, la cual se ha erigido como un gran nicho de mercado, capaz de otorgar buenas posibilidades para la captura de renta de suelo y la dinamización de mercados de compra/venta, alquiler y servicios orientados a esta población, y de la cual La Serena y Coquimbo forma parte (Aguirre, 2018).

Tal como se puede apreciar en la Tabla (Imagen 5), existen muchos distritos censales que exhiben un aumento de su parque habitacional. No solo hay un aumento en las zonas costeras, puesto que las dinámicas de crecimiento urbano en esta conurbación también están asociadas a la producción de vivienda subsidiada para clases medias y populares, las cuales han tendido a localizarse hacia el interior de las comunas, en la segunda o tercera terraza. Sin embargo, los distritos censales que mayor crecimiento sostienen en cuanto a producción de viviendas, corresponden principalmente a los ubicados en la costa, tales como Francisco de Aguirre, Las Vegas, La Pampa (en el caso de La Serena) y Cantera, Pan de Azúcar, La Herradura, Guanaqueros y Tongoy (en el caso de Coquimbo). En ellos, resulta notable la cantidad de viviendas desocupadas y la presencia de la tipología de departamentos. Por su parte, la Imagen 6 permite apreciar cómo se han tendido a concentrar las viviendas desocupadas en la zona del borde costero, dando cuenta de la lógica socio-espacial de esta zona. La segunda residencia o la vivienda en arriendo tienden a ubicarse en torno a la bahía, siendo un espacio que adquiere una cotidianidad muy distinta en periodo estival, respecto al resto del año.

Distrito Censal	Total Viviendas				Viviendas desocupadas				Departamentos				
	1982	1992	2002	2017	1982	1992	2002	2017	1982	1992	2002	2017	
La Serena	Intendencia	1.174	1.067	799	564	85	88	93	79	149	116	95	59
	Mercado	4.127	3.984	4.743	5.236	109	230	313	447	8	5	51	51
	Francisco de Aguirre	935	833	879	6.485	45	60	198	1.589	84	74	179	4.172
	Las Vegas	1.363	2.358	3.536	9.327	91	416	1.092	4.226	43	466	1.418	6.368
				14.305									
	La Pampa	5.939	7.953	7.468		249	442	700	1.593	245	256	386	2.188
	La Florida	177	315	2.585	7.002	4	30	343	840	0	0	0	788
	Algarrobito	242	292	376	1.038	23	37	59	226	0	1	0	
	Porvenir	273	450	623	1.542	17	78	166	486	0	0	0	
	Las Rojas	352	438	726	1.319	37	42	108	259	0	0	0	1
	Romero	345	438	630	1.734	24	60	132	396	0	0	0	
	Condoriaco	51	68	67	71	17	16	27	45	0	0	0	
	Almirante Latorre	122	139	125	140	54	57	80	86	0	0	0	
	Islón	282	379	557	678	33	46	92	74	0	0	0	
	La Compañía	5.480	11.167	4.525	10.142	200	438	562	1.734	1	216	184	2.273
	Universidad			4.514	7.183		0	413	1.059		0	368	1.668
	La Compañía Alta			9.218	14.071			721	654			3	3
	El Olivar			5.830	6.393			425	463			0	236
	Rezagados		4	111	235			22	0			6	18
	Total La Serena	20.862	29.885	47.312	87.465	988	2.040	5.546	14.256	530	1.134	2.690	17.825
Coquimbo	Aduana	1.884	2.184	2.380	2.640	168	185	141	194	84	92	64	19
				5.775									1
	Lord Cochrane	3.882	4.452	5.240		121	205	338	376	7	14	6	
	Buen Pastor	3.037	3.220	3.274	4.249	128	162	347	895	252	258	287	1.176
	Baquedano	1.330	1.318	1.113	1.733	42	111	75	432	1	6	4	671
	Cantera	506	2.177	4.868	13.736	29	434	854	3.388	0	1	187	
				11.778									901
	Pan de Azúcar	4.131	6.344	4.042		159	518	367	1.675	1	1	2	
	Cerrillos	372	471	713	1.338	30	16	46	135	0	0	0	
	La Herradura	578	849	1.618	3.640	114	169	730	1.357	6	15	514	915
	Estación	3.844	7.843	6.776	9.710	116	734	443	904	4	2	94	250
	El Peñón	103	174	284	742	20	44	93	218	0	0	1	
	Tambillos	162	227	607	1.296	22	34	289	431	0	0	0	1
	Las Cardas	54	73	98	191	13	3	7	31	0	0	0	
	Camarones	31	30	17	22	2	10	0	2	0	0	0	
	El Tangué	89	116	155	213	5	16	43	93	0	1	0	
	Tongoy	1.108	1.535	1.889	2.725	562	768	720	973	0	0	6	10
	Guanqueros	463	894	1.668	3.113	252	589	1.185	2.330	0	0	404	604
	Tierras Blancas			6.798	10.056		0	702	775		0	73	875
	Las Rosas			9.404	15.977			1.504	2.272			196	
Rezagados		2		567				15				54	
Total Coquimbo	21.574	31.909	50.944	89.501	1.783	3.998	7.884	16.496	355	390	1.838	10.320	
Total Conurbación	42.436	61.794	98.256	176.966	2.771	6.038	13.430	30.752	885	1.524	4.528	28.145	

Imagen 5. Total de viviendas, viviendas desocupadas y tipología departamentos (1982-2017). Fuente: elaboración de los autores en base a Censos de Población y Vivienda 1982, 1992, 2002 y 2017 ⁶

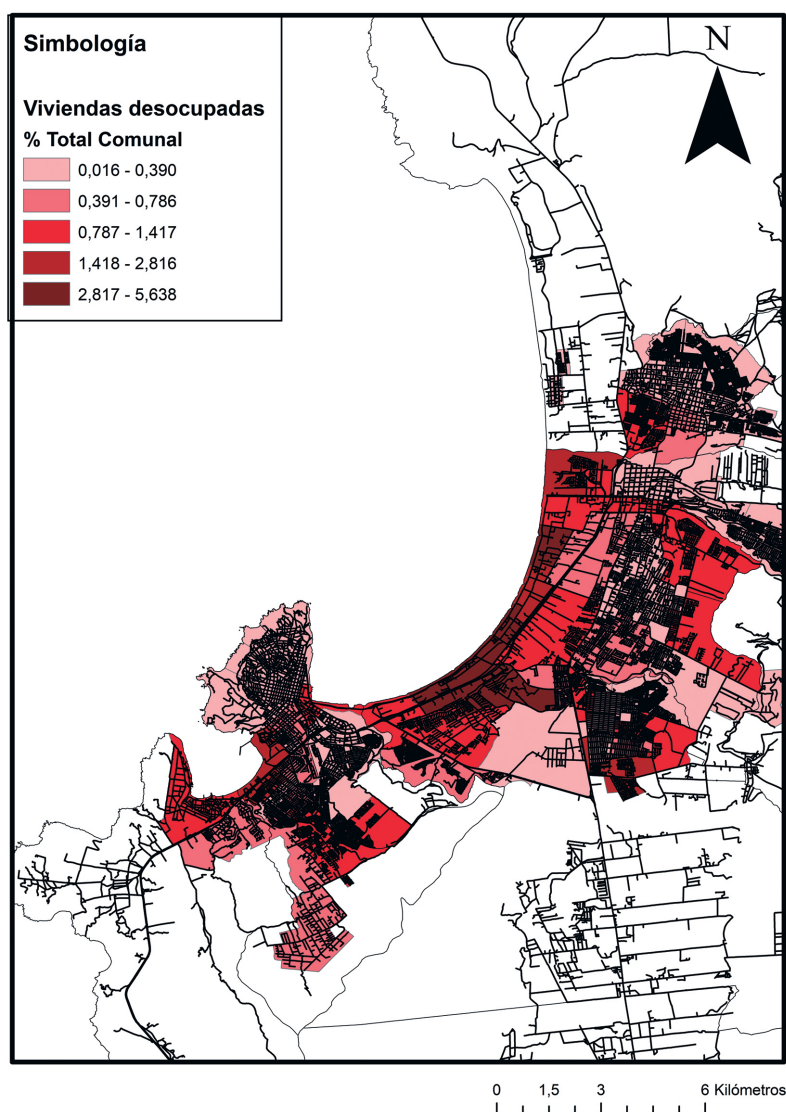


Imagen 6. Porcentaje de viviendas desocupadas (2017). Fuente: elaboración de los autores en base a Censo de Población y Vivienda 2017 ⁷.

⁶ <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/censos-de-poblacion-y-vivienda/poblacion-y-vivienda>

⁷ <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/censos-de-poblacion-y-vivienda/poblacion-y-vivienda>

Esta producción habitacional guarda relación con los ciclos de la minería (sobre todo del cobre). Estudios de la Cámara Chilena de la Construcción -gremio empresarial que agrupa los intereses de inmobiliarias y constructoras- sostienen que buena parte de la migración hacia esta conurbación se debe a la combinación entre localización, amenidades costeras y desarrollo de nuevos equipamientos, infraestructuras y servicios⁸. Aquello ha llevado a un *boom* inmobiliario sostenido más allá de los riesgos de inundación asociados a tsunamis y los problemas de conectividad entre los centros históricos de ambas comunas.

Se plantea que la inversión en esta zona asegura buenos retornos, ya sea por la intensificación de circuitos económicos asociados al arriendo o por la posibilidad de establecerse en condiciones más amenas y cercanas respecto a los polos mineros del norte de Chile. De hecho, tal como ha mostrado Garcés (2003), la lógica del establecimiento de los campamentos mineros circundantes a las faenas, cuestión propia del siglo XX, ha sucumbido ante la comprensión espacio-temporal otorgada por la incremento del tráfico aéreo entre ciudades nortinas, la notable mejora de caminos hacia los yacimientos, los nuevos sistemas de turnos de trabajo, los altos sueldos del rubro y la promoción de nuevos espacios residenciales en ciudades del norte, tales como Iquique, Antofagasta, Copiapó o La Serena-Coquimbo. Esto posibilita no vivir necesariamente en la contigüidad al espacio de trabajo.

Como corolario de los datos recién expuestos, podemos afirmar que la velocidad del proceso de urbanización en términos materiales se ha intensificado durante las últimas tres décadas. El aumento de la población residente, el crecimiento del parque habitacional en general y de las segundas residencias en específico, nos hablan de dos ciudades que durante el siglo XX fueron pensadas como unidades separadas pero interdependientes, que hoy se han conurbado por la costa producto del interés inmobiliario materializado en la saturación de edificación en altura, en la localización de servicios y equipamiento urbano privado, y en la acción estatal a través de un desarrollo vial ex post. Esta vorágine metropolizadora es tensionada por un modo de vida producto de condiciones históricas más lentas en lo que respecta a desplazamientos, tránsitos acotados en cada uno de los centros de las ciudades, o condiciones que posibilitan el caminar en barrios asentados hace larga data. Por lo que estas formas históricas de producir espacio urbano se yuxtaponen e influyen, sintetizando el presente del proceso de urbanización en La Serena-Coquimbo en su dimensión cotidiana.

⁸ *Minería Chilena*, 12 de Junio del 2019 (Revisado en Febrero 2021). Disponible en: <https://www.mch.cl/2019/06/12/las-ciudades-que-se-mueven-al-ritmo-de-la-mineria/#>

La nueva experiencia metropolitana

A más de 500 kilómetros de la capital Santiago -espacio metropolitano por excelencia en Chile-, el habitar en la conurbación detenta sus propias características: las dinámicas son lentas; el tránsito más cansino, de un fluir más lento que parece estar imbuido de las dinámicas rurales del valle del Elqui y la ruralidad profunda de la cuarta Región. En La Serena, al proceso de adaptación al ritmo de la zona se le llama *apapayarse*, en alusión a las pequeñas papayas amarillas típicas de la zona. Si nos detenemos a mirar en semáforos y calles, no hay mucha prisa en el caminar. Además, el clima, nuboso por costumbre, acrecienta esta sensación.

Los tránsitos dentro de la conurbación se establecen hacia los dos centros históricos: el centro patrimonial en La Serena, caracterizado por edificaciones del siglo XIX del estilo “clásico-serenense” ligado al auge minero de la época, complementado con edificaciones públicas erigidas durante el Plan Serena, denominadas “neoclásica” que, acompañado de distintas amenidades urbanas ligados a la producción de espacios públicos e hitos urbanos como el faro monumental ornamental y un bandejón central con esculturas, buscaban potenciar la imagen turística de La Serena como ciudad jardín. La forma constructiva que caracteriza a estas calles es el adobe y la quincha. Hacia el sur, el centro histórico de Coquimbo se estructura en torno al puerto, al característico barrio inglés, cuyas edificaciones también se caracterizan por materiales de adobe y la quincha, similares a algunas construcciones del puerto de Valparaíso.

La descripción funciona para explicar el hecho reciente que ha marcado un quiebre de la ritualidad urbana de la conurbación: comenzando las celebraciones de Fiestas Patrias (las que se celebran con particular dedicación en la ciudad), el 16 de septiembre del 2015 se produjo un terremoto de 8.4 grados escala de Richter y un posterior tsunami con epicentro en el sur de la región.

A pesar de que la totalidad del litoral chileno se encuentra en una zona de riesgo tectónico, que incluye distintas manifestaciones, entre las más desastrosas, los tsunamis, estos no han sido impedimento para la persistencia del desarrollo inmobiliario. Este último evento provocó daños en varias comunas de la región (Fernández *et al.*, 2017) y la salida del mar en ciertos lugares, que afectaron las plantas bajas de algunas edificaciones cercanas a la línea de costa y en las caletas del sur de Coquimbo (Contreras-López *et al.* 2016). Esta situación produjo gran alarma, especialmente en el litoral de La Serena-Coquimbo. El sentido común nos señala que lo anterior podría desembocar en mayores restricciones para la construcción y demanda por viviendas en estas zonas; sin embargo, la edificación en altura no se ha detenido. Los desarrollos inmobiliarios que hemos informado en el texto continúan su expansión

con proyectos de densificación del espacio interior y con otros que fomentan la expansión de la periferia costera. Si bien la constatación del riesgo y las eventuales catástrofes socio-naturales son factibles de ser manejadas o domadas a través de una batería de herramientas conceptuales provenientes del desarrollo sustentable y la gestión de riesgos -resiliencia, mitigación y adaptación-, se ha hecho caso omiso en pos de favorecer las amenidades en las que se basa la capturada de renta por parte de los negocios inmobiliarios.

Por su parte, los centros históricos aún exhiben las consecuencias de la catástrofe, acelerando el deterioro de construcciones que ya carecían de mantención. Muchas de ellas quedaron inhabitables por el sismo, situación que aprovecharon algunos propietarios para la reconversión de su uso, obteniendo renta en función de los usos de suelo transitorios, tales como estacionamientos, o mediante la compra-venta de proyectos de hormigón para ser usados como galerías, consultas médicas y comercios en general. El proceso a la fecha está en marcha y convive entre restauración de iglesias y monumentos históricos; ruinas, reconversiones de edificios patrimoniales y edificación de nuevas construcciones comerciales.

Los centros urbanos son de acceso limitado, por lo que la ausencia de estacionamientos a propósito del aumento poblacional ha sido un problema crónico en las últimas décadas. El tránsito peatonal tiende a ser expansivo a lo largo de las calzadas vehiculares. Éste se detiene para *vitrinear*⁹ o ingresar a locales de tipo comercio detallista y especializado que tiende a concentrarse en este espacio; con algunas cadenas de tiendas nacionales de distintas áreas de consumo. Las grandes bodegas del *retail*¹⁰, los mega-supermercados y sus característicos malls se edifican en zonas estratégicas dentro de las vías comunicantes entre las terrazas y el borde costero. Para llegar hasta allá desde algunos de los dos centros urbanos, se requiere estar dispuesto a tener una larga caminata, tomar transporte (colectivos o buses) o ir en automóvil, parte importante de esta nueva cotidianeidad.

Una avalancha de nuevos habitantes hacia el mar

La consolidación del borde costero a finales de la década de los ochenta y el acelerado crecimiento de sectores como La Florida, la Colina del Pino, en el caso de La Serena, y Peñuelas y la Cantera en el límite intercomunal, han reestructurado las vías de tránsito y movilización dentro de la ciudad, transformando la vida cotidiana

⁹ La acción de vitrinear da cuenta de salir a caminar y mirar las vitrinas de las tiendas, sin necesariamente ingresar a comprar.

¹⁰ El retail es un sector económico dentro del comercio asociado a grandes capitales dentro del rubro, compuesto por tiendas que logran concentrar distintos tipos de productores para centralizar las ventas.

de sus habitantes. Teniendo en cuenta que la ruta panamericana (Ruta 5) es un eje vertebrador entre las dos comunas, en el tejido urbano interior de la zona conurbada, pierde su condición de carretera de alta velocidad de conexión interregional, produciéndose un problema urbano recurrente: los embotellamientos vehiculares, pues en un tramo de autopista la existencia de objetos como semáforos lentifica el ritmo del desplazamiento.

La movilización de los habitantes de las terrazas más altas hacia los centros cívicos y al borde costero, presiona los cuatro ejes de comunicación que atraviesan de oriente a poniente la Ruta 5, cuya dirección está orientada hacia la Avenida del Mar (borde costero). De norte a sur, las vías articuladoras de la ciudad: Francisco de Aguirre (renombrada popularmente como “Diaguitas”, con posterioridad al estallido social de 2019), Cuatro Esquinas, Regimiento Arica y La Cantera, expresan una evidente presión debido al uso del automóvil. Se suma a ese tránsito, el desplazamiento proveniente de la Ruta 43, que conecta a Ovalle, comuna del interior regional, con la conurbación. En el interior de la ciudad esta ruta cambia de nombre, la cual llegando a La Serena se conecta con el camino hacia el aeropuerto y la ruta hacia el Valle del Elqui, espacio que comienza a verse densificado por el desarrollo de nuevas poblaciones. El tránsito cotidiano se complementa con las vías que conectan a La Serena con Coquimbo: Cisternas, González Videla, Balmaceda y Avenida del Mar; vías paralelas a la ruta 5 y que, solo en el caso de las dos últimas, conectan ambos centros.

El borde costero en la conurbación constituye un espacio de producción polifuncional de gran relevancia, definido por un espacio de consumo de ocio programado. El borde costero, entre el faro monumental de La Serena y la caleta de pescadores de Coquimbo, se erige como el principal espacio público del reciente proceso de metropolización. Con 13 kilómetros de playa consolidada mediante un paseo costero con equipamiento deportivo, infantil, ciclovía, restaurantes y cafés, es un punto de convergencia obligado en la cotidianeidad de cualquier habitante, ya sea como paseo peatonal, espacio de sociabilidad, uso deportivo, comercial y, en época estival o fines de semana largos, turístico (Segeur, 2015). En tanto los parques públicos diseñados por el Plan Serena y los reducidos espacios verdes presentes en Coquimbo, se encuentran fragmentados y dispersos en la ciudad debido al avance de conjuntos de vivienda privada y subsidiaria.

Así también, varias partes de esta área se convierten en un improvisado e informal espacio laboral. Principalmente durante el verano (aunque también en fines de semanas largos) es posible apreciar el aumento considerable de personas que instalan toldos o paños para vender artesanía, comida, ropa o cualquier objeto para juegos playeros (baldes, palas, paletas, pelotas). Esta dinámica se intensificó durante el verano que acaba de pasar (2021).

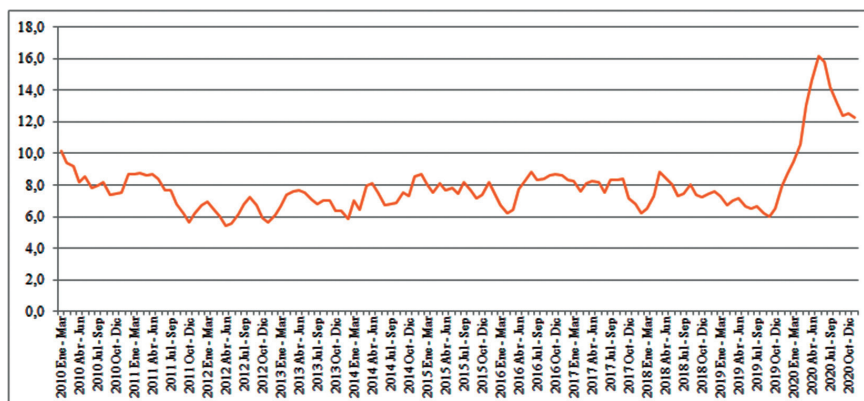


Imagen 7. Tasa de desocupación en Región de Coquimbo (2010-2020)¹¹. Fuente: elaboración de los autores en base a Encuesta Nacional de Empleo¹².

En un contexto de pandemia y restricción de movilidad según condiciones sanitarias a escala comunal, la conurbación La Serena-Coquimbo fue una de las “zonas liberadas” para ir de vacaciones por parte del gobierno de Sebastián Piñera (2018-2022). Esto, sumado a la crisis laboral a propósito del COVID-19, generó que el comercio ambulante -regulado o no municipalmente- se desplegara por las zonas turísticas y los centros históricos. Tal como podemos ver en el gráfico de la Imagen No. 7, esta es una dinámica que sucede verano a verano de manera cíclica: prácticamente durante todos los periodos estivales la tasa de ocupación tiende a disminuir para volver a aumentar entre los meses de abril y diciembre.

Expansión inmobiliaria y naturaleza

En la línea de costa se han construido proyectos inmobiliarios extendidos por toda su amplitud. Algunos de ellos, como La Serena-El Golf, poseen una serie de amenidades disponibles para uso exclusivo de sus propietarios o arrendatarios, tales como lagunas artificiales y de descanso, que transformaron la naturaleza para su uso y goce. Si bien estas tienden a ser zonas de veraneo, hay bastante residencia permanente. Muestra de ello es la presencia de establecimientos educacionales localizados antes de cruzar la Ruta 5 Norte, la cual pareciera ser una frontera que permite

¹¹ Si bien la estadística da cuenta del total de la población regional (742.178), cabe señalar que la población de la conurbación La Serena-Coquimbo asciende a 421.000 habitantes, por lo que la medida regional de igual manera nos da noción general de la realidad de la conurbación.

¹² https://regiones.ine.cl/coquimbo/estadisticas/#Encuesta_Nacional_de_Empleo_-_ENE/

distinguir una exclusividad de sus habitantes (Orellana, 2020: 69). Esta frontera al norte de la ciudad, posterior al río Elqui, separa de mar a cerro lo que es una zona de residencia exclusiva de Las Compañías, espacio producido por las políticas de vivienda social subsidiada, caracterizada por habitantes de bajos ingresos.

Desde el Plan Serena, los suelos hidromorfos de esta zona habían tenido un uso principalmente agrícola definiendo los sectores de las Vegas Norte y Sur. Las Vegas Sur que se ubican en la terraza media inferior, en la actualidad son objeto de una fuerte presión inmobiliaria de la urbanización de elite (Napadensky y Orellana, 2019). Resulta notable el cambio de eje respecto a cómo se ha producido la naturaleza en el espacio litoral de la conurbación desde mediados del siglo XX hasta la actualidad; transitando desde un espacio creado para la generación de alimentos y barreras a la desertificación de una ciudad funcional, para constituirse en una mercancía turística que crea un nuevo paisaje para la línea de costa y, a la vez, el aprovechamiento de la “fetichización” del mismo.

En este marco, Avenida del Mar es el eje límite entre la edificación y los balnearios. Hacia el sur (Coquimbo), la avenida cambia de nombre a Costanera, manteniendo una estructura residencial de edificación en línea de costa, aunque recibe menor presión inmobiliaria que todo el entorno construido en La Serena, donde se ha explotado toda la línea de costa desde la década de los noventa. En Coquimbo, este tipo de construcciones se realizado sobre el humedal de Peñuelas, y si bien ha sido objeto de especulación inmobiliaria, tiene limitaciones por el riesgo de estar a orillas del mar y ser una posible zona afectada de tsunamis (Ortiz *et al.*, 2002; p. 37; Cid *et al.*; 2012; p. 138). El límite de esta zona queda establecido por una caleta de pescadores que se encuentra en la salida del Estero el Culebrón, el cual da inicio a la infraestructura portuaria. Para Segeur (2015) en el período estival la Avenida del mar se ve congestionada por el alto flujo de automóviles y turistas que llegan masivamente a estas ciudades en las cuales registra entre 500.000 y 800.000 usuarios. Más hacia el sur de Coquimbo, con posterioridad a la zona del puerto, la construcción costera ha continuado expandiéndose hacia bahía de la Herradura, la cual posee el mismo sentido de producción de naturaleza turística mediante la construcción de edificios que resaltan la vista al mar y servicios de ocio (ver Imagen 3) (Napadensky y Orellana, 2019).

En general, la zona de la conurbación se caracteriza por la presencia de dos líneas de diversos conjuntos de torres de departamentos residenciales de diversas alturas, hoteles y cabañas, complementados por establecimientos de entretenimiento, restaurantes, tiendas “outlet” y mega mercados, localizando estos servicios en las mismas arterias de conexión. El diario tránsito bidireccional entre el borde costero y

los centros y viviendas produce una ralentización del ritmo a ciertas horas. Un atasco con vista al mar, una lentitud de balneario, que se tolera con algo de impaciencia como ritual del atardecer, solo posible de ser mitigado por el uso de la bicicleta. La playa se transita, se usa, se vive y se sufre al caer el sol.

La cotidianeidad de la conurbación transita en un vaivén cansino, poblado, de tránsitos lentos hacia los centros cívicos, los colegios y los nodos de servicios; el cual convive con los tiempos de la temporada estival y de los fines de semana largos, que aumentan los flujos. O transita también con las familias vinculadas a la actividad minera que deciden localizarse en La Serena, asumiendo dinámicas al sistema de turnos: 10x5, 15x10 o 7x7 (equivale a 10 días de trabajo por 5 de descanso, por ejemplo). Esta combinación produce una economía de servicios y una oferta inmobiliaria que se mueve al ritmo de la Cámara Chilena de la Construcción y a los ciclos de precios de los “commodities”. Un contraste entre un pueblo fantasma enterrado en el silencio de la neblina y, al despliegue de habitantes de Coquimbo y La Serena que aparecen con el sol o con el desierto florido, que sorprende en la costa y sus roqueríos.



Imagen 8. Vista de Coquimbo. Fuente: Archivo personal Sebastián Ponce Olmos.

A modo de cierre

Como sabemos, el capital inmobiliario no sólo detona la transformación del espacio físico en el cual desarrolla su intervención. En el ámbito discursivo se sostiene en una ideología propietaria que valoriza la posesión de bienes raíces (Moraes, 1991). Las playas de las ciudades chilenas han sido transformadas para el desarrollo de la industria inmobiliaria con fines predominantemente turísticos (Hidalgo, Santana y Alvarado, 2016). La amenidad de estos espacios permite una experiencia agradable para los consumidores de un ocio programado para periodos estivales. Así, una mercancía como ésta seduce e incentiva a compradores a insertarse y desarrollar un circuito económico turístico que opera desde la compra-venta y desarrollo inmobiliario hasta el subarrendamiento de habitaciones.

En las últimas décadas, La Serena y Coquimbo han experimentaron una acelerada urbanización que produjo la sutura física de sus zonas urbanas y la extensión del entorno construido hacia sus periferias, definido según los intereses del capital inmobiliario privado y a las lógicas de subsidiariedad del Estado, en el despliegue de sus políticas habitacionales. La conurbación se ha estructurado por dos vías: el borde costero y la zona alta de terrazas. En la bahía se ha recreado un paisaje ya visto en una multiplicidad de ciudades turístico-playeras: departamentos, departamentos y más departamentos que buscan otorgar centralidad respecto al atractivo turístico y amenidades, respecto al consumo de experiencia de una naturaleza recreada.

Los centros urbanos en época veraniega se saturan. La carencia de servicios de abastecimiento del borde costero ha empujado a los habitantes transitorios hacia los centros. Los arriendos diarios en línea de costa proliferan, los locales nocturnos, el casino, el uso de la playa, el paseo incesante, multiplicado, huracanado de “santiaguinos”, que en temporadas estivales “altas” llegan al límite de dos millones de habitantes (aproximadamente cuatro veces la población residente estable). Muchos de ellos habitantes temporales que remueven el ritmo apapayado de la población local, interviniendo la ciudad por al menos dos meses; exprimiendo los escasos servicios y bienes de las pequeñas caletas-balnearios del sur, de los pueblos del Valle del Elqui, de las vías y de paseos. De este modo, se observan dos velocidades sociales que escenifican la ciudad durante el ciclo anual de la conurbación. Una en tiempo estival, en que la ciudad se acelera por el ritmo de los usuarios foráneos que detonan el consumo del espacio turístico, y la otra, una velocidad lentificada de sus habitantes permanentes desde marzo a diciembre.

El desarrollo turístico ha tenido variadas consecuencias. La naturaleza, antes obstáculo del proceso de acumulación, ha sido avasallada por la producción de espacio urbano. El paisaje natural entra en contradicción con las fuerzas del capital

inmobiliario que modifican la estructura material del espacio, cuya velocidad se ha acelerado en las últimas décadas como nunca lo observó la historia humana. Así, el atractivo de las playas se pone en riesgo ante su sobre explotación. En este sentido, el pensamiento marxista ha develado el rol de la producción capitalista basado en la explotación de lo que la naturaleza ofrece como recurso, por lo que ésta adquiere el estatus de medio de producción universal, cumpliendo la función de un apéndice del mismo proceso (Smith, 2020). Esta metáfora es interesante, porque cuando el apéndice se tapa con bacterias y otro tipo de materias fecales, puede explotar y causar la muerte. Evidentemente, el proceso de urbanización materializado en la instalación de bloques de hormigón armado daña la interacción metabólica entre la producción humana y la naturaleza existente.

Tal como ha señalado Smith (2020), la producción del espacio es un corolario de la producción de la naturaleza, donde lo que podemos llegar a establecer como una diferencia entre la primera y segunda naturaleza en la modernidad, sólo tiene razón de ser como una diferencia entre los mundos no humanos y los que son creación humana, en sentido material y cultural. En la actualidad, la conurbación entre La Serena y Coquimbo experimenta este proceso. Su trayectoria hacia la metropolización en los últimos 40 años y su funcionamiento periódico como enclave turístico parece más bien una carrera imparable hacia el despeñadero de toda urbanización capitalista.

Referencias

- Alvarado, V. (2019), El bienestar en el Estado neoliberal: escenarios de la propiedad en el Gran Santiago. *Cult.-hombre-soc* [online] 29 (2):13-35.
- Aguirre N., Olivares, P., y Orellana, A. (2018), Patrones de crecimiento urbano en la metropolización de sistemas urbanos intermedios. El caso de la conurbación La Serena – Coquimbo. En *CTV 2018. XII Congreso Internacional Ciudad y Territorio Virtual*. “Ciudades y Territorios Inteligentes” (pp.77-96). Universidad de Cuyo: Mendoza.
- Ampuero, G. (1997), La Serena, Turismo y Gestión cultural. *Revista de gestión turística*, 1:92-99.
- Atienza, M., Arias-Loyola, M., y Lufin, M. (2020), Building a case for regional local content policy: The hollowing out of mining regions in Chile. *The Extractive Industries and Society*, 7:292-301.
- Censos históricos de población y vivienda. Instituto Nacional de Estadística. Gobierno de Chile. <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/censos-de-poblacion-y-vivienda/poblacion-y-vivienda>
- Cerasa M. y Martínez, L. (2007), *Determinación de Impactos ambientales causados por el desarrollo urbano en el Estero El Culebrón, IV Región, Chile. Aplicando metodología SIG. Memoria para el grado de Ingeniero en Prevención de Riesgos y Medioambiente*. La Serena: Facultad de Ciencias del Mar, Universidad Católica del Norte.
- Cerda, P. (2009), “El ferrocarril Coquimbo- La Serena y la industria del cobre 1862-1895”. En: Ortega, L., Godoy, M., y Venegas, H. (editores). *Sociedad y Minería en el Norte Chico, 1840-1930* (125-149). Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano y Universidad de Santiago de Chile.
- Concha, M. (1871), *Crónica de La Serena, desde su fundación hasta nuestros días, 1549-1870*. Santiago: Editorial Universidad de Chile. Recuperado de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8081.html>
- Contreras-López, M., Winckler, P., Sepúlveda, I., Andaur-Álvarez, A., Cortés-Molina, F., Guerrero, C., Mizobe, C., Igualt, F., Breuer, W., Beyá, J., Vergara, H. y Figueroa-Sterquel, R. (2016), Field survey of the 2015 Chile tsunami with emphasis on coastal wetland and conservation areas. *Pure and Applied Geophysics*, 173(2):349-367.
- Cortés, L. (2017), El pericentro de Coquimbo como escenario de renovación estratégica. *Revista AUS* [Arquitectura / Urbanismo / Sustentabilidad], 19:10-17.
- Daher, A. (2015), Metropolización en la región de mayor crecimiento de Chile, Coquimbo. *Revista AUS* [Arquitectura / Urbanismo / Sustentabilidad], 19: 45-50.
- Encuesta Nacional de Alojamiento Turístico. Instituto Nacional de Estadísticas.

Gobierno de Chile. <http://www.ine.gov.cl/estadisticas/economia/comercio-servicios-y-turismo/actividad-del-turismo>

Encuesta Nacional de Empleo. Instituto Nacional de Estadísticas. Gobierno de Chile. https://regiones.ine.cl/coquimbo/estadisticas/#Encuesta_Nacional_de_Empleo_-_ENE/

Espinosa, A; Llancamán, L. y Sandoval, H. (2014), Turismo de intereses especiales y parques nacionales. Compatibilidad entre turismo de intereses especiales y gestión de parques nacionales. *Estudio y perspectivas en Turismo*, 23:115-130.

Fernández, J.; Pastén, C.; Ruiz, S. y Leyton, F. (2017), Estudio de efectos de sitio en la Región de Coquimbo durante el terremoto de Illapel Mw 8.3 de 2015. *Obras y Proyectos* [online], 21:20-28.

Garcés, E. (2003), Las ciudades del cobre. Del campamento de montaña al hotel minero como variación de la company town. *Revista EURE*, 28 (88):131-148.

Geddes, P. (1915), *Cities in Evolution*, London: Williams and Norgate.

Gobierno de Chile (1951), Plan de Fomento y Urbanización para las provincias de Chile. Recuperado de: https://www.museohistoricolaserena.gob.cl/633/articles-50291_archivo_01.pdf

González Videla, G. (1975), *Memorias*. Santiago: Editora Nacional Gabriela Mistral. Recuperado de: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8770.html>.

Harvey, D. (2012), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Ediciones Akal.

Hidalgo, R., Arenas, F. & Monsalve, R. (2009) “La conurbación La Serena-Coquimbo: problemas y desafíos de su transformación metropolitana”. En: Hidalgo, R., Arenas, F. y de Mattos, C. (Editores). *Chile: del país Urbano al país metropolitano* (161-186). Santiago: Serie Geolibros.

Hidalgo, R., Santana, D., y Alvarado, V. (2016), “Mitos, ideologías y utopías neoliberales de la producción de espacio. Hacia una agenda de investigación alternativa”. En: Hidalgo R., Santana, D., Alvarado, V. Arenas, F.; Salazar, A., Valdebenito, C. & Álvarez L. (editores). *Las costas del neoliberalismo: Naturaleza, urbanización y producción inmobiliaria*. Experiencias en Chile y Argentina (24-66). Santiago: Serie Geolibros.

Inostroza, Y., y Shulze, P. (2014), Entre tomas y actuales apropiaciones “ilegales” del suelo urbano. *Revista Temas sociológicos*, 18: 49-62.

Lefebvre, H. (1972), *La revolución urbana*. Madrid: Alianza

Luna D. & Mena, S. (2006), *Zonificación para el manejo ambiental del Estero el Culebrón*. Municipalidad de Coquimbo. Coquimbo: I. Municipalidad de Coquimbo.

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU), (2019). Catastro Nacional de Campa-

- mentos MINVU 2019. Recuperado de: <https://storymaps.arcgis.com/stories/dfe1fe1a-fd334ec790f879e736a5af5e>
- Mantecón, A. (2008), *Procesos de urbanización turística. Aproximación cualitativa al contexto ideológico*. Papers, 89:127-144.
- Moraes, A. (1991), *Ideologías geográficas*. São Paulo: Hucitec
- Napadensky, A., y Orellana, A. (2019), Atractivos paisajísticos y dispersión de grupos medios de altos ingresos ¿Una nueva elite de consumidores experienciales? El caso del Gran La Serena y el Gran Concepción 1965-2012. *Revista 180*, 43:101-114.
- Orellana, A., Díaz, M., y Fierro, T. (2016), *De ciudad mediterránea a metrópolis costera: el caso del Gran La Serena*. Revista Urbano, 19(33):30-43.
- Orellana, A y Díaz, M. (2016), Las caletas de Chile: Integración urbana y prevalencia de sus valores patrimoniales. El caso de la bahía de Coquimbo. *Revista de Urbanismo*, 34:55-73
- Orellana, A. (2020), Conformación metropolitana desde la fragmentación: el proceso de conurbación del Gran La Serena. *Revista Urbano*, 23(41):58-83.
- Ortíz, J; Castro, C. y Escolano, S. (2002), Procesos de reestructuración urbana y niveles de vulnerabilidad a amenazas naturales en una ciudad de tamaño medio: La Serena, Chile. *Revista de Investigaciones Geográficas de Chile*, 36:17-41.
- Paskoff, R. (1970), *Recherches geomorphologiques dans le Chili semi-aride*. Bordeaux: Biscaye Frères.
- Pontes, M., García-Martín R., y Moreno-Muñoz, D (2020), Turismo, producción inmobiliaria y procesos espaciales: la difusión del modelo turístico español hacia Brasil. *Revista EURE*, 46 (137):135-156.
- Rehnner, R., y Rodríguez, S. (2016), Dinámicas inmobiliarias en ciudades del norte y sur de Chile - sus causas y vínculos con la exportación. *Anales de la Sociedad Chilena de Ciencias Geográficas*, 249-262,
- Rivera, L., Quiroz, S. & Arancibia, J. (2009), *Propuesta de Plan Integral de restauración del Humedal El Culebrón, Región de Coquimbo*. Coquimbo: Comisión Nacional de Medio Ambiente.
- Santos, M. (2000), *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel.
- Santos, M. (1994), *Por uma economia política da cidade: o caso de São Paulo*. São Paulo: Hucitec.
- Sarricolea, P. (2004), *Niveles de Vulnerabilidad a amenazas naturales en una ciudad intermedia y sus áreas de expansión. El caso de La Serena. IV región de Coquimbo*. Memoria para optar al título de Geógrafo. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Departamento de Geografía.

- Segeur, S. (2015), Nuevas urbanizaciones costeras ¿Gentrificación turística en la Bahía de Coquimbo? *Revista Urbanismo*, 32:18-31.
- Silveira, M. (2011), Urbanización latinoamericana y circuitos de la economía urbana. *Revista Geográfica de América Central* (Número Especial EGAL), 1-17
- Singer, P. (1998), *Economía política de la urbanización*. México DF: Siglo XXI.
- Smith, N. (2020), *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y producción del espacio*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Torrent, H. (2004), Patrimonio Territorial y Arquitectónico: El plan La Serena. *Revista Urbano*, 7(10):93-99.
- Vergara-Perucich, F. (2018), Aplicaciones de la teoría implosión/explosión: relación entre la Región Metropolitana de Santiago de Chile y los territorios productivos regionales. *Revista EURE*, 44(133):71-90.
- Véliz, G. (1990), Conurbación La Serena-Coquimbo: tendencias de uso de suelo. *Revista Geográfica*, 11:219-258.

Cuerpos nómades, habitares y velocidades Reflexiones a partir de las experiencias de personas que eligen el viaje como modo de vida

Laura Mercedes Oyhantcabal

Javier Muñiz Pérez

Introducción

Este trabajo surge como una reflexión a partir de la investigación *Brotes nómades. Elegir el viaje como modo de vida en la sociedad actual*¹ (Oyhantcabal, 2017), una etnografía sobre personas que optan por desarraigarse permanentemente de un territorio fijo con sus instituciones (familia, trabajo, educación, etc.) para embarcarse en un viaje permanente como proyecto de vida. En particular, la investigación se abocó a responder aspectos vinculados a la identificación y autorepresentación de quienes viajan, las motivaciones para vivir viajando, los vínculos que establecen con otras personas (viajeras y locales), las formas de habitar el tiempo y el espacio y las prácticas de financiación para la reproducción de su modo de vida.

En este trabajo nos centraremos en las dimensiones espacio-temporales, en cómo son habitadas por las personas que viven viajando, y en qué implicaciones tienen estas prácticas de viaje respecto a las espacio-temporalidades tradicionales, cómo las atraviesan y deforman, y cómo las resignifican. Todas estas modulaciones espacio-temporales serán vistas a la luz de las nociones fenomenológicas de Maurice Merleau-Ponty, principalmente en *Fenomenología de la percepción* (1993), y la conceptualización del nomadismo que Gilles Deleuze y Felix Guattari desarrollan en *Mil Mesetas* (2004).

Con base en el trabajo etnográfico previo, este artículo tendrá como objetivo presentar una discusión filosófica a partir de los aportes de los autores mencionados. Se apuesta a generar un entretendido teórico-etnográfico que pueda dar cuenta

¹ Tesis de Grado de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Uruguay.

de cómo se habita el nomadismo -si es que se consigue- desde personas que viajan como modo de vida. En este caso, nos centramos en los datos etnográficos del campo recolectados en el territorio latinoamericano. Las discusiones se desarrollarán a partir de las vivencias de personas latinoamericanas y de europeas que se mueven por este continente construyendo espacio-temporalidades concretas. Consideramos, a su vez, que los contextos geográficos moldean formas espacio-temporales particulares. Por lo tanto, en el contacto territorio-sujeto viajero se da un encuentro que habilita nuevas formas espacio-temporales que nos interesa visualizar.

Por último, se abordará también una discusión en torno a las velocidades y ritmos que estos sujetos viajeros traen, para ponerlas en relación con las velocidades hegemónicas que imponen y exigen las sociedades actuales -con sus estructuras de opresión como el colonialismo o colonialidad, el racismo y el patriarcado (Lugones, 2008). El objetivo aquí es dar cuenta de cómo estos ritmos tienden a la aceleración bajo lógicas productivistas y cómo el nomadismo operaría como fuerza de resistencia, proponiendo ritmos de vida alternativos.

Detalles metodológicos de la investigación

Con el fin de comprender las prácticas y discursos de quienes eligen el viaje como modo de vida, en la investigación (Oyhantcabal, 2017) se trabajó con personas que estuvieran viajando por un tiempo indeterminado y que no proyectaran a futuro arraigarse o asentarse en un lugar concreto. Es decir, se consideraron personas que habitan el movimiento sin destino prefijado. Para ello se eligió la etnografía como acercamiento metodológico que permitió un abordaje integral para abarcar los sentidos, discursos y prácticas que se construyen en torno al viaje. Se realizó trabajo de campo, durante los años 2015 y 2016, en diversos sitios y escenarios siguiendo las características que adopta la etnografía multisituada, definida por Marcus (2001) como aquella que sigue las redes, conexiones y relaciones de sujetos que transitan espacialidades múltiples, globales y heterogéneas. Esto llevó a que se siguieran rutas de viaje en ciudades y pueblos como Montevideo (Uruguay); Lima, Cusco, Máncora, Arequipa (Perú); Quito, Mompiche, Cuenca, Montañita, Baños (Ecuador); Buenos Aires (Argentina); Berlín (Alemania); y Budapest (Hungría)².

Las técnicas utilizadas fueron variadas, mayoritariamente se realizaron entrevistas en profundidad, se mantuvieron charlas informales, y se asistió a otras instancias de intercambio como los encuentros semanales de viajeros y viajeras organiza-

² Se realizó trabajo de campo en estos países europeos aprovechando una instancia de intercambio por una beca de estudios. En este trabajo se pondrá foco solamente en el trabajo realizado en Latinoamérica.

dos por usuarios de la plataforma *Couchsurfing*³. Asimismo, se realizó observación participante, se hospedó a personas viajeras que pasaban por Montevideo (Uruguay) y, en el resto de los países, se llevaron a cabo trayectos de viaje conjunto para conocer en profundidad y comprender las modalidades y prácticas que se adoptan en el movimiento (Oyhantcabal, 2018). Es importante señalar que también se etnografió virtualmente, siguiendo por distintas redes sociales, como *Facebook*, *Instagram* o *Blogs*, las trayectorias y relatos de viaje de las personas con las que se había trabajado y de otros sujetos. La posibilidad de una continuidad virtual de los vínculos facilitó y nutrió la investigación a través del intercambio constante con personas viajeras.

Respecto a las personas con las que se trabajó en la investigación, provenían de contextos diversos. Había quienes procedían de países europeos y luego de comenzar un viaje turístico por otros continentes daban cuenta de su deseo de adoptar el viaje como modo de vida. Algunas personas, sobre todo aquellas latinoamericanas, tomaban la decisión de partir de viaje por tiempo indeterminado antes de empezar a moverse, muchas veces influenciadas por amistades o personas conocidas que ya vivían viajando. Las personas con las que se trabajó eran, en su mayoría, varones de clase media o media baja, de entre 20 y 40 años. Las personas europeas eran las más jóvenes ya que en general realizaban el viaje una vez terminados los estudios de nivel secundario y luego proseguían viajando. Quienes eran de origen latinoamericano iniciaban sus viajes luego de algunos años de trabajo o estudio en sus países de origen, ya que decían no encontrarle un sentido o un placer real a la vida que llevaban. Se observó que, en la mayoría de los casos, los perfiles de quienes eligen el viaje como modo de vida varía en función de su procedencia geográfica. Los sujetos viajeros europeos realizaban un primer viaje mochilero como rito de paso hacia la adultez y a partir de ello surgía el deseo de quedarse en el movimiento constante. Las personas latinoamericanas emprendían el viaje en una búsqueda de sentidos, identidades y modos de vida alternativos.

Derivando dimensiones

A través del abordaje de los conceptos principales que cimentaron el trabajo de investigación (el viaje y los modos de vida) y otras nociones que surgieron del análisis (movimiento espacio-temporal y nomadismo), en el siguiente apartado nos gustaría esbozar algunos conceptos claves para la discusión filosófica.

³ *Couchsurfing* es una red social cuyo propósito es la interacción de personas con el fin de intercambiar servicios de hospitalidad y anfitriónaje entre viajeros y residentes.

De viajes y modos de vida

A partir de los aportes de James Clifford (1995) entendemos el viaje como una parte integral del nuevo orden social de movilidad global. Las formas que adopta el viaje varían en función de los territorios y contextos. Vale destacar los grandes movimientos que se dan desde el Norte Global (De Sousa Santos, 2018) hacia destinos turísticos en todo mundo y los movimientos migratorios que se trazan mayoritariamente desde el Sur Global (De Sousa Santos, 2018) hacia los distintos Nortes. Clifford explicita una diferencia clave entre el viaje y el desplazamiento. Considerar que el viaje es un mero desplazamiento, como si quien viaja gozara “de la seguridad y el privilegio de moverse con una relativa falta de condicionamientos” (Clifford 1995, 15), es parte del mito del viaje. Por el contrario, continúa Clifford, “los viajeros se desplazan bajo el efecto de poderosas presiones culturales, políticas y económicas, y (...) algunos de ellos son unos privilegiados desde el punto de vista material, mientras que otros están oprimidos” (1995, 16).

Quienes viajan se encuentran con espacios-otros y sujetos-otros habilitando y constituyendo ‘zonas de contacto’. Éste es un concepto planteado por Mary Luois Pratt (2010) para referir a aquellos espacios en los que se da el encuentro (o enfrentamiento) de culturas o sociedades distintas, sea a partir de individuos o colectividades. Estas instancias establecen relaciones de poder que en muchas ocasiones han sido caracterizadas por ser realmente asimétricas y desiguales. Por ejemplo, en los casos de conquistas, colonialismo, deslocalización y terciarización industrial en el Sur Global, extractivismo capitalista y hasta en ciertas lógicas del turismo actual. En estas instancias de encuentro, las identidades son redefinidas o negociadas recíprocamente en función de los propósitos y motivaciones del mismo encuentro, de la significación simbólica que se le dé a los sujetos y sus prácticas, y de los condicionantes de clase, género, raza, procedencia geográfica, etc. que los atraviesan. Todo ello condiciona la forma en que se transitan los espacios y los contactos que se dan entre las personas que viven viajando y las que viven asentadas en espacios geográficos concretos.

En lo que refiere a la elección del viaje, ya no como una práctica concreta sino como modo de vida, es interesante traer las experiencias y discursos de las personas que participaron en la investigación, ya que nos indican cómo se concibe. Caleb es un chico mexicano que trabajaba como ingeniero. Teniendo su vida organizada en torno a su trabajo y pareja, sintió que el proyecto de vida que llevaba era aburrido, monótono y predecible: “¿A poco va a ser así todos los días de mi vida?” (Oyhantcabal 2017, 27). La separación con su pareja abrió una brecha y lo impulsó a embarcarse en un nuevo proyecto de vida. Hoy hace más de cinco años que eligió el viaje como modo de vida.

“Para mi viajar es la vida misma. No sé vivir de otra forma. Me di cuenta que la vida está ahí en movimiento, que necesariamente hay que salir moverse, disfrutar de lo que me da la ruta” señala Ricardo, un viajero argentino que lleva más de quince años viajando. Sus planteos nos ayudan a visualizar cómo el viaje puede convertirse en una dimensión vital holística que envuelve todas las esferas de la vida de las personas.

Concebir el viaje como opción de vida implica entenderlo como la elección “libre”, integral, racional y consciente de un proyecto de vida específico por parte de un sujeto. Esa elección está enmarcada en un ‘campo de posibilidades’ (Velho, 2010) que está atravesado por condicionantes económicos, políticos, sociales o familiares; es decir, es una posibilidad que se da dentro de ciertos límites socioculturales, lo cual no la hace una elección realmente “libre”. Velho (2010) entiende que las trayectorias de vida que se enmarcan en sociedades capitalistas y urbanas tienden a acceder a un espectro considerablemente más amplio y diverso de modos de vida, siendo algunos de ellos considerados como alternativos o contrahegemónicos. Según Pinheiro (2010), esto se debe a que estas sociedades encaminan procesos de individualización de los sujetos que profundizan y enfatizan las nociones de libertad individual frente a las construcciones colectivas.

La idea de que hay sujetos que organizan su vida en torno al viaje nos acerca a la noción de nomadismo, ya que entendemos son personas que rompen con las lógicas de arraigo propias de las sociedades sedentarias de las que provienen para constituirse desde la movilidad espacio-temporal. Estos sujetos viajeros instauran el desplazamiento constante, sin destino fijo ni intención de arraigo, como una de las prácticas que consolida su identidad. Este movimiento continuo habilita una forma particular de relacionamiento sujeto viajero-espacio que Deleuze y Guattari entienden como nómada: “el nomadismo refiere a una vida siempre en intermezzo, es decir, siempre en movilidad entre un lugar y otro. El nómada alcanza un punto sabiendo que será abandonado” (Oyhantcabal 2017, 32). Deleuze y Guattari también nos dicen, “todo punto es una etapa y sólo existe como tal” (Deleuze y Guattari 2004, 384). El nómada dota de consistencia al trayecto, es decir, el trayecto no es meramente lo que dista entre dos puntos, “goza de autonomía” (Deleuze y Guattari 2004, 384). Este elemento los diferencia de las personas migrantes que buscan un espacio distinto al de proveniencia para poder establecerse y desarrollar su vida. A su vez, establece otra diferencia con quienes viajan por motivos turísticos, ya que estas personas desarrollan su vida cotidiana desde lo sedentario. En el nomadismo aparece también un elemento identitario muy fuerte, tal y como señala Tony, un viajero de Tucumán, Argentina, que fue contactado mientras viajaba por Máncora, Perú.

“Me considero un forastero (...) Se aplica a la persona que proviene de otro lugar. (...) En mi caso, es poder tener un contacto descontaminado de lo que brinda el turismo por ejemplo. Ver más la vida del lugar, la cotidianeidad del lugar, más original, simple, más de raíz. Buscar el mercado del lugar, ver quién es el panadero, el verdulero. (...) Un forastero siempre está en búsqueda de trabajo, de ser quien es en cualquier parte del mundo, de adaptarse”.

A partir de estas ideas nos surgen ciertas preguntas en torno a si las prácticas de estos sujetos podrían ser consideradas como nómades y qué implicancias tendrían en ese caso. En lo que sigue esbozaremos algunas líneas para entender las formas en que habitan el espacio, el tiempo y la significación que tendría constituirse como cuerpo nómade.

Habitar el espacio

Como veremos, el nomadismo no es un mero desplazarse como modo de vida, sino que el andar nómade implica una transformación del espacio andado que trasciende o contradice la espacio-temporalidad sedentaria. Deleuze y Guattari (2004, 373) señalan que “lo fundamental es la frontera constantemente móvil”. En concordancia con esto, la investigación develó que la forma en que los sujetos viajeros habitan y viven el espacio-tiempo es uno de los elementos más relevantes en su práctica. “En su andar ellos significan y resignifican los territorios y sus fronteras. Van dejando marcas que hacen que los espacios fluctúen, cambien y se muevan junto a ellos” (Oyhantcabal 2017, 53). Es decir, quienes adoptan el viaje como proyecto de vida no sólo están en constante movimiento, sino que van modificando y alterando ese espacio andado, van traspasando fronteras y corriendo límites como forma de que su fuga cobre sentido.

Guille y Cat son una pareja nómade de Uruguay que viaja desde 1999, el último tiempo lo han hecho en su motorhome, al que denominan “El Carakol”, junto a sus dos hijos nacidos en ruta Unay y Mitaí. Su vehículo opera como una base móvil desde la que desarrollan su vida, un ‘territorio flotante’ en términos de Michel Maffesoli, “un territorio que no predispone al asentamiento, con su séquito de certezas y de hábitos acartonados, un territorio, al contrario, que se vuelve punto de partida” (2004, 197). En uno de los encuentros del trabajo de campo, Cat enuncia que habitan el espacio desde su *motorhome*, “el espacio que elegimos transitar es el del movimiento. Movimiento para hallar la libertad”.

En muchos discursos y prácticas investigadas aparecían formas alternativas de habitar el espacio que se construían desde un enfrentar, interpelar o resistir las

lógicas que impone la sociedad moderna y capitalista. Mostraban una clara intención de salirse de lo urbano para construir espacios de vivienda comunitaria, para habitar las calles o vivir en las rutas que conectan destinos, para moverse en lo público y en los espacios abiertos, para incentivar prácticas y relacionamientos espaciales-otros rupturistas de las lógicas de las que se proviene.

“No quiero más esa vida. Ocho horas por día confinada en un escritorio, no va más. Quiero renunciar al sueño convencional [...] para alcanzar mi verdadero sueño de independencia, o sea, quiero ser feliz y aprovechar la vida que, así como la tierra, es muy pequeña”, señala una viajera de la etnografía sobre *backpackers* de Monteiro Silva (2011, 6). El viaje se manifiesta aquí como lo que Maffesoli (2004) denomina ‘impulso errante’. Este manifiesta un anhelo por una vida basada en lo cualitativo y por un deseo de desterritorialización, de ruptura con el confinamiento que impone la sociedad moderna. A estos otros espacios, mentales o físicos, que los viajeros buscan, Foucault (1984) los denomina ‘heterotopías’, espacios que pueden estar, o no, al margen de la sociedad y que combinan lo utópico con lo real. En algunos casos habitar estas heterotopías implica ocupar un espacio que se concibe exterior al modelo de pensamiento y conducta impuesto por la lógica de Estado. Desde que nacemos pasamos por instituciones y agentes sociabilizadores (la familia, la educación, el trabajo, por nombrar algunas) que moldean los espacios así como nuestras prácticas y formas de pensar, actuar y entender el mundo que habitamos (Foucault 2003). Maffesoli (2004) entiende que para llevar a cabo este disciplinamiento el ‘aparato de Estado’ necesitó erradicar lo nómada e instaurar la sedentarización con el fin de ejercer la dominación en la modernidad implicó la domesticación, alienación y el confinamiento de las masas.

El nomadismo se transforma en una amenaza al orden estático establecido en la modernidad. Pero, como observa Maffesoli (2004), el efervescente movimiento que subyace en los sujetos genera el ‘impulso errante’, impulso que motiva a los sujetos nómades a otras búsquedas. “La vida errante, desde este punto de vista, es la expresión de una relación diferente con los otros y con el mundo, menos ofensiva, más suave, algo lúdica y, claro, trágica, pues se apoya en la intuición de lo efímero de las cosas, de los seres y de sus relaciones” (Maffesoli, 2004, 28). La existencia evoca ruptura, movimiento, otredad y cambio, en tanto que existir es oponerse al encierro, salirse de uno mismo para abrirse al otro (Oyhantcabal, 2017, 24).

El habitar nómada implica necesariamente una deformación del espacio, de suerte que, transitar los lugares existentes es penetrarlos por su estructura y disgregar su centro o, al menos, problematizarlo, hacerlo paradójico. Supone violentar la toponimia e inscribir sobre ella unas marcas que funcionan como rastros de sentido,

ámbitos de significación paralelos o transversales que no sólo constituyen una huella temporal, sino que abren nuevas posibilidades de tránsito, franquean los pasos a otras resistencias nómades. Se despliega el espacio y se hace de manera sobreabundante, se atraviesa interminablemente. De este modo, las formas se sustituyen por fuerzas, ‘líneas de variación continua’ (Deleuze y Guattari, 2004, 371), puentes que desconfinan, que alisan.

‘Liso’ y ‘estriado’ son conceptos que introducen Deleuze y Guattari (2004) para pensar las formas de habitar el espacio. “Por ‘espacio estriado’ refieren al espacio sedentario, homogéneo, limitado, determinado y regulado por el aparato de Estado. El ‘espacio liso’ es definido como un espacio abierto, nómade, de movimiento perpetuo, sin meta ni extremos delimitados” (Deleuze y Guattari en Oyhantcabal, 2017, 52). El espacio liso es un espacio topológico “se ocupa el espacio sin medirlo” (Deleuze y Guattari 2004, 368). El espacio estriado es un espacio métrico, es decir, “se mide para ocuparlo” (Deleuze y Guattari, 2004, 368). Cat y Guille ocupan el espacio sin medirlo “Vamos con nuestra casa, con el Carakol, la casa con el jardín más grande, el mundo entero”, este es un ejemplo de espacio liso, no hay confines. La estría, en cambio, es una formalización del espacio, por ejemplo, el augur romano delimita el perímetro del *templum* como ritual que da paso a la construcción de una ciudad, esto es, se mide el espacio antes de ocuparlo. Este primer recinto que conforma el germen del posterior espacio urbano y la ceremonia que se lleva a cabo son estrías del espacio⁴. Asociado a este mismo acto simbólico está el concepto de umbral. El espacio estriado está necesariamente dado como confin y para ello se genera la inviolabilidad del umbral, dotándolo de carácter sagrado, de manera que traspasar el límite constituye una profanación.

En definitiva, entendemos que el nomadismo inculca multiplicidades en un espacio estriado, convierte un espacio homogéneo y limitado, en un espacio heterogéneo y desconfinado donde toda posibilidad es siempre infinitamente plana. Una fuerza arrolladora que anula los volúmenes, una ‘máquina de guerra’⁵ (Deleuze y Guattari, 2004), se constituye como resistencia de superficie promoviendo la destrucción de canales o conductos, esto es, los aparatos de articulación monopolizados tendientes a someter los flujos y direccionarlos. El nomadismo reconquista los

⁴ Con la misma raíz que la voz latina *templum*, podemos encontrar en griego —entre otros muchos ejemplos— el verbo *τέμνειν* (*temnein*), literalmente cortar, que nos remite al mismo acontecimiento que supone la creación del *templum*, un corte sobre la superficie del espacio liso, un surco con el arado; la generación de un espacio estriado.

⁵ “... la máquina de guerra (...) sería como la multiplicidad pura y sin medida, la manada, irrupción de lo efímero y potencia de la metamorfosis. *Desbace el lazo en la misma medida en que traiciona el pacto*. Frente a la medida esgrime un *furor*, frente a la gravedad una celeridad, frente a lo público un secreto, frente a la soberanía una potencia, frente al aparato una máquina” (Deleuze y Guattari 2004, 360).

espacios y los conecta, devolviendo a los flujos su turbulencia. Superficies planas se oponen a estructuras de profundidad, intensidades de lisura a agentes de estriación.

De tiempos y temporalidades

“Si me preguntas qué me imagino de mí mañana, sólo te podría responder que vivo el presente, y mi presente es viajar” decía Caleb en la etnografía. La mayoría de los sujetos de la investigación manifestaron sus deseos de vivir de otra forma, lo cual en repetidas ocasiones estaba vinculado a ideas como las de “sentir el ahora”, “pensar en el hoy” y “no proyectar siempre a futuro” sino que “fluir” en los acontecimientos presentes. Guille, del proyecto el Carakol, enuncia:

“lo otro esencial para nosotros es el presente, vivir siempre en el presente. (...) Te sobra tiempo cuando vivís en el presente. El presente se torna infinito y te permite vivir intensamente todas las cosas que se te presentan. Sino siempre te pasan por el costado, se te abren puertas y no las ves. El presente te da vida”.

En el viaje nómade el paso del tiempo es percibido desde la vivencia y experimentación del presente dirigido al presente mismo.

Quienes viajan se encaminan en la construcción de temporalidades-otras que eluden el tiempo cronometrado de las rutinas marcadas por las dinámicas laborales propias de sociedades capitalistas, y del tiempo proyectivo enfocado a un futuro que somete al presente a un sacrificio constante por un mañana que promete ser mejor. “Dejé de entenderlo como un tiempo lineal: el antes, durante, después. Que es como nos visualizaron siempre la historia”. El ejercicio para el Coio, viajero uruguayo, es esforzarse en transformar la percepción del tiempo para dirigirla hacia un presente constante, el “fluir en el hoy” alejado de la mirada obsesiva al futuro que siempre es incierto y nunca llega:

“Les voy a regalar una enseñanza que me significó mucho y que quiero compartir con ustedes. Hay que vivir el presente. El presente nos cura, nos hace salir un poco de lo que va a pasar mañana y de lo que pasó ayer, y nos invita a estar acá presentes, que es lo que buscamos hacer nosotros también cuando vivimos, estar acá, estar en el hoy”.

Como señala Maffesoli (2001) viven la vida como una concatenación de ‘instantes eternos’.

Partimos de estas referencias para reflexionar en torno a algunos puntos vinculados al tiempo y la vivencia del mismo. En principio, consideramos útil esclarecer

la diferencia que establece Iparraguirre (2011) entre tiempo y temporalidad. El tiempo es el fenómeno del devenir en sí y alude a todos los sujetos, sin embargo, la temporalidad refiere a una construcción que deriva de la experiencia e interpretación del sujeto. En el caso del Coio estaría enfrentando y transformando la temporalidad que impone la sociedad en pos de construir una temporalidad propia que se ajuste mejor a su deseo. Como él señala, la temporalidad hegemónica propia de la sociedad occidental concibe al tiempo como lineal y unívoco. Los individuos rigen su cotidianidad por una temporalidad aritmética y cronometrada, que está marcada por la entrada y salida al trabajo, por las horas de productividad. Los ritmos de las ciudades se tornan previsible, repetitivos y rutinarios y el tiempo se convierte en una suerte de mercancía mensurable y vendible que regula y organiza la vida en función de un sistema industrial capitalista. En consecuencia, “perder tiempo” opera como una metáfora de perder dinero, de improductividad (Iparraguirre 2011).

La forma en que se habita el tiempo en el viaje recuerda a la temporalidad mocoví, comunidad nativa del norte de Argentina, que introduce Iparraguirre (2011). En una charla con Sergio, uno de sus interlocutores de campo, comentaba lo siguiente respecto a los mocovíes:

“el apuro lo tenemos nosotros, ellos están a su ritmo y no les preocupa cumplir con ciertas pautas de organización. Nosotros creemos que es el confort, que uno labura para disfrutar después, y ellos no, disfrutan el momento, viven al día. Nosotros ni de la familia disfrutamos (...) Si yo sé que tengo tantas horas, bueno, me apuro para hacer más que el otro y así entras en la locura, ellos no, no se preocupan. Ellos usan la hora para comunicarse con vos, pero ¿vos le viste reloj? ¡No! no lo necesitan, igual saben la hora sin el reloj” (Iparraguirre, 2011, 113).

Las temporalidades, nómade y mocoví se presentan como abiertas, flexibles y no opresivas y enfrentan el no-vacío de la temporalidad capitalista.

“... el reloj nunca se detiene y se ejerce una presión del hacer en tanto trabajo rutinario y cuantificado en horas. En la rítmica mocoví, los vacíos no dejan ejercer esa presión, se percibe un no-hacer entendiendo por este concepto la ausencia de pautas cuantificadas para constatar el hacer de cualquier acción práctica. (...) No hay rigurosidad horaria porque no hay presión horaria” (Iparraguirre, 2011, 95).

En definitiva, ambas temporalidades performan una resistencia a las lógicas del tiempo que impone el sistema capitalista.

Entonces, en función de los resultados de la etnografía pareciera que elegir el viaje como forma de vida diluye los imperativos de la temporalidad hegemónica. Esta noción es introducida por Iparraguirre (2011) para referirse al tiempo lineal que prima en las sociedades occidentales y en el pensamiento científico moderno. La temporalidad hegemónica surge de la imposición y naturalización masiva de una forma unívoca y oficial de medición y concepción del tiempo, como si fuera la única posible. Como manera de experimentarlo es incorporada en un *habitus* que va configurando cómo llevamos a la práctica nuestras actividades cotidianas. En efecto, tal como señala Iparraguirre, esta temporalidad tiene una raigambre histórica en la sociedad occidental con sus distintas estructuras de poder, que se liga a

“... la temporalidad ejercida e impuesta por un calendario único en el Imperio Romano, la temporalidad cristiana impuesta por la Iglesia Católica a través de su doctrina de la salvación eterna, los ideales de la medición del tiempo a partir de relojes mecánicos en la Modernidad, la imposición de la lógica monoteísta y mercantilista en la colonización de América, la instauración del modo de producción capitalista, la industrialización y el auge del nacionalismo” (Iparraguirre, 2011, 60).

En definitiva, el movimiento nómada no funciona como un viaje en un breve período de vacaciones fuera del tiempo productivo, sino que pasa a ser la cotidianidad misma rompiendo el *habitus* que imponen las lógicas sedentarias de control del tiempo del Estado. En suma, en relación a la temporalidad, quienes viajan nómada-mente devienen ruptura, devienen ‘máquina de guerra’ (Deleuze y Guattari, 2004).

Sobre cuerpos nómades

Para comprender qué es un sujeto nómada es importante abordarlo, primero de todo, como un cuerpo porque en la constitución y operatividad del propio cuerpo encontramos ya cierto nomadismo. Veamos ahora cómo se constituye un cuerpo, qué síntesis lo posibilitan y qué operatividad general podemos enunciar, para ver después cómo el sujeto nómada, en su resistencia y en su fuga, constituye su propio cuerpo y lo despliega.

Cuando en la fenomenología de Merleau-Ponty se habla de esquema corporal o de síntesis del propio cuerpo no sólo se entiende que existe un todo que antecede a las partes, una forma global o una estructura de fondo que articula toda posible realización o la posibilita. Si existe esta estructura es por una instalación concreta del cuerpo en un proyecto de vida. Es decir, ni un todo previo a las partes, ni un todo como mera asociación de partes, puesto que el todo no es reducible a la suma de

sus partes. Un cuerpo es la perseverancia en un proyecto, un aquí consagrado a un horizonte, significado por él. “Es en cuanto que está polarizado por sus tareas, que ‘existe hacia’ ellas, que se recoge en sí mismo para alcanzar su objetivo, y el ‘esquema corpóreo’ es finalmente una manera de expresar que mi cuerpo es-del-mundo” (Merleau-Ponty, 1993, 113). Una síntesis corporal, es un estar volcado sobre/hacia una existencia. “Estar volcado sobre” implica una descentración subjetiva (está derramado, abierto), de manera que el cuerpo es posible por su inserción en un mundo. “Estar volcado hacia” implica estar orientado, una apertura como proyecto de vida y no meramente como funcionalidad. En suma, el cuerpo tiene una intencionalidad primera y última, el ‘mundo de la vida’.

La localización geográfica de un cuerpo es una toma de posición, y ésta, en cuanto toma, es posible por una consciencia global de un espacio objetivo. Sin embargo, el habitar nómade implica más bien una toma de situación, como diría Merleau-Ponty una ‘espacialidad de situación’ (1993, 117). El nómade no se localiza meramente personándose en un lugar como si una suerte de identidad cuerpo coexistiera con una unidad espacio-tiempo, como dice Merleau-Ponty “yo no estoy en el espacio y en el tiempo (...) soy del espacio y del tiempo y mi cuerpo se aplica a ellos y los abarca” (1993, 113). Es decir, el cuerpo transforma el entorno pero también el cuerpo deviene entorno. Se genera, por tanto, una situación, una forma de espacio-temporalidad que funciona como proyecto de mundo, como despliegue del cuerpo, una forma de estar habitacionalmente y no meramente una ubicación. El sujeto nómade se instala en el viaje. El viaje adquiere una dimensión vital, esto es, la consistencia suficiente como para ser habitado.

Si tomamos la noción de ‘cuerpo sin órganos’ de la obra de Deleuze y Guattari (2004), de igual modo que hicimos con el cuerpo *merleau-pontyano*, veremos que un cuerpo se estructura como apertura. El cuerpo sin órganos se define por un agenciamiento. Utilizando el ejemplo de Deleuze y Guattari (2004), un libro es un cuerpo sin órganos porque el “cómo” es indistinguible del “qué”. No hay un todo sustancializado y unas partes sustancializadas que se co-pertenecen, sino que el todo consiste en tender hacia una escritura y las partes no son sino apropiaciones de otras escrituras, de otros cuerpos sin órganos. De suerte que, es cuerpo porque es significativo, es decir, existente con arreglo a una concreción, y es sin órganos porque es agenciamiento, es decir, no necesita de unos elementos constitutivos para sobrevivir ya que es estructuralmente no esencial. Un cuerpo sin órganos puede ser un libro, una partícula o, en lo que nos ocupa, un cuerpo nómade; una integridad desestructurante, una inmanente variación continua, un ámbito de apertura y reversibilidad.

En definitiva, abordar la modulación espacio-temporal de un cuerpo nómade

supone asumir unas relaciones de arraigo estructurantes sobre las que se inscribe toda vivencia espacio-temporal, pero también, y a la vez, asumir un desarraigo y una circulación que funcionan como salida. “Para el nómada la desterritorialización constituye su relación con la tierra, por eso se reterritorializa en la propia desterritorialización” (Deleuze y Guattari, 2004, 386). Así, la espacio-temporalidad es posible en un sujeto encarnado, en un cuerpo cuya condición de posibilidad es el anclaje, la incardinación, pero además, un *descierre* y una orientación abstracta, centrífuga. El cuerpo nómada está situado, es facticidad, es exterioridad. Existir espacio-temporalmente no consiste en estar en el mundo, sino en ‘ser-del-mundo’, estar desbordado sobre él y para él. El cuerpo nómada es rizomático, a partir de sus líneas constituyentes despliega otras siempre en fuga. Estas líneas de fuga funcionan como elementos de desterritorialización que, a su vez, generan nuevas atribuciones, nuevos órdenes, esto es, el rizoma se reterritorializa. De este modo, un cuerpo puede estar incardinado en el desarraigo, territorializado en la propia desterritorialización, “... el proceso de desterritorialización constituye y amplía el propio territorio” (Deleuze y Guattari, 2004, 378).

Integrando dimensiones: sobre velocidades y ritmos

Aunque en la etnografía se abordaron las categorías de espacio y tiempo, fueron analizadas por separado y no desde la co-pertenencia que deviene velocidad. La dimensión velocidad obliga a la mirada integral del espacio-tiempo. A partir de las propuestas de la física relativista se empieza a pensar y concebir al espacio y al tiempo desde una conjunción que lleva a la redefinición de ambos conceptos a través de la noción de ‘espacialización del tiempo’ (Iparraguirre, 2011, 54). La teoría plantea que el tiempo que se sucede entre dos eventos depende de quien observa y mide. En este sentido, se propone la relatividad de la observación en función del sistema de referencia. Esto hizo que el tiempo se espacialice, se fusione en una nueva entidad: el espacio-tiempo. Como señala Minkowski “el espacio y el tiempo por separado están destinados a desvanecerse entre las sombras y tan sólo una unión de ambos puede representar la realidad” (en Iparaguirre, 2011, 56).

Toda posición en el espacio y toda duración en el tiempo son para el sujeto sus dimensiones cardinales, sin embargo, en el sujeto se da aún otra dimensión —relativa a ambas pero no idéntica— que se introduce entre aquellas y las dilata o contrae: la velocidad. Ahora bien, no debemos confundir movimiento y velocidad. El movimiento se define siempre, y de manera relacional, por la variación de lugar de un cuerpo en un momento concreto, es, por tanto, extensional. En cambio, la velocidad no es determinada por el espacio o el tiempo sino que se aplica a ellos y los

transforma, consiste en la ocupación 'absoluta' (Deleuze y Guattari, 2004, 383) de un espacio-tiempo por parte de un cuerpo, es, por tanto, intencional. Entendemos la velocidad, entonces, como una espacio-temporalidad inmanente al propio cuerpo, es su condición de posibilidad y su condición de imposibilidad. No queremos implicar una velocidad anticipada opuesta a una efectiva. La velocidad, decimos, es la potencia encarnada, manifestada en su movilidad y en su quietud. El nomadismo es intrínsecamente velocidad. Por eso, se dice en algunos lugares (Deleuze y Guattari, 2004, 361) que el nomadismo es un movimiento perpetuo y, en otros (Deleuze y Guattari, 2004, 383), que está ausente de movimiento, porque lo definitorio del nomadismo no es el movimiento sino la velocidad. El nomadismo es un tipo de espacio-temporalidad turbulenta, descentrada, inestructurable, sin destino ni llegada, pura variación, puro devenir, pura velocidad. Un proceso inconsistente, errático, sin conclusión, sin cierre, como hemos dicho, un descierre. Un cuerpo en reposo y frenético, en tránsito y estático, en el viaje y en el hogar.

El espacio que ocupa el nómade es transformado por su velocidad, puesto que el espacio liso no es uniforme "la variabilidad, la polivocidad de las direcciones es un rasgo esencial de los espacios lisos, del tipo rizoma, y que modifica su cartografía" (Deleuze y Guattari, 2004, 386). No estamos, pues, en un plano de esencias trascendentes, sino en un ámbito inmanente radicado en el mundo vivido, donde acontece un sujeto situado, que no es ya un sujeto reglado en el mundo, sino un sujeto brindado al mundo. Habitar el espacio-tiempo como un cuerpo nómade, supone componer y disgregar, aumentar y disminuir estas dimensiones sin arreglo a una dimensionalidad de referencia estable y uniforme. Espacio y tiempo aparecen doblados o, si se prefiere, atravesados por esta otra dimensión, la velocidad, que podríamos identificar, en términos fenomenológicos, como un rasgo decisivo de su 'ser-en-el-mundo' (*être-au-monde*). El cuerpo nómade presupone una velocidad, es dado como velocidad, pero sin referencia, sin un sistema de esencias; no hay un agente constituyente, ni un universo en sí consistente. Su velocidad es irreductible, una potencia de metamorfosis que perturba la placidez de las estructuras. Es lo opuesto a la esencia, es el acontecimiento. El cuerpo es la apertura inevitable al flujo inmanente de la vida, que hace del mundo, constantemente, un lugar de sentido. Este carácter de inacabamiento, de circulación perpetua, es justamente el nomadismo, un sentido del mundo fluyente pero situado.

Es necesario acometer un delineamiento de las aperturas que se efectúan en el vivir nómade, porque el nomadismo, en su deriva constante, imprime sobre el sentido del mundo un estado de inacabamiento o, al menos, de provisionalidad del sentido. Por tanto, cabe preguntarse, ¿qué nuevos tipos de reflexión posibilita esta lógica del sentido errante?

Deleuze y Guattari contemplan la posibilidad de una 'ciencia nómada', basada en una conformación de la realidad como multiplicidad y cuyo modelo de consistencia es el flujo. No estamos, entonces, en un modelo de distribución de las cosas en espacios cerrados (estriados) y medidos de antemano que tendrían como objetos paradigmáticos a los sólidos, sino en un modelo de organización 'turbulento' (Deleuze y Guattari, 2004, 368) donde el paradigma es el fluido y el espacio de distribución abierto (liso).

En suma, el Estado se dirige hacia los espacios para estriarlos, para contener sus movimientos, esto es, para canalizarlos, organizarlos y comunicarlos, se fija sobre los tiempos para medirlos, delimitarlos y fraccionarlos y, en definitiva, podríamos decir que la constitución de un Estado es simultánea a la regulación de las velocidades. El objeto, por tanto, de este poder no es jamás el detenimiento de los cuerpos, sino sólo su contención, la perpetuación de un movimiento orgánico, un *logos* del movimiento⁶.

Como intentamos mostrar, las formas de habitar el tiempo y el espacio no son unívocas, han ido variando a lo largo de la historia, de las sociedades y de los territorios. Hemos identificado, a su vez, que existen formas de habitar el tiempo y el espacio que son hegemónicas y que responden a imposiciones propias de las sociedades occidentales, capitalistas, coloniales, racistas, patriarcales, etc. Combinar espacio-tiempo hace emerger la velocidad como elemento de reflexión, pero creemos que otras lecturas sobre las vivencias nómades serían posibles si introduyéramos un nuevo concepto: el ritmo. Creemos que en el desarrollo de las actividades cotidianas laten unas frecuencias temporales que no pueden ser obviadas porque articulan las vivencias mismas.

Los ritmos nos permiten visualizar, por contraste, los diferentes modos de vida que se efectúan entre las velocidades nómades y sedentarias que coexisten en un mismo espacio. En los locus urbanos de las sociedades capitalistas imperan ritmos marcados por las lógicas de mercado, el productivismo y las rutinas laborales que conllevan velocidades aceleradas y alienantes, donde los movimientos en el espacio se contraen temporalmente (Iparraguirre, 2011). Los sujetos nómades, sin embargo, ordenan estos ritmos sin casi determinaciones exógenas a su forma de vida errante, están menos implicados por las inercias que imponen los poderes de territorialización y consecuentemente no operan por correspondencia a una referencia temporal regulada. De esta forma, al escapar de la captura de los poderes de

⁶ Sin embargo, curiosamente, el Estado acaba por absolutizar el movimiento (Deleuze y Guattari 2004, 391) y generar, nuevamente, un espacio liso. Porque el espacio liso no es per se revolucionario, es decir, puede conformar un plan de control por medio de una pura velocidad, como ponen de manifiesto los Estados occidentales contemporáneos y su orden geoestratégico mundial.

territorialización construyen ritmos alternativos al hegemónico que desnaturalizan la forma en que se llevan a cabo las vidas en las sociedades capitalistas, mostrando que otras velocidades son posibles. En definitiva, frecuentan sus propias secuencias de actividades, pudiendo transformar las velocidades.

Nos resulta interesante pensar que, partiendo de nociones físicas, la velocidad es percibida en dos situaciones: cuando existe una fuerza que acelera o desacelera el movimiento; o en relación al movimiento de otro objeto cuando nuestra velocidad es constante, es decir, si nuestro sistema de referencia se mueve a una velocidad constante y no contamos con otro sistema que nos ayude a percibir la nuestra, percibiríamos nuestro movimiento como quietud. Esto nos ayuda a visualizar que las velocidades alternativas que traen otros modos de vida, como es el nomadismo, nos permiten concientizarnos respecto a las velocidades constantes y aceleradas propias de las sociedades actuales. El nomadismo irrumpe en una velocidad constante, como la sedentaria, con una velocidad variable, de esta forma se tematiza la velocidad, puesto que una velocidad constante, como decimos, es inapreciable. Este quiebre de la normalidad temporal abre nuevas posibilidades. En definitiva, a partir de la 'zona de contacto' (Pratt, 2010) que se origina entre lo sedentario y lo nómade, se interpelan las espacio-temporalidades sedentarias en que vivimos abriendo brechas para su transformación.

Velocidades y ritmos en Latinoamérica

Si nos fijamos en el territorio latinoamericano, podemos apreciar que muchas de las velocidades y ritmos que priman en las sociedades, sobre todo en los espacios urbanos, están fuertemente ligadas a los procesos de conquista y colonización del territorio. Como señala Wright (2003), la colonización se dio en distintas esferas: el espacio, la palabra, los cuerpos -y las temporalidades añade Iparraguirre (2011). Las reducciones y misiones que se instalaron en las tierras del continente latinoamericano tenían el claro objetivo de disciplinar los cuerpos indígenas para introducirlos en la lógica laboral productivista que seguía la racionalidad europea. Para ello tuvieron que sedentarizar los cuerpos y las subjetividades, hubieron de demarcar los espacios de tránsito -un afuera y un adentro precisos-, y limitar los movimientos. Asimismo, establecieron temporalidades y ritmos que fueron acordes a esas necesidades productivas de los colonizadores. Se impusieron rutinas exigentes marcadas por las horas del reloj, que daban cuenta de una racionalidad métrica centrada en la producción y la acumulación, todo ello propio de un capitalismo naciente.

“... rítmicas no-lineales, no-proyectivas, no-secuenciales y no-acumulativas en el ritmo de vida indígena, era notoriamente opuesto al comportamiento del

colonizador, naturalizado como el único modo de vivir y pensar posible, y por lo tanto considerado como el ritmo de vida oficial. De este modo, la presencia de esta otredad rítmica para el pensamiento oficial, que no respondía a su propia lógica, debía ser neutralizada y eliminada, encauzada y disciplinada, o sea, oficializada: llevada forzosamente a la temporalidad hegemónica. (...) El objetivo urgente de las reducciones era terminar con el nomadismo propio de los cazadores recolectores y por lo tanto de un modo de pensamiento opuesto al sedentario” (Iparraguirre, 2011, 76-77).

Todo este adoctrinamiento implicó transformaciones en sus formas de movilidad, en sus ritmos y en sus velocidades. La imposición de la producción agrícola europea fue sedentarizando las comunidades y restringiendo los espacios de movilidad. El Estado consiguió estriar sus espacios, controlando las actividades que las comunidades llevaban a cabo y el vínculo entre los sujetos y con la naturaleza.

“En el caso mocoví, es la pérdida del acceso al campo abierto de la vida nómada la que implica cambios en la noción de tiempo mocoví, y que los misioneros como Paucke (...) manifestaban percibir en las conductas irracionales e ilógicas por parte de los indígenas en el manejo de los recursos productivos” (Iparraguirre, 2011, 79-80).

Sin embargo, Iparraguirre (2011) consigue demostrar que en algunas comunidades sobrevive, resistiendo, una temporalidad-otra que convive con estos ritmos oficiales que se han buscado naturalizar. Esto ha ido gestando ‘zonas de contacto’ (Pratt, 2010) en las que, como decíamos antes, se da el encuentro de formas y sentidos de vida que aparecen en tensión.

Volviendo a los sujetos que eligen el viaje como modo de vida, en la etnografía que sustenta este trabajo aparecieron varios discursos que ubicaban el territorio latinoamericano como un espacio en el que se podía entrar en contacto con formas y sentidos vitales que se entendían como separados de lo hegemónico. Muchas de estas personas, sobre todo quienes procedían de Europa, mencionaban que en Latinoamérica buscaban una cercanía con lo indígena ya que les permitía encontrarse con modalidades más “auténticas” de vivir y experimentar la vida, con velocidades y ritmos más desacelerados, más cercanos al “fluir natural”. Es decir, las formas espacio-temporales que aún resisten en el continente aparecen como un atractivo “exótico” para ciertas personas viajeras. En definitiva, vale preguntarse ¿quienes viajan nómadamente consiguen romper con las lógicas de colonialidad que aún sobreviven?, es decir, ¿se constituyen como ‘máquinas de guerra’ (Deleuze y Guattari, 2004) ante

las lógicas de ordenamiento y control propias de los Estados capitalistas occidentales? o ¿terminan reproduciendo la misma lógica colonial?

Consideraciones finales

El nomadismo moldea el espacio habilitando espacios y atraviesa el tiempo generando sentidos. Se crean espacios plurales y heterogéneos a partir de una espacialidad genérica, esto es, se emancipan espacios para habitarlos, se dan, por tanto, multiplicidades en el seno de un espacio confinado. El nomadismo transita una temporalidad cuyos ritmos son unívocos y programados y llega al otro lado de esa temporalidad, hace patentes sus fronteras, las tematiza, hasta ahora terreno vedado, y finalmente las transgrede. Se generan inagotables posibilidades de tiempo, alumbrando nuevos sentidos, nuevas frecuencias en los habitares, nuevas dimensiones de esparcimiento, nuevas realizaciones, nuevas referencias, nuevas velocidades. El curso cronológico se interrumpe. Se multiplican los tiempos, se multiplican los ritmos, se multiplican los sentidos en nuevas espesuras de lo real. Además, al problematizar el sedentarismo somos capaces de crear y recrear espacios y tiempos. Como señala Rosi Braidotti (2000, 77) “el nomadismo no es fluidez sin fronteras, sino que consiste más bien en una aguda conciencia de no fijación de límites. Es el intenso deseo de continuar irrumpiendo, transgrediendo”.

El sujeto nómada se constituye como impugnación de las espacio-temporalidades existentes, es la contradicción, la resistencia y la lucha, una potente forma de violencia dirigida a la espacio-temporalidad hegemónica, aquella que articula la contención de los cuerpos bajo un logos centralizado y estratificado, que impide toda posibilidad de intervención a fuerza de unos códigos de naturaleza inviolable. El nomadismo deviene ‘máquina de guerra’ (Deleuze y Guattari, 2004), se opone y resiste a la omnipresente lógica territorialista, a la división, adjudicación y legislación de la tierra. Sin embargo, no queremos olvidarnos de aquellos cuerpos que han sido sedentarizados y sobre los que actúan los poderes de territorialización, porque incluso en el seno del Estado, a una escala diferente pero igualmente decisiva —pues operan desde dentro de la sedentarización—, se dan comunidades en resistencia contra los mismos poderes que el nomadismo enfrenta. Su confluencia radica en su oposición al aparato del Estado, lo que les hace, sin ser nómades, también unos cuerpos errantes.

A lo largo del trabajo hemos intentado mostrar dos formas de habitar el espacio-tiempo⁷. La primera instituye la territorialización con fines de control y apro-

⁷ Sería objeto de otro trabajo analizar la eficacia con que el capitalismo induce a la desterritorialización y la manera en que socava la soberanía estatal, o examinar la propuesta de Deleuze y Guattari de acelerar o profundizar la tendencia desterritorializante presente en los procesos de expansión capitalista.

piación, la segunda promueve la desterritorialización generando atravesamientos y circulaciones múltiples entre espacio-tiempos y organizando la provisionalidad misma como forma de vida. Estas dos formas de habitar frecuentemente se oponen. Los Estados se preocupan de manera cada vez más obsesiva por monitorizar los movimientos que se suceden lejos de su visión pero dentro de sus territorios. Encontramos algunos ejemplos de ello en los intentos constantes, como vimos, de colonizar los ritmos de vida y producción de las comunidades latinoamericanas, pero también podemos observar estas lógicas en los intervencionismos del Norte Global sobre las economías y formas de producción en el territorio. Ahora bien, las poblaciones originarias, afro, mulatas y mestizas sobre las que ejercen controles los propios Estados latinoamericanos, representan un caso paradigmático de aquellas comunidades que confluyen con el nomadismo en su lucha contra el Estado. De distintas formas estas comunidades consiguen preservar los ‘impulsos errantes’ (Maffesoli, 2004) y resisten a las lógicas violentas de la racionalidad colonial y sedentaria. Estos grupos, en ocasiones suponen un serio riesgo para la supervivencia de su poder, pues articulan otras maneras de vivir, son vectores de territorialización alternativos.

El nomadismo, por su parte, se erige en ‘máquina de guerra’ (Deleuze y Guattari, 2004), se enfrenta a las lógicas de confinamiento territoriales y coopera por su extinción. La relación original de estos cuerpos nómades con el mundo dificulta su reducción por el Estado, puesto que este poder está asociado a la soberanía territorial y el nómade transita los espacios, de suerte que atraviesa los poderes. No obstante, la amenaza que constituyen ciertas comunidades en el seno del espacio territorializado, nos indica que el nomadismo no está solo. Pese a todo, desafiar al aparato del Estado desde el interior mismo, implica sufrir doblemente, desde la disidencia y desde la disociación, pues los poderes de territorialización se orientan con brutalidad a la contracción de sus cuerpos. Sin embargo, ¿se pueden sujetar completamente estos cuerpos? y, finalmente, ¿se podrá someter todo nomadismo? Deleuze y Guattari preguntan también:

“¿Es posible que en el momento en que la máquina de guerra ya no existe, vencida por el Estado, presente su máxima irreductibilidad, se disperse en máquinas de pensar, de amar, de morir, de crear, que disponen de fuerzas vivas o revolucionarias susceptibles de volver a poner en tela de juicio el Estado triunfante?” (Deleuze y Guattari, 2004, 364).

Referencias

- Braidotti, R (2000), *Sujetos nómades Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Clifford, J (1995), "Culturas Viajeras". *Revista de Occidente*: 45-74.
- Deleuze, G; Guattari, F (2004), *Mil Mesetas*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- Foucault, M (1984), "De los espacios Otros. Conferencia". Recuperado de: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/articulos/7-132-1932qmd.pdf
- Foucault, M (2003), *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Iparraguirre, G (2011), *Antropología del tiempo. El caso Mocoví*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Lugones, M (2008), "Colonialidad y género". *Tábula Rasa* (9): 73-101.
- Maffesoli, M (2001), *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*. México: Editorial Paidós.
- Maffesoli, M (2004), *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marcus, G (2001), "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la antropología multilocal". *Alteridades* 11 (22): 111-127.
- Merleau-Ponty, M (1993), *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Monteiro Silva, I (2011), "Experiências em deslocamento: sentidos e práticas de viagem entre mochileiros contemporâneos". Recuperado de : http://www.sbsociologia.com.br/portal/index.php?option=com_docman&task=doc_download&gid=2151&Itemid=171
- Oyhantcabal, LM (2017), *Brotes nómades. Elegir el viaje como modo de vida en la sociedad actual. Una aproximación antropológica*. Montevideo: Editorial Factor 30.
- Oyhantcabal, LM (2018), "Brotes nómades - El viaje como modo de vida. Un recorrido por la metodología de una etnografía multisituada". *Argumentos* 15 (1): 87-113.
- Pinheiro, M (2010), "Estilos de vida e individualidade". *Horizontes Antropológicos* 16 (33): 41-53.
- Pratt, ML (2010), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- De Sousa Santos, B (2018), *Construyendo las Epistemologías del Sur: para un pensamiento alternativo de alternativas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Velho, G (2010), "Metrópole, cosmopolitismo e mediação". *Horizontes Antropológicos* 16 (33): 15-23.
- Wright, P (2003), "Colonización del espacio, la palabra y el cuerpo en el Chaco argentino". *Horizontes Antropológicos* 19: 137-152.

Del campamento al camping Una precariedad deseada¹

Olivier Sirost

Desde finales de los años 1960, el camping se convirtió en un importante sistema de gestión de vacaciones para los franceses. Francia sigue siendo hoy en día el país de los campings con sus 10 millones de practicantes (entre los cuales 3 millones son extranjeros), su plaza de casi 9000 espacios y sus innovaciones técnicas que derivan de una red de profesionales constituida a comienzos de los años 1930. Debido a su amplia gama de modos de vacacionar, el camping se ofrece para todos los gustos: nómades adaptados al camping de automóviles, al excursionismo y a las caravanas, los sedentarios que residen en lugares de ocio moderado (chalets, casas, cabañas, etc.), los aficionados al confort (alojados en parques de ocio residencial) o los investigadores de la naturaleza que se aventuran en excursiones deportivas y colectivas (grupos de campistas universitarios, naturistas, campamentos juveniles) o los que persiguen la distinción (etiqueta de calidad, campistas de castillos). El camping también conoce sus momentos de reversibilidad, en los que el alojamiento temporal se convierte en un último recurso precario para la vivienda y en los que la tienda se transforma en un emblema de las luchas sociales.

Tanto en sus orígenes como en su desarrollo, el camping es portador de una cultura técnica² en torno a la vivienda alternativa y temporal, hasta el punto de convertirla a su vez en instrumento de conquista colonial, proyecto educativo para salir al aire libre, proyecto social estructurador del tiempo libre, industria organizada e importante del ocio.

¹ Este artículo se publicó originalmente como: "Du campement au camping. Une précarité désirée", *Techniques & Culture*, 56, 2011, 98-113. <https://doi.org/10.4000/tc.5432>. Traducción Diego Roldán. Revisión Técnica Carlos Salamanca Villamizar.

² Para ser más precisos, las revistas especializadas en camping que surgieron en la década de 1930 publicaron por primera vez relatos de salidas e informes de reuniones de clubes donde se intercambiaban rutas y campings, donde también se experimentaba y desarrollaba el equipo. En los años 50, estas mismas revistas publicaron secciones especializadas sobre consejos y trucos, consejos técnicos para comprar o fabricar equipos y columnas de bricolaje (Sirost, 1999).

Hábitats precarios, hábitats temporales: evoluciones técnicas, contextos sociales

Los orígenes del camping son proteicos. Recordemos que M. Mauss (1968 vol.2: 129) y E. Durkheim (1975 vol. 3: 227) veían en el campamento una forma fundamental de organización social que atraviesa culturas y sociedades y de los cuales la vieja Europa se apodera a través del surgimiento de movimientos juveniles en un contexto paramilitar. Esta observación plantea inmediatamente el carácter lábil y reversible de un refugio diseñado como hábitat para numerosas poblaciones nómadas, transpuesto al contexto de sociedades en vías de industrialización (Imagen 1).

Viajes comerciales y de exploración en los siglos XVIII y XIX

Vivir bajo la tienda, remolque o barraca recibe un nuevo significado durante los viajes de exploración colonial en los siglos XVIII y XIX. El desarrollo de los circuitos comerciales de Occidente (en particular a través de las Compañías de las Indias) incita a los fabricantes de muebles a comercializar objetos técnicos que pudieran desmontarse y transportarse conservando su elegancia en beneficio de una élite social cuyas carreras comerciales y políticas pasaban por el viaje. Los baúles, comedores, secretares y escritorios, baños, camas, mesas, sillas y sillones, e incluso algunas cómodas y bibliotecas fueron objetos de erudición y tesoros de la inventiva capaz de hacerlos transportables y resistentes a las peripecias de los viajes comerciales. En Inglaterra, varias agencias se desarrollaron especializándose en muebles de viaje. Fabricantes como Morgan & Sanders, William Pocock, Thomas Chippendale, A. Hepplewhite & Co. y muchos otros se convirtieron en los inventores/proveedores del Imperio Británico y su expansión colonial (Brawer, 2001).

Así como bajo el techo uno se pregunta sobre cuestiones técnicas relacionadas con el confort y el estilo, los fabricantes bajo contrato con el Imperio Británico también se preguntan mucho sobre el techo, el suelo y los accesorios o formas de transportar el material de la casa en el viaje. La tela de la tienda (o lona) hecha del mismo tejido que las velas de navegación puede tener un piso y ser más o menos espaciosa (gracias a un sistema de ataduras) según las circunstancias del viaje. Puede ser plegada, enrollada y transportada en elefantes o camellos. Los fabricantes de muebles compiten por los mercados que ofrece el ejército británico para equipar a los oficiales con tiendas de campaña y accesorios portátiles. Si a principios del siglo XVIII los hallazgos siguen siendo bastante masivos y voluminosos, a menudo consistentes sólo en muebles desmontables, que también equipan los camarotes de los barcos, con la multiplicación de los frentes militares y el imperio victoriano, son los inventos plegables los que marcan la preferencia. La Guerra de Crimea (1853-1856) establece el apogeo de los suministros portátiles para las tiendas de los

LA GRANDE VOGUE DU CAMPING EN ANGLETERRE



— Le manque de place dans les hôtels incite les touristes à vivre en plein air —

Se loger devient, en Angleterre, un problème plus ardu encore qu'en France. Les prix exigés par les hôteliers et les proprié-

une vogue nouvelle. Rien de plus charmant que de planter sa tente au hasard de sa fantaisie, de faire son lit et sa cuisine.

Imagen 1. Los inicios del camping y de las excursiones burguesas. Fuente: *Le Miroir* 293, domingo 6 de julio de 1919.

oficiales, que el Imperio enumera como para un nacimiento (Brawer, 2001: 182). También fue durante estos años que la pintura orientalista (Thorthon, 1998) mostró un lienzo (*canvas*) que era similar al estilo de vida del deportista (*sportsman*). Se hizo frecuente observar, frente a los campamentos de la India, África o las Américas, a jóvenes ingleses vestidos con ropa deportiva blanca y jugando algunos partidos de cricket o de fútbol (Thornton, 1990). El conjunto se completaba con salidas de caza y caminatas en entornos naturales de carácter panteísta. La Compañía de las Indias Orientales llega incluso a encargarse de la fabricación de equipos, alquilando tiendas y cabañas in situ para turistas, exploradores, comerciantes y hombres de negocios. Esta organización avanza a la par con el crecimiento de las vacaciones para una élite social que elige destinos exóticos (Peltre, 1995). La segunda mitad del siglo XIX contrasta así con el despliegue de numerosos porteadores que llevan en “caravanas” el mobiliario de los occidentales en viaje.

Las primeras pistas en la fabricación del equipo disponibles para el investigador provienen de la naturaleza versátil del mobiliario marino. Las velas, los barcos ligeros, los muebles de la cabina se convierten fácilmente en equipo de camping. Las especificaciones para los fabricantes hacen hincapié en la necesidad de acondicionar los espacios restringidos y la adaptabilidad del equipo a diversos entornos y exigencias de viaje (Baubérot & Bourillon, 2009: 211-225). Lo mismo ocurre con las tropas del Gran Ejército cuya preparación para el campamento y el acantonamiento forja una cultura técnica de la vida al aire libre, particularmente experimentada en el campamento de Compiègne. Los oficiales de Bonaparte a veces se daban el lujo de dormir y reunirse, bajo las telas de la carpa, sus muebles portátiles y los numerosos accesorios de viaje que llevaban en sus baúles. Las tropas se contentan con un hueco lleno de forraje y una lona extendida sobre sus cabezas. Las conquistas militares del norte de África llevaron a los viajeros occidentales a descubrir formas de hábitat temporales particularmente eficaces. La observación de la vida de los *souks* (zocos) y entre los vagabundos se superpone a la capital itinerante bajo la tienda de Abd el-Kader en la que la *smala*³ resistió a la fuerza expedicionaria francesa durante quince años. La dolorosa experiencia hizo que A. De Courtigis revisara el equipo del campamento militar francés (en particular la tienda de abrigo y de campamento) para hacerla más operativa en un entorno hostil. La tienda del oponente Abd el-Kader sería exhibida al público en general en París como un trofeo durante varios meses. Es una verdadera empresa de mediatización del hábitat temporal y móvil que el Duque de Aumale

³ Término derivado del árabe *zmāla* que refiere al sitio formado por un conjunto de tiendas de campañas que albergan la familia y las tropas de un líder árabe en sus campañas militares o viajes comerciales. *Nota del Traductor.*

trajo a Chantilly y resulta emblemática en las obras de Delacroix, Decaen y Vernet⁴. En vista de los rastros vinculados a las obras pictóricas, puede decirse que el campamento de viaje en Oriente, así como el acantonamiento militar, fueron objeto de una atención sostenida en la década de 1870. Más allá de un refugio frente a los agresores militares o a los elementos naturales desatados, el campamento se convirtió en un espacio posible. Se observa, a su vez, a los soldados turnarse para jugar a la lotería, a las cartas, intercambiar tabaco o café, acampar en las montañas o aprender a nadar en un río, dormir una siesta licenciosa o bromear juntos (Robichon, 1998). El fenómeno está indudablemente vinculado a los proyectos de planificación espacial durante el reinado de Napoleón III. Egipto y el norte de África en general se estaban convirtiendo en lugares turísticos populares, al igual que la moda de los centros de vacaciones. La tienda, la cabaña, el cobertizo y la pérgola se transforman en objetos que se exhiben socialmente y dan testimonio de la pertenencia a la clase ociosa teorizada por la pluma de Thorstein Veblen (1970). El poder simbólico de la lona y la carpa continúa siendo un elemento importante en la dinámica del campamento militar y en la difusión del estilo de vida del deportista. Es testigo de la exhibición de su condición. Sin embargo, a menudo olvidamos la “parte mágica”⁵ adherida al objeto técnico cuando tiene un estatus de hábitat más permanente.

Esto también se revela en las formas en que se esparcen los residuos de los campamentos o caravanas⁶ en la época del advenimiento de las actividades de ocio. Si la tienda o el campamento pueden considerarse como un emplazamiento militar, estos hábitats alternativos adornan las grandes ciudades occidentales durante las exposiciones universales y coloniales, pero también en los espectáculos que presentan invenciones industriales prodigiosas. Aparecen a través de distintos espectáculos (*barnum*⁷, cabarets, ferias...). Antes del éxito de la *Revue Nègre* en París y del exotismo exhibido por ejemplo en el *Paradis Latin*⁸, las chozas, tiendas y cabañas forma-

⁴ Coll., Abd el-Kader et l'Algérie au XIXe siècle, París, Somogy, 2003.

⁵ A principios del siglo XX, muchos artistas como Picasso, André Breton u Oskar Kokoschka hicieron hincapié en estos objetos expuestos en los museos etnográficos para inspirar sus obras. Admiten sentir la manifestación de un poder arcaico sin poder entenderlo. Este sentimiento de trabajo fue explicado más tarde por Michel Leiris y Claude Lévi-Strauss, entre otros.

⁶ En el sentido que lo entiende Vilfredo Pareto (1968).

⁷ Según el diccionario Larousse, este término hace referencia a una: “Carpa grande con techo plano y paredes desmontables, utilizada para recepciones o ferias”. Barnum, además, es el apellido de P.T. Barnum, un comerciante estadounidense que ingresó en el negocio del circo con 60 años de edad y que junto con William C. Coup, en 1870 estableció un “circo ambulante, zoológico y freak show montado bajo una carpa con 5000 asientos”. Delavan, Wisconsin el P.T. *Barnum's Grand Traveling Museum, Menagerie, Caravan & Hippodrome*. Nota del Traductor y el Revisor.

⁸ El Paraíso Latino es uno de esos lugares de entretenimiento en el linaje del cabaret y el café-concert donde la carpa, la cabaña y sus derivados se exhiben en la puesta en escena de los pueblos coloniales.

ban parte de la puesta en escena de las potencias coloniales. Cuando París acogió la Exposición Universal en 1867, los espectadores pudieron ver verdaderas aldeas indígenas reconstruidas y, sobre todo, visitar el equipo del campamento destinado a las exploraciones y conquistas militares. Se encuentran allí los establecimientos que desarrollan este tipo de material destinado a la zona colonial francesa (Michel & Cie, 1872). La carpa barraca desmontable en 5 u 8 paquetes, el abrigo individual del soldado que se puede transformar en una lona o un poncho son las innovaciones más llamativas de la exposición. Encontraremos estos hábitats temporales utilizados en la *belle époque* en los animados inicios de las primeras asociaciones de excursionistas y campistas (Sirost, 2002: 49-64). Las elegantes excursiones organizadas en Luchon o Fontainebleau para los lectores de la revista *Fémina* recurren a una caravana de varios porteadores para instalar el sweet home con un suelo de verdad, literas de campaña, un baño portátil, mesa y sillas. La prensa de la época como *La vie au grand air*, la revista del *Touring Club* de Francia, *Le Miroir*, *L'Illustration*... presentan a su vez la moda del camping, un período de transición entre el campamento militar y el turismo bajo la tienda de los anglosajones.

Inversión de perspectivas: comodidad de vivir en condiciones precarias y sostenibilidad del tiempo de ocio

Esta burguesía acostumbrada al veraneo utiliza con frecuencia tiendas de campaña, pérgolas italianas y refugios para la caza durante largos periodos de tiempo en el campo. Los fabricantes de muebles de jardín encuentran en estos refugios de lona una interesante salida comercial, y algunas agencias como Monneret o Monjardet se especializan en ellos. A partir de 1904, estos fabricantes se ven vinculados al *Touring Club* de Francia y al reciente Club de Piragüismo del que eran miembros activos. Junto a las compañías de excursionistas y de preparación militar que se dedicaban a la vida al aire libre bajo la lona, se unieron a ellos alpinistas, cicloturistas, automovilistas y piragüistas. Para prolongar la duración de las salidas dominicales, todos se proponen desarrollar equipos adaptados a las actividades deportivas de ocio. Las inspiraciones son múltiples. Deportistas del Club Alpino como Mummery o Whymper desarrollaron, desde fines del siglo XIX, nuevos modelos de carpas ligeras y fácilmente transportables. Estas pequeñas maravillas se muestran en los campos de exhibición o en varias ferias comerciales relacionadas con los nuevos estilos de vida industrial. Fue durante una de estas exhibiciones que un francés asombrado preguntó a un inglés qué era este hábitat. El campista responde al visitante: “es una... tienda”. El francés sólo recordará el principio de la frase y así es como nació la carpa “Itisa” (Raveneau y Sirost, 2011), la primera carpa ligera (Imagen 2) adaptada a los

deportes de viaje. Otros entusiastas de las actividades al aire libre prefieren dirigirse directamente a los ocupantes de los hábitats alternativos (Sirost, 2009a: 211-225). Este es el caso de los miembros burgueses del Touring Club, que visitan directamente los remolques de los viajeros, estudiando la arquitectura de estas casas móviles y transformándolas en hábitats de ocio. A estos “transatlánticos de la carretera” les cuesta ser remolcados por la floreciente industria automovilística. Una condesa se hace instalar un piano en su lujoso remolque, mientras que otra ofrece a sus visitantes un lujoso salón, incluyendo el servicio de té. Catherine Bertho-Lavenir habla de la distinción a la inversa para designar esta reversibilidad de la vivienda temporal y precaria para fines de distinción (Bertho-Lavenir, 1999: 304-305). Se puede ver que la tienda o el remolque de la acampada temprana es un amplificador de las economías corporales. La transición de la pequeña tienda individual a la tienda familiar cuadrada (el modelo que surgió en la década de 1950 -Imagen 3-), luego a la caravana en 1979 (Imagen 4 -en ese momento representaba más del 50% del hábitat favorecido por los campistas-) y a la casa móvil en la década de 1990 muestra el gradual alejamiento de la lógica del camping hacia un alojamiento de ocio más permanente.



Imagen 2. Camping en una carpa itisa en el Monte Dore (Puy de Dôme), 1962,. Fuente: Fondos Louis Montagne, Coll. O. Sirost



Imagen 3. Camping familiar salvaje en Suecia en los años 1950. Fuente: Fondos Louis Montagne, Coll. O. Sirost



Imagen 4. Camping familiar en caravana sobre terreno organizado, Seignosse Le Penon. (Landes), 1960. Fuente: Fondos Louis Montagne, Coll. O. Sirost

Esta inversión no es el único fenómeno constatable. El tiempo de paz y la repatriación de las tropas militares coloniales también trajo consigo el inicio de las actividades de ocio en tiendas de campaña o caravanas. Un cierto número de soldados coloniales encontraron una reconversión ocupacional en la profesión de guardias de campo. Fueron los primeros representantes del Estado los que midieron la intrusión de los turistas en las granjas, bosques estatales o centros de vacaciones de las familias de pescadores. También puede verse a los primeros entusiastas de los campamentos frecuentando las zonas de festivales de la naturaleza identificadas por las encuestas de los folcloristas y transformando los lugares mediante la construcción temporal de aldeas de lona. Estas incursiones en la naturaleza cercana y estas robinsonadas son a menudo visitadas por oficiales de policía, representantes del alcalde o del prefecto. El rigor militar del mantenimiento del campamento, como la presentación de una antigua tarjeta militar, favorece las relaciones diplomáticas entre los campistas y las instituciones en este primer período del campamento. No es sorprendente encontrar numerosas sociedades de preparación militar destinadas a un público joven proponiendo esta nueva actividad de ocio a principios del siglo XX. Lo mismo ocurre con los primeros movimientos juveniles organizados y, en particular, con el scoutismo. Nótese que Robert Baden-Powell, inventor del movimiento, se convirtió en presidente honorario del Camping Club de Gran Bretaña e Irlanda. En resumen, la confrontación con la naturaleza a través del uso de tiendas de campaña se convirtió en una verdadera escuela para la vida silvestre, particularmente apreciada por las nuevas pedagogías (Denis y Pociello, 2000). Lo salvaje y lo agreste encuentran aquí una transposición particularmente fuerte, volveremos sobre esto. Aún en esta perspectiva, las historias de regreso a casa de los escritores viajeros dibujan una extraña analogía entre las poblaciones desocupadas de los suburbios de las grandes ciudades y los pueblos colonizados. Esto es lo que nos revela esta novela de Dickens (1937-1938) cuando, de regreso en Londres, el escritor observa a través de la contemplación de chozas, cabañas y turberas: un aire colonial contraído en África. El autor de *Oliver Twist* pertenece a una línea de intelectuales reformistas que denuncian los tormentos de los suburbios florecientes.

En Inglaterra, el movimiento de las Ciudades Jardín, impulsado por Ebenezer Howard, fue acompañado de salidas colectivas al campo donde se construyeron verdaderos pueblos de lona. La experiencia fue continuada y luego trasladada a Francia por un seguidor de Le Play: Georges Benoît-Lévy. Benoît-Lévy, el primer francés que se unió al Camping Club de Inglaterra, fue también el impulsor del Club de Camping Francés en 1910 y unos años más tarde del *Salon des Arts Ménagers* donde la

vivienda alternativa fue un gran éxito⁹. El alojamiento temporal es, por lo tanto, el centro de sus preocupaciones. Los primeros artículos que publicó a partir de 1906 abogaban por la creación de material de camping a la francesa, liberándose de las importaciones británicas (marcadamente difundidas por el centro franco-americano). Es en este momento que se establece en Francia un verdadero debate sobre la cultura técnica del camping. A finales del siglo XIX, los movimientos juveniles parisinos organizaban periódicamente excursiones en el bosque o a lo largo de la costa. En cuanto a los paseos a pie o en bicicleta en Francia en ese momento, la mayoría de las veces la noche se pasa en una habitación de hotel o en el granero de una granja. Los más aventureros se envuelven en una manta bajo una fronda o un árbol. En 1903 se fundó una cooperativa de excursiones de unos 20 jóvenes que poco a poco comenzó a fabricar su propio equipo. Los experimentos eran peligrosos: las tiendas de campaña de los cuarteles construidas según el modelo colonial eran demasiado pesadas para los caminantes; el pequeño "itisa" o "gorro de policía" absorbía demasiada agua o llevaba a sus ocupantes a asfixiarse. Además, la falta de alfombras obliga a los noctámbulos a buscar paja para pasar una noche cálida. Se pide a una madre prestada una máquina de coser para unir las piezas, se cortan ramas para hacer estacas o se usan bastones. En resumen, el espíritu de la época es de ingenio y de camping a la espartana. La ayuda mutua es necesaria para disfrutar plenamente de lo que mucha gente llama un deporte. Los manuales del camping enfatizan el concepto de acampada y campamento, recordando los beneficios de la organización militar. En marzo de 1910, la cooperativa dio origen al Club Francés de Camping (Sirost, 2001), una antesala a la formación de los futuros cuadros de los scouts unionistas y franceses. Por lo tanto, podemos ver que es en el encuentro entre los fabricantes y los entusiastas de las actividades al aire libre donde se desarrolla todo un mundo de asociaciones. El primer artículo del Club Francés de Camping consiste en difundir el gusto por el camping a través de la fabricación de equipos eficientes y adecuados. Sin embargo, este primer impulso sigue estando enmarcado por una fuerte dimensión educativa fuera de la escuela. Incluso las asociaciones seculares como el Touring Club de Francia recuerdan su papel en la educación de las masas a través de la naturaleza y el bricolaje. A principios de la década de 1930, la creación de asociaciones de fabricantes y minoristas de equipos de camping y de actividades al aire libre consolidó una profesión. Más de trescientas tiendas especializadas se desarrollaron en la década de 1930 en París. El material se exhibió en las ferias de

⁹ En *Casas Móviles* (Willemin, 2004) son frecuentes las casas de papel o cartón del ejército americano, como las primeras caravanas o los clubes juveniles de Le Corbusier.

arte aeronáutico, naval y doméstico. Revistas especializadas como *Au grand air* o *Camping Plein Air* aumentaron su circulación y se diversificaron en la publicación de guías, historias y manuales. Algunos fabricantes de equipos llegan a convocar a arquitectos (como Roger Tourte, por ejemplo) para que desarrollen nuevos modelos de carpas. Este impulso es igualmente seguido por compañías más grandes. La fábrica de armas de Saint-Étienne ve en el equipo de camping una reconversión exitosa del material militar. Grandes almacenes como el *Bazar de l'Hôtel de Ville* (BHV) y las Galerías Lafayette desarrollan un departamento especializado en material de camping en tiempos del Frente Popular. Jacques de Rorthay, entonces empleado en el BHV, se inspiró en esta experiencia para crear su primera tienda *Au vieux campeur* en 1940. Así, el campamento es, en sus bases, un movimiento urbano e industrial. En su momento, sirvió plenamente al discurso higienista favorecido por el Museo Social (legado de la política social de F. Le Play). Las asociaciones de campismo, dirigidas por el Club Alpino Francés y el Touring Club de Francia, organizaban entonces cada año, a petición del Museo Social, campamentos termales para niños con raquitismo y tuberculosis. Más de 300.000 jóvenes se beneficiaron cada verano de esta terapia de campamento en los años 1930.

Estos diferentes ejemplos muestran la gran reversibilidad del fenómeno. Al pasar del campamento al camping, la vida en la tienda de campaña se convierte en una forma de regenerar las poblaciones urbanas de la metrópoli. Son los ambientes alternativos de las colonias los que luego vienen en ayuda de una sociedad occidental quebrantada por las epidemias y la insalubridad, viendo la vida al aire libre como una salvación. Pero la constatación no se detiene allí.

Las palabras son de suma importancia aquí. Cuando en la década de 1960 el estado francés investigó las multitudes de campistas que se concentraban salvajemente en la costa, los administradores usaron los mismos términos, forzando su componente peyorativo. Los campistas fueron descritos como “una masa a educar, gitanos, que viven en un zoco, bajo el guitón o en una caravana” (Sirost, 2009b: 204 - 212). La película *Dupont Lajoie*, emitida en 1975, muestra cómo la vida en el campamento colectivo es una forma de decadencia en la civilización del ocio, revelando a los campistas racistas con impulsos sexuales desbordantes y envilecimientos permanentes. El *smala* ahora son ellos, en toda la dimensión peyorativa del término.

Vuelta a la naturaleza y contextos de industrialización: la ambigüedad de los modos de vida

Otra cuestión se plantea frente al hábitat temporal y precario sugerido por el camping. Se trata de la vuelta a la naturaleza. Siguiendo el ejemplo de las comunida-

des hippies de la década de 1970, el camping se incrementa, en particular entre las clases trabajadoras¹⁰.

Frente a una sociedad que, según algunos observadores, se está individualizando, la vida colectiva que ofrecen los campamentos permite construir lazos sociales de modo diferente. Las encuestas realizadas por el Ministerio de Turismo demuestran que esta búsqueda de vínculos amistosos, familiares o amorosos se ve favorecida por una cierta apertura, que en determinadas circunstancias roza la promiscuidad. La tira cómica de los años 1970 hace del campamento la síntesis de las vacaciones para todos, forzando la imagen de un criadero popular encontrando allí una gran libertad de expresión. La familia *O'boulot, les Bidochons, Gastón Lagaffe*, a través de las burlas de Reiser o San Antonio, encarnan a su vez una "*beaufitud*"¹¹ que se confunde con la vida salvaje de los poblados dormitorio. El cliché no es nuevo, se actualiza a través de la historia del camping y nos permite ver un pensamiento salvaje alejado de la vida salvaje. Así es como Joffre Dumazedier (1974: 78-79) interpreta la masificación de las vacaciones a finales de los años 1970. Para ir más lejos, ¿no hay una movilización singular de este "pensamiento salvaje en acción" en el hábitat específico del camping? Volvamos por unos momentos a los inicios del camping.

Los desiertos, mares y océanos, bosques y macizos montañosos se convierten en espacios tecnológicamente desafiantes en los que los campamentos y las tiendas de campaña concentran los esfuerzos del hombre frente a la naturaleza (Simon, 2004). Está claro que el equipo de camping se origina en estas empresas. La etimología del refugio proviene de la marina y la preocupación vital de los viajeros de encontrar un lugar seco, soleado y a salvo del viento. Esta búsqueda de las matrices naturales donde el explorador viene a acurrucarse, a surcar y a ser presa de la turbulencia de los elementos naturales, encuentra un eco particularmente poderoso en el periodo romántico. Agujeros, cuevas, árboles y arbustos ofrecen nidos espontáneos antes de que se desarrolle el equipo de camping para los turistas. Los libertinos del siglo XVIII también cultivaron estos lugares que artificializaron en sus juegos eróticos (Delon, 2000). Los jardines de las élites sociales combinaban entonces estas zonas de refugio dedicadas a actividades de ocio amoroso, como los laberintos de plantas, las cuevas artificiales, los refugios de jardín (o dependencias), las sillas de

¹⁰ A principios de los años 1970, uno de cada dos campistas era obrero. Esta distribución desaparecerá en la década de 1980 para convertirse en similar a la distribución de las categorías sociales en Francia. En 1976, la Federación Francesa de Camping y Caravanas lanzó un plan de emergencia para tratar de duplicar la capacidad de los sitios clasificados, que se vio desbordada por la demanda social.

¹¹ Expresión acuñada en los años 1970 por los cómicos y la canción satírica para designar a una persona que encarna la cultura popular en la vulgaridad y espontaneidad de sus expresiones. El camping de los años 1970, que implicó sobre todo a la clase trabajadora, expresaba esta sabiduría popular. *Nota del Autor.*

sedán y los carruajes. ¿No anticipa este *modus vivendi* la sociedad del ocio del futuro? Hay en el camping una forma de reconectar con el eslabón perdido, de volver a reproducir el hombre de las cavernas, como ya lo ha señalado Paul Morand (2001).

La historia del camping es particularmente reveladora en este sentido. Uno de los pioneros de las asociaciones de camping y senderismo, Jean Loiseau, introdujo el indianismo en varios movimientos juveniles después de la Gran Guerra. Se inspira en particular en el americano Ernest Thompson Seton y en el inglés John Hargrave, fundadores de la *Woodcraft* (ciencia de los bosques) y del *Kibo Kift* (prueba de gran fuerza)¹² respectivamente. Volviendo de un viaje de exploración de un naturalista por los museos de historia natural en 1902, el ornitólogo E.T. Seton descubre su propiedad destrozada por unos estudiantes indisciplinados de la escuela secundaria cercana. Invita entonces a los alborotadores a quedarse un fin de semana en su casa para reparar los daños. Seton enseña a los alborotadores los preceptos de vida de los indios norteamericanos que conoció en sus viajes e incita a sus invitados a dormir bajo el tipi¹³. La experiencia se repetirá, siendo estos los inicios de lo que muchos historiadores consideran el scoutismo. Hacer de la naturaleza una escuela de la vida salvaje será un precepto de gran aceptación en Occidente. El *Woodcraft* conocerá múltiples adaptaciones en Europa. En Francia, es Jean Loiseau quien intenta adaptar el concepto. Desde el Club de Jóvenes Clarividentes (en 1911) hasta el movimiento de los *Compagnons Voyageurs* (en los años 1930), Jean Loiseau cultiva esta experiencia de vivir en un pequeño grupo en la naturaleza. Sus estudiantes aprenden el significado del sendero, se entregan a las curaciones de naturaleza neo-hipocrática y se entrenan en sus conocimientos técnicos de acampada (Sirost, 2010). Cerca de los *Eclaireurs*, Paul Coze trabaja en el Museo de Historia Natural de París. Está especialmente a cargo del Departamento de Indios Norteamericanos. Además de su actividad científica, funda dos movimientos juveniles: el Círculo Wakanda de Estudios Pielas Rojas (*Cercle Wakanda d'études peau-rouge*) y el Club del Lazo (Club du lasso). Participa en la popularización del mito de la vida salvaje en Occidente entre los jóvenes franceses que practican el *pietrojismo* (*peaurougisme*) en los movimientos scouts (Baubérot 1997). Entre los reclutas de Jean Loiseau se encontraba el cineasta

¹² El movimiento Kibo (o Kibbo) Kift ("prueba de gran fuerza", en el arcaico dialecto de Cheshire) fue una agrupación juvenil dedicada a la organización de campamentos y la práctica del senderismo en los años 1920. Sus convicciones afirmaban las posibilidades de fortalecer el carácter y el cuerpo a partir de las prácticas de acampadas comunitarias que evocaran modos de vida premodernos. *Nota del Traductor*.

¹³ Tienda cónica hecha de pieles de animales silvestres característica de los aborígenes norteamericanos. *Nota del Traductor*.

François Truffaut, cuya experiencia vivida habría inspirado su película: *L'Enfant sauvage* (*El niño salvaje*).

En esta búsqueda del “primitivismo” o edad de oro, algunos campistas del Touring Club se entregan a otra pasión: la exploración de cuevas y abismos. Un grupo de espeleología surge de los campistas de la gran asociación de turismo y comienza el descubrimiento e inventario de los lugares destacados de una cierta historia de la humanidad. Lascaux es uno de los descubrimientos del grupo que viaja desde entonces a la prehistoria. La revista *Grottes et Gouffres* (*Cuevas y Abismos*) es publicada por la editorial Jean Susse¹⁴, que federa el espíritu del camping en Francia. Las novelas sobre la prehistoria escritas por Rosny (autor, en particular, de *La Guerre du feu*) también se citan a menudo en las revistas de camping a partir de los años 1940. Forman parte de la propaganda del retorno a la tierra prefigurada por escritores rurales como Giono y ampliada por la política de Vichy. Por otra parte, la pedagogía de la ingeniosidad implementada por el *froissartage*¹⁵ incluye, a veces, el uso de pedernales para colocar el fuego y las técnicas de supervivencia en la naturaleza.

Entre los elementos de confrontación con la vida silvestre, el campamento de principios del siglo XX es portador de la inmersión en la naturaleza y de una sensibilidad ecológica. Las primeras asociaciones de campistas, excursionistas y ciclistas en Inglaterra lanzan un movimiento ecológico cuyas ramificaciones se extienden a las camisetas verdes (*Green Shirts*) y al socialismo utópico¹⁶. La fuga de las ciudades por razones de salud y por cualquier forma de transporte concebible permitió el regreso a la medicina hipocrática y la exposición del cuerpo desnudo a los elementos naturales. Algunos, como Jean Loiseau y Georges Hébert, lo conciben como una forma de despertar de lo primitivo que yace latente en las profundidades de todo hombre civilizado. Para otros, el campista gradualmente toma conciencia de la preocupación por proteger la naturaleza. Como dice Jean Hureau bellamente en su manual de *Plein air et camping* de 1942, “...el aire pleno comienza con un reflejo pequeño que cuida sus plantas cada mañana abriendo sus ventanas”. Dejar el sitio limpio después del acampe o cuando se dismantela el camping se convierte en un leitmotiv de la educación de los campistas no asociados en la década de 1950. Este respeto

¹⁴ El Jean Susse fue uno de los pioneros del camping en Francia. Se hizo cargo de la dirección del Camping club de Francia en los años 1930 comprando la revista Camping. Creó la editorial Camping, publicando manuales, guías de lugares, historias de aventuras y otras ocho revistas.

¹⁵ Técnica de construcción e instalación por ensamblado de troncos y ramas desarrollada por Michel Froissart (Scouts de Francia) en los años 1930.

¹⁶ En el período de entreguerras, los movimientos hacia el exterior se adhirieron en parte a una visión antimilitarista de compartir los recursos y respetar el medio ambiente. La influencia protestante explica en parte la aparición de esa sensibilidad, que ve en las teorías económicas del comandante Douglas una alternativa al capitalismo en ascenso. Podemos leer en particular a Harvey Taylor (1997).

por el medio ambiente natural se une a la preocupación por preservar una época dorada del camping que se teme que desaparezca para siempre. A partir de entonces, la vida en tiendas o caravanas fue acompañada en los primeros parques residenciales de ocio (que se crearon en el Var a finales de la década de 1960) por la jardinería y el trabajo para hacer el sitio más atractivo (Imagen 5). Los parterres de flores y los setos mantenidos por los campistas anunciaban el exotismo de los campings de alta gama de la década de 1980.

La otra dimensión sobre la que trabajarán los promotores del camping es la psicológica. En el contexto de la aplicación de las nuevas pedagogías, la vida en la tienda de campaña, la experiencia de la hoguera o el sendero permiten despertar la bestia contenida en uno mismo. Acampar simplemente ofrece al hombre de la ciudad la oportunidad de reconectarse con el pensamiento práctico, con los antiguos patrones primitivos enterrados bajo una disciplinarización de los cuerpos. El totemismo de los scouts y campistas no es ajeno a este discurso. Además de ponerse en la piel de un “primitivo” jugando a ser indio, neandertal o explorador, el camping también es percibido por los políticos como un medio de supervisión de la juventud. En 1962, Maurice Herzog hizo de las actividades al aire libre un medio para insertar las camisas negras en las ciudades dormitorio. Se trata de un aprendizaje de la ciudadanía a través de la experiencia de la vida espartana (Barreyre, 1992). Por último, al igual que muchas revistas sobre aire libre, la prensa del camping siguió siendo



Imagen 5. El chalet y el refugio de jardín como símbolos del resurgimiento de la hostelería al aire libre, Villers-sur-Mer (Calvados), 2006. Fuente: O. Sirost

un poderoso distribuidor de anuncios de encuentros matrimoniales a finales de los años treinta. La promiscuidad de la vida en una tienda de campaña, el esfuerzo físico y la desnudez de los cuerpos hacen del camping un espacio amoroso inédito.

Estas múltiples realidades, que se clasifican genéricamente como un retorno a la naturaleza, son posibles gracias al camping. Hoy en día, la vida en las tiendas de campaña se refiere a realidades muy diferentes que pasan a través de una verdadera variedad de hábitats temporales. El éxito comercial de las carpas que pueden desplegarse en 3 segundos, las casas rodantes, los chalets de madera o los hábitats tradicionales (yurtas o tipis) garantizan desde hermosas jornadas a una forma temporal de vivir en la naturaleza. Sin embargo, la reversibilidad del estatus de estos modos de vida es omnipresente: Tiendas de campaña de la Cruz Roja para los sin techo, desalojos de los campistas de la RMI (personas que reciben el Ingreso Mínimo de Inserción) instalados durante todo el año, destrucción de emplazamientos tuguizados (Imagen No. 6). Por último, la ubicación de los campings en zonas de barbecho agrícola hace que los hoteles al aire libre sean vulnerables a las inundaciones y a las perturbaciones climáticas. Es en esta tensión permanente donde se construye la naturaleza temporal y precaria de un hábitat alternativo emblemático de las vacaciones. Como A. de Van Gennep (1937) solía decir en su momento, el camping es un fenómeno agradable porque no dura. Es cuando persiste que se convierte nuevamente en un campamento.



Imagen 6. Caravana en la orilla del mar antes del procedimiento de desalojo, Villers-sur-Mer (Calvados), 2006. Fuente: O. Sirost

Referencias

- Barreyre, J.-Y (1992), *Les Loubards. Une approche anthropologique*. París: L'Harmattan.
- Baubérot A (1997), *L'Invention d'un scoutisme chrétien. Les Éclaireurs unionistes de 1911 à 1921*. París: Les Bergers et les Mages.
- Baubérot, A. y Bourillon, F (2009), *Urbaphobie. La détestation de la ville aux XIX^e et XX^e siècles*. Pompérac: Éditions Bière
- Brawer, Ninolas A (2001), *British Campaign Furniture: Elegance under Canvas 1740-1914*. New York: Harry N. Abrams.
- Bertho-Lavenir, C (1999), *La Roue et le stylo. Comment nous sommes devenus touristes*. París: Odile Jacob.
- Denis, D. y Pociello, C (2000), *À l'École de l'aventure. Pratiques sportives de plein air et idéologie de la conquête du monde 1890-1940*. Voiron: PUS.
- Delon, M (2000), *Le Savoir-vivre libertin*. París: Hachette-Littératures.
- Dickens, C (1837-1839) *Oliver Twist, Bentley's Miscellany*, Febrero 1837-abril 1839.
- Dumazedier, J (1974), *Sociologie empirique du loisir. Critique et contre-critique de la civilisation du loisir*. París: Seuil.
- Durkheim, E (1975), *Textes*. París: Minuit.
- Mauss, M (1968), *Œuvres*. París: Minuit.
- Michel, F. & Cia (1872), *Mémoire concernant le nécessaire de campement*. París: Impr. Fournier fils.
- Morand, P (2001), *Chroniques 1931-1954*. París: Grasset.
- Pareto, V (1968), *Traité de sociologie*. Genève: Droz.
- Peltre, C (1995), *L'Atelier du voyage*. París: Gallimard.
- Raveneau, G. y Sirost, O (2011), *Anthropologie des abris de loisirs*. París: Presses Universitaires de Paris Ouest.
- Robichon, F (1998), *L'Armée française vue par les peintres 1870-1914*. París: Herscher/Ministère de la Défense.
- Simon, M (2004) *Voyageurs. Petite histoire du nécessaire et du superflu*. París: Hachette.
- Sirost, O (1999) *Les Mondes du camping*. Marseille: Université de la Méditerranée (Tesis de doctorado).
- (2001), "Habiter la nature ? Le camping", *Revue Ethnologie Française*, 4.
- (2002), "Habiter en camping ou l'art de se nicher dans le paysage", *Communications*, 73 : 49-64.
- (2009), "Du Champêtre au plein air : les débuts du camping en France." En Baubérot, A. y Bourillon, F. *Urbaphobie*, pp. 211 - 225. *La détestation de la ville aux XIX^e et XX^e siècles*. Pompérac: Éditions Bière.

— (2009), “Entre migrations saisonnières et invasions barbares”, *Cahiers Européens de l’Imaginaire*: 204-212.

— (2009), *La Vie au grand air. Aventures du corps et évasions vers la nature*. Nancy : Presses Universitaires de Nancy.

— (2010), “Les pédagogies de la bonne humeur”, *Revue Corps*, 8: 41-47.

Thornton, L (1990), *Les Africanistes peintres voyageurs 1860-1960*. Paris: ACR Édition.

Veblen, T (1970), *Théorie de la classe de loisir*. Paris: Gallimard

— 1998 *Du Maroc aux Indes. Voyages en Orient*. Paris: ACR Édition.

Taylor, H (1997), *A Claim on the countryside. A history of the british outdoor movement*. Edinburgh: Keele University Press.

Van Gennep, A (1937), *Le Folklore français*. Paris: Laffont.

Willemin, V. (2004), *Maisons mobiles*. Paris: Alternatives.

Filmographie

Boisset, Y (1975), *Dupont Lajoie*. Paris: Sofracima production.

Truffaut, F (1970), *L’Enfant sauvage*. Paris: Les Films du Carrosse.

PARTE 3

Compartires

Juliana MARCUS *et al.*

María de la Paz TOSCANI

Ignacia OSSUL-VERMEHREN

Marjorie GERBIER-AUBLANC *et. al*



El espacio doméstico en la pandemia Habitar en los primeros tiempos de aislamiento obligatorio por COVID-19 en el Gran Buenos Aires, 2020¹

**Juliana Marcús, Martín Boy, Joaquín Benítez, Martina Berardo,
Magdalena Felice, Agustina Márquez, María Agustina Peralta y Diego Vazquez²**

Introducción

La llegada del nuevo coronavirus COVID-19 a la Argentina y las medidas implementadas por el gobierno nacional y los gobiernos locales para controlar su propagación y evitar los contagios impactaron en la reconfiguración del espacio y del habitar. En el contexto del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), dispuesto por el gobierno nacional el 20 de marzo de 2020 debido a la pandemia del COVID-19, se transformaron las formas de experimentar y significar el espacio doméstico y la ciudad en la que vivimos, así como el modo en que interactuamos con otros/as. En poco tiempo, se readaptaron los espacios públicos y privados al cambiar los usos y valoraciones de estos espacios.

El presente capítulo analiza cómo se modificaron los modos de habitar el espacio privado de la vivienda en el Gran Buenos Aires (GBA)³ en relación con la restricción a los usos del espacio público durante el inicio de la Fase 1 del ASPO (marzo-abril de 2020). Si bien las medidas tomadas por la administración nacional

¹ Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación UBACyT (2018-2020) “*Vida urbana y producción sociocultural del espacio. Usos y apropiaciones diferenciales de la ciudad en un contexto de mercantilización urbana. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2019*”, dirigido por Juliana Marcús y co-dirigido por Martín Boy en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (IIGG-FSOC-UBA). Los/as integrantes del Proyecto de Investigación forman parte del Grupo de Estudios Culturales y Urbanos (GECU) www.gecu.com.ar. Correo electrónico de contacto: julimarcus@gmail.com

² Investigadoras/es y becarias/os del IIGG-FSOC-UBA y del CONICET.

³ El Gran Buenos Aires comprende a la Ciudad de Buenos Aires y a los 24 municipios del conurbano bonaerense (INDEC 2003; Rofman, 2014). Cubre una superficie total de 2590 km² y concentra, según proyecciones oficiales, más de 14 millones de habitantes en 2020 (INDEC, 2015), lo que equivale a casi el 32% de la población total de la Argentina.

y las administraciones locales parecieran ser homogéneas para toda la población, lo cierto es que los diferentes grupos socioeconómicos en distintos territorios lo experimentaron de una manera diversa. Por este motivo, cabe aclarar que este estudio parte de una muestra que relevó las características que asumió el ASPO en las clases medias y medias altas que residían en el Gran Buenos Aires en los inicios del confinamiento estricto y que las desigualdades económicas, sociales, territoriales y de género preexistentes al confinamiento, no solo se reforzaron sino que incidieron en cómo la experiencia del aislamiento fuera totalmente distinta. Por ejemplo, medidas de higienización promovidas por las campañas sanitarias públicas desde las primeras semanas del ASPO como la recomendación de lavar frecuentemente las manos o limpiar regularmente las superficies más utilizadas de la vivienda convivieron con cortes del suministro de agua corriente, elemento vital para prevenir el contagio del COVID-19, en barrios habitados por sectores populares en la Ciudad de Buenos Aires (también conocidos como villas miseria).

En las primeras semanas de confinamiento, la medida del ASPO impactó en el vaciamiento de las calles, entendidas como lugares de encuentro, sociabilidad y aglomeración (Delgado, 2011). El espacio público se limitó a ser un mero espacio de tránsito y circulación en el que no se podía ni se debía permanecer, solo apto para movilizarse rápidamente con el fin de hacer compras indispensables, asistir a personas en situación de riesgo o ir a trabajar en casos reglamentados como “esenciales”. De este modo, la calle, en tanto lugar practicado y vivencial (De Certeau, 2000), quedó reducida a su función básica de pasaje para llegar a otro lado. La vida social en tanto experiencia urbana tendió a detenerse y quedar en suspenso⁴. Cabe destacar que el vaciamiento al que nos referimos surge de la observación de aquellas calles que configuran las zonas del centro y norte de la Ciudad de Buenos Aires y del conurbano bonaerense. En barrios populares, villas y asentamientos resulta casi imposible que medidas como el ASPO impacten en el vaciamiento de las calles porque en estos lugares el espacio público se experimenta habitualmente como extensión del espacio doméstico y como parte de la construcción personal, familiar y comunitaria (Girola, 2007). Así, el ASPO también impactó de diverso modo en la reconfiguración del paisaje urbano y en los usos de los espacios públicos según las zonas geográficas y los barrios de la ciudad.

En la tradición lefebvriana, el espacio urbano está íntimamente relacionado con la vida cotidiana y la reproducción social (Lindón, 2004; Sheringham, 2006). Las

⁴ En Marcús *et al.* (2020) hemos profundizado sobre los cambios en los usos y valoraciones del espacio público durante las primeras semanas de la Fase 1 del ASPO en la Región Metropolitana de Buenos Aires.

calles, los parques, las plazas y otros espacios son lugares centrales desde donde las prácticas urbanas -caminar, cruzarse, chocarse, reunirse, manifestarse- constituyen una sociabilidad específica y efímera que forma parte de la cotidianidad. Es el espacio público urbano el que reúne y engloba personas y actividades disímiles en una totalidad (Goonewardena, 2008).



Imagen 1. El centro de la Ciudad de Buenos Aires en los primeros tiempos del ASPO, Ciudad de Buenos Aires, 2020. Fotografía de Ricardo Watson⁵.

⁵ Recuperado de: <https://www.buenosaires.gob.ar/museos/museo-de-la-ciudad/la-ciudad-continente> (Consultado el 20/11/2020).

En contrapartida, la vivienda fue adquiriendo un nuevo protagonismo en el inicio del ASPO al convertirse en el principal escenario de reproducción de la vida cotidiana. En este contexto de confinamiento, actividades que usualmente realizábamos fuera de nuestro hogar como el empleo, los encuentros con amigas/os y familiares, la práctica de deportes o la asistencia a clases, comenzaron a realizarse en el espacio limitado de la vivienda. En este sentido, se advierte que la vivienda se ha vuelto un “lugar multifuncional” donde se han establecido nuevos usos para ciertos espacios, se han aprovechado rincones que estaban abandonados y se han descubierto lugares para realizar ciertas actividades (Giglia, 2020).

En cuanto al espacio doméstico, las características de la composición de los hogares también es una variable fundamental a la hora de problematizar la heterogeneidad de los usos del espacio privado en diferentes grupos sociales. Por ejemplo, en los sectores populares prima el hacinamiento y las condiciones laborales que no habilitan el teletrabajo y la falta de acceso a la conectividad, imprescindible para el trabajo y la educación a distancia. Otra variable nodal en el análisis de las características que asume el confinamiento en las personas o grupos es el género. En este trabajo se dará cuenta cómo la posición que se ocupa de varón o de mujer implica una experiencia desigual ante una política como el ASPO.

Los resultados aquí presentados forman parte de una investigación en curso y a largo plazo que combina metodologías cuantitativas y cualitativas. Por una parte, realizamos una encuesta *online* autoadministrada durante las primeras semanas de la Fase 1 de ASPO (del 8 al 21 de abril de 2020), en la que la circulación se encontraba altamente restringida, a personas mayores de 18 años que residían en el GBA. La muestra no probabilística reunió 2742 encuestados/as con estudios secundarios completos o más. Los datos recogidos a partir de la encuesta que diseñamos no son representativos de la población del GBA, sino que focalizan en la experiencia doméstica de sectores que cuentan con niveles educativos medios y medios-altos. Los resultados obtenidos a partir de este instrumento cuantitativo resultan útiles para reconocer tendencias generales de estos sectores de la población en cuanto a los usos, valoraciones y emociones que las personas encuestadas comenzaron a experimentar abruptamente en torno a la ciudad y sus hogares.

Por otra parte, nos propusimos complementar los resultados de la encuesta con entrevistas semiestructuradas realizadas telefónicamente o por videollamadas (dado el contexto de aislamiento), con el objetivo de captar e indagar con mayor profundidad la heterogeneidad de las formas de sentir y habitar los espacios públicos y privados durante el ASPO. Se realizaron 12 entrevistas a varones y mujeres que atravesaban el aislamiento en el Gran Buenos Aires bajo diferentes modalidades de

hogar (solos/as o en grupo familiar) y que pertenecían a diferentes grupos etarios (de 18 a 24 años, de 25 a 44 años, de 45 a 59 años, y mayores de 60 años)⁶.

A lo largo de este capítulo indagamos cómo inciden el género, la composición del hogar y las condiciones habitacionales y urbanas en los usos, valoraciones y emociones en torno al espacio doméstico en el Gran Buenos Aires. En diálogo con un conjunto de estudios que han contribuido a comprender el impacto social de la medida del ASPO en la vida cotidiana (Basile, 2020; Bonavitta y Bard Wigdor, 2020; Kessler *et al.*, 2020), nuestra investigación indaga sobre las experiencias del habitar desde un enfoque sociocultural, atento al lugar que ocupa el espacio como condición de posibilidad y condicionante de las prácticas sociales, así como al papel que esas prácticas tienen en la construcción del espacio.

En el primer apartado, presentamos la perspectiva sociocultural del espacio y del habitar desde el cual nos aproximamos a los modos de experimentar la vivienda. En el segundo apartado, analizamos cómo cada una de las variables consideradas tuvo un impacto diferencial en los modos de habitar la vivienda, en la percepción del lugar donde se vive y en los vínculos sociales entre convivientes en un contexto de confinamiento. En el tercer apartado, exploramos los espacios exteriores de la vivienda que han sido redescubiertos durante el ASPO, a los cuales proponemos denominar “espacios intersticiales”. Finalmente, en las conclusiones, reflexionamos sobre los modos de experimentar el espacio privado en relación con los cambios ocurridos en el espacio público.

La dimensión cultural del habitar

Concebimos el espacio como un producto social resultado de las prácticas, las relaciones y las experiencias sociales de los agentes, y no un mero soporte o continente de estas actividades (Lefebvre, 2013). Al tiempo que constituye un marco para la experiencia que orienta las prácticas sociales, también puede ser transformado por estas. Podría decirse, entonces, que el espacio urbano es ante todo un “lugar-movimiento” (Delgado, 2002), en el sentido de que es un lugar estructurado y planificado que puede ser analizado teniendo en cuenta no sólo su forma sino

⁶ Además de la encuesta y las entrevistas analizadas en este trabajo, hemos realizado una segunda encuesta que fue respondida por 1800 personas, entre las semanas trece y quince del confinamiento (del 19 de junio al 3 de julio de 2020), con el propósito de analizar nuevas dimensiones y profundizar en los aspectos indagados en la primera encuesta para luego analizar los datos recogidos en clave comparativa en una segunda etapa de investigación. En cuanto a las entrevistas, optamos por trabajar con formato de panel de control, es decir que decidimos entrevistar a las mismas personas en diferentes momentos del ASPO. Este capítulo incluye el análisis de la primera etapa de entrevistas. Las próximas instancias de entrevistas se realizarán a medida que los gobiernos nacionales y locales anuncien medidas que impliquen mayor apertura o cierre de actividades.

también el modo en que los usos, las prácticas, las percepciones y las maneras de habitarlo inciden en su producción y modificación.

Desde los estudios socioculturales del espacio, consideramos la dimensión cultural que está presente en los intercambios simbólicos referidos a los diversos modos de producir y habitar la ciudad. De acuerdo con Mario Margulis (2009), comprendemos a la cultura en el plano de las significaciones y en las tramas de sentido construidas social e históricamente que organizan nuestra comunicación, interacción e identificación con el mundo que nos circunda. En este sentido, la ciudad “puede ser considerada expresión de la cultura y texto descifrable” (Margulis, 2009, 87); podemos *leer* la ciudad como si fuera un texto e interpretar las huellas de su construcción histórica y social en las calles, las plazas, los edificios y en las relaciones sociales entabladas en el territorio. Estas huellas son el resultado de disputas materiales y simbólicas por la producción del espacio urbano y sus múltiples formas de percibirlo y experimentarlo.

En esta misma línea, y de acuerdo con Angela Giglia (2012), consideramos al habitar como sinónimo de relación con el mundo, es decir, con el entorno que nos rodea, un entorno que continuamente interpretamos, modificamos, moldeamos y resignificamos a través de la cultura. De esta forma, habitar supone una actividad cultural que se reproduce y recrea permanentemente. Así, el habitar se vincula con la manera en que la cultura se manifiesta en el espacio, es decir, con la capacidad que tiene el sujeto de reconocer y significar el espacio y de relacionarse con sus semejantes. Se trata de un proceso que nunca puede considerarse como “acabado”, ya que continuamente se está (re)haciendo. Habitar tiene que ver tanto con el reconocimiento como con el establecimiento de un orden socio-espacial, temporal y cultural que resulte inteligible para el sujeto. Según Giglia, “la noción de *habitus* nos ayuda a entender que el espacio lo ordenamos, pero también que el espacio nos ordena” (2012, 16). En este sentido, advierte que el *habitus* no está hecho sólo de repetición, sino que es también una disposición creativa de producción de nuevas formas de habitar.

Asimismo, propone el habitar como *proceso de domesticación*, esto es, el uso reiterado con cierto espacio que lo transforma en algo familiar, en un lugar domesticado provisto de sentido y convertido en un ambiente útil. La domesticidad supone la repetición de ciertas prácticas en el espacio y la acumulación de rutinas. Por un lado, los sujetos domesticamos el espacio lo cual implica una dosis menor o mayor de modificaciones del espacio mismo; por otro lado, este puede condicionar-nos en nuestro proceso de domesticación, es decir, en el habitar. De este modo, y de acuerdo con Giglia, concebimos el espacio de la vivienda como “espacio doméstico”

porque allí se efectúan las funciones más importantes de la reproducción y porque es el espacio que más se asocia a las rutinas de lo cotidiano. Según la autora, el espacio doméstico es el lugar donde “el habitar se desarrolla y se rehace permanentemente, renovándose cada día y en cada momento” (Giglia, 2012, 30).

Siguiendo a María Rodó de Zárate (2018), consideramos que este espacio doméstico no puede concebirse de manera aislada, puesto que hay un mutuo condicionamiento entre los modos de usar y significar los ámbitos público y privado. Tanto el habitar el espacio público como el habitar el espacio doméstico se han visto trastocados a partir del aislamiento debido a la pandemia y a las políticas públicas *implementadas* y necesitan ser analizados de manera articulada para entender no sólo los cambios en los usos y valoraciones de esos espacios sino también las formas de sociabilidad que permanecen, los sentidos construidos que se refuerzan y las condiciones sociales, urbanas y habitacionales desiguales que se profundizan.

Experiencias domésticas: usos y valoraciones de la vivienda

Durante las primeras semanas del ASPO, el espacio doméstico se consolidó como un refugio del peligro que representa el exterior. En este sentido, la vivienda se presenta como el espacio donde la mayoría de los/as encuestados/as (82,2%) se siente seguro/a, al resguardo de la cercanía física con otras personas. Este fenómeno también se pone de manifiesto en las entrevistas. Roxana⁷, de 62 años, comenta su miedo a salir a la calle, sobre todo a lugares donde suelen aglomerarse personas como filas de bancos y supermercados; “Yo no me quiero meter en eso, realmente me asusta muchísimo el tema de la salud de mis hijos y la mía. Me tiene preocupada eso (...) el encierro no me importa” (Roxana, entrevistada en abril de 2020).

Así, a pesar de las desventajas que pueda implicar el encierro en el espacio doméstico, ya que no siempre las viviendas que habitamos resultan adecuadas para pasar varias semanas junto a otros/as convivientes de la casa con diferentes necesidades, el adentro es percibido como seguro y, por contraste, el afuera es imaginado como riesgoso y peligroso. Esa sensación de seguridad en el espacio doméstico se ve abonada por un conjunto de hábitos rituales de cuidado que las personas profundizaron o adquirieron durante la pandemia, y que implementan antes de entrar a sus viviendas. Al describir la rutina que aplica al regresar a su casa desde el exterior, Roxana alude al pasillo de ingreso a su departamento como si funcionara como una barrera sanitaria con el afuera:

⁷ Los nombres de las/os entrevistadas/as fueron modificados para preservar su identidad.

“Ahí tengo mi entrada y ahí tengo los trapos, el bidón con lavandina y todos los productos y el par de zapatillas que uso para bajar. Bueno, y obvio, sí, ahora un poco más de cuidado. Un poco no: todo el cuidado en las cosas que uno compra ¿no? O sea que antes no se hacía, pero ahora pasás todo con un trapo con alcohol o lavandina, depende de lo que sea, desde el paquete de galletitas hasta... Ese cuidado sí, ahora lo estoy haciendo”.

Siguiendo a Gonzalo Basile (2020, 10), durante la pandemia por COVID-19, “los estilos de vida se volvieron hiper-higienizados” produciendo importantes cambios en las prácticas de cuidado personal y familiar a partir de la incorporación de medidas de prevención como el lavado frecuente de manos, el uso de alcohol en gel, la desinfección de los productos y alimentos que compramos en los comercios del barrio, la limpieza regular de las superficies más utilizadas de la vivienda y la ventilación diaria de los espacios de la casa. Además, los resultados de nuestra encuesta (Gráfico 1) nos muestran que muchas de estas prácticas serían incorporadas a la vida cotidiana una vez finalizado el ASPO. De este modo, el 83,2% de los/as encuestados/as señaló que incorporaría el lavado asiduo de manos, el 79,5% la práctica de estornudar o toser en el pliegue del codo, y el 52,5% el uso regular de alcohol en gel⁸.

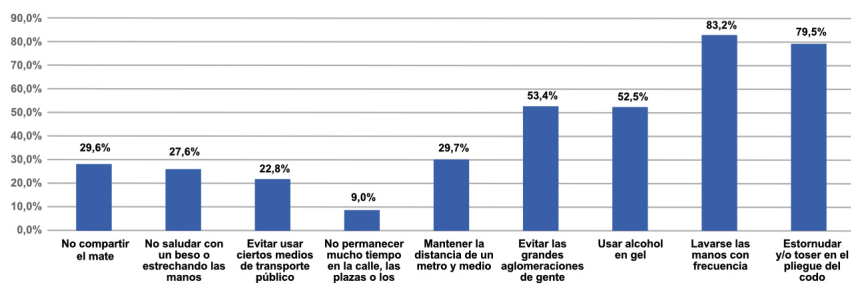


Gráfico 1. Medidas de prevención recomendadas en el contexto de pandemia que se incorporarían a la vida cotidiana una vez finalizado el ASPO. Total de los/as respondientes. Fuente: Encuesta sobre “Vida cotidiana durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio”, Grupo de Estudios Culturales y Urbanos (GECU), 2020.

⁸ Si bien las personas encuestadas se mostraron dispuestas a cambiar prácticas individuales para evitar contraer el coronavirus, manifestaron la tendencia contraria frente a la posibilidad de modificar prácticas culturales que implicarían riesgo de contagio. Así, el 72,4% señaló que no dejaría de saludar con un beso o con la mano a otra persona, el 70,4% sostuvo que no dejaría de compartir el mate y el 91 % se mostró reacio a abandonar el espacio público. Estos datos demuestran que medidas que implican cambios abruptos no logran quitar del imaginario social las prácticas culturales rioplatenses profundamente arraigadas.

El hecho de que la mayoría de las personas se vean obligadas a pasar casi la totalidad del día dentro de la propia vivienda, junto al resto de las/os convivientes en los casos de los hogares que no son unipersonales, ha producido importantes modificaciones en las prácticas que se realizan en estos espacios y en los usos del tiempo. En el contexto del ASPO, la vivienda adquiere múltiples usos y funciones que intensifican su carácter de espacio doméstico, recreativo y laboral. Según los resultados de nuestro estudio, más de la mitad de las personas encuestadas dedica más tiempo que antes del COVID-19 a trabajar desde su casa, mira más películas, series y/o televisión que antes del confinamiento, realiza actividad física dentro de su vivienda y recrea encuentros con familiares y amigos/as a través de videollamadas. En cuanto a esto último, algunos/as entrevistados/as referenciaron que debieron silenciar o salir de grupos de *whatsapp* por el incremento abrupto de su uso y por la demanda constante del entorno.

En relación con el trabajo remunerado en modalidad remota, nuestro estudio revela que el 68,5% de los/as encuestados/as ocupados/as aseguró dedicarle más tiempo al trabajo remunerado desde la vivienda que antes del comienzo del ASPO. Se trata de una proporción significativa de personas que transitaban habitualmente la ciudad hasta su lugar de trabajo y que, frente a las medidas de aislamiento, debieron adaptar sus espacios domésticos para desarrollar actividades laborales.

De acuerdo con el estudio realizado por las investigadoras Paola Bonavitta y Gabriela Bard Wigdor (2020) de la Universidad Nacional de Córdoba, el trabajo desde los hogares durante el ASPO presenta la dificultad de la demanda laboral permanente y sin horarios fijos que la modalidad remota habilita. Esta dimensión de los usos del espacio doméstico durante el ASPO se pone en juego en el relato de Roxana, una de las entrevistadas, que se dedica a la docencia de nivel secundario en una escuela de la zona sur del Conurbano Bonaerense, y durante el ASPO su trabajo se reconvirtió al formato virtual. Al preguntarle por un día típico, nos señala que no sólo ha aumentado el tiempo destinado al trabajo remunerado desde el hogar, sino que dedica más tiempo a su trabajo en general y lo hace en condiciones diferentes a las de la vida previa al ASPO.

“Hoy el día típico está colapsado porque lo que trabajo en aula ahora es todo por mail, con lo cual estamos todos trabajando diez veces más porque es responder chico por chico, alumno por alumno, curso por curso, cuando vos en el aula por ahí hacés una aclaración, una explicación o la corrección para los cuarenta. Ahora es uno por uno (...) Estamos trabajando sin horarios, estamos trabajando hasta las dos de la mañana, los fines de semana (...) estamos trabajando muchísimo más de lo que se hace en aula, mucho más horario,

muchos más días. Así que tengo el mail con ciento y pico de trabajos para leer y corregir y ver y volver a hacer la devolución, y eso es lo de hace tres días nada más” (Roxana, entrevistada en abril de 2020).

Ahora bien, los cambios en el tiempo dedicado al trabajo remunerado desde la vivienda varían según la condición de hacinamiento⁹ en el hogar. De acuerdo a los datos de nuestro estudio, el 68,9% de los/as residentes de GBA encuestados/as que habitan en hogares sin hacinamiento afirmaron dedicar más tiempo que antes del ASPO al trabajo remunerado desde sus viviendas, mientras que este porcentaje disminuye al 41,4% cuando se trata de personas encuestadas en hogares con hacinamiento (Gráfico 2). Estos datos ponen de manifiesto que, en tiempos de aislamiento preventivo por la pandemia de COVID-19, la condición de hacinamiento de los hogares obstaculiza el desarrollo de actividades remuneradas en las viviendas, y con esto, que las desigualdades habitacionales preexistentes al COVID-19 condicionan la experiencia del confinamiento. Así, quienes tienen la posibilidad de habitar en condiciones más ventajosas pueden adaptar más fácilmente su trabajo remunerado al nuevo modo mientras aquellos que conviven en situaciones de hacinamiento se encuentran más complicados para desarrollarlo al interior de sus viviendas.

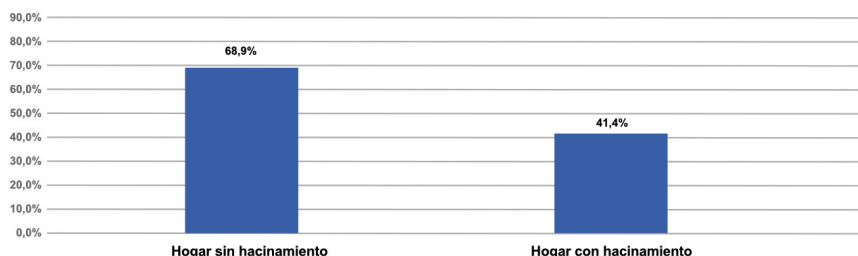


Gráfico 2. Aumento de la cantidad de tiempo destinado al trabajo remunerado desde el interior de la vivienda según hacinamiento del hogar durante la Fase 1 del ASPO. Respondentes ocupados/as. Fuente: Encuesta sobre “Vida cotidiana durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio”, Grupo de Estudios Culturales y Urbanos (GECU), 2020.

⁹ El Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) define hacinamiento como la relación entre la cantidad total de miembros del hogar y la cantidad de habitaciones de uso exclusivo del hogar. Siguiendo esta línea, para este estudio se consideró hogar con hacinamiento a aquel que tiene más de dos personas por habitación. En algún momento del texto debería aclararse esta sigla.

En cuanto al trabajo doméstico, los/as residentes del GBA encuestados/as afirmaron haber realizado tareas como cocinar o limpiar la casa en mayor medida que antes del ASPO: el 62% de los/as encuestados/as dedicó más tiempo que antes a cocinar en casa, y el 64% afirmó estar limpiando la casa más que antes. Este incremento en la realización de trabajos domésticos puede verse influido por la incorporación de hábitos de limpieza y desinfección frecuentes de los espacios de la vivienda para prevenir el contagio de COVID-19, por la mayor necesidad de orden que se origina al aumentar el tiempo de permanencia de todos/as los/as convivientes en el interior de la vivienda, y por la imposibilidad de resolver estas necesidades mediante servicios mercantilizados durante el comienzo del ASPO (como comer en bares y restaurantes, comprar almuerzos cerca del lugar de trabajo o contratar personal del servicio doméstico encargado de estas actividades). Este asunto se pone de manifiesto en las entrevistas, como en el caso de Roberto, un adulto mayor que vive solo, quien en su vida previa a la pandemia contaba con una empleada que realizaba la limpieza general de su hogar una vez por semana. Con la implementación del ASPO dicha relación laboral se vio interrumpida, por lo que Roberto debió intensificar su dedicación a aquellas tareas.

“Yo tengo una señora que viene, o venía, una vez por semana, los viernes, a hacer limpieza general y yo después hago mantenimiento durante la semana. Entonces, intensifiqué un poco el mantenimiento. Y ya que la señora no venía obviamente, nada, tuve que dedicarle un poco más” (Roberto, entrevistado en abril de 2020).

En este punto, cabe advertir que la realización de trabajos domésticos durante el ASPO no se repartió de manera proporcional entre los géneros: mientras el 54,4% de los varones encuestados afirmaron cocinar más que antes del ASPO, este porcentaje asciende al 64,7% para el caso de las mujeres. Esta tendencia se presenta a su vez en la realización de tareas de limpieza de la vivienda: el 57,5% de los varones encuestados respondió haber limpiado la casa más que antes, en tanto esa proporción asciende al 66,3% de las mujeres encuestadas (Gráfico 3).

Esta brecha en la dedicación al trabajo doméstico durante el ASPO presenta variaciones según la cantidad de integrantes que componen el hogar de los/as encuestados/as. Mientras que en los hogares unipersonales el incremento del tiempo dedicado al trabajo doméstico es similar para ambos géneros (el 65,5% de los varones cocinan y limpian más que antes, el 69% de las mujeres cocinan más y el 65,2% limpia más que antes del ASPO), en la medida en que aumenta la cantidad de integrantes del hogar las brechas se van profundizando. Cuando los hogares cuentan

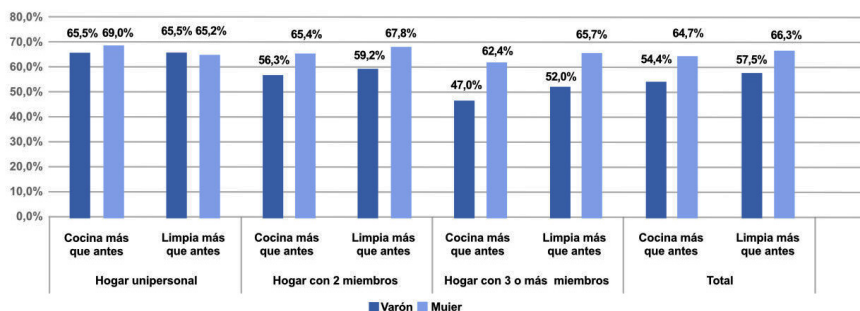


Gráfico 3. Aumento del tiempo dedicado a la realización de trabajos domésticos según género y tamaño del hogar durante la Fase 1 del ASPO. Total de respondentes. Fuente: Encuesta sobre “Vida cotidiana durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio”, Grupo de Estudios Culturales y Urbanos (GECU), 2020.

con dos integrantes, el 65,4% de las mujeres manifestaron dedicarle más tiempo a cocinar (contra el 56,3% de los varones) y a las tareas de limpieza el 67,8% (contra el 59,2% de los varones). Al considerar los hogares con tres integrantes o más, la brecha de trabajo doméstico durante el ASPO es aún mayor: el 62,4% de las mujeres le dedica más tiempo a cocinar frente al 47% de los varones, y el 65,7% de las mujeres refirió limpiar la casa más que antes contra el 52% de los varones (Gráfico 3).

El comienzo del ASPO también implicó un aumento en el tiempo dedicado al cuidado de otros/as, como niños/as, adultos/as mayores y personas de riesgo ante el contagio de COVID-19: el 28% de los/as residentes de GBA encuestados/as afirmaron haber destinado más tiempo al cuidado de otras personas desde el inicio de las medidas de aislamiento. Este incremento es aún más pronunciado en el caso de hogares en condición de hacinamiento, donde la proporción de encuestados/as que refirieron dedicar más tiempo a las tareas de cuidado asciende al 52,1% (Gráfico 4).

En sintonía con lo señalado respecto al reparto del trabajo doméstico, el incremento de las tareas de cuidado fue asumido en mayor medida por las mujeres, de forma más pronunciada en el caso de hogares con más de un/a adulto/a y al menos un/a niño/a: para este tipo de hogar, el 37,4% de las mujeres encuestadas afirmó dedicarle más tiempo a las tareas de cuidado, contra el 25,5% de los varones.

Estos datos ponen en evidencia que, durante las medidas de aislamiento por la pandemia de COVID-19, el trabajo doméstico y de cuidado ha sido asumido en mayor medida por las mujeres. Estas tendencias expresan la persistencia de mandatos de género respecto a la división sexual del trabajo, y señalan la subsistencia de una normatividad social que asigna a las mujeres la responsabilidad central en las

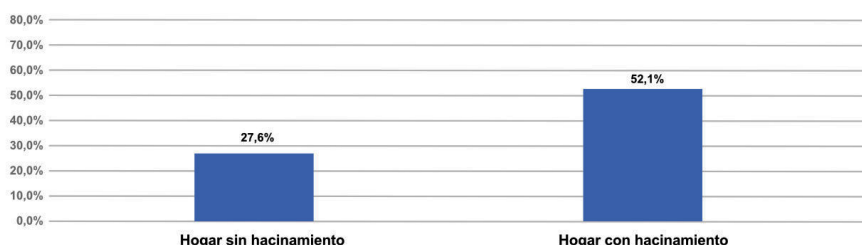


Gráfico 4. Aumento en el tiempo dedicado al cuidado de otras personas según hacinamiento del hogar durante la Fase 1 del ASPO. Total de respondentes. Fuente: Encuesta sobre “Vida cotidiana durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio”, Grupo de Estudios Culturales y Urbanos (GECU), 2020.

tareas domésticas y de cuidado de niños/as, personas mayores y enfermos/as (Esquivel, 2012; Gómez Rojas, 2013; López *et al.*, 2011; Wainerman, 2005). En el contexto particular de la pandemia, estas desigualdades históricas se perciben de manera novedosa, al existir brechas de género en los modos de usar el espacio doméstico, y con ello, de experimentar el confinamiento.

Los testimonios recogidos a partir de las entrevistas realizadas refuerzan los resultados obtenidos en la encuesta y señalan que el reparto inequitativo del trabajo doméstico en los hogares durante el ASPO constituye un conflicto entre las mujeres y sus convivientes. Las entrevistadas mujeres de hogares no unipersonales señalaron que con el comienzo del ASPO la carga de tareas domésticas y de cuidado se incrementó, y que esta recayó casi exclusivamente en ellas. Al plantear su disconformidad con este reparto, pudieron generar nuevas negociaciones con los/as demás integrantes del hogar en cuanto a la realización de tareas domésticas. Sin embargo, estas negociaciones habrían sido insuficientes al no haber alivianado la sobrecarga con la que estas lidiaban. En esta situación parece encontrarse Liliana (49 años), que vive junto a su marido, su hijo de 13 años y su hija de 31, en una casa ubicada en un partido del primer cordón del GBA. Antes del ASPO, Liliana trabajaba muchas horas fuera de su casa. Desde que se implementó el aislamiento obligatorio comenzó a realizar teletrabajo, sumado a las tareas domésticas y de cuidado que se vieron intensificadas.

“[Desde que empezó la cuarentena] mi marido cocina porque le di un ultimátum, le dije ‘mirá, no puede ser. Yo, al final, lo termino haciendo todo’. No me gusta cocinar, yo limpio, me encargo de la ropa... ordeno, hago todo eso y él cocina. Pero obvio, ¿quién le dice lo que va a cocinar?, ¡yo! (...) Y con las tareas de mi hijo que está en segundo año de la secundaria, termino yo atrás de eso (...) [Antes de la cuarentena] había logrado, después de quince años

de lucha, repartir responsabilidades y hacerlas. Pero bueno... ahora parece que como estoy yo, yo tengo que hacer todo” (Liliana, entrevistada en abril de 2020).

Por su parte, Carmen (37 años) vive junto a su marido y sus tres hijas de 20, 9 y 3 años en un departamento en la Ciudad de Buenos Aires. Además de encargarse de cocinar para la familia y limpiar la vivienda, al igual que Liliana asumió la realización de nuevas tareas domésticas y de cuidado durante el ASPO, como hacer las compras y garantizar que sus hijas hagan los deberes escolares al menos una hora por día. No obstante, al comienzo del aislamiento la familia de Carmen generó nuevas reglas de convivencia:

“Mi marido y mi hija mayor empezaron a cocinar. También hay reglas nuevas como respetar el momento en que cada cual mira la televisión o escucha música; que si yo cocino, alguien más lava los platos; que si alguien usa algo, como una taza, hay que levantarla uno mismo y lavarla, no esperar a que alguien más lo haga” (Carmen, entrevistada en abril de 2020).

La experiencia de los/as entrevistados/as evidencia esta readaptación y resignificación de los espacios domésticos en tanto domesticación permanente de la vivienda (Giglia, 2012). Según cuenta Martín (26 años), a partir del ASPO comenzó a reorganizar buena parte de su monoambiente para poder realizar actividad física que anteriormente desarrollaba en el espacio público:

“Tengo unas pesas, que me dejó un amigo en su momento. Entonces hoy me sirvieron [ríe], en este momento me están sirviendo. Antes estaban ahí estorbando el paso. (...) Corro la mesa esta, y tengo el living y tengo lugar. Es chiquito, pero se acomoda bastante bien” (Martín, entrevistado en abril de 2020).

Por su parte, Marta, de 74 años, llevaba una vida muy activa y organizada fuera de su vivienda antes del aislamiento obligatorio: practicaba pilates y tomaba clases de baile varias veces por semana además de las presentaciones de los shows de danza que realizaba junto a sus compañeras en un teatro porteño. Marta circulaba frecuentemente por las calles de la ciudad, puesto que estas actividades las realizaba en barrios alejados de su vivienda. Desde que se implementó el ASPO comenzó a recrear parte de su rutina en el espacio doméstico y a darle nuevos usos a los espacios y a los muebles como, por ejemplo, empezar a utilizar el respaldo de un sillón para realizar ejercicio físico:

“(…) me diagramé un esquema de ejercicio y los hago lunes, miércoles y viernes a la mañana después de desayunar. Y después, bueno, arreglo la casa, lo que sea, arreglo los placares, y después cambio de ropa, ¿viste? No sé para qué porque no voy a poder salir, pero bueno... hice el cambio de ropa y después tejo, porque me gusta tejer y leo (...) Si estoy parada mirando algo, hago como que camino, me agarro de la parte de atrás del sillón individual y hago como que camino en el lugar” (Marta, entrevistada en abril de 2020).

Jorge, de 68 años, también ha adaptado actividades al interior del hogar. Ante la pregunta de si había cambiado la forma en que percibía y usaba los ambientes de la casa en la localidad bonaerense de Wilde en la que había vivido por décadas, Jorge relató:

“Y sí, sí. Porque imaginate que yo ahora la estoy usando de pista de atletismo. (...) Entonces, veo los ambientes de otra manera porque paso corriendo por los ambientes y miro, miro de otra manera. ¡Eso sí me pasa, eh! Es buena esa sensación que tengo. (...) Y sí, es distinto pasar corriendo por las habitaciones, por el pasillo, o por la mesa del comedor, es distinto verla, verla al trote” (Jorge, entrevistado en abril de 2020).

Marta también comenzó a percibir cambios en su departamento de 31m² ubicado en la Ciudad de Buenos Aires desde que comenzó a pasar más tiempo en él debido al aislamiento obligatorio:

“Lo que sí noto que están más lindas las plantas, porque tienen más atención y más luz, porque cuando salía bajaba la cortina, ahora tengo siempre todos los días la cortina enrollada hasta arriba, ¿no? Y siempre ventilándose los ambientes” (Marta, entrevistada en abril de 2020).

Ahora bien, la mayor presencia de personas en el hogar se convierte en un obstáculo para el desarrollo de ocio al interior del espacio doméstico. A esto se suma que no siempre las viviendas que habitamos resultan adecuadas para sobrellevar varias semanas de encierro cumpliendo con una serie de normas de higiene específicas. A estas dificultades aludió Carmen ante la pregunta de si había realizado actividad física en el hogar desde el comienzo del ASPO respondió: “No, veo imposible hacer actividad física en casa porque no hay espacio, somos muchas personas, todas haciendo distintas cosas al mismo tiempo. Lo veo imposible” (Carmen, entrevistada en abril de 2020).

En sintonía con las experiencias y valoraciones transmitidas por los/as en-

revistado/as, los resultados de la encuesta muestran que el tiempo dedicado a la práctica de actividades de ocio y recreación dentro de la vivienda aumentó de un modo diferencial según la situación de hacinamiento del hogar (Gráfico 5). De esta manera, las personas que residen en viviendas donde hay dos o más personas por cuarto incrementaron el tiempo dedicado a estas actividades en mucha menor medida que los de hogares sin hacinamiento. En cuanto a la realización de actividad física dentro de la vivienda, una de las actividades recreativas más readaptadas en esta fase del ASPO, se puede observar la mayor brecha: apenas la mitad de quienes viven en hogares hacinados aumentaron el tiempo dedicado a esta práctica.

Tal como venimos desarrollando, el ASPO implicó la resignificación del espacio doméstico y la modificación de sus usos y valoraciones. Pero también dio lugar a la revalorización de aquellos espacios domésticos que tienen un mayor vínculo con el espacio exterior. El siguiente apartado aborda esta dimensión.

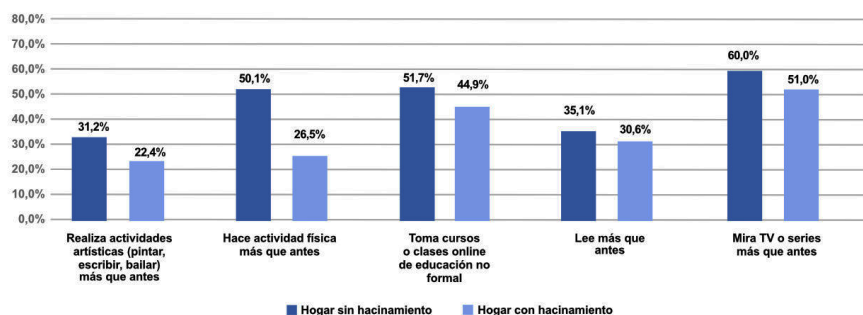


Gráfico 5. Aumento del tiempo dedicado a actividades de ocio según hacinamiento durante la Fase 1 del ASPO. Total de respondentes. Fuente: Encuesta sobre “Vida cotidiana durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio”, Grupo de Estudios Culturales y Urbanos (GECU), 2020.

Descubrir los espacios exteriores de la vivienda

Como consecuencia de las medidas de aislamiento, el acceso al espacio público resulta restringido o, dicho de otro modo, la calle en tanto lugar para la sociabilidad tiende a desaparecer. Así, surgen nuevas estrategias para recrearlo en el espacio doméstico. El confinamiento también hizo posible el “descubrimiento” de espacios olvidados de las viviendas o destinados a la decoración como los balcones, terrazas, ventanas a la calle y patios de las viviendas¹⁰. Estos lugares de la esfera privada cobran

¹⁰ En una de las preguntas abiertas de la encuesta, una de las menciones más frecuentes acerca de nuevos usos de estos espacios exteriores fue el reacondicionamiento, mejora y decoración de estos espacios.

nuevas formas de habitarlos y experimentarlos y se convierten en lo que hemos denominado un espacio intersticial entre el espacio público y el doméstico, un escenario de contacto con el afuera, que permite a las personas manifestarse políticamente y posibilita la relación con los otros y el esparcimiento.

De este modo, en las primeras semanas de ASPO, más de dos tercios de nuestros/as encuestados/as afirmaron haber utilizado estos espacios para manifestarse en torno a cuestiones políticas o sociales a través de diferentes acciones: aplaudir a los/as trabajadores/as de la salud, exhibir pañuelos blancos en conmemoración al 24 de marzo, Día de la Memoria, Verdad y Justicia, golpear cacerolas contra la violencia de género y a favor de la disminución de los salarios de la clase dirigente, entre otras. En estos tiempos, los aspectos festivos y rituales de las manifestaciones entendidas como “coreografías urbanas” (Delgado, 2004) se recrearon en estos espacios intersticiales ante la imposibilidad de apropiarse de las calles para expresar y movilizar colectivamente hacia los centros urbano¹¹.

Las acciones realizadas en los espacios intersticiales constituyen prácticas espaciales que visibilizan y comunican mensajes desde el espacio doméstico hacia la calle. Las barandas y las rejas de los balcones, las terrazas y las ventanas son intervenidas por dibujos, banderas, carteles y pañuelos que “hablan” a los transeúntes de las calles. Así, a través de los usos y apropiaciones de los espacios exteriores de la vivienda, los/as habitantes recrean las paredes y los muros de la ciudad intervenidos por *graffitis*. Siguiendo a Margulis y Urresti (1998), lo característico de este tipo de intervenciones radica en su carácter disruptivo: emergen allí donde menos se las espera. En términos de De Certeau (2000), se trata de “tácticas”: prácticas furtivas que ponen en tensión el uso previsto de los espacios por urbanistas, arquitectos y administraciones de gobierno. En los desvíos, en las mil maneras de hacer, el habitante de la ciudad se reapropia del espacio, desestructurándolo y reestructurándolo permanentemente. En este sentido, proponemos concebir la práctica de intervenir los espacios intersticiales como una táctica *decerteausiana* que imprime nuevos sentidos y nuevos usos a esos espacios relegados.

A su vez, estos espacios intersticiales se transformaron en lugares centrales de la sociabilidad barrial y de las actividades de reproducción y de ocio domésticas. Así, alrededor de tres cuartos de los encuestados aseguraron haber desayunado, almorzado, merendado o cenado al menos una vez en la terraza, patio o balcón de su vivienda; la mitad de ellos lo utilizaron para realizar actividad física; y en torno a un

¹¹ Cabe advertir que durante las fases del ASPO posteriores a las analizadas en este capítulo comenzaron a observarse movilizaciones en el espacio público.

tercio para conversar con otros vecinos también confinados. Otros usos de estos espacios que enumeraron los encuestados fueron tomar sol, cuidar y arreglar las plantas, leer, descansar y tomar aire. Cabe aclarar que cuando el ASPO comenzó, las temperaturas en el GBA superaban los veinte grados centígrados, es decir, en el momento en que fue tomada la encuesta aún se transitaban los resabios del clima estival.

En línea con lo dicho anteriormente, Tamara (43 años) reside en una pensión ubicada en un barrio del centro sur de la Ciudad de Buenos Aires. La amplitud de su vivienda implica una habitación con un baño privado, que cuenta con una ventana que da a la calle. En ese cuarto, durante el ASPO, Tamara trabaja, duerme, come y estudia. La pensión cuenta con una cocina compartida con otras residentes. En su testimonio, Tamara manifestó que la llegada del ASPO implicó para ella la extensión de su vivienda a partir de un uso intensivo de la terraza: “Y los días lindos, que fueron los primeros... [la parte de mi casa que comencé a usar de una forma diferente fue] la terraza. Como te dije antes, me la pasaba en la terraza casi toda la tarde, leyendo, estudiando. Ahora no porque hace frío” (abril de 2020).

En la etapa pre COVID-19, Tamara vivía más tiempo afuera que adentro por su trabajo y por su activismo con la comunidad senegalesa. Y cuando se encontraba en el interior de su habitación, describía sus movimientos de la siguiente forma “O estoy sentada en la compu o estoy en la cama. Y es lo que hago siempre que estoy acá dentro”. Cuando se instaló el ASPO y el uso del espacio público se restringió drásticamente, Tamara incorporó a su vida el uso de la terraza para realizar sus actividades cotidianas (leer y estudiar) y estar en contacto con el sol en un sentido literal, y el espacio exterior en un sentido simbólico.

En otras situaciones relatadas por las personas entrevistadas, el ASPO implicó ponerse en contacto con otros/as vecinos/as que hasta ese momento desconocían. Estela, entrevistada mayor de 60 años y que experimenta el ASPO sin convivientes, relató una experiencia inédita que la sorprendió. La entrevistada reside en una casa que tiene patio delantero y jardín trasero en un partido del Gran Buenos Aires ubicado en el sur. Una tarde de sol, se sentó en una silla en el jardín de su casa. Ahí visualizó que muchos/as vecinos/as ocupaban sus balcones y comenzó a saludarse por primera vez. Estela nunca había sociabilizado con esos/as vecinos/as en los 30 años en que residió en esa vivienda: “Y saqué la silla un rato y me senté ahí, y estaban todos afuera, todos, todos, todos, departamentos, y... y me saludaban, y yo también con las dos manos, viste –‘¡Hola!’ (...) La verdad no nos vimos nunca, no nos saludamos, ni nada, ¿no? Y yo creo que ellos lo hicieron desde querer ver a alguien ¿no? (...) Y yo también, yo estaba con las dos manos ahí, –‘¡Hola!’ . No sabés, fue hermoso” (abril de 2020).

El encuentro con el otro, hasta ese momento desconocido pero próximo en lo geográfico, implicó en un contexto de aislamiento la emergencia de experiencias y emociones inesperadas. Esta situación conllevó a que Estela se cuestionara por qué no había mantenido un vínculo más próximo con su vecindario. La entrevistada señaló que estos/as vecinos/as no tenían vista a la calle como ella, por lo tanto la alegría de ellos/as de poder interactuar con alguien era aún más fuerte. El ASPO implicó para ella comenzar a realizarse preguntas sobre cómo quería vivir su vida, qué estilo de vida quería tener. Estela comenzaba a darse cuenta que antes del COVID-19 vivía, paradójicamente, muy encerrada en sí misma.

Las restricciones a la circulación impuestas por el ASPO propiciaron no sólo un redescubrimiento de ciertos espacios de la propia vivienda, sino también el redescubrimiento de los otros con quienes compartimos los espacios próximos. El alto acatamiento del aislamiento durante las primeras semanas de su implementación implicó la permanencia constante de la mayoría de la población del GBA en sus hogares. Así, las posibilidades de encuentros con los otros próximos al espacio doméstico se han intensificado, propiciando el estrechamiento de lazos con vecinos/as para compartir obligaciones o realizarse favores.

En relación con lo anterior, es ilustrativa la experiencia de Roberto, un adulto mayor que vive solo en un edificio de departamentos en la zona norte del Gran Buenos Aires. Debido a antecedentes relacionados con su salud, Roberto forma parte de los denominados grupos de riesgo, por lo que evita realizar salidas no esenciales de su hogar como medida de prevención. Por esta razón, un vecino lo reemplaza en los trámites que anteriormente realizaba, tales como el pago de los impuestos y servicios del edificio en el que viven, mientras que una pareja de vecinos realiza para él la compra de alimentos y otros bienes necesarios.

En el caso de Roxana, que también vive sola, no ha entablado nuevas relaciones con sus vecinos/as, pero ha intensificado el contacto que tenía previo a la pandemia con su “vecina de balcón”. Desde el espacio exterior de sus respectivas viviendas, “chusmean” y charlan mientras el clima lo permite, y luego continúan “pegadas” ya no por la medianera sino por whatsapp.



Imagen 2. Usos de los balcones durante los primeros tiempos del ASPO, Ciudad de Buenos Aires, 2020. Fotografía: Charo Larisgotia.



Imagen 3. Usos de los balcones durante los primeros tiempos del ASPO, Ciudad de Buenos Aires, 2020. Fotografía: Charo Larisgotia.

Conclusiones

Los resultados de la investigación nos señalan que las medidas de aislamiento por la pandemia de COVID-19 han intensificado el proceso continuo de domesticación del espacio doméstico, dado el incremento de la permanencia de los/as residentes en sus hogares. Al estar obligados/as a pasar muchas horas en la vivienda, diversas prácticas de domesticación impactan en la configuración de un nuevo orden espacial y doméstico, en el cual se (re)descubrieron nuevas posibilidades para el habitar. Nos referimos a aquellas prácticas asociadas a los nuevos y múltiples usos dados a ciertos espacios, al descubrimiento de rincones que estaban abandonados para realizar ciertas actividades o al aprovechamiento de los muebles de la casa para asignarles usos inéditos o distintos para los que fueron diseñados como empezar a utilizar el respaldo de un sillón para realizar ejercicio físico. Estas nuevas posibilidades se vinculan, tal como se trabajó en este capítulo, con la producción de nuevos lazos de sociabilidad con el entorno, con el reacondicionamiento de los elementos que componen lo doméstico para darle lugar a la realización de actividades hasta ese entonces extra domésticas (gimnasia, tareas laborales, tareas educativas, entre otras) y con la aparición de un deseo de contar con espacios exteriores que motorizó, muchas veces, la búsqueda de viviendas que contaran con estas características ante el inminente vencimiento de los contratos de alquiler.

De este modo, la vivienda resulta reacondicionada y adquiere particularidades, ya que se reconfiguran los hábitos, las actividades, las relaciones sociales entre convivientes y vecinos/as y los sentidos construidos en torno a ella. Estos reacondicionamientos, tal como se expresó, también implican renegociaciones en los grupos familiares que usualmente son conflictivas y que están vinculadas al reparto inequitativo de tareas. Asimismo, el confinamiento convirtió a los espacios exteriores de la vivienda, habitualmente sub-utilizados, en lugares a ser habitados, es decir, apropiados, resignificados y domesticados. Y en esta reapropiación se reconvierten, en primer lugar, en espacios deseados que habilitan o reinventan lazos de sociabilidad con los/as vecinos/as; en segundo lugar, en escenarios desde los cuales las personas pueden manifestar sus inconformidades o posicionamientos ideológicos; y, en tercer lugar, en espacios donde se realizan actividades de ocio, recreativas y fundamentales para la reproducción de la vida cotidiana.

Consideramos que la situación excepcional que estamos atravesando producto de la pandemia y la implementación del ASPO hace explícita la interrelación entre el espacio público y el espacio privado, y refuerza la idea de considerarlos como espacios con límites difusos. En efecto, el vaciamiento de las calles como consecuencia del ASPO en su primera fase no significó la anulación de las interacciones sociales

que habitualmente tienen lugar en el espacio público, sino que estas relaciones se vieron recreadas de formas novedosas en el espacio doméstico. Las restricciones al uso y/o circulación por el espacio público inciden en la manera de experimentar, significar y domesticar tanto la calle como el espacio privado. En el contexto del ASPO, se vieron reconfigurados un abanico de hábitos, actividades y sentidos construidos en torno al espacio privado y su afuera como espacio público de encuentro con el otro.

Referencias

- Basile, G (2020), *La tríada de cuarentenas, neobigienismo y securitización en el SARS-CoV-2: matriz genética de la doctrina del panamericanismo sanitario*. Buenos Aires: FLACSO / IDEP Salud.
- Bonavitta, P y Bard Wigdor, G (2020), “Cuidados, usos del tiempo y trabajos en cuarentena”. Universidad Nacional de Córdoba, Recuperado de <https://unciencia.unc.edu.ar/sociedad/mujeres-en-cuarentena-cuidadoras-de-tiempo-completo-y-sobrecarga-de-trabajo/>. Consultado el 20 de octubre de 2020
- De Certeau, M (2000), *La invención de lo cotidiano. 1. Artes del hacer*. México D.F: Instituto tecnológico y de estudios superiores de Occidente.
- Delgado, M (2002), *Disoluciones urbanas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Delgado, M (2004), “Del movimiento a la movilización. Espacio, ritual y conflicto en contextos urbanos”, *Maguaré* (18):125-160.
- Delgado, M (2011), *El espacio público como ideología*. Madrid: Catarata.
- Esquivel, V (2012), “El cuidado infantil en las familias. Un análisis en base a la encuesta de usos del Tiempo de la Ciudad de Buenos Aires”. En Esquivel, V; Faur, E y Jelin, E (Eds.) *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el estado y el mercado*, pp. 73-106. Buenos Aires: IDES UNPEA UNICEF.
- Giglia, A (2012), *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos.
- Giglia, A (2020), “Repensar las ciudades desde el encierro doméstico”. En Delgado Ramos, G C y López García, D (Comps.), *Las ciudades ante el COVID-19: nuevas direcciones para la investigación urbana y las políticas públicas*, pp. 294-302. Ciudad de México: Plataforma de conocimiento para la transformación urbana.
- Girola, M F (2007), “Procesos de apropiación del espacio y sociabilidad vecinal en el gran conjunto urbano situado en la ciudad de Buenos Aires”, *Antropológica*, (36): 131-155.
- Gómez Rojas, G (2013), “Clase social, género y división de trabajo doméstico”. En Nievas, F (Comp.), *Mosaico de sentidos: vida cotidiana, conflicto y estructura social*, pp. 173-190. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Goonewardena, K (2008), “Marxism and Everyday Life: on Henri Lefebvre, Guy Debord, and some others”. En Goonewardena, K; Kipfer, S; Milgrom, R y Schmid, C, *Space, difference, everyday life: Reading Henri Lefebvre*, pp. 117-133. Nueva York: Routledge.
- INDEC (2003), “¿Qué es el Gran Buenos Aires?” Publicaciones del INDEC, Recuperado de https://www.indec.gob.ar/dbindec/folleto_gba.pdf. Consultado el 22 de octubre de 2020

INDEC (2015), “Estimaciones de población por sexo, departamento y año calendario, 2010-2015”. Serie Análisis Demográfico 38, Recuperado de https://sitioanterior.indec.gov.ar/ftp/cuadros/poblacion/proyeccion_departamentos_10_25.pdf consultado el 22 de octubre de 2020.

Kessler, G; Bermúdez, N; Binstock, G; Cerrutti, M; Pecheny, M; Piovani, JI; Wilkis, A y Becerra, M (2020), “Relevamiento del impacto social de las medidas del Aislamiento dispuestas por el Poder Ejecutivo Nacional”. *Comisión de Ciencias Sociales de la Unidad Coronavirus COVID-19*, Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, Recuperado de https://www.conicet.gov.ar/wp-content/uploads/Informe_Final_Covid-Cs.Sociales-1.pdf consultado el 20 de octubre de 2020.

Lefebvre, H (2013), *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

Lindón, A (2004), “Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana”, *Veredas, Revista del pensamiento sociológico*, 5(8): 39-60.

López, E, Ponce, M, Findling, L; Lehner, P; Venturiello, MP; Mario, S y Champalbert, L (2011), “Mujeres en tensión: la difícil tarea de conciliar familia y trabajo”, *Población de Buenos Aires*, 8(13): 7-25.

Marcús, J; Boy, M; Benitez, J; Berardo, M; Márquez, A; Peralta, M.A. y Vazquez, D (2020), “Cambios en los usos y valoraciones de los espacios públicos y privados en la Región Metropolitana de Buenos Aires: la vida cotidiana en tiempos de aislamiento obligatorio por COVID-19”, informe de investigación, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Recuperado de <https://drive.google.com/file/d/1gc16c14wtHCV1PwXYnBt7vUwSH0p3ij0/view>

Margulis, M (2009), *Sociología de la cultura. Conceptos y problemas*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Margulis, M y Urresti, M (1998), “Buenos Aires y los Jóvenes: las Tribus Urbanas”, *Revista Estudios Sociológicos*, 46: 25-36.

Rodó de Zárate, M (2018), “Hogares, cuerpos y emociones para una concepción feminista del derecho a la ciudad”. En Navas Perrone, G y Makhoulouf de la Garza, M (Coords.) *Apropiaciones de la ciudad. Género y producción urbana: la reivindicación del derecho a la ciudad como práctica espacial*, pp. 44-71. Barcelona: Pollen.

Rofman, A (2014), “Territorio, sociedad y política en la Región Metropolitana de Buenos Aires”. *Boletín del Instituto del Conurbano Bonaerense*, 1, *Observatorio del Conurbano*, UNGS, Recuperado de <http://observatorioconurbano.ungs.edu.ar/01-boletin/index.html> consultado el 10 de octubre de 2020.

Sheringham, M (2006), *Everyday Life. Theories and Practices from Surrealism to the Present*. Oxford: Oxford University Press.

Wainerman, C (2005), *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumière.

Habitar en una pieza de hotel-pensión: Experiencias cotidianas y el atravesamiento del COVID-19 en un barrio de la ciudad de Buenos Aires

María de la Paz Toscani

Introducción

El contexto actual de pandemia y las medidas de aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) pusieron en evidencia la enorme desigualdad que hay para el acceso a una vivienda adecuada y la importancia que tiene la misma y su entorno en la salud de las personas. Si bien aún no hay estudios que profundicen en el tema, se puede señalar que dichas medidas no repercutieron de la misma forma en cada sector social y ello no se relaciona solo con las condiciones económicas, sino que deben pensarse también en la situación social, ambiental, de salud, etc., en la que se encuentran. En tal sentido, el “quedarse en casa” no fue ni es igual para todas/os, y en eso, las características de la vivienda y su entorno fueron esenciales a la hora de transitar el ASPO.

Este trabajo se propuso contribuir en el estudio de los diversos modos de habitar dentro de las ciudades, y específicamente en los hoteles-pensión, un tipo de vivienda tradicional de los sectores populares de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). Se hizo hincapié en la dimensión del habitar, que permitió recuperar la cuestión subjetiva y de la experiencia de las/os habitantes de hoteles-pensión respecto de cómo construyen su cotidianeidad dentro la vivienda y en particular, se realizó una aproximación exploratoria a cómo impactó en ella, este contexto de pandemia. Para ello se indagó en las relaciones que establecen las/os habitantes entre sí con la vivienda y su interacción con el barrio. Se recuperaron las percepciones que ellas/os poseen sobre su situación habitacional y las prácticas cotidianas dentro de estos lugares, las relaciones que establecen con las/os vecinas/os y con quienes son dueñas/os de los establecimientos. Asimismo, en este enfoque se incorporó la dimensión de habitabilidad, que pone en relación a la vivienda y al entorno en el que se inserta como aspectos estructurantes y que permite analizar su particularidad en la problemática de estudio. Ello implicó identificar las características específicas del barrio de

Constitución y los hoteles-pensión como un modo de habitar específico dentro de la ciudad y como un espacio generador y reproductor de condiciones de desigualdad, que se agudizaron en el contexto de ASPO.

Lo presentado en este capítulo es parte de la tesis doctoral realizada por la autora, que se complementó con los primeros resultados de un informe de sistematización del trabajo realizado por la Red de Organizaciones e Instituciones de Constitución (RED)¹, sobre el impacto del COVID-19 y las medidas del ASPO en las personas inquilinas de hoteles-pensión dentro del barrio. Si bien se consideró a la CABA como contexto general de análisis, se realizó una aproximación a la escala barrial para recuperar las particularidades de Constitución, uno de los barrios más antiguos de la ciudad y con mayor presencia de hoteles-pensión. Se utilizó una metodología con enfoque cualitativo, que permitió recuperar la perspectiva de las personas involucradas (Sautu, 2003) a partir de la utilización de métodos que facilitaron la interacción con ellas y que permitió la interpretación de los datos dentro del contexto social en que fueron producidos (Vasilachis, 2006).

En relación a la inserción en el campo, la misma se conformó en diferentes momentos. Una primera aproximación al barrio y a la problemática habitacional, fue en el año 2010, a partir de las prácticas pre-profesionales de la carrera de Trabajo Social en un movimiento social que trabajaba en el barrio acompañando a inquilinas/os con riesgo de desalojos en hoteles-pensión. Luego en el año 2012, se realizó trabajo de campo para la elaboración de la tesina de grado. Este trabajo se complementó, durante los cinco años de duración del doctorado, con la realización de entrevistas semi estructuradas² a inquilinas/os de hoteles, referentes de distintas organizaciones sociales que trabajan acompañando la problemática en el barrio y trabajadores estatales de diferentes áreas que intervienen en la problemática habitacional de hoteles-pensión y de desalojos. Entre ellos, referentes dentro del Centro de Salud y Acción Comunitaria N. 10 (CESAC), la Oficina de Orientación al Habitante, la Defensoría del Pueblo, entre otras. Adicionalmente, se realizaron observaciones participantes en asambleas en hoteles con riesgo de desalojo, movilizaciones de organizaciones e inquilinas/os en la vía pública, dos años de observación participante

¹ La RED es un espacio intersectorial desde el ámbito de la sociedad civil y el ámbito estatal -con el sector de salud y académico- que está integrada por diferentes organizaciones sociales e instituciones públicas que trabajan en el barrio. Dentro de dicha RED se participó, como parte del sector científico, de algunas de las actividades realizadas y se coordinó la tarea de sistematización de la información y armado del informe.

² Se recuperan entrevistas realizadas en las distintas instancias de inserción en el campo, entre los años 2012 y 2020. Para resguardar la identidad de las personas se identifica a las mismas bajo la categoría de habitante de hotel-pensión y referente de organización social.

de las “Reuniones por el Derecho a la Vivienda” realizadas por el CESAC³. A las mismas concurren personas que viven en hoteles-pensión, principalmente del barrio de Constitución, y tienen riesgo de desalojo. También se participó en distintas instancias colectivas de proyectos de investigación y extensión universitaria⁴. Por último, la vinculación con trabajadoras/es del CESAC permitió la inserción en el espacio de la RED que se conformó a principios de 2020 y en este contexto de pandemia se focalizó principalmente en aunar esfuerzos para acompañar a las personas en esta situación y tener una participación activa en la implementación del Plan Detectar⁵ en el barrio. Si bien el contexto de pandemia imposibilitó la tarea de relevamiento y encuestas presenciales que se tenía prevista, se pudo trabajar con reuniones virtuales, entrevistas telefónicas o vía WhatsApp para complementar la información obtenida en instancias de trabajos de campo anteriores y en la sistematización del trabajo realizado por la RED, el entrecruzamiento de información a partir de la inserción territorial de cada participante, etc.

Las distintas instancias y temporalidades de aproximación al campo posibilitaron establecer una vinculación entre las particularidades de la dinámica del barrio de Constitución y la diversificación de condiciones de los hoteles-pensión respecto de los hoteles tradicionales⁶. A su vez, se reconocieron características socioeconómicas de las/os inquilina/os de piezas, así como también las implicancias subjetivas que este modo de habitar posee en las personas.

El capítulo se articula en cinco partes. La primera, se focaliza en las desigualdades en el acceso a la vivienda y su expresión en los diferentes modos de habitar

³ Dado que el CESAC es una institución del sistema de salud público de CABA, muchas/os de las/os inquilinas/os de hoteles concurren allí a solicitar turno para realizar el informe socioambiental que se les pide como parte de los requisitos para gestionar el subsidio habitacional (sobre el mismo se hablará más adelante). Ante esta demanda, las/os trabajadoras/es del CESAC generaron el espacio de reuniones donde debatir la situación habitacional en la que se encuentran, los derechos que poseen como inquilinas/os, las obligaciones que tienen quienes son dueñas/os de los hoteles-pensión, entre otras cuestiones.

⁴ Ellos fueron, en el 2014, “Expresión de los procesos de recomposición urbana en el Barrio de Constitución de la Ciudad de Buenos Aires”, bajo el Programa Grupos de Investigación, carrera Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, y, entre 2015 y 2017, “La organización colectiva como estrategia para vivir en la Ciudad. Familias hoteladas en el barrio de Constitución”, Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA; ambos con la dirección de la Lic. Jorgelina Matusevicius y en un trabajo articulado con trabajadoras y trabajadores de los CESAC N. 10 y N. 16 que intervienen en los barrios de Constitución, Parque Patricios y Barracas.

⁵ Se trata de un plan nacional que se implementó en el territorio argentino en el contexto de pandemia. El mismo tuvo por objetivo detectar personas con COVID positivo a partir de la implementación de dispositivos de testeo en los distintos barrios y localidades del país.

⁶ Se denomina de esta manera a aquellos hoteles que surgieron a partir de 1959 como estrategia comercial para evadir las leyes de control de alquileres. Sobre ello se profundizará a lo largo del capítulo.

la ciudad. Presenta la definición de vivienda de manera amplia y las dimensiones de habitar y experiencia para poder identificar la vinculación que las personas entablan con el entorno y el lugar donde viven. En la segunda, se presenta los orígenes de los hoteles-pensión y sus diferentes tipos. En la tercera parte se aborda las diferentes dimensiones que permiten comprender la forma particular de modo de habitar que implica para sus habitantes. En la cuarta se realiza una aproximación exploratoria a los impactos que las medidas de ASPO tuvieron en dicha cotidianidad. En la quinta parte, se presentan reflexiones finales. A lo largo del capítulo se introducen relatos de las personas entrevistadas para poder ejemplificar la experiencia de las personas involucradas en los procesos que se analizan.

Desigualdades en el acceso a la vivienda: diferentes formas de habitar la ciudad

La vivienda es identificada como un componente esencial en la vida de las personas. Tan importante resulta la vivienda, que es reconocida como un derecho tanto en la legislación local y nacional y en pactos de internacionales de derechos humanos. Se tiende a pensar a la misma desde el ideario de refugio y lugar de cobijo y seguridad. Asimismo, dado que una vivienda garantiza un lugar donde asentarse, es el principio básico para poder acceder a otros recursos, dentro de las ciudades, que son los bienes urbanos (Pírez, 2018).

La noción de vivienda que se considera aquí es la que propone Yujnovsky (1974), que define a la misma de una manera amplia, como “una configuración de servicios —los servicios habitacionales— que deben dar satisfacción a necesidades humanas primordiales: albergue, refugio, protección ambiental, espacio, vida de relación, seguridad, privacidad, identidad, accesibilidad física, entre otras” (1974, 17). En esa misma línea, Ziccardi (2016) postula el análisis del acceso a la vivienda en términos cualitativos donde no se trata observar solo el acceso a la unidad física, sino también el tipo y la calidad de vivienda a la que se accede y el entorno en el que se encuentra, es decir, poner el foco en el análisis de sus condiciones de habitabilidad.

Esta visión ampliada de lo que es la vivienda se complementa con la consideración de la dimensión del habitar, la cual permite, en términos de Cosacov (2009), incorporar la dimensión subjetiva y cultural de los sujetos, además de remitir a la escala de lo cotidiano. Se habla de modos de habitar como una forma “de construir morada, de significar lugares” (Echeverría Ramírez, 2003, 21). En tanto tal, refieren a la relación que entablan los sujetos y grupos sociales con el entorno cotidiano en que desarrollan su vida. Dichas relaciones, contemplan también a las distintas adaptaciones que se realizan frente a las contingencias de la vida cotidiana y a las posibilidades materiales y culturales de los sujetos. En este sentido, la autora, plantea

una noción de hábitat que incluye diversos aspectos que “no se restringen a la construcción de estructuras, flujos y relaciones materiales, sino que se amplía a la configuración y establecimiento de diversos órdenes de existencia, en el plano tangible tanto como en el legal, social, económico y cultural” (Ibidem). A su vez, se identifica una vinculación activa entre las/os habitantes y su entorno a partir de la cual se, “teje un sistema de relaciones desde el que forma su propia espacialidad a propósito de las necesidades que resuelve, adaptándose y adaptando los espacios que recorre y ocupa” (Echeverría, 2003, 33). En línea con este planeo, Espinosa Ortiz, Vieyra y Garibay Orozco (2015), hacen hincapié en la relación dialéctica entre las/os habitantes y su entorno en la cual se advierte “un proceso de adaptación mutuo, por un lado, el espacio lo influye, condicionándolo en su práctica; y por otro, para poder adaptarse a este espacio, el habitante intenta superar sus condicionantes transformándolo formal y conductivamente” (2015, 65). En definitiva, como señala Heidegger (1951) el habitar supone entablar vínculos con el lugar donde se vive, remite a la posibilidad de apropiación y transformación del espacio en donde se habita.

La cuestión de la vivienda y el hábitat, pensado de manera amplia, debe ser entonces considerada en relación al entorno y a la dinámica más general de la ciudad donde se inserta. Crear hábitat implica construir un nuevo espacio de vida, que quien la habita sea reconocida/o y que pueda gestar una identidad tanto individual como colectiva. Construir hábitat implica crear lugares de reinserción, esparcimiento, con revinculación afectiva, con participación, con sostenibilidad económica, con seguimiento, etc. (Toscani y Rosa, 2014). Sin embargo, a pesar de estos aspectos, suelen identificarse lugares que no permiten entablar esa relación positiva con el habitar. Por ello, Heidegger (1951) realiza una distinción entre el habitar y el residir, siendo esta última una situación vivida como algo provisorio y en la cual no se habita la vivienda, sino que se está allí para funciones meramente reproductivas. La definición de provisorio se encuentra acompañada en el imaginario de que:

“se moverán a la vivienda definitiva en la que imagina merece estar. Si las expectativas se frustran, el residir se transformará en un habitar hostil, o en su caso en un habitar resignado a las animadversiones que ve en su vivienda y entorno” (Espinosa Ortiz, Vieyra y Garibay Orozco, 2015, 65).

Lo planteado hasta aquí lleva a introducir el concepto de experiencia el cual es acuñado por Duhau y Giglia (2008) para referirse a “la cultura urbana en su concreta actualización por parte de diferentes sujetos y sus múltiples maneras de vivir y de ser parte de la metrópoli” (2008, 21). La y el autor aluden, a su vez, a la vida cotidiana dentro de la ciudad y las prácticas sociales ancladas en contextos situacionales, por lo tanto, sus planteos permiten recuperar a la experiencia como:

“las muchas circunstancias de la vida cotidiana en la metrópoli y a las diversas relaciones posibles entre los sujetos y los lugares urbanos, a la variedad de usos y significados del espacio por parte de diferentes habitantes” (Ibídem).

De esta manera, en la experiencia urbana cobra sentido el espacio en el cual dichas prácticas sociales se circunscriben dado que sus particularidades, configuran las características específicas y distintivas que asume las experiencias y los modos de habitar. Así, los modos de habitar son entendidos como experiencias metropolitanas pues son “tanto las prácticas como las representaciones que hacen posible significar y vivir la metrópoli por parte de sujetos diferentes que residen en diferentes tipos de espacio” (Ibídem).

Por lo tanto, se reconoce una heterogeneidad de tipos de vivienda y modos de habitar dentro de la ciudad, en la cual no toda vivienda se configura como lugar de protección para quienes la habitan. Considerando que la ciudad se constituye por lógicas capitalistas de producción y reproducción, esas formas de habitar deben ser entendidas bajo la desigualdad que les es propia y en las determinaciones que la sociedad y el sistema económico presentan a sus habitantes. La fuerte mercantilización de la vivienda genera diferentes formas y posibilidades de acceso, que se encuentran mediadas principalmente por la capacidad de solvencia que se posea (Pírez, 2016). Es decir, el derecho a la vivienda se encuentra fuertemente mediatizado por la capacidad de compra, generando así, una fuerte desigualdad entre las personas. Ello se cristaliza en diferentes *modos de habitar* la ciudad y las viviendas, que actúan como diferenciadores sociales, estableciendo una desigualdad categorial (Tilly, 2000) que impone límites entre los diferentes grupos y atribuye determinados atributos a partir de la generación de estigmas⁷ para quienes viven en tal o cual vivienda o determinado barrio de la ciudad. Wacquant (2007) propone el concepto de estigma territorial para referirse a lugares relegados dentro de las ciudades que “adquieren incluso el estatus de encarnación nacional de todos los males y peligros que, se cree, ahora padece la ciudad dualizada” (2007, 194).

En relación con esto Boy, Marcús y Perelman (2013) señalan que el espacio urbano “emite mensajes de bienvenida y de rechazo hacia los ‘indeseables’ de la ciudad (migrantes, okupas, villeros, cirujas, etc.) y configura ‘zonas permitidas’ y

⁷ El concepto de estigma se recupera de Goffman (2006). Este es considerado como “la situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social” (2006, 7). Como señala el autor, ello se relaciona con el ser portador un atributo que lo vuelve diferente a los demás, a aquellos considerados “los normales”, y se lo deja de ver como “una persona total y corriente para reducirlo aún ser inficionado y menospreciado” (Ibídem).

‘zonas prohibidas’ de circulación y permanencia” (2013, 17). Dichos mensajes son internalizados por aquellos que son objeto de discriminación, a partir del reconocimiento de las categorías que se les confiere. Estas cuestiones remiten a lo que Oszlak (1991) denomina como jerarquización del espacio urbano. De acuerdo al autor, ello se configura a partir de las políticas habitacionales que implementó la dictadura militar y que contribuyeron a establecer el lugar que ocupan los sectores populares dentro del espacio urbano. Dicha jerarquización coloca a la ciudad como el lugar de residencia “de la gente decente”, en tal sentido, expone la disputa de quiénes se constituyen como sujetos que merecen vivir en la ciudad y quienes no (Oszlak, 1991; Carman, 2003). En otras palabras, se pone en discusión quiénes tienen derecho al espacio urbano, el cual supone el “goce de las oportunidades sociales y económicas asociadas a la localización de la vivienda o actividad [...] las diversas posibilidades que ofrecen localizaciones distintas determinan una valorización diferencial del espacio urbano” (Oszlak, 1991, 34-35).

Lo trabajado hasta aquí se refleja en la CABA en la consolidación de una ciudad cada vez más desigual en términos de acceso al hábitat y a una vivienda adecuada y la cristalización a lo largo de los años de formas precarias de habitar la ciudad. Las mismas pueden ser identificadas de manera esquemática como el alquiler de piezas en hoteles-pensión, conventillos e inquilinatos dentro la ciudad consolidada y el acceso a una vivienda, por autoconstrucción o alquiler, en los barrios populares⁸ -villas o asentamientos- de la ciudad. De esta manera, se puede trazar una vinculación entre estas diferenciaciones en el espacio urbano y los modos de habitar, ya que cada uno de estos, habilita un modo específico de acceso a los bienes y servicios de la ciudad. Asimismo, quienes viven en estos hábitats precarios tienen incluso el estigma social de ser “los villeros”, “los ocupas”, con la connotación negativa que estas definiciones poseen en el sentido común, identificando a las mismas como personas que no trabajan y no se esfuerzan por mejorar su situación. A continuación, se presenta a los hoteles-pensión como un modo específico de habitar la ciudad, para profundizar en estas cuestiones.

⁸ Esta definición incluye a “los barrios vulnerables en los que viven al menos 8 familias agrupadas o contiguas, donde más de la mitad de la población no cuenta con título de propiedad del suelo ni acceso regular a dos, o más, de los servicios básicos (red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal)” (Gobierno nacional argentino 2020). Dicha categoría tomó más fuerza en el contexto de ASPO como parte de la necesidad de diseñar un protocolo específico de atención y actuación para contener la propagación del COVID-19 en estas áreas de la ciudad.

El mercado hotelero: origen de un modo precario de habitar en la ciudad

Los hoteles-pensión, son una modalidad de hábitat popular que junto con los conventillos e inquilinatos han sido identificados como el submercado de vivienda de piezas en alquiler (Rivas, 1977). La denominación “hotel-pensión” se utiliza para distinguir a aquellos establecimientos que teniendo la fachada de hoteles y cumpliendo con los requisitos mínimos para obtener su habilitación, en la práctica no prestan los servicios para ser considerados como tales (Ibidem). En este marco, quienes se hospedan allí no son pasajeros en tránsito, sino que se trata de personas inquilinas que viven de manera permanente. Por ello son considerados como “falsos hoteles”, ya que en los hechos lo que hacen es encubrir e invisibilizar una relación de locación (Cuenya, 1988).

El origen de los hoteles-pensión se vincula con la sanción de la Ley 14821 de 1959 que excluía del régimen de alquileres al hospedaje de habitantes de hoteles. Esta normativa eximía a los establecimientos hoteleros de la regulación de la ley de locaciones, que en ese momento establecía el congelamiento de los alquileres y la prohibición de realizar desalojos pero que sí incluía los inquilinatos y conventillos. A partir de esto, propietarios de viejos conventillos e inquilinatos fueron transformando sus inmuebles bajo la categoría de hoteles, consolidando así una mutación del mercado de arrendamiento de piezas. Esta estrategia comercial por parte de las/os dueñas/os les permitió aumentar los valores de las piezas sin inconvenientes y a su vez, posibilitó desalojar a las personas en el caso que no pagaran el monto impuesto (Rivas, 1977; Cuenya, 1988; Marcús, 2007). La lógica de funcionamiento de estos lugares radicó en que las personas dueñas de los mismos encontraron mayor rentabilidad alquilando el inmueble subdividido por piezas, en vez de alquilarlo en su totalidad a una única persona. Por lo tanto, la unidad de vivienda que es objeto de transacción es una habitación. Dado que se trataba del uso de inmuebles obsoletos, la rentabilidad que obtenían no tenía que ver con los servicios que ofrecen, sino por características que les son externas, y el hecho de encontrarse en barrios céntricos de la ciudad permitían a sus habitantes el acceso a otros bienes urbanos, como educación, salud, fuente de trabajo, transporte, etc. (Rivas, 1977).

Dicha lógica de la rentabilidad del mercado hotelero continúa vigente en la actualidad. En líneas generales se puede decir que los hoteles-pensión se encuentran en malas condiciones de habitabilidad, dado que se trata de lugares antiguos con escaso mantenimiento. Esto se evidencia en tendidos eléctricos precarios, presencia de humedad, entre otras. Quienes viven allí circunscriben su vivienda a una pieza y comparten baño y cocina con el resto de las personas inquilinas. Si bien estos lugares poseen menores requisitos de acceso que el mercado inmobiliario formal, el valor

del alquiler⁹ es elevado y puede ser reactualizado cada 6 meses o según lo disponga la persona dueña o encargada del lugar. El contrato de alquiler se fija verbalmente y el ingreso y permanencia está sujeta, como se verá más adelante, a múltiples condicionantes y a la relación que se tenga con quien es dueña/o.

Los estudios vinculados a hoteles-pensión permiten identificar diferentes momentos de expansión y retraimiento de la oferta de estos inmuebles dentro de CABA, en relación con las políticas habitacionales y de planificación de la ciudad. El auge que adquirieron los hoteles-pensión en la década de 1960 se entiende a partir de distintas reglamentaciones municipales que, como no implicaron un sistema rígido de requisitos para funcionar, llevaron a despertar el interés de muchos inversores a comenzar con el negocio de los hoteles-pensión. De esta manera, el gobierno local terminó habilitando instalaciones de hoteles-pensión con garantías mínimas de funcionamiento, que posteriormente, y dado los escasos controles y la flexibilidad de las normativas, paulatinamente fueron brindando cada vez menos servicios, “volviéndose luego una costumbre su no prestación” (Rivas, 1977, 29). Estos establecimientos se ubicaron principalmente en los barrios de Retiro, Recoleta, Almagro, Balvanera, San Cristóbal, Monserrat, Constitución y San Telmo (Pastrana *et al.*, 1995). A pesar de la baja calidad de sus servicios, garantizaban el acceso a la centralidad urbana para los migrantes del interior del país y países limítrofes que llegaban a la ciudad (Marcús, 2007).

El crecimiento de los hoteles-pensión se mantuvo de forma sostenida en un contexto de implementación de políticas de erradicación de villas de la Dictadura Militar¹⁰, quedando el submercado de alquiler de piezas prácticamente como la única opción para los sectores de bajos ingresos de vivir en la ciudad. En las décadas de 1980 y 1990, los hoteles-pensión pasaron a ser una alternativa de alojamiento para la política de vivienda social del gobierno de la ciudad (Cuenya y Toscani, 2018). Ello conllevó a la incorporación de nuevas/os inquilinas/os de clase media empobrecida afectada por la liberalización de los alquileres y la pérdida de la vivienda, la fuerte caída en el nivel del salario real, el aumento del subempleo y la contracción en la oferta de planes de vivienda sociales (Pastrana *et al.*, 2008). En estas décadas, los

⁹ Lejos de lo que pueda pensarse, las condiciones habitacionales de los hoteles-pensión no significan un bajo costo en el alquiler de la pieza, cuyo pago se establece por periodos que van de quince días a un mes. En ocasiones, algunos habitantes han referido la exigencia de un depósito de dinero a modo de garantía, para poder ingresar al hotel. Adicionalmente, la inexistencia de un contrato de alquiler formal que fije los precios y el porcentaje de aumentos deja libradas las subas del valor del alquiler a las disposiciones del dueño, generalmente en un período entre 5 a 6 meses.

¹⁰ Se hace referencia a la última Dictadura Militar de 1976 a 1983. Sin embargo, las mencionadas políticas de erradicación fueron llevadas a cabo por distintos gobiernos entre 1955 y 1983 (Carman, 2007).

programas tuvieron la característica de omitir la consideración de los hoteles-pensión como hábitats precarios, sino que en realidad los colocaron como una respuesta o “solución” transitoria a la emergencia que suscita encontrarse en situación de calle¹¹. Entonces, a partir de una transferencia monetaria a privados, se establecieron convenios entre el gobierno y las personas dueñas de los hoteles para que reciban en sus establecimientos a las personas y/o grupos familiares derivados desde el Ministerio Desarrollo Social de la ciudad¹².

Otros programas, formulados en años más recientes, lo constituyen los de transferencia condicionada de ingreso, que implicaron el otorgamiento de un subsidio habitacional directamente a las personas para que destinen ese dinero al pago del alquiler. Estos Programas comenzaron a implementarse a fines de los años 90, en plena crisis económica y social del país. Se reconoció el carácter estructural y permanente de la problemática habitacional, y se implementaron considerándolos como algo transitorio. Sin embargo, esta “solución” devino en una respuesta permanente por parte del gobierno que continúa en la actualidad (2021)¹³. Si bien dicho subsidio no es para uso exclusivo dentro de hoteles, como ya se mencionó, la dificultad de acceso al mercado formal de vivienda reduce las opciones habitacionales para estos sectores. En tal sentido, puede considerarse que esta política contribuye, al menos parcialmente, a garantizar la rentabilidad de los hoteles-pensión, al asegurar

¹¹ Cabe señalar que además del GCBA, desde otros ámbitos gubernamentales se utilizan los hoteles-pensión como lugares donde reside transitoriamente población que atraviesa situaciones de vulnerabilidad. Esto es el caso de las familias integradas bajo el “Programa de Fortalecimiento Familiar” de la Secretaría de Niños, Niñas, Adolescentes y Familias (SENNAF) que hasta hace pocos años también tenía convenio con hoteles-pensión para que vivan familias que se encuentran en situación de vulnerabilidad socioeconómica. Similar situación ocurre con familias del interior del país que vienen a tratarse algún problema de salud a la CABA y permanecen en estos hoteles hasta poder resolver su situación.

¹² El más extendido de estos fue el Decreto 607/97 conocido como el Programa Hotelados. El mismo funcionó desde el año 1997 hasta el 2002, año en que fue “cerrado” luego de recibir numerosas denuncias por parte de organizaciones sociales y de la Defensoría de la Ciudad por las pésimas condiciones en que se encontraban los hoteles. Aún sigue habiendo personas que permanecen en estos hoteles, aunque no se realizan nuevos ingresos. El gobierno continúa pagando un alto costo por cada persona alojada y no realiza controles para que se garanticen condiciones mínimas de habitabilidad.

¹³ El subsidio habitacional vigente es el 690/06 (y sus modificatorias). El mismo comenzó a implementarse en el año 2006. Actualmente otorga un subsidio de hasta \$96000 pesos argentinos según la composición del grupo familiar y la situación socioeconómica que se abona en 12 cuotas y con posibilidad de extenderlo por 6 meses más. El monto alcanza para pagar parcialmente el valor del alquiler. Como contraprestación quienes perciban el subsidio deben demostrar controles de salud de menores a cargo. A lo largo de su implementación se han detectado medidas regresivas que restringen el acceso al mismo, como encontrarse en situación de calle efectiva, es decir, cuando el derecho a la vivienda ya fue vulnerado. El programa posee numerosos problemas en su aplicación y en lo concreto no contribuye a resolver la situación habitacional de manera integral, sino que es una medida transitoria en la cual, una vez terminado el tiempo en que se otorga, las personas pueden quedar nuevamente viviendo en la calle al no contar con ingresos suficientes para abonar los onerosos costos de los alquileres.

un monto fijo de dinero que las/os inquilinas/os destinan al pago de las piezas. Ello permite a las/os dueñas/os aumentar el valor del alquiler.

Más allá de los momentos de expansión y retraimiento en la oferta, el submercado de vivienda de piezas en alquiler continúa vigente en un contexto general de la ciudad de aumento de la población inquilina y elitización del mercado formal de vivienda -tanto de alquileres como de compra-. Actualmente, dicho submercado de piezas en alquiler representa el 3,8% de las viviendas de la ciudad. Según el informe del Consejo Económico y Social de Buenos Aires (CESBA, 2013) en el Censo Nacional del año 2010 se registraron 103.963 personas viviendo allí, casi 46 mil hogares, lo cual representa el 10% del total de la población inquilina de la CABA. En la Imagen 1 se puede observar un mapa con la distribución geográfica de los mismos, siendo las comunas 1, 3 y 4, las de mayor presencia y las cuales comprenden el 57,3% del total de las viviendas con estas características.

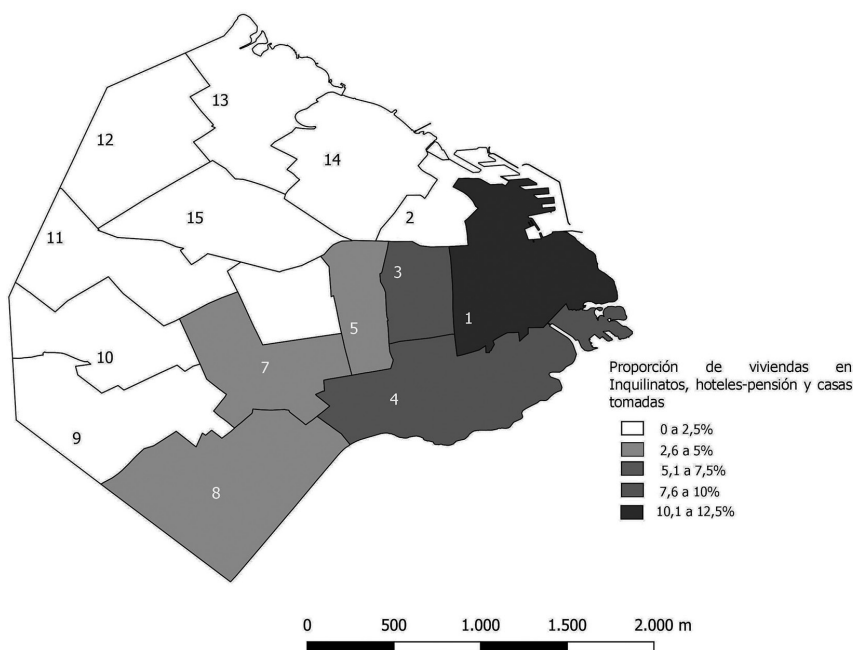


Imagen 1. Distribución de inmuebles del submercado de piezas en alquiler en CABA. 2021. Elaboración Propia a partir de CESBA (2013).

Específicamente en relación a los hoteles-pensión, se puede señalar que los mismos albergan a múltiples hogares de características diferentes: parejas o mujeres solas con menores a cargo, mujeres u hombres solos, personas travestis, trans, personas mayores. Algunas de ellas poseen empleos formales pero temporarios o con ingresos insuficientes, otras tienen empleos precarios y no pueden pagar el alquiler dentro del mercado inmobiliario formal. Incluso albergan a personas que viven en la calle pero que consiguen algunos pesos para pagar la pieza y para pasar una noche o, al menos, un tiempo bajo techo. Se encuentran también personas que llegaron a vivir allí por algún programa del gobierno e incluso personas derivadas de las provincias del resto del país para algún tratamiento médico prolongado y de complejidad. En líneas generales, poseen una inserción informal en el mercado de trabajo, realizan “changas”¹⁴ de oficio, venta ambulante, limpia vidrios o cuida coche. Algunas/os son empleadas/os de comercio. Particularmente en las mujeres, se distinguen el empleo doméstico, cuidado de ancianas/os y niños. Si bien también se observan personas que poseen empleos formales, ello sigue sin ser suficiente para acceder al mercado formal de alquiler o compra de inmuebles. Para complementar sus ingresos laborales, se puede observar el acceso a diferentes programas sociales¹⁵. Específicamente para abonar el alquiler del hotel-pensión algunas/os de las/os inquilinas/os recurren al subsidio habitacional, mencionado anteriormente, para aumentar los ingresos del hogar y poder sostener el pago mensual del alquiler de la pieza. Lo que tienen en común las personas que habitan estos espacios, es que recurren a alquilar una pieza en un hotel-pensión, para acceder a los beneficios de la centralidad y los recursos que posee la ciudad. Estas circunstancias dan cuenta de la presencia estructural de inquilina/os precaria/os (Biaggio y Verón, 2008) para quienes el alquiler de piezas se convierte en prácticamente la única opción de vivienda a la que acceden dentro de la CABA¹⁶.

A partir del trabajo de campo realizado en el barrio de Constitución, se identificó una heterogeneidad al interior del mercado de hoteles-pensión que permitió distinguir formas aún más precarias de habitabilidad e informalidad para sus habi-

¹⁴ Término de uso coloquial para referirse a empleos esporádicos, informales, que realizan las personas. Los mismos pueden ser a partir del pago de un tercero, o autogestionado. Por ejemplo, pintura, venta ambulante, reparaciones, etc.

¹⁵ Algunos de nivel local son Programa Nuestras Familias, Ticket Social o de nivel nacional, la Asignación Universal por Hijo y en contexto de pandemia, el Ingreso Familiar de Emergencia.

¹⁶ Si bien es característico de CABA, también se pueden observar los hoteles en otras ciudades del país, como por ejemplo Rosario y Córdoba. Diferentes autores dan cuenta de la presencia de este tipo de vivienda en los cascos históricos de ciudades de la región, como los cortiços en Río de Janeiro (Alves dos Santos Junior et al., 2017), los conventillos en Santiago de Chile (Hidalgo, 2010) y las pensiones y casas de inquilinato en Montevideo (Fosatti y Uriarte, s.f.).

tantes. Para esto, se construyó una tipología de hoteles-pensión a partir de la diversificación de sus condiciones (Toscani, 2019):

1. *Legales*. Regulados por la ley hotelera e identificados como hoteles tradicionales. Se diferencian los subtipos:

a) hoteles de pasajeros: que tienen registrada su actividad comercial como alojamientos turísticos y las personas y/o familias pueden o no, vivir de manera permanente en ellos. Dentro del barrio, estos hoteles son un recurso en situaciones de emergencia cuando las personas o grupos familiares perdieron el lugar fijo donde vivir y/o cuando consiguen algo de dinero (por changas, mendicidad, préstamo de un amigo o familiar, etc.) para pasar unos días y evitar, por ejemplo, dormir en la calle o un parador del gobierno de la ciudad. Suelen ser también utilizados por familias del interior del país que vienen a realizar algún tratamiento de salud en los Hospitales de la CABA. Éstos son fácilmente reconocibles desde su exterior, poseen carteles que indiquen que son hoteles y se observa la inscripción dentro de AFIP de su actividad comercial.

b) hoteles familiares o residenciales: son identificados legalmente como hoteles de categoría residencial o familiar, por ello, no suelen ser para uso de pasajeros o turistas, sino que las personas y familias viven de manera permanente. En tal sentido, bajo la ley hotelera se encubre una relación de locación. Se los puede reconocer con una placa o cartel en la puerta haciendo referencia a “hotel familiar” y “hotel residencial”.

Cabe señalar que a pesar de ser considerados “legales” por encontrarse inscriptos bajo la ley hotelera, en las entrevistas realizadas se advirtió la referencia a hoteles-pensión operando clausurados. Es decir, que se encuentran inhabilitados por la Agencia Gubernamental de Control (AGC) por no cumplir con la reglamentación pero que igualmente continúan en funcionamiento. Puede ocurrir que dicha inhabilitación se establezca para todo el inmueble o solamente para una habitación. Una vez que la AGC coloca la faja de clausura, da un plazo de tiempo para poner en regla el lugar para que vuelva a funcionar. Al respecto ninguna/o de las/os entrevistadas/os dijo haber conocido una situación en la cual la AGC volvió a controlar que las condiciones estén garantizadas. Por el contrario, una vez que se coloca la faja de clausura, quienes están a cargo del lugar desestiman la misma y continúan alquilando las piezas.

2. *Ilegales*. Funcionan como hoteles-pensión, pero esta actividad no se encuentra

registrada ni quienes los administran son dueñas/os reales del inmueble. Dentro de este, se identificaron dos subtipos:

a) hoteles-pensión no registrados: en estos casos quien se presenta como “dueña/o” es la persona que alquila el inmueble. Puede ocurrir que cuando muere la persona que era originariamente dueña, quienes lo heredan, lo alquilan a otra que funciona como inversora. Sin embargo, no registran dicha actividad para que esté regulada porque ello implicaría mayores costos al funcionamiento del hotel. Quienes los regentan son dueñas/os que alquilan de manera legal el inmueble y subalquilan de manera ilegal a los inquilinos, y por lo tanto realizan la actividad hotelera de manera ilegal.

b) hoteles-pensión tomados: son inmuebles “regenteados” por sus ocupantes, engañando a las personas como si se tratara de hoteles legales. Para quienes habitan el lugar, no es fácil identificar a estos hoteles porque, como se señaló, suelen funcionar como si fueran legales. Las pautas de pago y normas al interior son las mismas que la de los hoteles-pensión legales y no está explicitado a las personas que el lugar al que acceden está siendo administrado de manera ilegal. Estos hoteles están regenteados por dueños ilegales o dueños de hecho, que son los que toman posesión al ocupar el lugar. Generalmente la persona es identificada como “dueña” pero no queda claro, para quienes habitan allí, si lo es realmente o no.

Algunas veces se trata de antiguas/os encargadas/os del lugar que al fallecer la o el dueña/o original, sigue a cargo del lugar. Dado que en general es la figura visible, las personas que habitan allí no notan diferencia respecto de a quién le están pagando por la habitación. Otras veces se trata de grupos organizados que ingresan a las viviendas ociosas y comienzan a alquilar las piezas. Estos suelen ser hoteles más económicos, pero a la vez son los que poseen peores condiciones edilicias dado que, al no ser controlados, no realizan ningún tipo de mejoras en el lugar.

Si bien es posible dar cuenta de hoteles legales e ilegales, hay situaciones y usos que emparentan a ambos tipos de hoteles. En tal sentido, se pudieron advertir actividades clandestinas o informales que conviven con la función residencial y generan mayor rentabilidad para quienes “regentan” el lugar. Por ejemplo, cocina, venta o consumo de drogas, utilización de piezas como albergue transitorio o prostíbulos. Esta última característica tiene que ver principalmente con el barrio en el que se realizó el trabajo de campo y con la dinámica económica que posee.

En la imagen 2 se observa un mapa con la distribución de los hoteles-pensión dentro del barrio. Dicho mapa fue realizado a partir del entrecruzamiento de

diferentes fuentes de información: un listado de hoteles del informe del Ministerio Público Tutelar (2018), un relevamiento realizado por un proyecto de investigación dentro de la carrera de trabajo social en el año 2014¹⁷ y recorridas propias en el año 2017 para la realización de la tesis doctoral. Esos datos fueron complementados con la información generada por referentes de organizaciones sociales y trabajadoras/es del CeSAC que integran la RED. El listado conformado fue contrastado con Street View de Googlemaps que posee imágenes de todo el barrio del año 2019. Dada la heterogeneidad y la complejidad de este universo hotelero, establecer con seguridad cuáles de estos son legales y cuáles son ilegales resulta una tarea que no puede ser realizada de manera concluyente. De un total de 83 hoteles identificados, puede confirmarse que 6 son legales, tanto de pasajeros, familiares o residenciales. En estos casos, se pudo observar el comprobante de inscripción de su actividad comercial en la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) (generalmente es un

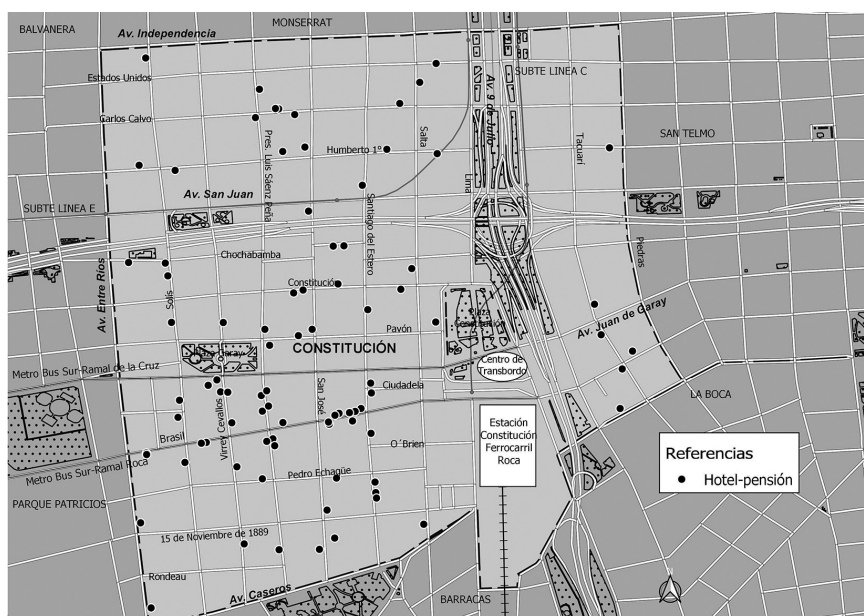


Imagen 2. Distribución geográfica de hoteles-pensión en el barrio de Constitución. 2021. Elaboración Propia.

¹⁷ “Expresión de los procesos de recomposición urbana en el Barrio de Constitución de la Ciudad de Buenos Aires”, bajo el Programa Grupos de Investigación, carrera Trabajo Social, UBA con la dirección de Jorgelina Matusevicius.

cartel con código QR). Por el contrario, 51 inmuebles de ese listado poseen cartel de familiar o residencial, pero no se logra identificar el cartel de AFIP. Finalmente, los 26 hoteles restantes, a pesar de no exhibir ningún cartel en la entrada, fueron señalados tanto por inquilinas/os¹⁸ como por referentes de organizaciones sociales como hoteles y algunos de ellos como ilegales. Cabe señalar que la dificultad en confirmar efectivamente el tipo de hotel-pensión del que se trata es intrínseca a las particularidades del propio campo, dado que esa tarea implicaría el ingreso a los hoteles-pensión a pedir identificaciones, cuestión bastante difícil de realizar sin ser un organismo oficial de control.

Otro dato aportado por las/os inquilinas/os entrevistas/os es que aquellos hoteles-pensión que se encuentran al norte de la Avenida San Juan, son los que se encuentran en mejores condiciones y los que suelen ser alquilados más comúnmente a personas solas. Por el contrario, al sur de dicha avenida, hay más heterogeneidad y es donde suelen conseguir habitación los grupos familiares. Estos hoteles, según han referido, se encuentran en peores condiciones de mantenimiento e higiene y algunos son utilizados para actividades clandestinas o ilegales.

Dinámica al interior de los hoteles: “*Uno no puede elegir ni cómo vivir adentro de su pieza, acá no hay mesa ni silla, porque son ptecitas de colchones*”

Al momento de analizar el modo de habitar dentro de un hotel-pensión es necesario poner en consideración la visión amplia de vivienda señalada inicialmente, así como la relación que las/os habitantes entablan con el lugar y su entorno. Para ello, se presentan distintas dimensiones que abarcan desde los aspectos físicos y materiales hasta la cuestión relacional y de las percepciones de las/os habitantes. Las mismas se consideran las más relevantes para caracterizar la *experiencia de habitar* en un hotel-pensión.

En relación a su aspecto físico se puede señalar que la distribución del espacio en los hoteles es muy particular. Generalmente, todas las piezas dan a pasillos por los que se puede circular y acceder a un patio central. En la entrada suele estar la persona encargada o dueña del lugar, punto desde el cual se puede observar casi todo lo que sucede al interior del hotel y controlar el ingreso y egreso de las personas al mismo. El baño es compartido por todas/os al igual que la cocina. En el caso de que posean baño privado, se debe pagar un valor más elevado por el alquiler. En

¹⁸ En líneas generales, quienes habitan los hoteles, difícilmente confirmen que viven en un hotel ilegal. En sus relatos se advierte cierta necesidad de diferenciarse del estigma que podría recaer sobre ellos por estar viviendo en un lugar ocupado, aunque se encuentren pagando el alquiler de la pieza.

algunos lugares, tampoco se encuentra el espacio de la cocina. En todas las entrevistas realizadas las/os habitantes han señalado que la cocina es un espacio con mesada y anafes disponibles para ser usados, pero no se posee horno, heladera, o instalaciones más cómodas. Esto también condiciona el tipo de comida que se puede preparar, dado que las hornallas son pocas en relación a la cantidad de habitantes que necesitan usarlas. En aquellos hoteles-pensión tomados estas características pueden verse agravadas dado que todo espacio disponible es potencialmente en lugar alquilable. En tal sentido, también se han encontrado hoteles-pensión que alquilan sótanos o garajes y estos a la vez son subdivididos en “piezas” con paredes de durlock y puertas de tela para posibilitar el ingreso de una mayor cantidad de personas.

En relación a las condiciones edilicias, como ya se señaló, los inmuebles son antiguos y generalmente se encuentran en mal estado dada la escasa inversión en el mantenimiento y falta de controles gubernamentales. Esto trae aparejados problemas edilicios, por ejemplo, el cableado eléctrico generalmente es muy precario, produciéndose a veces corto circuitos. Dado el precario estado de los techos, también se evidencia humedad y en ocasiones goteras. Otra cuestión que se resalta es la falta de agua caliente o la precariedad de la misma y la presencia de plagas:

“Todas las casas [hotel-pensión] donde viví siempre tenía ese calefón que parece pis de gato, viste, te bañas y te morís de frío y no sé si salís limpio o salís sucio” (Habitante de hotel pensión, mujer).

“Convivimos con ratas, cucarachas... de todo podés encontrar ahí adentro” (Habitante de hotel pensión, mujer).

Así como el paso del tiempo va empeorando el estado edilicio de los hoteles, también va desmejorando los servicios que se ofrecen dentro de los mismos, aún en aquellos que funcionan de manera legal. De esta manera, se ha podido observar que los habitantes de hoteles deben recurrir a la autogestión de recursos materiales para tener mayores comodidades dentro de la habitación. Ello puede implicar desde tener sus propias sábanas y frazadas, hasta electrodomésticos, como heladera y televisor; y en algunos casos también anafes para cocinar. Ello se puede observar en los siguientes relatos:

“Yo me acuerdo que antes nos daban, íbamos con nuestra valija, nuestra ropa y algunas cositas de cocina y teníamos todo [ahora] no te dan más nada, ni la frazada, nada” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“Son solo colchones, nosotros llevamos todo, sábanas, frazadas... itodo!” (Habitante de hotel-pensión, varón).

En términos de la relación que entablan con el lugar donde viven, se puede observar que muchas de las actividades propias de la cotidianidad de un hogar, como cocinar, aseo personal, recreación, se realizan en los espacios comunes como la cocina, baño, terraza o patio, que son compartidos con el resto de las/os habitantes. En ocasiones este compartir espacio genera tensiones por la dificultad de conciliar los hábitos y costumbres que posee cada persona o grupo familiar. Además, el uso de los espacios comunes puede ser un motivo de conflicto por la dificultad de combinar horarios entre todas/os las/os habitantes del hotel. El espacio “privado” solo puede obtenerse a costa del encierro en la propia pieza. Como señalaron las/os habitantes entrevistadas/os:

“La convivencia en un hotel es: cierras tu puerta y ahí en la habitación es tú mundo. Abrís la puerta y salís y ahí está todo el quilombo” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“De mi pieza a la cocina y al baño y nada más” (Habitante de hotel-pensión, varón).

En el caso de que sean familias o más de una persona que alquila la pieza, este espacio de privacidad, descanso e intimidad, siempre va a ser compartido con el resto. Generalmente las piezas son espacios pequeños y en ellas hay camas, a veces mesas, pero el lugar no alcanza para poder poner muchas cosas más. Se trata, como señalaron las/os entrevistado/as de “piecitas de colchones”:

“Acá no hay mesas ni sillas porque son piecitas de colchones. Y no tienen una mesa para hacer la tarea, no tienen una silla para sentarse. Estos nenes no tienen dónde jugar, estos nenes no pueden tener un cumpleaños, no pueden traer un amigo, porque son piecitas. Son presos” (Referente de organización social, mujer).

Estas cuestiones limitan el desarrollo de las actividades diarias y recreativas, dado que tienen que estar en un espacio reducido y compartido. Asimismo, las condiciones en las que se encuentran las piezas tampoco son las mejores. En la mayoría de los casos no poseen calefacción ni tienen ventanas, por lo tanto, sin luz natural ni ventilación.

Otra cuestión que merece la pena mencionar es la relación que se establece con las/os dueñas/os. La premisa más importante que transmitieron las/os habitantes de hoteles-pensión entrevistadas/os es que “al dueño siempre hay que caerle bien”, porque son quienes establecen las normas de funcionamiento y deciden el monto que se abona por el alquiler y el tiempo de permanencia. Dicha relación se sustenta

en normas de funcionamiento que son establecidas por la persona dueña o encargada del hotel. Por ejemplo, en la prohibición de escuchar música a volumen elevado o en permisos para el uso de artefactos eléctricos a costa de abonar un valor extra al alquiler por cada artefacto en uso. En el caso de las/os niñas/os y adolescentes, tienen prohibido jugar en los pasillos para no hacer ruido. Algunos hoteles-pensión incluso prohíben el ingreso de menores de edad, y en los casos en que una mujer quede embarazada, se le prohíbe la permanencia en el lugar. Asimismo, hay un control del tiempo donde se dispone la hora en que está permitida tanto la entrada como la salida del hotel-pensión y generalmente se prohíbe el ingreso de cualquier persona ajena al hotel, es decir, que no se pueden recibir visitas. También se establece el horario del uso de la cocina. Estas cuestiones se pueden observar en los relatos de las/os habitantes de hoteles-pensión:

“Te cierran la cocina a las 10 de la noche, te bajan el agua caliente a la tarde noche. La luz, por ejemplo, no podés poner, si te dejan una heladera, no podés poner todas las cosas eléctricas que vos quieras porque se te corta. Entonces tenés para la lamparita, la televisión, la heladera y nada más, ni para plancha porque está todo medido para que si ponés plancha te salta la térmica. Las visitas, no sos dueño de tu... si bien adentro de tu habitación son dueño de tu cama, de tu silla, de lo que podés hacer adentro, no podés recibir a tu familia, la tenés que recibir afuera, en la calle” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“Te discriminan por tener chicos, que te cobran de más por cada artefacto que tengas” (Habitante de hotel-pensión).

“Si tenés heladera, si tenés televisor, te cobran por todo” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

El no cumplimiento de las diferentes reglas señaladas lleva implícita como castigo el desalojo¹⁹. La posibilidad de ser desalojada/o está siempre latente y también es explicitada constantemente por parte de las/os dueñas/os si, por ejemplo, se realiza alguna crítica o queja sobre las condiciones habitacionales:

“Yo hasta hace poco vivía en Pavón y ya estaba como, no con muchas ganas de vivir ahí porque le pedía que me arregle, que me arregle [tono insistente] y bueno en el último mensaje me dijo, “sino te gusta ya sabés lo que tenés que

¹⁹ Se pudo identificar la operatoria de los distintos desalojos que se realizan: legales, a través de un juicio que puede ser civil, por falta de pago, o penal, por usurpación; ilegales, que son directos, por el uso de la fuerza o contratación de matones para expulsar a las personas, e indirectos por aumento del valor del alquiler, que torna imposible el sostener el habitar allí.

hacer, búscate un lugar donde podés ir” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“Me hostiga con que me va a echar. No quiere que cocine, le molesta el olor, los chicos le molesta que jueguen” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“El dueño nos dice “si no les gusta, se van”, ¿a dónde vamos a ir con los chicos?” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

Podría decirse que la recurrencia con la que estas amenazas son realizadas lleva a la incorporación de estos mecanismos como parte constitutiva del habitar dentro de un hotel-pensión. La posibilidad de atravesar un desalojo es vivida como parte de la cotidianeidad de este modo de habitar, al punto de ser percibido como algo inevitable -y hasta esperable- al encontrarse viviendo allí. Esto fue definido por parte de una de sus habitantes como “Vivir con el desalojo encima” (Habitante de hotel-pensión, varón) y tiene que ver con el hecho de que dado que el “contrato” es de palabra y solo refiere al mes por adelantado que se paga, la posibilidad de quedarse en la calle es una constante. De alguna u otra manera, la mayoría las/os habitantes saben lo que es un desalojo porque lo vivieron o lo vieron en otros casos. Así, los entrevistados manifestaron que: “o haces lo que ellos quieren o te sacan de patitas a la calle” (Habitante de hotel-pensión, mujer) y esta situación se agrava cuando se trata de personas con hijas/os, ya que las posibilidades de encontrar otro hotel son más dificultosas pues, como indican: “nadie te quiere recibir con chicos” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

Esta situación lleva a la autorregulación de las conductas y a aceptar y obedecer todas las reglas que les son impuestas por temor a ser vistas. La distribución del espacio, señalada anteriormente, posibilita a las/os dueñas/os sostener esta forma de control sobre las/os inquilinas/os dado que “Todo lo que se hace queda a la vista” (Habitante de hotel-pensión, varón). Las/os dueñas/os entonces, se convierten en sujetos omnipresentes que siempre pueden estar observando los comportamientos de quienes habitan en el hotel-pensión. La idea de visión y control constante se expresa a tal punto que genera desconfianza entre las/os diferentes habitantes, con quienes “no se conversa” (Habitante de hotel-pensión, varón) por temor a que sea amiga/o de la persona encargada o dueña. De esta manera, es posible sostener que el vínculo que se genera entre dueñas/os y habitantes supone una relación de poder (Toscani, 2018). Las diferentes cuestiones planteadas han sido señaladas en las entrevistas:

“Lo importante es tener un lugar donde estar con los chicos y no te importa pagar, ¿viste? Y aceptar las condiciones que ellos te ponen” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“Hay otros que se quejan de las condiciones y el dueño les dice “si no les gusta, se van” (Habitante de hotel-pensión, varón).

“Siempre la lucha es una correlación de fuerza de alguna manera y esto de que los vecinos estén divididos, sin la noción de derechos e incluso, una especie de ejército de reserva viviendo en la calle. Eso genera muchas mejores condiciones para que el dueño diga que “si no haces esto, te vas” porque es una persona. Si uno lo mira de manera lejana y con distancia es una persona y ¿cuántos viven en un hotel? ¿40?” (Referente de organización social, varón).

Las diferentes cuestiones planteadas acerca de las características de los hoteles-pensión, en términos materiales y de relaciones sociales, conlleva a problemáticas de salud en las personas. A partir de entrevistas realizadas a trabajadoras/es del centro de salud del barrio, se pudieron reconocer problemáticas psicológicas y físicas en la población que habita en estos lugares:

“Muchos de los chicos que viven en hoteles tienen o han tenido problemas en los bronquios... estar todo el día en una pieza con humedad siendo tan chiquitos, no les hace bien” (Referente entidad pública).

“Los niños no tienen dónde jugar, no pueden hacer ruido, tienen que estar callados, tienen que estar quietos. Un montón de cosas que perjudica la estimulación de esos niños” (Referente entidad pública).

“El tema del hacinamiento, de limpieza, el tema de la violencia que se genera entre los mismos vecinos por estas situaciones entre la inestabilidad, la angustia que te pueden rajar en cualquier momento, están viviendo encerrados todo el tiempo, o sea, se produce como una situación, cualquier pavada la gente se pelea y se pelea muy fuerte” (Referente entidad pública).

Asimismo, en niñas/os y adolescentes se puede advertir que desde pequeñas/os aprenden a “jugar sin hacer ruido”, e incorporan el hecho de que su mundo privado se reduce a una pieza pequeña compartida con todo su grupo familiar. En este sentido, algunas/os habitantes de hoteles-pensión y referentes de organizaciones sociales han manifestado que dicha situación los lleva a utilizar como estrategia la salida a la calle y eso los expone cuando son adolescentes, a los riesgos que se advierten en la dinámica barrial. Como, por ejemplo, entrar en contacto con las drogas y con personas que los utilizan para robar:

“Cuando ya es más grandecito el pibe sale a la vereda porque está cansado de estar en la pieza, y ahí empiezan las juntas. Salí afuera ahora, no sé si viste a

un montón de muchachos. Esos son los que usan a los pibes. Son del barrio, pero son mayores y pueden caer presos. Son los que andan asaltando en los colectivos. Lo sabemos”. (Referente de organización social, mujer).

“De ser humilde de no vivir bien, viven en el hotel, como adentro no tiene mucho lugar, tiene que salir afuera a la vereda, a la calle y se van a la esquina y de ahí se metió en un pequeño problema que le trajo muchos problemas [se refiere al contacto con las drogas]” (Habitante de hotel pensión, mujer)

En este punto es donde la vivienda y el entorno en el que se insertan la/os habitantes cobran una fuerte importancia porque ambas condiciones exponen a las/os mismas/os a diferentes situaciones problemáticas que agudizan situaciones de vulnerabilidad y desigualdad social.

A pesar de que, en líneas generales, se han rescatado las cuestiones negativas del modo de habitar dentro de los hoteles-pensión, es posible identificar prácticas que implican una experiencia positiva a partir de la solidaridad y acompañamiento entre inquilinas/os. Como se observa en los relatos de las personas entrevistadas:

“No es con todos mal la cosa... hay vecinos con los que ya nos conocemos, nos ayudamos, cuidando los chicos, reservando lugar en la cocina” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“A veces nos juntamos a tomar mate, está bueno tener a alguien con quien charlar en el hotel” (Habitante de hotel-pensión, varón).

Asimismo, se detectaron diferentes acciones cotidianas que van desde infringir las reglas de funcionamiento, por ejemplo, conectar equipos electrónicos sin abonar de más, ocultar un embarazo para no tener que dejar el lugar y hasta exigir mejoras edilicias al dueño con la condición de no pagar en el caso de que no las realice. Dichas acciones fueron identificadas como estrategias para anteponerse a las reglas de funcionamiento y al poder del dueño/a. en tanto tal, se las puede definir micro resistencias (Carman y Janoschka, 2014). Algunas de estas se ejemplifican en los relatos de los habitantes de hoteles-pensión:

“A veces amigas mías entran a escondidas... por ahora nunca me vieron... no siempre se puede andar saliendo a la calle, vos querés que vengan a tu casa a tomar mate” (Habitante de hotel-pensión, mujer).

“Vino una chica que estuvo 6 meses ocultando el embarazo, yo no sé cómo hizo. Cuando el encargado se enteró la echó... no quieren tener ningún chico en el hotel, es tremendo” (Habitante hotel-pensión, varón).

“- Esa vez me planté, le dije, hasta que no me arreglen, yo no pago el alquiler
- ¿Y lo arreglaron?
- Sí, no le quedó otra, éramos varios diciéndole que no le pagábamos si seguíamos con el baño así... chorreaba todo, era un desastre” (Entrevista a habitante de hotel-pensión, mujer).

Asimismo, ante situaciones de desalojo, también se conocieron experiencias en las cuales las/os habitantes en conjunto con organizaciones sociales y con el apoyo de trabajadoras/es de entidades públicas, encaminan procesos organizativos para mejorar las situaciones de negociación con las personas dueñas del establecimiento. Sean estas para resistir el desalojo o bien para garantizar mejores condiciones de salida como, por ejemplo, obtener el subsidio habitacional, ganar más tiempo hasta que se efectivice el desalojo, entre otras acciones y reclamos.

#QuedateEnCasa: transitar el ASPO en una pieza de hotel-pensión

Con la pandemia se evidenció la fuerte dicotomía con la que se piensa el acceso a la vivienda: dentro de la ciudad consolidada o en barrios populares. Sin embargo, el aumento de casos y de focos de contagio en distintos barrios de la ciudad consolidada, como en los casos de Flores, Balvanera, La Boca y Constitución, en donde se concentran inmuebles precarios del tipo de hoteles-pensión, inquilinatos o conventillos, ha dejado en evidencia la precariedad habitacional en la que se encuentra la población.

A su vez, esta situación demostró la legalidad difusa con la que operan los hoteles-pensión, dado que la actividad hotelera en la CABA estuvo suspendida durante el ASPO, exceptuando hoteles turísticos que fueron contratados por el gobierno para aislar a la población con COVID-19 o para quienes regresaran a Argentina luego de encontrarse en algún país en el extranjero. Esta cuestión dejó a discreción de las/os dueñas/os de los hoteles-pensión la implementación o no de medidas preventivas. Fue luego de que se realizaron diferentes reclamos de organizaciones sociales y de una presentación oficial realizada por el Ministerio Público de la Defensa²⁰, que el gobierno de la ciudad sancionó el protocolo específico para viviendas multifamiliares²¹.

²⁰ El oficio fue presentado por la Defensora Oficial en lo Contencioso Administrativo y Tributario, Cecilia González de los Santos, ante el Ministerio de Salud de CABA.

²¹ Se trató de pautas específicas de intervención al detectar un caso positivo de COVID-19 en viviendas multifamiliares donde se comparten espacios con diferentes grupos familiares, como es el caso de hoteles-pensión, inquilinatos conventillos. Supone también la obligatoriedad del gobierno de la ciudad de entregar productos de higiene, alimentación y proporcionar una opción donde aislarse para aquellas personas que no podían hacerlo en su vivienda.

Específicamente en el barrio de Constitución, en los meses en que no se contó con dicho protocolo de actuación, los tiempos de atención y derivación ante casos sospechosos de contagio se dilataban. Desde el CeSAC se realizaron acciones para acelerar dichas derivaciones contactando directamente a hospitales, ambulancias, para trasladar a las personas a las unidades febriles de atención para personas con síntomas de COVID-19. En aquellos lugares donde se detectaron personas con COVID-19 positivo fue prácticamente imposible garantizar el aislamiento. Asimismo, algunas/os de quienes eran trasladados a los hoteles dispuestos por el gobierno, tenían el temor de perder su pieza dentro del hotel-pensión, durante el tiempo que se ausente.

Las/os inquilinas/os consultadas/os, en su mayoría mencionaron que en el hotel-pensión en que residen no se estaban tomando ninguna medida específica de higiene y distanciamiento social. A su vez, expresaron la dificultad de repartir el uso de los espacios comunes, como la cocina y el baño, dado que al encontrarse todas/os al mismo tiempo en el lugar, la sobrepoblación y hacinamiento fue más notoria tanto en las piezas como en el inmueble en su conjunto.

En niñas/os y adolescentes se evidenció la falta de espacios para realizar actividades recreativas. Muchas/os de ellas/os concurrían a actividades extra curriculares en organizaciones sociales del barrio (apoyo escolar, juegoteca, etc.) y con las medidas de ASPO estas actividades se vieron suspendidas. Otra cuestión importante para este grupo fue la mala calidad de acceso a internet, o en algunos casos nula, razón por la cual fue muy dificultoso, y en algunos casos prácticamente imposible, sostener la cursada durante el ciclo lectivo 2020. Asimismo, se destacó la falta, o poca cantidad, de computadoras y/o celulares, para que tanto niñas/os como personas adultas pudieran ver garantizado el mantenimiento de cierta cotidianeidad y vinculación con el resto de sus redes sociales, a pesar del aislamiento. En este sentido, la brecha digital limitó la posibilidad de mantener lazos sociales, acceder a información, al ocio, así como también la posibilidad de sacar turnos, realizar reclamos, consultas en salud o incluso gestionar un permiso de circulación para las situaciones en que fuera permitido.

En términos de la situación laboral y de ingresos de las/os habitantes de hoteles, se pudo detectar que dada la informalidad laboral que en su mayoría poseen, tempranamente vieron disminuidos sus ingresos. Ello conllevó a un aumento de la demanda de alimentos. Los comedores y merenderos vieron aumentada considerablemente la cantidad de población que se acercó a dichos lugares. Población que antes no concurría comenzó a hacerlo para ahorrar la plata que les quedaba para otros gastos que tuvieran que afrontar, entre otros, el pago del alquiler de la pieza.

En este punto el fuerte entramado organizativo preexistente dentro del barrio fue clave. Las organizaciones sociales comenzaron a ayudar con los trámites para poder gestionar el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE)²², otorgado por el estado nacional para suplir las faltas de ingresos laborales.

La disminución de los ingresos económicos dificultó la posibilidad de pago del alquiler y muchas/os de las/os habitantes comenzaron a recibir amenazas de desalojo e incluso desalojos concretos. Tempranamente iniciado el ASPO se detectaron desalojos a inquilinas/os²³ que fueron acompañados por organizaciones sociales que intervinieron para frenarlos o en caso de que ello no fuera posible, acompañar a las personas en su relocalización. Esto evidenció un incumplimiento del Decreto 320/20 que se sancionó a nivel nacional para congelar el alquiler y prohibir la realización de desalojos en caso de falta de pago. La interpretación del decreto puede ser confusa y arbitraria, dado que queda una zona difusa para este tipo de alquileres informales. De igual forma, en los hechos no medió interpretación posible y al verse disminuidos los ingresos de las/os habitantes comenzaron las amenazas de desalojos. Algunas/os de las/os propietarias/os o encargadas/os del lugar les decían que se podían quedar, pero con la condición de cuando finalice el plazo impuesto por el decreto, iban a tener que abonar toda la deuda acumulada junta. A otra/os directamente, las/os han expulsado a la calle en plena pandemia.

Las implicancias y consecuencias que el ASPO tuvo en las/os habitantes de hoteles-pensión es aún un tema en análisis, pero lo planteado hasta aquí permitió observar la dificultad de sostener el aislamiento en dichos lugares. Estas cuestiones agudizaron la vulnerabilidad social, económica y de salud en la que se encuentra esta población, para las cuales la intervención conjunta de trabajadoras/es de la salud y de las organizaciones sociales fueron clave para acompañar, sostener y evitar que la crisis sociosanitaria y económica impacte más fuertemente en estos sectores.

Reflexiones finales

Lo trabajado en este capítulo buscó reconocer la importancia que la vivienda y el entorno tienen para la cotidianeidad de las personas. Sin embargo, las des-

²² El IFE fue una medida excepcional implementada por el Gobierno Nacional argentino, para compensar la pérdida o disminución de ingresos en la coyuntura generada por el COVID-19. El IFE incluyó a casi 9 millones de trabajadores de la economía informal, monotributistas de las categorías más bajas de ingresos, a trabajadoras/es de casas particulares y personas que se encuentran actualmente desempleadas (Anses, s.f)

²³ Esto se vio en distintos barrios de la ciudad como Balvanera, Constitución, La Boca, Flores. Algunos de ellos alcanzaron difusión en algunos medios de comunicación ("CABA: denuncian incumplimiento del decreto contra los desalojos" 2020; Medina y Krein, 2020; Murillo, 2020)

igualdades territoriales y de acceso a la vivienda dentro de la ciudad contribuyen a la consolidación de modos precarios de habitar. En tal sentido, en el estudio de la vivienda y el hábitat es necesario relativizar la dicotomía que se plantea entre los barrios populares y la ciudad consolidada y distinguir heterogeneidades dentro de esta última, la cual a priori garantizaría mejores condiciones de habitabilidad.

A partir de ello, el estudio de la experiencia del habitar dentro de hoteles-pensión en el barrio de Constitución permitió indagar estas cuestiones en una escala local de análisis. De esta manera se reconocieron continuidades y diferencias respecto a los tradicionales hoteles que surgieron a finales de la década de 1950 en la ciudad. Se construyó una tipología para dar cuenta de su diversificación a partir de la cual se distinguió el mercado legal e ilegal de alquiler de piezas, a la vez que similitudes en el modo de funcionar de uno y otro. A su vez, el análisis de la dinámica del barrio de Constitución, posibilitó identificar otras actividades económicas que se practican dentro de los hoteles-pensión, como la cocina y venta de droga y la prostitución, que coexisten con la función residencial y permiten maximizar la rentabilidad en el uso de estos espacios.

La inestabilidad en la que se vive, sin garantía de permanencia, dificulta la posibilidad de considerar a los hoteles-pensión como un hogar. La experiencia de habitar estos espacios está mediada por la relación que se establece con las/os dueñas/os, la inestabilidad en la permanencia y el temor al desalojo, la organización del espacio, las malas condiciones habitacionales, la relación con el resto de las/os inquilinas/os, la falta de privacidad, el encierro en las piezas, etc. Se trata de un hábitat en donde se comparten todos los espacios, o la gran mayoría. Dicho compartir no siempre garantiza y fortalece la solidaridad entre quienes co-habitan, sino que se encuentra atravesado por la tensión que genera el encuentro de las diferentes rutinas y costumbres que deben reacomodarse permanentemente a una cotidianeidad compartida con personas desconocidas y por reglas de funcionamiento que son impuestas por las/os dueñas/os y encargadas/os. Ello conlleva situaciones de conflicto, de sobreposición de horarios, de pelear por el uso del espacio, etc. Todas estas cuestiones dan cuenta de una forma específica de habitar que genera consecuencias a nivel psicológico, emocional y físico en sus habitantes.

Esta dinámica habitacional se vio agudizada en el contexto de pandemia. El “Quédate en casa” no es igual para todo el mundo, menos si eso implica quedarse en tu pieza. El ASPO significó un mayor hacinamiento al interior de los hoteles-pensión al no poder ir a trabajar o ir a la escuela, mayores conflictos en el uso de los espacios comunes, imposibilidad de mantener el distanciamiento social, falta de higiene y de ventilación en las piezas, etc. Además, se reconocieron nuevas problemáticas

que profundizaron la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran estas/os inquilinas/os. Desigualdad en el acceso a los dispositivos móviles, las computadoras e internet para garantizar la continuidad escolar y laboral en modo virtual, así como el mantenimiento de vínculos afectivos. Disminución de los ingresos laborales en el hogar y un aumento de la concurrencia a comedores y merenderos del barrio para poder suplir la necesidad alimentaria. Dificultades en el pago del alquiler y amenazas de desalojo, entre otras.

Los hoteles -y el submercado de piezas en alquiler en su conjunto, son viviendas que invisibilizan un hábitat precario y una pobreza urbana persistente dentro de la ciudad. Se trata de inquilinas/os precarias/os que reproducen su vida cotidiana en espacios donde no están garantizadas las condiciones de habitabilidad para un desarrollo adecuado de sus vidas y continúan viviendo allí, generación tras generación, a veces intercalando de un hotel a otro o de manera intermitente entre el hotel y la calle. Sin embargo, como política habitacional en la ciudad, lejos de encontrar una solución, se responde con subsidios habitacionales que sostienen el pago del alquiler a las/os dueñas/os de estos establecimientos y no se realizan suficientes controles que garanticen condiciones dignas. ¿Cómo pueden ser los hoteles-pensión la respuesta que el gobierno da a la situación de calle? Parecería ser que los sectores de menores recursos económicos son a lo único que tienen derecho, porque la otra opción sería la calle o búsqueda de una vivienda ubicada en las afueras del área metropolitana.

Se necesitan políticas integrales que aporten soluciones reales y duraderas a la situación de vulnerabilidad habitacional, económica y de salud en la que se encuentran quienes habitan en estos espacios. Políticas que actúen para saldar esta situación de desigualdad persistente en la ciudad. De lo contrario, el acceso a una vivienda en el sentido amplio y el pleno desarrollo del habitar, lejos de ser un derecho adquirido, continuará siendo un privilegio.

Referencias

- Alves Dos Santos Junior, O; Lacerda, L; Werneck, M y Bruna Ribeiro (2017), *Invisibilidad, heterogeneidade e vulnerabilidade: os cortiços na área portuária do Rio de Janeiro*. VXII Enanpur. Sao Paulo.
- ANSES. Ingreso Familiar de Emergencia. s.f. consultado el 05 de diciembre de 2020. <https://www.anses.gob.ar/informacion/ingreso-familiar-de-emergencia>
- Biaggio, M y Verón N (2008), “Cerca y lejos de la calle: una aproximación etnográfica a un programa de asistencia transitoria a la emergencia habitacional en la ciudad de Buenos Aires cuaderno urbano”. *Espacio, Cultura, Sociedad* 8 (8): 35 - 57.
- Boy, M; Marcús, J y Perelman, M (2013), *La ciudad desde los márgenes. Adultos que viven en la calle y mujeres migrantes que viven en hoteles pensión. Ciudad de Buenos Aires, 2007- 2011*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- “CABA: denuncian incumplimiento del decreto contra los desalojos”. 2020. El Grito del Sur, 10 de Abril, <https://elgritodelsur.com.ar/2020/04/caba-denuncian-incumplimiento-del-decreto-los-desalojos.html>
- Carman, M (2003), “La ciudad visible y la ciudad invisible: el surgimiento de las casas tomadas en Buenos Aires”. *Revista Población y Sociedad* 10/11: 71-108.
- Carman, M (2007), “El principio de “máxima intrusión socialmente aceptable”, o los diversos grados de legitimidad de las ocupaciones urbanas”. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*. 21(38): 130-146.
- Carman, M y Janoschka, M (2014), “Ciudades en disputa: Estudios urbanos críticos sobre conflictos y resistencias. Presentación del dossier”. *Quid 16, Área de Estudios Urbanos*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. 4 (4): 1-7
- Cosacov, N (2009), “Dinámica del capital y movilización de vecinos. Aproximaciones a un análisis micro espacial de un conflicto urbano en un barrio de la ciudad de Buenos Aires”. *Revista Intersticios*. 3 (2): 193-204.
- Consejo Económico y Social de Buenos Aires (CESBA). 2013. “La ciudad de buenos aires inquilinizada Un análisis acerca del mercado formal e informal de alquiler como estrategia de acceso a la vivienda en la CABA”, consultado el 5 de diciembre de 2020, <http://www.bdigital.cesba.gob.ar/bitstream/handle/123456789/90/ciudad%20inquilinizada.pdf?sequence=4&isAllowed=y>
- Cuenya, B (1988), *Inquilinatos en la ciudad de Buenos Aires. Cuaderno 24*. Buenos Aires: Centro de Estudios Urbanos y Regionales.
- Cuenya, B y Toscani, M (2018), “Hoteles-pensión: el alto costo del derecho a la ciudad para los hogares desfavorecidos”. *Revista Voces del Fénix*. 71: 90-97
- Duhau, E y Giglia, A (2008), *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Siglo XXI Editores.

- Echeverría Ramírez, M C (2003), “Hábitat versus vivienda: mirada crítica sobre el vivendismo”. Ponencia presentada en el Foro Internacional: *La construcción del hábitat popular: Experiencias de intervenciones urbanas, arquitectónicas, tecnológicas y pedagógicas*, Departamento de Investigaciones, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, Bogotá, Colombia.
- Espinosa Ortiz; F, Vieyra, A y Garibay Orozco, C (2015), “Narrativas sobre el lugar. Habitar una vivienda de interés social en la periferia urbana”. *Revista Invi*. 30 (84): 59-86.
- Fossatti, L y Uriarte, P s.f. “Informe acceso a la vivienda y población migrante en Montevideo”. *Núcleo de Estudios Migratorios y Movimientos Sociales*, consultado el 12 de diciembre de 2020, https://www.fhuce.edu.uy/images/NEMMPO/Informe_acceso_a_la_vivienda.pdf
- Gobierno nacional argentina, 2020. “Barrios Populares”, consultado el 10 de abril de 2021. <https://www.argentina.gob.ar/noticias/barrios-populares#:~:text=Se%20considera%20Barrio%20Popular%20a,de%20energ%C3%ADa%20el%C3%A9ctrica%20con%20medidor>
- Goffman, E (2006), *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrurtu.
- Heidegger, M (1951), “Construir, habitar, pensar [Bauen, Wohnen, Denken]”. Conferencia presentada en la Segunda reunión de Darmstadt, Alemania.
- Hidalgo, R (2010), “Los centros históricos y el desarrollo inmobiliario: las contradicciones de un negocio exitoso en Santiago de Chile”. *Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona. XIV (331): s/p.
- Marcús, J (2007), “¿Integración o vulnerabilidad?: el caso de las familias que viven en hoteles-pensión de la Ciudad de Buenos Aires”. *Cuaderno Urbano*. 6 (6): 55-70 DOI: <http://dx.doi.org/10.30972/crn.661027>
- Ministerio Público Tutelar, 2018. *Informe sobre condiciones habitacionales en los hoteles de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Poder Judicial de la Ciudad de Buenos Aires.
- Medina, N y Krein, G (2020), “Intento de desalojo a una mujer embarazada de un hotel de Flores” Anred, 30 de Mayo, <https://www.anred.org/2020/06/30/intento-de-desalojo-a-una-mujer-embarazada-de-un-hotel-en-flores/>
- Murillo, E (2020), “Para quedarse en casa hay que tener una” Página 12, 03 de Abril, <https://www.pagina12.com.ar/256792-para-quedarse-en-casa-hay-que-tener-una>
- Oszlak, O (1991), *Merecer la ciudad: los pobres y el derecho al espacio urbano*, CEDES/Hvmanitas, Buenos Aires.
- Pastrana, E; Bellardi, M; Agostini, S. y Gazzoli., R (1995), “Vivir en un cuarto. Inquilinatos y Hoteles en el Buenos Aires actual”. *Medio ambiente y urbanización*. 50 (1): 3-26.

- Pastrana, E; Álvarez, G; Bellardi, M y Di Franceso, V (2008), *El alquiler de piezas en la Ciudad de Buenos Aires en 2008: Condiciones de vida y estrategias residenciales de sus habitantes*. Dirección de Estadísticas y Censos de la Ciudad de Buenos Aires, consultado el 15 de septiembre de 2020, https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/wp-content/uploads/2015/04/modulo_alquiler_piezas_2008_diciembre.pdf
- Pérez, P (2016), “Las heterogéneas formas de producción y consumo de la urbanización latinoamericana”. *Quid 16*, Área de Estudios Urbanos. Instituto de Investigaciones Gino Germani 6: 131-167
- Pérez, P (2018), “El derecho a la ciudad y la mercantilización de la urbanización” *Revista Voces del Fénix*. Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Buenos Aires 71: 124-131.
- Rivas, E (1977), “Estudio analítico de un submercado de vivienda: arrendamiento de piezas. Informe final de investigación”. *Centro de Estudios Urbanos y Regionales-Instituto Torcuato Di Tella*.
- Sautu, R (2005), *Todo es teoría. Objetivos y métodos de Investigación*. Buenos Aires. Lumiere.
- Tilly, C (2000), *La desigualdad persistente*. Buenos Aires. Ed Manatíal.
- Toscani, M (2018), “Dinámica de los hoteles-pensión y los desalojos del barrio de Constitución. Aproximaciones desde la dimensión de poder”. *Quid 16*, Área de Estudios Urbanos. Instituto de Investigaciones Gino Germani 9: 139-152.
- Toscani, M (2019), “Procesos organizativos de los/as habitantes de hoteles-pensión. Problemática de vivienda y desalojos en Constitución entre los años 2007 y 2018”, *Tesis doctoral sin publicar*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, CABA.
- Toscani, M y Rosa, P (2014), “Construir y habitar. Experiencias en el mejoramiento de viviendas en Buenos Aires”. *Mundo Urbano*, Universidad Nacional de Quilmes 50: s/p.
- Vasilachis, I (2006), “La investigación cualitativa”. En *Estrategias de investigación cualitativa*, editado por Irene Vasilachis. Barcelona. Gedise Editorial
- Wacquant, L (2007), *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio*. Buenos Aires, Manantíal.
- Yujnovsky, O (1974), *Claves políticas del problema habitacional argentino 1955-1981*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano
- Ziccardi, A (2016), “Habitabilidad y Política de Vivienda”. En *Cómo viven los mexicanos. Análisis regional de las condiciones de habitabilidad de la vivienda*, editado por Alicia Ziccardi. Encuesta Nacional sobre las Condiciones de Habitabilidad de la Vivienda. Primera edición.

Hacer y deshacer el hogar: Cuidado y violencia en asentamientos informales en Viña del Mar, Chile¹

Ignacia Ossul-Vermehren

Introducción

En Chile, escasas investigaciones han problematizado la cuestión de la vivienda en intersección con las relaciones de género, en específico, para entender las prácticas de cuidado y la violencia doméstica en asentamientos informales. El capítulo contribuye a este vacío al analizar dos prácticas específicas de mujeres para hacer frente a las desigualdades territoriales y de género en contextos de informalidad urbana.

El diálogo entre género y ciudad en América Latina se ha desarrollado en los estudios urbanos para expandir una geografía feminista de las ciudades, y junto a ello, contrarrestar la ausencia histórica de las relaciones de género en los análisis de la vida urbana y en particular del rol de las mujeres en la producción de la ciudad (Ortiz, 2007; Falú, 2009; Pérez Sans y Gregorio Gil, 2020; Soto Villagrán, 2018). Desde el urbanismo feminista, la vida cotidiana es un punto de entrada clave para entender cómo la desigualdad de género y de clase se materializa en los hábitos y se manifiesta en el espacio.

A través de una aproximación etnográfica, con métodos visuales y participativos, el capítulo presenta datos empíricos producidos en los dos asentamientos informales (o campamentos²) más grandes de Chile, ubicados en la ciudad de Viña del

¹ Es parte de los resultados de la tesis doctoral titulada "The Politics of Home-Making: The case of informal settlements in Viña del Mar, Chile" (University College London) financiado por Becas Chile (Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo). El trabajo de campo se realizó en la ciudad de Viña del Mar en los años 2014 y 2015 y se realizaron entrevistas online de seguimiento en 2020. Los nombres de las personas entrevistadas han sido anonimizados.

² El término campamento es usado en Chile desde los años ochenta para referirse a grupos de ocho o más familias que conforman una unidad socio-territorial, sin acceso regular a -al menos- uno de los servicios básicos (servicio sanitario, agua potable y/o energía eléctrica) y que se encuentran en situación irregular de tenencia del terreno (MINVU, 2019). En este capítulo se utiliza el término internacional asentamientos informales utilizado por ONU-Hábitat (2017).

Mar, región de Valparaíso. El capítulo introduce dos prácticas socio-espaciales identificadas durante la investigación y se enfoca en las estrategias de las mujeres por sobre el contexto en el cual estas prácticas emergen. En específico, el capítulo presenta la práctica de '*Cuidado en solidaridad*', que consiste en una estrategia colectiva de crianza, y la de '*Creación de espacios seguros*', en la que las habitantes construyen una nueva vivienda en el asentamiento para huir de la violencia doméstica.

Estas dos prácticas evidencian cómo la violencia y el cuidado son dos lados de la creación de '*bogar*' en asentamientos informales. Y se analizan a la luz de la noción teórica de '*hacer bogar*' y '*deshacer bogar*', términos que han sido escasamente explorados en los estudios de vivienda. Defino estos términos como el conjunto de prácticas socioespaciales de construcción, mantención y planeación del hogar, que permiten o destruyen la vida en y desde el asentamiento informal. Esta definición emerge de una interrogación crítica de la noción de hogar, y cómo esta permite indagar en la producción de hábitat informal para relevar la noción política de la vivienda y su reinscripción en el territorio (Ossul-Vermehren, 2018a; 2019). La forma de habitar de las y los habitantes de asentamientos informales en la ciudad de Viña del Mar – que han enfocado sus esfuerzos en la radicación y autoconstrucción de sus viviendas - muestran nuevas formas de hacer hogar que se sustentan en las prácticas cotidianas de sus habitantes, y hacen de este caso un excelente espacio para analizar prácticas de hacer y deshacer hogar.

Los datos que se presentan en este capítulo con relación a las dos prácticas antes mencionadas fueron producidos antes de la pandemia de COVID-19. Sin embargo, debido al impacto negativo que ha tenido la pandemia en las mujeres (ONU-Mujeres, 2020a), se realizaron un número de entrevistas con participantes de la investigación por videollamada durante mayo a noviembre de 2020. El objetivo era comprender cómo la pandemia había afectado la vida diaria de mujeres y si ésta había tenido un impacto en las prácticas identificadas durante los años anteriores. En este capítulo se presentan principalmente los resultados de la investigación elaborados antes de la pandemia, pero se complementa con los nuevos datos, de modo de poner en contexto las prácticas identificadas.

El capítulo se estructura de la siguiente manera. Comienza con la introducción del caso de estudio y una breve descripción de la metodología. En esta primera sección presento el estado actual de los asentamientos informales en Chile, en específico el caso de Viña del Mar y una nueva aproximación a la vivienda a través de proyectos de urbanización. Una segunda sección, discute el valor de la noción de hogar y, en específico, cómo el concepto de hacer y deshacer hogar se puede adaptar para entender las prácticas de mujeres en asentamientos informales. Los resultados

se presentan en función a las dos prácticas antes mencionadas, entregando datos empíricos producidos antes y durante la pandemia, y se ilustra con fotografías y líneas de tiempo producidas por las mismas participantes. Finalmente, se discuten cuatro implicancias para la conceptualización de la vivienda informal desde una noción crítica de hogar a la luz de los resultados.

A través de la producción de datos inéditos, la contribución del capítulo es doble; primero, ofrece un nuevo punto de entrada, la noción de prácticas de hacer y deshacer el hogar, para analizar la vivienda en el contexto de informalidad urbana en Chile; y segundo, examina el carácter espacial de las prácticas y el rol del territorio en la mediación de las relaciones de género en relación con tareas de cuidado y violencia en asentamientos en Viña del Mar.

Viña del Mar: En búsqueda de un hogar en la ciudad a través de proyectos de urbanización

En Chile, el último catastro nacional de asentamientos informales del Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU, 2019) indicó un total de 47.050 familias habitando en 802 asentamientos a lo largo del país, de los cuales casi un cuarto de esta población se encuentra en la región de Valparaíso (11.228 familias), incluyendo el asentamiento más grande del país llamado Manuel Bustos. Sin embargo, nuevos datos publicados en febrero 2021 por la ONG TECHO-Chile y Fundación Vivienda (2021), revelan un alarmante aumento de 73.5% en las familias viviendo en asentamientos desde el último catastro en 2019. El reporte explica el aumento explosivo debido al impacto social y económico de la pandemia durante el año 2020, sumado a las interrupciones ocasionados durante el *estallido social* en octubre del 2019³. Desde el año 2011, ha habido un aumento progresivo de asentamientos informales en el país, el cual se puede explicar por una combinación de factores históricos, económicos, sociales y urbanos:

“Los campamentos son un reflejo claro de esta crisis [COVID-19, estallido social]. Las altas barreras de entrada al sistema financiero para acceder a una vivienda formal y la prevalencia de situaciones de hacinamiento, allegamiento y arriendo informal y/o abusivo, generan las condiciones idóneas para acentuar la exclusión habitacional y social de este sector de la población como síntoma-

³ En octubre 2019 hubo protestas masivas a lo largo de todo Chile. Estas se iniciaron tras el alza de la tarifa del metro, sin embargo, evolucionaron a demandas sociales generalizadas en la población resumidas en la noción de ‘mayor dignidad’. Esto ocasionó interrupciones en los trabajos y movilidad inter e intra-ciudades de Chile. Uno de los resultados más concretos de las protestas fue el plebiscito llevado a cabo en noviembre 2020 en el que se aprobó redactar una nueva constitución, con paridad de género, para reemplazar la constitución establecida durante los ochenta en la dictadura cívico-militar.

mas de un país con altos índices de desigualdad y segregación territorial.” (ONG TECHO-Chile y Fundación Vivienda, 2021, 8).

La ciudad costera de Viña del Mar, conocida por sus actividades turísticas, concentra el mayor número de asentamientos informales del país. Los 70 asentamientos se encuentran, en su mayoría, emplazados en las partes altas de la urbe, como los cerros y quebradas, lo que dificulta su acceso tanto vehicular como peatonal. La distribución del agua en las partes más altas es a través de camiones aljibe y están conectados informalmente al alcantarillado. Además, muchas de las viviendas están emplazadas en quebradas, las cuales son consideradas zonas de riesgo (ver Imágenes 1 y 2).

A pesar de que la mayoría de los asentamientos de la región se concentran en las ciudades de Viña del Mar y Valparaíso, la investigación de Zunino e Hidalgo (2009) nos entregan datos cuantitativos de la dificultad que tienen los habitantes de asentamientos informales de permanecer en la ciudad. Los autores indican que solo el 13.6% de las viviendas sociales de la región han sido construidas históricamente en la conurbación de Viña del Mar-Valparaíso, imposibilitando la permanencia en la ciudad a través del subsidio de vivienda. Es por ello, que en los últimos diez años las y los habitantes de asentamientos informales se han movilizado para lograr la radicación. Es decir, rechazan el subsidio de vivienda y buscan permanecer en el territorio a través de la compra de los terrenos y así erigir sus viviendas a través de autoconstrucción.

Esta demanda contradice la lógica de la política de vivienda en el país instalada desde los años ochenta que ha promovido la construcción de viviendas sociales en nuevos terrenos construidas por el sector privado. El modelo de la política de vivienda chilena, a pesar de las críticas de los años noventa, ha sido implementado en muchos otros países en América Latina, y goza del reconocimiento internacional como modelo de política habitacional. Es por ello que resulta difícil imaginar alternativas al modo habitacional, y en particular para los habitantes de asentamientos informales.

En Chile, por ejemplo, no existen proyectos de radicación integrales tales como los de *'Favela Barrio'* en Rio de Janeiro en Brasil o *'Proyectos Urbanos Integrales'* de Medellín en Colombia, que buscan no solo la entrega de títulos de dominio, sino que también proveer recursos urbanos y sociales que sean una solución integral tanto para las comunidades específicas, como para la ciudad en su conjunto (ver Fiori y Brandão 2010; Gouverner 2015). En el año 2011 con el alza en el número de asentamientos informales y con asentamientos superando las 1.000 familias, se

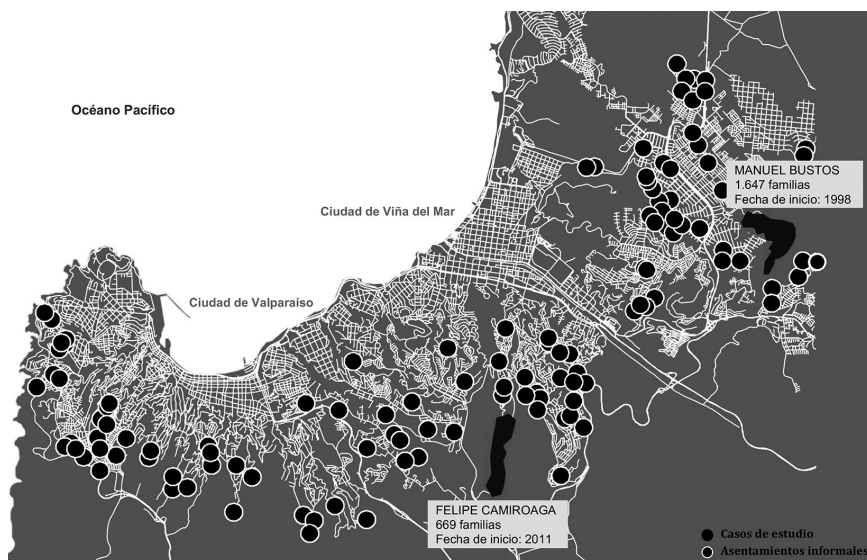


Imagen 1. Asentamientos informales en la ciudad de Viña del Mar y Valparaíso. Como indica la imagen, estos se encuentran en su mayoría emplazados en las partes altas de la urbe, en los cerros y quebradas. Fuente: Elaboración de la autora, basado en MINVU, 2019.



Imagen 2. Calle principal del asentamiento informal Felipe Camiroaga, ubicado en el sector de Forestal, Viña del Mar. Fuente: Elaboración de la autora.

incluyó dentro del portafolio de MINVU las 'Radicaciones con Proyecto de Urbanización', definidas como la "(...) radicación a partir de un proyecto de urbanización y consolidación barrial (acceso a servicios básicos, obtención de título de dominio y mejoramiento de entorno)" (Marcelo, Larenas y López, 2019, 4). En la evaluación del programa, los autores revelan que al año 2018 solo un 8,37% de los asentamientos que debieran estar en curso de la radicación estaba con obras iniciada. Y es más, los autores reflexionan acerca de su objetivo final, "(...) la multisectorialidad que se describe en el programa parece ser por el momento más declarativa que suficiente para contrarrestar de manera eficaz los factores que causan el surgimiento de los campamentos en Chile" (2019: 14).

En 2013, tras años de lucha liderados por las dirigentas (líderes territoriales mujeres), se firmó un convenio inédito entre MINVU y el Gobierno Regional de Valparaíso (ver MINVU-GORE 2014) en el que se acordó radicar 45 asentamientos de Viña del Mar y Valparaíso. Para llevarlo a cabo, se comenzó con un proyecto piloto de Radicación con Proyecto de Urbanización en el campamento Manuel Bustos, el más grande de Chile. Tras 8 años, este ha tenido avances lentos e inciertos, y de concretarse contaría con instalación de agua y alcantarillado, mejoramientos de acceso a través de calles y escaleras, y títulos de dominio individuales. Este no incluye mejoramiento de vivienda ni equipamiento comunitario. Los espacios que han sido construidos por la comunidad en los últimos 20 años permanecerán. Sin embargo, el mejoramiento de sedes comunitarias, canchas de fútbol e iglesias no está establecido en el proyecto, ni tampoco su mantenimiento en el futuro.

En entrevistas con funcionarios de MINVU, municipales y miembros del Gobierno Regional (GORE) durante el año 2015, éstos explicaron que los atrasos en este tipo de proyectos se deben a falta de financiamiento, cambios en la definición de roles entre las autoridades y falta de experiencia técnica. Por ejemplo, el año 2015, la licitación para el proyecto de Manuel Bustos fue declarada desierta en dos ocasiones. Esto significa que no hubo ofertas de consultoras para lotear los terrenos, y hacer los diseños de ingeniería para extender redes de servicios básicos y vialidad por \$325 millones de pesos (500 mil dólares aprox.) (Plataforma Urbana, 2015). Esto se puede explicar, en parte, porque el sector privado ha sido el mayor constructor en el país de viviendas sociales en nuevos terrenos. Pero no así en proyectos de estas características, la cual requiere una coordinación extensa y política entre diversas instituciones, y por ende la multisectorialidad antes mencionada resulta difícil. Por ejemplo, un miembro del Gobierno Regional explicó durante la entrevista las dificultades que existen con la extensión del agua en este tipo de proyectos. En Chile, el agua es manejada por empresas privadas, y por lo tanto, el Estado debe negociar con

ellas para poder extender la infraestructura a un proyecto de urbanización. Como estos se ubican en zonas con topografías elevadas y, por lo tanto, más costosas y con clientes con menor capacidad para pagar, no es un escenario atractivo para las compañías de agua, resultando en una situación compleja de negociar.

Las características de los proyectos de urbanización indicarían, que a pesar de que se asegurará la tenencia del territorio para las y los habitantes, este no cambiará radicalmente su forma de habitar la ciudad. Tampoco pareciera ofrecer una nueva forma de integración urbana y social para la ciudad de Viña del Mar, en la línea con los principios de Favela Barrio en la que se han construido infraestructura urbana en las favelas para abrirlas a la ciudad, tales como bibliotecas y gimnasios públicos. Sin embargo, el hecho de que se estén pensando nuevas formas de concebir vivienda para las y los habitantes, que vaya más allá de la entrega de unidades habitacionales como se ha hecho en Chile por más de 50 años, es un primer paso para pensar la política de vivienda no solo como un programa habitacional, sino que también como urbanismo.

¿Cómo el proyecto de urbanización media las relaciones de género? A pesar de que hay un mayor número de mujeres que hombres vive en asentamientos informales en el país (MINVU, 2019) y la mayoría de las líderes comunitarias en Chile son mujeres (Pizarro, Atria y Undurraga, 2008), aún existen escasas investigaciones que analicen cómo la vivienda informal media las relaciones de género. Por ejemplo, en la región de Valparaíso, casi un tercio de los grupos familiares están encabezados solo por una mujer. A esto se debe agregar que del total de personas viviendo en asentamientos informales en la región, un tercio son menores de edad. Este número es más alto que en el promedio del país en asentamientos informales y es también mayor que en el grupo socioeconómico más pobre (MINVU, 2019). Es decir, la concentración de menores de edad viviendo en asentamientos informales en Valparaíso indicaría que hay una relación no solo socioeconómica, sino que también territorial entre menores de edad y el tipo de hábitat. Es por ello que resulta tan relevante poder examinar de cerca la relación entre tareas de cuidado y cómo estas se manifiestan espacialmente en la región de Valparaíso.

En la región de Valparaíso, las dirigentas han tenido un rol clave. Su involucramiento en el proceso de vivienda les ha permitido no solo ocupar un rol comunitario, pero también político. Por ejemplo, la vocera de Manuel Bustos lanzó su candidatura como concejal por Viña del Mar para las elecciones de abril 2021. En los resultados que se discuten en este capítulo, sugiero que las prácticas de cuidado y de construcción de vivienda con la ayuda de otras mujeres, permite establecer relaciones de confianza y apoyo que fomentan el involucramiento de las mujeres en

estos roles. Y que explicarían, en parte, la posición empoderada de algunas mujeres para liderar la lucha por el reconocimiento de sus comunidades y las negociaciones de proyectos de urbanización.

Visibilización de prácticas cotidianas en hábitat informal urbano a través de métodos participativos

La investigación que se discute en este capítulo se realizó en los asentamientos Manuel Bustos y Felipe Camiroaga. El asentamiento Manuel Bustos, formado en 1997, está ubicado en el sector de Achupallas. Actualmente es el asentamiento más grande de Chile con al menos 1.647 familias (MINV, 2019) y es el proyecto piloto dentro del convenio MINVU-GORE. El segundo asentamiento, Felipe Camiroaga, es un asentamiento relativamente nuevo, ubicado en el sector de Forestal, y que fue establecido en el año 2011 principalmente por familias de arrendatarios desilusionados por el sistema de postulación a la vivienda. En sus primeros años, lucharon activamente para ser reconocidos dentro del catastro nacional de asentamientos. El catastro de 2019 indica que habitan 669 familias, sin embargo, las y los residentes estiman que viven al menos 1.000 familias. En 2017, tras fallidas comunicaciones con el municipio para instalar postes de iluminación, un grupo de dirigentes se encadenó al hotel O'Higgins interrumpiendo el Festival Internacional de la Canción de Viña del Mar. Las protestas fueron ampliamente cubiertas por la prensa (ver El Mercurio 2017) y echaron luz a la crisis de vivienda en la región, históricamente ignorada en la esfera política.

En este capítulo se presentan los hallazgos de las actividades participativas y en específico las prácticas de mujeres en relación con el cuidado y la violencia. Se exhiben datos recopilados a lo largo de seis años (2014-2020). Los métodos utilizados incluyeron talleres de fotografía participativa, historias de vida con líneas de tiempo individuales y entrevistas semi-estructuradas. El carácter visual y participativo de la investigación fue diseñado con el fin de contrarrestar el uso del lenguaje como medio primario para profundizar en la noción de hogar (Pink, 2007) y lidiar con alguno de los desafíos de capturar prácticas cotidianas, tales como hacer explícitas rutinas internalizadas por las y los habitantes y explicitar la manifestación espacial de las mismas. Las y los participantes incluyeron 75 mujeres y hombres de entre 17 y 75 años. El número de participantes no es estadísticamente representativo del número de habitantes en ambos asentamientos, sin embargo, el carácter exploratorio y con el fin de identificar prácticas cotidianas, justificaron el uso de una metodología cualitativa y etnográfica.

A modo de entender cómo la crisis de COVID-19 estaba afectando a las parti-

cipantes, entre mayo y noviembre de 2020 se realizaron 10 entrevistas por video llamada en WhatsApp sobre la percepción de violencia y las tareas de cuidado. Sumado a esto, se hizo acompañamiento online de un taller de manualidades conformado por 12 mujeres en el asentamiento Manuel Bustos. Cabe destacar que las ciudades de Valparaíso y Viña del Mar estuvieron en confinamiento parcial desde marzo hasta junio de 2020. Sin embargo, desde este mes hasta octubre del mismo año entraron a cuarentena total.

En línea con la propuesta de Moser y McIlwaine (1999) para validar datos en investigaciones en asentamientos informales, se siguieron tres técnicas; triangulación de datos a través de una serie de métodos (los resultados producidos con un método se compararon con los resultados de otros métodos), repetición (la misma pregunta a través de diferentes técnicas) y validación con las y los dirigentes comunitarios de ambos asentamientos. La investigación contó con la aprobación del comité de ética de University College London y se utilizaron seudónimos para proteger la privacidad de las y los participantes.

El rol de la vivienda en la violencia doméstica y el cuidado

El trabajo doméstico no remunerado es una de las dimensiones menos reconocidas de la contribución de las mujeres al desarrollo y a la supervivencia económica de los grupos familiares. Este tiene importantes consecuencias en las mujeres, ya que “(...) restringe notablemente la posibilidad de las mujeres de contar con ingresos propios, de buscar opciones en el mercado laboral, de participar plenamente en la política (...)” (ONU-Mujeres, 2020b, 2).

Un estudio realizado en Chile durante los primeros meses de la pandemia reveló que las mujeres realizaron nueve horas más de tareas reproductivas que antes de la pandemia, mientras que el 40 % de los hombres encuestados no destinó ninguna hora a tareas domésticas (Bravo, Castillo y Hughes, 2020), lo que implica un aumento aún mayor en la brecha entre mujeres y hombres.

Las tareas reproductivas incluyen las labores domésticas y el cuidado de miembros en el núcleo familiar y extendido. En específico, las tareas de cuidado – que incluyen a menores de edad, personas en situación de discapacidad o que padecen una enfermedad - tienden a conceptualizarse en términos temporales (horas al día destinadas) y económicos (dinero que se deja de ganar por realizar las tareas de cuidado) (ONU-Mujeres, 2020b), pero es poco común que se conceptualice en términos espaciales. Esto se refiere a cómo las tareas de cuidado se ven influidas por el arreglo espacial y por la ubicación territorial de la vivienda, barrio y ciudad, dejando en evidencia el potencial rol del espacio como facilitador o limitador al momento

de realizar el cuidado. En asentamientos informales, en donde la materialidad de la vivienda y las relaciones en el territorio juegan un rol importante, entender las tareas de cuidado desde una dimensión espacial es fundamental para una mejor comprensión de las relaciones de género.

Las condiciones materiales de la vivienda pueden generar condiciones de riesgo o protectoras frente a la violencia de género (Sweet y Ortiz Escalante, 2015). Meth (2003) argumenta que la violencia doméstica en los asentamientos informales no puede ser entendida independientemente de sus condiciones materiales. Un ejemplo de aquello es la idea del espacio doméstico como un lugar con privacidad; es decir, exclusivo, aparte, aislado del ruido y de la mirada de otras personas. El hecho de que en la mayoría de las viviendas en asentamientos informales las habitaciones pueden estar divididas por cortinas o puertas sin cerrojo, tener usos múltiples (ej. comedor y dormitorio) y niveles altos de hacinamiento son un ejemplo de aquello. Esto es una muestra de cómo la vivienda puede influir en la experiencia de la violencia. Sweet y Ortiz Escalante (2015) plantean que las estrategias para abordar la violencia de género deben ir más allá de la división pública y privada, y es por ello, que las autoras plantean que la arquitectura y el urbanismo tendrían un rol en la mejora de la seguridad de las mujeres y de menores de edad.

La violencia de género en Chile, y en particular la violencia doméstica, aumentó exponencialmente durante el 2020 debido a las medidas de confinamiento e interrupciones de servicios de asistencia producto de la pandemia. En Chile, se produjo un alza del 200 % en los llamados a la línea de orientación de violencia contra las mujeres. Y el acceso a las medidas puestas por parte del Estado han sido difícil de acceder. Debido, por ejemplo, a la escasa utilización de redes sociales, a servicios con atención limitada y al poco uso de las casas de acogida. Estas últimas tienen restricciones en la edad de las y los menores de edad de hasta 14 años (por ende, las mujeres con adolescentes no pueden acceder) y no se contempla la protección de adolescentes o niñas víctimas de violencia (Observatorio Ciudadano, 2020).

En ese sentido, las pobladoras, quienes luchan día a día por el acceso a una vivienda digna, se encuentran, en lo que llama Fraser (2009), en el cruce entre una lucha *redistributiva* de recursos — es decir, una lucha por mejorar el acceso a bienes materiales urbanos debido a la desigualdad de clase — y una disputa de *reconocimiento* que reconozca las desigualdades específicas de ser mujer, donde el cuidado y la violencia son aspectos centrales de la desigualdad de género. Por lo tanto, y como sugiere la autora, no es posible avanzar en términos de justicia social si solo se atienden los aspectos redistributivos, por ejemplo, el proyecto de urbanización. Sino que también cómo los aspectos redistributivos se cruzan con la desigualdad producida por ejes de diferencia, tales como género, raza, discapacidad y edad.

Resignificar y politizar la noción de ‘hogar’

De modo de entender el rol de la vivienda para avanzar en términos redistributivos y de reconocimiento, tomo como punto de partida la noción teórica de hogar. La literatura de la geografía del hogar parte de la crítica a la concepción del espacio doméstico como un lugar seguro, circunscrito a lo privado y a lo femenino (Blunt y Dowling, 2006; Mallet, 2004). En ese sentido, este campo de estudio rechaza tajantemente la idea de hogar únicamente como ‘*refugio*’ y lo redefine como: “(...) un sitio en disputa, moldeado por diferentes ejes de poder y en múltiples escalas [territoriales] (...) con una inscripción colectiva y política en el espacio y el tiempo, y sobre su encarnación en la mujer” (*traducción autora*)⁴ (Blunt, 2005, 5). A tal efecto, la noción de hogar se redefine con el objetivo de hacer explícitas las diversas desigualdades de género, clase, etnia, discapacidad, etc. y relevar la noción política del hogar para reinscribir las desigualdades en el territorio.

Es desde ahí que sugiero que una noción crítica del hogar debe ser entendida de, al menos, cuatro maneras: 1) como un sitio de múltiples afectos y de vulnerabilidad de género (tanto para hombres como para mujeres); 2) como un lugar de empoderamiento, organización y acción; 3) como un espacio multiescalar, no circunscrito únicamente al espacio doméstico, sino que al barrio y a la ciudad; 4) y, finalmente, como un lugar en que las relaciones de género se entiendan en relación a procesos sociopolíticos e institucionales (ver Ossul-Vermehren, 2018a).

Hacer y deshacer el hogar: luces analíticas para analizar cuidado y violencia

Los conceptos hacer hogar y deshacer el hogar son una traducción de las palabras en inglés ‘home-making’ y ‘home-unmaking’. En la literatura anglosajona, estos conceptos se han desarrollado en los últimos años por geógrafas feministas para referirse a las prácticas que crean o destruyen el hogar (Baxter y Brickell, 2014; Nowicki, 2018). Si bien han tenido un uso incipiente en geografía humana, estas se han utilizado de manera escasa como unidad de análisis en el contexto producción de vivienda informal y de política de vivienda social. Una excepción es el estudio reciente de Mora, Greene, Gaspar y Moran (2020) que utiliza la noción de prácticas de hacer hogar en el análisis de un programa de construcción progresiva de viviendas en Chile, mostrando el potencial del concepto para las políticas urbanas. Sin embargo, el análisis no se hace en función a las relaciones de género.

En este sentido, propongo la noción de hacer hogar como una forma adaptar la noción anglosajona, aunando puntos de vista que la literatura ha desarrollado de

⁴ Todas las traducciones son de la autora salvo que se afirme lo contrario.

manera aislada en los componentes de acción política, prácticas cotidianas, producción de la vivienda, división de roles de género y participación en la ciudad en América Latina. Defino las prácticas de hacer hogar como el conjunto de procedimientos socioespaciales de construcción, mantención y planeación del hogar, que permiten la vida en y desde el asentamiento informal, el que es desarrollado a través de un modelo tridimensional de hacer hogar. Es decir, prácticas asociadas a la construcción, mantención y planeación de la vivienda. Esta definición nace en la relación dialéctica entre la literatura y el trabajo de campo realizado para esta investigación.

En la lucha por la vivienda, las prácticas de hacer hogar toman una connotación profundamente política, ya que las y los residentes de asentamientos informales muchas veces imposibilitados de ejercer acción directa, “aprovechan las grietas” (de Certeau, 1988, 37) disponibles en el sistema para acceder a un terreno, conectándose informalmente a servicios y edificando a través de autoconstrucción. Por ende, las prácticas de construcción, mantención y planeación del hogar informal, más allá de lo que se articula verbalmente, toman un valor en la vida cotidiana.

En este sentido, la consecución de una vivienda informal no es un logro estático y, por lo tanto, conquistado de una vez, sino que se hace y deshace constantemente. El carácter continuo de la creación de un hogar en el asentamiento se da por la fragilidad del contexto, como afirman Dayaratne y Kellett (2008, 66):

“El hacer hogar no es un acto que tenga un principio o un final específico (...) Se hacen esfuerzos continuos para construir, mantener y mejorar la sensación de hogar una vez establecido con las circunstancias continuamente cambiantes de la familia y su mundo social”.

Si las prácticas de hacer hogar pueden ser entendidas como aquellas que refuerzan la posibilidad de vivir en el asentamiento y/o lograr una solución habitacional definitiva, las prácticas de deshacer el hogar son aquellas que atentan con esta posibilidad, tales como el desalojo forzado, desastres naturales y violencia doméstica.

Estudios recientes sobre este concepto, toman la idea mencionada anteriormente y se enfocan en la cotidianidad de la destrucción del hogar, utilizando el concepto de deshacer el hogar (Baxter y Brickell, 2014; Nowicki, 2018) y lo definen como “(...) el proceso precario por el cual los componentes materiales y/o imaginarios del hogar son, de manera involuntaria o deliberada, temporal o permanente, despojados, dañados o incluso destruidos” (Baxter y Brickell, 2014, 134). Esta noción se deriva del concepto de ‘*domicidio*’ (Porteous y Smith, 2001), palabra acuñada como el “suicidio del domus”, y definida por sus autores como “... la destrucción

deliberada del hogar contra la voluntad del habitante” (2001, 3). Los autores identifican tres causas que pueden causar el domicidio: proyectos corporativos, políticos o burocráticos. En esa línea, afirman que “El domicidio extremo tiende a ocurrir con poca frecuencia (...). En cambio, el domicidio cotidiano se da de forma continua en todo el mundo” (Porteous y Smith, 2001, 106).

Como la definición de domicidio indica, los aspectos de hacer y deshacer hogar posicionan a las prácticas de cuidado y violencia en múltiples escalas, así como entre diversos actores e instituciones. El trabajo de Han (2012) sobre violencia y cuidado en viviendas sociales en Chile podría dar luces de cómo adaptar la noción de deshacer el hogar al contexto nacional. La autora examina cómo la violencia y el cuidado coexisten en la creación de este. Han argumenta que los y las pobladoras han sido sometidas a dos tipos de violencia en Chile: la violencia ejercida por las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura cívico-militar en los años ochenta, y la violencia del modelo neoliberal y las políticas sociales implementadas en los últimos 40 años, que han producido desigualdades socioeconómicas extremas en el país. El cuidado, por otra parte, lo plantea como una forma de contrarrestar la violencia y es entendido por Han como el acto de proteger y asistir a otras personas para mitigar las fuerzas de precariedad económica presentes. Es una definición que plantea el cuidado a la luz de tareas y relaciones afectivas entre vecinas y vecinos. El caso de *allegadas* y *allegados*⁵ en la literatura chilena es un ejemplo de aquello. Esta forma de entender el cuidado, como una manera de contrarrestar la violencia, es un planteamiento interesante para analizar las prácticas de hacer y deshacer hogar. Tanto Han (2012) como Araujo y Martuccelli (2012) plantean las prácticas de cuidado como una estrategia de sobrevivencia de las y los más pobres en Chile.

Para el análisis de esta investigación se toma como punto de partida las definiciones de violencia y cuidado articuladas por Han (2012), y se examinan a la luz de las definiciones discutidas anteriormente sobre prácticas de hacer y deshacer hogar. De esta forma, se busca que la noción analítica de prácticas de hacer y deshacer el hogar permita obtener una mirada específica en cómo la violencia y el cuidado se refleja en las acciones del día a día de las habitantes, y cómo se manifiestan en el territorio.

⁵ *Allegados/as* en Chile se refiere a dos o más núcleos familiares viviendo en una misma vivienda (ver Ossul-Vermehren, 2018b para una definición detallada de *allegado*).

Prácticas de mujeres para hacer frente a la violencia doméstica y urbana en asentamientos informales en Viña del Mar

A continuación, se presentan las dos prácticas socioespaciales seleccionadas en específico.

Práctica 1: ‘Creación de espacios seguros’

Un 40% de las mujeres entrevistadas durante los años 2014 y 2015 afirmó que fue víctima de violencia por su pareja en algún momento de su vida y debió mudarse a una nueva vivienda en el asentamiento, muchas veces construida por ellas mismas o con el apoyo de vecinas y familiares.

Linda (40 años), es dirigente de uno de los comités de vivienda en Manuel Bustos. Ella llegó a vivir al asentamiento junto a su pareja e hijos a fines de los años noventa, después que su vivienda en otro asentamiento en la ciudad fuera destruida en una inundación. Al igual que la mayoría de las viviendas informales de la ciudad, ésta se encontraba ubicada en la ladera de uno de los cerros en una zona de riesgo. Tras diez años sufriendo violencia doméstica, Linda decidió dejar su vivienda junto a sus hijas e hijos, y con la ayuda de su hermana que también vive en la comunidad, consiguió un terreno y una pieza de madera en el mismo asentamiento. Linda explica que el haber dejado la vivienda le permitió empezar una nueva vida y fue ahí cuando comenzó a involucrarse en el trabajo como dirigente. Linda identificó estos acontecimientos y la construcción de su vivienda durante la producción de su línea de tiempo (Imagen 3). Ella explica:

“Esto nunca iba a terminar. Si no me iba con los niños, él no iba a parar. Yo tenía una relación muy mala con mi marido y los niños sufrían mucho por eso (...). De un día para otro decidí venirme para acá [a la nueva vivienda]. Deje mi casa que tanto me había costado construir, por una pieza de madera. Tenía solo dos habitaciones y un pequeño espacio para la cocina y el baño, ni siquiera tenía aislación, pero al menos era mío”.

La estrategia específica de construir una vivienda en el mismo asentamiento para escapar de una situación violenta pareciera no estar documentada anteriormente en Chile. Esta práctica la denomino ‘Creación de espacios seguros’, ya que emerge como una estrategia individual, pero apoyada por otros residentes, para proporcionar un espacio alternativo al hogar violento, ya sea temporal o a largo plazo. En un contexto de déficit habitacional, como menciono anteriormente, y de acceso limitado a refugios de protección frente a violencia doméstica, la construcción de una nueva vivienda muestra el valor que tiene la vivienda informal y autoconstruida en proporcionar una solución rápida y efectiva para las mujeres y sus familias.

LINDA (40 años), dirigenteA en Manuel Bustos

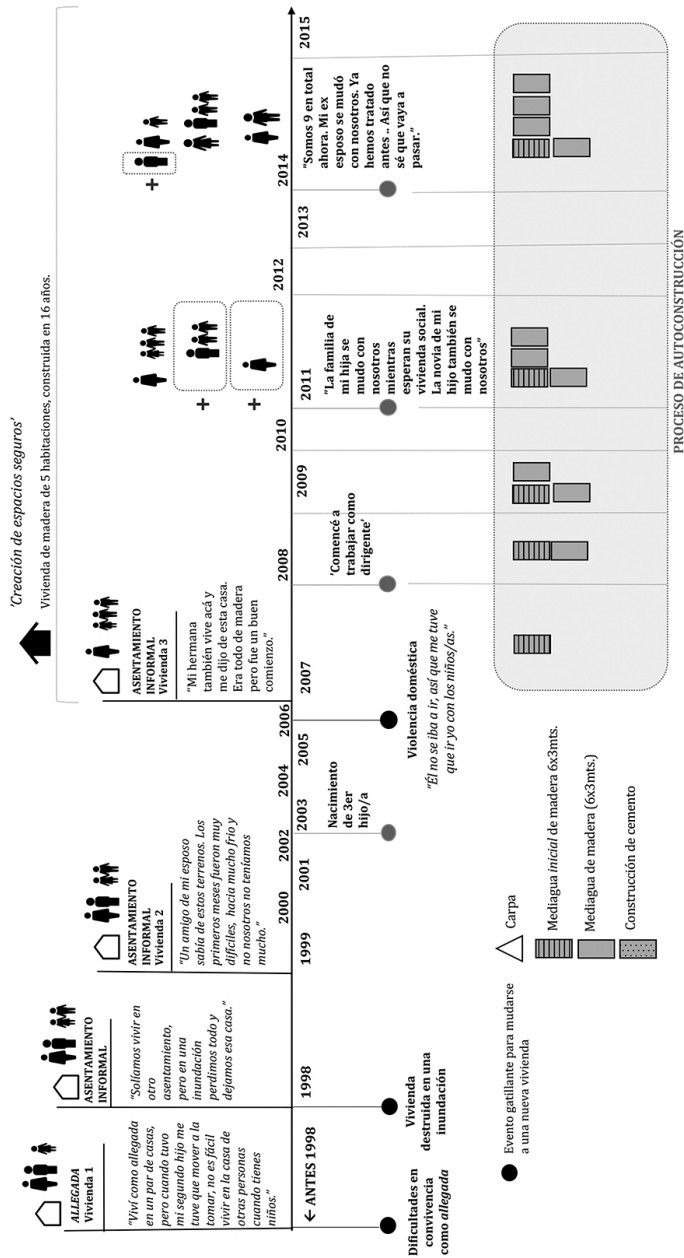


Imagen 3. Historia de vida de Linda, dirigenteA de Manuel Bustos. La línea de tiempo elaborada por la participante muestra los eventos que provocaron mudarse a una nueva vivienda (círculo negro), evidenciando las dificultades vividas por *allegamiento*, situación de riesgo por desastre natural y violencia doméstica. Como indica la línea de tiempo, Linda construyó una nueva vivienda en el año 2006 para huir de una relación violenta. Fuente: Elaboración de la autora.

A través de líneas de tiempo elaboradas por las participantes bajo el enunciado *¿Cómo llegaste a esta vivienda? y ¿Cómo ha cambiado tu vivienda desde que vives aquí?*, es posible ver cómo la violencia doméstica es un quiebre y un impulsor para la toma de decisiones de las mujeres en torno a la vivienda. El deshacer el hogar permite la posibilidad de emancipación del hogar violento y de construcción de una nueva vivienda en la que las mujeres pueden tener un mayor control.

Los talleres de fotografía participativa, bajo la tarea fotográfica *¿Qué significa el hogar para ti?*, también revelaron historias de violencia doméstica, incluso cuando la pregunta no hacía alusión directa a aquello. Bernarda (52 años, Manuel Bustos) dejó a su pareja y se mudó a una vivienda en el asentamiento construida por ella misma. Mientras explicaba las fotografías que tomó de su vivienda, tanto del exterior como del interior (Imagen 4), afirmó que: *“Yo no sabía cómo construir, pero poco a poco vas construyendo tu casa, y en eso te construyes a ti misma también”*.

Las mujeres reconocen que esto es posible dadas las condiciones informales del asentamiento a diferencia de otros arreglos de vivienda, como plantea Isabel (34 años, Felipe Camiroaga):



Imagen 4. Fotografías elaborada por Bernarda (52 años) en el taller de fotografía participativa en el asentamiento informal Manuel Bustos. Las fotografías muestran la vivienda construida en el asentamiento por la participante tras dejar una relación violenta. Esta vivienda fue construida completamente por la participante. Fuente: Elaboración de la autora.

“Cuando yo vivía de allegada era imposible escapar a alguna parte.” y añade, “Cuando vives en una de las viviendas del gobierno no puedes ampliarte, no puedes hacer nada, está encerrada”.

Por ejemplo, Elena (57 años) explica el riesgo que implica mudarse y construir una nueva vivienda. Elena se mudó a Manuel Bustos desde otro asentamiento, ella explica:

“Yo pensaba, ‘voy a perder mi terreno, no voy a tener ningún apoyo’, pero lo hice de todos modos (...) Al principio fue muy difícil, porque tuve que construir la casa yo misma. No tenía mucho dinero para materiales, el primer invierno lo pasé debajo de una plancha de zinc”.

También es posible gracias a las redes de apoyo que existen en el asentamiento, como se ilustra en el caso de Linda, en el que su hermana la ayudó a encontrar un terreno. Así como se explicará en la siguiente práctica, la mitad de las habitantes tiene familiares o amigas/os que se mudaron al asentamiento para mantener sus redes de apoyo. En el caso de Manuel Bustos, en donde las y los habitantes han vivido por un mayor tiempo, las redes se han ido formando en la misma comunidad, mientras que en Felipe Camiroaga, las habitantes invitaron a otros miembros de la familia a mudarse al asentamiento y constituir unidades familiares.

A pesar de que hay casos en que las mujeres construyen su vivienda solas, muchas de ellas también recibieron ayuda de sus familiares o vecinas/os u a través de una ONG. La construcción es un proceso largo y cíclico que toma tiempo y recursos. Así como es posible ver en la Imagen No. 3, la vivienda autoconstruida se compone de una serie de habitaciones de madera que se van acumulando con el tiempo y lentamente se mejora su materialidad. En este sentido, las mujeres manejan astutamente los recursos y las redes disponibles para construir su nueva vivienda.

Los relatos de las participantes de diferentes edades, la mayoría de las cuales tienen hijas e hijos, demuestran cómo la violencia doméstica es una realidad común para muchas mujeres en ambos asentamientos. La estrategia específica de mudanza refleja la importancia de crear un nuevo hogar donde las habitantes se sientan seguras a corto y/o largo plazo. Permanecer en la misma área o comunidad ofrece una solución de vivienda menos disruptiva, ya que pueden mantener las redes de apoyo. Sin embargo, las relaciones con hombres abusivos no tienen un final claro y el proceso tiende a ser cíclico. Al menos la mitad de las mujeres entrevistadas que dejaron la vivienda habían vuelto con su pareja en algún momento, ya que sentían que necesitaban ayuda, apoyo o dinero.

Durante la pandemia, la posibilidad de emancipación se ha reducido, principalmente debido a las limitaciones físicas de recibir ayuda de vecinas y familiares, y el acceso a materiales de construcción. Sin embargo, las participantes a través de las videollamadas realizadas para esta investigación, expresaron preocupación y solidaridad por mujeres que pudieran estar sufriendo violencia. También habría una mayor concientización (a diferencia de las entrevistas llevadas a cabo en 2014-2015) sobre condenar la violencia de género, y el rol de la comunidad en proveer ayuda y protección. En las palabras de Pilar (60 años, Manuel Bustos):

“Necesitamos ser más empáticas y apoyarnos más. Ya no podemos hacernos las tontas cuando escuchamos que algo está pasando en la casa de al lado o en el pasaje” (noviembre 2020).

Linda explica,

“No sé los números, pero la violencia ha aumentado de todas maneras. Yo creo que es porque todo el mundo está más tenso, la mayoría de los hombres perdió el trabajo, los niños no están yendo al colegio, entonces las cosas se complican en la casa” (mayo 2020).

Las palabras de Linda corroboran la percepción de aumento de la violencia, pero también muestran cómo esta se atribuye no solamente a las características individuales de un agresor, sino que a un entorno que se ha visto gravemente afectado por las consecuencias socioeconómicas de la pandemia.

Práctica 2: ‘Cuidado en solidaridad’

Las labores de cuidado en ambos asentamientos son extensas y variadas. Estas no solo se limitan al cuidado de niñas y niños, sino que también de adolescentes, personas mayores y aquellos con condiciones de salud y discapacidad. En este sentido, las tareas de cuidado, son una práctica fundamental de hacer hogar de modo de crear y preservar la vida humana en el asentamiento.

Los tipos de arreglos muestran como, principalmente las mujeres, dependen de soluciones solidarias y comunitarias que se adapten a sus diferentes necesidades y diversas responsabilidades, y que permiten no solo cuidar a un/a niño/a u adolescente, sino que al intento colectivo de criar un “buen/a niño/a” en un “mal ambiente” (como expresaron un grupo de mujeres durante el taller fotografía participativa en Manuel Bustos, mayo 2015). Es particularmente importante en Manuel Bustos, donde en los últimos diez años, los/las habitantes han visto un incremento en la venta de drogas y temen que sus hijos e hijas puedan comenzar a consumir o vender.

La topografía del territorio, en dónde ambos asentamientos se emplazan en

las cumbres y las laderas de cerros, se añade a las dificultades prácticas de las tareas de cuidado. Llevar a las y los menores de edad al jardín infantil o al colegio se ve dificultado por la idea de ‘subir y bajar’ el cerro. Esto empeora durante el invierno, ya que las calles y accesos no están pavimentados, e imposibilitan la movilidad. En los talleres de fotografía, un gran número de fotografías tomadas retrató las dificultades de movilidad y el cuidado de menores de edad, como se ilustra en la Imagen 5.

La tarea de cuidado en solidaridad tiene tres características principales; 1) el cuidado es informal y flexible, 2) está basado en solidaridad y 3) se extiende al espacio público. Esta práctica la denomino ‘*cuidado en solidaridad*’. Es una estrategia tanto individual como colectiva de proteger a los menores de edad (incluyendo adolescentes), tanto en el espacio privado, como público, con el fin de proveer cuidados extensos y múltiples en el día a día. Con el fin último de proteger a aquellos más vulnerables en el asentamiento y a largo plazo, hacer frente a un entorno que definen como precario y desafiante.

Las mujeres explican que es importante que el cuidado sea ‘informal y flexible’. A pesar de que existen guarderías y jardines infantiles cerca en cada asentamiento (en la parte baja del cerro), no las prefieren porque tienen horarios definidos; les



Imagen 5. Fotografías elaboradas en el taller de fotografía participativa en el asentamiento informal Manuel Bustos. A la derecha, una fotografía acompañando a menores de edad al colegio, a la izquierda cuidando a menores de edad en la vivienda. Fuente: Elaboración de la autora.

toma mucho tiempo subir y bajar juntos a los menores de edad (especialmente en invierno) y no atiende a todas las necesidades de cuidado que ellas requieren (por ejemplo, rango de edades y cuidado a adultos mayores).

Es un trabajo no remunerado y basado en la 'solidaridad' entre vecinas/os y familiares, que, a través de una red compleja de favores resuelven una serie de necesidades. Se entrega ayuda no solo de cuidado de niñas/os, pero también apoyo a adultos mayores, intercambio de agua y comida entre otros. Esto coincide con múltiples estudios en Chile sobre familias de bajos recursos, y representa una forma directa de sobrevivencia en contextos precarios (Araujo y Martucelli, 2012; Han, 2012).

Sin embargo, no todas las mujeres se benefician de la solidaridad en el asentamiento. Para las mujeres que llevan menos tiempo en la comunidad o aquellas provenientes de otros países, les es mucho más difícil acceder a la ayuda. Por ejemplo, Teresa (32 años), quien llegó a Felipe Camiroaga hace un par de años desde Perú, es la única cuidadora de sus dos hijos de 4 y 7 años: "Para mí ha sido muy difícil ser madre soltera, sin conocer a nadie y siento que nadie me quiere ayudar."

Varias de las adultas mayores entrevistadas aseguraron que el cuidado de menores de edad es algo que preferirían no hacer, pero no tienen opción. Karin (58 años, Manuel Bustos) está al cuidado de su esposo que tiene fibrosis pulmonar y además al cuidado a tiempo completo de su nieta de 3 años: "Mi vida es estar adentro de la casa, encerrada. No tengo actividades afuera (...) este es mi mundo y es agotador".

Y por último, la ayuda tiene una clara 'dimensión espacial', tanto en las decisiones que toman las habitantes sobre dónde y con quién vivir para facilitar tareas de cuidado y cómo este se manifiesta en los espacios públicos. A través de las entrevistas y diarios fotográficos fue posible identificar unidades familiares que se agrupan en un conjunto de viviendas. En la Imagen 6 se muestra la unidad familiar de Estela (33 años, Felipe Camiroaga). Esta está compuesta por 5 viviendas, todas agrupadas en un pasaje del asentamiento Felipe Camiroaga.

"En mi pasaje viven mi mejor amiga, mi mamá, mi tía y la amiga de mi mamá. A la calle le pusimos el nombre de mi hermano que falleció. No tiene precio tener nuestro propio pasaje, eso nunca te lo daría el gobierno. Por ejemplo, yo puedo pueda dejar a mi hija con cualquiera de mis vecinas y sé que va a estar en buenas manos".

Lo anteriormente mencionado es un área menos explorada en el estudio de cuidado informal en las y los más pobres en Chile. El 50 % de las personas entrevistadas en ambos asentamientos tiene un familiar o una amiga o amigo que se mudó

al asentamiento para poder vivir cerca y así poder apoyarse mutuamente. Muchos grupos familiares viven en un pasaje o calle escogido por los mismos habitantes. Este hallazgo coincide con los resultados de Pino (2015) en asentamientos más pequeños en la ciudad de Valparaíso. Las unidades familiares plantean la centralidad de las relaciones sociales en el espacio, y cómo son fundamentales para la sobrevivencia, algo que la política de vivienda no considera necesariamente.

La ayuda también se extiende al espacio público, en donde los y las entrevistadas afirman que “los niños son de todos. Yo estoy tranquila porque sé que mi comadre [amiga] está mirando a mis hijos cuando están en la cancha.” (Estela, 33 años).

En Felipe Camiroaga, construyeron una nueva área verde:

“La plaza solía ser un vertedero, pero trabajamos duro para convertirla en un lugar seguro para los niños” (Jaime, 32 años).

El cuidado en los espacios públicos, calles y comités de vivienda son aún más importantes para las y los adolescentes. Así explica Rosana (40 años, Manuel Bustos):

“Yo decidí dejar de trabajar cuando mi hijo cumplió 12, porque acá en un abrir y cerrar de ojos se te pueden ir por los malos pasos (...). Si yo estoy acá, lo puedo mirar cuando juega en la plaza, con quién se junta, qué hace, etc. Todas hacemos lo mismo. Y si no estoy yo, yo sé que mi vecina le va a echar un ojo.”

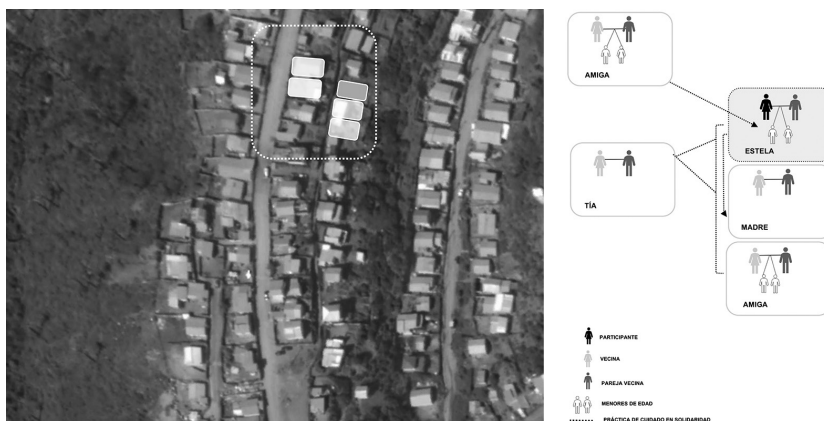


Imagen 6. Unidad familiar en Felipe Camiroaga compuesta por 5 viviendas. La unidad familiar evidencia el control que tienen las habitantes en la producción del espacio y el rol que tienen las relaciones socioespaciales en facilitar tareas de cuidado y solidaridad. Fuente: Elaboración de la autora.

Aunque los arreglos informales de cuidado infantil son una práctica común en los hogares de bajos ingresos, estos no se han estudiado ampliamente. La práctica es más común en los padres que trabajan en empleos poco calificados, con horarios laborales inflexibles o en madres solteras. Estos tipos de arreglos muestran la agencia de las mujeres para navegar por el complejo panorama estructural y buscar soluciones creativas que se adapten a sus diferentes necesidades y deberes.

Por lo general, tanto mujeres como hombres legitiman a la mujer como la principal responsable de las tareas de cuidado. La explicación se basa en una serie de negociaciones en el núcleo familiar que no pueden atribuirse meramente a una división tradicional de género, pero responden también a estrategias de sobrevivencia de grupos familiares de bajos ingresos. Muchas mujeres dan cuenta de la distribución injusta de las tareas reproductivas, pero reconocen que su pareja tiene más posibilidades de tener un trabajo estable y mejor remunerado. En varios casos, y sobre todo en los hombres más jóvenes, hay un mayor involucramiento en las tareas de cuidado (tal como acompañamiento de tareas escolares y domésticas durante el fin de semana). Tomás, de 25 años, que vive en Felipe Camiroaga, explica lo siguiente: “Yo sé que las cosas están cambiando, y quiero que mi esposa tenga las mismas oportunidades que yo trabajando, por eso cuido a mis hijos cuando ella tiene que salir”.

Sin embargo, las mujeres entrevistadas plantearon que a pesar de que las tareas de cuidado pueden estar distribuyéndose de manera más equitativa, la responsabilidad final recae en la mujer. Por lo mismo, reconocen la desigualdad de género y la expectativa de cuidado que tienen. Igualmente, señalan a la vivienda como la estrategia principal para cuidar a sus hijas e hijos: “Los hombres pueden saltar de una mujer a otra, de una vivienda a otra, pero nosotras solo podemos tener una.” (Estela, 33 años, Felipe Camiroaga).

Al repetir esta frase a otras entrevistadas, ellas están de acuerdo.

“Es verdad, la responsabilidad última es nuestra. Si no fuera por mis hijos yo no creo que estaría en este campamento, pero es la única forma que tengo para poder darles una casa y ojalá una vida mejor.” (Elsa, 37 años, Felipe Camiroaga).

Estas cadenas de favores se han visto gravemente afectadas durante la pandemia (Ossul-Vermehren, 2020). El confinamiento en la unidad de la vivienda ha implicado la pérdida de algunos de estos sistemas de cuidado y solidaridad, sobre todo para el cuidado de niñas, niños y adultos mayores. “Hay mucha presión en las casas, porque los niños están en ella todo el día” señala Linda. En una línea similar, Victoria, 60 años, de Manuel Bustos, añade:

“Hemos hecho todo lo que podemos, las ollas comunes han ayudado un montón, activando ayuda comunitaria, pero sabemos que hay algunas vecinas y vecinos que están más aislados debido al virus, sobre todo los adultos mayores.”

Implicancias del estudio de prácticas de hacer y deshacer para una noción crítica del hogar

El análisis de las prácticas caracterizadas tiene al menos cuatro implicancias para la conceptualización de la vivienda informal desde una noción crítica de hogar.

Primero, la creación de hogar ocurre, de menor o mayor medida, en un contexto violento. Los resultados evidencian la relación antagónica y contradictoria de la vivienda informal, en tanto ‘refugio’ e ‘infierno’. Lo que se alinea con la definición de hogar señalado en el capítulo. La noción de violencia que emerge de estas dos prácticas es doble; por un lado, la violencia doméstica experimentada por 40% de las mujeres entrevistadas, y la violencia urbana que emerge de los relatos de mujeres y hombres, aquello que se nombra como el ‘mal barrio’, ‘irse por los malos pasos’ y la ansiedad por proteger a sus hijas y hijos. Han (2012) explica este segundo tipo de violencia como consecuencia del sistema neoliberal en las políticas sociales y económicas en el país. La autora plantea que aquello ha tenido consecuencias psicológicas y sociales profundas en las y los más pobres.

Los distintos tipos de violencia, tanto de género, urbana, socioeconómica y ambiental también tienen consecuencias en las tareas de cuidado. En palabras de Meth (2013), la creación de hogar en un ambiente de violencia y de poco control por las madres y padres en asentamientos informales genera ‘ansiedad parental’, al no poder controlar el bienestar y futuro de sus hijas e hijos. El caso de Viña del Mar muestra cómo la violencia pone en jaque las opciones de cuidado hacia a menores de edad y a la comunidad en general, incluso cuando hay sistemas complejos de cuidado entre las y los habitantes. Los hallazgos muestran también, cómo las y los habitantes de asentamientos han debido confinarse en la unidad de la vivienda, lo cual ha implicado la pérdida de algunos de los sistemas de cuidado y solidaridad, sumado a la presión y mayor violencia que se ha generado en el espacio doméstico.

Segundo, las relaciones socioespaciales y con el territorio son fundamentales para una noción crítica de hogar. Si bien los hallazgos muestran cómo las condiciones materiales del asentamiento pueden ser un impedimento, dificultando las tareas básicas como el desplazamiento de menores de edad de un lugar a otro o la poca privacidad en la vivienda, también dan cuenta de sus beneficios. Las condiciones socioespaciales y del territorio permiten flexibilidad y rapidez en la construcción de

una nueva vivienda, la posibilidad de conformar unidades familiares a elección y un mayor control sobre los espacios públicos (construcción de sede social, plaza y cancha de fútbol) permiten crear espacios protectores y de solidaridad entre familiares y vecinas o vecinos.

Esto difiere significativamente del control del espacio que tienen los y las habitantes de viviendas sociales en Chile (Márquez, 2008). La libertad que existe en el asentamiento permite la creación de sistemas socioespaciales complejos de cuidado, aumentando los niveles protectores y las posibilidades de sobrevivencia. La libertad y control que ofrece la autoconstrucción es lo que Turner (1976) reconoce como el valor fundamental de la vivienda. El arquitecto inglés plantea que el valor existencial del asentamiento informal es producto de la libertad de escoger a la comunidad y de modelar el espacio en pos de las necesidades de las y los habitantes, lo que ha quedado demostrado por los testimonios de las y los participantes.

Los resultados evidencian la espacialidad de las tareas de cuidado. Estas ocurren en múltiples escalas territoriales, es decir, en la vivienda, en unidades familiares (pasajes), y espacios públicos. Además, el espacio público se utiliza como una extensión de los espacios privados, en donde las y los menores de edad son de todas y todos. Esto ejemplifica la idea multiescalar de hogar de Massey (1992); es decir, el hogar no como una distinción binaria entre espacio privado y público, sino que la existencia del hogar a través de estas categorías. El cuidado en múltiples escalas, en donde las relaciones socio espaciales del barrio son un factor protector fundamental, nos invita a imaginar propuestas, desde el urbanismo, que faciliten nuevos espacios de cuidado. En la línea con la idea de Hayden (1981), quien plantea el rol que tiene la arquitectura y el urbanismo en desarrollar espacios que permitan sistemas de cuidado que sean más comunitarios y colectivos.

Tercero, la creación de hogar no es un proceso continuo ni lineal. Las dos prácticas presentadas son un claro ejemplo de cómo el hogar no es conquistado una vez y construido definitivamente, sino que es más bien un proceso que ocurre múltiples veces de manera no lineal. Un sinnúmero de estudios en asentamientos informales, muestran cómo la vivienda informal permite a sus residentes acumular recursos y materiales que ayudan a incrementar la vivienda con el tiempo, ampliándose para dar espacio a la familia extendida (Ortega, 2016; Pino, 2015), brindando la sensación de un avance progresivo y continuo.

Su destrucción, por lo general, está asociada a excepciones y solo en condiciones de 'domicidio extremo' en las palabras de Porteous y Smith (2001). Sin embargo, los hallazgos muestran cómo los micro eventos, tales como la violencia doméstica son extremadamente comunes, y así como plantea Ramalho (2020, 4) en su

estudio de las actividades diarias de pobladoras en Filipinas “(...) las actividades del día a día deben mantener un espacio significativo en el análisis de lo excepcional” (*Traducción autora*), abogando por la importancia del estudio de lo cotidiano para entender cómo mujeres (y hombres) hacen frente a un entorno frágil y cambiante, construyendo y destruyendo el hogar, en múltiples ocasiones, y no solo a lo que se ha llamado ‘domicidios extremos’⁶.

Los afectos hacia la lucha por la vivienda, al igual que esta en sí misma, tampoco son lineales. Todas las mujeres han vivido momentos de rechazo hacia la idea de la conquista de la vivienda, de permanecer en el territorio y mantener una actitud positiva sobre los cambios futuros. Muchas integran los sentimientos antagónicos hacia la vivienda, en que existe tanto la esperanza hacia una vivienda que sea definitiva para ella y sus hijas e hijos, así como de la solidaridad presente en el asentamiento, con el miedo en los casos de violencia doméstica y la frustración de los procesos de postulación a la radicación de la vivienda.

Cuarto y último, las prácticas de hacer y deshacer hogar generan espacios de solidaridad y agencia. Resulta evidente que las prácticas discutidas en este capítulo son fundamentales para la sobrevivencia de las mujeres, mostrando cómo dentro de un contexto limitado, las habitantes crean espacios seguros frente a la violencia doméstica y en un entorno difícil. Sin embargo, es menos claro si aquellas actividades reflejan una concientización en términos de equidad de género.

La ‘*creación de espacios seguros*’ sugiere que las mujeres, a pesar de la incertidumbre y la amenaza a sus cuerpos, persisten en la creación de un hogar seguro para ellas y para sus hijas e hijos. El hecho de escapar de la vivienda, aún cuando no es una demanda colectiva y directa, deja ver pistas de concientización, que se manifiestan en la acción y en la posibilidad de cambio ejercido. La aproximación longitudinal permite ver cómo en el encuentro de noviembre de 2020 en Manuel Bustos las mujeres conversaron de manera más explícita sobre violencia doméstica, a diferencia del trabajo de campo de 2015 con el mismo grupo de mujeres. A su vez, destaca cómo relacionan su experiencia personal y de la comunidad con las manifestaciones en el país en contra del femicidio. Esto como parte de las manifestaciones en el Día Internacional de la Mujer y las marchas en el país bajo el slogan ‘Ni una menos’.

El ‘*cuidado en solidaridad*’, por otro lado, sugiere que las y los menores de edad, en lugar de actuar simplemente como una limitación en las actividades de las mujeres, pueden, de hecho, ser vías para la activación de redes de apoyo entre ellas

⁶ En Chile casos emblemáticos de homicidio extremo han sido el terremoto y maremoto del año 2010, la explosión del volcán Chaitén en 2008 y el desalojo forzado de asentamientos informales durante los años ochenta por parte del Estado.

y la comunidad. La solidaridad que desarrollan como madres y en su responsabilidad como cuidadoras, emerge como un primer paso hacia la organización colectiva femenina, la cual es posible ver en su rol como dirigentas vecinales.

Comentarios finales

El capítulo ha introducido la noción de ‘hacer’ y ‘deshacer hogar’ como una noción teórica y metodológica que permite entender aspectos fundamentales de vivir y sobrevivir en asentamientos informales. Las prácticas de hacer hogar pueden ser entendidas como aquellas prácticas que refuerzan o hacen posible la vida en el asentamiento y/o logran una solución habitacional definitiva. Las prácticas de deshacer, por otra parte, son aquellas que atentan con esta posibilidad, particularmente aquellos micro eventos del día a día que quiebran o violentan la posibilidad de crearlo. La noción de prácticas de hacer y deshacer el hogar nos permite poner una mirada específica en cómo la violencia y el cuidado se manifiestan en las acciones del día a día, y cómo estas se manifiestan en el territorio.

Los hallazgos discutidos entregan evidencia de una realidad cotidiana que tiende a no ser capturada por las cifras nacionales en cuanto a violencia doméstica y a tareas de cuidado. Y son prácticas que han sido escasamente documentadas en Chile anteriormente. También se plantean las prácticas de hacer hogar en los cerros de Viña del Mar como una forma de habitar que no es transitoria, pero una forma de demandar la permanencia en la ciudad, y así establecer una forma alternativa de habitar, que no esté sujeta a las condiciones de la política de vivienda en el país.

Los hallazgos de las prácticas discutidas en el capítulo informan una nueva noción de hogar en asentamientos informales y permiten entender cuatro temas principales:

1. Cómo la creación del hogar ocurre en un contexto violento, tanto en términos de violencia doméstica como de segregación y precarización de la vida urbana.
2. Expone una red compleja de favores entre habitantes, la cual pone de manifiesto la agencia que tienen las y los habitantes sobre su territorio, y evidencia cómo la producción de hábitat informal facilita maneras de cuidado ausentes en arreglos de vivienda más individuales o en soluciones habitacionales donde las y los habitantes tienen menor control.
3. La creación de hogar emerge como un proceso que no es lineal ni continuo, sino que está compuesto por múltiples quiebres. Por lo tanto, no es posible entender la creación de hogar como un proceso lineal de mera acumulación de recursos y aumento en las relaciones familiares.

4. Por último, las prácticas de hacer y deshacer hogar emergen como espacios de solidaridad y agencia entre mujeres, entregando luces de concientización de equidad de género, y por tanto, evidenciando una lucha por la vivienda que no solo se enmarca en las necesidades redistributivas de recursos, sino que también de reconocimiento de las necesidades y prioridades específicas de las mujeres.

A través del desarrollo de estas cuatro implicancias para la concepción de hogar en asentamientos informales, el capítulo hace una contribución desde la geografía del hogar hacia el urbanismo, dando cuenta del rol que tienen las prácticas cotidianas para el análisis de las relaciones de género en la producción del hábitat informal.

Durante la pandemia, en la cual la noción de hogar se ha resignificado y politizado, las prácticas de hacer hogar muestran cómo expresiones de solidaridad y cuidado entre vecinas y vecinos son factores protectores frente a sistemas de exclusión exacerbados durante la crisis sanitaria. Lo que hace incluso más importante considerar el rol de la vivienda y la organización del territorio en promover lugares de cuidado que sean más seguros y equitativos.

Por lo mismo ¿Cómo se pueden apoyar las prácticas cotidianas, en vez de negarlas cuando se implementan intervenciones habitacionales? ¿Qué tipos de espacios pueden fomentar prácticas de cuidado colectivo y equitativo? Y, ¿Qué rol tiene el urbanismo y la arquitectura en diseñar el hogar que trabajen a través y no con la división binaria entre el espacio público y el privado?

Referencias

- Araujo, K y Martuccelli, D (2012), *Desafíos comunes: Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Volumen 2. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Baxter, R y Brickell, K (2014), "For home Unmaking", *Home Cultures: The Journal of Architecture, Design and Domestic Space*, 11 (2):133-143.
- Blunt, A y Dowling, R (2006), *Home*. Londres: Routledge.
- Blunt, A (2005), "Cultural geography: Cultural geographies of home", *Progress in Human Geography*, 29(4):505-515.
- Bravo, D; Castillo, E y Hughes, E (2020), *Seminario y Conferencia de Prensa sobre Estudio Longitudinal Empleo-Covid19: Datos de empleo en tiempo real*. Santiago de Chile: Encuesta UC
- Dayaratne, R y Kellett, P (2008), "Housing and home-making in low-income urban settlements: Sri Lanka and Colombia", *Journal of Housing and the Built Environment*, 23(1): 53-70.
- de Certeau, M (1988), *The Practice of Everyday Life*. Londres: University of California Press.
- El Mercurio (2017), "Sin electricidad ni alcantarillado: Así viven los vecinos del campamento que paralizaron el piscinazo". *El Mercurio*, consultado el 20 de febrero de 2021, www.emol.com
- Falú, A (Ed) (2009), *Mujeres en la Ciudad: de violencias y derechos*. Santiago de Chile: Red Mujer y Hábitat de América Latina Ediciones SUR.
- Fiori, J y Brandão, Z (2010), Spatial Strategies and Urban Social Policy: Urbanism and Poverty Reduction in the Favelas of Rio de Janeiro. En Hernández, H; Kellett, P y Allen, A (Eds.), *Rethinking the informal city: critical perspectives from Latin America*, pp:181-206. Nueva York: Berghahn Books.
- Fraser, N (2009), Social Justice in the Age of Identity Politics: Redistribution, Recognition, Participation. En Henderson, G (Ed.), *Geographic Thought: A Praxis Perspective*, pp:72-90. Nueva York: Routledge.
- Gouverner, D (2015), *Planning and Design for Informal Settlements: Shaping the Self-Constructed City*. Nueva York: Routledge.
- Han, C (2012), *Life in Debt: Times of Care and Violence in Neoliberal Chile*. Londres: University of California Press.
- Hayden, D (1981), *The Grand Domestic Revolution*. Massachusetts: MIT Press.
- Mallet, S (2004), "Understanding home: A critical review of the literature", *The Sociological Review*, 52(1):62-89.
- Márquez, F (2008), "Deseos y identidades en disputa Santiago de Chile: 1958 – 2008", *Revista Chilena de Antropología Visual*, 12(diciembre):14-170.

- Marcelo, H; Larenas, J y López E (2019), “Informe final de evaluación programas gubernamentales (EPG): Programa campamentos Ministerio de Vivienda y urbanismo Subsecretaría de Vivienda y urbanismo”. *Ministerio de Vivienda y Urbanismo de Chile*, consultado el 30 de septiembre 2020, www.dipres.gob.cl
- Massey, D (1992), “A Place Called Home”, *New Formations*, 17(3): 3-15.
- Meth, P (2003), “Rethinking the ‘domus’ in domestic violence: Homelessness, space and domestic violence in South Africa”, *Geoforum*, 34(3):317-327.
- (2013), “‘I Don’t Like My Children to Grow up in this Bad Area’: Parental Anxieties about Living in Informal Settlements”, *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(2):537-555.
- MINVU (Ministerio de Vivienda y Urbanismo de Chile) (2019), “Catastro Nacional de Campamentos: Análisis Sociodemográfico MINVU 2019”. *Ministerio de Vivienda y Urbanismo de Chile*, consultado el 30 de noviembre 2020, www.minvu.cl
- MINVU-GORE (Ministerio de Vivienda y Urbanismo – Gobierno Regional) (2014), “Ministerio de Vivienda Convenio de Programación de “Saneamiento e infraestructura para sectores vulnerables”, consultado el 15 de enero de 2018, www.bcn.cl
- Mora, R; Greene, M; Gaspar, R y Moran, P (2020), “Exploring the mutual adaptive process of home-making and incremental upgrades in the context of Chile’s Progressive Housing Programme (1994–2016)”, *Journal of Housing and the Built Environment*, 35(1):243-264.
- Moser, C y McIlwaine, C (1999), *A guideline on conceptual and methodological issues for designing and analysing the results of participatory urban appraisals, PUAs, in the context of violence*. Washington DC: World Bank.
- Nowicki, M (2018), “A Britain that everyone is proud to call home? The bedroom tax, political rhetoric and home unmaking in UK housing policy”, *Social & Cultural Geography*, 19(5):647-667.
- Observatorio Ciudadano (2020), Informe Sobre Situación de Los Derechos Humanos En Chile en el Contexto de Pandemia COVID-19. *Observatorio Ciudadano*, consultado 1 de diciembre 2020, www.sitiosur.cl
- ONU-Hábitat (Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos) (2017) “Nueva Agenda Urbana”. *Habitat III* Quito 17-20 octubre 2016: Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Vivienda y el Desarrollo Urbano Sostenible. ONU-Hábitat, Nairobi.
- ONU-Mujeres (2020a), *Prevención de la violencia contra las mujeres frente a COVID-19 en América Latina y el Caribe*: Brief 23.04.2020. ONU-Mujeres, consultado el 30 de noviembre de 2020, www2.unwomen.org
- (2020b), Trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. ONU-Mujeres. Consultado el 30 de noviembre de 2020, www2.unwomen.org

- Ortega, I (2016), *Autoconstrucción de vivienda, espacio y vida familiar en la Ciudad de México*. México: FLACSO.
- Ortiz, A (2007), “Hacia una ciudad no sexista: Algunas reflexiones a partir de la geografía humana feminista para la planeación del espacio urbano”, *Territorios: Revista de Estudios Regionales y Urbanos*, 16/17:11–28.
- Ossul -Vermehren, I (2018a), “Lo Político de Hacer-Hogar: Una mirada de género a la vivienda autoconstruida/ The Politics of Home-Making: A gender-based approach to self-help housing”, *Revista INVI*, 33(93):9-51.
- (2018b), *Allegados*. En Ledeneva, A (Ed), *The Global Encyclopedia of Informality Volumen 2*, pp:19–23. Londres: UCL PRESS.
- (2019), “The politics of home-making: the case of informal settlements in informal settlements in Viña del Mar”, *tesis doctoral*, University College London.
- (2020), “#Encasa: Hacer hogar: Resignificar y politizar el espacio doméstico en tiempos de COVID-19”, *Invitro: Habitat residencial y territorio*, 6 de mayo, 2020. <https://invi.uchilefau.cl/invi/hogar/>
- Pérez Sans, P y Gregorio Gil, C (2020), “EL derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano”, *Revista INVI*, 35(99):1-33.
- Pink, S (2007), *Doing Visual Ethnography*. London: Sage Publication.
- Pino, A (2015), *Quebradas de Valparaíso: Memoria Social Construida*. Santiago de Chile: Fondart.
- Pizarro, J; Atria, J y Undurraga, R (2008), *Encuesta Nacional de Dirigentes de Campamento*. Santiago de Chile: TECHO.
- Plataforma Urbana (2015), “Nuevo fracaso en licitación para urbanizar campamento más grande de Chile”. *Plataforma Urbana*, consultado el 15 de enero 2021, www.plataformaurbana.cl
- Porteous, D y Smith, S (2001), *Domicide: The global destruction of home*. Londres: McGill-Queen's University Press.
- Ramalho, J (2020), “Engendering disaster risk management and resilience-building: The significance of the everyday in evaluations of the exceptional”, *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 50(Noviembre):1-8.
- Soto Villagrán, P (2018), “Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica”, *Perspectiva Geográfica*, 23(2):13-3.
- Sweet, E y Ortiz Escalante, S (2015), “Bringing bodies into planning: Visceral methods, fear and gender violence”, *Urban Studies*, 52(10):1826-1845.
- TECHO-Chile y Fundación Vivienda (2021), *Catastro nacional de Campamentos 2020-2021*. Santiago de Chile: CES TECHO-Chile y FV.

Turner, J (1976), *Housing by People: Toward Autonomy in Building Environment*. Londres: Marion Boyars.

Zunino, H e Hidalgo, R (2009), “Spatial and Socioeconomic Effects of Social Housing Policies Implemented in Neoliberal Chile: The Case of Valparaíso”, *Urban Geography*, 30 (5):514-542.



Ser recibido en una familia de acogida: Del alojamiento-prueba a la cohabitación-trampolín para los inmigrantes¹

Marjorie Gerbier-Aublanc

Évangeline Masson Diez

Mamadou² tenía 16 años cuando, después de haber dormido durante dos semanas bajo un puente cerca de París, una persona le ofreció quedarse en su casa: “Al principio tenía miedo, ya que no conocía a la persona, temía que me acusara de robar y que la incomodara. También tenía miedo de que me hiciera daño. La primera noche, Thérèse me presentó a su hijo y me habló un poco de ella. Me lo enseñó todo, me dijo: “Tú duermes ahí”. Estaba en la sala de estar con otro. Estaba apretado, pero era agradable y era mejor que estar fuera. Y ella me trató bien. A veces nos incomodábamos, ella me decía que no les molestaba, pero no lo creo, necesariamente estorbábamos un poco. Por la mañana, me preguntaba si había dormido bien. Yo decía “sí, sí”, pero no dormía, no por su casa, sino por lo de antes, por el camino y lo demás, no dormía, pero no decía nada para no preocuparla. Hoy es como una madre para mí, ya no tengo a mi madre y Thérèse es un poco como una madre. No sé qué soy yo para ella”.

La experiencia de Mamadou está lejos de ser única. Desde 2015, el regreso a la visibilidad de los campamentos de migrantes junto con la cobertura mediática de las muertes en el Mediterráneo renovaron las movilizaciones ciudadanas en apoyo de los migrantes (Agier *et al.*, 2018; Gerbier-Aublanc, 2018a). Menos visible que las acciones de distribución, el alojamiento ciudadano ha cobrado impulso en Francia. Programas asociativos y movimientos independientes se han desplegado sobre todo el territorio para organizar la acogida de los inmigrantes en los hogares. En un con-

¹ Originalmente publicado como “Être accueilli chez l’habitant : de l’hébergement-épreuve à la cohabitation-tremplin pour les migrants”, en *Rbizome* 71:1, 2019, 51-60. Traducción Diego Roldán. Revisión Técnica Carlos Salamanca Villamizar.

² Por razones de confidencialidad, se han cambiado los nombres de los anfitriones y los nombres de los programas.

texto de saturación del Sistema Nacional de Acogida (DNA, por sus siglas en francés), estas cohabitaciones parecen ser una fórmula innovadora de acogida de los inmigrantes. Sin embargo, estas iniciativas plantean una serie de inquietudes y preguntas a las personas acogidas y suponen complejas adaptaciones, al tiempo que a veces les proporcionan recursos inesperados. A partir de su experiencia, este artículo trata de entender cómo viven los inmigrantes en estas cohabitaciones. Para ello, cruzaremos dos investigaciones encuestas socio-etnográficas realizadas en 2017-2018 en Île-de-France³.

Los programas de acogida de inmigrantes en domicilios particulares, gestionados por asociaciones o colectivos, reproducen las condiciones administrativas de acogida de los inmigrantes: para integrarlos, deben estar en proceso de solicitud de asilo o haber obtenido el estatuto de refugiado. En el caso de los menores inmigrantes, la situación es inversa, debido a que no son reconocidos como menores por la Asistencia Social a la Infancia (ASE, por sus siglas en francés) pueden ser alojados en hogares, aunque se les exige tácitamente que inicien un procedimiento de apelación o recurran la decisión de rechazar su condición de menores de edad. Más allá de los criterios administrativos, hay varios elementos que intervienen en la integración de los inmigrantes en estos programas: la percepción de la vulnerabilidad de las personas, una evaluación subjetiva de su salud mental, de su autonomía, de sus proyectos o incluso su deseo de vivir en un hogar privado.

Teniendo en cuenta estos elementos, examinemos la experiencia cotidiana de estas cohabitaciones. Tras explorar la percepción que los inmigrantes pueden tener del hecho de ser recibidos en una casa de acogida, mostraremos que estas cohabitaciones pueden en ciertos casos volverse difíciles para ellos. Por lo tanto, examinaremos también los efectos de estas acogidas en las trayectorias sociales de los inmigrantes, destacando el efecto trampolín que pueden tener. En conclusión, interrogamos las consecuencias de la crisis sanitaria vinculada a la pandemia de Covid 19 sobre estas realidades y prácticas, estudiadas antes de la aparición del virus.

El alojamiento en una vivienda: percepciones borrosas y elección estratégica

El alojamiento en casas particulares se basa en dos expectativas contradictorias. Para las personas en situación de migración y precariedad, vivir en una casa

³ El trabajo forma parte de un proyecto de investigación posdoctoral realizado en el marco de la Agencia Nacional de Investigación (ANR, por sus siglas en francés) Babels, Marjorie Gerbier-Aublain y comparó las experiencias de cohabitación que tienen lugar dentro de siete programas de hospitalidad para inmigrantes con diferentes estatus socio-administrativos, mientras que Évangeline Masson-Diez centró su investigación doctoral en un estudio monográfico de uno de estos programas, dedicado a la acogida de menores extranjeros no acompañados.

es una oportunidad para dejar la calle. Por otro lado, acoger a un extranjero en la propia casa es una oportunidad para vivir un encuentro humano y permitir que un exiliado comparta la vida cotidiana de un hogar francés. Si los anfitriones tienen una percepción bastante clara de la experiencia que van a vivir, las dos encuestas dejan entrever que las expectativas de las personas acogidas son generalmente vagas. Tienen muy poca información sobre los programas y sus anfitriones, mientras que los anfitriones saben desde el principio a quién van a acoger. Los coordinadores del programa ya les han comunicado el nombre, la edad y la nacionalidad de la persona, y a veces incluso elementos de su historial migratorio y administrativo. Las personas acogidas sólo son informadas de la ubicación de la casa de sus anfitriones y a veces de su nombre de pila. Además de la falta de información sobre sus anfitriones, las personas acogidas tienen dificultades para entender el significado de sus acciones y temen, como mencionó Mamadou en la introducción, ser una molestia o que se espere algo a cambio de su estadía. Además de la falta de comprensión, algunas personas tienen miedo de quedar a merced de sus anfitriones, incluso cuando se ha establecido una relación de confianza con los coordinadores del programa que les remiten.

Develando una diversidad de mundos sociales con los que no están familiarizados, esta acogida en la intimidad de los hogares cuestiona las representaciones que los migrantes pueden tener de los “franceses”. Ibrahim, solicitante de asilo, explica que esperaba ser acogido “en las casas de los árabes”; no creía que los “franceses” fueran capaces de ser hospitalarios. La figura del “francés hostil” es en efecto la que predomina en las representaciones de los migrantes y que estas cohabitaciones van a permitir deconstruir:

“Teniendo en cuenta lo que nos enseñan los africanos, cuando hablan de los blancos, no son amables. [...] Y luego, bueno, cuando llegué a la familia [...], empezamos a hablar por la noche. A partir de ese momento, cambié de opinión” (Laurent, 25 años).

Así, la acogida en un hogar implica una inversión del imaginario de las solidaridades, ya que los acogidos suelen sorprenderse de que una mayoría de “franceses” alojen a inmigrantes, mientras que los miembros de su diáspora están generalmente poco representados. La sobrerrepresentación de las mujeres entre los anfitriones también les plantea interrogantes, al tiempo que confirma lo que han vivido en términos de movilización en los campamentos de calle. “Todas son mujeres, y mujeres blancas”, resume acertadamente Abdou, de 15 años.

Sin embargo, las representaciones de la estancia en casa deben ponerse en

perspectiva con el estatus administrativo de los inmigrantes. Algunas personas a las que se les ha concedido asilo perciben esta forma de acogida como un medio de “integración por inmersión”. Por ejemplo, Alam, que tenía una visión muy clara de lo que la cohabitación podía aportarle, eligió vivir con una familia francesa para “aprender la cultura, la lengua, cómo vive la gente”. Del mismo modo, para algunos, el alojamiento en casa de familia era una forma de escapar de las reglas del alojamiento institucional percibido como muy restrictivo. Otros recurren a este tipo de programas para salir de la zona geográfica a la que han sido asignados y encontrar trabajo más fácilmente. Así, estas cohabitaciones son movilizadas por los refugiados estatutarios como estrategia de reapropiación de su existencia y de su itinerario de integración. Sin embargo, sólo los refugiados tienen este tipo de libertad. Los solicitantes de asilo y los jóvenes reconocidos como menores de edad están obligados a aceptar la atención institucional que se les ofrece o corren el riesgo de perder el subsidio para solicitantes de asilo (ADA⁴) y dejar de ser atendidos por la Asistencia Social a la Infancia (ASE, por sus siglas en francés). En este sentido, cuando las personas reciben una plaza en un alojamiento institucional, los coordinadores del programa ponen fin a la estancia en el hogar.

La cohabitación cotidiana: una prueba para los alojados

Sin embargo, la estancia con una familia de acogida puede ser vivida como un desafío por los inmigrantes por tres razones principales: la imposibilidad de instalarse, las expectativas de sus anfitriones y la imposibilidad de hablarlo.

El hogar imposible

Si dormir en un hogar privado permite a las personas escapar de la calle o de las normas de los alojamientos institucionales, la construcción de un “hogar” requiere de la capacidad de habitar un espacio, de dejar su huella en él (Bernard, 2005; Segaud, 2010). Sin embargo, el proceso de apropiación de lugares en el hogar está limitado en términos prácticos y simbólicos, en el espacio y en el tiempo, y se basa en una relación frágil (Pitt-Rivers, 2012) y asimétrica (Gotman, 2001).

Para empezar, las personas acogidas se ven a menudo limitadas en sus idas y venidas por los miedos e imperativos del anfitrión. No siempre se les dan las llaves

⁴ La Oficina Francesa de Inmigración e Integración (OFII) teóricamente está obligada a proporcionar unas condiciones materiales mínimas de acogida a los solicitantes de asilo que acepten la oferta de atención de la institución: alojamiento y una asignación mensual, la Prestación por Solicitud de Asilo (ADA, por sus siglas en francés), cuyo importe diario varía en función de la composición del hogar del solicitante de asilo y del tipo de alojamiento.

de la vivienda y en algunos casos no se les permite quedarse solos en el piso. En varios programas, los coordinadores animan mucho a los huéspedes a mantenerse ocupados fuera de casa durante el día, ofreciéndoles una serie de actividades lingüísticas, artísticas y deportivas.

Del mismo modo, los huéspedes no siempre pueden personalizar el espacio, ni siquiera sacar sus cosas. Por ejemplo, Malik pasó casi un año en el sofá del salón de una familia de cinco miembros. Cada día, intentaba mantener sus pertenencias bien ordenadas en un rincón de la habitación. Apenas se dispersaba un poco, la madre de la familia le pedía amablemente que guardara su bolsa. Sin embargo, incluso cuando las personas tienen una habitación privada, el cuidado del espacio no siempre es posible. Esto es especialmente cierto cuando la habitación es la de un niño que ha dejado el hogar paterno o que ha abandonado su habitación durante el tiempo de acogida. Las personas hospedadas tampoco pueden recibir a amigos o familiares en el alojamiento. Esta imposibilidad reafirma la disimetría del estatus entre los cohabitantes y recuerda al acogido que sigue siendo ante todo un invitado extranjero que no debe establecerse.

Además de esta imposibilidad de acoger, existe un conjunto de normas que codifican la cohabitación, establecidas por los coordinadores del programa y explicadas claramente a los anfitriones antes de la acogida. Aparte del caso de los refugiados estatutarios, que son acogidos en un hogar durante un mínimo de tres meses, todos los programas funcionan de forma rotativa: acogiendo por turnos que van desde unos días a unas semanas en varios hogares particulares. Aunque esta fórmula permite aligerar la acogida para los anfitriones, mantiene a los acogidos en un estado de movilidad particularmente difícil. Este desplazamiento reiterado suele estar asociado a un sentimiento de cansancio reforzado por las experiencias con la administración: una letanía de trámites, citas e interlocutores. Este cansancio está asociado a las aprensiones y a un reinicio perpetuo: recrear una relación con cada cambio de hogar, readaptarse a otras formas de vida, contar su historia cada vez. “Te adaptas. Te adaptas a todo. Lo difícil es el ritmo de vida y la incompreensión. Llegas y no sabes muy bien qué hacer y qué no”, recuerda Georges, de 17 años. Cuando han establecido lazos afectivos con sus anfitriones, estos trasladados a veces les hacen revivir la angustia que experimentaron con la emigración.

Sin embargo, algunos emigrantes son capaces de vivir con este modelo de vida de mudanzas. Para los que tienen poca relación con sus anfitriones, los cambios pueden considerarse un recurso que les permite evitar a la familia y no soportar una situación incómoda durante demasiado tiempo. Otros se niegan a someterse a este funcionamiento, que asocian con el control, y prefieren abandonar los programas y

volver a la calle, a las casas ocupadas, a los dormitorios o a los pasillos de los albergues para inmigrantes.

Expectativas gravosas

A la imposibilidad de instalarse de los emigrantes, se añade la dificultad de tener que satisfacer, o al menos gestionar, las expectativas de sus anfitriones: contar su historia, participar en momentos de convivencia o incluso seguir sus consejos.

Aunque todos los coordinadores del programa piden a los anfitriones que no hagan preguntas sobre el pasado o el futuro de la persona que acogen, estos últimos siempre están tentados de averiguar más sobre su historia. A veces, las preguntas pueden ser intrusivas, y los inmigrantes las experimentan como inducciones para que cuenten su historia. La relación de hospitalidad, de hecho, siempre presupone alguna forma de reciprocidad (Gotman, 2001), de la que el relato de la propia vida es la máxima expresión (Gerbier-Aublanc, 2018b). Si algunos emigrantes excusan lo que llaman “torpeza” de sus anfitriones, para otros estos momentos de interrogatorio son dolorosos. La narración como acto de reciprocidad resulta especialmente difícil para los inmigrantes que han vivido experiencias traumáticas en el camino y para evitarla algunos se distancian de sus anfitriones, rechazando, por ejemplo, los momentos de convivencia propuestos.

Cobabitaciones indecibles

Una última dificultad para los inmigrantes es el carácter incalificable de estas cohabitaciones. Cuando las convivencias no van bien, el miedo a perder el lugar, a volver a la calle o a defraudar a los coordinadores del programa es demasiado fuerte e impide al acogido hablar. Durante las entrevistas, estos últimos comienzan sistemáticamente diciendo que todas las convivencias fueron “bien” o “un poco bien”. Nunca mencionan incidentes o relaciones de explotación. Cuando uno de ellos quiere abandonar un hogar en el que no se siente a gusto, utiliza excusas: el alojamiento está demasiado lejos, la cama está sucia, no se come lo suficiente. Por otra parte, cuando todo va bien, algunos inmigrantes no se atreven a hablar de ello con sus compañeros para no crear celos o para no parecer aventajados en comparación con los que siguen viviendo en la calle, en casas ocupadas o en campamentos.

Pero lo más complicado para ellos es tener que ocultar estas convivencias a sus familiares que permanecen en su país. Esta mentira por omisión puede ser vivida con sufrimiento por los acogidos, que perciben este tipo de alojamiento como algo que no se ajusta a las condiciones de supervivencia de su familia o que desafía los valores socioculturales que les han sido transmitidos. Para algunos jóvenes, especial-

mente los menores, es el género del anfitrión lo que provoca este malestar, sobre todo porque casi el 78% de los anfitriones de uno de los programas estudiados eran mujeres⁵. Salio es muy consciente de lo que representa una mujer soltera e independiente de 30 años en el imaginario de su familia. Viniendo de una familia rural pobre, “una mujer así en nuestra casa es una mala mujer. No puedo decirlo, pero me comprendes”.

Para los menores extranjeros en situación de apelación, finalmente frente a la institución estas formas de alojamiento son indecibles y los coordinadores del programa les piden tácitamente que callen estas soluciones. De hecho, para poder acceder a la atención como menor no acompañado, no sólo deben ser reconocidos como menores y vulnerables, sino también como aislados.

Si dominar el lugar de vida permite afirmar una forma de poder sobre la propia existencia (Bernard, 2005), el exilio como “prueba” de vida (Segaud, 2010) pone a prueba la ya herida identidad de los migrantes. Y la acogida en el hogar, por muy benévola que sea la iniciativa subyacente, no siempre permite a los migrantes establecer una identidad digna y gratificante, manteniendo en varios aspectos el déficit de reconocimiento al que les asigna el trato institucional, y recordándoles constantemente la precaria posición que ocupan en este juego asimétrico. Sin embargo, aunque parezcan etapas de prueba, estas cohabitaciones constituyen experiencias de trampolín en la vida de muchos inmigrantes.

El efecto trampolín de esta hospitalidad

“Cambiar de familia es una ventaja para mí. La ventaja en el nivel de mi repertorio”. Esta declaración de Laurent, un solicitante de asilo de 25 años, presenta uno de los principales beneficios de la estancia en casa para los inmigrantes: las relaciones que establecen con los anfitriones les permiten ampliar su red social. Varios estudios demuestran que los refugiados y solicitantes de asilo estatutarios se ven mucho más afectados por el aislamiento social en Francia que otros inmigrantes. Sus redes sociales son generalmente menos extensas debido no sólo a la emigración-inmigración forzada, sino también a la inestabilidad residencial durante el procedimiento de asilo, que conduce a una alta movilidad y limita la capacidad de construir círculos de amistad, especialmente con los ciudadanos franceses (Domergue, 2013; ACNUR, 2013). El alojamiento estudiado en este artículo, al reducir en parte este déficit de

⁵ Estadísticas elaboradas a partir de 121 cuestionarios cumplimentados de forma anónima entre abril y octubre de 2017 por anfitriones miembros de una asociación parisina especializada en la acogida de menores.

“puentes sociales” (Ager y Strang, 2008), es presentado por los acogidos como un apoyo emocional inestimable, como una ayuda importante en los trámites administrativos y como un trampolín hacia la integración social y profesional en Francia.

Un apoyo afectivo inestimable

Cuando se establece una relación privilegiada con un anfitrión, éste inscribe al acogido en una red social, invitándole a actividades de convivencia no sólo durante la acogida, sino también una vez que ésta ha finalizado. Al final de estas cohabitaciones, algunos huéspedes se quedan con un juego de llaves de su casa, otros se comunican regularmente a través de las redes sociales y otros vuelven para hacer estancias ocasionales con sus antiguos anfitriones.

Para algunos, se establece una relación casi familiar durante el periodo de acogida, que se mantiene después del mismo. Los anfitriones ocupan el lugar de las familias de origen, mientras que los acogidos se convierten en cierto modo en los nuevos “niños”, “hermanos” o “hermanas”. En la introducción, Mamadou habla de Thérèse como una madre, pero también es el caso de otros migrantes mayores. Cabe señalar que, en el caso de los menores, estas cuasi relaciones parentales, a veces, se formalizan: algunos anfitriones se convierten en terceros dignos de confianza o en madrinas republicanas.

La creación de estos lazos durante la cohabitación permite a los inmigrantes establecer una nueva base familiar y de amistad en Francia, lo que representa no sólo un apoyo emocional inestimable para superar las pruebas de los viajes migratorios, a menudo traumáticos, sino también una ayuda preciosa frente a las complejidades administrativas.

Un apoyo administrativo que facilita la integración socioprofesional

Además de abrir sus casas, algunos anfitriones entablan una relación de apoyo a los trámites administrativos de los inmigrantes que acogen. Aunque la mayoría de los coordinadores de programas desaconsejan este enfoque y tienen poca influencia en las decisiones de regularización, los anfitriones intentan acortar los plazos administrativos y hacer el proceso más fluido. El apoyo también puede orientarse al acceso a las prestaciones sociales y sanitarias, sobre todo cuando los migrantes están enfermos o necesitan atención médica periódica. Por último, otros acompañan físicamente a las personas acogidas a los organismos administrativos o a las estructuras sanitarias. Su presencia facilita su atención al hacer más fluida la comunicación y evitar posibles prácticas discriminatorias. También tranquiliza a los migrantes que, por diversas razones, tienen miedo de relacionarse con la institución médica y los representantes de las autoridades públicas.

Por lo tanto, las funciones que asumen los anfitriones van mucho más allá del simple hecho de abrir su casa. La creación de “lazos fuertes” con los anfitriones abre el acceso a los “lazos débiles”: nuevas redes familiares, de amistad o incluso profesionales. Estos “lazos débiles” son particularmente útiles, y a veces incluso esenciales, en su proceso de integración social y profesional (Granovetter, 2000), ya que representan un caldo de cultivo para las prácticas, los empleos o incluso la vivienda al final de los largos y difíciles procesos administrativos. Amjed, un solicitante de asilo sirio y su anfitrión han creado una verdadera amistad. Gracias a la red social de su anfitrión a la que se ha ido integrando poco a poco, Amjed ha reunido 5.000 euros para poder seguir cursos de francés con el objetivo de ingresar en una facultad de medicina. El anfitrión de Amjed también se puso en contacto con el director de la Oficina Francesa de Protección de Refugiados (OFPRA, por sus siglas en francés) para acelerar los trámites y que Amjed pudiera obtener el estatus administrativo necesario para su inscripción en la universidad. Amjed fue aceptado gracias a este apoyo en varias universidades en septiembre de 2017 y pudo integrarse a un alojamiento dentro de las residencias del centro regional de trabajos universitarios y escolares (CROUS, por sus siglas en francés). Es habitual que los particulares movilicen sus redes y encuentren alojamiento para su antiguo huésped que se ha convertido en un refugiado legal. Este alojamiento suele ponerse a disposición por un alquiler simbólico durante uno o dos años hasta que el refugiado pueda encontrar un alojamiento común o privado.

Conclusión

Aunque se apoyen en relaciones asimétricas que transforman a veces esta experiencia en una prueba, las convivencias descritas son innegablemente una fuente de vínculos y oportunidades para las poblaciones excluidas del dispositivo de acogida nacional saturado y/o mantenido políticamente “al margen del mundo” (Agier, 2002). En este sentido, el alojamiento en casa de familia es un mecanismo innovador, no sólo para proporcionar apoyo a la vivienda, sino también para la integración social y profesional, lo más cerca posible de los proyectos y deseos de los alojados. El alojamiento en casa también desempeña un inconmensurable papel de apoyo socioafectivo y psicológico para los exiliados.

Hoy, Mamadou está siendo atendido. Habrá vivido en una casa durante seis meses antes de trasladarse a otra región para retomar sus estudios. Sigue en contacto con Thérèse. Más allá del papel de madre sustituta que desempeña para él, dice que le estará eternamente agradecido. “Pero el gobierno también debe agradecerse[lo] porque limpia la imagen de Francia. Porque no es normal que se duerma al aire libre en Francia”.

A pesar de los efectos beneficiosos de estas prácticas, la cuestión del agotamiento de los anfitriones y su falta de renovación, que siempre fue la principal limitación de este tipo de acogida, se ve especialmente reforzada por la prolongación de esta forma de hospitalidad. En algunas regiones y para determinados grupos, la acogida de exiliados en los hogares de la población local se ha convertido en la solución de hospedaje preferida por los implicados, especialmente debido a la falta de soluciones gubernamentales. La crisis sanitaria vinculada a la epidemia de Covid 19 no ha hecho más que evidenciar estas limitaciones de manera aún más flagrante. Mientras que algunos suspendieron sus compromisos, otros siguieron acogiendo a la persona que acogían en su casa mientras duró el encierro. En el caso de los primeros, las dos principales razones aducidas para dejar de ser anfitriones fueron el miedo a la contaminación y la obligación de trabajar a tiempo completo en un espacio reducido, menos propicio para la cohabitación. Sin embargo, tenemos pocos comentarios de personas que hayan seguido conviviendo en los exiguos alojamientos parisinos. Una encuesta complementaria nos permitiría conocer los efectos de esta crisis sanitaria en la acogida de los exiliados en casas y ampliar los resultados de nuestra investigación. En cualquier caso, según los coordinadores, todos los programas han recibido menos solicitantes y menos nuevos anfitriones que en años anteriores. Durante el verano de 2020, Paris d'Exil acogió a 26 jóvenes, de los cuales solo 12 eran menores y 14 jóvenes mayores de edad, mientras que en 2017 la asociación acogió a casi 150 jóvenes. Esta diferencia numérica no sólo está vinculada con una menor afluencia de jóvenes exiliados en territorio francés, como atestiguan las estadísticas elaboradas por la Misión de Menores no Acompañados del Ministerio de Justicia .

Ante la magnitud de la crisis social intensificada por la pandemia, la moratoria invernal se prorrogó hasta el 10 de julio de 2020 y el número de plazas de alojamiento de emergencia se incrementó a petición del Estado y del SIAO (Servicio Integrado de Acogida y Orientación, mecanismo gubernamental de coordinación y regulación de la acogida, el alojamiento y el apoyo a la integración y la vivienda de las personas sin hogar). Sin embargo, algunos días antes del final de la moratoria de invierno y algunos días después del final del confinamiento, cinco asociaciones, Comède, Utopia 56, Médicos sin fronteras, Midis du Mie y Timmy, organizaron un campamento para varias decenas de menores extranjeros en el corazón de la capital, con el fin de denunciar la falta de albergue para los jóvenes exiliados. Con este gesto, estas asociaciones “hacen un llamamiento a los consejos departamentales de Île-de-France y piden que se organice por fin una atención real y sistemática de los menores extranjeros no acompañados”. Los jóvenes en cuestión, que están en proceso de reconocimiento de su vulnerabilidad y minoría de edad por parte de los servicios

dedicados al bienestar de la infancia, habían encontrado en su mayoría alojamiento en hoteles durante el confinamiento, en razón de la reducción del número de ofertas de alojamiento por parte de particulares. Cabe recordar que en Francia, un joven que no ha sido reconocido como menor extranjero no acompañado por los servicios públicos competentes, o que está en proceso de apelación o recurso, no puede beneficiarse de la acogida específica y a menudo se ve obligado a vivir en la calle o en casas ocupadas con adultos mientras se resuelve la apelación.

Frente a estas realidades y las nuevas restricciones sanitarias, algunas asociaciones están reorientando sus actividades y desarrollando viviendas compartidas en apartamentos o casas. Es una forma de fomentar la cohabitación y la hospitalidad compartida para conjurar el agotamiento de los anfitriones y sortear el aspecto de la transitoriedad y la asimetría intrínseca de la hospitalidad privada.

Referencias

- Ager, A., et Strang, A (2008), Understanding integration : A conceptual framework. *Journal of Refugee Studies*, 21(2): 166-191.
- Agier, M (2002), *Aux bords du monde, les réfugiés*. París: Flammarion.
- Agier, M., Bouagga, y, Galisson, M. et al. (2018), *La jungle de Calais: les migrants, la frontière et le camp*. París : Presses Universitaires de France.
- Annequin, M., Gosselin, A. y Dray-Spira, R (2017), Trajectoires et mobilités professionnelles autour de la migration. En A. Desgrées du Loû y F. Lert, *Parcours. Parcours de vie et de santé des Africains immigrés en France*. París: La Découverte.
- Bernard, N. (2005). *J'habite donc je suis : pour un nouveau rapport au logement*. Bruxelles, Belgique: Labor.
- Domergue, F. (2013). L'évolution du cercle d'amis des nouveaux migrants [numéro thématique]. *Infos Migrations*, 49.
- Gerbier-Aublanc, M. (2018a). L'improvisation humanitaire : potentialités et limites des solidarités citoyennes dans les camps de migrants à Calais et à Paris [numéro thématique]. *Fondation Croix-Rouge française. Les Papiers de la Fondation*, 15.
- Gerbier-Aublanc, M. (2018b). *Un migrant chez soi*. Esprit, 7, 122-129.
- Gotman, A. (2001). *Le sens de l'hospitalité : essai sur les fondements sociaux de l'accueil de l'autre*. París: Presses Universitaires de France.
- Granovetter, M. S. (2000). *Le marché autrement : les réseaux dans l'économie*. París: Desclée de Brouwer.
- Pitt-Rivers, J. (2012). The law of hospitality. HAU : *Journal of Ethnographic Theory*, 2(1), 501–517.
- Scrinzi, F. (2013). *Genre, migrations et emplois domestiques en France et en Italie : construction de la non-qualification et de l'altérité ethnique*. París : Pétra.
- Segaud, M. (2010). *Anthropologie de l'espace : habiter, fonder, distribuer, transformer*. París : Armand Colin.
- Haut Commissariat des Nations unies (UN Refugee Agency, UNHCR). (2013). *Vers un nouveau départ : l'intégration des réfugiés en France*. UNHCR Research.

A modo de epílogo

Vivir en un mundo precario.

De los campamentos a las ciudades del instante¹

Michel Agier

En 1992, hacía seis años que vivía en Salvador de Bahía, en Brasil. Durante este periodo, había vivido casi dos años en el barrio *Liberdade*, sobre el que realizaba investigaciones urbanas y antropológicas en temas como el racismo, la pobreza y la movilidad social, el movimiento negro y la historia del carnaval afro. En aquella época, un fuerte activismo en torno al orgullo negro y al movimiento cultural afro daba nuevo vigor y notoriedad a este barrio cuyos primeros callejones habían sido abiertos a finales de los años 1940 por emigrantes del Recôncavo, la vasta región que rodea Salvador. En *Liberdade*, descubrí la vida de las colinas y el laberinto de pasadizos, callejones sin salida y pasillos. Allí conocí a una anciana, María das Cinzas (María de las Cenizas), quien me dijo “(la) vida es una novela y la familia una desgracia”. María no tenía edad. Su piel ya no tenía color, era cenicienta, gris, como su ropa, siempre la misma falda y la misma blusa a las que ya no les quedaba sino el color del algodón gastado. Y fue allí, en *Liberdade*, donde descubrí a Texaco. O más exactamente, fue *desde allí donde vi* a Marie-Sophie Laborieux fundar el barrio de Texaco en Fort-de-France, tal y como lo cuenta Patrick Chamoiseau (1992) en la novela homónima ganadora del Premio Goncourt. Leí el libro con ojos de asombro, fascinado y encantado por tantas resonancias.

Texaco, Liberdade y el en-ville²

En primer lugar, hubo similitudes entre las historias de Brasil y antillana: la esclavitud, abolida apenas un siglo antes en Brasil, un siglo y medio en la Martinica; la dimensión racial de las identidades y las relaciones en una sociedad, por tanto,

¹ Versión original “Habiter un monde précaire. Des campements aux instant cities.” Traducción Diego Roldán; revisión técnica Carlos Salamanca Villamizar.

² La expresión en-ville es un término popular de los caribeños francófonos para significar el interior de la ciudad o la ciudad en sí misma.

multirracial; el pragmatismo, el fatalismo y la fuerza de los espíritus en la cultura popular negra urbana nacida en la esclavitud y continuada en la sociedad post-esclavista; la “dulce languidez” (*douce langueur*) en las Antillas, así como la saudade en Brasil; los zombis y los espíritus allí, y aquí en Bahía, el *Preto Velho* (el viejo negro, espíritu de la resistencia a la vida de los esclavos), el *Saci Péréré* (un personaje de los cuentos, un diablito negro que camina en una pierna mientras fuma en pipa), y otros seres imaginados que componen toda una vida en duplicado. Me pregunté si Chamoiseau el “Marqueur de Paroles” (El Marcador de Palabras, así se llama el personaje del autor en el libro) no estaría hablando de mi barrio *Liberdade*, que los franceses llamaríamos *Liberté*, en la ciudad de San Salvador de la Bahía de Todos los Santos en la tierra de la *leña de brasa*. La anciana Marie-Sophie Laborieux de Texaco era la hermana de mi anciana María das Cinzas de *Liberdade*...

O bien, primero fue la escritura empática: como todos los etnólogos saben, describir es una cuestión de escritura. Una *descritura*³ perfecta sería aquella que encontrara las palabras y la sintaxis adecuadas para que el contenido y la forma resonaran de modo ideal. Esto es lo que hace El Marcador de Palabras. Al principio el lector no sabe nada y poco a poco va aprendiendo el tono, la propia voz, la gramática, el ritmo y, finalmente, el significado de las palabras que se le hacen tan familiares como los personajes y los paisajes.

O tal vez... en realidad, si Texaco ha dejado una marca en mí, antropólogo de las invenciones de la ciudad y de las favelas, invasiones, barrios evacuados, campamentos, albergues, es por ese “*en-ville*”.

Este *En-ville* es una historia interminable que une el centro y sus márgenes, la cosa misma y sus límites. Todo se juega en las fronteras. Y entonces, resuenan las palabras de mi Esternome (padre de Marie-Sophie), “dime, este *en-ville*, ¿qué sentiste cuando llegaste a él?” (Texaco, p. 180). Nada, el interior no es nada, sólo el objeto de un deseo, de estar allí y estar en él, como los Comuneros de 1870 en París que marcharon desde los suburbios y la “Zona” para recuperar la ciudad interior (“intra”-muros) de la que el Barón Haussmann les había expulsado con su enorme y destructiva reforma urbana. El *En-ville* es el lugar al que hay que correr, pero es sólo un “lugar de paso”, dice el viejo Esternome. Nada queda en su memoria, la historia que queda es siempre la del movimiento, la de la llegada a la ciudad desde detrás de la gasolinera Texaco.

Busco febrilmente, casi treinta años después de descubrirlo en el libro de la ciudad, el momento en que Marie-Sophie Laborieux *funda* el barrio de Texaco

³ En el original *descriture*, neologismo formado a partir de la fusión de la descripción y la escritura.

con “la rabia de una guerrera”. Está en la página 326. A pocas páginas del final, finalmente planta cuatro bambúes que rodea con telarañas... “Entonces me ocupé de desmalezar mi espacio, de apisonar mi tierra en mi pedazo, de hacer retroceder el *campêche*⁴ de alrededor en un radio de cuatro metros”. Listo, ya está, “no era nada, sólo una sombrilla, pero para mí era un ancla al *En-ville*”. Fundar un lugar es el más elemental y fundamental de los gestos humanos. Es lo contrario de la idea de raíz u origen. Fundar un lugar es llegar desde otro lugar, cruzar un umbral, establecerse en una frontera, y delimitar con una línea en la tierra el lugar que me pertenece, ese lugar al que todos tienen derecho, un refugio, un rincón, un hogar, un calor.

El *campêche*, la tierra donde nació el barrio Texaco de Fort-de-France, es el nombre de un arbusto, o del matorral en general, y el matorral es la mejor traducción posible de la palabra “*favela*”, que también designa un pequeño arbusto que se encuentra en ciertas colinas: en la periferia de Río de Janeiro, a principios del siglo XX, la ocupación del “*Morro da favela*” fue la primera... favela. Apartar el arbusto, el matorral, la *campêche*, es marcar la fina línea entre la ciudad y su margen, su exterior, entre la naturaleza y la cultura. Un límite incierto, removible y evolutivo...

El barrio de *Liberdade*, donde vivía María das Cinzas, nació de una historia de favela. La conocí en una calle peatonal muy pequeña llamada “*avenida*” (literal e irónicamente “la avenida”)... Habría que hacer una etnografía de cada callejón para entender la formación de las “invasiones” en esta ciudad⁵. Entre las décadas de 1940 y 1970, período de grandes migraciones rurales hacia la ciudad, las familias de las regiones secas del Nordeste y del litoral sur bahiano encontraron un lugar para instalarse en la parte trasera de las casas del barrio —*Liberdade* era el nombre de una calle que entraba en la ciudad, en una zona todavía periférica y rural. Todos los relatos hablan del momento en que el ocupante de una *casa da frente* (es decir, que da a la calle, visible) cede el espacio trasero (*quintal*, el jardín, el patio trasero) a los migrantes sin hogar, permitiéndoles instalarse ilegalmente a cambio de la promesa de un alquiler o de servicios. Las chozas de madera y tierra seca se extienden rápidamente detrás de la casa, a lo largo de un callejón de tierra que se despliega por decenas de metros. El límite del lugar se aleja hasta encontrarse con otro grupo de chozas y chabolas en la parte trasera de otra “casa delantera”. Conectados entre sí, estos callejones y veredas han formado el paisaje laberíntico de las *favelas*.

⁴ El *campêche* es un pequeño árbol tropical famoso por su condición invasora, principalmente en zonas tropicales. Perteneció a la familia de las leguminosas sumamente común en las Antillas y América Central.

⁵ En Salvador de Bahía, los asentamientos conocidos como “favela” en Río de Janeiro y en todo Brasil se denominan “invasión” o, más recientemente, “ocupación”.

Así, la fundación se realiza compartiendo y delimitando con lo urbano ya existente (la casa de enfrente y la calle ya ocupada) y con el terreno aún deshabitado (en la parte de atrás). Existir como lugar requería esta separación inicial de los otros y de la naturaleza; y más tarde la ilegalidad de la instalación hace necesario recordar esta fundación y sus límites. A lo largo del tiempo, e incluso antes de que las *avenidas* fueran legalizadas, sus habitantes añadían una entrada (a veces marcada por una puerta, o incluso un porche) y designaban un fondo (*fundo da avenida*, donde se realizaban los trabajos domésticos o artesanales de los habitantes), o bien creaban una salida, que marcaba el límite y el paso al espacio circundante y a otro espacio, al que se accedía por otro callejón, otra puerta, etc.

Mientras tanto, en casi todo el barrio, pero en distinto grado según los callejones, los lugares se han transformado. Las casas se han consolidado, a veces con pisos superiores, y se han conectado legal o ilegalmente a las redes técnicas de la ciudad (agua, electricidad, alcantarillado, transporte).

Con muchos matices y particularidades locales, esta es una historia que se puede encontrar en muchos países latinoamericanos entre los años 1940 y 2000. Al comienzo (años 1940-1960), las “invasiones” y “ocupaciones” urbanas de migrantes fueron seguidas de expulsiones violentas de la ciudad “legal”, que a su vez crecía en población, a la periferia exterior, lo que a menudo marcaba un rechazo social y una voluntad política de mantener fuera a los migrantes pobres e indeseables (años 1960-1970). Luego, el fracaso y el coste económico y político de estas estrategias de ordenación urbana, así como la resistencia de los *favelados* (años 1980-1990), condujeron a un cambio político a partir de los años 1990, que consistió en negociar la transformación gradual de estas zonas urbanas precarias.

Aunque decía que su familia era una desgracia, María das Cinzas tenía a su alrededor todo el pequeño “mundo” de su *avenida*, un centenar de habitantes en chabolas y casas de tablonos con las puertas abiertas: un entorno familiar que le permitía alimentarse, alimentar a su hija y a su nieto cada día, y mantenerse en contacto con el mundo.

Lo que la larga y empática investigación interna en estos medios sociales precarios permite encontrar es la reconstrucción de una ciudad familiar en forma de redes de personas y lugares, por muy desfavorable que sea su entorno material y arquitectónico⁶. Las lágrimas de los habitantes de las urbanizaciones suburbanas en Francia frente al espectáculo de su destrucción dan fe de esta capacidad de hacer

⁶ El enfoque antropológico se caracteriza por partir de la descripción microlocal de los procesos para llegar a la comprensión de los lugares (Agier, 2015), allí este enfoque se hace explícito.

familiar el más hostil de los espacios, del mismo modo que, a miles de kilómetros de distancia, los movimientos de las asociaciones de “*favelados*” para la transformación y mejora de su entorno vital, en contra de su destrucción y a menudo en lugar de su realojamiento en barrios aún más periféricos, más alejados de la ciudad. Rehabilitar o incluso habilitar viviendas precarias o autoconstruidas en lugar de destruirlas es la solución pragmática de un urbanismo popular en su planteamiento, frente a la solución industrial, anónima y estética que sigue siendo la preferida, de forma bastante espontánea, por los planificadores, urbanistas o arquitectos. Sin embargo, esta solución está siendo cuestionada.

Construir una comunidad, construir una ciudad

Es una constatación todavía frágil, pero parece que los profesionales y pensadores urbanos cuestionan cada vez más el funcionalismo urbano del siglo XX, cuyo autoritarismo y violencia pueden medirse en retrospectiva. Sus “planes” y “programas”, e incluso sus más recientes “proyectos”, el último avatar de los años 1990, encarnaban políticas urbanas voluntaristas y verticales, que se atribuían un poder casi mágico de orden y felicidad al suponer una transparencia entre una forma urbana decidida “desde arriba” y la vida social “abajo”. Hoy es posible invertir radicalmente este enfoque técnico y espontáneamente autoritario.

Recientemente, han entrado en el debate palabras e ideas más simples, más flexibles, más “líquidas”, como diría el sociólogo Zygmunt Bauman (teórico de la “sociedad líquida”, un mundo inestable e incierto). Los arquitectos y urbanistas abogan ahora por una ciudad resiliente e integradora, una “ciudad acogedora” (Cyrille Hanappe), contemplan la posibilidad de una “ciudad inacabada”, un “urbanismo temporal” (Patrick Bouchain) o un “urbanismo de situación” (Françoise Fromonot).

Para el sociólogo y urbanista Richard Sennett (2019), como para la urbanista crítica Jane Jacob antes que él, para ser eficaces hay que volver al nivel microurbano y a la informalidad frente al autoritarismo de lo excesivamente planificado, incluso hay que ir hacia una “arquitectura sin arquitectos”, un “urbanismo sin urbanistas”. El pragmatismo de los habitantes contra el esteticismo de los planificadores.

Mientras investigaba los campos de refugiados de Sierra Leona a mediados de la década de 2000, conocí a refugiados liberianos que estaban ansiosos por volver a casa. No del todo “a casa”, eso sí. Sus aldeas en el norte de Liberia habían sido destruidas y tenían que ser reconstruidas. Estaban preparando un proyecto de reconstrucción mientras se manifestaban frente a las oficinas del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) para exigir su repatriación. Dos aspectos de su proyecto me llamaron especialmente la atención. En primer lugar,

por muy poco “expertos” que fueran en la planificación o puesta en marcha de proyectos, estaban preparando una solicitud para presentarla a varias ONG internacionales que sabían que les proporcionarían fácilmente ayuda financiera para volver a casa. El campo de refugiados había sido un espacio para que entraran en contacto con el mundo “global”, para descubrir y conocer los modelos de la comunidad internacional. Por otra parte, su proyecto era un “proyecto de ciudad”, me dijeron, porque volver a vivir en los pueblos era arriesgado: al ser demasiado pequeños, los habitantes habrían quedado aislados y vulnerables a los posibles retornos de los grupos armados. Reunirse eficazmente era, en primer lugar, hacer una ciudad lo que asociaban a las ideas de seguridad y desarrollo.

No es una cuestión de demografía o de tamaño de la zona urbanizada, es una cuestión de la ciudad como estado de ánimo, de organización social y de agenciamiento de la diversidad cultural, pero también, y en la misma medida, de la ciudad que se construye concretamente y desarrolla espacios para vivir, circular y reunirse. Lo que se le pide a la antropología urbana, en su ambición universalista, es precisamente *pensar en este vínculo entre espacio y comunidad*: cómo se crean las relaciones en y con el lugar, la identificación local, la memoria y también la acción, es decir, todo lo que hace posible *habitar* un lugar, ocuparlo. Este enfoque asocia así estrechamente la “ciudad” (una forma de vida colectiva, un espíritu y una percepción de lo común) y el “pueblo” (una realidad física en su espacialidad y materialidad) para retomar las dos definiciones que Richard Sennett (2019) ha defendido recientemente, cuestionando sus vínculos.

Extraños establecimientos futuristas

Por eso, los espacios precarios, poco o nada construidos, tienen un gran valor experimental y heurístico, si estamos dispuestos a mirarlos científicamente, a través de la observación y el análisis, y no política o moralmente a través del juicio compasivo, acusatorio o estético. Liberémonos, por ejemplo, de la idea de la “indignidad” de ciertos espacios llamados marginales, que desde fuera se llamarán villas, invasiones, chabolas o campamentos y otros términos despectivos, pero que sus ocupantes podrán ver como una etapa de su llegada a la ciudad en un camino no lineal de integración (una posibilidad de “*ciudad de llegada*” como defiende el periodista Doung Sanders (2011). Toda la historia de las favelas relata esta odisea urbana de varias décadas hasta la llamada política “*barrio-favela*” (“de la favela al barrio”) de los años 1990, primero en la ciudad de Río de Janeiro, luego acogida y seguida por muchas capitales latinoamericanas, que consistió en estabilizar, en lugar de expulsar, los asentamientos precarios en barrios sostenibles.

Es en estos márgenes, terrenos baldíos y “no-ciudades” donde encontré un futuro que ya estaba ahí, un tanto anacrónico, por lo tanto, completamente descen-trado de la ciudad histórica, sobre todo de la europea, a la que todavía nos remitimos con demasiada frecuencia para pensar en la universalidad de las ciudades. Me he familiarizado con la vida cotidiana de las zonas marginales o fronterizas, de los territorios de frontera (Agier, 2015), y con los que viven en ellos o pasan por ellos. Lejos de ser excepcional, esta experiencia de investigación me pareció experimental y ejemplar de un cierto futuro urbano. Resuena con las palabras de urbanistas rebeldes como Jane Jacob y Richard Sennett, que piensan en términos de urbanismo práctico —o urbanismo pragmático, como dice el propio Sennett que desde hace mucho tiempo ancla su reflexión en el *homo faber*, en el hacer de lo humano. Debemos, escribe, “situar al *homo faber* en el centro de la ciudad”.

Se trata de extraños asentamientos humanos que han formado el país de mis terrenos de campo: hay armaduras flexibles, que se pueden moldear a voluntad, paredes transparentes, cubos reversibles o trasplantables. Curiosamente, estos lugares recuerdan inmediatamente a una ciudad, pero precaria y desmontable, algunos son aglomeraciones temporales cuyo material está hecho de paredes de lona recubierta de plástico, armazones de tablas, tubos o ramas de metal, depósitos de agua de goma, tuberías y letrinas listas para montar, listas para desprenderse y transportar. Las luces de estas ciudades son intermitentes y tenues, abastecidas por generadores que se ponen en marcha con cada nueva llegada (resultado de un desorden o una catástrofe), lo que en sí mismo se ha convertido en algo predecible, al igual que sus consecuencias técnicas: interrupciones en el flujo y las existencias de energía, alimentos o servicios. El incesante ir y venir de camiones cubiertos de lona blanca transportan grandes cantidades de arroz, trigo y también personas desplazadas. A veces, en algunos terrenos baldíos, los niños juegan al fútbol, o los adultos inventan un campo de cricket.

A partir de la materia prima disponible en la naturaleza (tierra, agua, madera del bosque) o del material residual de los productos manufacturados disponibles (tablones, palés, láminas de plástico, arpilleras, láminas metálicas de embalaje, láminas de poliestireno), los habitantes se las ingenian y practican una arquitectura adaptativa y reactiva, con los medios que tienen a su alcance, como en otros lugares o en el pasado, la arquitectura de las favelas o chabolas. Las casas de adobe se codean con otras construcciones de tela, cartón y chapa. Esta materialidad está en constante transformación.

Una ecología y una antropología urbanas están por inventarse para el mundo que viene, y aún no sabemos casi nada de ellas, salvo que estarán marcadas por una

cultura de la urgencia, del presente y de la incertidumbre, organizando y amueblando espacios desnudos o arrasados o abandonados durante períodos de tiempo desconocidos. Lo que llama la atención es la repetición del vacío que reina en el primer día de estas frágiles aglomeraciones, pero también el rápido resurgimiento de la vida social, del ingenio técnico, de la organización política y de la búsqueda de sentido. Esta ciudad del momento parece más perecedera pero también más adaptable y resiliente que la ciudad histórica, que ya no puede ser, entonces, el único modelo.

Ciudades del instante

Con el aumento de las incertidumbres y de las formas de vida precarias en todas las partes del mundo, el tema de las *ciudades del instante* (instant cities, ciudades “instantáneas”, “construidas del día a la noche”) vuelve a estar en la agenda de los planificadores y arquitectos actuales.

El tema es antiguo, aparece en los años 1960 y 1970, primero con la historia de las ciudades del far west norteamericano, nacidas “en un día” y que crecieron y se desarrollaron muy rápidamente, como se cuenta en las historias de San Francisco o Denver (Barth, 1975) en las que los emigrantes llegaban y trazaban sus nuevas vidas conquistadas sobre espacios desnudos. Por los mismos años, los arquitectos ingleses (Peter Cook y el grupo Archigram) se inspiraron en lugares de reunión precarios y en festivales como Woodstock para imaginar ciudades que fueran en sí mismas móviles: una utopía de una ciudad hecha más de objetos, imágenes y sonidos trasplantables que de formas materiales fijas. La tercera forma de dichas *ciudades del instante*, bastante diferente en apariencia, es la que ha pasado de las ciudades instantáneas a las “ciudades fantasma” como las utopías gráficas de las ciudades sobre el suelo imaginadas y luego construidas desde cero en Asia, en el Golfo Pérsico y en Oriente Medio principalmente, sobre el modelo de Dubai. Hoy nos encontramos en otra aplicación de este modelo. En 2015, la *Cité de l'architecture et du patrimoine de Paris* montó la exposición “Habiter le campement” (Habitar el campamento), que reencarnaba el concepto de forma muy concreta a través de encuentros en festivales (la “ciudad” de tres días del festival *Burning Man* en Estados Unidos), pero también de campamentos de yurtas para trabajadores migrantes en Mongolia, campamentos y casas móviles para turistas y viajeros en Europa, o campamentos-ciudades de refugiados en África, Oriente Medio o Asia (Meadows, 2016). Profundizando en el mismo enfoque, el grupo *Actes et Cité* elaboró en 2018 el libro *La ville accueillante (La ciudad acogedora)* (Hanappe, 2018) en el que, inspirándose en la experiencia del llamado “campamento humanitario” de la ciudad de Grande-Synthe, en el norte de Francia, se estudian diferentes soluciones de espacios de acogida (barrios de acogida, casas

ocupadas, campamentos reconvertidos, red de casas de migrantes, etc.), siendo su rapidez de implantación (unas semanas) y su bajo coste criterios tan importantes como su potencial de integración y aceptación por parte de la población establecida. He retomado este ejemplo en una reflexión sobre la ciudad hospitalaria en un ensayo más general sobre la cuestión del extranjero, llegando incluso a la posibilidad de un conflicto entre una ciudad hospitalaria y un Estado hostil (Agier, 2018). En los últimos años se han desarrollado varios movimientos de ciudades hospitalarias, de acogida, santuarios, etc. (Lacroix, 2020) En Francia, el ex alcalde de Grande-Synthe, Damien Carême, está detrás de la creación de la Association nationale des villes et territoires accueillants (ANVITA) (Asociación Nacional de Ciudades y Territorios de Acogida).

Lo que tienen en común todas estas experiencias de ciudades instantáneas es su ambición de reducir o incluso eliminar la brecha entre el tiempo y el espacio. La inmediatez, la instantaneidad y la precariedad de la ciudad, se reimagina sin historia y sin futuro. Sin una huella indeleble, la ciudad se coloca en el suelo y parece no tener necesidad de anclarse. Se asocia a la precariedad, e incluso es ella misma desplazable. Estas serían las ciudades del instante. En cualquier caso, la idea del “borrón y cuenta nueva”, imagen del sueño extremo del arquitecto y el urbanista de un poder casi divino, permite pensar en la ciudad *liberándose de las limitaciones de la realidad y el presente*. Esto es lo que hacen también las ficciones posteriores a las catástrofes, e incluso con mayor libertad. En su propia excentricidad, estas imágenes y ficciones dibujan un horizonte de ciudades posibles.

“El espíritu mismo de la ciudad”

Cabe preguntarse por el carácter utópico o distópico de los imaginarios urbanos que surgen de la observación de los llamados contextos “marginales” y su permanencia a pesar de su repetida destrucción en todas partes. ¿Debemos oponer una ocupación de una zad (“zona a defender”), una invasión de un poblado de chabolas y un asentamiento de inmigrantes sin hogar que se ha convertido en una “jungla”, según la razón de su existencia, que siempre es específica, o debemos acercarlos según la forma en que se desarrolla su proceso, que siempre está entre la resistencia y la adaptación, y según las posibilidades que abren? Si estos hábitats humanos pueden considerarse, como sostengo aquí, como los primeros gestos de un proceso urbano, de la fabricación de la ciudad, el hacer-ciudad (Agier 2015) en su universalidad, entonces conviene cuestionar lo que abren, describirlos arriesgando escenarios.

¿Cómo se pasa de esta marginalidad que hace desorden a la ciudad? Un pensamiento concreto, una arquitectura a-estética, un hábitat mínimo y evolutivo,

pueden hacer justicia a estas situaciones y darles la oportunidad de inspirar otras experiencias y otras formas de hacer ciudad. Esto recuerda el planteamiento y algunos de los términos del arquitecto griego y francés Georges Candilis (1913-1995), para quien la observación directa, en Perú, a las afueras de Lima, a principios de los años 1970, de un proceso de instalación y construcción de una “invasión” fue un shock. Durante la noche, “miles de personas” habían invadido un terreno baldío “para construir una nueva ciudad”, le alertó su colega peruano (Candilis, 2012). Lo que me interesa aquí no es tanto la invasión en sí como la reacción del arquitecto europeo. Colaborador durante largo tiempo de Le Corbusier, Candilis pasó varios años diseñando, principalmente en Europa, amplísimas urbanizaciones de bajo coste para “los más desfavorecidos”. En el movimiento de invasión urbana de Lima, observa un “maremoto popular”, frente al que las autoridades ceden y que va a “construir una casa, una ciudad, sin materiales ni arquitectos, con la sola fuerza del Mayor Número y la única esperanza de la supervivencia”. Al segundo día de la invasión, bajo la mirada del arquitecto convertido en simple testigo, se empezaron a construir casas con materiales recuperados, se formaron barrios y los habitantes (“incluidos los niños”) votaron para designar a sus dirigentes. “Me sorprendió”, escribió Candilis unos años después, “ver el nacimiento de una verdadera ‘comunidad urbana’”, y se refirió con entusiasmo al “espíritu mismo de la ciudad”.

Candilis expresaba con entusiasmo el intenso descubrimiento que había representado para él este *acontecimiento* y, sobre todo, el hecho de que hacer ciudad implicaba un acontecimiento, que constituye la irrupción de un sujeto urbano, portador del espíritu de la ciudad y hacedor de una comunidad urbana. Son este sujeto urbano y esta comunidad urbana los que hacen la ciudad y los que nos permiten pensar de una nueva manera en el modelo de *ciudades instantáneas*, pero en contra de la idea de que puede nacer espontáneamente fuera del suelo.

Esta puesta en común de experiencias, para que sea sistemática y eficaz sin ser un mimetismo o un collage formal, requiere tomar consciencia de la igualdad teórica de todas las formas urbanas. Se trata de un enfoque que no demanda ni exotismo ni populismo, sino una atención a lo más universal en el hacer ciudad que es una energía de reunión y puesta en común, mientras que la desaparición, por el contrario, engendra la dispersión difusa y los guetos que también vivimos hoy en el mundo.

Referencias

- Agier, M. (2015) *Zonas de frontera. La antropología frente a la trampa identitaria*. Rosario : UNR-Editora.
- Agier, M. (2015) *Anthropologie de la ville*. París: PUF.
- Agier, M. (2018) *L'étranger qui vient. Repenser l'hospitalité*. París : Seuil.
- Barth, G. (1975) *Instant Cities: Urbanization and the Rise of San Francisco and Denver*, Oxford University Press
- Candilis, G. (2012) *Bâtir la vie : un architecte témoin de son temps*. París: Infolio, 304 (1ª ed., Stock, 1977).
- Chamoiseau, P. (1992) *Texaco*. París: Gallimard. (en español: Anagrama, Barcelona, 1994).
- Hanappe, C. (dir.) (2018) *La Ville accueillante*. París : PUCA.
- Lacroix, T. (2020) "Réseaux des villes hospitalières: un panorama global", *e-migrinter*, (20) doi.org/10.4000/e-migrinter.2281.
- Meadows, F. (ed.) (2016) *Habiter le campement*. París: Cité de l'architecture et du patrimoine/Actes Sud.
- Sanders, D. (2010) *Arrival City: How the Largest Migration in History is Reshaping Our World*. New York: Pantheon Books.
- Sennett, R. (2019) *Bâtir et habiter*. Pour une éthique de la ville. París: Albin Michel.

Quienes participan en esta obra (en orden alfabético)

Michel Agier

Antropólogo, director de investigación en el Instituto de Investigaciones para el Desarrollo (IRD) y director de estudios en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS). Su investigación se centra en las relaciones entre la globalización humana, las condiciones y lugares de exilio y la formación de nuevos contextos urbanos. Sus actividades de investigación y de docencia se orientan hacia una antropología de los desplazamientos y de las lógicas urbanas. Sus investigaciones se han centrado en los lugares de reunión de desplazados, refugiados y exiliados, campamentos para refugiados y personas desplazadas, zonas de tránsito y barrios de migrantes. Estas pesquisas alimentan análisis sobre los temas de la frontera, el cosmopolitismo y la hospitalidad, y habilitan reflexiones sobre cuestiones metodológicas (nuevos campos de la etnografía) y epistemológicas (repensar la epistemología y el descentramiento situacional). Correo electrónico: agier@ehess.fr

Joaquín Benítez

Candidato a Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Estudios Urbanos por la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS). Licenciado en Sociología (UBA). Docente ayudante de primera en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Forma parte de diversos equipos de investigación en temáticas urbanas y habitacionales con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y el Instituto del Conurbano (UNGS). Correo electrónico: joaquin.a.benitez@gmail.com

Martina Berardo

Maestranda en Estudios Urbanos (Instituto del Conurbano, Universidad General Sarmiento, ICO-UNGS) y licenciada en Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA). Integrante del equipo UBACYT “La producción sociocultural del espacio en un contexto de mercantilización urbana”, dirigido por la Dra. Juliana Marcús y co-dirigido por el Dr. Martín Boy en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA). Correo electrónico: berardo.md@gmail.com

Martín Boy

Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Sociales, Magíster en Políticas Sociales y Licenciado en Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Docente en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y en la carrera de Trabajo Social en la Universidad Nacional de José C. Paz (UNPAZ). Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA) y del Instituto de Estudios Sociales en Contextos de Desigualdades (UNPAZ). Co-director del Proyecto UBACYT “La producción sociocultural del espacio en un contexto de mercantilización urbana”. Correo electrónico: martinboy.boy@gmail.com

Mariela Paula Díaz

Socióloga y Doctora en Ciencias Sociales de la UBA. Docente de la UBA en la FADU y en el CBC. Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede de trabajo en el Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas (IMHICIHU), unidad ejecutora. Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO “Fronteras: movilidades, identidades y comercios” junto con el Dr. Bruno Miranda (UNAM, México) y la Dra. Yolanda Alfaro (UMSS, Bolivia) y directora del PICT-Cat. Jóvenes (Convocatoria 2019) sobre las Dinámicas urbanas y laborales plurilocales de las familias migrantes indígenas bolivianas y peruanas en villas de la CABA intervenidas por una política local de reurbanización. Correo electrónico: madidip@gmail.com.

Magdalena Felice

Doctora en Sociología por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES/UNSAM). Magíster en Sociología Económica (IDAES/UNSAM). Licenciada en Sociología (UBA). Docente en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Integrante del equipo UBACYT “La producción sociocultural del espacio en un contexto de mercantilización urbana”, dirigido por la Dra. Juliana Marcús y co-dirigido por el Dr. Martín Boy, en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Correo electrónico: magdalenafelice@gmail.com

Marjorie Gerbier-Aublanc

Socio-antropóloga de la migración, Marjorie ha realizado diversas investigaciones, en Colombia y Francia, con personas en situación de migración forzada: inmigrantes que viven con el VIH y solicitantes de asilo. Su trabajo se centra en las categorizacio-

nes políticas, los temas de acceso a los derechos (sociales y de salud) y la reconstrucción de proyectos de vida en los territorios de acogida, así como en las diferentes facetas de la solidaridad con las personas migrantes. Correo electrónico: marjorie.gerbieraublanc@gmail.com

Miguel González Rodríguez

Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudiante de doctorado en Geografía en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, y Licenciado en Historia con mención en Estudios Culturales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Las líneas de investigación se asocian a la Geografía Urbana, Historia Urbana y Estudios de la Vivienda. Correo electrónico: mgonzalezro.fe@gmail.com

Rodrigo Hidalgo Dattwyler

Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor e investigador de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Doctor en geografía humana por la Universidad de Barcelona. Las líneas de investigación se asocian a la Geografía Urbana, geografía del neoliberalismo en latinoamérica y vivienda social. Correo electrónico: rodrigohidalgogeo@gmail.com

Stefan Kipfer

Profesor Asociado de la Faculty of Environmental Studies de la York University en Toronto, Canadá. Basándose en las corrientes teóricas marxistas y anticoloniales, incluidas las obras de Gramsci, Lefebvre y Fanon, ha publicado numerosos estudios sobre problemas que van desde la reestructuración urbano-regional y la ecología urbana hasta la remodelación de viviendas públicas, el transporte público, el populismo de extrema derecha y los movimientos sociales. Correo electrónico: kipfer@yorku.ca.

Virginia Manzano

Doctora en ciencias antropológicas por la Universidad de Buenos Aires con una investigación sobre el movimiento de desocupados. Actualmente es Profesora Asociada en el Departamento de Ciencias Antropológicas (UBA), Investigadora Independiente del CONICET con lugar de trabajo en el Instituto de Ciencias Antropológicas y Directora de la Sección de Antropología Social del mismo instituto, también en la UBA. Sus investigaciones se inscriben en el campo de la antropología política y los movimientos sociales, desarrollando trabajos etnográficos en entornos populares y urbanos. Correo electrónico: virginiamanzan@gmail.com

Juliana Marcús

Doctora en Ciencias Sociales y licenciada en Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesora Adjunta en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Miembro del Observatori d'Antropologia del Conflictu Urbà de Barcelona. Directora del Proyecto UBACYT "La producción sociocultural del espacio en un contexto de mercantilización urbana" en el IIGG. Correo electrónico: julimarcus@gmail.com

Agustina Márquez

Candidata a doctora en ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Licenciada en Sociología (UBA). Becaria Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente en la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Forma parte de diversos equipos de investigación en temas relacionados con desigualdad social y territorial con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Correo electrónico: marquezagustina@gmail.com

Evangeline Masson Diez

Doctora en sociología, DynamE, Universidad de Estrasburgo. ICM. Después de haber trabajado durante 15 años en el campo asociativo y caritativo en Francia y en el extranjero, principalmente con personas que viven en la calle o en barrios marginales, Evangeline realizó una tesis de sociología sobre prácticas de hospitalidad privada para jóvenes exiliados. Actualmente también es formadora voluntaria y docente en una escuela de trabajo social y trabaja más particularmente en caminos de compromiso y prácticas solidarias no profesionales. Correo electrónico: evangelinemd@gmail.com

Ignacia Ossul Vermehren

Profesora e investigadora en The Bartlett Development Planning Unit, University College London (UCL). Entre sus temas de interés se destacan las intervenciones participativas en procesos de vivienda con enfoque de género. Actualmente se encuentra trabajando en un proyecto sobre discapacidad y diseño participativo en Indonesia y Sierra Leona, en colaboración con el Global Disability Innovation Hub y la Organización Mundial de la Salud. Ignacia tiene un doctorado en Planificación Urbana y Desarrollo, y un magíster en Desarrollo Social (UCL). Correo electrónico: ignacia.ossul@ucl.ac.uk

Laura Mercedes Oyhantcabal

Licenciada en Ciencias Antropológicas por la Universidad de la República, Uruguay. Máster en Estudios de Género por la Universidad de Granada, España. Máster en Literatura Moderna, Comparada y Poscolonial por la Universidad de Bologna, Italia. Profesora Ayudante e investigadora del Programa de Investigación en Género, Cuerpo y Sexualidad del Departamento de Antropología Social, Universidad de la República. Integrante de la Red LIESS (Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociológico de las Sexualidades). Correo electrónico: mercedes.oyhant@gmail.com

María Agustina Peralta

Maestranda en Hábitat y Pobreza Urbana en América Latina (FADU-UBA). Licenciada en Sociología (UBA). Integrante del equipo UBACYT “La producción sociocultural del espacio en un contexto de mercantilización urbana”, dirigido por la Dra. Juliana Marcús y co-dirigido por el Dr. Martín Boy, en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Correo electrónico: p.magustina@gmail.com

Javier Muñiz Pérez

Graduado en Filosofía por la Universidad de Oviedo, España. Máster en Filosofía contemporánea por la Universidad de Granada, España. Correo electrónico: javiermp-@hotmail.com

Sebastián Ponce Olmos

Consultor Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Sociólogo por la Universidad de Valparaíso, investigador ONG Centro de Estudios Socioculturales del deporte CESDE. Sus líneas de investigación corresponden a la memoria social y a los estudios sociales del deporte. Correo electrónico: sponceolmos@gmail.com

Olivier Sirost

Profesor de la universidad de Rouen. Los ejes principales desarrollados en su investigación proceden de la ampliación y profundización de un trabajo de nicho: la difusión de actividades deportivas y sensibilidades a la naturaleza a través del camping, luego al aire libre. La hipótesis principal consiste en inventar un territorio imaginario que sea el fundador de vivencias corporales y un acervo de formas culturales en un momento en el que parece preciso cuestionar una visión unilateral de la naturaleza: el aire libre. Olivier Sirost es autor de numerosos artículos publicados en revistas especializadas. Correo electrónico: olivier.sirost@univ-rouen.fr

Rafael Soares Gonçalves

Abogado e historiador. Doctor en Historia por la Universidad de París VII y posdoctorado en Antropología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (EHESS). Profesor del Departamento de Trabajo Social de la Pontificia Universidad Católica-Rio de Janeiro. Investigador del CNPq y FAPERJ, Coordinador del Laboratorio de Estudios Urbanos y socioambientales (LEUS) y editor científico de la Revista O Social em Questão. Correo electrónico: rafaelsgoncalves@yahoo.com.br

Jorge Tomasi

Arquitecto (Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires), Magíster en Antropología Social (IDES-IDAES-Universidad Nacional de San Martín), Doctor de la Universidad de Buenos Aires, área Geografía (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires) e Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones en Ciencia y Técnica (CONICET), con lugar de trabajo en el Laboratorio de Arquitecturas Andinas y Construcción con Tierra | LAAyCT (Instituto de Investigaciones sobre la Naturaleza y la Sociedad “Rodolfo Kusch”, Universidad Nacional de Jujuy), en la localidad de Tilcara, provincia de Jujuy, Argentina. Profesor Adjunto de la Universidad Nacional de Jujuy. Miembro Experto de ISCEAH-ICOMOS y miembro de la Red Iberoamericana PROTERRA. Correo electrónico: jorgetomasi@hotmail.com

María de la Paz Toscani

Licenciada en Trabajo Social y Doctora en Ciencias Sociales, ambas por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente de la materia Economía Política de la carrera de Trabajo Social (UBA). Es Becaria Pos Doctoral de CONICET con lugar de trabajo en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR). Correo electrónico: mariadelapaztoscani@gmail.com

Diego Vazquez

Magister en Estudios Urbanos (ICO-UNGS). Licenciado en Sociología (UBA). Becario Doctoral del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Integrante del equipo UBACYT “La producción sociocultural del espacio en un contexto de mercantilización urbana”, dirigido por la Dra. Juliana Marcús y co-dirigido por el Dr. Martín Boy, en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Correo electrónico: diego.vazquez91@gmail.com

Carlos Vergara Constela

Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudiante de Doctorado en Geografía en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Máster en Estudios Territoriales y de la Población por parte de la Universidad Autónoma de Barcelona (España) y Sociólogo por la Universidad de Valparaíso (Chile). Sus líneas de investigación corresponden a la Geografía Urbana y los Estudios Sociales del Deporte. Correo electrónico: cdvc87@gmail.com



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA